

REVISTA ESPÍRITA

PERIÓDICO DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS

REVISTA ESPÍRITA

PERIÓDICO DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS

CONTIENE

El relato de las manifestaciones materiales e inteligentes de los Espíritus, apariciones, evocaciones, etc., así como las noticias relativas al espiritismo.- La enseñanza de los Espíritus sobre las cuestiones del mundo visible y del mundo invisible; sobre las ciencias, la moral, la inmortalidad del alma, la naturaleza del hombre y su porvenir.- La historia del espiritismo en la antigüedad; sus relaciones con el magnetismo y con el sonambulismo; la explicación de las leyendas y de las creencias populares, de la mitología de todos los pueblos, etc. El resumen de los trabajos de la *Sociedad Parisiense de Estudios Espíritas*, fundada el 1º de abril de 1858.

Publicada bajo la dirección de

Allan Kardec

Todo efecto tiene una causa. Todo efecto inteligente tiene una causa inteligente. El poder de la causa inteligente se corresponde con la grandeza del efecto.

Año V - 1862

Traducción de Gustavo N. Martínez



CONFEDERACIÓN ESPIRITISTA ARGENTINA
Buenos Aires

Copyright © 2023 by
CONFEDERACIÓN ESPIRITISTA ARGENTINA (CEA)

Todos los derechos de reproducción, copia, comunicación al público y explotación económica de esta obra están reservados. Prohibida la reproducción parcial o total de la misma, a través de cualquier forma, medio o proceso electrónico, digital, fotocopia, microfilme, internet, CDROM, sin previa y expresa autorización, en los términos de la ley 11.723, que reglamenta los derechos de autor y conexos.

ISBN edición impresa: 978-987-48481-4-7

Título del original francés:
Revue Spirite - Journal d'Études Psychologiques (Allan Kardec; 1862)

Traducción del original francés: Gustavo N. Martínez

Edición de la
CONFEDERACIÓN ESPIRITISTA ARGENTINA (CEA)
Sánchez de Bustamante 463
(1173) Buenos Aires - Argentina
+ 54 11 - 4862 - 6314
www.ceanet.com.ar - ceaespiritista@gmail.com

Kardec, Allan

Revista Espírita 1862 : periódico de estudios psicológicos / Allan
Kardec. - 1a edición especial - Ciudad Autónoma de Buenos Aires
: Confederación Espiritista Argentina, 2023.
630 p. ; 21 x 14 cm.

Traducción de: Gustavo Norberto Martínez.
Edición para Confederación Espiritista Argentina.
ISBN 978-987-48481-4-7

1. Espiritismo. I. Martínez, Gustavo Norberto, trad. II. Título.
CDD 133.9

Impreso en la Argentina

REVISTA ESPÍRITA

PERIÓDICO DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS

Año V

Número 1

Enero de 1862

Ensayo sobre la interpretación de la doctrina de los ángeles caídos

La cuestión de los orígenes siempre ha excitado la curiosidad y, en lo que respecta al origen del hombre, lo hace a tal punto que a las personas sensatas les resulta imposible aceptar literalmente el relato bíblico, así como no ver en él una de esas alegorías acerca de las cuales el estilo oriental es tan pródigo. La ciencia, por otra parte, proporcionó la prueba de eso al demostrar, por medios irrefutables, la imposibilidad material de la formación del globo en seis veces veinticuatro horas. Ante la evidencia de los hechos, escritos con caracteres irrecusables en las capas geológicas, la Iglesia tuvo que aceptar la opinión de los científicos y convenir con ellos –como lo hizo anteriormente respecto del movimiento de la Tierra– en que los seis días de la Creación son seis períodos de una extensión indeterminada. Por lo tanto, si el texto bíblico es susceptible de interpretación en este punto capital, también puede serlo en otros puntos, particularmente en los que se refieren a la

época de la aparición del hombre en la Tierra, a su origen y al sentido que debe darse a la calificación de *ángeles caídos*.

Como el principio de las cosas forma parte de los secretos de Dios, que solo nos revela tales secretos a medida que lo juzga conveniente, nos vemos limitados a elaborar conjeturas. Se han imaginado muchos sistemas para resolver esta cuestión y, hasta el presente, ninguno satisfizo completamente a la razón. Nosotros también intentaremos levantar una punta del velo. ¿Tendremos más éxito que nuestros predecesores? Lo ignoramos; sólo el futuro lo dirá. Por consiguiente, la teoría que presentaremos es una opinión personal¹, que nos parece conforme a la razón y la lógica, lo cual le otorga cierto grado de probabilidad.

En primer lugar, observamos que, si es posible descubrir alguna parte de la verdad, eso ocurre tan solo con el auxilio de la teoría espírita, que ya ha resuelto una infinidad de problemas hasta entonces insolubles; de modo que, con los jalones que esa teoría nos proporciona, intentaremos remontarnos en

1. Seis años después, al retomar este tema en *La génesis, los milagros y las predicciones según el espiritismo*, Capítulo XI, §§ 42 a 50, Allan Kardec señala: “Cuando en la *Revista Espírita* de 1862 publicamos un artículo sobre *la interpretación de la doctrina de los ángeles caídos*, presentamos esa teoría sólo como una hipótesis, sin otra autoridad más que la de una opinión personal controvertible, porque entonces nos faltaban elementos suficientes para una afirmación categórica. La expusimos a título de ensayo, con la intención de provocar el análisis de la cuestión, y decididos a abandonarla o modificarla si fuera preciso. Hoy esa teoría ha pasado por la prueba del control universal; no sólo fue aceptada por la inmensa mayoría de los espíritas como la más racional y la más conforme con la soberana justicia de Dios, sino que ha sido confirmada también por la generalidad de las instrucciones que los Espíritus han dado sobre el asunto. Lo mismo se verificó en lo que respecta al origen de la raza adámica”. (N. de T.)

la sucesión de los tiempos. El sentido literal de algunos pasajes de los libros sagrados, que ha sido refutado por la ciencia y rechazado por la razón, produjo más incrédulos de lo que se piensa, debido a la obstinación que se ha puesto en convertir esos pasajes en artículos de fe. Si una interpretación racional lograra que se los acepte, es evidente que los que se apartaron de la Iglesia se aproximarían nuevamente a ella.

Antes de continuar, es esencial que nos pongamos de acuerdo respecto de las palabras. ¡Cuántas disputas se han eternizado debido a la ambigüedad de ciertas expresiones, que cada uno interpretaba en el sentido de sus ideas personales! Lo hemos demostrado, en *El libro de los Espíritus*, a propósito de la palabra *alma*. Al decir claramente con qué acepción la tomamos, pusimos término a cualquier controversia. Lo mismo ocurre con la palabra *ángel*. La emplean indiferentemente en sentido bueno o malo, pues dicen: los ángeles buenos y los ángeles malos, el ángel de la luz y el ángel de las tinieblas. De ahí resulta que, en su acepción general, significa simplemente *Espíritu*. Es evidente que debe entenderse con este último sentido cuando se habla de los *ángeles caídos* y de los *ángeles rebeldes*. Según la doctrina espírita, y de conformidad con varios teólogos, los ángeles no son seres creados de manera privilegiada, a los que por un favor especial se los eximió del trabajo impuesto a los otros seres, sino Espíritus que alcanzaron la perfección mediante sus esfuerzos y su mérito. Si los ángeles fueran seres creados perfectos, y dado que rebelarse contra Dios es un signo de inferioridad, los que se rebelaron no podrían ser ángeles. La doctrina espírita nos dice también que los Espíritus progresan, pero que no retrogradan, porque nunca pierden las cualidades que han adquirido. Ahora bien,

una rebelión por parte de seres perfectos sería una retrogradación, mientras que es posible por parte de seres aún atrasados.

Para evitar equívocos convendría reservar la calificación de *ángeles* para los Espíritus puros, y llamar a los otros simplemente *Espíritus buenos* o *Espíritus malos*. No obstante, dado que en el uso de esa palabra prevaleció el sentido de ángeles caídos, nosotros la tomaremos en su acepción general, y se verá que, en ese sentido, la idea de caída y de rebelión es perfectamente admisible.

No conocemos y probablemente nunca conoceremos el punto de partida del alma humana. Todo lo que sabemos es que los Espíritus son creados simples e ignorantes; que progresan intelectual y moralmente; que, en virtud de su libre albedrío, unos han tomado el camino del bien y otros el del mal; que, una vez que han puesto los pies en el lodazal, se hunden en él cada vez más; que después de una sucesión ilimitada de existencias corporales, llevadas a cabo en la Tierra o en otros mundos, se purifican y llegan a la perfección que los aproxima a Dios.

Un punto que también resulta difícil comprender es el de la formación de los primeros seres vivos en la Tierra, cada uno en su especie, desde las plantas hasta el hombre. Al respecto, la teoría contenida en *El libro de los Espíritus* nos parece la más racional, pese a que solo resuelve de manera incompleta e hipotética ese problema que consideramos insoluble, tanto para nosotros como para la mayoría de los Espíritus, a los cuales no les es dado penetrar el misterio de los orígenes. Si se los interroga sobre este punto, los más sabios responden que no lo conocen; pero otros, menos modestos, toman la iniciativa y se presentan como reveladores, para dictar sistemas que son el producto de sus ideas personales y que establecen como

una verdad absoluta. Es necesario resguardarse de la manía de ciertos Espíritus por los sistemas acerca del principio de las cosas, y pensamos que una prueba de la sabiduría de los que dictaron *El libro de los Espíritus* se encuentra en la reserva que ellos han observado respecto de las cuestiones de esa naturaleza. En nuestra opinión, no es una prueba de sabiduría zanjar estas cuestiones de una manera absoluta, como lo hicieron algunos, sin preocuparse por las imposibilidades materiales que resultan de los datos proporcionados por la ciencia y la observación. Lo que decimos respecto de la aparición de los primeros hombres en la Tierra se refiere a la formación de los cuerpos, porque una vez formado el cuerpo, es más fácil comprender que el Espíritu toma posesión de él. Una vez considerados los cuerpos, lo que nos proponemos examinar aquí es el estado de los Espíritus que han animado dichos cuerpos, a fin de llegar a definir, si es posible, de un modo más racional que lo hecho hasta ahora, la doctrina de la caída de los ángeles y del paraíso perdido.

Si no se admite la pluralidad de las existencias corporales, es necesario aceptar que el alma es creada al mismo tiempo que se forma el cuerpo; porque, una de dos: el alma que anima a un cuerpo ya vivió antes de que este naciera, o aún no vivió. Entre estas dos hipótesis no hay un término medio. Ahora bien, de la segunda hipótesis —aquella según la cual el alma no vivió antes de que el cuerpo naciera— surge una infinidad de problemas insolubles, incompatibles con la justicia de Dios, tales como la diversidad de aptitudes y de instintos, el destino de los niños que mueren a edad temprana, el de los cretinos y los idiotas, etc.; mientras que todo se explica naturalmente si se admite que el alma ya vivió y que lleva consigo, al encarnar en un nuevo cuerpo, lo que había adquirido anteriormente.

De ese modo, las sociedades progresan gradualmente. De lo contrario, ¿cómo se explica la diferencia que existe entre el estado social actual y el de los tiempos de barbarie? Si las almas fueran creadas al mismo tiempo que los cuerpos, las que nacen actualmente serían tan nuevas y primitivas como las que vivieron hace mil años. Agreguemos que entre ellas no habría ninguna conexión, ninguna relación necesaria; serían completamente independientes unas de otras. Entonces, ¿por qué las almas de la actualidad habrían sido mejor dotadas por Dios que sus predecesoras? ¿Por qué comprenden mejor? ¿Por qué tienen instintos más purificados y costumbres más moderadas? ¿Por qué tienen la intuición de ciertas cosas sin haberlas aprendido? Desafiamos a resolver este problema, a menos que se admita que Dios crea almas de diversas cualidades, según los tiempos y los lugares: proposición inconciliable con la idea de una justicia soberana. Decid, por el contrario, que las almas de hoy ya han vivido en épocas remotas; que pudieron ser bárbaras como su siglo, pero que progresaron; que en cada nueva existencia llevan consigo lo que adquirieron en existencias anteriores; y que, por consiguiente, las almas de los tiempos civilizados no fueron creadas más perfectas, sino que ellas mismas se perfeccionaron con el tiempo, y entonces tendréis la única explicación plausible de la causa del progreso social.

Estas consideraciones, extraídas de la teoría de la reencarnación, son esenciales para que se comprenda un hecho del que hablaremos en breve.

Si bien los Espíritus pueden reencarnar en diferentes mundos, parecería que, en general, realizan un determinado número de migraciones corporales en el mismo globo y en el mismo medio, a fin de que aprovechen mejor la experiencia adquirida. Solo salen de ese medio para entrar en uno peor,

por castigo; o en uno mejor, como recompensa. De ahí resulta que, durante un período determinado, la población del globo se halla compuesta aproximadamente por los mismos Espíritus, que renacen en él en diversas épocas, hasta que hayan alcanzado un grado de purificación suficiente para que merezcan habitar en mundos más adelantados.

Según la enseñanza impartida por los Espíritus superiores, esas emigraciones e inmigraciones de los Espíritus encarnados en la Tierra ocurren de cuando en cuando, individualmente. Sin embargo, en determinadas épocas, se operan en masa, como consecuencia de las grandes revoluciones que hacen que desaparezcan de ella innumerables cantidades de Espíritus, los cuales son reemplazados por otros que, de algún modo, en la Tierra o *en una parte de la Tierra*, constituyen una nueva generación.

Cristo pronunció una frase notable que, como muchas otras que se tomaron al pie de la letra, no fue comprendida, pues no se consideró que él hablaba casi siempre por medio de figuras y parábolas. Al anunciar grandes cambios en el mundo físico y en el mundo moral, dijo: *En verdad os digo que esta generación no pasará sin que esas cosas se hayan cumplido*. Ahora bien, la generación del tiempo de Cristo pasó hace más de dieciocho siglos, sin que esas cosas hayan ocurrido, por lo cual debemos concluir que el Cristo se equivocó —lo que es inadmisibile— o que sus palabras tenían un sentido oculto que fue mal interpretado.

Si nos remitimos ahora a lo que dicen los Espíritus —no solamente a nosotros, sino a través de médiums de todos los países—, hemos llegado al cumplimiento de los tiempos predichos, a una época de renovación social, es decir, a la época de una de esas grandes *emigraciones* de Espíritus que habitan en

la Tierra. Dios, que los había enviado para que mejoren, *los dejó aquí el tiempo necesario para progresar*. Hizo que conozcan sus leyes, primero a través de Moisés, y luego a través de Cristo. También los advirtió por medio de los profetas. En sus reencarnaciones sucesivas, esos Espíritus pudieron aprovechar tales enseñanzas. Ahora ha llegado el tiempo en que aquellos que no aprovecharon la luz, que violaron las leyes de Dios y desconocieron su poder, dejarán la Tierra, donde a partir de ahora se hallarían fuera de lugar en medio del progreso moral que se realiza y al que solo podrían obstaculizar, ya sea como hombres o como Espíritus. La generación a la que Cristo se refirió, dado que no podía ser la de los hombres que vivieron en su tiempo, corporalmente hablando, debe entenderse como la generación de Espíritus que en la Tierra recorrieron los diversos períodos de sus encarnaciones, y que van a abandonarla. Estos serán reemplazados por una nueva generación de Espíritus que, moralmente más adelantados, harán que reine entre ellos la ley de amor y de caridad que Cristo enseñó, y cuya felicidad no será perturbada por el contacto de los malvados, los orgullosos, los egoístas, los ambiciosos y los impíos. Incluso, según afirman los Espíritus, parece que ya entre los niños que nacen actualmente, muchos son la encarnación de Espíritus que pertenecen a esa nueva generación. En cuanto a los de la antigua generación que lo merezcan, aunque no hayan alcanzado todavía un grado de purificación suficiente para llegar a mundos más adelantados, podrán continuar en la Tierra para cumplir en ella algunas encarnaciones más; pero en tal caso, en vez de un castigo, será una recompensa, puesto que serán más felices mientras progresan. La época en que una generación de Espíritus desaparece para dar lugar a otra, puede considerarse el fin del mundo, es decir, el fin del mundo moral.

¿Qué ocurrirá con los Espíritus expulsados de la Tierra? Los propios Espíritus nos dicen que aquellos irán a habitar en mundos nuevos, donde se encuentran seres aún más atrasados que los de este mundo, y respecto de los cuales estarán encargados de hacer que progresen, transmitiéndoles el producto de los conocimientos que han adquirido. El contacto con el medio bárbaro en que habrán de encontrarse será para ellos una expiación cruel y una fuente incesante de sufrimientos físicos y morales, de los cuales tendrán tanta más conciencia cuanto más desarrollada sea su inteligencia. Pero esa expiación será al mismo tiempo una misión que les ofrecerá los medios para rescatar su pasado, según la manera en que la cumplan. En esos mundos, sufrirán todavía una serie de encarnaciones durante un período más o menos prolongado, al final del cual los que lo merezcan serán conducidos hacia mundos mejores, tal vez a la Tierra, que entonces será una morada de felicidad y de paz, mientras que los de la Tierra ascenderán a su vez, gradualmente, hasta llegar al estado de ángeles o Espíritus puros.

Algunos dirán que esto es muy prolongado, y se preguntarán si no sería más agradable pasar sin escalas de la Tierra al Cielo. Sin duda, pero vuestro sistema también incluye la alternativa de pasar sin escalas de la Tierra al Infierno, por toda la eternidad. Ahora bien, se convendrá en que, como la suma de las virtudes necesarias para ir directamente de la Tierra al Cielo es muy rara en este mundo, hay muy pocos hombres que pueden estar seguros de poseerla. De ahí resulta que existen más posibilidades de ir al Infierno que al Paraíso. ¿Acaso no es preferible recorrer un camino más largo, pero con la seguridad de llegar a la meta? En el estado actual de la Tierra, a nadie le importa volver a ella, y nada lo obliga, porque depende de cada uno —mientras está aquí— avanzar

de tal modo que merezca ascender. A ningún prisionero que haya salido de la cárcel le interesa volver a ella, y la manera de evitarlo es muy simple: no cometer nuevas faltas. Al soldado también le resultaría muy cómodo convertirse de repente en mariscal, pero aunque tenga guardado el bastón de mando, será necesario que conquiste ese grado.

Remontémonos ahora en la sucesión de los tiempos, y a partir del presente —como punto conocido— intentemos deducir lo desconocido, al menos por analogía, aunque tengamos la certeza de una demostración matemática.

Como se sabe, la cuestión de Adán como tronco único de la especie humana en la Tierra es muy controvertida, porque las leyes antropológicas demuestran su imposibilidad, sin hablar de los documentos auténticos de la historia china que prueban que la población del globo se remonta a una época muy anterior a la que la cronología bíblica le asigna a Adán. En tal caso, ¿será que la historia de Adán es un cuento? No es probable. Se trata de una figura que, como todas las alegorías, debe contener una gran verdad, cuya clave sólo el espiritismo puede brindarnos. En nuestra opinión, la cuestión principal no consiste en saber si el personaje de Adán existió realmente, ni en qué época vivió, sino si la raza humana que se designa como su posteridad es una raza caída. La solución de esta cuestión no está exenta de moralidad, porque, al esclarecernos respecto de nuestro pasado, puede guiar nuestra conducta para el futuro.

En primer lugar, señalemos que, sin la reencarnación, la idea de una caída aplicada al hombre es absurda, así como la de una responsabilidad que recaería sobre nosotros debido a la falta cometida por nuestro primer padre. Si el alma de cada hombre es creada cuando este nace, entonces esa alma no

existía anteriormente. Así, no tiene relación alguna, ni directa ni indirecta, con el alma que cometió la primera falta, y por lo tanto nos preguntamos cómo es posible que sea responsable por eso. La duda acerca de este punto conduce naturalmente a la duda, o incluso a la incredulidad, acerca de muchos otros, porque si el punto de partida es falso, las consecuencias también deben ser falsas. Tal es el razonamiento de muchas personas. ¡Pues bien! Ese razonamiento se desmorona si tomamos en cuenta el espíritu y no la letra del relato bíblico, y si nos remitimos a los principios de la doctrina espírita, destinados —como ya se ha dicho— a reanimar la fe que se extingue.

Señalemos también que la idea de los ángeles rebeldes, de los ángeles caídos y del paraíso perdido, se encuentra en casi todas las religiones, así como en la tradición de casi todos los pueblos. Por lo tanto, esa idea debe basarse en una verdad. Para comprender el verdadero sentido que debemos asignar a la calificación de *ángeles rebeldes*, no es necesario suponer una lucha real entre Dios y los ángeles o Espíritus, puesto que la palabra *ángel* es tomada aquí con una acepción general. Una vez admitido que los hombres son Espíritus encarnados, ¿qué son los materialistas y los ateos, sino ángeles o Espíritus rebelados contra la Divinidad, ya que niegan su existencia y no reconocen su poder ni sus leyes? ¿Acaso no es por orgullo que afirman que toda su capacidad procede de ellos mismos y no de Dios? ¿No es el colmo de la rebeldía predicar la nada después de la muerte? ¿No son culpables los que se valen de la inteligencia —de la que tanto se jactan— para arrastrar a sus semejantes hacia el precipicio de la incredulidad? ¿No realizan también y hasta cierto punto un acto de rebeldía los que, sin negar la Divinidad, desconocen los verdaderos atributos de su esencia; los que se cubren con la máscara de la piedad para

cometer malas acciones; los que a pesar de su fe en el porvenir no se desprenden de los bienes de este mundo; los que en nombre de un Dios de paz violan la primera de sus leyes: la ley de caridad; los que siembran el desorden y el odio a través de la calumnia y la maledicencia? En fin, ¿no son rebeldes aquellos cuya vida, voluntariamente inútil, transcurre en la ociosidad, sin provecho para sí mismos ni para sus semejantes? A todos ellos se les pedirá cuentas, no solamente del mal que hayan hecho, sino del bien que hayan dejado de hacer. Pues bien, todos esos Espíritus, que han empleado tan mal sus encarnaciones, una vez expulsados de la Tierra y enviados a mundos inferiores, entre pueblos primitivos que aún se encuentran en la infancia de la barbarie, ¿qué serán sino ángeles caídos enviados para expiar? La Tierra que abandonan, ¿no es para ellos un paraíso perdido, en comparación con el medio ingrato en el que permanecerán relegados durante miles de siglos, hasta el día en que hayan merecido su liberación?

Si ahora nos remontamos al origen de la raza actual, simbolizada en la persona de Adán, encontraremos todos los caracteres de una generación de Espíritus expulsados de otro mundo y exiliados, por causas semejantes, en la Tierra ya poblada, pero por hombres primitivos, inmersos en la ignorancia y la barbarie, en relación con los cuales esos Espíritus tuvieron la misión de hacerlos progresar, proveyéndoles las luces de una inteligencia desarrollada. ¿No es ese el rol que, en efecto, la raza adámica ha desempeñado hasta el presente? Al relegarla a esta Tierra de trabajo y de sufrimiento, ¿no tuvo Dios motivo para decir: “Extraerás el alimento con el sudor de tu frente”? Si mereció ese castigo por causas semejantes a las que vemos hoy, ¿no es justo decir que se perdió por orgullo? En su indulgencia, ¿no podría Dios prometerle que le en-

viaría un Salvador, es decir, alguien que habría de esclarecerla respecto del camino a seguir para que alcanzara la felicidad de los elegidos? Dios envió ese Salvador en la persona de Cristo, que enseñó la ley de amor y caridad como verdadera áncora de salvación.

Aquí se presenta una importante consideración. La misión de Cristo se comprende fácilmente si admitimos que los Espíritus que vivieron antes y después de su llegada son los mismos, y que de ese modo pudieron beneficiarse de su enseñanza y del mérito de su sacrificio. En cambio, sin la reencarnación, es más difícil comprender la utilidad de ese mismo sacrificio para los Espíritus *creados posteriormente* a su venida, ya que Dios los habría creado mancillados por las faltas de aquellos con los cuales no tuvieron ninguna relación.

Esa raza de Espíritus parece haber completado su tiempo en la Tierra. Algunos de ellos aprovecharon ese tiempo para su adelanto y merecieron ser recompensados. Otros, por su obstinación en cerrar los ojos a la luz, agotaron la indulgencia del Creador y merecieron un castigo. Así se cumplirán estas palabras de Cristo: “Los buenos irán a mi derecha y los malos a mi izquierda”.

Un hecho parece apoyar la teoría que atribuye una preexistencia a los primeros habitantes de esta raza en la Tierra: Adán, que es señalado como su tronco, es representado con un desarrollo intelectual inmediato, muy superior al de las razas salvajes actuales, y sus primeros descendientes mostraron en poco tiempo una aptitud para trabajos de arte bastante avanzados. Ahora bien, lo que sabemos acerca del estado de los Espíritus en su origen nos indica lo que habría sido Adán, desde el punto de vista intelectual, si su alma hubiera sido creada al mismo tiempo que su cuerpo. Si se admite que, como excep-

ción, Dios le dio un alma más perfecta, restaría explicar por qué los salvajes de Nueva Holanda, por ejemplo, que salieron del mismo tronco, son infinitamente más atrasados que el padre común. Por el contrario, todo demuestra, tanto por lo físico como por lo moral, que esos salvajes pertenecen a otra raza de Espíritus más próximos a su origen, y que aún les hace falta una gran cantidad de migraciones corporales antes de alcanzar, inclusive, el grado menos avanzado de la raza adámica. La nueva raza que va a surgir, al hacer que reine en todas partes la ley de Cristo —que es la ley de justicia, amor y caridad—, acelerará su progreso. Los que han escrito la historia de la antropología terrestre se atuvieron sobre todo a los caracteres físicos, y casi siempre descuidaron el elemento espiritual, que fue necesariamente descartado por los escritores que no admiten nada fuera de la materia. Cuando ese elemento sea tomado en cuenta en el estudio de las ciencias, arrojará una luz totalmente nueva sobre una infinidad de cuestiones aún oscuras, porque el elemento espiritual es una de las fuerzas vivas de la naturaleza, que desempeña un rol preponderante tanto en los fenómenos físicos como en los morales.

Veamos, en resumen, un ejemplo notable por su analogía con lo que ocurre a gran escala en el mundo de los Espíritus, y que nos ayudará a comprenderlo.

El 24 de mayo de 1861, la fragata *Ifigenia* transportó a Nueva Caledonia una compañía disciplinaria compuesta por 291 hombres. Al llegar, el comandante de la colonia les comunicó un orden del día redactado en los términos siguientes:

“Al poner los pies en esta tierra lejana, sin duda ya habréis comprendido el rol que se os ha reservado.

”Conforme al ejemplo de los bravos soldados de nuestra marina, que prestan servicio a vuestro lado, nos ayudaréis a

trasladar con lucimiento la antorcha de la civilización al seno de las tribus salvajes de Nueva Caledonia. Os pregunto, ¿no es esa una grata y noble misión? Habréis de desempeñarla con dignidad.

”Escuchad la palabra y los consejos de vuestros superiores. Estoy al frente de ellos. Entended debidamente mis palabras.

”La elección de vuestro comandante, de vuestros oficiales, suboficiales y cabos, constituye una garantía plena de que se aplicarán todos los esfuerzos para hacer de vosotros excelentes soldados. Digo más: para elevaros a la altura de los buenos ciudadanos y transformaros en colonos honrados, si así lo quisierais.

”Vuestra disciplina es severa, y así debe ser. Depositada en nuestras manos será firme e inflexible, tomadlo en cuenta; y al mismo tiempo, justa y paternal, sabrá distinguir el error del vicio y la degradación...”

Vemos aquí un puñado de hombres expulsados por su mala conducta de un país civilizado, y enviados como castigo al ámbito de un pueblo bárbaro. ¿Qué les dice el jefe? “Habéis infringido las leyes de vuestro país; en él os habéis convertido en causa de perturbación y escándalo, y por eso fuisteis expulsados. Os envían aquí, pero aquí podéis rescatar vuestro pasado; podéis, mediante el trabajo, crearos una posición honrosa y convertirnos en ciudadanos honestos. Tenéis una hermosa misión que cumplir: trasladar la civilización a estas tribus salvajes. La disciplina será severa, pero justa, y sabremos reconocer a quienes procedan correctamente”.

Para aquellos hombres, arrojados en medio de salvajes, ¿no es la madre patria un Paraíso que ellos perdieron por sus propias faltas y por rebelarse contra la ley? En aquella tierra

lejana, ¿no son ellos ángeles caídos? El lenguaje del comandante, ¿no es idéntico al que Dios empleó cuando se dirigió a los Espíritus exiliados en la Tierra?: “Habéis desobedecido mis leyes, y por eso os he expulsado del mundo donde habrías podido vivir felices y en paz. Aquí estaréis condenados al trabajo; pero podréis, por vuestra buena conducta, haceros merecedores del perdón y de reconquistar la patria que por vuestra falta habéis perdido, es decir, el cielo”.

A primera vista, la idea de la caída parece estar en contradicción con el principio según el cual los Espíritus no pueden retrogradar. Sin embargo, es preciso considerar que no se trata de un retroceso al estado primitivo. El Espíritu, aunque en una posición inferior, no pierde nada de lo que ha adquirido; su desarrollo moral e intelectual es el mismo, sea cual fuere el medio en el que sea colocado. Él está en la misma situación del hombre que ha sido condenado a la prisión por sus delitos. Ciertamente, ese hombre se encuentra en decadencia desde el punto de vista social, pero no se vuelve ni más torpe ni más ignorante.

¿Se podrá creer ahora que esos hombres enviados a Nueva Caledonia van a transformarse súbitamente en modelos de virtud, y que van a abjurar de repente de sus errores del pasado? Quien así pensase demostraría que no conoce a la humanidad. Por la misma razón, los Espíritus que van a ser expulsados de la Tierra, una vez trasladados a los mundos de exilio, no se despojarán inmediatamente de su orgullo ni de sus malos instintos; por mucho tiempo aún conservarán las tendencias que traían, un resto de su antigua efervescencia. Lo mismo debió suceder con los Espíritus de la raza adámica exiliada en la Tierra. Ahora bien, ¿no es ese el verdadero pecado original? La mancha que traen al nacer es la de la raza de

Espíritus culpables y castigados a la que pertenecen; mancha que pueden borrar con el arrepentimiento, la expiación y la renovación de su ser moral. El pecado original, considerado como la responsabilidad de una falta cometida por otro, es un absurdo, y constituye la negación de la justicia de Dios. Por el contrario, si se lo considera la consecuencia y el residuo de una imperfección anterior del individuo, no solamente la razón lo admite, sino que la responsabilidad que deriva de él se halla en un todo de conformidad con la justicia.

Esta interpretación da una razón de ser completamente natural al dogma de la Inmaculada Concepción, del cual tanto se ha burlado el escepticismo. Este dogma establece que la madre de Cristo no se hallaba mancillada por el pecado original. ¿Cómo se explica esto? Es muy simple: Dios envió a un Espíritu puro, que no pertenecía a la raza culpable y exiliada, para que encarnara en la Tierra y cumpliera esa augusta misión, del mismo modo que de cuando en cuando envía Espíritus superiores que encarnan para dar un impulso al progreso y acelerar el adelanto. Esos Espíritus son, en la Tierra, como el venerable pastor que acude a la prisión para moralizar a los condenados, a fin de mostrarles el camino de la salvación.

No cabe duda de que para algunas personas esta interpretación será poco ortodoxa; algunos incluso exclamarán que es una herejía. Pero ¿no es cierto que muchos piensan que el relato del *Génesis*, la historia de la manzana y de la costilla de Adán, no son más que una alegoría? ¿No es cierto que, como no pueden asignarle un sentido preciso a la doctrina de los ángeles caídos, de los ángeles rebeldes y del paraíso perdido, consideran que se trata de fábulas? Si una interpretación lógica los induce a ver en todas esas cosas una verdad oculta bajo la alegoría, ¿no es mejor eso que la negación absoluta?

Admitamos que esta solución no se corresponda en todos los puntos con la ortodoxia rigurosa, en el sentido vulgar de la palabra, en cuyo caso preguntamos si no creer absolutamente en nada es preferible a creer en algo. Si la creencia en el texto literal aleja al hombre de Dios, pero la creencia en una interpretación de ese texto lo aproxima a Él, ¿no vale ésta más que la otra? Así pues, nosotros no venimos a destruir el principio ni a minar sus fundamentos, como han hecho algunos filósofos; sino que intentamos descubrir su sentido oculto, a fin de consolidarlo con una base racional. Sea como fuere, a esta interpretación no se le podrá negar un carácter de grandeza del que carece el texto tomado al pie de la letra. Nuestra teoría abarca a la vez la universalidad de los mundos y lo infinito en el pasado y en el futuro; otorga su razón de ser a todas las cosas, mediante la concatenación que las vincula y la solidaridad que establece entre todas las partes del Universo. ¿Acaso esta teoría no se corresponde mejor con la idea que nos formamos acerca de la majestad y la bondad de Dios, que aquella que circunscribe a la humanidad a un punto en el espacio y a un instante en la eternidad?

Publicidad de las comunicaciones espíritas

La cuestión de la publicidad de las comunicaciones espíritas es el complemento de la organización general que hemos tratado en nuestro número precedente. A medida que el círculo de los espíritas se amplía, los médiums se multiplican, y con ellos la cantidad de comunicaciones. Desde hace algún tiempo, esas comunicaciones adquirieron un notable desarro-

llo respecto del estilo, el pensamiento y la amplitud de los temas tratados. Crecieron con la propia ciencia, y los Espíritus adecuan la amplitud de su enseñanza al desarrollo de las ideas, ya sea en las provincias, en el extranjero, como también en París, conforme lo atestiguan las numerosas muestras de comunicaciones que nos envían, algunas de las cuales han sido publicadas en la *Revista*.

Al impartir estas comunicaciones, los Espíritus se proponen la instrucción general, la propagación de los principios de la doctrina, y ese objetivo no se alcanzaría si tales comunicaciones —como hemos dicho— quedaran guardadas en los cajones de quienes las obtienen. Así pues, es útil difundirlas mediante la publicidad. De ahí resultará otra ventaja muy importante: demostrar la concordancia de la enseñanza espontánea que los Espíritus imparten acerca de los puntos fundamentales, así como neutralizar la influencia de los sistemas erróneos, demostrando su aislamiento.

Se trata, pues, de analizar el tipo de publicidad que mejor puede alcanzar dicho objetivo, y para eso es necesario considerar dos puntos: el medio que ofrece más posibilidades de expansión de la publicidad, y las condiciones más adecuadas para causar en el lector una impresión favorable, tanto por la elección juiciosa de los temas, como por la disposición material. Por no tomar en cuenta algunas consideraciones que a veces son exclusivamente formales, a menudo las mejores obras nacen muertas. Este análisis es resultado de la experiencia. Al respecto, algunos editores poseen un sentido que los acostumbra a captar el gusto del público y les permite evaluar, casi con seguridad, las posibilidades de éxito de una publicación, sin considerar el mérito intrínseco de la obra.

El desarrollo que alcanzan las comunicaciones espíritas nos genera la imposibilidad material de incluir la totalidad en nuestra *Revista*. Para abarcar el conjunto habría que darle a esta una extensión que nos obligaría a elevar su precio más allá del alcance de muchas personas. Por lo tanto, resulta necesario encontrar la manera de complementarla en las mejores condiciones para todos. En principio, examinemos el pro y el contra de los diferentes sistemas que podrían emplearse.

1º) *Publicaciones periódicas locales*.- Presentan dos inconvenientes: el primero radica en que su alcance se halla limitado casi siempre a una localidad; el segundo es que una publicación periódica requiere imprimirse y distribuirse en fechas determinadas, de modo que necesita un material burocrático y gastos regulares que deberán cubrirse a toda costa para evitar que se interrumpa. Si hasta los diarios locales, que se dirigen a toda la comunidad, a menudo tienen dificultades para sobrevivir, con más razón las tendrá un periódico que se dirige a un sector restringido, porque sería en vano ilusionarse con tener muchos abonados de otros sectores, sobre todo si esas publicaciones comienzan a multiplicarse.

2º) *Publicaciones locales no periódicas*.- Una sociedad, un grupo, los grupos de una misma ciudad, podrían reunir sus comunicaciones en opúsculos independientes unos de otros, como hicieron en Metz, y publicarlos en fechas indeterminadas. Este método es incomparablemente preferible al anterior desde el punto de vista financiero, porque no se asume ningún compromiso y se es dueño de interrumpir la publicación a voluntad. No obstante, siempre existe el inconveniente de limitar la publicidad. Para distribuir esos opúsculos fuera del ámbito local, habría que disponer de costos procedentes de anuncios, que a menudo se evitan, o con una librería central

con numerosos corresponsales y que se encargara de hacerlo. Pero aquí se presenta otra dificultad: los libreros, por lo general, no se ocupan de buena gana en obras que ellos no editan; por otro lado, no les agrada sobrecargar a sus corresponsales con publicaciones que a estos no les importan, cuya demanda es incierta y que a menudo poseen malas condiciones de venta por el formato o por el precio; y aparte del inconveniente de desagradar a los corresponsales, los libreros deberían correr con los costos de devolución. Estas son consideraciones que la mayoría de los autores, ajenos al oficio de la librería, no comprenden, sin mencionar a los que, seguros de que sus obras son excelentes, se asombran de que ningún editor se apresure a publicarlas. Los autores que las imprimen a expensas de ellos mismos deben tomar en cuenta que, sean cuales fueren las ventajas que ofrezcan a los libreros, la obra tendrá que esperar a los interesados si, en términos de la profesión, no reúne las *condiciones del mercado*.

Pedimos disculpas a nuestros lectores por entrar en detalles tan terrenales en materia de cosas celestiales, pero precisamente en interés de la propagación de las cosas buenas queremos evitar las ilusiones de la inexperiencia.

3º) *Publicaciones individuales de los médiums*.- Las reflexiones anteriores se aplican naturalmente a las comunicaciones que algunos médiums reciben y que estos podrían publicar en forma aislada. No obstante, además de que la mayoría de ellos no pueden hacerlo, surge el inconveniente de que esas comunicaciones tienen, por lo general, un carácter uniforme que las torna monótonas, lo cual perjudicaría aún más su venta por el hecho de que se multiplicarían. Podrían resultar atractivas si, al abordar un tema determinado, formaran un conjunto coherente, tanto si fueran obra de un solo Espíritu o de varios.

Estas reflexiones no son absolutas, y sin duda habrá excepciones; pero no se puede negar que se apoyan en la verdad. Además, lo que decimos al respecto no es para imponer nuestras ideas, que cada uno es libre de adoptar o no. Apenas consideramos que, como las publicaciones se realizan con la esperanza de un resultado, es nuestro deber exponer la causa de las decepciones.

Los inconvenientes que acabamos de señalar nos parecen completamente superados con la publicación central y colectiva que los Sres. Didier y Cía. van a emprender con el título de BIBLIOTECA DEL MUNDO INVISIBLE, y que contendrá una serie de volúmenes, en formato grande in 18º, con siete hojas de impresión o aproximadamente 250 páginas, al precio uniforme de 2 francos. Cada volumen tendrá su número de orden, pero se venderá por separado, de tal modo que los interesados sean libres de adquirir los que estimen oportunos, sin obligación de comprar la totalidad, que no tendrá un límite preestablecido. Esa colección ofrecerá los medios de publicar, en las mejores condiciones posibles, los trabajos mediúmnicos obtenidos en los diferentes centros, con la ventaja de una publicidad muy amplia a través de los corresponsales. Lo que esta editorial no haría con opúsculos aislados, lo hará con una colección que puede llegar a ser muy importante.

Biblioteca del Mundo Invisible es el título general de la colección, pero cada volumen llevará un título especial para designar su procedencia y su objeto, y beneficiará al autor sin que este tenga que tomar parte en el producto de las obras ajenas a él. Se trata de una publicación colectiva, pero sin solidaridad entre los productores, pues cada uno interviene por su cuenta y se beneficia conforme al mérito de su obra, a la vez que aprovecha la publicidad en común.

Los editores no se comprometen en modo alguno a publicar en esta colección todo lo que se les remita. Por el contrario, se reservan expresamente el derecho de llevar a cabo una selección rigurosa. Los volúmenes, que serán impresos a expensas de los autores, podrán formar parte de la colección si son aceptados y reúnen las condiciones requeridas de formato y precio.

En lo personal, somos completamente ajenos al conjunto de esa publicación y a su administración, que no tienen nada en común con la *Revista Espírita* ni con nuestras obras especiales sobre la materia. Le damos aquí nuestra aprobación y nuestro apoyo moral porque la consideramos útil y porque es el mejor recurso para las publicaciones de los médiums, los grupos y las sociedades. Colaboraremos en ella como los demás, por nuestra propia cuenta, y tan solo asumiremos la responsabilidad de lo que lleve nuestro nombre.

Además de las obras especiales que podremos aportar a esta colección, le ofreceremos, con el título particular de *Cartera espírita* [*Portefeuille spirite*], algunos volúmenes con comunicaciones *escogidas*, ya sea entre las que se obtienen en nuestras reuniones de París, o entre las que nos envían los médiums y los grupos franceses y extranjeros que se corresponden con nosotros y que no desean realizar publicaciones personales. Al emanar de fuentes diferentes, esas comunicaciones tendrán el atractivo de la variedad; y les agregaremos, conforme a las circunstancias, los comentarios necesarios para su mayor comprensión y desarrollo. El orden, la clasificación y las disposiciones materiales serán objeto de una atención particular.

Como no pretendemos obtener un beneficio personal de estas publicaciones, nuestra intención es destinar las ganancias que nos correspondan a la distribución gratuita de nuestras obras sobre el espiritismo, para las personas que no puedan

adquirirlas, o a cualquier otro empleo que se considere útil para la propagación de la doctrina, según las condiciones que se fijen ulteriormente.

Consideramos que este plan responde a todas las necesidades, y no nos cabe duda de que los amigos sinceros de la doctrina lo acogerán favorablemente.

Control de la enseñanza espírita

La organización que hemos propuesto para la formación de grupos espíritas tiene como objetivo preparar el camino que facilitará las relaciones mutuas entre ellos. Entre las ventajas que deben resultar de esas relaciones es preciso colocar en primera línea la unidad de la doctrina, que será su consecuencia natural. Esa unidad ya se realizó en gran parte, y actualmente la inmensa mayoría de los adeptos admite las bases fundamentales del espiritismo. Pero aún hay cuestiones dudosas, ya sea porque los hombres —e incluso los Espíritus— no las han resuelto, o porque lo hicieron en sentidos diferentes.

Si bien los sistemas son a veces el producto de cerebros humanos, se sabe que algunos Espíritus no se quedan atrás en ese punto. En efecto, a menudo exponen ideas absurdas con una maravillosa habilidad, y las concatenan con mucha astucia para formar un conjunto más ingenioso que sólido, pero que podría falsear la opinión de personas que no se toman el trabajo de profundizar en ellas, o que son incapaces de hacerlo por la insuficiencia de sus conocimientos. No hay duda de que las ideas falsas terminan por caer ante la

experiencia y la inflexible lógica, pero mientras tanto pueden sembrar la incertidumbre. También se sabe que, según su elevación, los Espíritus pueden tener una manera de ver más o menos precisa respecto de algunos puntos; que los nombres con que firman sus comunicaciones no siempre son una garantía de autenticidad, y que a veces los Espíritus orgullosos buscan introducir utopías al abrigo de los nombres respetables que ostentan. Indiscutiblemente, esa es una de las principales dificultades de la ciencia práctica, y con la cual muchos tropiezan.

En caso de divergencia, el mejor criterio es la concordancia de la enseñanza impartida por diferentes Espíritus y transmitida por médiums completamente extraños unos respecto de otros. Cuando la mayoría proclame o condene el mismo principio, habrá que rendirse ante la evidencia. Si existe un medio para llegar a la verdad, no cabe duda de que ese medio es la concordancia, tanto como la racionalidad de las comunicaciones, con el auxilio de los medios de que disponemos para constatar la superioridad o la inferioridad de los Espíritus. En tal caso, la opinión deja de ser individual para tornarse colectiva, de modo que adquiere un grado mayor de autenticidad, ya que no se la puede considerar el resultado de una influencia personal o local. Los que aún estén inseguros, tendrán una base para establecer sus ideas, porque sería irracional pensar que aquel que en su punto de vista está solo o casi solo, tiene la razón contra todos los demás.

Lo que sobre todo ha contribuido al crédito de la doctrina de *El libro de los Espíritus* es precisamente que, por ser producto de un trabajo semejante, encuentra eco en todas partes. Como hemos dicho, esa doctrina no es el resultado de las ideas de un solo Espíritu, que habría podido ser sistemático,

como tampoco de un solo médium, que habría podido ser engañado. Por el contrario, es el resultado de una enseñanza colectiva, impartida por una gran diversidad de Espíritus y de médiums, y los principios que contiene son confirmados en casi todas partes. Decimos en casi todas partes porque, conforme a las razones que hemos explicado antes, hay Espíritus que intentan hacer que sus ideas personales prevalezcan. Así pues, es útil someter las ideas divergentes al control que proponemos. Si la doctrina o algunos principios de la doctrina que profesamos fueran unánimemente reconocidos como erróneos, nos someteríamos sin murmurar, satisfechos de que otros hayan encontrado la verdad. En cambio, si esos principios son confirmados, nos permitimos considerar que estamos en lo cierto.

La *Sociedad Espírita de París*, al comprender la importancia de semejante trabajo, en primer lugar para su propia instrucción, y luego para demostrar que de ningún modo pretende constituirse en árbitro absoluto de los principios doctrinarios que profesa, someterá a consideración de los diferentes grupos con los que se corresponde las cuestiones que le parezcan más útiles para la propagación de la verdad. Esas cuestiones serán remitidas, según las circunstancias, ya sea por correspondencia particular o bien por intermedio de la *Revista Espírita*.

Se comprende que, para la Sociedad, y debido a la seriedad con la que esta considera el espiritismo, la autoridad de las comunicaciones depende de las condiciones en que se realizan las reuniones, del carácter de sus miembros y del objetivo que estos se proponen. Las comunicaciones que procedan de grupos formados sobre las bases indicadas en nuestro artículo

acerca de la organización del espiritismo², tendrán tanto más peso para la Sociedad cuanto mejores sean las condiciones de esos grupos.

Ahora presentamos a nuestros corresponsales las siguientes cuestiones, mientras esperan las que les enviaremos ulteriormente.

Cuestiones y problemas propuestos a los diferentes grupos espíritas

1.º) *Formación de la Tierra.*³

Existen dos sistemas acerca del origen y la formación de la Tierra. Según la opinión más común, y que parece generalmente adoptada por la ciencia, la Tierra sería el producto de la condensación gradual de la materia cósmica en un punto determinado del espacio; lo mismo habría ocurrido con todos los planetas.

Según otro sistema, propuesto en estos últimos tiempos conforme a la revelación de un Espíritu, la Tierra se habría formado por la incrustación de cuatro satélites de un antiguo planeta desaparecido. Esta agregación habría resultado de la propia voluntad del alma de cada uno de esos planetas. Un quinto satélite —nuestra Luna— se habría negado a esa asociación, en virtud de su libre albedrío. Los vacíos que quedaron entre ellos debido a la ausencia de la Luna habrían formado

2. Véase el artículo “Organización del espiritismo”, en la *Revista Espírita* de diciembre de 1861. (N. del T.)

3. Véase, de Allan Kardec, *La génesis, los milagros y las predicciones según el espiritismo*, Cap. VIII, § 4. (N. del T.)

las cavidades ocupadas por los mares. Cada uno de esos planetas habría llevado consigo, *cataleptizados*⁴, los seres –hombres, animales y plantas– que habitaban en ellos. Esos seres, al salir de su letargo una vez realizada la agregación y restablecido el equilibrio, habrían poblado el actual globo compuesto. Tal sería el origen de las razas madres del hombre en la Tierra: la raza negra en África, la amarilla en Asia, la roja en América y la blanca en Europa.

¿Cuál de estos dos sistemas puede considerarse la expresión de la verdad? Solicitamos acerca de este asunto, así como de las otras cuestiones, una solución explícita y racional.

Nota. Es verdad que esta cuestión y algunas otras relacionadas con ella se alejan del punto de vista moral que constituye el objetivo esencial del espiritismo, y por eso sería un error convertirlas en objeto de nuestras preocupaciones constantes. Además, sabemos que, en lo que concierne al principio de las cosas, dado que los Espíritus no lo saben todo, apenas pueden decir lo que saben o lo que creen que saben. No obstante, como hay personas que podrían extraer de la divergencia de esos sistemas una inducción contra la unidad del espiritismo, precisamente porque dichos sistemas son formulados por Espíritus, es útil comparar las razones a favor o en contra de cada uno de ellos, en interés de la propia doctrina, y apoyar en la aprobación de la mayoría el juicio que se puede emitir respecto del valor de determinadas comunicaciones.

4. En el original: *cataleptisés*. Puestos en estado cataléptico. (N. del T.)

2.º) *El alma de la Tierra.*

Encontramos la siguiente proposición en un opúsculo titulado: *Resumen de la religión armónica [Aperçu de la religion harmonique]*.

“Dios creó al hombre, a la mujer y a todos los seres más bellos y mejores. Pero concedió a las almas de los astros el poder de crear seres de un orden inferior, a fin de completar su mobiliario, ya sea por la combinación de su propio fluido prolífico –conocido en nuestro globo con el nombre de *auro-ra boreal*–, o por la combinación de ese fluido con el de otros astros. Ahora bien, el alma del globo terrestre, que al igual que las almas humanas goza de libre albedrío, es decir, de la facultad de elegir el camino del bien o el del mal, se dejó arrastrar por este último. De ahí resultaron las creaciones imperfectas y malas, tales como los animales feroces y ponzoñosos, y los vegetales que producen venenos. No obstante, la humanidad hará que esos seres dañinos desaparezcan cuando, al ponerse de acuerdo con el alma de la Tierra para avanzar por el camino del bien, se ocupe de una manera más inteligente de la gestión del globo terrestre, en el cual se creará un mobiliario más perfecto.”

¿Qué hay de verdadero en esta proposición, y qué se debe entender por el alma de la Tierra?

3.º) *Sede del alma humana.*

Leemos en la misma obra el siguiente pasaje, citado como extracto de *La clave de la vida*⁵, página 754:

5. Véase *Clef de la vie, l'homme, la nature, les mondes, Dieu...* (París, agosto de 1857), obra de Louis Michel de Figanières (1816-1883). Allan Kardec

“El alma es de naturaleza luminosa divina: tiene la forma del ser humano que ella anima. Reside en un espacio situado en la sustancia cerebral mediana, que reúne los dos lóbulos del cerebro por su base. En el hombre armonioso y en la unidad, el alma, diamante resplandeciente, está cubierta por una luminosa corona blanca: es la corona de la armonía”.

¿Qué hay de verdadero en esa proposición?

4.º) *Morada de las almas.*

En la misma obra, leemos:

“Mientras habitan en las regiones planetarias, los Espíritus son obligados a reencarnar para progresar. Desde el momento en que llegan a las regiones solares, ya no tienen necesidad de reencarnar y progresan yendo a habitar en otros soles de un orden superior, y desde estos soles de un orden superior pasan a las regiones celestiales. La Vía Láctea, cuya luz es tan suave, es la morada de los ángeles o Espíritus superiores”.

¿Esto es verdad?

5.º) *Manifestación de los Espíritus.*

Según la doctrina enseñada por un Espíritu, ningún Espíritu humano puede manifestarse ni comunicarse con los hombres, ni servir de intermediario entre Dios y la huma-

reseñó esta obra en la página 5 de su *Catálogo Razonado* (París, 1869): “Extraño sistema de cosmogonía y de teogonía universales, dictado por el Sr. Michel en estado de éxtasis. Este libro, escrito a comienzos de las manifestaciones, coincide en algunos puntos con la doctrina espírita, pero en el resto se contradice con los datos de la ciencia y la enseñanza general de los Espíritus (Véase *La génesis según el espiritismo*, Cap. VIII, §§ 4 a 7)”. Véase también la *Revista Espírita*, de abril de 1860. (N. del T.)

nidad, dado que Dios, por ser omnipotente y omnipresente, no necesita auxiliares para ejecutar su voluntad, y hace todo por sí mismo. En todas las comunicaciones denominadas espíritas, solo Dios se manifiesta, tomando la forma en las apariciones, y el lenguaje en las comunicaciones escritas, de los Espíritus evocados y con los cuales se cree hablar. Por consiguiente, desde que un hombre está muerto, ya no puede establecer relaciones con los que ha dejado en la Tierra, antes de que estos, mediante una serie de reencarnaciones sucesivas durante las cuales progresan, hayan alcanzado el mismo grado de adelanto en el mundo de los Espíritus. Como solo Dios puede manifestarse, de ahí resulta que las comunicaciones groseras, triviales, blasfematorias y engañosas también son impartidas por Él, pero como prueba, así como imparte las buenas para instruir. El Espíritu que ha dictado esta teoría dice, necesariamente, que él mismo es Dios, y con este nombre ha formulado una muy extensa doctrina filosófica, social y religiosa.

¿Qué debemos pensar de este sistema, de sus consecuencias y de la naturaleza del Espíritu que lo enseña?

6.º) *Los ángeles rebeldes, los ángeles caídos
y el paraíso perdido.*

¿Qué se debe pensar acerca de la teoría emitida al respecto en un artículo anterior publicado por el señor Allan Kardec?

Lo sobrenatural

Por el Sr. Guizot

(2.º artículo - Véase el número de diciembre de 1861.)

Hemos publicado, en nuestro último número, el elocuente y notable capítulo del señor Guizot referido a lo sobrenatural, acerca del cual nos proponemos hacer algunas observaciones críticas, que en nada opacan nuestra admiración hacia ese ilustre y sabio escritor.

El señor Guizot cree en lo sobrenatural. En este punto, como en muchos otros, es importante que nos pongamos de acuerdo respecto de las palabras. En su acepción literal, *sobrenatural* significa lo que está más allá de la naturaleza, fuera de las leyes de la naturaleza. Así pues, lo sobrenatural propiamente dicho no estaría sujeto a leyes. Se trata de una excepción, una derogación de las leyes que rigen la Creación. En una palabra, es sinónimo de *milagro*. A partir de su sentido literal, estas dos palabras han pasado al lenguaje figurado, con el que se las utiliza para designar todo lo que es extraordinario, sorprendente, insólito. De tal modo, respecto de algo que causa asombro, se dice que es milagroso, así como de una gran extensión se dice que es inconmensurable; y de una gran cantidad, que es incalculable; o de un tiempo muy prolongado, que es eterno; si bien, en rigor, una se puede medir, otra se puede calcular, y del último se puede prever un término. Por la misma razón, se califica como sobrenatural aquello que a primera vista parece exceder los límites de lo posible. El vulgo es sobre todo muy propenso a tomar esta palabra al pie de la letra para aplicarla a aquello que no comprende. Si por sobrenatural se entiende lo que se aparta de las causas conocidas, es admisible; pero entonces esa palabra deja de tener un sentido

preciso, porque algo que ayer era sobrenatural, tal vez hoy ya no lo sea. ¡Cuántas cosas, que antiguamente se consideraban sobrenaturales, ingresaron en el dominio de las leyes naturales gracias a la ciencia! Por más progresos que hayamos realizado, ¿podemos jactarnos de conocer todos los secretos de Dios? ¿Acaso la naturaleza nos ha dicho la última palabra acerca de todas las cosas? ¿No desmiente a diario nuestras orgullosas pretensiones? Por lo tanto, si algo que ayer era sobrenatural, hoy ya no lo es, lógicamente podemos inferir que lo que hoy es sobrenatural, tal vez mañana ya no lo sea. Nosotros tomamos la palabra sobrenatural en su sentido literal más absoluto, es decir, para designar cualquier fenómeno contrario a las leyes de la naturaleza. El carácter del hecho sobrenatural o milagroso consiste en ser excepcional; desde el momento en que se repite, es porque está sujeto a una ley conocida o desconocida, y pasa a formar parte del orden general.

Si la *naturaleza* se restringe al mundo material, visible, es evidente que las cosas del mundo invisible serán sobrenaturales. No obstante, dado que el mundo invisible también está sujeto a leyes, consideramos que es más lógico definir la naturaleza como *el conjunto de las obras de la creación, regidas por las leyes inmutables de la Divinidad*. Si —conforme lo demuestra el espiritismo— el mundo invisible es una de las fuerzas, uno de los poderes que actúan sobre la materia, entonces desempeña un papel importante en la naturaleza, y esa es la razón por la cual para nosotros los fenómenos espíritas no son sobrenaturales, ni maravillosos, ni milagrosos. De ahí resulta evidente que el espiritismo, lejos de ampliar el círculo de lo maravilloso, tiende a restringirlo e incluso a hacer que desaparezca.

Dijimos que el señor Guizot cree en lo sobrenatural, pero en el sentido milagroso, lo cual no implica en absoluto la creencia en los Espíritus y en sus manifestaciones. Ahora bien, del hecho de que para nosotros los fenómenos espíritas no tengan nada de anormal, no se sigue que Dios no haya podido, en determinados casos, derogar sus propias leyes, ya que es todopoderoso. ¿Lo ha hecho? No es este el momento de responder tal pregunta; para eso sería necesario discutir, no el principio, sino cada hecho aisladamente. Ahora bien, lo que haremos es observar la cuestión desde el punto de vista del señor Guizot, es decir, desde la realidad de los hechos milagrosos, e intentaremos combatir la consecuencia que él extrae de ahí, a saber: que *la religión no es posible sin lo sobrenatural*, así como demostrar que, por el contrario, de su sistema deriva el aniquilamiento de la religión.

El señor Guizot parte del principio según el cual todas las religiones se fundan en lo sobrenatural. Eso es cierto si se entiende por sobrenatural aquello que no se comprende; pero si nos remontamos al estado de los conocimientos humanos en la época de la fundación de todas las religiones conocidas, veremos cuán limitado era entonces el saber de los hombres en materia de astronomía, física, química, geología, fisiología, etc. Si en los tiempos modernos un buen número de fenómenos, que en la actualidad son perfectamente conocidos y explicados, se consideraron maravillosos, con más razón debía ocurrir lo mismo en tiempos remotos. Agreguemos que el lenguaje figurado, simbólico y alegórico, usado en todos los pueblos de Oriente, se prestaba naturalmente a las ficciones, cuyo verdadero sentido la ignorancia no permitía descubrir. Agreguemos también que los fundadores de las religiones, hombres superiores al vulgo y que sabían más que

este, tuvieron que rodearse de un prestigio sobrehumano para impresionar a las masas, que algunos ambiciosos usaron para explotar la credulidad: ved a Numa, a Mahoma y a tantos otros. Diréis que son impostores. De acuerdo, pero tomemos las religiones que surgieron de la ley mosaica: todas adoptan la creación según el *Génesis*. Ahora bien, ¿habrá realmente algo más sobrenatural que esa formación de la Tierra, extraída de la nada, arrancada del caos, poblada por todos los seres vivos —hombres, animales y plantas—, ya formados y adultos, en seis veces veinticuatro horas, como por arte de magia? ¿No es eso la derogación más formal de las leyes que rigen la materia y la progresión de los seres? No cabe duda de que Dios podía hacerlo; pero ¿lo hizo? Hasta hace pocos años, eso se afirmaba como un artículo de fe, pero resulta que la ciencia colocó el inmenso hecho del origen del mundo en el orden de los fenómenos naturales, demostrando que todo ocurrió según las leyes eternas. ¿Sufrió la religión por dejar de tener como base un hecho maravilloso por excelencia? Es indudable que habría sufrido mucho en su crédito si se hubiera obstinado en negar la evidencia, mientras que ganó al ajustarse al orden común.

Un hecho mucho menos importante, a pesar de las persecuciones a que dio lugar, es el de Josué deteniendo el Sol para prolongar el día dos horas más. Más allá de que se haya detenido el Sol o la Tierra, el hecho no deja de ser sobrenatural, pues constituye la derogación de una de las leyes principales: la de la fuerza que arrastra los mundos. Creyeron que se podía escapar de la dificultad al reconocer que lo que gira es la Tierra, pero no tomaron en cuenta la manzana de Newton, ni la mecánica celeste de Laplace ni la ley de la gravitación. Si el movimiento de la Tierra se suspende, ya no por dos horas, sino por algunos minutos, la fuerza centrífuga cesará y la Tierra se pre-

cipitará sobre el Sol. El equilibrio de las aguas en su superficie se mantiene por la continuidad del movimiento; al cesar el movimiento, todo se altera. Ahora bien, la historia del mundo no hace referencia a ningún cataclismo en esa época. No cuestionamos que Dios haya podido favorecer a Josué, prolongando la claridad del día; pero ¿qué medio habría empleado? Lo ignoramos. Podría haber sido una aurora boreal, un meteoro o cualquier otro fenómeno que no modificara el orden de las cosas; pero con toda seguridad no fue el que durante siglos se convirtió en un artículo de fe. Que en otros tiempos lo hayan creído, es muy natural; pero en la actualidad no es posible, a menos que se reniegue de la ciencia.

Dirán, no obstante, que la religión se apoya en muchos otros hechos que no son explicados ni explicables. Inexplicados, sí; inexplicables, es otra cuestión. ¿Acaso imaginamos los descubrimientos y los conocimientos que nos reserva el futuro? ¿Acaso no vemos ya, en virtud del magnetismo, del sonambulismo y del espiritismo, que se repiten los éxtasis, las visiones, las apariciones, la vista a distancia, las curas instantáneas, los levantamientos de objetos, las comunicaciones orales y de otras clases con los seres del mundo invisible: fenómenos conocidos desde tiempos inmemoriales, que antiguamente se consideraban maravillosos, pero cuya pertenencia al orden de las cosas naturales, según la ley constitutiva de los seres, se demuestra actualmente? Los libros sagrados están llenos de hechos calificados como sobrenaturales; pero dado que los hay análogos y aún más maravillosos en todas las religiones paganas de la Antigüedad, si la verdad de una religión dependiera de la cantidad y de la naturaleza de esos hechos, no sabríamos cuál de ellas prevalecería.

Como prueba de lo sobrenatural, el señor Guizot cita la formación del primer hombre, que –según él– tuvo que ser creado adulto, porque, al estar solo y en el estado de infancia, no habría podido alimentarse. Pero si Dios hizo una excepción al crearlo adulto, ¿no podría haber hecho otra al darle al niño los recursos para sobrevivir, y sin apartarse del orden establecido? Dado que los animales fueron anteriores al hombre, ¿no podía Dios realizar, en lo que atañe al primer niño, la fábula de Rómulo y Remo?

Decimos el primer niño, aunque deberíamos decir los primeros niños, porque la cuestión de un tronco único para la especie humana es muy controvertida. En efecto, las leyes antropológicas demuestran la imposibilidad material de que la posteridad de un solo hombre haya podido, en algunos siglos, poblar toda la Tierra y transformarse en las razas negra, amarilla y roja, porque ha quedado demostrado que esas diferencias se deben a la constitución orgánica y no al clima.

El señor Guizot sostiene una tesis peligrosa al afirmar que ninguna religión es posible sin lo sobrenatural. Si apoya las verdades del cristianismo tan solo en la base de lo maravilloso, hace que sus cimientos sean frágiles y se debiliten cada día más. Por nuestra parte, le otorgamos una base más sólida: las leyes inmutables de Dios. Esa base desafía al tiempo y a la ciencia, porque el tiempo y la ciencia habrán de sancionarla. Así pues, la tesis del señor Guizot lleva directamente a la conclusión de que, en un momento determinado, ya no habrá religión posible, ni siquiera la religión cristiana, en caso de que se demuestre que lo que se considera sobrenatural es natural. ¿Es eso lo que él quiso probar? No, pero es la consecuencia de su argumento, y hacia ella se dirige a paso largo, porque, por más que se elaboren y se acumulen los razonamientos, no se

llegará a sostener la creencia de que un hecho es sobrenatural toda vez que se ha demostrado que no lo es.

En esto somos mucho menos escépticos que el señor Guizot, y afirmamos que Dios no es menos digno de nuestra admiración, de nuestro reconocimiento y nuestro respeto, por el hecho de que no haya derogado sus leyes, pues estas son grandes principalmente por su inmutabilidad; y que no hay necesidad de lo sobrenatural para rendirle el culto que se merece y, por consiguiente, para tener una religión que encontrará menos incrédulos, pues será sancionada por la razón en todos sus puntos. Ahora bien, en nuestra opinión, el cristianismo no tiene nada que perder y solo puede ganar con esa sanción, porque si hay algo que lo perjudicó, en la opinión de muchas personas, fue precisamente el abuso de lo maravilloso y lo sobrenatural. Haced que los hombres vean la grandeza y el poder de Dios en todas sus obras; mostradles su sabiduría y su admirable providencia, desde la germinación de una brizna de hierba hasta el mecanismo del universo, y las maravillas no faltarán. Reemplazad en sus almas la idea de un Dios celoso, colérico, vengativo e implacable, por la de un Dios soberanamente justo, bueno y misericordioso, que no condena a suplicios eternos y sin esperanza por faltas temporarias. Haced que, desde la niñez, se alimenten con esas ideas que crecerán con su razón, y entonces formaréis creyentes más firmes y sinceros, en vez de acunarlos con alegorías que les obligáis a tomar al pie de la letra y que más tarde rechazarán, para comenzar a dudar de todo, e incluso para negarlo todo. Si queréis preservar la religión apenas con el prestigio de lo maravilloso, lo lograréis de un solo modo: manteniendo a los hombres en la ignorancia. Ved si eso es posible. A fuerza de mostrarles la acción de Dios tan solo en los prodigios y en las

excepciones, dejáis de hacer que la vean en las maravillas que hay bajo sus pies.

Nos objetarán, sin duda, con el nacimiento milagroso de Cristo, el cual no se podría explicar mediante las leyes naturales, y que constituye una de las pruebas más notables de su carácter divino. No es el momento de examinar esta cuestión. No obstante, una vez más decimos que no cuestionamos el poder de Dios para derogar sus leyes; lo que cuestionamos es la necesidad absoluta de esa derogación para el establecimiento de cualquier religión.

Dirán que el magnetismo y el espiritismo, dado que reproducen fenómenos considerados milagrosos, son contrarios a la religión actual, porque tienden a suprimir el carácter sobrenatural de esos hechos. ¿Qué hacer, entonces, si esos hechos son reales? No se podrá impedirlos, porque no son el privilegio de un hombre, sino que se producen en el mundo entero. Lo mismo podrían decir de la física, la química, la astronomía, la geología, la meteorología, en una palabra, de todas las ciencias. Al respecto, diremos que el escepticismo de muchas personas se origina tan solo en la imposibilidad –según ellos– de que esos hechos excepcionales ocurran. Al negar la base en la que se apoyan, niegan el resto. Demostradles la posibilidad y la realidad de tales hechos, reproduciéndolos ante sus ojos, y se verán obligados a creer en ellos. ¡Pero eso –exclamaréis– implica negar el carácter divino de Cristo! En tal caso, ¿preferís que esas personas no crean absolutamente en nada a que crean en algo? ¿Existirá solo ese medio para probar la misión divina de Cristo? ¿Acaso ese carácter no se reconoce cien veces mejor en la sublimidad de su doctrina y en el ejemplo de todas sus virtudes? Si ese carácter se observa tan solo en los actos materiales que él realizó, ¿por qué hubo otros que realizaron actos seme-

jantes, como Apolonio de Tiana, su contemporáneo? Y en tal caso, ¿por qué Cristo los superó? Porque hizo un milagro mucho más importante que transformar el agua en vino, alimentar a cuatro mil hombres con cinco panes, curar epilépticos, devolver la vista a los ciegos y hacer andar a los paralíticos. Ese milagro consiste en haber cambiado la faz del mundo, en la revolución generada por la simple palabra de un hombre nacido en un establo, que predicó durante tres años, sin haber escrito nada, y tan solo con la ayuda de algunos pescadores desconocidos e ignorantes. He aquí el verdadero prodigio, en el cual es necesario ser ciego para no ver la mano de Dios. Compenetrad a los hombres de esta verdad, pues constituye el mejor recurso para formar sólidos creyentes.

POESÍAS DE ULTRATUMBA

Queremos versos de Béranger

(Sociedad Espírita de México, 20 de abril de 1859.)

Desde que nuestra bella patria dejé,
muchas tierras he visto; escucho que me llaman,
cada uno me dice: “Te lo ruego, ven, ven,
queremos versos de Béranger”.

Dejad descansar a esta musa burlona;
ella habita hoy en los vastos campos de los aires,
y para loar a su Dios, su voz siempre canora
se suma cada día a los conciertos celestiales.

Otrora ella cantó arias muy frívolas;
pero su corazón era bueno; Dios la llamó hacia Él

y no tomó a mal sus palabras livianas.
Él amaba, él rogaba sin detestar a nadie.
Si he podido flagelar la raza capuchina,
los franceses dieron grandes risotadas con eso.
Y si el buen Dios a volver a la Tierra me destina,
reservaré alguna cantinela burlona para ellos.

Nota. En este punto, el Espíritu de Béranger se retiró. Al regresar por pedido nuestro, nos dictó los siguientes versos:

¡Qué! ¡Me asesináis, raza humana y ligera!
¡Versos! ¡Siempre versos! El pobre Béranger
los hizo en cantidad al pasar por la Tierra,
y contra ellos su muerte lo debía proteger.
Pero no, nada de eso; ¡que su suerte se cumpla!
Yo esperaba, al morir, que Dios lo hubiera impedido.
Del pobre Béranger, vosotros veis el suplicio,
y queréis castigarlo ¡ay! por su pecado.

BÉRANGER

Intento una más de mis canciones

(Sociedad Espírita de México)

I

Hijo querido de una tierra adorada,
de ti me acuerdo siempre aquí.
Bajo otros cielos, alma regenerada,
belleza, juventud, amor descubrí.

Por fin estoy en la cumbre de la vida,
mundo eterno donde todos renacemos;
y pobre Espíritu de esta otra patria,
intento una más de mis canciones.

II

He visto llegar a esa diosa pálida,
cuyo solo nombre a todos hace temblar;
pero al no ver en sus ojos más que ternura,
pude sin temor las manos juntar.
Caí dormido, y mi nueva amiga
arrulló mi partida con dulces sonos;
y pobre Espíritu de esta otra patria,
intento una más de mis canciones.

III

Vayan en paz; recostaos en la tumba,
¡oh! muertos dichosos, sin que os preocupe el despertar;
vuestros ojos cerrados son el telón que se cierra
para volver a abrirse ante un sol más bello.
Sonreíd, pues, que la muerte os invita
a su banquete de esplendorosas mieses;
y pobre Espíritu de esta otra patria,
intento una más de mis canciones.

IV

Están caídos, esos gigantes de la gloria;
esclavos, reyes, confundidos todos serán,
pues para nosotros la más bella victoria

pertenece al que más sabe amar.
Allá vemos lo que nuestro amor pide,
o lo que a pesar nuestro en la Tierra dejamos.
y pobre Espíritu de esta otra patria,
intento una más de mis canciones.

V

Amigos, adiós. Regreso al espacio
que a vuestro llamado siempre puedo cruzar;
inmensidad que jamás nos deja
y que pronto vendréis a transitar.
Sí, con una voz dichosa y remozada
juntos entonces recitaréis mis lecciones;
y pobre Espíritu de esta otra patria,
intento una más de mis canciones.

BÉRANGER

Nota. El Presidente de la *Sociedad Espírita de México*, de paso por París, ha tenido a bien confiarnos una selección de comunicaciones de esa Sociedad, y nos autorizó a elegir las que consideráramos de mayor utilidad. Pensamos que nuestros lectores no se lamentarán de la primera elección que hemos hecho; verán, con esta muestra, que las bellas comunicaciones se imparten en todos los países. Debemos agregar que la médium que ha obtenido los dos poemas anteriores es una señora totalmente ajena a la poesía.

BIBLIOGRAFÍA

***El espiritismo en su más simple expresión,
o la doctrina de los Espíritus popularizada***

El opúsculo que hemos anunciado con este título en nuestro último número, aparecerá el 15 de enero, pero en vez del precio indicado de 25 centavos, se ofrecerá a 15 centavos el ejemplar, y a 10 centavos los veinte ejemplares, es decir, a 2 francos, más los gastos de correo.

El objetivo de esta publicación es presentar, en un espacio muy limitado, una historia del espiritismo y una idea de la doctrina de los Espíritus suficiente para generar las condiciones que permitan comprender su objetivo moral y filosófico. La claridad y la sencillez del estilo obedecen a nuestro propósito de ponerlo al alcance de cualquier inteligencia. Contamos con el fervor de los verdaderos espíritas para que contribuyan a su propagación.

* * *

Revelaciones de Ultratumba

Por la señora de DOZON, médium; evocador: Sr. H. Dozon, ex teniente de los Lanceros de la Guardia y caballero de la Legión de Honor.- Un volumen grande in 18º; precio: 2 francos y 25 centavos. Librería Ledoyen, 31, galerie d'Orléans, Palais-Royal.

Esta obra es una recopilación de comunicaciones obtenidas por la señora de Dozon, médium y miembro de la *Sociedad Espírita de París*, durante y después de una muy grave

y dolorosa enfermedad que —como ella misma dice— habría abatido su valor si no fuera por su fe en el espiritismo y por la evidente asistencia de sus amigos y guías espirituales, que la sostuvieron en los momentos más penosos. De tal modo, la mayoría de esas comunicaciones llevan el sello de las circunstancias en que fueron recibidas. Su objetivo evidente era levantar el ánimo decaído, objetivo que se logró por completo. Su carácter es esencialmente religioso, y reflejan la más pura, tierna y consoladora moral. Algunas contienen pensamientos notablemente elevados. Tan solo lamentamos que, debido a la rapidez con la que ese volumen fue impreso, no haya sido posible hacerle todas las correcciones materiales deseables.

Si la *Biblioteca del Mundo Invisible*, que ya hemos anunciado, estuviera en vías de publicación, la citada obra podría ocupar en ella un lugar respetable.

Testamento a favor del espiritismo

*Al señor Allan Kardec, presidente de la
Sociedad Espírita de París.*

Estimado señor y muy honorable líder espírita:

Os envío adjunto mi testamento hológrafo, en un sobre cerrado con lacre verde, con la indicación de lo que deberá hacerse después de mi muerte. Desde el momento en que conocí y comprendí el espiritismo, su objeto y su finalidad, concebí la idea y tomé la decisión de escribir mi testamento. Me había propuesto redactar mi última voluntad este invierno, a mi regreso del campo. En la soledad de ese ámbito, du-

rante mi tiempo libre, pude recogerme y, a la luz de la divina antorcha del espiritismo, aproveché las enseñanzas que recibí en todo sentido de los Espíritus del Señor, para guiarme en la redacción de esa voluntad del modo más provechoso para mis hermanos de la Tierra, tanto para los de mi hogar, como para los que me rodean o están lejos de mí, conocidos o desconocidos, amigos o enemigos, y del modo más agradable a Dios. Recordé lo que el respetable señor Jobard, de Bruselas –cuya muerte súbita nos habéis anunciado⁶–, os escribía⁷ con su lenguaje a la vez profundo, divertido e ingenioso, respecto de una herencia de veinte millones de la que había sido expoliado. ¡Cuán poderosa palanca habría sido esa suma colosal para activar en un siglo la era nueva que comienza! El dinero, que a menudo desde el punto de vista terrenal se ha denominado el nervio de la guerra, es en efecto el instrumento más formidable y poderoso aquí en la Tierra, tanto para el bien como para el mal. Entonces pensé: “En apoyo de esta era nueva, puedo y debo consagrar una parte importante del modesto patrimonio que para la realización de mis pruebas he adquirido con el sudor de mi frente, a costa de mi salud y en medio de la pobreza, el cansancio, el estudio y el trabajo, y durante treinta años de vida activa en la abogacía, como uno de los más ocupados en las audiencias y en el despacho”.

He vuelto a leer la carta que Lamennais escribió a la condesa de Senfft, el 1º de noviembre de 1832, después de su viaje a Roma, y en la cual, además de su decepción después de tantos esfuerzos y tantas luchas consagradas a la búsqueda de la verdad, se encuentran estas palabras, que si no son pro-

6. Véase la *Revista Espírita* de diciembre de 1861. (N. del T.)

7. Véase la *Revista Espírita* de julio de 1858. (N. del T.)

féticas, al menos resultan inspiradas, y en las que anuncia esta era nueva...

(Siguen diversas citas, que la falta de espacio no nos permite reproducir.)

El sobre contiene el siguiente sobrescrito:

“En este sobre, sellado con lacre verde, está mi testamento hológrafo. El sobre será abierto y el sello quebrado solamente después de mi muerte, en una sesión general de la Sociedad Espírita de París. En esa sesión, el presidente de esa Sociedad que esté en funciones en esa época de mi muerte, dará lectura total a mi testamento. El sobre será abierto y el lacre será roto por dicho presidente. El presente sobre sellado, que contiene mi testamento y que será remitido y entregado al señor Allan Kardec, presidente actual de dicha Sociedad, será depositado por él en los archivos de esa Sociedad. Un original de ese mismo testamento se encontrará, en la época de mi muerte, en el estudio de la señora ***. Otro original se encontrará, en la misma época, en mi casa. El depósito entregado al señor Allan Kardec es mencionado en los otros originales”.

Esta carta fue comunicada a la Sociedad Espírita de París en la sesión del 20 de diciembre de 1861, de modo que su presidente, el señor Allan Kardec, en nombre de la Sociedad, fue el encargado de agradecer al testador por sus generosas intenciones a favor del espiritismo, así como de felicitarlo por la manera en que comprende su objetivo y su alcance.

Aunque el autor de la carta no haya recomendado omitir la mención de su nombre en caso de que se considerase oportuno publicarla, se comprende que en tales circunstancias, y para un acto de esta naturaleza, la más absoluta reserva es una obligación rigurosa.

Carta al Dr. Morhéry acerca de la Srta. Godu⁸

En los últimos tiempos se ha hecho referencia a ciertos fenómenos extraños operados por la señorita Godu, y que consistirían específicamente en la producción de diamantes y pepitas de metales preciosos por medios no menos extraños. Al respecto, el señor Morhéry nos ha escrito una muy extensa carta descriptiva, y algunas personas se sorprendieron de que no la comentáramos. El motivo de esto radica en que nosotros no apreciamos los hechos con entusiasmo, sino que los examinamos fríamente antes de aceptarlos, pues la experiencia nos ha enseñado cuán importante es desconfiar de ciertas ilusiones. Si hubiéramos publicado sin examen previo todas las maravillas que nos han referido con relativa buena fe, tal vez nuestra *Revista* habría sido más entretenida. Con todo, nuestro deber es conservar en ella el carácter serio que siempre tuvo. En cuanto a la nueva y prodigiosa facultad que se habría revelado en la señorita Godu, francamente consideramos que la de médium curativa era más valiosa y útil para la humanidad, e incluso para la propagación del espiritismo. De todos modos, no negamos nada, y a las personas que piensan que deberíamos haber tomado de inmediato el primer ferrocarril para verificar estas producciones, les responderemos que, si son reales, no dejarán de ser oficialmente constatadas, y que en tal caso siempre habrá tiempo para comentarlas, aparte de que nuestro amor propio no se verá afectado en caso de que

8. Acerca de Désiré Godu, véase la *Revista Espírita* de marzo de 1860. (N. del T.)

no seamos los primeros en proclamarlas. Por otra parte, este es un extracto de la respuesta que ofrecimos al señor Morhéry:

“(…) Es cierto que no he publicado todos los informes⁹ que me habéis enviado acerca de las curas operadas por la señorita Godu, pero he dicho bastante para llamar la atención al respecto. Si lo hiciera constantemente, podría dar la impresión de que me encuentro al servicio de algún interés particular. Además, la prudencia me recomienda esperar a que el futuro confirme el pasado. En cuanto a los fenómenos que relatáis en vuestra última carta, son tan extraños que no me atrevería a publicarlos, salvo que obtuviera su confirmación de una manera irrefutable. Cuanto más anormal es un hecho, más circunspección exige. Así pues, no os sorprenderá que yo sea muy circunspecto ante esta circunstancia. Por otra parte, esa es también la opinión del Comité de la Sociedad, al que he sometido vuestra carta. El Comité decidió por unanimidad que, incluso antes de mencionar el caso, era conveniente aguardar su desarrollo. Hasta ahora, ese hecho es tan contrario a las leyes naturales, e incluso a las leyes conocidas del espiritismo, que el primer sentimiento que provoca, incluso en los espíritas, es la incredulidad. Mencionarlo por anticipado y sin que sea posible afirmarlo con pruebas auténticas, implicaría excitar sin provecho la locuacidad de los bromistas”.

9. Véanse otros informes en la *Revista Espírita* de abril, mayo y junio de 1860. (N. del T.)

ALLAN KARDEC

Nota. Posponemos para nuestro próximo número la publicación de varias evocaciones y disertaciones espíritas de gran interés.

ALLAN KARDEC



REVISTA ESPÍRITA

PERIÓDICO DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS

Año V

Número 2

Febrero de 1862

Saludos de Año Nuevo

Dado que hemos recibido varios centenares de cartas con motivo del Año Nuevo, nos ha resultado materialmente imposible responder a cada una en particular. Así pues, rogamos a nuestros honorables corresponsales que acepten por este medio la expresión de nuestra sincera gratitud por los testimonios de afecto que han tenido a bien dirigirnos. Sin embargo, entre tantas cartas hay una que, por su naturaleza, requería una respuesta especial: la de los espíritas de Lyon, suscripta por aproximadamente doscientas firmas. De tal modo, hemos aprovechado la oportunidad para brindarles, a pedido de ellos, algunos consejos generales. Puesta en conocimiento de esa respuesta, la Sociedad Espírita de París consideró que la misma podía ser útil para todos, de modo que no solo nos invitó a que la publicáramos en la *Revista*, sino que también votó su impresión por separado, para que fuera distribuida entre sus miembros. Solicitamos, a cuantos han tenido la amabilidad de escribirnos, que tengan a bien ser partícipes de los sentimientos de reciprocidad que expresamos

en esa respuesta, y que se dirigen sin excepción a los espíritas franceses y extranjeros que nos honran con el título de líder y guía de todos ellos en el nuevo camino que se les presenta. Por lo tanto, no nos dirigimos solamente a los que nos han escrito con motivo del Año Nuevo, sino a todos los que a cada instante nos dan muestras tan conmovedoras de su reconocimiento por la dicha y el consuelo que encuentran en la doctrina espírita, y que toman en cuenta nuestras dificultades y nuestro esfuerzo para ayudar a su propagación; en fin, a todos los que consideran que nuestros trabajos tienen algún valor en la marcha progresiva del espiritismo.

Respuesta al saludo de los espíritas lioneses con motivo del Año Nuevo

Mis queridos hermanos y amigos de Lyon:

La carta colectiva que habéis tenido a bien enviarme con motivo del Año Nuevo me ha causado una viva satisfacción, pues me demuestra que habéis conservado un buen recuerdo de mí. No obstante, lo que me dio más placer en ese documento espontáneo fue encontrar, entre las numerosas firmas que en él figuran, las de los representantes de casi todos los grupos, lo cual pone de manifiesto la armonía que reina entre ellos. Me siento feliz al observar que habéis comprendido perfectamente el objetivo de esta organización, cuyos resultados ya podéis apreciar, pues ahora debe ser evidente para vosotros que una Sociedad única habría resultado casi imposible.

Os agradezco, mis buenos amigos, los votos que habéis formulado en mi favor; votos que para mí son aún más agradables porque sé que parten del corazón, y son esos los que Dios escucha. Estad, pues, satisfechos, porque Él os responde

diariamente al darme la alegría, inaudita en el establecimiento de una nueva doctrina, de ver que aquella a la cual me he consagrado crece y prospera con maravillosa rapidez mientras estoy vivo. Aprecio como un gran favor del Cielo el hecho de ser testigo del bien que ella produce ahora mismo. Esta certeza, de la cual recibo a diario los más conmovedores testimonios, me paga con creces todas mis dificultades y fatigas. Solo pido a Dios una gracia, y es que me dé la fuerza física necesaria para llegar al término de mi tarea, que está lejos de haber concluido; con todo, pase lo que pase, tendré siempre el consuelo de estar seguro de que la simiente de las ideas nuevas, ahora difundida por doquier, es imperecedera. Más dichoso que muchos otros, que sólo trabajaron para el porvenir, se me ha permitido ver los primeros frutos de mi tarea. Si algo lamento, es que la exigüidad de mis recursos personales no me permita llevar a cabo los planes que concebí para que la doctrina progrese aún más rápido; no obstante, si Dios en su sabiduría ha dispuesto otra cosa, legaré esos planes a mis sucesores, que sin duda serán más afortunados. A pesar de la escasez de los recursos materiales, el movimiento que se opera en la opinión pública ha superado todas las expectativas. Os aseguro, hermanos míos, que vuestro ejemplo no habrá dejado de ejercer su influencia en ello. Recibid, pues, nuestras felicitaciones por la forma como comprendéis y practicáis la doctrina. Sé cuán grandes son las pruebas que muchos de vosotros tenéis que soportar; solo Dios conoce el término de esas pruebas aquí en la Tierra. Pero también, ¡cuánta fuerza contra la adversidad nos da la fe en el futuro! ¡Oh! Compadeceos de los que creen en la nada después de la muerte, porque para ellos el mal presente no tiene compensación. El incrédulo desdichado es como el enfermo que no espera ninguna

cura. En cambio, el espírita es como aquel que está enfermo hoy, pero que sabe que mañana se sentirá bien.

Me pedís que continúe brindándoos mis consejos, y los doy de buen grado a quienes los consideran necesarios y me los solicitan, pero solamente a ellos. En cambio, a los que piensan que saben bastante y pueden prescindir de las lecciones de la experiencia, no tengo nada que decirles; apenas les deseo que un día no se lamenten de haberse vanagloriado de sus propias fuerzas. Además, esta pretensión denota un sentimiento de orgullo, que es contrario a la verdadera esencia del espiritismo. Ahora bien, al equivocarse desde la base, solo con eso demuestran que se apartan de la verdad. Vosotros, amigos míos, no sois como ellos, y por tal motivo aprovecho esta circunstancia para dirigiros algunas palabras que os demostrarán que, tanto de lejos como de cerca, estoy a vuestra disposición.

Según el punto en que se encuentran las cosas actualmente, y al ver la marcha del espiritismo a través de los obstáculos que se sembraron en su camino, podemos decir que las principales dificultades han sido vencidas; la doctrina alcanzó una posición y se apoya en bases que ya desafían los esfuerzos de sus adversarios. Nos preguntamos cómo una doctrina que hace que los hombres sean felices y mejores puede tener enemigos; pero eso es natural: el establecimiento de las mejores cosas siempre hiere intereses al principio. ¿Acaso no ha ocurrido así con la totalidad de las invenciones y los descubrimientos que revolucionaron la industria? Los que en la actualidad se consideran beneficiosos, y de los cuales ya no se podría prescindir, ¿no han tenido enemigos encarnizados? Toda ley que reprime los abusos, ¿no tiene en contra suya a cuantos viven de esos abusos? ¿Cómo pretendéis que una doctrina que conduce al reino de la caridad efectiva no sea combatida por

cuantos viven del egoísmo? ¡Y vosotros sabéis cuán numerosos son ellos en la Tierra! Al principio confiaron en eliminarla por medio de burlas; pero ahora ven que esa arma es impotente y que, pese a la andanada de sarcasmos, ha continuado su camino sin chistar. No supongáis que vayan a darse por vencidos; no, el interés material es más tenaz, y al reconocer que se trata de una potencia a la que habrá que tomar en cuenta en lo sucesivo, organizarán contra ella más serios asaltos, aunque estos apenas servirán para demostrar mejor la debilidad que los caracteriza. Algunos la atacarán abiertamente con palabras y acciones, y la perseguirán hasta en la persona de sus adeptos, a quienes intentarán desmoralizar a fuerza de hostigamientos; en tanto que otros lo harán a hurtadillas y por vías indirectas, con la intención de menoscabarla silenciosamente. Así pues, estáis advertidos de que la lucha no ha terminado. He sido informado acerca de que realizarán un esfuerzo enorme; pero no temáis, pues la garantía del éxito radica en esta divisa, que es la de todos los verdaderos espíritas: *Fuera de la caridad no hay salvación*. Sostenedla bien alto, porque es la cabeza de Medusa para los egoístas.

La táctica que ya ejecutan los enemigos de los espíritas, pero que aplicarán con renovado ardor, consiste en intentar dividirlos mediante la creación de sistemas divergentes, y suscitando entre ellos la desconfianza y la envidia. No caigáis en la trampa, y tened por cierto que cualquiera que pretenda, por el medio que sea, destruir la armonía, no puede tener buenas intenciones. Por eso os invito a emplear la máxima prudencia en la formación de vuestros grupos, no solamente para vuestra tranquilidad, sino también en interés de vuestros trabajos.

La naturaleza de los trabajos espíritas exige calma y recogimiento. Ahora bien, ese recogimiento no será posible si nos

distraen las discusiones y la expresión de sentimientos malévolos. No habrá sentimientos malévolos si existe fraternidad; pero no puede haber fraternidad con egoístas, ambiciosos y orgullosos. Con orgullosos que se ofenden y se sienten heridos por todo, con ambiciosos que se considerarán decepcionados si no logran la supremacía, y con egoístas que solamente piensan en sí mismos, la cizaña no demorará en introducirse, y sobrevendrá la disolución. Eso quisieran nuestros enemigos, y eso es lo que procurarán hacer. Si un grupo desea hallarse en condiciones de orden, de tranquilidad y estabilidad, es preciso que en él reine un sentimiento fraternal. Cualquier grupo o sociedad que se forme sin que su base sea la caridad *efectiva*, carecerá de vitalidad; mientras que aquellos que sean fundados conforme al verdadero espíritu de la doctrina se considerarán miembros de una misma familia que, dado que no pueden habitar todos bajo el mismo techo, residen en lugares diferentes. La rivalidad entre ellos sería un despropósito; no podría existir donde reina la verdadera caridad, porque esta no puede ser concebida de dos maneras. Así pues, reconoced al verdadero espíritu por la práctica de la caridad, tanto en pensamientos como en palabras y acciones, y decid que cualquiera que abrigue en su alma sentimientos de animosidad, rencor, odio, envidia o celos, se miente a sí mismo si pretende comprender y practicar el espiritismo.

El egoísmo y el orgullo matan a las sociedades particulares, así como a los pueblos y a la sociedad en general. Leed la historia, y veréis que los pueblos sucumben bajo la opresión de esos dos enemigos mortales de la felicidad de los hombres. Cuando los pueblos se apoyen en las bases de la caridad, serán indisolubles, porque estarán en paz entre ellos y consigo mismos, cada uno respetando los derechos y los bienes de su ve-

cino. Esa es la era nueva predicha, de la cual el espiritismo es el precursor, y por la cual todo espírita debe trabajar, cada uno en su esfera de actividad. Es una tarea que les compete y por la que serán recompensados según la manera en que la hayan cumplido, porque Dios sabrá distinguir a los que solo hayan buscado en el espiritismo su satisfacción personal, de los que hayan trabajado al unísono por la felicidad de sus hermanos.

Aún debo señalaros otra táctica de nuestros adversarios, que consiste en hacer el intento de comprometer a los espíritas, instigándolos a que se aparten del verdadero objetivo de la doctrina, que es la moral, para que aborden cuestiones que no son de su incumbencia y que con toda razón podrían despertar susceptibilidades perjudiciales. Tampoco os dejéis caer en esa trampa. Alejad cuidadosamente de vuestras reuniones todo lo que se relacione con la política y con cuestiones irritantes¹⁰. Las discusiones al respecto no os conducirían a ninguna otra cosa más que a causaros dificultades, en tanto que nadie podrá criticar la moral, toda vez que esta es buena. Buscad en el espiritismo lo que pueda mejoraros, pues eso es lo esencial. Cuando los hombres sean mejores, las reformas sociales verdaderamente útiles serán la consecuencia natural de ese mejoramiento. Al trabajar por el progreso moral, estableceréis los verdaderos y más sólidos fundamentos de todas las mejoras. Dejad a Dios el cuidado de hacer que las cosas lleguen a su debido tiempo. Así pues, en el propio interés del espiritismo —que aún es joven, pero madura rápidamente—,

10. En la separata de este texto, Allan Kardec reemplaza la expresión “cuestiones irritantes” por “dogmas religiosos”. Véase *Réponse à l'adresse des Spirités Lyonnais à l'occasion de la nouvelle année*, Lyon: Impr. de Chanoine, 1862. (N. del T.)

oponed una inquebrantable firmeza a los que intenten llevaros por un camino peligroso.

Con el propósito de desacreditar al espiritismo, algunos alegan que este habrá de destruir la religión. Vosotros sabéis que ocurre todo lo contrario, pues la mayoría de vosotros, que apenas creáis en Dios y en el alma, ahora creéis; no sabíais lo que era orar, y ahora lo hacéis con fervor; ya no poníais los pies en las iglesias, y ahora las frecuentáis con recogimiento. Además, si el espiritismo debiera destruir la religión, esta sería destructible y el espiritismo sería más poderoso. Decir eso sería una torpeza, porque equivaldría a confesar la debilidad de aquella y la fuerza de este. El espiritismo es una doctrina moral que fortalece los sentimientos religiosos en general, y que se aplica a todas las religiones. Pertenece a todas ellas, y a ninguna en particular. Por ese motivo, no le dice a nadie que cambie de religión. Deja que cada uno sea libre de adorar a Dios a su manera, así como de observar las prácticas que le dicta su conciencia, porque Dios toma en cuenta la intención más que el hecho. Id, pues, a los templos de vuestro culto, y probad de ese modo que calumnian al espiritismo cuando lo acusan de impiedad.

Ante la imposibilidad material de mantener contacto con todos los grupos, he solicitado a uno de vuestros compañeros que tenga a bien representarme más especialmente en Lyon, como lo hice en otros lugares. Se trata del señor Villon, cuyo fervor y abnegación conocéis, así como la pureza de sus sentimientos. Además, su posición independiente le concede más tiempo libre para la tarea cuyo encargo aceptó; una ardua tarea, pero ante la cual no retrocederá. Ha formado un grupo en su casa, con mi auspicio y según mis instrucciones, en oportunidad de mi último viaje. En ese grupo encontraréis excelen-

tes consejos y saludables ejemplos. Así pues, yo vería con gran satisfacción que cuantos me honran con su confianza lleguen a reunirse en torno a ese centro común. Si algunos quisieran mantenerse separados, evitad verlos con malos ojos; y si os arrojaran piedras, no las recojáis ni se las devolváis. Entre ellos y vosotros, Dios será el juez de los sentimientos de cada uno. Los que supongan que tienen la verdad con exclusión de los demás, demuéstrenlo con una mayor caridad y un mayor sacrificio de su amor propio, porque la verdad no podría estar del lado de los que no cumplen con el primer precepto de la doctrina. Si dudáis, haced siempre el bien. En la balanza de Dios, los errores del entendimiento pesan menos que los del corazón.

Repetiré aquí lo que he dicho en otras ocasiones: en caso de divergencias, un medio fácil para salir de la incertidumbre es ver cuál de las opiniones reúne más partidarios, porque las masas poseen un sentido común innato que no podría equivocarse. El error solo puede seducir a algunas mentes cegadas por el amor propio y un falso juicio, pero la verdad siempre prevalece. Así pues, tened por seguro que el error abandona a los que se instruyen, y que suponer que uno solo tiene la razón contra el resto constituye una obstinación irracional. Si los principios que profeso repercutieran tan solo de manera aislada, y si fueran rechazados por la opinión general, yo sería el primero en reconocer que habría podido equivocarme. Pero al ver que la cantidad de adeptos crece sin cesar, en todos los niveles de la sociedad y en todos los países del mundo, debo creer en la solidez de las bases en que dichos principios se apoyan. Por eso os digo con toda seguridad que avancéis con paso firme en el camino que se os ha trazado. Decid a vuestros antagonistas que, si pretenden que los sigáis, os ofrezcan una doctrina más consoladora, más clara, más inteligible, que sa-

tisfaga mejor a la razón, y que al mismo tiempo sea una mejor garantía para el orden social. Con vuestra unión, desbaratad las maquinaciones de los que quieran dividirlos. Demostrad, en fin, con el ejemplo, que la doctrina hace que las personas sean más moderadas, afables, pacientes e indulgentes, y esa será la mejor respuesta para los detractores, del mismo modo que la evidencia de los resultados benéficos es el más poderoso medio de propaganda.

Amigos míos, estos son los consejos que os brindo y a los cuales sumo mis votos para el año que comienza. Desconozco las pruebas que Dios nos reserva para este año. No obstante, sean cuales fueren, sé que las soportaréis con firmeza y resignación, pues sabéis que, para vosotros, como para el soldado, la recompensa es proporcional al coraje.

En cuanto al espiritismo, por el cual os interesáis más que por vosotros mismos, y cuyo progreso puedo evaluar —debido a mi posición— mejor que nadie, me complace deciros que el año comienza con los más favorables auspicios, y que indudablemente verá crecer la cantidad de adeptos en una proporción imposible de prever. Algunos años más como los que acaban de transcurrir, y el espiritismo tendrá a su favor las tres cuartas partes de la población. Permitidme que os cite un hecho entre mil.

En una provincia cercana a París, se localiza una pequeña ciudad donde el espiritismo penetró hace apenas seis meses. Este se desarrolló considerablemente en algunas semanas, y una formidable oposición se organizó de inmediato contra sus partidarios, amenazando hasta sus propios intereses privados. Ellos la enfrentaron con un coraje y un desinterés dignos de los mayores elogios. Se entregaron a la Providencia, y la Providencia no los abandonó. Esa ciudad cuenta con una

numerosa población obrera, entre la cual las ideas espíritas se manifiestan con rapidez, gracias a la oposición que encontraron. Ahora bien, un hecho digno de señalar es que las mujeres jóvenes esperaron sus aguinaldos para adquirir las obras necesarias para su instrucción, de modo que, tan solo para esa ciudad, un librero tuvo que expedir centenares de dichas obras. ¿No es prodigioso ver simples obreras que reservan sus ahorros para comprar libros de moral y de filosofía, en lugar de novelas y baratijas? ¿No es prodigioso ver hombres que prefieren esa lectura en vez de las ruidosas y embrutecedoras alegrías del cabaré? ¡Ah! Ocurre que esos hombres y esas mujeres, que sufren como vosotros, ahora comprenden que su destino no se cumple en este mundo. El telón se levanta, y vislumbran los espléndidos horizontes del porvenir. Esa pequeña ciudad es Chauny, en el departamento de Aisne. Como nuevos hijos en la gran familia, ellos os saludan —hermanos de Lyon— como a sus hermanos mayores, y a partir de ahora forman uno de los eslabones de la cadena espiritual que ya une París, Lyon, Metz, Sens, Burdeos y otras poblaciones, y que pronto unirá todas las ciudades del mundo en un sentimiento de mutua confraternidad, porque en todas partes el espiritismo ha lanzado semillas fecundas, y sus hijos ya se dan las manos por encima de las barreras de los prejuicios de sectas, de castas y de nacionalidades.

Vuestro dedicado hermano y amigo,

ALLAN KARDEC

El espiritismo, ¿se demuestra con milagros?

Un eclesiástico nos formula la siguiente pregunta:

“Todos los que recibieron de Dios la misión de enseñar la verdad a los hombres, han demostrado dicha misión a través de milagros. ¿Con cuáles milagros demostráis la verdad de vuestra enseñanza?”

No es la primera vez que nos formulan esta pregunta, tanto a nosotros como a otros espíritas. Parece que le asignan una gran importancia, y que de la respuesta depende la sentencia que debe condenar o absolver al espiritismo. Es preciso convenir en que, en este caso, nuestra situación es crítica, porque somos como ese pobre diablo que no tiene ni un centavo en el bolsillo y al que le piden la bolsa o la vida. Por lo tanto, confesamos humildemente que no tenemos siquiera el más pequeño milagro para ofrecer. Decimos más: el espiritismo no se apoya en ningún hecho milagroso. Sus adeptos no hicieron ni pretenden hacer ningún milagro, pues no se consideran suficientemente dignos para que, por disposición de ellos, Dios cambie el orden eterno de las cosas. El espiritismo constata un hecho material: la manifestación de las almas o Espíritus. ¿Es real ese hecho? Ahí radica toda la cuestión. Ahora bien, en caso de que sea verdadero, en ese hecho no hay nada milagroso. Como las manifestaciones de ese género, tales como las visiones, las apariciones y otras, tuvieron lugar en todos los tiempos —conforme lo señalan los historiadores sagrados y profanos, así como los libros de todas las religiones—, es posible que antaño se las considerara sobrenaturales. En la actualidad, sin embargo, dado que conocemos su causa y sabemos que se producen en virtud de determinadas leyes, sabemos

también que les falta el carácter esencial de los hechos milagrosos: ser una excepción de la ley común.

Esas manifestaciones, observadas en nuestros días con más cuidado que en la antigüedad, y sobre todo sin prejuicios, con la ayuda de investigaciones tan minuciosas como las que se realizan en el estudio de las ciencias, conducen a demostrar de manera irrecusable la existencia de un principio inteligente fuera de la materia, su supervivencia al cuerpo, su individualidad después de la muerte, su inmortalidad, su futuro feliz o desdichado; por consiguiente, conducen a demostrar el fundamento de todas las religiones.

Si la verdad solo fuera demostrada con milagros, entonces podríamos preguntarnos por qué los sacerdotes de Egipto, que supuestamente estaban errados, reproducían ante el Faraón los milagros que hizo Moisés; y por qué Apolonio de Tiana, que era pagano, curaba mediante el toque, devolvía la vista a los ciegos y la voz a los mudos, predecía el futuro y veía lo que ocurría a distancia. ¿Acaso el propio Cristo no ha dicho: “Habrá falsos profetas que harán prodigios”? Uno de nuestros amigos, tras dirigir una fervorosa plegaria a su Espíritu protector, fue curado casi instantáneamente de una enfermedad muy grave y prolongada, que había resistido todos los remedios. Para él, ese hecho fue verdaderamente milagroso; pero como cree en los Espíritus, un sacerdote —al que narró lo ocurrido— le dijo que el diablo también puede hacer milagros. “En tal caso —objetó este amigo—, si el diablo me curó, debo agradecersele a él.”

Por consiguiente, los prodigios y los milagros no son un privilegio exclusivo de la verdad, porque el propio diablo puede hacerlos. Entonces, ¿cómo se distinguen los buenos de los malos? Todas las religiones idólatras, sin exceptuar la de Ma-

homa, se apoyan en hechos sobrenaturales. Eso prueba una cosa: los fundadores de esas religiones conocían secretos naturales que el vulgo ignoraba. ¿Acaso los salvajes de América no consideraron que Cristóbal Colón era un ser sobrehumano, porque había predicho un eclipse? ¿No habría podido él hacerse pasar por un enviado de Dios? Entonces, para demostrar su poder, ¿tiene Dios necesidad de deshacer lo que ha hecho? ¿Necesita ordenar que gire hacia la derecha lo que debe girar hacia la izquierda? Galileo, al demostrar el movimiento de la Tierra con las leyes de la naturaleza, ¿no tenía más razón que quienes consideraban necesario detener el Sol mediante una derogación de esas mismas leyes? Además, sabemos cuánto pagaron, él y tantos otros, por haber demostrado un error. Decimos que Dios es más grande por la inmutabilidad de sus leyes que por derogarlas, y que, si le agradó hacer esto último en algunas circunstancias, esa no puede ser la única señal que Él nos ofrece acerca de la verdad. En tal sentido, téngase a bien consultar lo que hemos dicho, en nuestro artículo del mes de enero, respecto de lo *sobrenatural*. Volvamos a las pruebas de la verdad del espiritismo.

En el espiritismo hay dos cosas: el hecho de la existencia de los Espíritus y sus manifestaciones, y la doctrina que de ahí resulta. El primer punto solo puede ser cuestionado por los que no han visto o no han querido ver. En cuanto al segundo, la cuestión es saber si esta doctrina es verdadera o falsa, lo cual es un resultado de la apreciación.

Si los Espíritus sólo manifestaran su presencia a través de ruidos y movimientos, en una palabra, por medio de efectos físicos, eso no probaría demasiado, porque no se sabría si esos Espíritus son buenos o malos. Lo que sobre todo es característico en ese fenómeno, lo que es capaz de convencer a los

incrédulos, es la posibilidad de que estos reconozcan entre los Espíritus a sus parientes y amigos. Pero ¿de qué modo pueden los Espíritus demostrar su presencia, su individualidad, y permitir que se evalúen sus cualidades, si no es mediante el habla? Sabemos que la escritura a través de los médiums es uno de los medios que los Espíritus emplean. Desde el momento en que estos disponen de un medio para expresar sus ideas, pueden decir todo lo que quieran. Según su nivel de adelanto, dirán cosas más o menos buenas, justas o profundas. Al dejar la Tierra, no renunciaron a su libre albedrío. Como todos los seres pensantes, tienen su propia opinión. Como ocurre entre los hombres, los más adelantados imparten enseñanzas de elevada moralidad y consejos llenos de la más profunda sabiduría. Esas enseñanzas y esos consejos, recopilados y puestos en orden, constituyen la doctrina espírita o de los Espíritus. Si lo preferís, considerad esta doctrina, no como una revelación divina, sino como la expresión de una opinión personal de tal o cual Espíritu. En tal caso, la cuestión es saber si es buena o mala, verdadera o falsa, racional o ilógica. ¿A quién habrá que recurrir para saberlo? ¿Al juicio de un individuo o, incluso, de algunos individuos? No; porque, dominados por los prejuicios, por las ideas preconcebidas o los intereses personales, esos individuos pueden equivocarse. El único y verdadero juez es el público, porque este no representa el interés de una camarilla, y porque en las masas hay un sentido común innato que no se equivoca. La sana lógica afirma que la adopción de una idea o de un principio por parte de la opinión general, es una prueba de que se basa en un fondo de verdad.

Por lo tanto, los espíritas no dicen: “Esta doctrina ha salido de la boca del propio Dios; fue revelada a un solo hombre por medios prodigiosos, y debe ser impuesta al género huma-

no”. Por el contrario, dicen: “Esta doctrina no es nuestra, y no reivindicamos su mérito. La adoptamos porque nos parece racional. Atribuidle el origen que queráis: Dios, los Espíritus o los hombres. Examinadla. Si os conviene, adoptadla. De lo contrario, dejadla a un lado”. No se puede ser más terminante. El espiritismo no viene a interferir en la religión. No se impone. No viene a forzar la conciencia, ya sea de los católicos, los protestantes o los judíos. Se presenta y dice: “Aceptadme si me consideráis bueno”. ¿Acaso es culpa de los espíritas si se lo considera bueno, si en él se encuentra la solución de lo que se buscaba en vano en otro lugar, si de él se obtienen consuelos que generan felicidad, disipan el terror respecto del porvenir, calman las angustias de la duda e infunden coraje para el presente? El espiritismo no se dirige a las personas cuyas creencias católicas u otras les basta, sino a las que no están completamente satisfechas con tales creencias o las han abandonado. En vez de inducir las a dejar de creer, hace que crean en algo, y que lo hagan con fervor. El espiritismo no pretende el aislamiento, pues se vale de los medios que le son propios para atraer a las personas que se mantienen distantes. Si las rechazáis, se verán forzadas a quedarse afuera. Desde el fondo de vuestra alma y en conciencia, decid si sería preferible que esas personas fueran ateas.

Nos preguntan en qué milagro nos basamos para considerar que la doctrina espírita es buena. Consideramos que es buena, no solo porque esa es nuestra opinión, sino porque millones de personas piensan como nosotros. Es buena porque induce a creer a los que no creían; porque vuelve buenas personas a las que eran malas; porque infunde valor ante las miserias de la vida. El *milagro* del espiritismo radica en la rapidez de su propagación, inaudita en los fastos de las doctrinas

filosóficas; radica en haber dado, en algunos años, la vuelta al mundo, y en haberse implantado en todos los países y en todos los niveles de la sociedad; en haber progresado, a pesar de todo lo que han hecho para detenerla, así como en derribar las barreras que se le oponen, fortaleciéndose cada vez más ante esas mismas barreras. ¿Acaso este es el carácter de una utopía? Una idea falsa puede encontrar algunos partidarios, pero su existencia siempre será efímera y circunscripta; pierde terreno en vez de ganarlo, mientras que el espiritismo lo gana, en vez de perderlo. Cuando vemos que germina en todas partes, acogido por doquier como un beneficio de la Providencia, es porque ahí está el dedo de la Providencia. Ese es el verdadero milagro, y consideramos que es suficiente para garantizar su futuro. Diréis que el espiritismo no tiene un carácter providencial, sino diabólico. Sois libres para opinar de ese modo, siempre que avance, pues esto es lo esencial. Apenas diremos que, si algo se estableciera universalmente con el poder del demonio, y a pesar de los esfuerzos de quienes dicen obrar en el nombre de Dios, eso podría hacer que algunas personas crean que el demonio es más poderoso que la Providencia. ¡Pedís milagros! Veamos uno de ellos, informado por uno de nuestros corresponsales en Argelia:

“El señor P..., ex oficial, era el más terco de los incrédulos; poseía el fanatismo de la irreligión y, antes de Proudhon, ya decía: *Dios es el mal*. Dicho de otra manera: no admitía ningún Dios y sólo reconocía la nada. Cuando lo vi venir en busca de vuestro *El Libro de los Espíritus*, pensé que coronaría esa lectura con alguna elucubración satírica, como era su costumbre respecto de los sacerdotes, e incluso del propio Cristo. No me resultaba posible que un ateísmo tan inveterado pudiera curarse alguna vez. ¡Pues bien! *El Libro de los Espíritus*,

sin embargo, hizo ese milagro. Si conocierais a ese hombre como yo lo conozco, os sentiríais orgulloso de vuestra obra y consideraríais el caso como vuestro mayor éxito. Aquí, todos se admiran. No obstante, cuando uno se ha iniciado en la palabra de la verdad, no hay motivo para sorprenderse, después de haber reflexionado, por supuesto”.

Vale agregar que nuestro corresponsal es un periodista que también profesaba opiniones muy poco espiritualistas, y mucho menos espíritas. ¿Habrán forzado a este señor para imponerle la creencia en Dios y en el alma? No, y no es probable que se hubiera prestado a eso. ¿Lo habrán fascinado con la visión de algunos fenómenos prodigiosos? Tampoco, porque no vio nada en materia de manifestaciones. Solamente leyó, comprendió, encontró razonamientos lógicos, y creyó. ¿Diréis que esta conversión y tantas otras son obra del diablo? Si así fuera, el diablo dispondría de una singular política para forjar armas contra sí mismo, y sería muy torpe al dejar escapar a los que tenía entre sus garras. ¿Por qué no habéis hecho vosotros ese milagro? ¿Acaso seríais menos fuertes que el diablo para lograr que se crea en Dios? Permitidme haceros otra pregunta. Aquel señor, cuando era ateo y blasfemo, ¿estaba condenado para la eternidad? Sin ninguna duda –responderéis–. Y ahora que, en vuestra opinión, el diablo lo ha convertido a Dios, ¿aún está condenado? Supongamos que cree en Dios, en el alma, en la vida futura feliz o desdichada, y que en virtud de esta creencia se ha vuelto mejor de lo que era, pero no adopta completamente al pie de la letra la interpretación de los dogmas, e incluso rechaza algunos de ellos, ¿aún está condenado? Si respondéis: “Sí”, entonces la creencia en Dios no le sirve para nada. Si respondéis: “No”, ¿en qué se convierte la máxima: *Fuera de la Iglesia no hay salvación*? El espiritismo afirma:

Fuera de la caridad no hay salvación. ¿Acaso suponéis que ese señor vacilará entre ambas? Quemado indefectiblemente por una, y salvado por la otra, la elección no parece dudosa.

Estas ideas, como todas las ideas nuevas, contrarían a determinadas personas, a algunos hábitos, e incluso a algunos intereses, como los ferrocarriles contrariaron a los del servicio postal a caballo y a los que tenían miedo; como una revolución contraría a determinadas opiniones; como la imprenta contrarió a los amanuenses; como el cristianismo contrarió a los sacerdotes paganos. Pero ¿qué hacer cuando algo se instala quíerese o no, por su propia fuerza, y es aceptado por la generalidad? Es necesario tomar partido y decir, como Mahoma, que es lo que debe ser. ¿Qué haréis si el espiritismo se convierte en una creencia universal? ¿Rechazaréis a todos los que lo admitan? Diréis que eso no ocurrirá, pues no es posible. Pero –insistimos– si eso ocurre, ¿qué haréis?

¿Se puede detener ese auge? Para eso habría que detener, no a un hombre, sino a los Espíritus, e impedir que hablen. Habría que quemar, no un libro, sino las ideas; e impedir que los médiums escriban y se multipliquen. Uno de nuestros corresponsales nos escribe desde una ciudad del departamento de Tarn: “Nuestro cura hace propaganda por nosotros: desde el púlpito truena contra el espiritismo, que –según él– no es otra cosa sino la obra del demonio. Me ha designado casi como el sumo sacerdote de la doctrina en nuestra ciudad, cosa que le agradezco desde el fondo de mi corazón, porque de ese modo me permite conversar con los que aún no habían escuchado hablar de espiritismo, y que me abordan para saber en qué consiste. Hoy los médiums abundan entre nosotros”. El resultado es el mismo en todas partes donde se vociferó contra el espiritismo. En la actualidad, la idea espírita se en-

cuentra lanzada. Es acogida, porque agrada. Se extiende desde el palacio hasta la choza, y a través de lo que se ha hecho para sofocarla podemos evaluar el efecto de los futuros intentos.

En resumen, el espiritismo, para establecerse, no reivindica la acción de ningún milagro. No pretende cambiar en absoluto el orden de las cosas. Buscó y encontró la causa de determinados fenómenos, que erróneamente se consideraban sobrenaturales. En vez de apoyarse en lo sobrenatural, lo repudia en beneficio propio. Se dirige al corazón y a la razón. La lógica le abrió el camino, y la lógica lo conducirá a la meta.

Este es un anticipo de la respuesta que debemos al opúsculo del señor cura Marouzeau.¹¹

Ahora dejemos que hablen los Espíritus. Tras formularles la pregunta precedente, estas son algunas de las respuestas obtenidas a través de diferentes médiums:

“Acudo para hablaros de la realidad de la doctrina espírita, así como para oponerla a los milagros cuya ausencia parece que debe servir de arma a sus detractores. Los milagros, necesarios en las primeras edades de la humanidad para impresionar las mentes a las que se pretendía someter; los milagros, la mayoría de los cuales se explican actualmente gracias a los descubrimientos de las ciencias físicas u otras, ahora resultan inútiles y hasta peligrosos, ya que sus manifestaciones solo despertarían la incredulidad o la burla. Por fin ha llegado el reino de la inteligencia, no todavía en su triunfante expresión, pero al menos en sus tendencias. ¿Qué pretendéis? ¿Queréis

11. Véanse las dos cartas publicadas en la *Revista Espírita* (julio y septiembre de 1863) como respuesta de Allan Kardec al opúsculo *Refutación completa de la doctrina espírita desde el punto de vista religioso – Carta al señor Allan Kardec, presidente de la Sociedad Espírita de París, y a sus correligionarios*, París: 1861. (N. del T.)

ver nuevamente que los cayados se transformen en serpientes, que los minusválidos se levanten y que los panes se multipliquen? No, no veréis nada de eso; pero veréis que los incrédulos se conmueven y flexionan sus tiasas rodillas ante el altar. Este milagro bien equivale al del agua que brota de la roca. Veréis al hombre desolado, oprimido bajo el peso de la desgracia; lo veréis apartarse de la pistola cargada y exclamar: ‘Dios mío, bendito seas, porque vuestra voluntad eleva mis pruebas al nivel del amor que os debo’. Por último, vosotros, los que en todas partes combatís los hechos con los textos, el espíritu con la letra, veréis que la luminosa verdad se establece sobre las ruinas de vuestros misterios carcomidos.”

LÁZARO (Médium: señora COSTEL.)

“En una de mis últimas meditaciones¹², que se ha leído aquí —según creo—, he demostrado que actualmente la humanidad progresa. Hasta el tiempo de Cristo, la humanidad tenía un cuerpo, y no cabe duda de que era espléndida; incluso, había realizado heroicos esfuerzos y obtenido sublimes virtudes. Pero ¿dónde estaba su ternura? ¿Dónde estaba su mansedumbre? Al respecto, habría varios ejemplos en la Antigüedad. Abrid un poema antiguo: ¿dónde está la mansedumbre? ¿Dónde está la ternura? Encontraréis su expansión en el poema —casi todo cristiano— de *Dido*, de Virgilio, una especie de heroína melancólica que el Tasso o Ariosto habrían vuelto interesante en sus cantos repletos de alegría cristiana.

12. Véanse las *Meditaciones filosóficas y religiosas*, publicadas en la *Revista Espírita* de diciembre de 1861 y, más adelante, en este número de 1862. (N. del T.)

”Cristo vino a hablar al corazón de la humanidad; pero –como sabéis– el propio Cristo dijo que vino en carne en medio del paganismo, y prometió que vendría en medio del cristianismo. Existe en el individuo la educación del corazón, como existe la educación de la inteligencia; y lo mismo sucede con la humanidad. Por lo tanto, Cristo es el gran educador. Su resurrección es el símbolo de su fusión espiritual en todos; y esa fusión, esa expansión de él mismo, apenas comenzáis a sentirla. Cristo ya no viene a hacer milagros, sino a hablar directamente al corazón, en vez de hablar a los sentidos. Él dejaba atrás a los que le pedían un milagro en el Cielo y, algunos pasos más adelante, improvisaba su magnífico sermón de la montaña. Ahora bien, a los que aún piden milagros, Cristo responde mediante los Espíritus sabios y esclarecidos: ‘¿Acaso creéis más en vuestros ojos, en vuestros oídos y en vuestras manos, que en vuestro corazón? Mis llagas están actualmente cerradas; el Cordero ha sido sacrificado; la carne fue degollada; el materialismo ha visto; ahora es el turno del Espíritu. Abandono a los falsos profetas; no me presento ante los poderosos de la Tierra como Simón, el mago, sino que voy a los que realmente tienen sed, a los que realmente tienen hambre, a los que sufren en el corazón, y no a los que son espiritualistas tan solo como verdaderos y puros materialistas’.”

LAMENNAIS (Médium: señor A. DIDIER.)

“Nos preguntan cuáles son los milagros que nosotros hacemos. Con todo, me parece que desde hace algunos años las pruebas son bastante evidentes. Los progresos del espíritu humano transformaron la faz del mundo civilizado. Todo ha

progresado, y los que prefirieron quedarse atrás respecto de ese movimiento, son como los parias de las nuevas sociedades.

”Conforme se halla preparada hoy para los acontecimientos, ¿qué le falta a la sociedad, sino todo lo que atrae a la razón y la esclarece? Es posible que en algunas épocas Dios haya querido comunicarse a través de inteligencias superiores, como Moisés y otros. De esos grandes hombres datan las grandes épocas, pero el espíritu de los pueblos ha progresado desde entonces. Las grandes figuras de los predestinados enviados por Dios recordaban una leyenda milagrosa; y entonces un hecho, a menudo simple de por sí, se volvía maravilloso ante la multitud impresionable y preparada para emociones que tan solo la naturaleza sabe despertar en sus hijos ignorantes.

”Pero hoy, ¿necesitáis milagros? Todo se ha transformado alrededor vuestro: la ciencia, la filosofía, la industria, han desarrollado todo lo que os rodea; ¿y pensáis que nosotros —los Espíritus— no hemos participado en nada de esas profundas modificaciones? Al estudiar y comentar, aprendéis y meditáis mejor. Los milagros ya no son de vuestra época, y debéis elevaros más allá de esos prejuicios que han quedado en vuestra memoria como tradiciones. Nosotros os brindaremos la verdad, y siempre nuestro auxilio. Nosotros os esclareceremos, a fin de que seáis mejores y fuertes. Creed y amad, y el milagro buscado se producirá en vosotros. Al conocer y comprender mejor el objetivo de esta vida, seréis transformados sin fenómenos físicos.

”Intentáis palpar la verdad, tocarla, pero ella os rodea y os penetra. Así pues, confiad en vuestras propias fuerzas, y el Dios de bondad que os dio el espíritu hará que vuestra fuerza sea formidable. A través de Él disiparéis las nubes que oscurecen vuestro entendimiento, y comprenderéis que el espíritu

es todo inmortalidad, todo poder. Al ponerlos en relación con esta ley de Dios llamada progreso, no buscaréis más, en el prestigio de los grandes nombres —que son como mitos de la Antigüedad—, una respuesta y un escollo contra el espiritismo, que es la revelación verdadera, la fe, la ciencia nueva que consuela y fortalece.”

BALUZE (Médium: señor LEYMARIE.)

“Piden milagros para demostrar la verdad de la doctrina espírita. Pero ¿quién pide esa prueba de la verdad? Aquel que debería ser el primero en creer y enseñar...”

”El mayor de los milagros ocurrirá muy pronto. Sacerdotes del catolicismo, escuchad: queréis milagros, y estos ocurren... La cruz de Cristo se desmoronaba bajo los golpes del materialismo, de la indiferencia y del egoísmo; ¡pero ahora se levanta, bella y resplandeciente, sostenida por el espiritismo! Decidme: ¿acaso no es el mayor de los milagros que una cruz se levante, con la Esperanza y la Caridad en cada uno de sus brazos? En verdad, sacerdotes de la Iglesia, creed y ved: ¡los milagros os rodean...! ¿Cómo denominaréis ese retorno común a la creencia casta y pura del Evangelio, dado que todas las filosofías se unirán al espiritismo? El espiritismo será la gloria y la antorcha que iluminará todo el universo. ¡Oh! Entonces el milagro será manifiesto y deslumbrante, porque en la Tierra ya no habrá más que una única y misma familia. ¡Queréis milagros! Ved a esa pobre mujer sufrida y sin pan: ¿cómo tiritaba de frío en su cabaña! El hálito con el que pretende dar calor a sus dos hijitos, que se mueren de hambre, es más frío y glacial que el viento que atraviesa su choza miserable. ¿A qué se debe, pues, tanta calma y serenidad en su rostro, en medio de tanta miseria? ¡Ah!

Es que ella ha visto una estrella de fuego brillando sobre su cabeza, y la luz celestial se esparce en su refugio. No llora más; ¡ella espera! No maldice más; ¡solamente pide a Dios que le dé coraje para soportar la prueba...! ¡Y entonces las puertas de la cabaña se abren, y la Caridad acude a dejar allí lo que su mano bienhechora puede esparcir...!

”¿Cuál es la doctrina que infundirá más sentimiento e impulso al corazón? ¡El cristianismo plantó el estandarte de la igualdad en la Tierra...! ¡El espiritismo enarbola el de la fraternidad...! ¡Ese es el milagro más celestial y divino que se pueda producir...! Sacerdotes, cuyas manos a veces están mancilladas por el sacrilegio: ¡no pidáis milagros físicos, porque entonces vuestras frentes podrían estrellarse contra la piedra que pisáis para subir al altar...!

”No, el espiritismo no depende de los fenómenos físicos, ni se apoya en milagros que hablan a los ojos, sino que infunde fe al corazón. Decidme, pues, ¿no es este su mayor milagro...?”

SAN AGUSTÍN (Médium: señor VÉRY.)

Nota. Es evidente que esto solo puede aplicarse a los sacerdotes que han mancillado el santuario, como Verger¹³ y otros.

13. Véase, en la *Revista Espírita* de febrero de 1861, la referencia a un diálogo espontáneo entre los Espíritus de monseñor Sibour (arzobispo de París) y su asesino (el joven sacerdote Jean-Louis Verger). Véase también la evocación del Espíritu de Verger, en *El Cielo y el Infierno*, Segunda Parte, Capítulo VI: *Criminales arrepentidos*: “Verger (asesino del arzobispo de París)”. (N. del T.)

El viento

Fábula espírita

“Cuanta más repercusión tiene la crítica, más bien puede esta hacer, al llamar la atención de los indiferentes.”¹⁴

(ALLAN KARDEC.)

El austro en la llanura cual amo reinar quería.
En su vuelo impetuoso,
con ardiente sopro sacudía
un secular olmo, tronco enorme y nudoso.
De sus ramas fecundas la semilla –decía él–
podría cubrir la tierra, germinar y surgir;
prevengamos pues una lucha, libremos al porvenir
de los obstáculos puestos para dañar mi poder.
Y los delicados penachos verdes,
deshojándose con los golpes recibidos,
en leves torbellinos se pierden en los aires.
Sin embargo, los granos han huido
del sopro que insiste en barrer su vuelo,
y pese a él echan raíces en el suelo.
Contra las leyes de amor y austera sabiduría
que esparce el espiritismo, árbol de la verdad,
el viento de la incredulidad
ruge, hiere, sin cesar porfía.

14. Véase la frase completa en la *Revista Espírita* de septiembre de 1860. Artículo: “*Historia de lo maravilloso y lo sobrenatural*, por Louis Figuiet”. (N. del T.)

Hace que nazca y crezca mientras cree sofocarlo:
quiere que el germen muera... pero ayuda a sembrarlo.

C. DOMBRE (de Marmande).

La reencarnación en América

A menudo causa sorpresa que la doctrina de la reencarnación no haya sido enseñada en América, y los incrédulos no han dejado de apoyarse en eso para acusar a los Espíritus de contradecirse. No repetiremos aquí las explicaciones que nos han brindado al respecto y que ya hemos publicado, de modo que nos limitaremos a recordar que en esa cuestión los Espíritus han mostrado su prudencia habitual. Quisieron que el espiritismo surgiera en un país con absoluta libertad para emitir opiniones. El punto esencial era la adopción del principio, y para eso no quisieron ser limitados por nada. No habría ocurrido lo mismo con las consecuencias de dicho principio, y sobre todo con la reencarnación, que habría contrariado los prejuicios de la esclavitud y hacia el color. La idea de que un negro puede llegar a ser un blanco; de que un blanco pudo haber sido un negro; de que un amo pudo ser un esclavo, habría resultado tan monstruosa que bastaría para que la totalidad fuera rechazada. Así pues, los Espíritus prefirieron sacrificar momentáneamente lo accesorio a favor de lo principal, y siempre nos dijeron que más tarde la unidad se realizaría en ese punto como en los demás. Eso es, en efecto, lo que comienza a suceder: varias personas de ese país nos han dicho que actualmente la doctrina de la reencarnación encuentra allí numerosos adeptos, y que algunos

Espíritus –después de hacer que se la presenta– acuden para confirmarla. Al respecto, esto es lo que nos escribe, desde Montreal (Canadá), el señor Fleury Lacroix, natural de Estados Unidos:

“(…) La cuestión de la reencarnación, de la que vos habéis sido el primer promotor *visible*, nos ha tomado de sorpresa aquí. Pero actualmente nos hemos reconciliado con ella, con esa hija de vuestro pensamiento. Todo se ha vuelto comprensible mediante esta nueva claridad, y ahora vemos mucho mejor el eterno camino que está delante de nosotros. Es cierto que nos parecía muy absurda –como decíamos al comienzo–. No obstante, actualmente negamos, pero mañana creemos: así es la humanidad. Dichosos los que quieren saber, porque la luz se hará para ellos; desdichados los otros, porque permanecerán en las tinieblas”.

Así es la lógica, la fuerza del razonamiento, que los condujo a la doctrina de la reencarnación, porque encontraron en ella la única clave que podía resolver los problemas hasta entonces insolubles. Con todo, nuestro honorable corresponsal se equivoca respecto de un hecho importante, al atribuirnos la iniciativa de esa doctrina, a la que denomina hija de nuestro pensamiento. Ese es un honor que no merecemos, porque los Espíritus habían enseñado la reencarnación a otras personas antes de que nosotros publicáramos *El libro de los Espíritus*. Además, ese principio fue claramente expuesto en varias obras anteriores, no solamente a las nuestras, sino a la época en que aparecieron las mesas giratorias, entre otras: en *Terre et Ciel* [*Tierra y Cielo*], de Jean Reynaud, así como en un encantador librito del señor Louis Jourdan, intitulado *Les prières de Ludo-*

vic [*Las oraciones de Ludovico*], publicado en 1849¹⁵, y sin tomar en cuenta que ese dogma era profesado por los druidas, a los cuales, por cierto, nosotros no se lo enseñamos¹⁶. Cuando nos revelaron ese principio, nos sorprendimos y lo admitimos con renuencia, con desconfianza; incluso lo combatimos durante algún tiempo, hasta que la evidencia nos lo demostró. Así pues, respecto de este dogma, nosotros lo ACEPTAMOS, pero no lo INVENTAMOS, lo cual es muy diferente.

Esto responde a la objeción de uno de nuestros abonados, el señor Salgues (de Angers), que es uno de los antagonistas declarados de la reencarnación, quien sostiene que los Espíritus y los médiums que la enseñan sufren nuestra influencia, atento a que los que se comunican con él dicen lo contrario. Por otra parte, el señor Salgues alega contra la reencarnación objeciones especiales, que uno de estos días convertiremos en objeto de un examen particular¹⁷. Mientras tanto, constatamos un hecho: la cantidad de partidarios de la reencarnación crece sin cesar, mientras que la de sus adversarios disminuye. Si este resultado se debe a nuestra influencia, resulta que dicha influencia es muy importante, pues se extiende desde Europa hasta América, Asia, África y Oceanía. Si la opinión contraria es verdadera, ¿cómo se explica que no sea preponderante? ¿Acaso el error sería más poderoso que la verdad?

15. Véase, en el número de diciembre, el artículo “Charles Fourier, Louis Jourdan y la reencarnación”. (N. del T.)

16. Véase la *Revista Espírita*, de abril de 1858, página 95: “El espiritismo en los druidas”, artículo que contiene las “Tríadas”. (N. de Allan Kardec.)

17. Véase, en el número de marzo, el artículo “Los Espíritus y el linaje”. (N. del T.)

Nuevos médiums americanos en París

En lo que respecta a las manifestaciones físicas, con razón se considera que los médiums americanos superan en cantidad y en potencia a los del viejo continente. Su reputación en ese punto se encuentra tan bien establecida –sobre todo a partir del señor Home– que de por sí dicho título parece prometer prodigios. Muchas personas designaban al señor Squire¹⁸ tan solo con el nombre de médium americano. Y un charlatán que hace algunos años recorría ciudades y ferias para hacer presentaciones, se anunciaba como médium americano, a pesar de que era completamente francés. Ahora surgen otros dos, que de médiums sólo tienen el nombre y que, como su *arte* es ajeno a nuestro asunto, no habríamos mencionado si su arribo –anunciado con estruendo– no hubiera causado alguna sensación, debido a la naturaleza de sus pretensiones. Para informar a nuestros lectores, y a fin de que no seamos acusados de parcialidad, transcribimos textualmente su prospecto, con el que París acaba de ser inundado:

“Entretenimientos en los salones parisinos. - ¡¡¡Novedades y nada más que novedades!!! - Veladas para las familias y reuniones privadas ofrecidas por los MÉDIUMS AMERICANOS, señor *C. Eddwards Girroodd*, de Kingston (Lago Ontario), Alto Canadá, y señora *Julia Girroodd*, apodada *la Graciosa Sensitiva* por la prensa inglesa y americana.¹⁹

”Un álbum con más de 200 páginas –en el que cada hoja es una carta de felicitaciones, firmada por los más grandes nombres de Francia, ya sea de la nobleza, la magistratura, el ejército, la literatura, así como por dieciséis arzobispos y obis-

18. Véase la *Revista Espírita*, febrero de 1861. (N. del T.)

19. Véase la *Revista Espírita*, marzo y de julio de 1863. (N. del T.)

pos de Francia, y una gran cantidad de eclesiásticos de gran distinción— se encuentra a disposición de las personas que, antes de ofrecer una velada, desearían asegurarse del buen gusto, la riqueza y la novedad de sus experiencias.

”El señor y la señora Girroodd —los únicos en Francia que realizan esas experiencias— han pasado apenas tres meses en París y ya ofrecieron cuarenta y dos sesiones en los principales Salones de la Capital, y en las Tullerías, el 12 de mayo de 1861, así como en la residencia de varios miembros de la Familia Imperial.

”De inmediato ubicaron sus EXPERIENCIAS muy por encima de todo lo que hasta ahora se conocía como Veladas de Recreación.

”Su prestidigitación, contrariamente a la de los físicos, no exige los menores preparativos ni arreglos especiales, y los artistas proceden fácilmente en medio de un círculo de espectadores atentos, sin temer un solo minuto que su ilusión sea destruida.

”Los PRESTIGIOS son tan solo una ínfima parte de sus variados talentos. El Mundo de los Espíritus obedece sus órdenes: VISIONES - ÉXTASIS - FASCINACIÓN - MAGNETISMO - ELECTROBIOLOGÍA - ESPÍRITUS GOLPEADORES - ESPIRITUALISMO, etc., etc., todo lo que la ciencia y el charlatanismo han inventado, que impresiona a los crédulos de nuestros días, hasta infundirles una fe robusta en todo lo que no es más que un hábil malabarismo, donde se es cómplice sin saberlo. En una palabra, el señor y la señora GIRRODD, después de haberse mostrado como hechiceros —pero hechiceros de buena compañía—, sabios como MERLÍN el Encantador, demostrarán de ser necesario los secretos de su ciencia.

”La fe cristiana no puede más que ganar al ver claramente que todo lo que no ha enseñado es tan solo charlatanismo brillante.

”Para las pequeñas reuniones o veladas para niños, el señor Girroodd ha contratado, durante todo el invierno, a uno de los más HÁBILES FÍSICOS de la Capital, y a un VENTRÍ-LOCUO apodado EL HOMBRE DE LAS MUÑECAS PARLAN- TES, que realizarán sesiones a precios reducidos”.

Como se ve, este señor y esta señora pretenden ni más ni menos que matar al espiritismo, y se presentan como defensores de la *fe cristiana*, la cual sin duda se ve muy sorprendida de encontrar un ayudante en la prestidigitación. No obstante, eso puede sumar cierta clase de clientes.

Ellos se denominan *médiums*, y no omiten el título de *americanos*: un pasaporte indispensable, como los nombres con *i* para los músicos. Hacen eso para demostrar que los médiums no existen, dado que, con la ayuda de la destreza, la mecánica y los medios específicos, pueden reproducir —según ellos— todo lo que hacen los médiums. Esto prueba una cosa: que todo puede ser imitado. La ilusión es una cuestión de habilidad. No obstante, por el hecho de que una cosa pueda ser imitada, ¿se sigue de ahí que no exista? A partir de que la prestidigitación imitó la lucidez sonambúlica hasta el punto de engañar, ¿habrá que concluir que los sonámbulos no existen? Se han hecho copias de Rafael que llegaron a ser tomadas por originales; ¿significa esto que Rafael no existió? El señor Robert Houdin transforma el agua en vino, y hace que de un sombrero (no preparado) salgan miles de objetos, con los que se puede llenar una caja grande; ¿será que esto constituye un prejuicio contra los milagros de las bodas de Caná y de la multiplicación de los panes? Incluso, él hace mucho más que

transformar el agua en vino, pues de una sola botella hace que salga media docena de licores diferentes y deliciosos.

Todas las manifestaciones físicas se prestan maravillosamente a la imitación, y también son las que el charlatanismo explota. Los embaucadores superan en mucho a los Espíritus, sobre todo en los fenómenos de *aportes*, pues los producen a voluntad y en un momento preciso, algo que ni los Espíritus ni los mejores médiums son capaces de lograr. Por otra parte, debemos hacer justicia a ese señor y a esa señora, porque nunca intentaron engañar al público: no se hacen pasar por lo que no son, y se presentan francamente como hábiles imitadores, de modo que en ese punto son más respetables que los que falsamente se presentan como verdaderos médiums. Incluso, son mucho más respetables que los médiums que, para producir más efectos y superar a sus competidores, agregan ardidés a la realidad. Es cierto que algunas veces la franqueza es una buena política. Está muy trillado presentarse como vulgares prestidigitadores; en cambio, proponerse demostrar mediante el ilusionismo que los médiums son ilusionistas, es una novedad atractiva, por la que se puede hacer pagar con creces a los curiosos.

Como hemos dicho, la destreza de los prestidigitadores no constituye un prejuicio contra la realidad de los fenómenos; lejos de dañar, será de gran utilidad. En primer lugar, es una trompeta más que llamará la atención y hará que piensen en el espiritismo las personas que nunca habían oído hablar de él. Como en todas las críticas, querrán ver el pro y el contra. Ahora bien, el resultado de la comparación no es dudoso. Una utilidad aún mayor radica en advertir acerca de la posibilidad del fraude y los subterfugios de los falsos médiums. Al demostrar que la imitación es posible, se los expone a pasar un mal momento y a que se arruine su crédito. Si su destreza pudiera dañar algo,

sería la confianza que se otorga –tal vez con cierta ligereza– a los prodigios que algunos médiums del otro lado del Atlántico obtienen tan *fácilmente*, porque no se ha dicho que el señor y la señora Girroodd se arroguen el privilegio de sus secretos. En caso de que algún día podamos asistir a una de sus sesiones, tendremos el gusto de relatarla para instruir a nuestros lectores.

Si bien decimos que todo puede ser imitado, es necesario exceptuar las condiciones verdaderamente normales en las que pueden producirse las manifestaciones espíritas; de ahí que podamos afirmar que todo fenómeno que se aparte de esas condiciones debe considerarse sospechoso. Ahora bien, para juzgar sanamente una cosa, es necesario haberla estudiado. Ni siquiera las manifestaciones inteligentes están a salvo de la prestidigitación; pero hay algunas que, por su naturaleza y por las circunstancias en que se obtienen, desafían la más consumada habilidad de imitación, como, por ejemplo, la evocación de personas muertas, en la que se revelan auténticas particularidades de su existencia, que el médium y los asistentes no conocían; y mejor aún, esas disertaciones de varias páginas, escritas de corrido, sin tachaduras, con rapidez, elocuencia, corrección, profundidad, ciencia y sublimidad de pensamientos, acerca de temas puntuales, ajenos a los conocimientos y la capacidad del médium, y que ni siquiera este comprende. Para ejecutar esas proezas habría que ser un genio universal; ahora bien, los genios universales son raros y, además, no se presentan en espectáculos. Sin embargo, vemos que tales proezas ocurren todos los días, no a través de *un individuo privilegiado*, sino de miles de individuos de todas las edades, de ambos sexos, de todas las condiciones sociales y todos los niveles de instrucción, cuya honorabilidad y desinterés absoluto son la mejor garantía de sinceridad, porque el charlatanismo no ofrece nada gratui-

tamente. Si el señor y la señora Girroodd tuvieran a bien aceptar un debate, los convocaríamos en ese terreno, cediéndoles de buen grado el de las manifestaciones físicas.

Nota. Una persona que dice hallarse bien informada nos asegura que *Eddwards Girrodd* debe traducirse como *Édouard Girod*, y *Kingston, Lago Ontario, Alto Canadá*, como *Saint-Flour, Cantal*.

Suscripción en beneficio de los obreros lioneses

La *Sociedad Espírita de París* no podía olvidarse de sus hermanos desamparados de Lyon, por lo que desde el mes de noviembre ha promovido una suscripción, por 260 francos, para un sorteo de beneficencia organizado por varios grupos de esta ciudad. Pero el espiritismo no es excluyente, pues afirma que todos los hombres son hermanos y se deben un mutuo apoyo, sin acepción de creencia. Por lo tanto, deseosa de ofrecer su óbolo a la obra en común, abrió en la sede de la *Sociedad*, calle y pasaje Sainte-Anne, n.º 59, una suscripción cuyo producto será depositado en la caja de la suscripción general del periódico *Le Siècle* [*El Siglo*].

Una carta procedente de Lyon, dirigida al señor Allan Kardec, informa que un espírita anónimo acaba de enviar directamente, con ese fin, una suma de 500 francos. Que ese generoso benefactor, cuyo incógnito respetaremos, reciba aquí el agradecimiento de todos los miembros de la *Sociedad*.

Un Espíritu, que se da a conocer con el característico y agradable nombre de *Cárita*, y cuya misión parece consistir en convocar a la beneficencia en favor del infortunio, ha tenido a bien dictar al respecto la siguiente epístola, que nos enviaron desde Lyon, y que sin duda nuestros lectores incluirán –como nosotros– entre las más encantadoras producciones del Más Allá. ¡Que ella pueda despertar la simpatía de los espíritas para con sus hermanos que sufren! Todas las comunicaciones de *Cárita* llevan el mismo sello de bondad y de simplicidad. Evocada en la *Sociedad de París*, dice haber sido santa Irene, la emperatriz.

**A los espíritas parisienses que han enviado
500 francos para los pobres de Lyon: ¡Gracias!**

“¡Gracias! ¡A vosotros, cuyos corazones generosos han sabido comprender nuestro llamamiento, y que habéis acudido en ayuda de vuestros hermanos desdichados! ¡Gracias! Porque vuestra ofrenda va a cicatrizar muchas heridas y aliviar muchos dolores. ¡Gracias! Ya que habéis sabido descubrir que con el fruto de oro que enviasteis se podrá aplacar momentáneamente el hambre, así como encender la lumbre en los hogares apagados desde hace tanto tiempo.

”¡Gracias! Sobre todo, porque habéis tenido la delicadeza de cubrir vuestra buena acción con el manto del anonimato. No obstante, aunque hayáis ocultado esa generosa idea de ser útiles a vuestros semejantes –como la violeta que se esconde bajo las hojas–, hay un Juez, un Señor, para el cual vuestros corazones no tienen secretos, y que sabe de dónde ha salido ese rocío benéfico que vino a refrescar más de una frente ardiente, expulsando la miseria que las pobres madres de familia tanto temen. Dios, que lo ve todo, conoce el secreto de aquel

que se mantuvo anónimo, y se encargará de recompensar a los que hayan tenido la inspiración de socorrer a las pobres víctimas de circunstancias independientes de su voluntad. Amigos míos, Dios ama ese incienso de vuestros corazones que, como sabe compartir los dolores de los demás, sabe también cómo se practica la caridad. En especial, Él aprecia esa devoción, esa abnegación, que retrocede ante un agradecimiento pomposo y prefiere resguardar su modestia bajo simples iniciales. No obstante, Él vinculó el nombre del benefactor con todas las bendiciones que vuestra ayuda hará nacer, porque vosotros sabéis que los transportes de alegría que sienten esos corazones socorridos se elevan a Dios, y como Él ve que tales efluvios, surgidos de la gratitud, son el resultado de vuestros beneficios, anota la recompensa que les corresponde en el gran libro del espíritu generoso que los hizo nacer.

”Si os fuera concedido presenciar las tiernas emociones, las tímidas muestras de afecto que esos desdichados dejan escapar ante la visión de una pequeña moneda —maná celestial que cae del Cielo sobre sus pobres cabañas—; si os fuera concedido escuchar los gritos infantiles de la pobre criatura que comprende que tiene el pan asegurado por algunos días, seríais muy felices y diríais: ‘La caridad es agradable y vale la pena practicarla’. Ya veis que se requieren pocas cosas para transformar lágrimas en alegría, sobre todo en la casa del trabajador que no está habituado a que la felicidad lo visite a menudo. Si esa pobre hormiga, que recoge migaja tras migaja el pan de cada día, encuentra en su camino un pan entero, en el preciso momento en que perdía la esperanza de dar a su familia el alimento cotidiano, entonces esa fortuna inesperada le parece tan incomprensible que, sin encontrar expresiones para manifestar su felicidad, deja escapar algunas palabras sueltas, a

las cuales siguen lágrimas de ternura. Así pues, amigos míos, socorred a los pobres, a esos obreros cuya última esperanza no es otra más que la muerte en un hospital o la mendicidad en la esquina de una calle. Socorredlos tanto como podáis, para que cuando Dios os reúna, tras recorrer la larga avenida que conduce al inmenso portal en cuyo frontispicio están grabadas las palabras *Amor y Caridad*, pueda Él deciros a todos, a los benefactores y a los beneficiarios: ‘Supisteis dar; fuisteis felices de recibir; vamos, entrad. Que la caridad que os ha guiado os introduzca en este mundo radiante que reservo para los que tienen por lema: *Amaos los unos a los otros*.’”

CÁRITA

Observación. ¿A quién harán creer que ha sido el demonio el que dictó estas palabras? En todo caso, si el demonio es quien induce a la caridad, nunca se pierde nada al practicarla.

ENSEÑANZAS Y DISERTACIONES ESPÍRITAS

La Fe, la Esperanza y la Caridad

(Burdeos. Médium: señora Cazemajoux.)

*

La Fe

Soy la hermana mayor de la Esperanza y de la Caridad: me llamo la Fe.

Soy grande y fuerte. Aquel que me lleva consigo no le teme ni al hierro ni al fuego: es a prueba de todo tipo de su-

frimientos físicos y morales. Irradio sobre vosotros con una antorcha cuyos rayos chispeantes se reflejan en lo profundo de vuestros corazones, y os comunico la fuerza y la vida. Entre vosotros se dice que transporto montañas; pero yo os digo que vengo a levantar al mundo, porque el espiritismo es la palanca que debe ayudarme. Así pues, vengo a invitaros a que os unáis a mí: soy la Fe.

¡Soy la Fe! Junto con la Esperanza, la Caridad y el Amor, habito en el mundo de los Espíritus puros. Muchas veces dejé las regiones etéreas y vine a la Tierra para regeneraros, para daros la vida del espíritu. Sin embargo, con excepción de los mártires de los primeros tiempos del cristianismo y, de vez en cuando, de algunos fervientes sacrificios a favor del progreso de la ciencia, las letras, la industria y la libertad, entre los hombres solamente encontré indiferencia y frialdad, de modo que reanudé tristemente mi vuelo hacia los Cielos. Suponéis que me encuentro en vuestro medio, pero os equivocáis, porque la Fe sin obras es un simulacro de Fe; la verdadera Fe es vida y acción.

Antes de la revelación del espiritismo, la vida era estéril; era como un árbol seco por los destellos del rayo, sin que produjera fruto alguno. Me reconocen por mis acciones: ilumino a las inteligencias, conforto y fortalezco a los corazones; expulso lejos de vosotros las influencias engañosas, y os conduzco a Dios mediante la perfección de la mente y del corazón. Venid a colocaros bajo mi bandera, pues soy poderosa y fuerte: soy la Fe.

Soy la Fe, y mi reino comienza entre los hombres; un reino pacífico que los hará felices, tanto en el presente como en la eternidad. La aurora de mi advenimiento entre vosotros es pura y serena; su sol será esplendoroso, y su poniente llegará con ternura para mecer a la humanidad en los brazos de la

felicidad eterna. ¡Espiritismo! Derrama sobre los hombres tu bautismo regenerador. Por mi parte, les hago un llamamiento supremo: soy la Fe.

GEORGES, obispo de Périgueux.

*

La Esperanza

Me llamo la Esperanza. Os sonrió cuando entráis en la vida; os sigo paso a paso, y solamente os dejo en los mundos donde se realizan para vosotros las promesas de felicidad que son un susurro incesante en vuestros oídos. Soy vuestra amiga fiel; no rechazéis mis inspiraciones: soy la Esperanza.

Soy yo la que canta con la voz del ruiseñor, y la que entona en las florestas esas notas lastimeras y cadenciosas que os hacen soñar con los Cielos. Soy yo la que inspira a la golondrina el deseo de abrigar a sus amores en vuestras moradas. Impulso la brisa leve que acaricia vuestros cabellos, y derramo a vuestros pies los suaves perfumes del jardín. ¡Pero casi nunca pensáis en esta amiga tan abnegada! No la rechazéis: es la Esperanza.

Adopto todas las formas para acercarme a vosotros: soy la estrella que brilla en el azul; soy el cálido rayo de sol que os vivifica. Arrullo vuestras noches con dulces sueños; expulso lejos de vosotros las funestas preocupaciones y los pensamientos sombríos; guío vuestros pasos hacia el camino de la virtud; os acompaño cuando visitáis a los pobres, a los afligidos, a los moribundos, y os inspiro las afectuosas palabras que consuelan. No me rechazéis: soy la Esperanza.

¡Soy la Esperanza! Soy yo la que en invierno hace crecer en la corteza de los robles el espeso musgo donde las avecitas

construyen sus nidos. Soy yo la que en primavera corona el manzano y el almendro con sus flores blancas y rosadas, para esparcirlas en la tierra como una alfombra celestial que conduce hacia mundos felices. Estoy con vosotros, sobre todo cuando sois pobres y estáis enfermos. Mi voz resuena sin cesar en vuestros oídos. No me rechazéis: soy la Esperanza.

No me rechazéis, porque el ángel de la desesperación me declara una guerra encarnizada y se agota en vanos esfuerzos por tomar mi lugar junto a vosotros. No siempre soy la más fuerte; y cuando ese ángel logra expulsarme, os envuelve con sus fúnebres alas, desvía vuestros pensamientos de Dios y os conduce al suicidio. Uníos a mí para alejar su funesta influencia, y dejad que mis brazos os acunen dulcemente, porque soy la Esperanza.

FELICIA, hija de la médium.

*

La Caridad

Soy la Caridad; sí, la verdadera Caridad. No me parezco en nada a la caridad cuyas prácticas seguís. La que usurpó mi nombre entre vosotros es frívola, caprichosa, exclusivista, orgullosa, y vengo a preveniros contra los defectos que, a los ojos de Dios, empañan el mérito y el brillo de sus buenas acciones. Sed dóciles a las lecciones que el Espíritu de Verdad os imparte con mi voz. Seguidme, fieles míos: soy la Caridad.

Seguidme; conozco todos los infortunios, todos los dolores, todos los padecimientos, todas las aflicciones que asedian a la humanidad. Soy la madre de los huérfanos, la hija de los ancianos, la protectora y el sostén de las viudas. Sano las heri-

das infectadas; curo todas las enfermedades; doy ropas, pan y un abrigo a los que nada tienen; subo hasta las más miserables buhardillas, hasta el más humilde desván; llamo a la puerta de los ricos y de los poderosos; porque, dondequiera que viva una criatura humana, bajo la máscara de la felicidad se ocultan los más amargos y punzantes dolores. ¡Oh, cuán grande es mi tarea! No podré cumplirla si no venís en mi ayuda. Venid a mí: soy la Caridad.

No tengo preferencia por nadie. Nunca digo a los que me necesitan: “Ya tengo a mis pobres; dirigíos a otra parte”. ¡Oh, falsa caridad, cuánto mal que hacéis! Amigos, nosotros nos debemos a todos. Creedme, no neguéis vuestra asistencia a nadie; socorred unos a otros con el desinterés suficiente para no exigir ningún reconocimiento por parte de aquellos a los que habéis socorrido. La paz del corazón y de la conciencia es la dulce recompensa de mis obras: soy la verdadera Caridad.

Nadie conoce en la Tierra la cantidad y la naturaleza de mis beneficios. Solo la falsa caridad hiere y humilla a los que alivia. Guardaos de este funesto desvío; las acciones de ese género no tienen ningún mérito ante Dios y atraen su cólera hacia vosotros. Solamente Él debe conocer los impulsos generosos de vuestro corazón cuando os convertís en dispensadores de sus beneficios. Amigos, guardaos pues de publicitar la práctica de la asistencia mutua; no le deis más el nombre de limosna. Creed en mí: soy la Caridad.

Tengo tantos infortunios para aliviar, que a menudo me quedo con las mamas y las manos vacías. Vengo a deciros que confío en vosotros. La divisa del espiritismo es *Amor y Caridad*, y todos los verdaderos espíritas querrán, en el futuro, ajustarse a este sublime precepto enseñado por Cristo hace

dieciocho siglos. Hermanos, seguidme entonces, y os conduciré al reino de Dios, nuestro Padre. Soy la Caridad.

ADOLFO, obispo de Argel.

*

***Instrucciones brindadas por nuestros Guías
acerca de las tres comunicaciones precedentes***

Mis queridos amigos: debéis de haber pensado que era uno de nosotros el que os había brindado esas enseñanzas acerca de la fe, la esperanza y la caridad, y habéis tenido razón.

Dichosos de ver Espíritus muy superiores que con tanta frecuencia os brindan los consejos que deben guiaros en vuestros trabajos espirituales, no es menor la alegría dulce y pura que sentimos cuando venimos a ayudaros en la tarea de vuestro apostolado espírita.

Así pues, podéis atribuir al Espíritu del señor *Georges* la comunicación acerca de la Fe; a *Felicia* la de la Esperanza –en la que encontraréis el estilo poético que ella tenía en vida–; y la de la Caridad al señor *Dupuch*, obispo de Argel, que en la Tierra fue uno de sus fervientes apóstoles.

También trataremos la cuestión de la caridad desde otro punto de vista; lo haremos dentro de algunos días.²⁰

VUESTROS GUÍAS

* * *

20. Véanse las “Enseñanzas y disertaciones espíritas” publicadas en el número de marzo de 1862. (N. del T.)

Olvido de las injurias

(*Sociedad Espírita de París*. Médium: señora Costel.)

Hija mía: el olvido de las injurias es la perfección del alma, así como el perdón de las ofensas a la vanidad es la perfección del Espíritu. A Jesús le resultó más fácil perdonar los ultrajes de la Pasión, que al último de vosotros perdonar una leve burla. La gran alma del Salvador, habituada a la mansedumbre, no concebía la amargura ni la venganza; las nuestras, afectadas por pequeñas cosas, se olvidan de lo que es grande. Día a día los hombres imploran de Dios el perdón, que descende sobre ellos como un benéfico rocío; pero sus corazones olvidan esa palabra, repetida incesantemente en la oración. En verdad os digo que la hiel interior corrompe el alma; es la piedra pesada que la fija al suelo y retarda su elevación. Cuando seáis criticados, entrad en vosotros mismos; examinad vuestro pecado interior, ese que el mundo ignora; medid su profundidad, y curad vuestra vanidad mediante el conocimiento de vuestra miseria. Si la ofensa es más grave y llega al corazón, compadeceos del infeliz que la cometió, como os compadeceís del herido cuya llaga abierta derrama sangre. La piedad es debida a quien aniquila su ser futuro. Jesús, en el Huerto de los Olivos, conoció el dolor humano, pero siempre ignoró las asperezas del orgullo y las pequeñeces de la vanidad. Jesús encarnó para enseñar a los hombres el prototipo de la belleza moral que debía servirles de modelo: nunca os apartéis de Él. Modelad vuestras almas como cera blanda, y haced que vuestra arcilla transformada se convierta en un mármol imperecedero, en el que Dios —el Gran Escultor— pueda inscribir su nombre.

LÁZARO

* * *

Acerca de los instintos

(*Sociedad Espírita de París. Médium: señora Costel.*)

Te enseñaré el verdadero conocimiento del bien y del mal, que el espíritu confunde tan a menudo. El mal es la rebeldía de los instintos contra la conciencia: ese tacto interior y delicado que es el tacto moral. ¿Cuáles son los límites que lo separan del bien con el que se codea en todas partes? El mal no es complejo: es uno y emana del ser primitivo, que quiere la satisfacción del instinto a expensas del deber. El instinto, destinado primitivamente a desarrollar en el *hombre animal* el cuidado de su conservación y de su bienestar, es el único origen del mal; porque al persistir más violento y severo en algunas naturalezas, las impele a apoderarse de lo que desean o a concentrar lo que poseen. El instinto, al que los animales persiguen ciegamente, y que es su propia virtud, debe ser combatido sin tregua por el hombre que quiera elevarse, a fin de que la grosera herramienta de la necesidad sea reemplazada por las armas finamente cinceladas de la inteligencia. No obstante, tú piensas que el instinto no siempre es malo, y que a menudo la humanidad le debe sublimes inspiraciones, como por ejemplo en la maternidad y en algunos actos de abnegación, en los que segura y prontamente sustituye a la reflexión. Hija mía: tu objeción es precisamente la causa del error en el que caen los hombres dispuestos a ignorar la verdad, siempre absoluta en sus consecuencias. Sean cuales fueren los buenos resultados de una causa mala, los ejemplos nunca deben concluir nada contrario a las premisas que la razón establece. El instinto es malo porque es meramente humano, y porque la humanidad solo debe pensar en despojarse a sí misma, en dejar la carne para elevarse hacia el espíritu. Y

si el mal se codea con el bien, es porque su principio suele tener resultados opuestos a sí mismo, que hacen que el hombre liviano y arrastrado por la sensación lo desprecie. Nada verdaderamente bueno puede emanar del instinto: un impulso sublime no es devoción, así como una inspiración aislada no es genio. El verdadero progreso de la humanidad radica en su lucha y su triunfo contra la propia esencia de su ser. Jesús fue enviado a la Tierra para demostrarlo humanamente. Él puso al descubierto la verdad, bella fuente sumergida en la arena de la ignorancia. No perturbéis más la limpidez de la linfa divina con los compuestos del error. Y creedme que los hombres que solo instintivamente son buenos y abnegados, en realidad son malos, porque sufren una ciega dominación que sin aviso es capaz de precipitarlos al abismo.

LÁZARO

Observación. A pesar de todo nuestro respeto por el espíritu de Lázaro, que muy a menudo nos ha impartido bellas y buenas enseñanzas, nos permitimos disentir de su opinión respecto de sus últimas proposiciones. Podemos decir que existen dos especies de instintos: el instinto animal y el instinto moral. El primero —como muy bien dice Lázaro— es orgánico; se otorgó a los seres vivos para su conservación y la de su descendencia; es ciego y casi inconsciente, porque la Providencia quiso colocar un contrapeso a la indiferencia y a la negligencia de esos seres. No sucede lo mismo con el instinto moral, que es un privilegio del hombre; se lo puede definir así: *Propensión innata a hacer el bien o el mal.* Ahora bien, esa propensión se debe al estado de mayor o menor adelanto del Espíritu. El hombre cuyo Espíritu ya se ha purificado, hace el bien sin

premeditación y como algo absolutamente natural, razón por la cual se asombra de que lo alaben por eso. Así pues, no es justo decir que “los hombres que solo instintivamente son buenos y abnegados, en realidad son malos, y sufren una ciega dominación que sin aviso es capaz de precipitarlos al abismo”. El hombre que es instintivamente bueno y abnegado denota un progreso realizado; y en aquel que lo es intencionalmente, el progreso está en vías de realización, razón por la cual hay trabajo, hay lucha entre dos sentimientos. En el primero, la dificultad se ha vencido; en el segundo, es preciso vencerla. El primero es como el hombre que sabe leer y que lee sin dificultad, casi sin advertirlo; el segundo es como el que deletrea. Por lo tanto, ¿será que aquel, por haber llegado antes, tiene menos mérito que este?

* * *

Meditaciones filosóficas y religiosas

dictadas por el Espíritu de Lamennais

(*Sociedad Espírita de París*. Médium: Sr. A. Didier.)

La cruz

En medio de las revoluciones humanas, en medio de todas las perturbaciones, de todos los desenfrenos del pensamiento, se levanta una cruz alta y simple, y esa cruz está fijada en un altar de piedra. Un jovencito, esculpido en la piedra, lleva en sus pequeñas manos una banderola, en la que se lee esta palabra: *Simplicitas*. Filántropos, filósofos, deístas, poetas: venid a leer y a contemplar esa palabra. En ella se encuentra todo

el Evangelio y la explicación de todo el cristianismo. Filántropos: no inventéis la filantropía, pues solo existe la caridad. Filósofos: no inventéis otra sabiduría, pues solo existe una. Deístas: no inventéis un Dios, pues solo existe uno. Poetas: no perturbéis el corazón del hombre. Filántropos: pretendéis romper las cadenas materiales que retienen cautiva a la humanidad. Filósofos: vosotros erigís panteones. Poetas: vosotros idealizáis el fanatismo. ¡Atrás! Vosotros sois de este mundo, y Cristo ha dicho: “Mi reino no es de este mundo”. ¡Oh! pertenecéis demasiado a este mundo de barro para comprender esas sublimes palabras; y si algún juez bastante poderoso pudiera preguntaros: “¿Sois hijos de Dios?”, vuestra voluntad moriría en el fondo de la garganta, y no podríais responder como Cristo ante la humanidad: “Tú lo has dicho”. “Vosotros sois dioses” –ha dicho Cristo–, y lo sois cuando las lenguas de fuego descienden sobre vuestras cabezas y penetran vuestro corazón; vosotros sois dioses cuando recorréis la Tierra en nombre de la caridad; pero sois hijos del mundo cuando contempláis los padecimientos actuales de la humanidad y no pensáis en su porvenir divino. ¡Hombre! Que sea tu corazón el que lea aquella palabra, y no tus ojos de carne. Cristo no erigió un panteón: fijó una cruz.

Bienaventurados los pobres de espíritu

Las diferentes acciones meritorias del Espíritu después de la muerte son las del corazón, más que las de la inteligencia. “Bienaventurados los pobres de espíritu” no quiere decir únicamente bienaventurados los imbéciles, sino también bienaventurados los que, llenos de dones del entendimiento, no los emplean para el mal, porque son un arma poderosa para

conducir a las masas. No obstante, como decía últimamente Gérard de Nerval²¹, la inteligencia desconocida en la Tierra tendrá un gran mérito ante Dios. En efecto, el hombre que es poderoso en inteligencia y que lucha contra las circunstancias desdichadas que lo embisten, debe regocijarse con estas palabras: “Los últimos serán los primeros, y los primeros serán los últimos”; pero esto no debe entenderse tan solo en el orden material, sino también en cuanto a las manifestaciones del espíritu y las obras de la inteligencia humana. Las cualidades del corazón son meritorias, porque las circunstancias que pueden impedir las son ínfimas, muy raras y fútiles. La caridad debe brillar en todas partes, a pesar de todo y para todos, como el Sol brilla para todo el mundo. El hombre puede impedir que la inteligencia de su prójimo se manifieste, pero no puede hacer nada respecto del corazón. Las luchas contra la adversidad, las angustias del dolor, pueden paralizar los impulsos del genio, pero no pueden detener los de la caridad.

La esclavitud

¡Esclavitud! Cuando se pronuncia esta palabra, el corazón tiene frío, porque ve que delante de él están el egoísmo y el orgullo. Un sacerdote, cuando os habla de la esclavitud, se refiere a la esclavitud del alma, que rebaja el espíritu del hombre y hace que este se olvide de su conciencia, es decir, de su libertad. ¡Oh! Sí, esa esclavitud del alma es horrible, y a diario excita la elocuencia de más de un predicador; pero la esclavitud del ilota, la esclavitud del negro, ¿qué significa para él? Ante esta pregunta, el sacerdote muestra la cruz y dice:

21. Alusión a una comunicación de Gérard de Nerval (N. de Allan Kardec). Véase la *Revista Espírita* de junio de 1861. (N. del T.)

“Tened esperanza”. En efecto, ese es el consuelo que se brinda a esos desdichados, y que les dice: “Cuando vuestro cuerpo sea dilacerado a latigazos hasta la muerte, no penséis más en la Tierra; pensad en el Cielo”.

Abordamos aquí una de esas cuestiones graves y terribles que perturban el alma humana y la impulsan hacia la incertidumbre. ¿Se encuentra el negro a la altura de los pueblos de Europa? Y la prudencia humana o, mejor dicho, la justicia humana, ¿debe mostrarle la emancipación como el medio más seguro para llegar al progreso de la civilización? Ante esta cuestión, los filántropos muestran el Evangelio y preguntan: ¿Acaso Jesús habló de los esclavos? No, pero Jesús habló de la resignación, y dijo estas sublimes palabras: “Mi reino no es de este mundo”. John Brown²²: cuando contemplo vuestro cadáver en la horca, me invade una piedad profunda y una admiración entusiasta; pero la razón, esa brutal razón que incessantemente nos conduce al porqué, hace que nos preguntemos: “¿Qué habríais hecho después de la victoria?”.

* * *

ALLAN KARDEC



22. Véase: John Brown (1800-1859), abolicionista radical estadounidense, empleó la violencia en favor de la liberación de los esclavos. (N. del T.)

REVISTA ESPÍRITA

PERIÓDICO DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS

Año V

Número 3

Marzo de 1862

A nuestros corresponsales

París, 1.º de marzo de 1862.

Señores:

Conocéis el proverbio que dice: *Nadie está obligado a realizar lo imposible*. De tal modo, recorro al beneficio de ese principio para solicitar vuestra comprensión. Desde hace seis meses, y a pesar de que he puesto la mejor voluntad del mundo, me resulta materialmente imposible poner al día mi correspondencia, que se acumula más allá de todas las provisiones. Me encuentro, pues, en la posición del deudor que solicita un acuerdo con sus acreedores, bajo pena de declararse en quiebra. A medida que se pagan algunas deudas, surgen nuevas y más numerosas obligaciones, ya que el atraso aumenta sin cesar en vez de disminuir, y que en este momento me encuentro ante un pasivo de más de doscientas cartas. Ahora bien, dado que el promedio diario es de aproximadamente diez cartas, no podré liberarme de ningún modo, salvo que obtenga de vuestra parte una prórroga ilimitada.

Está muy lejos de mí quejarme de la cantidad de cartas que recibo, porque son una prueba irrecusable de la extensión de la doctrina espírita, y porque la mayoría de ellas expresan sentimientos que me conmueven profundamente, aparte de que constituyen archivos de un valor inestimable para mí. Por otra parte, muchas de esas cartas contienen información útil que nunca se perderá, y que tarde o temprano será utilizada conforme a las circunstancias, pues se la clasifica de inmediato según su especialidad.

Así pues, tan solo la correspondencia bastaría con creces para absorber todo mi tiempo, pese a que constituye apenas una cuarta parte de las ocupaciones necesarias para cumplir la tarea que he emprendido, tarea cuyo desarrollo me hallaba lejos de prever al comienzo de mi carrera espírita. De tal modo, varias publicaciones muy importantes se encuentran detenidas por falta del tiempo necesario para que las elabore, y acabo de recibir de mis guías espirituales la *acuciante* invitación para ocuparme de ellas sin tardanza, *dejando a un lado cualquier otro asunto* por motivos urgentes. Así pues, so pena de fallar en el cumplimiento de la obra tan felizmente comenzada, me veo obligado a realizar una especie de liquidación epistolar respecto del pasado, y a limitarme en el futuro a las respuestas estrictamente necesarias, por lo que ruego colectivamente a mis honorables corresponsales que acepten la expresión de mi más viva y sincera gratitud por los testimonios de simpatía que han tenido a bien obsequiarme.

Entre las cartas que recibo, muchas contienen pedidos de evocaciones o de control de evocaciones realizadas en otros lugares, y a menudo también me piden información acerca de la aptitud para la mediumnidad o sobre cuestiones de interés material. Recordaré aquí lo que he dicho en otra parte respec-

to de la dificultad e incluso los inconvenientes propios de ese tipo de evocaciones realizadas en ausencia de las personas interesadas, que son las únicas capaces de verificar su exactitud y hacer las preguntas necesarias; a lo cual debemos agregar que los Espíritus se comunican más fácilmente y de buen grado con personas a las que aprecian, antes que con extraños que les resultan indiferentes. Por eso, aparte de las consideraciones relativas a mis ocupaciones, no puedo acceder a los pedidos de esa naturaleza salvo en circunstancias muy excepcionales y, en todos los casos, nunca en lo que concierne a intereses materiales. A menudo las personas se evitarían la molestia de formular una infinidad de preguntas si leyeran atentamente las instrucciones contenidas al respecto en *El libro de los médiums*, capítulo XXVI.

Por otra parte, las evocaciones personales solamente pueden realizarse —en las sesiones de la *Sociedad*— toda vez que ofrezcan un tema de estudio instructivo y de interés general. Fuera de eso, solo pueden tener lugar en sesiones especiales. Ahora bien, para satisfacer todos los pedidos, una sesión de dos horas diarias no sería suficiente. Además, es preciso considerar que los médiums que nos brindan su concurso, *sin excepción*, lo hacen por *pura cortesía*, sin que admitan otras condiciones; y como tienen sus propias actividades, no siempre están disponibles, a pesar de su buena voluntad. Reconozco el interés que cada uno otorga a las cuestiones que le atañen, y me agradecería poder responder a todos; pero si se considera que la posición que ocupó me pone en contacto con miles de personas, se comprenderá que me resulta imposible hacerlo. También es necesario considerar que algunas evocaciones exigen no menos de cinco o seis horas de trabajo, tanto para realizarlas como para transcribirlas y pasarlas en limpio, y que todas las que se me

han solicitado ocuparían dos volúmenes como el de *El libro de los Espíritus*. Por último, los médiums se multiplican a diario, y es muy raro que no se encuentre alguno en la propia familia o entre los conocidos, en caso de que no lo sea uno mismo, lo cual siempre es preferible para tratar cuestiones íntimas. Solo se trata de experimentar en buenas condiciones, la primera de las cuales es compenetrarse bien —antes de hacer el intento— de las instrucciones acerca de la práctica del espiritismo, a fin de evitar decepciones.

A medida que la doctrina espírita crece, mis relaciones se multiplican, y los deberes de mi posición aumentan. Eso me obliga a descuidar un tanto los detalles a favor de los intereses generales, porque el tiempo y las fuerzas del hombre tienen límites, y confieso que desde hace algún tiempo las mías me faltan con frecuencia, sin que pueda descansar lo suficiente, lo cual a veces me resulta tanto más necesario por el hecho de que estoy solo para ocuparme de todo.²³

Os ruego, señores, que aceptéis la renovada garantía de mi afectuosa dedicación.

ALLAN KARDEC

Los Espíritus y el linaje

Entre los argumentos que algunas personas oponen a la doctrina de la reencarnación, hay uno que debemos examinar, porque a primera vista se nota bastante engañoso: “La reen-

23. Véase también, en la *Revista Espírita* de noviembre de este año, la nota: “A nuestros corresponsales”. (N. del T.)

carnación tiende a romper los lazos de familia, puesto que los multiplica. Así, la persona que profesara cariño por su padre, debería compartir esa inclinación con los padres que tuvo en las otras encarnaciones. En tal caso, una vez en el mundo de los Espíritus, ¿cómo podría reconocerse en medio de esa progenitura? Por otro lado, ¿en qué se convierte la filiación respecto de los ancestros, si la persona que considera que desciende en línea directa de Hugo Capeto o de Godofredo de Bouillon ha vivido varias veces, y si después de ser un gran señor, puede llegar a ser plebeyo? ¡Todo el linaje se vería alterado!”.

En primer lugar, responderemos ese argumento afirmando que hay dos opciones: la reencarnación existe o no existe. Si existe, ninguna recriminación personal impedirá que así sea, porque Dios no pide opinión a nadie para regir el orden de las cosas. De lo contrario, cada uno querría que el mundo fuera gobernado a su antojo. En cuanto a la multiplicidad de los lazos de familia, diremos que algunos padres solo tienen un hijo, mientras que otros tienen doce o más. ¿Acaso alguien pensaría en acusar a Dios de obligar a estos padres a que dividan su cariño en varias partes? Y con esos hijos, que a su vez tienen hijos, ¿no conforman una familia numerosa, cuyos abuelos y bisabuelos se congratulan en vez de lamentarse? Vosotros, que os remontáis en vuestra genealogía hasta cinco o seis siglos, cuando estéis en el mundo de los Espíritus, ¿no deberíais compartir vuestro cariño con todos esos antepasados? Entonces, si os atribuíis una docena de ellos, tendréis el doble o el triple, ¿eso es todo! Tenéis una idea muy pobre acerca de vuestros sentimientos afectuosos, ¡pues os preocupa que no sean suficientes para amar a muchas personas! Pero tranquilizaos; voy a demostraros que, con la reencarnación, vuestro cariño se divide menos que sin ella. En efecto, supon-

gamos que en vuestra genealogía contáis cincuenta ancestros, tanto directos como colaterales, lo cual es poco si os remontáis hasta las Cruzadas. Pues bien, con la reencarnación, es posible que los Espíritus de algunos de esos ancestros hayan vivido varias veces, de modo que, en vez de los cincuenta que contabais en la Tierra, solamente encontraréis la mitad en el otro mundo.

Pasemos a la cuestión de la filiación. Con vuestro sistema llegáis a un resultado totalmente distinto del que esperáis. Si no existe la preexistencia o anterioridad del alma, entonces el alma aún no ha vivido. De ese modo, vuestra alma fue CREADA al mismo tiempo que vuestro cuerpo y, por lo tanto, no tiene *ninguna* relación con *ninguno* de vuestros antepasados. Supongamos que descendéis en línea directa de Carlomagno, ¿qué hay en común entre él y vosotros? ¿Qué es lo que él os ha transmitido intelectual y moralmente? Nada, absolutamente nada. ¿Qué es lo que os relaciona con él? Una serie de cuerpos putrefactos, destruidos y dispersos. Por cierto, no hay motivo alguno para que estéis orgullosos de eso. Por el contrario, con la preexistencia del alma es posible que hayáis mantenido con vuestros antepasados relaciones reales, serias y más halagadoras para el amor propio. Por consiguiente, sin la reencarnación no existe más que un parentesco corporal, mediante la transmisión de moléculas orgánicas de la misma naturaleza que la de los purasangre. En cambio, con la reencarnación existe un parentesco espiritual. ¿Cuál de los dos es el mejor?

Sin duda objetaréis que, con la reencarnación, un Espíritu extraño pudo haberse introducido en vuestro linaje, de modo que, en vez de contar solamente gentilhombres, tal vez haya en él algún zapatero. Eso es absolutamente cierto, pero no significa nada. San Pedro no era más que un pobre pescador;

¿sería eso suficiente para ruborizaros en caso de que formarais parte de su familia?

Además, esos antepasados de nombres célebres, ¿habrán tenido todos ellos una conducta edificante, que según nuestra opinión es lo único respecto de lo cual podríamos honrarnos hasta cierto punto, aunque el mérito de ellos no tenga nada que ver con el nuestro? Escrutad la vida privada de esos paladines, de esos grandes barones que asaltaban sin escrúpulo a los transeúntes y que, por tales hazañas, en nuestros días serían llevados ante un tribunal penal. Escrutad a ciertos grandes señores, para quienes la vida de un plebeyo no valía siquiera una pieza de caza, puesto que condenaban a un hombre por robar un conejo. Tales acciones, según ellos, eran pecadillos que no empañaban su blasón; ¡pero casarse con alguien de condición inferior, introduciendo en la familia sangre plebeya, era un crimen imperdonable! ¡Ah! Por más que se resistan, cuando les llegue la hora de la partida —y esta llega para los grandes tanto como para los pequeños— tendrán que dejar en la Tierra sus trajes bordados, y los pergaminos no les servirán para nada ante el Juez supremo, que pronuncia esta sentencia terrible: *¡Todo aquel que se enaltezca será rebajado!* Si bastara con descender de algún gran hombre para tener un lugar reservado de antemano en el Cielo, ese lugar se compraría barato, puesto que sería a expensas del mérito ajeno. La reencarnación otorga una nobleza más meritoria —la única aceptada por Dios—, y que consiste en haber animado *uno mismo* una serie de vidas como hombre de bien. Dichoso el que pueda depositar a los pies del Eterno el tributo de los servicios prestados a la humanidad en cada una de sus existencias, porque la suma de sus méritos será proporcional a la cantidad de tales existencias.

Pero al que solo recurra a la ilustración de sus antepasados, Dios le dirá: ¿por qué no os ilustrasteis vos mismo?

Existe otro sistema que aparentemente podría conciliar las exigencias del amor propio con el principio de la no reencarnación: es aquel por el cual el padre no transmitiría al hijo tan solo el cuerpo, sino también una porción de su alma, de tal modo que, si descendierais de Carlomagno, vuestra alma podría tener origen en la de aquel. Muy bien, veamos a qué consecuencia llegamos en tal caso. En virtud de ese sistema, el alma de Carlomagno tendría origen en la de su padre, y de ese modo, paso a paso, llegaríamos hasta Adán. Si el alma de Adán es el origen de todas las almas del género humano, cada una de las cuales transmite a su sucesor una porción de sí misma, entonces las almas actuales son el producto de un fraccionamiento que rebasaría todas las subdivisiones homeopáticas. De ahí resultaría que el alma del padre común debería ser más completa, más entera que las de sus descendientes. También resultaría de ahí que Dios habría creado apenas una sola alma, que se subdividiría hasta lo infinito; de tal modo, cada uno de nosotros no sería una criatura surgida directamente de Dios. Por otra parte, este sistema dejaría sin resolver un inmenso problema: el de las aptitudes especiales. Si el padre transmitiera a su hijo los principios de su alma, necesariamente le transmitiría sus virtudes y sus vicios, sus talentos y sus ineptitudes, del mismo modo que le transmite ciertas enfermedades congénitas. En ese caso, ¿cómo se explica que hombres virtuosos o de genio tengan hijos malos o cretinos, y viceversa? ¿Por qué un linaje contendría una mezcla de buenos y malos? En cambio, si cada alma es individual, si tiene existencia propia e independiente, si progresa en virtud de su libre albedrío mediante una serie de existencias corporales —en cada una de

las cuales adquiere algo bueno y deja algo malo—, hasta que haya alcanzado la perfección, entonces todo se explica y está de acuerdo con la razón y con la justicia de Dios, e incluso a favor del amor propio.

El señor Salgues (de Angers), a quien nos referimos en nuestro último número²⁴, no es partidario de la reencarnación. Cuando apareció *El libro de Espíritus*, nos escribió una extensa carta, en la que combatía la doctrina de la reencarnación con argumentos basados en su incompatibilidad con los lazos de familia. En esa carta, fechada el 18 de septiembre de 1857, nos presenta su genealogía, que se remonta ininterrumpidamente hasta los carolingios, y nos pregunta en qué se convertiría esa gloriosa filiación con la mezcla de Espíritus a través de la reencarnación. Extrajimos de esa carta el siguiente pasaje:

“Pero, entonces, ¿para qué servirían los árboles genealógicos? Yo tengo el mío, *completo, regular*: de un lado, desde los antepasados de Carlomagno; y del otro, desde la hija del emir Musa —uno de los descendientes abasidas de Mahoma—, décima generación, por su casamiento con García, príncipe de Navarra, padre con ella de García Ximénez, rey de Navarra. Esta genealogía continuó, por medio de alianzas, a través de soberanos de casi todas las cortes de Europa, hasta la época de Alfonso VI, rey de Castilla; después con las Casas de Comminges, de Lascaris Ventimiglia, de Montmorency, de Turena y, finalmente, de los condes y señores Palhasse de Salgues, en Languedoc. Todo esto se puede comprobar en *L'art de vérifier les dates* [*El arte de verificar las fechas*], de los benedictinos de San Mauro; en el *Diccionario de la nobleza de Francia*; en el

24. Véase el artículo “La reencarnación en América”. (N. del T.)

Armorial, en el Padre Anselmo, en Noreri, etc. Pero si nos relacionamos con nuestros padres tan solo a través de la materia carnal que ha recibido nuestro Espíritu, ¿acaso no quedan lagunas en todas partes, e interrupciones muy considerables? Resulta un camino trazado en la arena, que se pierde en un centenar de direcciones. Entonces, permítasenos creer que, si bien el Espíritu no se transmite, el alma es para el hombre lo que el aroma es para la flor. Ahora bien, ¿no dice Swedenborg, en los *Arcanos*, que nada se pierde en la naturaleza, y que el aroma de las flores reproduce nuevas flores en otras regiones, más allá de aquella en la que surgieron? Por consiguiente, a través del alma —que de ningún modo es el Espíritu— existiría *tal vez* una cadena semiespiritual de las generaciones. En cambio, si a mi Espíritu le hubiera complacido saltar ocho o diez generaciones de vez en cuando, ¿dónde reconocería a mis antepasados?”

Como vemos, el señor Salgues se apega tan solo a la procedencia del cuerpo; pero ¿cómo se concilian las relaciones de Espíritu a Espíritu con la no preexistencia del alma? Si en la filiación hubiera entre ellos relaciones necesarias, ¿cómo se explica que el descendiente de tantos soberanos sea en la actualidad un simple propietario de Angers? ¿No se trata de un retroceso desde el punto de vista del mundo? No ponemos en duda la autenticidad de su genealogía, y lo felicitamos, ya que eso lo complace; pero lo estimamos más por sus virtudes personales que por las de sus antepasados.

En este punto, la autoridad de Swedenborg es muy cuestionable, ya que atribuye la reproducción de las flores al aroma de estas, y sabemos que el aceite esencial, volátil, que emite ese aroma, nunca dispuso de la facultad reproductora, la cual solo reside en el polen. Así pues, la comparación es inexacta,

porque si el alma no hace más que impregnar con su perfume el alma que la sucede, entonces no la crea. Aun así, debería transmitirle sus propias cualidades y, en ese caso, no entenderíamos por qué el descendiente de Carlomagno no pudo abarcar el mundo con el esplendor de sus acciones, mientras que Napoleón lo hizo con solo apoyarse en un alma común. Es comprensible que se diga que Napoleón desciende de Carlomagno o, mejor aún, que fue Carlomagno, de regreso en el siglo XIX para continuar la obra comenzada en el siglo VIII. No obstante, con el principio de la unicidad de la existencia, nada vincula a Carlomagno con sus descendientes, salvo ese aroma transmitido poco a poco sobre almas *no creadas*. En tal caso, ¿cómo se explica que entre sus descendientes hubiera tantos hombres nullos e indignos, y que Napoleón haya sido un genio mayor que sus oscuros antepasados? Por más que se lo intente, sin la reencarnación se enfrentan a cada paso dificultades insolubles, que tan solo la preexistencia del alma resuelve de una manera simple, lógica y completa a la vez, pues lo explica todo.

Otra cuestión. Es conocido el hecho de que las familias se bastardean y degeneran cuando las alianzas no se realizan fuera de la línea directa. Con las razas humanas ocurre lo mismo que con las razas animales. Entonces, ¿por qué los cruzamientos son necesarios? ¿En qué se convierte, pues, la unidad de origen? ¿No hay en eso una mezcla de Espíritus, una intrusión de Espíritus ajenos a la familia? Próximamente abordaremos esta importante cuestión con todos los desarrollos que implica.²⁵

25. Véase, en el número de abril, el artículo “Consecuencias de la doctrina de la reencarnación para la propagación del espiritismo”. (N. del T.)

CONVERSACIONES DE ULTRATUMBA

El señor Jobard

Después de su muerte, el señor Jobard se comunicó varias veces en la *Sociedad*, durante las sesiones a las cuales nos dice que asiste casi siempre. Antes de proceder a su publicación, preferimos esperar hasta obtener una serie de manifestaciones que formaran un conjunto que nos permitiera apreciarlas mejor. Teníamos la intención de evocarlo en la sesión del 8 de noviembre, pero él se anticipó a nuestro deseo, pues se comunicó espontáneamente. (Véase la *noticia necrológica* publicada en la *Revista Espírita* del mes de diciembre de 1861.)

(*Sociedad Espírita de París*, 8 de noviembre de 1861.

Médium: señora Costel.)

Dictado espontáneo²⁶

“Aquí estoy, soy quien ibais a evocar, y me manifiesto a través de esta médium, a la que hasta ahora le había solicitado hacerlo, pero sin éxito.

”Deseo ante todo describiros mis impresiones en el momento de la separación de mi alma. Experimenté una indescriptible conmoción. Recordé de inmediato mi nacimiento, mi juventud, mi edad madura. Toda mi vida se plasmó nítidamente en mi memoria. Solo sentía el piadoso deseo de encontrarme en las regiones reveladas por nuestra amada creencia. Luego, la confusión se apaciguó. Estaba libre, y mi

26. Véase también la transcripción parcial de estas comunicaciones, con comentarios de Allan Kardec, en *El Cielo y el Infierno*, Segunda Parte, Capítulo II: “Espíritus felices”. (N. del T.)

cuerpo yacía inerte. ¡Ah, mis queridos amigos, qué placer se experimenta sin el peso del cuerpo! ¡Qué satisfacción es poder abarcar el espacio! Sin embargo, no creáis que me convertí repentinamente en un elegido del Señor. No, me encuentro entre los Espíritus que, si bien han aprendido algo, tienen por delante un prolongado proceso de aprendizaje. No pasó mucho tiempo sin que me acordara de vosotros, *mis hermanos de exilio*. Os ratifico mi plena simpatía, y os envuelvo con mis mejores votos. Enseguida tuve el poder de comunicarme, y lo habría hecho con esta médium, que teme ser engañada; pero que ella se tranquilice, pues nosotros la amamos.

”¿Quisierais saber cuáles son los Espíritus que me recibieron? ¿Cuáles han sido mis impresiones? Pues bien, amigos, esos Espíritus son todos los que evocamos, todos los hermanos que han compartido nuestros trabajos. He percibido el esplendor, pero no puedo describirlo. Me concentré en discernir lo que era verdadero en las comunicaciones, listo para rechazar todo lo que fuera inexacto; dispuesto, en fin, a ser el defensor de la verdad en el otro mundo, así como lo he sido en el vuestro. Así pues, conversaremos mucho, y esto no es más que un preámbulo para mostrar a la querida médium mi deseo de ser evocado por ella; y a vos, mi buena voluntad para responder a las preguntas que habréis de dirigirme.”

JOBARD

Conversación

1. Cuando viváis nos recomendasteis que os evocáramos llegado el momento de que dejarais la Tierra. Eso es lo que ahora hacemos, no solamente para satisfacer aquel deseo, sino

sobre todo para testimoniaros una vez más nuestra sincera y viva simpatía, al mismo tiempo que para instruirnos, puesto que nadie mejor que vos puede proporcionarnos informaciones precisas sobre ese mundo en el que os encontráis. Estaríamos muy satisfechos si os dignaseis responder nuestras preguntas.

Respuesta: En este momento lo más importante es vuestra instrucción. En cuanto a vuestra simpatía, puedo verla: ya no sólo la percibo con los oídos, lo que constituye para mí un importante progreso.

2. Para confirmar nuestras ideas, y a fin de que evitemos la divagación, tanto para la instrucción de las personas ajenas a la *Sociedad*, como para las que están presentes en la sesión, os preguntaremos, en principio, ¿en qué lugar os halláis aquí, y cómo os veríamos en caso de que pudiéramos hacerlo?

R. Estoy junto a la médium. Me veríais con la apariencia del mismo Jobard que se sentaba a vuestra mesa, dado que vuestros ojos mortales, todavía vendados, solo pueden ver a los Espíritus con su apariencia mortal.

3. ¿Podéis haceros visible? De lo contrario, ¿cuál es la dificultad?

R. La disposición que os es propia. Un médium vidente me vería, los restantes no.

4. Vuestro lugar aquí es el mismo que ocupabais en nuestras sesiones cuando vivíais, y que os hemos reservado. Por consiguiente, aquellos que os han visto en esas ocasiones pueden suponer que estáis ahí tal como erais entonces. Pero no estáis con vuestro cuerpo material, sino con vuestro cuerpo fluídico, que tiene la misma forma de aquel. Si bien no os vemos con nuestros ojos del cuerpo, os vemos con los del

pensamiento. Si bien no podéis comunicaros por medio de la palabra, podéis hacerlo a través de la escritura, con la ayuda de un intérprete. Así pues, nuestras relaciones no se han roto en modo alguno con vuestra muerte, y podemos conversar con vos de manera tan sencilla y completa como antes. ¿Es así como ocurren las cosas?

R. Sí, y lo sabéis desde hace mucho tiempo. Ocuparé este lugar en muchas ocasiones, incluso sin que lo sepáis, porque mi Espíritu vivirá entre vosotros.

5. No hace mucho que venís a sentaros en ese mismo lugar. Las condiciones en las que lo hacéis ahora, ¿os parecen extrañas? ¿Qué efecto ha producido en vos esa modificación?

R. Las condiciones actuales no me parecen extrañas, porque no sufrí la turbación, y mi Espíritu desencarnado goza de la lucidez necesaria para no dejar sin solución cualquier cuestión que considere.

6. ¿Recordáis haber estado en las mismas condiciones con anterioridad a vuestra última existencia? ¿Notasteis algún cambio?

R. Recuerdo mis existencias anteriores y compruebo que he mejorado. En la actualidad veo y comprendo plenamente aquello que veo. En cambio, durante las precedentes existencias, Espíritu perturbado, sólo me apercibía de las lagunas terrestres.

7. ¿Recordáis vuestra penúltima existencia, la que precedió a la del señor Jobard?

R. En mi penúltima existencia fui un obrero mecánico, atormentado por la miseria y por el propósito de perfeccionar mi oficio. Como Jobard, cumplí los sueños de ese pobre obre-

ro, y doy gracias a Dios, cuya bondad infinita ha hecho que germinara la simiente que Él había depositado en mi cerebro.

(11 de noviembre. Sesión particular.
Médium: señora Costel.)

8. *Evocación.*

R. Estoy aquí, encantado por encontrar la ocasión de hablarle (a la médium) y a vosotros también.

9. Nos parece que tenéis una preferencia por esta médium.

R. No me lo reprochéis, porque fue necesario que yo descendiera para testimoniárselo.

10. ¿Ya os comunicasteis en algún otro lugar?

R. Me he comunicado poco. En diversos lugares un Espíritu adoptó mi nombre, y hubo ocasiones en que yo estaba cerca de él sin que pudiera comunicarme directamente. Mi muerte es tan reciente que todavía me afectan ciertas influencias terrenales. Es preciso que exista una simpatía perfecta para que pueda expresar mi pensamiento. Dentro de poco, estaré en condiciones de proceder indistintamente, pero por ahora, repito, no puedo hacerlo. Cuando muere un hombre un tanto conocido, recibe llamados de muchos lugares, y una multitud de Espíritus se apresura a apoderarse de su individualidad. Fue eso lo que aconteció conmigo en numerosas oportunidades. Os aseguro que pocos Espíritus pueden comunicarse inmediatamente después de su desprendimiento, ni siquiera a través de un médium por el que tenga alguna preferencia.

11. ¿Vuestras ideas se modificaron un poco desde el viernes?

R. Son absolutamente las mismas del viernes. Por el momento, poco me he ocupado con las cuestiones puramente intelectuales, en el sentido en que vosotros las consideraréis. ¿Cómo habría de hacerlo, deslumbrado y aturdido por el maravilloso espectáculo que me rodea? Sólo el vínculo con el espiritismo, tan poderoso que vosotros los hombres no podéis comprenderlo, es capaz de atraer mi ser a esta Tierra que abandono, no diré con alegría, pues eso sería una falta de piedad, pero sí con el profundo reconocimiento de la liberación.

12. ¿Veis a los Espíritus que están aquí con nosotros?

R. En particular veo a *Lázaro* y a *Erasto*. A continuación, a una cierta distancia, el *Espíritu de Verdad* se cierne en el espacio. Veo también una infinidad de Espíritus amigos que os rodean, solícitos y benévolos. Consideraos dichosos, amigos, pues hay influencias benéficas que os protegen de las calamidades del error.

13. Una pregunta más, os lo ruego. ¿Conocéis las causas de vuestra muerte?

R. No me habléis de eso todavía.

Nota. La señora Costel dice haber recibido una comunicación en su casa, en la cual le anunciaban que el señor Jobard había muerto porque pretendía superar el objetivo actualmente asignado al espiritismo. De tal modo, su partida habría sido precipitada por ese motivo. Personalmente, el señor Jobard no se ha explicado al respecto. Varias otras comunicaciones parecerían corroborar la opinión anterior; pero lo que resalta de algunos hechos es una especie de misterio en torno a las verdaderas causas de su muerte precipitada, la cual —según dicen— se explicará más tarde.

(*Sociedad*, 22 de noviembre de 1861.)

14. Cuando estabais encarnado compartíais la opinión que ha sido emitida sobre la formación de la Tierra a partir de la incrustación de cuatro planetas, que se habrían unido²⁷. ¿Conserváis esa misma opinión?

R. Es un error. Los nuevos descubrimientos geológicos prueban las convulsiones de la Tierra y su formación sucesiva. La Tierra, al igual que los demás planetas, tuvo su vida propia, y Dios no necesitó recurrir al gran trastorno que constituiría esa agregación de planetas. El agua y el fuego son los únicos elementos orgánicos de la Tierra.

15. Pensabais asimismo que los hombres podían caer en estado cataléptico por un tiempo ilimitado, y que el género humano había sido conducido de esa manera a la Tierra.

R. Quimera de mi imaginación, que superaba invariablemente sus límites. La catalepsia puede ser prolongada, pero no indeterminada. Se trata de tradiciones, leyendas exageradas por la imaginación oriental. Amigos míos, ya he sufrido mucho a causa de las ilusiones con que alimenté mi espíritu; no os engañéis al respecto. También he aprendido mucho, y hoy puedo deciros que mi inteligencia, apta para asimilar diversos y vastos estudios, había conservado de mi última encarnación el amor por lo maravilloso, abrevado en las imaginaciones populares.

27. Véase, en el número de enero: "Control de la enseñanza espírita". (N. del T.)

(Burdeos, 24 de noviembre de 1861.
Médium: señora Cazemajoux.)

16. *Evocación.*

R. Entonces, ¿vamos a recomenzar? ¡Pues bien! ¿Qué deseáis? Estoy aquí.

17. Acabamos de enterarnos de vuestra muerte. Como uno de los campeones de nuestra doctrina, ¿tendríais a bien responder algunas preguntas?

R. Hacedlas. No sé bien con quién estoy, aunque los Espíritus me dicen que esta médium ha obtenido algunas disertaciones incluidas en la *Revista*, las cuales me han agradado. Es preciso que yo también le ofrezca las mías. No hace mucho tiempo que me ausenté de la Tierra, y dentro de algunos años volveré para retomar el curso de la misión que debía cumplir, pues esa misión fue interrumpida por el ángel de la liberación.

18. Os referís a una misión que debíais cumplir en la Tierra; ¿podríais darla a conocer?

R. Una misión de progreso intelectual y moral en estado de germen. La doctrina o ciencia espírita contiene los elementos fecundos que deben desarrollar, hacer crecer y madurar las ideas modernas de libertad, unidad y fraternidad. Por eso no hay que temer en darle un impulso vigoroso que le permita transponer los obstáculos con una fuerza a la que nada podrá dominar.

19. Al marchar más rápido que la época, ¿no debemos temer que la doctrina se vea perjudicada?

R. Derribaríais a sus adversarios; vuestra lentitud les permite ganar terreno. No me gusta el paso lento y pesado de la tortuga; prefiero el vuelo audaz del rey de los aires.

Nota. Esto es un error; los adeptos del espiritismo ganan terreno a diario, mientras que sus adversarios lo pierden. El señor Jobard es demasiado entusiasta; no comprende que con la prudencia se llega con más seguridad al objetivo; mientras que, al arrojar de cabeza contra los obstáculos, corre el riesgo de comprometer su causa. *A. K.*

20. Entonces, ¿cómo se explican los designios de Dios, que os ha retirado de la Tierra de manera tan súbita, toda vez que tenía en vos el instrumento necesario para la marcha rápida de la humanidad hacia el progreso moral e intelectual?

R. ¡Oh! ¡Qué gran palanca tendría una parte de los espíritas con mis ideas! Pero no; ¡el miedo los paraliza!

21. ¿Podéis explicarnos los designios de Dios al llamaros antes del término de vuestra misión?

R. No me siento enfadado. Veo y aprendo para ser más fuerte cuando suene la hora del combate. Redoblad el fervor y la dedicación por la noble y sagrada causa de la humanidad. Una sola existencia no alcanza para que ocurra la crisis que debe transformar a la sociedad, y muchos de vosotros –que preparáis los caminos– renaceréis después de algún tiempo para volver a colaborar en la obra sagrada y bendita. Os he dicho bastante por esta noche, ¿no es así? Pero estoy a vuestra disposición; volveré, porque sois un adepto bueno y fervoroso. Adiós; esta noche quiero asistir a la sesión de nuestro querido maestro Allan Kardec.

22. No habéis respondido a mi pregunta sobre los designios de Dios al llamaros antes del término de vuestra misión.

R. Somos instrumentos adecuados para colaborar en sus designios. Nos retira cuando quiere y nos pone nuevamente en escena cuando lo considera útil. Por lo tanto, sometámo-

nos a sus decretos sin intentar ahondar en ellos, porque nadie tiene derecho a rasgar el velo que oculta a los Espíritus sus decretos inmutables. ¡Adiós!

JOBARD

(Passy, 20 de diciembre de 1861.

Médium: señora Dozon.)

23. *Evocación.*

R. No sé por qué me evocáis; no soy nadie para vosotros y, por lo tanto, no os debo nada. Además, no os respondería sin el Espíritu de *Verdad*, que me dice que ha sido Kardec quien os ha pedido que me llamarais. ¡Pues bien! Estoy aquí; ¿qué debo deciros?

24. En efecto, el señor Allan Kardec nos solicitó que os evocáramos con el objetivo de realizar el control de diversas comunicaciones vuestras, comparándolas entre sí. Es un estudio, y esperamos que consintáis en atendernos en interés de la ciencia espírita, describiéndonos vuestra situación y vuestras impresiones desde que dejasteis la Tierra.

R. Yo no estaba plenamente en lo cierto durante mi vida terrenal, y ahora comienzo a saberlo. Al depurarse de la turbación, mis ideas adquieren una nueva claridad, y desde entonces re veo los *errores* de mis creencias. Eso es una gracia de la bondad de Dios, aunque un poco tardía. El señor Allan Kardec no profesaba hacia mi espíritu una total simpatía, y así debía ser: él es positivo en su fe; en cambio, a menudo yo soñaba y buscaba fuera de la realidad. No sé exactamente lo que yo quería, a no ser una vida mejor de la que tenía; el espiritismo me la mostró, y el más esclarecido de los espíritas me levantó el velo de la vida de los Espíritus. Fue LA VERDAD

quien lo inspiró; *El libro de los Espíritus* produjo en mi alma una verdadera revolución y un bien imposible de describir. Pero en mi mente había dudas acerca de varias cosas, que hoy se me presentan con una claridad diferente. Ya os lo he dicho al comienzo de esta comunicación: al liberarse de la turbación, el Espíritu me mostró lo que yo no veía. El Espíritu se aleja; su desprendimiento aún no es total; no obstante, ya se ha comunicado varias veces; pero —quizá os resulte extraño— es el cambio que ocurre en presencia de los evocadores durante las comunicaciones del Espíritu Jobard.

A continuación, esa misma médium obtuvo la siguiente comunicación espontánea:

“Jobard era un Espíritu investigador, que pretendía ascender, siempre ascender. Las ideas espíritas le parecían un ámbito demasiado estrecho. Jobard representaba el espíritu de *curiosidad*; pretendía saber, siempre saber. Esa necesidad, esa sed, lo impulsaron a realizar investigaciones que superaban los límites de lo que Dios quiere que sepáis. ¡No intentéis arrancar el velo que cubre los misterios de su poder! Jobard puso sus manos sobre el Arca y fue fulminado. Eso es una enseñanza: buscad el Sol, pero no os atreváis a mirarlo, porque quedaréis ciegos. ¿Acaso Dios no os da bastante al enviaros los Espíritus? Así pues, dejad a la muerte el poder que Dios le ha otorgado: el poder de levantar el velo ante quien sea digno de eso. Entonces podréis ver a Dios, el Sol de los Cielos, sin ser cegados ni fulminados por el poder que os dice: ‘No vayáis más lejos’. Esto es lo que debo deciros”.

LA VERDAD

(*Sociedad*, 3 de enero de 1862. Médiuim: señora Costel.)

Nota. El señor Jobard se ha manifestado varias veces en casa del Sr. y la Sra. P..., miembros de la *Sociedad*. En una oportunidad, se mostró espontáneamente —y sin que pensarán en él— a una sonámbula que lo describió de una manera muy exacta y además dijo su nombre, pese a que no lo había conocido. Una vez entablada la conversación con el Sr. P..., por intermedio de la sonámbula, el Espíritu recordó diversas particularidades que no dejaron ninguna duda respecto de su identidad. Sobre todo, los impresionó que mencionara el hecho de que, la única vez que se vieron en la *Sociedad*, el señor Jobard los observó durante casi toda la sesión, como si hubiera identificado a personas de su conocimiento: circunstancia que ellos habían olvidado, y que el Espíritu les recordó por intermedio de la sonámbula. El Sr. y la Sra. P..., que nunca habían mantenido ningún vínculo con el señor Jobard cuando estaba encarnado, desearon saber el motivo del afecto que él parecía sentir hacia ellos. Al respecto, el Espíritu dictó la siguiente comunicación:

“¡Incrédulo! ¡Necesitabais esta confirmación de la sonámbula para creer en mi identidad! ¡Ingrato! Me olvidasteis durante mucho tiempo con el pretexto de que otros se acordaban demasiado. Pero dejemos los reproches y conversemos: abordemos el tema por el cual me habéis evocado. Puedo explicaros fácilmente por qué mi atención se había fijado en esa pareja que me resultaba extraña, pero que una especie de instinto, de doble vista, de presciencia, me hacía reconocer. Después de mi liberación, pude ver que nos habíamos conocido antes, y entonces *volví* a ellos: esa es la palabra.

”Comienzo a vivir espiritualmente, con mayor serenidad y menos perturbado por las evocaciones que de todos lados

llueven sobre mí. La moda cunde también entre los Espíritus. Cuando la moda *Jobard* sea sustituida por otra; cuando para los humanos yo haya caído en el olvido, entonces pediré a mis verdaderos amigos, aquellos que me recordarán siempre, que me evoquen. Así profundizaremos las cuestiones que hemos tratado demasiado superficialmente, y vuestro Jobard, absolutamente transfigurado, podrá seros útil, como él lo desea de todo corazón”.

JOBARD

(A la médium, señora Costel.) “He regresado. Deseas saber por qué manifiesto una preferencia por ti. Cuando yo era mecánico, tú eras poetisa, ¡y te conocí en el hospital donde moriste, señora!”

JOBARD

(Montreal [Canadá], 19 de diciembre de 1861.)

El señor Henri Lacroix nos escribe desde Montreal para referirnos que había enviado tres cartas al señor Jobard, pero que este sólo había recibido dos; la tercera llegó demasiado tarde, y solamente respondió la primera. El señor Lacroix se había enterado de la muerte del señor Jobard a través de los periódicos, pero comenzó a recibir comunicaciones de varios Espíritus, con las firmas de Voltaire, Volney, Franklin, quienes le aseguraban que la noticia era falsa y que el señor Jobard se encontraba muy bien. No obstante, la *Revista Espírita* disipó sus dudas, confirmando lo ocurrido. Entonces, tras ser evocado, el Espíritu del señor Jobard le brindó la siguiente

comunicación, cuyo control el señor Lacroix nos solicita que efectuemos para verificar su exactitud:

“Querido maestro: he muerto, conforme decís; pero no estoy muerto, ya que os estoy hablando. Aquellos que se ocuparon de decirnos que yo no había fallecido, tal vez quisieron jugaros una mala pasada. No los conozco aún, pero los conoceré y sabré el motivo que los indujo a proceder de ese modo. Escribid a Kardec, y yo os responderé. Creo que no podré responderos a través de la mesa, pero en todo caso lo intentaré y haré lo mejor a mi alcance. Las dos cartas que he recibido de vos *contribuyeron poderosamente a causar mi muerte*. Más tarde sabréis cómo”.

JOBARD

El señor Jobard, evocado el 10 de enero, en la *Sociedad de París*, respondió que reconocía ser el autor de aquella comunicación, pero que el supuesto retrato trazado a continuación *no era de él ni había sido hecho por él*, cosa que nosotros creemos sin dificultad, porque no se le parece en absoluto.

Pregunta. ¿De qué modo las dos cartas que habéis recibido pudieron contribuir a vuestra muerte?

R. No puedo y no quiero decir aquí más que una sola cosa: la lectura de esas dos cartas, después de haber comido, determinó la congestión que me llevó, o que me liberó, si lo preferís.

Nota. Mientras la médium escribía esta respuesta, y antes de que fuera leída, otro médium recibió la siguiente respuesta de su guía particular:

“Es una explicación difícil, que él no os brindará en detalle; hay cosas que Jobard no puede decir aquí”.

Pregunta. El señor Lacroix desea saber por qué razón varios Espíritus acudieron espontáneamente para desmentir la noticia de vuestra muerte.

R. Si él hubiera prestado más atención, habría reconocido fácilmente el engaño. ¡Cuántas veces hará falta repetir que se debe desconfiar casi absolutamente de las comunicaciones espontáneas transmitidas acerca de un hecho que es afirmado o negado deliberadamente! Los Espíritus engañan tan solo a los que se dejan engañar.

Nota. Durante esta respuesta, otro médium escribió lo siguiente: “Son Espíritus que parlotean sin preocuparse por la verdad. Algunos Espíritus son como los hombres: reciben una noticia y la afirman o la niegan con la misma facilidad”.

Es evidente que los nombres con que firmaron el desmentido de la muerte del señor Jobard son apócrifos. Para reconocerlo era suficiente considerar que Espíritus como Franklin, Volney y Voltaire, se ocupan de cosas más serias, y que semejantes detalles son incompatibles con su carácter. Solo esto debía inspirar dudas sobre su identidad y, por consiguiente, sobre la veracidad de las comunicaciones. Nunca insistiremos demasiado en el hecho de que solamente un estudio previo, completo y atento de la ciencia espírita, puede brindar los medios para desbaratar las mistificaciones de los Espíritus embusteros, de los que son víctimas los principiantes que carecen de la experiencia necesaria.

Pregunta. Solo habéis respondido la primera carta del señor Lacroix, y él desea que le respondáis las dos últimas, y

sobre todo la tercera, que –como dijo– contenía un estilo particular que solo vos podíais comprender.

R. La obtendrá más tarde. Por el momento, no puedo hacerlo. Sería inútil forzar esa respuesta. De lo contrario, él puede estar seguro de que no seré yo quien responda.

(*Sociedad Espírita de París*, 21 de febrero de 1862.

Médium: señorita Stéphanie.)

Cuando la Sociedad abrió una suscripción a favor de los obreros de Lyon, uno de sus miembros se suscribió con 50 francos, de los cuales 25 correspondían a él y 25 fueron colocados a nombre del señor Jobard, que por entonces dio al respecto la comunicación siguiente:

“Una vez más responderé a mi querido Kardec. Me siento honrado, y agradezco a mis hermanos espíritas porque no se olvidaron de mí. Agradezco al corazón generoso que os aportó la ofrenda que yo habría entregado si todavía habitara en la Tierra. En el mundo en que me encuentro actualmente no tenemos necesidad de dinero, de modo que debí recurrir al bolsillo de la amistad para probar materialmente que también a mí me conmueve el infortunio de nuestros hermanos de Lyon. Bravos trabajadores, que cultiváis fervorosamente la viña del Señor, debéis tener el convencimiento de que la caridad no es una palabra vana, pues grandes y pequeños os han dado muestras de simpatía y fraternidad. Estáis en la amplia vía humanitaria del progreso. ¡Que Dios os conserve en ella y lleguéis a ser más felices! ¡Los Espíritus amigos os sostendrán y triunfaréis!”

JOBARD

*Suscripción a efectos de erigir un monumento
en memoria del señor Jobard*

Dado que los periódicos habían anunciado una suscripción para erigir un monumento al señor Jobard, el señor Allan Kardec comunicó el hecho a la *Sociedad* en la sesión del 31 de enero último, agregando que, si bien pretendía publicarlo en la *Revista*, consideraba que su obligación era posponer el anuncio de dicha suscripción, puesto que tendría pocas posibilidades de éxito, atento a que ya se promovía otra suscripción a favor de los obreros de Lyon, y que no estaría de más reflexionar acerca de que sería mejor dar pan a los vivos que piedras a los muertos.

Interrogado sobre lo que pensaba al respecto, el señor Jobard respondió: “Por cierto, he reflexionado lo siguiente: ¿Queréis saber si me gustan las estatuas? Primero, dad vuestro dinero a los desafortunados, y si por ventura sobraran en vuestro bolsillo algunas monedas de 5 francos, mandad erigir una estatua, pues eso siempre permitirá que un artista pueda vivir”.

Por consiguiente, la *Sociedad* recibirá las donaciones que se le dirijan con esa finalidad, y efectuará el depósito en la redacción del periódico *La Propriété Industrielle*, en la calle Bergère, n.º 21, donde se abrió la suscripción.

**Carrère. Constatación de
un hecho de identidad**

La identidad de los Espíritus que se manifiestan es —como se sabe— una de las dificultades del espiritismo, y los medios

empleados para verificarla conducen a menudo a resultados negativos. Al respecto, las mejores pruebas son las que nacen de la espontaneidad de las comunicaciones. Aunque estas pruebas no sean infrecuentes, cuando están bien caracterizadas es bueno constatarlas, en primer lugar para satisfacción propia y como objeto de estudio y, además, para responder a los que niegan esa posibilidad, probablemente porque –si fueron mal orientados– no tuvieron éxito, o bien porque poseen un sistema preconcebido. Repetiremos lo que hemos dicho en otra parte²⁸: la identidad de los Espíritus que vivieron en épocas remotas y acuden a impartir enseñanzas es casi imposible de establecer, y solo hay que atribuir a sus nombres una importancia relativa. Lo que ellos dicen, ¿es bueno o malo, racional o ilógico, digno o indigno del nombre con que firman? Esa es toda la cuestión. No sucede lo mismo con los Espíritus contemporáneos, cuyo carácter y hábitos nos resultan conocidos, y que pueden probar su identidad mediante detalles particulares que raramente se obtienen cuando se les solicitan, de modo que es necesario saber esperar. Tal es el hecho relatado en la siguiente carta:

“Burdeos, 25 de enero de 1862.

”Estimado señor Kardec:

”Sabéis que tenemos la costumbre de poner a vuestra consideración todos nuestros trabajos, plenamente confiados en vuestras luces y en vuestra experiencia para apreciarlos. De tal modo, cuando los hechos nos resultan pruebas evidentes de identidad, nos limitamos a dároslos a conocer en todos sus detalles.

28. Véase también *El libro de los médiums*, Capítulo XXIV. “Identidad de los Espíritus”. (N. del T.)

”El Sr. Guipon, inspector de contaduría de la Compañía de los Ferrocarriles del Sur, miembro del grupo director de la Sociedad Espírita de Burdeos, me escribió la siguiente carta, fechada el 14 de este mes:

” ‘Estimado señor Sabò: permitidme dirigiros la solicitud de evocar, en la sesión, al Espíritu de Carrère, subjefe del equipo de la estación ferroviaria de Burdeos, quien falleció al dirigir una maniobra el 18 de diciembre último. Adjunto, en un sobre aparte, el detalle de los hechos que deseo constatar. Pienso que tales hechos serían para nosotros un tema serio de estudio e instrucción. También os agradeceré mucho que no abráis el sobre hasta después de la evocación’.

L. GUIPON

”El día 18 del mismo mes, en una reunión con una decena de personas honorables de nuestra ciudad, realizamos la evocación solicitada:

”1. Evocación del Espíritu de Carrère.

”*Respuesta.* Aquí estoy.

”2. ¿Cuál es vuestra situación en el mundo de los Espíritus?

”*R.* No soy feliz ni desdichado. Además, estoy con frecuencia en la Tierra; me muestro ante alguien que no está muy contenta de verme.

”3. ¿Con qué objetivo os manifestáis ante esa persona?

”*R.* ¡Ah! Como veis, yo iba a morir; tenía miedo y temían por mí. En todas partes buscaban un *crucifijo* para ayudarme en el difícil tránsito de la vida a la muerte, y *la persona ante la que me muestro tenía uno, pero se rehusó a prestarlo*, a fin de

que lo apoyaran sobre mis labios moribundos antes de ponerlo entre mis manos como garantía de paz y amor. ¡Pues bien! Ella tendrá que verme por mucho tiempo *alrededor del crucifijo*; ahí me verá siempre. Ahora me voy; me siento mal aquí; dejadme ir. Adiós.

”Inmediatamente después de la evocación, abrí el sobre lacrado, que contenía los siguientes detalles:

” ‘En ocasión de la muerte de Carrère, subjefe del equipo de Burdeos, fallecido el 18 de diciembre último, el señor Beautey, jefe de la estación ferroviaria P. V., hizo trasladar el cuerpo a la estación de pasajeros y ordenó a un hombre de su equipo que se dirigiera a su domicilio para pedir a la señora de Beautey un crucifijo, a fin de colocarlo en el cadáver. Esta señora respondió afirmando que el crucifijo estaba roto, de modo que no podía prestarlo.

” ‘El 10 de enero del corriente, la señora de Beautey confesó a su marido que el crucifijo que se había negado a prestar no estaba roto, y que no quiso entregarlo para no volver a sentir las emociones ocasionadas por un accidente semejante, ocurrido anteriormente y casi en las mismas circunstancias. Agregó que nunca le había negado nada a un muerto, y finalizó diciendo: ‘La noche que ese hombre murió, pude verlo durante mucho tiempo; lo vi *alrededor del crucifijo* y luego junto a mí’.

” ‘La señora de Beautey, que nunca había visto a ese hombre ni escuchado hablar de él, lo describió con tanta exactitud a su marido, que éste lo reconoció como si hubiera estado presente. Además, no es la primera vez que la señora de Beautey percibe a los Espíritus en estado de vigilia. Con todo, es notable el hecho de que el Espíritu de Carrère la impresionara

poderosamente, cosa que no le había ocurrido al ver otros Espíritus. Firmado: *Guipon*'.

"Más adelante, se encuentra la siguiente mención:

" 'Esta narración es absolutamente exacta.

" 'Firmado: *Beautey*, jefe de la estación ferroviaria'.

"Consideré que debía relataros el hecho de identidad que acabo de señalaros, un hecho que —es preciso admitirlo— resulta muy poco frecuente, y que sin duda ocurrió con el permiso de Dios, que emplea todos los medios para impresionar a la incredulidad y a la indiferencia.

"Si consideráis útil divulgar este interesante suceso, más abajo encontraréis las firmas de las personas que asistieron a esa sesión. Esas personas me solicitaron que os diga que sus nombres pueden ser revelados, dado que, en esta circunstancia, conservar el anonimato sería un error. Los nombres propios que figuran en los detalles circunstanciados de la evocación de Carrère también pueden publicarse.

"Vuestro abnegado servidor,

A. SABÒ

"Testimoniamos que los detalles relatados en la presente carta son verídicos en todos los puntos, y no dudamos en confirmarlos con nuestra firma.

"A. SABÒ, contador principal de la Compañía de los Ferrocarriles del Sur, calle Barennes, 13.- CH. COLLIGNON, rentista, calle Sauce, 12.- ÉMILIE COLLIGNON, rentista.- L'ANGLE, empleado de contribuciones indirectas, calle Pèlerin, 28.- Viuda de CAZEMAJOUX.- GUIPON, inspector de contabilidad y de recaudación de los Ferrocarriles del Sur, Camino de Bè-

gles, 119.- ULRICHS, comerciante, calle de los Chartrons, 17.- CHAIN, comerciante.- JOUANNI, empleado del Sr. Arman, constructor de navíos, calle Capenteyre, 26.- GOURGUES, comerciante, Camino de Saint-Genès, 64.- BELLY hijo mayor, mecánico, calle Lafurterie, 39.- HUBERT, capitán del Regimiento de Infantería N.º 88.- PUGINIER, teniente del mismo regimiento.”

Como de costumbre, no faltarán los incrédulos que atribuirán este hecho a la imaginación. Dirán, por ejemplo, que la señora Beutey se hallaba impresionada por haberse negado a prestar su crucifijo, y que el remordimiento le hizo creer que veía a Carrère. Convenimos en que esto es posible, pero los negadores —que no se preocupan por ahondar en estos hechos antes de juzgarlos— no investigan si alguna circunstancia escapa a su teoría. ¿Cómo explicarán la descripción que ella hizo de un hombre al que nunca había visto? Dirán que fue una casualidad. En cuanto a la evocación, ¿diréis también que el médium no hizo más que traducir su propio pensamiento o el de los asistentes? Porque tales circunstancias eran ignoradas. ¿También fue una casualidad? “No —diréis—, pero entre los asistentes estaba el señor Guipon, autor de la carta lacrada, y que conocía el hecho, de modo que su pensamiento pudo transmitirse al médium a través de la corriente de fluidos, atento a que los médiums *siempre* se hallan en un estado de sobreexcitación febril, estado que es mantenido y provocado por la concentración de los asistentes y por su propia voluntad. Ahora bien, en ese estado anómalo, que no es otra cosa que un estado biológico —según el erudito señor Figuiet²⁹—,

29. Véase, en la *Revista Espírita* de septiembre y diciembre de 1860, la crítica de Allan Kardec acerca de la obra *Historia de lo maravilloso en los tiempos modernos*, de Louis Figuiet. (N. del T.)

se producen emanaciones que escapan del cerebro y generan percepciones excepcionales provenientes de la expansión de los fluidos que establecen vínculos entre las personas presentes e incluso ausentes. Ya veis, pues, que con esta explicación tan clara como lógica no hay necesidad de recurrir a la intervención de vuestros supuestos Espíritus, que sólo existen en vuestra imaginación.” Por nuestra parte, confesamos con toda humildad que este razonamiento supera nuestra inteligencia, y os preguntaremos si vosotros mismos lo comprendéis bien.

ENSEÑANZAS Y DISERTACIONES ESPÍRITAS

La reencarnación

(Enviada desde La Haya. Médium: barón de Kock.)

La doctrina de la reencarnación es una verdad que no puede ser cuestionada. Toda vez que el hombre quiera pensar tan solo en el amor, la sabiduría y la justicia de Dios, no podrá admitir ninguna otra doctrina.

Es cierto que en los libros sagrados se encuentran estas palabras: “Después de la muerte, el hombre será recompensado según sus obras”. Con todo, no se presta la suficiente atención a una infinidad de citas en las que se os dice que es completamente inadmisibles que el hombre actual sea castigado por las faltas y los crímenes de quienes han vivido antes de Cristo. No puedo detenerme en la cantidad de ejemplos y demostraciones ofrecidos por los que tienen fe en la reencarnación. Vosotros mismos podéis hacer vuestra contribución; los Espíritus buenos os ayudarán, y os resultará un trabajo agradable. Podréis sumarlo a los dictados que os he brindado

y que seguiré brindándoos si Dios lo permite. Estáis convencidos del amor de Dios hacia los hombres, pues Él no desea más que la felicidad de sus hijos. Ahora bien, el único medio para que algún día ellos alcancen esa felicidad suprema radica por completo en las reencarnaciones sucesivas.

Ya os he dicho que lo que Kardec escribió sobre los ángeles caídos³⁰ es la pura verdad. Los Espíritus que pueblan vuestro globo, en su mayoría, siempre han habitado en él. Si los que reencarnan aquí desde hace tantos siglos son los mismos, es porque muy pocos han merecido la recompensa prometida por Dios.

Cristo dijo: “Esta raza será destruida, y esta profecía se cumplirá pronto”. Si se cree en un Dios de amor y de justicia, ¿cómo es posible admitir que los hombres que viven actualmente, e incluso los que han vivido desde hace dieciocho siglos, sean culpables de la muerte de Cristo, sin que se admita la reencarnación? En efecto, el sentimiento del amor de Dios, el de las penas y las recompensas de la vida futura, así como la idea de la reencarnación, son innatos en el hombre desde hace siglos. Ved las historias, los escritos de los sabios de la Antigüedad, y os convenceréis de que esa doctrina fue admitida en todos los tiempos por los hombres que comprendieron la justicia de Dios. En la actualidad, comprendéis qué es nuestra Tierra, y que ha llegado el momento en que se cumplirán las profecías de Cristo.

Lamento que encontréis tan pocas personas que piensen como vosotros. Vuestros compatriotas sólo piensan en la grandeza y el dinero, en hacerse famosos. Rechazan todo lo

30. Véase, en el número de enero, el artículo “Ensayo sobre la interpretación de la doctrina de los ángeles caídos”. (N. del T.)

que pueda obstaculizar sus malas pasiones. Pero que esto no os desanime; trabajad para vuestra felicidad y para el bien de aquellos que tal vez logren enmendar sus errores. Perseverad en vuestra obra; pensad siempre en Dios y en Cristo, y la beatitud celestial será vuestra recompensa.

Si se pretende examinar la cuestión sin prejuicios, reflexionar sobre la existencia del hombre en las diferentes condiciones de la sociedad, y coordinar esa existencia con el amor, la sabiduría y la justicia de Dios, todas las dudas concernientes al dogma de la reencarnación deben desaparecer de inmediato. En efecto, ¿cómo conciliar esa justicia y ese amor con una única existencia, toda vez que los hombres nacen en posiciones tan diferentes: algunos son ricos y poderosos, mientras que otros son pobres y miserables; algunos gozan de salud, mientras que otros padecen toda clase de males? Aquí encontramos la alegría y la jovialidad; más lejos, la tristeza y el dolor. En algunos, la inteligencia está muy desarrollada; en otros, se eleva apenas por encima del bruto. ¿Es posible creer que un Dios, que es todo amor, haya hecho que nazcan criaturas condenadas de por vida al idiotismo y la demencia, y que haya permitido que niños en la primavera de la vida sean arrebatados del cariño de sus padres? Incluso me atrevo a preguntar si se podría atribuir a Dios el amor, la sabiduría y la justicia, toda vez que hay pueblos inmersos en la ignorancia y la barbarie, comparados con otras naciones civilizadas, donde reinan las leyes y el orden, y se cultivan las artes y las ciencias. No basta con decir: “Dios, en su sabiduría, ha regulado así todas las cosas”. No, la sabiduría de Dios, que ante todo es amor, debe tornarse clara para el entendimiento humano: el dogma de la reencarnación permite que todo se esclarezca. Ese dogma, creado por el propio Dios, no puede oponerse a

los preceptos de las santas Escrituras. Lejos de eso, explica los principios del que emanan para el hombre el mejoramiento moral y la perfección. Ese porvenir, revelado por Cristo, se corresponde con los atributos infinitos que Dios debe poseer. Cristo dijo: “Los hombres no son tan solo hijos de Dios, sino también hermanos y hermanas de la misma familia”. Ahora bien, es necesario que estas expresiones se comprendan cabalmente.

Un buen padre terrenal, ¿concederá a uno de sus hijos lo que niega a los otros? ¿Arrojará a uno en el abismo de la miseria, mientras colma a los otros de riquezas, honores y dignidades? Considerad asimismo que el amor de Dios, por ser infinito, no podría compararse con el amor del hombre para con sus hijos. Dado que las diferentes posiciones del hombre tienen una causa, y que el principio de esa causa es el amor, la sabiduría, la bondad y la justicia de Dios, de ahí resulta que esas posiciones solo encuentran su razón de ser en la doctrina de la reencarnación.

Dios creó a todos los Espíritus iguales, simples, inocentes, sin vicios ni virtudes, pero con el libre albedrío para regir sus acciones conforme a un instinto que se llama conciencia, y que les otorga el poder de distinguir el bien del mal. Cada Espíritu está destinado a alcanzar la más alta perfección, después de Dios y de Cristo. Para eso, debe adquirir todos los conocimientos mediante el estudio de las ciencias, iniciarse en todas las verdades, y purificarse mediante la práctica de todas las virtudes. Ahora bien, como esas cualidades superiores no pueden obtenerse en una sola existencia, todos deben recorrer varias existencias para adquirir los diferentes grados del saber.

La vida humana es la escuela de la perfección espiritual, y una sucesión de pruebas. Por eso, el Espíritu debe conocer

todas las condiciones de la sociedad y, en cada una de esas condiciones, debe aplicarse a cumplir la voluntad divina. El poder y la riqueza, tanto como la pobreza y la inferioridad, son pruebas. Dolores, idiotismo, demencia, etc., son castigos por el mal cometido en una vida anterior.

Mediante el libre albedrío, así como cada individuo está en condiciones de superar las pruebas a que se ve sometido, también puede fallar. En el primer caso, la recompensa no se hace esperar, y esa recompensa consiste en una progresión en la perfección espiritual. En el segundo caso, el individuo recibe su castigo, es decir, que debe reparar en una nueva vida el tiempo perdido en la vida precedente, de la cual no supo obtener un beneficio para sí mismo.

Antes de reencarnar, los Espíritus se ciernen en las esferas celestiales: los buenos gozan de la felicidad, y los malos se entregan al arrepentimiento, presas del dolor que les causa sentirse abandonados por Dios. Pero el Espíritu, que conserva el recuerdo del pasado, se acuerda de sus infracciones a los mandamientos de Dios, y Dios le permite elegir en una nueva existencia sus pruebas y su condición, lo que explica por qué a menudo se encuentran en las clases inferiores de la sociedad sentimientos elevados y un entendimiento desarrollado, mientras que en las clases superiores a menudo se encuentran inclinaciones viles y Espíritus muy brutos. ¿Se puede hablar de injusticia cuando el hombre que ha empleado mal su vida puede reparar sus faltas en otra existencia y alcanzar su objetivo? La injusticia, ¿no radicaría en una condena inmediata y sin remisión posible? La Biblia habla de castigos eternos; pero esto realmente no puede entenderse para una sola existencia, tan triste y corta, para ese instante, ese abrir y cerrar de ojos comparado con la eternidad. Dios quiere otorgar la felicidad

eterna como recompensa del bien, pero es necesario merecerla, y una sola vida de corta duración no es suficiente para alcanzarla.

Muchos preguntan por qué Dios habría ocultado a los hombres durante tanto tiempo un dogma cuyo conocimiento es útil para su felicidad. ¿Será que entonces amaba a los hombres menos que ahora?

El amor de Dios es eterno; para esclarecer a los hombres, les envió a los sabios, a los profetas, al Salvador Jesucristo. ¿Acaso no es esto una prueba de su amor infinito? Pero ¿de qué modo han recibido los hombres este amor? ¿Han mejorado?

Cristo dijo: “Aún podría deciros muchas cosas, pero vosotros no las comprenderíais en vuestro estado de imperfección”; y si tomamos las Santas Escrituras en el verdadero sentido intelectual, en ellas encontramos muchas citas que parecen indicar que el Espíritu debe recorrer varias vidas antes de alcanzar su objetivo. ¿No se encuentran también en las obras de los filósofos antiguos las mismas ideas sobre la reencarnación de los Espíritus?

El mundo ha progresado mucho en el aspecto material, en las ciencias, en las instituciones sociales; pero en el aspecto moral aún está muy atrasado. Los hombres desconocen la ley de Dios y ya no escuchan la voz de Cristo. Por eso Dios, en su bondad y como último recurso para llegar a conocer los principios de la felicidad eterna, les brinda la comunicación directa con los Espíritus y la enseñanza del dogma de la reencarnación, palabras llenas de consuelo y que brillan en medio de las tinieblas de los dogmas de tantas religiones diferentes.

¡Manos a la obra! Y que la búsqueda se realice con amor y confianza. Leed sin prejuicios; reflexionad acerca de todo

lo que Dios se dignó a hacer por el género humano desde la creación del mundo, y seréis confirmados en la fe de que la reencarnación es una verdad sagrada y divina.

Observación. Por nuestra parte, no teníamos el honor de conocer al barón de Kock. Así pues, esta comunicación, que concuerda con todos los principios del espiritismo, no es producto de una influencia personal.

* * *

El realismo y el idealismo en la pintura

(*Sociedad Espírita de París*; médium: Sr. A. Didier.)

I

La pintura es un arte cuyo fin consiste en retratar las más bellas y elevadas escenas terrenales, y a veces imitar simplemente a la Naturaleza con la magia de la verdad. Por decirlo de algún modo, es un arte que no tiene límites, sobre todo en vuestra época. El arte de vuestros días no debe solamente reflejar la personalidad; debe ser —si puedo expresarme así— la comprensión de todo lo que ha sido en la historia. Y las exigencias del color local, lejos de poner obstáculos a la personalidad y la originalidad del artista, amplían su visión, forman y depuran su gusto, y le hacen crear obras interesantes para el arte y para los que quieren ver allí una civilización caída o algunas ideas olvidadas. La denominada pintura histórica de vuestras escuelas no se ajusta a las exigencias del siglo; y me atrevo a decir que un artista tiene más futuro en sus investigaciones individuales sobre el arte y la historia que en ese camino donde dicen que yo comencé a poner los pies. Solo hay

una cosa que puede salvar el arte de vuestra época: un nuevo impulso y una nueva escuela que, aliando los dos principios que se consideran tan contrarios —el *realismo* y el *idealismo*—, impulsen a los jóvenes a comprender que, si los maestros son denominados así, es porque vivían con la Naturaleza, y porque su poderosa imaginación inventaba ahí donde era preciso inventar, pero obedecía ahí donde era preciso obedecer.

Para muchas personas ignorantes de la ciencia del arte, las disposiciones reemplazan a menudo el saber y la observación. Así, en vuestra época y en todas partes se ven hombres de una imaginación muy interesante —es cierto—, incluso artistas, pero no pintores. Estos apenas serán considerados en la historia como dibujantes muy ingeniosos. La rapidez en el trabajo, la pronta representación del pensamiento, se adquieren poco a poco con el estudio y la práctica, y aunque se posea esa inmensa facultad de pintar rápido, aún es necesario luchar, siempre luchar. En vuestro siglo materialista, el arte —no digo en todos los puntos, afortunadamente— se materializa junto a los esfuerzos verdaderamente sorprendentes de los hombres célebres de la pintura moderna. ¿A qué se debe esta tendencia? Eso lo indicaré en una próxima comunicación.

II

Conforme he dicho en mi última comunicación, para comprender bien la pintura sería necesario ir sucesivamente de la práctica a la idea y de la idea a la práctica. Casi toda mi vida transcurrió en Roma. Cuando contemplaba las obras de los maestros, me esforzaba por captar en mi espíritu la conexión íntima, las relaciones y la armonía que existen entre el idealismo más elevado y el realismo más auténtico. Po-

cas veces he visto una obra maestra que no reuniera esos dos grandes principios. Veía en ellas el ideal y el sentimiento de la expresión junto a una verdad tan brutal, que me decía a mí mismo: esa es la obra del espíritu humano. La obra es pensada, y después se realiza. Es el alma y el cuerpo: es la vida en su totalidad. Veía que los maestros flojos en sus ideas y en su comprensión, lo eran también en sus formas, colores y efectos. La expresión de sus cabezas era incierta, y la de sus movimientos era banal y sin grandeza. Se requiere una larga iniciación en la Naturaleza para comprender bien sus secretos, sus caprichos y su sublimidad. No es pintor el que quiere. Además del trabajo de observación, que es inmenso, se requiere luchar en el cerebro y en la práctica continua del arte. En un momento determinado, se requiere trasladar, a la obra que uno quiere producir, los instintos y el sentimiento de las cosas adquiridas y de las cosas pensadas; en una palabra, siempre esos dos grandes principios: alma y cuerpo.

NICOLAS POUSSIN

* * *

Los obreros del Señor³¹

(Cherburgo, febrero de 1861. Médium: Sr. Robin.)

Habéis llegado en el tiempo en que han de cumplirse las cosas anunciadas para la transformación de la humanidad. ¡Felices los que hayan trabajado en el campo del Señor con desinterés y sin otro motivo que la caridad! Sus jornadas de

31. Allan Kardec incluyó este mensaje en *El Evangelio según el espiritismo*, Capítulo XX, § 5. (N. del T.)

trabajo se les pagarán al céntuplo de lo que hubieran esperado. ¡Felices los que hayan dicho a sus hermanos: “Hermanos, trabajemos conjuntamente, y unamos nuestros esfuerzos, a fin de que el Señor, cuando llegue, encuentre la obra concluida”, pues el Señor les dirá: “¡Venid a mí, vosotros que sois buenos servidores, vosotros que supisteis acallar vuestros celos y vuestras discordias para que la obra no fuera perjudicada!” Pero ¡ay de aquellos que, a causa de sus disensiones, hayan retrasado la hora de la siega, porque la tempestad vendrá y serán arrastrados por el torbellino! Exclamarán: “¡Gracia! ¡Gracia!” Pero el Señor les dirá: “¿Por qué imploráis gracia, vosotros, que no habéis tenido piedad de vuestros hermanos, y que os habéis negado a tenderles la mano; vosotros, que abrumasteis al débil en vez de ampararlo? ¿Por qué suplicáis gracia, vosotros, que habéis buscado vuestra recompensa en los goces de la Tierra y en la satisfacción de vuestro orgullo? Ya habéis recibido vuestra recompensa, tal como lo quisisteis. No pidáis nada más, pues las recompensas celestiales son para los que no han buscado las de la Tierra”.

En este momento, Dios efectúa el censo de sus servidores fieles, y ha señalado con el dedo a aquellos cuya devoción es sólo aparente, a fin de que no usurpen el salario de los servidores valerosos. Porque a los que no retrocedan ante su tarea, Él confiará los puestos de mayor compromiso en la magna obra de la regeneración a través del espiritismo. Y se cumplirán estas palabras: “¡Los primeros serán los últimos, y los últimos serán los primeros en el reino de los Cielos!”

EL ESPÍRITU DE VERDAD

* * *

Instrucción moral

(París; grupo Faucheraud. Médium: Sr. Planche.)

Vengo a vosotros, pobres extraviados en un terreno inclinado y resbaladizo, porque os halláis a pocos pasos de precipitaros en el abismo. Como buen padre de familia, vengo a tenderos una mano caritativa para salvaros del peligro. Mi mayor deseo es colocaros bajo el techo paterno y divino, para que, mediante el amor de Dios y el trabajo, mediante la fe y la caridad cristiana, sintáis la paz, los goces y la dulzura del hogar. Al igual que vosotros, queridos hijos, he conocido los deleites y los padecimientos, y comprendo las dudas de vuestro espíritu y las luchas de vuestro corazón. Para preveniros acerca de vuestros defectos, así como para señalaros los escollos con los que podríais tropezar, seré justo pero severo.

Desde lo alto de las esferas celestiales que recorro, mi vista se sumerge dichosa en vuestras reuniones, y sigo con gran interés las sagradas instrucciones que recibís. Pero a la vez que por un lado mi alma se regocija, por el otro siente una pena muy amarga, pues penetra vuestros corazones y aún ve en ellos tanto apego a las cosas terrenales. Para la mayoría de vosotros, el santuario de nuestras lecciones parece una sala de espectáculos, y siempre esperáis de nuestra parte que surjan algunos hechos maravillosos. De ninguna manera estamos encargados de hacer milagros, pero nuestra misión es cultivar vuestros corazones, abriendo en ellos grandes surcos para arrojar a manos llenas la simiente divina. Sin cesar nos esforzamos en tornarla fecunda, porque sabemos que sus raíces deben atravesar la tierra de un polo al otro y cubrir toda su superficie. Los frutos que resulten de ella serán tan bellos, dulces y variados, que ascenderán a los cielos.

Dichoso el que haya sabido recoger esos frutos para saciarse con ellos, porque los Espíritus bienaventurados irán a su encuentro, coronarán su cabeza con la aureola de los elegidos, le harán subir las gradas del trono majestuoso del Eterno, y le dirán que participe de la dicha incomparable, de las alegrías y los innumerables deleites de las falanges celestiales.

Desventurado aquel que haya visto la luz y escuchado la palabra de Dios, pero cerró los ojos y se tapó los oídos, porque el Espíritu de las tinieblas lo envolverá con sus lúgubres alas y lo transportará a su sombrío imperio para que expíe durante siglos, con indescriptibles tormentos, su desobediencia al Señor. Este es el momento de aplicar la sentencia de muerte del profeta Oseas: *Cædam eos secundum auditionem cætus eorum* (haré que mueran según lo que hayan oído)³². Que estas breves palabras no se desvanezcan como el humo en el aire, sino que cautiven vuestra atención para que meditéis y reflexionéis seriamente acerca de ellas. Daos prisa en aprovechar los pocos instantes que os quedan, para consagrarlos a Dios. Un día vendremos a pedirnos que deis cuenta de lo que habéis hecho con nuestras enseñanzas, y de cómo pusisteis en práctica la doctrina sagrada del espiritismo.

A vosotros, pues, espíritas de París, que podéis mucho a causa de vuestras posiciones personales y vuestras influencias morales, a vosotros os corresponde la gloria y el honor de dar el ejemplo sublime de las virtudes cristianas. No esperéis que el infortunio llame a vuestra puerta. Id al encuentro de vuestros hermanos que sufren, dad al pobre el óbolo de la jornada, enjugad las lágrimas de la viuda y del huérfano con tiernas y consoladoras palabras. Levantad el ánimo abatido de ese

32. Véase el libro de Oseas, 7:12. (N. del T.)

anciano encorvado bajo el peso de los años y el yugo de sus iniquidades, para que en su alma resplandezcan las alas doradas de la esperanza en una vida futura y mejor. Prodigad en todas partes, a vuestro paso, el amor y el consuelo. De tal modo, al elevar vuestras buenas obras a la altura de vuestros pensamientos, mereceréis con dignidad el título glorioso que mentalmente os conceden los espíritas de la provincia y del extranjero, cuyas miradas están puestas en vosotros. Entonces, llenos de admiración ante la luz abundante que surge de vuestras asambleas, os denominarán el sol de Francia.

LACORDAIRE

* * *

La viña del Señor

(*Sociedad Espírita de París*. Médium: señor E. Vézy.)

Todos vendrán a trabajar en la viña. Ya los veo; acuden en gran cantidad. ¡Vamos, hijos! ¡Manos a la obra! Dios quiere que todos trabajéis en ella.

Sembrad, sembrad, y llegará el día en que cosecharéis con abundancia. Mirad ese bello Sol en el oriente: ¡cómo despunta radiante, esplendoroso! Viene a daros calor y a hacer que crezcan los racimos de la viña. ¡Vamos, hijos! La vendimia será espléndida, y cada uno de vosotros beberá la copa del vino sagrado de la regeneración. ¡Es el vino del Señor, y ha de servirse en el banquete de la fraternidad universal! Allí todas las naciones se reunirán en una sola familia, y cantarán alabanzas a un mismo Dios. Preparad el arado y la azada, vosotros, que queréis vivir eternamente. Afirmad las cepas, para que no se caigan y se mantengan rectas, y sus sarmientos se elevarán

hasta el cielo. Algunos medirán cien codos, y los Espíritus de los mundos etéreos exprimirán los granos y se refrescarán con el jugo, cuyo poder infundirá fuerza y valor a los débiles. Será la leche capaz de nutrir a los pequeños.

Esa es la vendimia que se hará, y que ya se hace. Se preparan las copas que habrán de contener el licor sagrado. Acercad vuestros labios, vosotros, que queréis beber, porque ese licor os causará una embriaguez celestial, y entonces veréis a Dios en vuestros sueños, mientras esperáis que la realidad suceda al sueño.

¡Hijos! Esa espléndida viña, que debe elevarse hacia Dios, es el espiritismo. Adeptos fervorosos: es necesario que crezca pujante y firme, ¡y que vosotros, los pequeños, ayudéis a los fuertes a sostenerla y propagarla! Cortad los retoños y plantadlos en otro campo, para que produzcan nuevas viñas y otros retoños en todos los países del mundo.

Así es, os aseguro que todos beberán el jugo de la viña, ¡y vosotros lo beberéis en el reino de Cristo, con el Padre celestial! Manteneos bien dispuestos, y no llevéis una vida austera. Dios no os pide que viváis con austeridades y privaciones; no pide que cubráis vuestro cuerpo con un cilicio. Solo quiere que viváis conforme a la caridad y el corazón. No quiere mortificaciones que destruyan el cuerpo, sino que cada uno se abrigue bajo su sol. Y si bien ha creado rayos más fríos que otros, lo hizo para que todos comprendan cuán fuerte y poderoso es. No, no os cubráis con un cilicio; no dañéis vuestras carnes con los golpes del azote. Para trabajar en la viña es necesario ser robusto. El hombre debe tener el vigor que Dios le ha dado. Dios no creó la humanidad para hacer de ella una raza bastarda y débil. La creó como manifestación de su gloria y su poder.

Vosotros, que queréis vivir la verdadera vida, estaréis en el camino del Señor cuando hayáis dado el pan a los infortunados, el óbolo a los que sufren, y vuestra oración a Dios. Entonces, cuando la muerte cierre vuestros párpados, el ángel del Señor exclamará los beneficios que hayáis hecho, y vuestra alma –transportada en las blancas alas de la caridad– se elevará hacia Dios, tan bella y pura como un lirio que florece a la mañana bajo el sol de primavera.

Hermanos: orad, amad y haced la caridad. La viña es grande, y vasto es el campo del Señor. Venid, venid: Dios y Cristo os llaman, y yo os bendigo.

SAN AGUSTÍN

* * *

Caridad para con los criminales

Problema moral

“Un hombre se encuentra en peligro de muerte. Para salvarlo, debemos exponer nuestra vida. Sin embargo, sabemos que ese hombre es un malhechor y que, si lo libráramos de la muerte, podría cometer nuevos crímenes. A pesar de eso, ¿debemos exponernos para salvarlo?”

La siguiente respuesta fue obtenida en la *Sociedad Espírita de París*, el 7 de febrero de 1862, por el médium señor A. Didier:

“Esta es una cuestión muy delicada, que naturalmente puede presentarse al entendimiento. Responderé según mi adelanto moral, pues se trata de saber si se debe exponer la propia vida, incluso por un malhechor. La abnegación es ciega. Del mismo modo que se presta socorro a un enemigo per-

sonal, se debe socorrer a un enemigo de la sociedad, en una palabra, a un malhechor. Pues no creáis que ese desgraciado sólo se librará de la muerte. Es probable que se libre de todo su pasado. En efecto, imaginad que en esos breves instantes que le arrebatan los últimos minutos de su vida, ese hombre perdido recapacita acerca de su pasado o, mejor aún, que toda su vida se presenta delante de él. Tal vez la muerte le llegue demasiado pronto, y en ese caso su próxima reencarnación podría ser terrible. ¡Salvadlo, pues, hombres! Vosotros, a quienes la ciencia espírita ha iluminado, ¡salvadlo! Arrojaos para librarlo de su perdición. Y entonces, tal vez, ese hombre, que hubiera muerto blasfemando contra vosotros, se arroje en vuestros brazos. Con todo, no debéis preguntaros si lo hará o no. Id en su auxilio, porque al salvarlo obedecéis a esa voz del corazón que os dice: ‘Puedes salvarlo, ¡sálvalo entonces!’ ”³³

LAMENNAIS

Nota. Por una singular coincidencia, hace algunos días hemos recibido la siguiente comunicación –obtenida en el grupo espírita de El Havre–, que trata prácticamente sobre el mismo tema.

Nos escriben que, a partir de una conversación acerca del asesino Dumollard, el Espíritu de Madame Isabel de Francia, que ya había impartido diversas comunicaciones, se presentó espontáneamente y dictó lo siguiente:

“La verdadera caridad es una de las más sublimes enseñanzas que Dios ha impartido al mundo. Entre los verdaderos

33. Allan Kardec incluyó este texto en *El Evangelio según el espiritismo*, Capítulo XI, § 15. (N. del T.)

discípulos de su doctrina debe existir una fraternidad absoluta. Debéis amar a los desdichados, a los criminales, como a criaturas de Dios a las cuales se les concederá el perdón y la misericordia si se arrepienten, al igual que se os concederá a vosotros mismos por las faltas que cometéis contra su ley. Pensad que vosotros sois más reprobables, más culpables que aquellos a quienes rehusáis el perdón y la conmiseración, puesto que muchas veces ellos no conocen a Dios como vosotros lo conocéis, y por eso se les pedirá menos que a vosotros. No juzguéis, ¡oh!, no juzguéis de ningún modo, queridos amigos, porque el juicio que vosotros pronunciéis os será aplicado aún con mayor severidad, y tenéis necesidad de indulgencia por los pecados que cometéis sin cesar. ¿No sabéis que hay muchas acciones que son crímenes delante del Dios de pureza, y a las que el mundo ni siquiera considera como faltas leves? La verdadera caridad no consiste solamente en la limosna que dais, ni en las palabras de consuelo con que podéis acompañarla. No, no es solo eso lo que Dios exige de vosotros. La caridad sublime que Jesús enseñó consiste también en la benevolencia que empleáis siempre y en todas las cosas para con vuestro prójimo. Incluso podéis ejercitar esa sublime virtud en relación con seres que no tienen necesidad de vuestras limosnas, pero a quienes las palabras de amor, de consuelo y estímulo conducirán al Señor. Se acercan los tiempos, os lo repito, en que la gran fraternidad reinará en este globo, y en que los hombres obedecerán la ley de Cristo, la única ley que constituirá el freno y la esperanza, y conducirá a las almas a las moradas de los bienaventurados. Amaos, pues, como los hijos de un mismo Padre. No hagáis diferencia entre los otros desdichados, porque Dios quiere que todos sean iguales. No despreciéis a nadie. Dios permite que haya entre vosotros grandes criminales, a fin de que os

sirvan de enseñanza. Muy pronto, cuando los hombres sean inducidos a respetar las verdaderas leyes de Dios, ya no habrá necesidad de esas enseñanzas, y todos los Espíritus impuros y rebeldes serán expulsados hacia mundos inferiores, en armonía con sus inclinaciones.

”Debéis a aquellos de quienes hablo el socorro de vuestras oraciones: en eso consiste la verdadera caridad. Nunca digáis de un criminal: ‘Es un miserable. Hay que eliminarlo de la Tierra. La muerte que se le impone es demasiado benigna para un ser de esa calaña’. No, no es así como debéis hablar. Contemplad a Jesús, vuestro modelo. ¿Qué diría él si viera a ese desdichado a su lado? Se compadecería de él. Lo consideraría un enfermo digno de lástima. Le tendería la mano. Realmente, vosotros no podéis hacer lo mismo que Jesús, pero al menos podéis rogar por ese criminal y asistir a su Espíritu durante los pocos instantes que aún deba pasar en la Tierra. El arrepentimiento puede conmover su corazón, si rogáis con fe. Es vuestro prójimo, al igual que el mejor de los hombres. Su alma descarriada y rebelde fue creada, como la vuestra, a imagen del Dios perfecto. Así pues, rogad por él. No lo juzguéis, pues no debéis hacerlo. Solo Dios lo juzgará”³⁴.

ISABEL DE FRANCIA

* * *

ALLAN KARDEC



34. Véase este mensaje en *El Evangelio según el espiritismo*, Capítulo XI, § 14. (N. del T.)

REVISTA ESPÍRITA

PERIÓDICO DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS

Año V

Número 4

Abril de 1862

Frenología espiritualista y espírita

Perfectibilidad de la raza negra³⁵

La raza negra, ¿es perfectible? Al considerar esta cuestión, algunas personas la resuelven de manera negativa. En tal caso, y si esa raza es condenada por Dios a una inferioridad eterna, de ahí resulta que es inútil preocuparse por ella, y que es necesario limitarse a convertir al negro en una suerte de animal doméstico preparado para el cultivo del azúcar y el algodón. La humanidad, sin embargo, tanto como el interés social, requiere un examen más cuidadoso, y eso es lo que intentaremos hacer. Dado que una conclusión de tal gravedad, en uno u otro sentido, no puede tomarse a la ligera y debe apoyarse en un razonamiento serio, pedimos permiso para desarrollar algunas consideraciones preliminares, que nos servirán para demostrar una vez más que el espiritismo es la única clave posible de una infinidad de problemas que resultan insolubles

35. Véase la *Revista Espírita*, julio de 1860: “La frenología y la fisiognomía”. (N. de Allan Kardec.)

con los datos actuales de la ciencia. La frenología nos servirá como punto de partida, de modo que expondremos sumariamente sus bases fundamentales para que se comprenda el tema.

Como sabemos, la frenología se apoya en el principio según el cual el cerebro es el órgano del pensamiento, así como el corazón lo es de la circulación; el estómago, de la digestión; y el hígado, de la secreción de la bilis. Todo el mundo admite ese punto, porque nadie atribuye el pensamiento a otra parte del cuerpo. Todos sentimos que pensamos con la cabeza y no con los brazos o las piernas. Es más, sentimos instintivamente que la sede del pensamiento se encuentra en la frente. Ahí, y no en la nuca, colocamos la mano para señalar que se nos acaba de ocurrir una idea. Todo el mundo admite que la parte frontal desarrollada permite suponer más inteligencia que cuando esa parte es baja y deprimida. Por otro lado, las experiencias anatómicas y fisiológicas han demostrado claramente el rol específico de algunas partes del cerebro en las funciones vitales, así como los diferentes fenómenos que se producen debido a la lesión de tal o cual parte. Al respecto, las investigaciones de la ciencia no dejan lugar a duda. En especial, las del señor Flourens han puesto en evidencia la especialización de las funciones del cerebelo.

Por lo tanto, se admite en principio que las diversas partes del cerebro no realizan la misma función. Además, se ha reconocido que los cordones nerviosos, que a partir del cerebro se ramifican hacia las distintas partes del cuerpo como los filamentos de una raíz, se ven afectados de una manera diferente según su destino. Así, el nervio óptico, que llega al ojo y se desarrolla en la retina, es afectado por la luz y los colores, y transmite esa sensación al cerebro en una porción específica.

El nervio auditivo es afectado por los sonidos; y los nervios olfativos, por los olores. Si uno de esos nervios pierde la sensibilidad por alguna causa, la sensación desaparece: quedamos ciegos, sordos o privados del olfato. Por consiguiente, esos nervios realizan funciones distintas y no se los puede suplir en absoluto, a pesar de que el examen más atento no revele la más leve diferencia en su contextura.

La frenología parte de esos mismos principios, pero va más allá, pues localiza todas las facultades morales e intelectuales, a cada una de las cuales le asigna un lugar específico en el cerebro. De tal modo, la frenología le atribuye a un determinado órgano el instinto de destrucción que, llevado al exceso, se convierte en crueldad y ferocidad. A otro órgano le atribuye la firmeza, cuyo exceso –sin el contrapeso del juicio– produce la obstinación. A otro, el amor a la progenie; a otros, la memoria de las localidades, de los nombres, de las formas, el sentimiento poético, la armonía de los sonidos y de los colores, etc., etc. No es este el lugar para hacer la descripción anatómica del cerebro. Apenas diremos que, si se realiza una sección longitudinal de la masa, se observará que de la base parten haces fibrosos que se desarrollan en la superficie, con un aspecto semejante al del corte de un champiñón. Cada haz se corresponde con una de las circunvoluciones de la superficie exterior, de modo que el desarrollo de la circunvolución se corresponde con el desarrollo del haz fibroso. Dado que cada haz –según la frenología– es la sede de una sensación o de una facultad, de ahí se concluye que la energía de la sensación o de la facultad depende del desarrollo del órgano.

En el feto, la caja ósea aún no está formada. Al principio es apenas una película, una membrana muy flexible que, por lo tanto, se moldea sobre las partes sobresalientes del cerebro

y conserva la impresión de este a medida que se endurece mediante el depósito del fosfato de calcio que constituye la base de los huesos. A partir de las salientes del cráneo, la frenología determina el volumen del órgano; y a partir del volumen del órgano, determina el desarrollo de la facultad.

Tal es, en pocas palabras, el principio de la ciencia frenológica. Aunque nuestro objetivo aquí no sea desarrollarla, aún resulta necesario decir algo respecto de su modo de apreciación. Se equivocaría extrañamente quien creyera que se puede deducir el carácter absoluto de una persona tan solo mediante la inspección de las salientes de su cráneo. Las facultades se contrapesan recíprocamente, se equilibran, se corroboran o se atenúan unas a otras, de tal modo que, para juzgar a un individuo, se requiere tomar en cuenta el grado de influencia de cada una de ellas, en función de su desarrollo, e incluir en la balanza el temperamento, el medio, las costumbres y la educación. Supongamos que un hombre tenga el órgano de la destrucción muy pronunciado, con atrofia de los órganos de las facultades morales y afectivas: será vilmente feroz. No obstante, si a la destrucción le suma la benevolencia, el cariño y las facultades intelectuales, la destrucción será neutralizada y su efecto será brindarle más energía, de modo que podrá convertirse en un hombre muy honesto, mientras que el observador superficial, que lo juzgara tan solo a partir de la inspección del primer órgano, lo tomaría por asesino. De acuerdo con esto, se comprenden las modificaciones del carácter que pueden resultar del concurso de las demás facultades, como la astucia, la circunspección, la autoestima, el valor, etc. El sentimiento del color, de por sí, producirá un colorista, pero no un pintor; el de la forma, no hará más que un dibujante. Los dos juntos formarán tan solo un buen pintor copista, en caso de que este

no posea al mismo tiempo el sentimiento de la idealidad o de la poesía, así como las facultades reflexivas y comparativas. Esto es suficiente para demostrar que las observaciones frenológicas prácticas presentan una gran dificultad y se basan en consideraciones filosóficas que no están al alcance de todos. Una vez realizado este preámbulo, consideremos el asunto desde otro punto de vista.

Desde el principio, dos sistemas radicalmente opuestos dividieron a los frenólogos en materialistas y espiritualistas. Los primeros, dado que no admiten nada fuera de la materia, afirman que el pensamiento es producto de la sustancia cerebral, es decir, que el cerebro segrega el pensamiento como las glándulas salivales segregan la saliva, o como el hígado segrega la bilis. Ahora bien, dado que la cantidad de secreción por lo general es proporcional al volumen y a la calidad del órgano secretor, ellos dicen que la cantidad de pensamientos es proporcional al volumen y a la calidad del cerebro, y que, dado que cada parte del cerebro segrega un orden particular de pensamientos, los diversos sentimientos y las diversas aptitudes dependen del órgano que los produce. No refutaremos aquí esta monstruosa doctrina, que convierte al hombre en una máquina sin la responsabilidad de sus malas acciones, sin el mérito de sus buenas cualidades, y que solo debe su genio y sus virtudes al acaso de su organización³⁶. Con un sistema como ese, cualquier castigo es injusto, y todos los crímenes están justificados.

Los espiritualistas, por el contrario, afirman que los órganos no son la causa de las facultades, sino los instrumentos de

36. Véase la *Revista Espírita* de marzo de 1861, pág. 76: "La cabeza de Garibaldi". (N. de Allan Kardec.)

manifestación de las facultades, es decir, que el pensamiento es un atributo del alma y no del cerebro. Dado que el alma posee de por sí diversas aptitudes, el predominio de tal o cual facultad impulsa el desarrollo del órgano correspondiente, como el ejercicio de un brazo impulsa el desarrollo de los músculos de ese brazo. De ahí se sigue que el desarrollo del órgano es un efecto y no la causa. De tal modo, un hombre no es poeta porque posee el órgano de la poesía, sino que posee el órgano de la poesía porque es poeta, lo cual es muy distinto. No obstante, aquí se presenta otra dificultad, ante la cual el frenólogo se detiene forzosamente. Si es espiritualista, nos dirá que el poeta tiene el órgano de la poesía porque es poeta, pero no nos dice por qué es poeta, ni por qué su hermano no lo es, pese a que ambos fueron educados en las mismas condiciones. Y lo mismo ocurrirá respecto de las demás aptitudes. Solo el espiritismo puede explicarlo.

En efecto, si el alma es creada al mismo tiempo que el cuerpo, entonces la de un sabio del Instituto es tan nueva como la de un salvaje. En tal caso, ¿por qué en la Tierra hay salvajes y miembros del Instituto? Responderéis que eso se debe al medio en el que viven. De acuerdo. Decidnos, entonces, ¿por qué hay hombres que son genios a pesar de haber nacido en el medio más ingrato y refractario, mientras que algunos niños, que succionaron la ciencia junto con la leche, resultan imbéciles. ¿Acaso los hechos no demuestran hasta la evidencia que hay hombres instintivamente buenos o malos, inteligentes o estúpidos? Es necesario, pues, que en el alma haya un germen. ¿De dónde procede? ¿Podemos decir, razonablemente, que Dios crea gérmenes de todo tipo, algunos de los cuales se desarrollan sin dificultad, en tanto que otros no lo hacen sin un esfuerzo tenaz? ¿Acaso eso sería justo y bueno?

Es evidente que no. Solo hay una solución posible: la preexistencia del alma, su anterioridad respecto del nacimiento del cuerpo, así como el desarrollo que esta adquirió conforme al tiempo vivido y a las diversas migraciones realizadas. De ese modo, al unirse al cuerpo, el alma lleva consigo lo que ha adquirido, sus cualidades buenas o malas. A eso se deben las predisposiciones instintivas, a partir de lo cual se puede decir con toda certeza que quien ha nacido poeta ya cultivó la poesía; quien ha nacido músico, cultivó la música, de igual modo que quien ha nacido canalla, fue más canalla aún. Esa es la fuente de las facultades innatas, que producen, en los órganos afectados a su manifestación, un trabajo interior, molecular, que lleva al desarrollo de estos.

Esto nos conduce a examinar la importante cuestión de la inferioridad de algunas razas y de su perfectibilidad.

En primer lugar, admitamos como principio que todas las facultades y todas las pasiones, todos los sentimientos y todas las aptitudes, están en la naturaleza y son necesarios para la armonía general, porque Dios no hace nada inútil; y que el mal resulta del abuso, así como de la falta de contrapeso y de equilibrio entre las diversas facultades. Dado que las facultades no se desarrollan simultáneamente, de ahí resulta que el equilibrio solo puede establecerse a la larga; que esa falta de equilibrio produce los hombres imperfectos en los que el mal predomina momentáneamente. Tomemos por ejemplo el instinto de destrucción. Ese instinto es necesario, porque en la naturaleza hace falta que todo se destruya para renovarse. Por eso todas las especies vivas son a la vez agentes destructores y reproductores. No obstante, el instinto de destrucción aislado es un instinto ciego y brutal. Domina en los pueblos primitivos, en los salvajes cuya alma aún no adquirió las cualidades

reflexivas necesarias para regular la destrucción en la medida adecuada. ¿Acaso el salvaje feroz puede adquirir, en una sola existencia, esas cualidades que le faltan? Por más educación que le brindéis desde la cuna, ¿lo convertiréis en un san Vicente de Paúl, en un sabio, un orador, un artista? No; eso es materialmente imposible. Sin embargo, ese salvaje tiene un alma. ¿Cuál es la suerte de esa alma después de la muerte? ¿Es castigada por los actos bárbaros que ha cometido y que nadie reprimió? ¿Se la ubica en el mismo nivel que al alma del hombre de bien? No es más racional que la de este. ¿Se la condena entonces a permanecer eternamente en un estado mixto, que no constituye ni la dicha ni la desgracia? Eso no sería justo, porque el hecho de que no sea más perfecta no dependió de ella. Solo podéis salir de ese dilema admitiendo la posibilidad de que haya un progreso. Ahora bien, ¿de qué modo puede progresar esa alma, si no es mediante nuevas existencias? Diréis que podrá progresar como Espíritu, sin volver a la Tierra. Pero en ese caso, ¿por qué nosotros, los civilizados e ilustrados, nacimos en Europa en vez de hacerlo en Oceanía? ¿Por qué nacimos en cuerpos blancos y no en cuerpos negros? ¿A qué se debe un punto de partida tan diferente, si solo se progresa como Espíritu? ¿A qué se debe que Dios nos haya liberado del largo camino que debe recorrer el salvaje? ¿Acaso nuestras almas serían de una naturaleza diferente a la de él? En tal caso, ¿por qué se pretende que sea cristiano? Si lo tornáis cristiano es porque lo consideráis vuestro igual ante Dios. Si es vuestro igual ante Dios, ¿por qué Dios os concede privilegios? Por más que lo intentéis, no llegaréis a ninguna solución salvo que admitáis un progreso anterior para nosotros, y un progreso ulterior para el salvaje. Si el alma del salvaje debe progresar ulteriormente, entonces nos alcan-

zará. Si nosotros hemos progresado anteriormente, entonces hemos sido salvajes, porque si el punto de partida es diferente ya no hay justicia; y si Dios no es justo, entonces no es Dios. Así pues, existen forzosamente dos existencias extremas: la del salvaje y la del hombre más civilizado. Sin embargo, entre esos dos extremos, ¿no encontráis ningún intermediario? Seguid la escala de los pueblos, y veréis que constituye una cadena ininterrumpida, sin solución de continuidad. Una vez más: todos estos problemas resultan insolubles sin la pluralidad de las existencias. Afirmad que los neozelandeses renacerán en un pueblo un poco menos bárbaro, y así sucesivamente hasta la civilización, y todo se explica. Si en vez de seguir los grados de la escala, uno de ellos saltara de repente para llegar sin transición hasta nosotros, nos presentaría el horrible espectáculo de un Dumollard³⁷, que es un monstruo para nosotros, pero que no habría presentado nada anormal entre los pueblos de África central, de donde es probable que haya salido. Así pues, si nos limitamos a una sola existencia, todo es oscuridad, todo es un problema insalvable; mientras que, con la reencarnación, todo se aclara y se soluciona.

Volvamos a la frenología. Esta admite órganos especiales para cada facultad, y consideramos que está en lo cierto. Sin embargo, por nuestra parte, vamos más allá. Hemos visto que cada órgano cerebral está formado por un haz de fibras, y pensamos que cada fibra se corresponde con un matiz de la facultad. Esto no es más que una hipótesis —por cierto—, pero que podría allanar el camino para nuevas observaciones. El nervio auditivo recibe los sonidos y los transmite al cerebro, pero si el nervio es homogéneo, ¿de qué modo percibe sonidos tan

37. Martin Dumollard (1810-1862) fue un asesino serial de Francia. (N. del T.)

diversos? Así pues, se puede admitir que cada fibra nerviosa es afectada por un sonido diferente, con el cual en cierto modo vibra al unísono, como las cuerdas de un arpa. Todos los tonos están en la naturaleza; supongamos que sean cien, desde el más agudo hasta el más grave: el hombre que poseyera las cien fibras correspondientes percibiría todos los tonos; el que poseyera la mitad, percibiría la mitad de los sonidos; pero el resto se le escaparía, de modo que no tendría ninguna conciencia de ellos. Lo mismo ocurrirá con las cuerdas vocales para expresar los sonidos; con las fibras ópticas para percibir los diversos colores, y con las fibras olfativas respecto de los olores. El mismo razonamiento se puede aplicar a los órganos de la totalidad de los géneros de percepciones y de manifestaciones.

No cabe duda de que todos los cuerpos animados contienen el principio de todos los órganos, pero ocurre que, en algunos individuos, esos órganos se hallan en un estado tan rudimentario que no son susceptibles de desarrollarse, y es como si no existieran en absoluto. Por consiguiente, en esas personas, no pueden ocurrir las percepciones ni las manifestaciones correspondientes a esos órganos. En una palabra, en relación con esas facultades, son como los ciegos respecto de la luz, o como los sordos respecto de la música.

El examen frenológico de los pueblos poco inteligentes constata el predominio de las facultades instintivas, así como la atrofia de los órganos de la inteligencia.³⁸ Lo que es excep-

38. Como vemos, Allan Kardec elabora sus conclusiones a partir del material científico disponible en esa época, actualmente descartado, y que establecía una conexión genética entre raza e inteligencia (véase: *racismo científico*). Aparte de la obra del Dr. Gall —el fundador de la frenología—, es probable que haya consultado los trabajos del Dr. Castle (*Frenología*

cional en los pueblos avanzados, constituye la regla en algunas razas. ¿Por qué? ¿Se trata de una injusta preferencia? No; es sabiduría. La naturaleza siempre es previsora; no hace nada inútil. Ahora bien, sería inútil otorgar un instrumento completo a quien no tiene los medios para servirse de él. Los Espíritus salvajes todavía son Espíritus infantiles, por decirlo de algún modo. En ellos, muchas facultades aún están latentes. Así pues, ¿qué haría el Espíritu de un hotentote en el cuerpo de un Arago? Sería como alguien que no sabe música sentado ante un excelente piano. Por una razón inversa, ¿qué haría el Espíritu de Arago en el cuerpo de un hotentote? Sería como Liszt ante un piano que apenas tuviera algunas cuerdas desafinadas, y al que todo su talento nunca llegaría a sacarle sonidos armoniosos. Arago entre los salvajes, con todo su genio, será tan inteligente como pueda serlo un salvaje, pero nada más. Nunca será, en una piel negra, miembro del Instituto. Su Espíritu, ¿estimularía el desarrollo de los órganos? De los órganos débiles, sí. De los órganos rudimentarios, no.³⁹

La naturaleza, por consiguiente, adecuó los cuerpos al grado de adelanto de los Espíritus que debían reencarnar en ellos. Por eso los cuerpos de las razas primitivas poseen menos cuerdas vibrantes que los de las razas adelantadas. En el hombre hay, pues, dos seres bien distintos: el Espíritu, ser pensante; y el cuerpo, instrumento de las manifestaciones del pensamiento, más o menos completo, más o menos rico en cuerdas, según las necesidades.

espiritualista) y del Dr. Fossati (*Manual práctico de frenología*), citados en el *Catálogo razonado de las obras que pueden utilizarse para formar una biblioteca espírita* (Buenos Aires: CEA, 2022). (N. del T.)

39. Véase la *Revista Espírita* de octubre de 1861: “Los cretinos”. (N. de Allan Kardec.)

Ahora llegamos a la perfectibilidad de las razas. Esta cuestión queda prácticamente resuelta por la precedente, de modo que solo deduciremos de ella algunas consecuencias. Las razas son perfectibles por el Espíritu, que se desarrolla a través de sus diversas migraciones, en cada una de las cuales adquiere poco a poco las facultades que le faltan. No obstante, a medida que sus facultades se extienden, requiere un instrumento adecuado, como un niño que crece requiere una vestimenta más grande. Ahora bien, dado que los cuerpos constituidos para su estado primitivo son insuficientes, el Espíritu necesita encarnar en mejores condiciones, y así sucesivamente a medida que progresa.

Las razas también son perfectibles por el cuerpo, pero solo mediante el cruzamiento con razas más perfeccionadas, que les aportan nuevos elementos, es decir, que les *injertan*, por decirlo de algún modo, los gérmenes de nuevos órganos. Ese cruzamiento ocurre mediante las emigraciones, las guerras y las conquistas. En este sentido, hay razas que, como las familias, se bastardean si no mezclan distintas sangres. Entonces no podemos decir que haya una raza primitiva pura, porque sin cruzamiento esa raza será siempre la misma, debido al estado de inferioridad propio de su naturaleza; degenerará en vez de progresar, y eso es lo que conduce a su desaparición en un momento determinado.

Respecto de los negros esclavos se dice: “Son seres tan brutos, tan poco inteligentes, que sería una pérdida de tiempo hacer el intento de instruirlos; es una raza inferior, incorregible y profundamente incapaz”. La teoría que acabamos de exponer permite considerarlos desde otro punto de vista. En la cuestión del perfeccionamiento de las razas, siempre hay que tomar en cuenta los dos elementos constitutivos del hom-

bre: el elemento espiritual y el elemento corporal. Es necesario conocer ambos, y solo el espiritismo puede esclarecernos respecto de la naturaleza del elemento espiritual, el más importante, dado que es el que piensa y sobrevive, mientras que el elemento corporal se destruye.

Por lo tanto, como organización física, los negros siempre serán los mismos. Como Espíritus, son sin duda una raza inferior, es decir, primitiva. Se trata de verdaderos niños a los que se les puede enseñar muy poco. No obstante, por medio de cuidados inteligentes, siempre es posible modificar algunos hábitos, algunas tendencias, y eso ya es un progreso que ellos llevarán consigo en otra existencia, y que más tarde les permitirá tomar una envoltura en mejores condiciones. Al trabajar para su mejoramiento, se trabaja menos para el presente que para el futuro y, por poco que se gane, siempre será un logro para ellos. Cada progreso constituye un paso adelante que facilita nuevos progresos.

Con la misma envoltura, es decir, con los mismos instrumentos de manifestación del pensamiento, las razas son perfectibles tan solo dentro de límites estrechos, por las razones que acabamos de desarrollar. Por eso la raza negra, como raza negra, corporalmente hablando, nunca alcanzará el nivel de las razas caucásicas. No obstante, como Espíritus, es otra cosa. Esa raza puede llegar a ser, y llegará a ser, lo que nosotros somos. Solo necesita tiempo y mejores instrumentos. Por eso las razas salvajes, incluso en contacto con la civilización, se mantienen siempre salvajes. Con todo, a medida que las razas civilizadas se extienden, las razas salvajes disminuyen hasta que desaparecen por completo, como desaparecieron las razas de los caribeños, de los guanches, y otras. Los cuerpos desa-

parecieron, pero los Espíritus, ¿en qué se convirtieron? Tal vez más de uno se halle entre nosotros.

Hemos dicho —y lo repetimos— que el espiritismo abre nuevos horizontes a todas las ciencias. Cuando los científicos acepten tomar en cuenta el elemento espiritual en los fenómenos de la naturaleza, se sorprenderán al ver que las dificultades con las que se enfrentaban a cada paso desaparecieron como por arte de magia. Sin embargo, es probable que muchos tengan que renovar su envoltura. Cuando vuelvan, tendrán tiempo para reflexionar, y entonces aportarán nuevas ideas. Verán que las cosas cambiaron mucho en la Tierra. Las ideas espíritas, que ahora ellos rechazan, habrán germinado en todas partes y serán la base de las instituciones sociales. Ellos mismos serán criados y educados en esa creencia, que abrirá para su genio un nuevo campo destinado al progreso de la ciencia. Entretanto, mientras sigan aquí, buscarán la solución de este problema: ¿A qué se debe que la autoridad de su saber y sus negaciones no detienen un solo instante la marcha cada día más rápida de las ideas nuevas?

Consecuencias de la doctrina de la reencarnación para la propagación del espiritismo

El espiritismo avanza con rapidez, lo cual es un hecho que nadie podría negar. Ahora bien, cuando algo se propaga, es porque conviene. Por lo tanto, si el espiritismo se propaga, conviene. Hay varias causas para eso. La primera es, indiscutiblemente, conforme lo hemos explicado en diversas circuns-

tancias, la satisfacción moral que el espiritismo proporciona a quienes lo comprenden y lo practican. Pero esta causa recibe su fuerza, en parte, del principio de la reencarnación. Esto es lo que intentaremos demostrar.

Todo hombre que reflexiona no puede dejar de preocuparse por su futuro después de la muerte, y eso vale la pena. ¿Quién no atribuye, a su situación en la Tierra durante algunos años, más importancia que a la de algunos días? Se hace más: durante la primera parte de la vida, el hombre trabaja, se extenua, se impone toda clase de privaciones para asegurarse, en la otra mitad, un poco de reposo y de bienestar. Si se toman tantos recaudos para algunos años eventuales, ¿no es racional tomar aún más para la vida de ultratumba, cuya duración es ilimitada? ¿Por qué la mayoría de los hombres trabajan para el presente fugaz más que para el futuro interminable? Porque creen en la realidad del presente y dudan del porvenir. Ahora bien, *solo se duda de lo que no se comprende*. Cuando se comprenda el porvenir, la duda cesará. Incluso a juicio del hombre que, en el estado de las creencias comunes, es el más convencido respecto de la vida futura, esta se presenta de un modo tan vago que la fe no siempre basta para fijar las ideas, y esa vida tiene más caracteres propios de una hipótesis que de la realidad. El espiritismo viene a eliminar esa incertidumbre mediante el testimonio de los hombres que han vivido, así como mediante pruebas materiales, por decirlo de algún modo.

Toda religión se basa necesariamente en la vida futura, y todos los dogmas convergen forzosamente en ese objetivo único. Se los practica con el fin de alcanzar ese objetivo, y la fe en esos dogmas se corresponde con la eficacia que se les atribuye para lograrlo. La teoría de la vida futura es, pues, la

piedra angular de toda doctrina religiosa; si esa teoría se equivoca en la base; si da lugar a objeciones serias; si se contradice a sí misma; si es posible demostrar la imposibilidad de algunas de sus partes, todo se derrumba. Primero viene la duda; a la duda le sigue la negación absoluta, y entonces los dogmas son arrastrados en el naufragio de la fe. Se pensó en escapar de ese peligro mediante la proscripción del examen y convirtiendo la fe ciega en una virtud; pero la pretensión de imponer la fe ciega en este siglo implica desconocer la época en que vivimos. Los hombres reflexionan a pesar de sí mismos; examinan necesariamente; quieren saber el porqué y el cómo. El desarrollo de la industria y de las ciencias exactas les enseña a observar el terreno que pisan. Por eso sondan ese otro terreno en el que se les dice que caminarán después de la muerte. Si no lo consideran sólido, es decir, lógico, racional, pierden el interés en él. Por más que se haga, no se llegará a neutralizar esa tendencia, porque es inherente al desarrollo intelectual y moral de la humanidad. Según algunos, es un bien; según otros, un mal. Sea cual fuere la manera en que se considere esa tendencia, resulta necesario adaptarse a ella, quiérase o no, porque no hay modo de hacer lo contrario.

La necesidad de observar y comprender se traslada de las cosas materiales a las cosas morales. La vida futura, sin duda, no es algo palpable como un ferrocarril o una máquina a vapor, pero puede ser comprendida mediante el razonamiento. Si el razonamiento en virtud del cual se intenta demostrar la vida futura no satisface a la razón, los hombres rechazan las premisas y las conclusiones. Interrogad a los que niegan la vida futura, y todos ellos os dirán que fueron conducidos a la incredulidad por el propio panorama que les fue presentado

respecto de esa vida, con su cortejo de diablos y con llamas y penas que no tienen fin.

Todas las cuestiones morales, psicológicas y metafísicas, se relacionan de una manera más o menos directa con la cuestión del porvenir. De ahí resulta que de esta última cuestión depende en cierto modo la racionalidad de todas las doctrinas filosóficas y religiosas. El espiritismo viene, a su vez, no como una religión, sino como una doctrina filosófica, con su teoría apoyada en el hecho de las manifestaciones. No se impone; no exige confianza ciega. Se presenta y dice: “Examinad, comparad y juzgad. Si encontráis algo mejor que lo que os ofrezco, tomadlo”. No dice: “Vengo a minar los fundamentos de la religión y a reemplazarla con un culto nuevo”. Dice: “No me dirijo a los que creen y están satisfechos con sus creencias, sino a los que desertan de vuestras filas debido a la incredulidad, y que no habéis sabido o podido retener. Vengo a ofrecerles, respecto a las verdades que ellos rechazan, una interpretación que satisfaga a la razón y les permita aceptarla. Y la prueba de que tengo éxito radica en la cantidad de personas a las que retiro del atolladero de la incredulidad. Escuchadlas, y todas ellas os dirán: “Si me hubieran enseñado esas cosas de esta manera desde la infancia, nunca habría dudado. Ahora creo, porque comprendo”. ¿Acaso debéis rechazarlas porque aceptan el espíritu y no la letra, el principio en lugar de la forma? Sois libres de hacerlo. Si vuestra conciencia os dice que ese es vuestro deber, nadie piensa en violentarla. Con todo, apenas os diré que se trata de un error; incluso diré que es una imprudencia.

La vida futura es, como hemos dicho, el objetivo esencial de toda doctrina moral; sin la vida futura, la moral ya no tiene base. El triunfo del espiritismo radica precisamente en

la manera como presenta el porvenir. Además de las pruebas que esta doctrina ofrece, el panorama que muestra acerca del porvenir es tan claro y simple, tan lógico y conforme a la justicia y la bondad de Dios, que uno involuntariamente piensa: “En efecto, así debe ser, así lo había imaginado; y si no pude creer en él, es porque me habían asegurado que era diferente”. Pero ¿qué es lo que otorga a la teoría del porvenir una fuerza semejante? ¿Qué es lo que le permite granjearse tan numerosas simpatías? Es su lógica inflexible —decimos nosotros—, porque resuelve dificultades hasta entonces insolubles, y eso se lo debe al principio de la pluralidad de las existencias. De hecho, si suprimís ese principio, mil problemas, unos más insolubles que otros, surgen de inmediato; a cada paso se tropieza con objeciones innumerables. Antaño, esas objeciones no se presentaban, es decir, no se pensaba en ellas. Pero, en la actualidad, el niño se ha vuelto hombre y quiere ir al fondo de las cosas; quiere ver claro el camino donde se lo conduce; sondea y pesa el valor de los argumentos que se le ofrecen, y si estos no satisfacen su razón, si lo dejan en la duda y la incertidumbre, los rechaza en espera de algo mejor. La pluralidad de las existencias es una llave que abre nuevos horizontes; da una razón de ser a una multitud de cosas incomprendidas; explica lo que era inexplicable; concilia todos los acontecimientos de la vida con la justicia y la bondad de Dios. Por este motivo, los que habían llegado a dudar de esa justicia y de esa bondad, ahora reconocen el dedo de la Providencia allí donde antes lo habían negado. Sin la reencarnación, de hecho, ¿a qué causa se pueden atribuir las ideas innatas? ¿Cómo se justifica la idiocia, el cretinismo, el salvajismo al lado del genio y de la civilización; la profunda miseria de unos al lado de la dicha de otros; las muertes prematuras y tantas otras cosas? Desde el

punto de vista religioso, algunos dogmas, tales como el pecado original, la caída de los ángeles, la eternidad de las penas, la resurrección de la carne, etc., encuentran en ese principio una interpretación racional que hace que el espíritu sea aceptado por aquellos mismos que rechazaban la letra.

En resumen, el hombre actual quiere comprender; el principio de la reencarnación arroja luz sobre lo que estaba oscuro; por eso decimos que ese principio es una de las causas que hacen que el espiritismo sea aceptado favorablemente.

La reencarnación —se dirá— no es necesaria para creer en los Espíritus y en sus manifestaciones, y la prueba radica en que hay creyentes que no la admiten. Eso es cierto, y por eso no decimos que no se pueda ser un muy buen espírita sin admitirla. No estamos entre los que arrojan piedras al que no piensa como ellos. Apenas decimos que no han tratado todos los problemas que plantea el sistema unitario, pues de lo contrario habrían reconocido la imposibilidad de presentar una solución satisfactoria. Al principio, la idea de la pluralidad de las existencias fue recibida con asombro, con desconfianza; después, poco a poco, las personas se familiarizaron con esa idea, a medida que reconocieron la imposibilidad de librarse, sin ella, de las innumerables dificultades planteadas por la psicología y la vida futura. Es indudable el hecho de que ese sistema gana terreno a diario, así como el otro lo pierde. En Francia, actualmente, los adversarios de la reencarnación —nos referimos a los que han estudiado la ciencia espírita— constituyen una cantidad imperceptible comparada con la de los partidarios. Incluso en América, donde los adversarios son los más numerosos —por las causas que hemos explicado en nuestro número anterior—, ese principio comienza a popula-

rizarse, a partir de lo cual podemos concluir que no está lejos el tiempo en que no habrá ninguna disidencia en tal sentido.

Epidemia demoníaca en Saboya

Los periódicos se refirieron hace algún tiempo a una monomanía epidémica que se había declarado en una parte de la Alta Saboya, y contra la cual fracasaron todos los recursos de la medicina y de la religión. El único medio que produjo resultados un tanto satisfactorios fue la dispersión de los individuos en distintos pueblos. Por nuestra parte, recibimos al respecto la siguiente carta, del capitán B..., miembro de la Sociedad Espírita de París, quien en ese momento se encontraba en Annency.

“Señor Presidente:

”Con la idea de serle útil a la Sociedad, tengo el honor de enviaros un folleto que me remitiera uno de mis amigos, el doctor Caille, a quien el Ministro le encargó seguir la investigación realizada por el señor Constant, inspector de los manicomios, respecto a los *muy numerosos* casos de monomanía observados en la comuna de Morzine, distrito de Thonon (Alta Saboya). Esa desdichada población continúa bajo la influencia de la obsesión, a pesar de los exorcismos, los tratamientos médicos, las medidas tomadas por la autoridad y las internaciones en los hospitales del departamento. Los casos disminuyeron un poco, pero no cesaron y, por decirlo de algún modo, el mal existe en estado latente. El cura quiso exorcizar a esos desdichados, en su mayoría niños, y logró que

unos hombres fortachones los llevaran a la iglesia. Tan pronto como pronunció las primeras palabras en latín, se produjo una escena terrible: gritos, saltos furiosos, convulsiones, etc., a tal punto que hizo falta llamar a la policía y a una compañía de infantería para que impusieran el orden.

”No he podido reunir toda la información que me hubiera gustado enviaros hoy, pero esos hechos me parecen bastante graves para que merezcan vuestro examen. El doctor alienista Arthaud, de Lyon, presentó un informe en la Sociedad Médica de esta ciudad, informe que está impreso en la *Gazette médicale de Lyon*, y que podréis obtener mediante vuestro corresponsal. En el hospital de esta ciudad, hay dos mujeres de Morzine que se encuentran en tratamiento. El doctor Caille concluyó que se trata de una afección nerviosa epidémica que escapa a toda clase de tratamiento y de exorcismo. Tan solo el aislamiento produjo buenos resultados. Durante las crisis, esos desdichados obsesos pronuncian palabras obscenas, dan saltos prodigiosos por encima de las mesas, se trepan a los árboles, suben a los tejados y a veces profetizan.

”Si bien estos hechos se produjeron también en los siglos dieciséis y diecisiete en los conventos y en las campiñas, no es menos cierto que en nuestro siglo diecinueve nos ofrecen, a nosotros los espíritas, un tema de estudio desde el punto de vista de la obsesión epidémica, que se generaliza y persiste durante años, dado que el primer caso fue observado hace cinco años.

”Tendré el honor de enviaros la totalidad de los documentos y las informaciones que pueda reunir.

”Recibid..., etc.”

B...

Acerca de este tema, en la Sociedad de París, nuestros Espíritus habituales nos han brindado estas dos comunicaciones:

“No son médicos, sino magnetizadores, espiritualistas o espíritas, los que haría falta enviar para que se disipe la legión de Espíritus malos perdidos en vuestro planeta. He dicho *perdidos*, porque habrán de pasar. No obstante, la desdichada población, contaminada por el contacto impuro de aquellos, sufrirá durante mucho tiempo en su moral y en su cuerpo. Os preguntáis dónde está el remedio. Surgirá del mal, porque los hombres, aterrados por esas manifestaciones, acogerán exultantes el contacto benéfico de los Espíritus buenos, que sucederán a los otros como el alba sucede a la noche. Esa pobre población, ignorante respecto de cualquier trabajo intelectual, habría desconocido las comunicaciones inteligentes de los Espíritus o, más bien, no las habría percibido siquiera. La iniciación y los males que conlleva esa turba impura, abren los ojos cerrados; y los desórdenes, los actos de demencia, no son sino el prelude de la iniciación, porque todos deben participar en la gran luz espírita. No os asombréis por esa cruel manera de proceder: todo tiene una finalidad, y los padecimientos deben fecundar como lo hacen las tempestades, que destruyen la cosecha de una región mientras fertilizan otras tierras.”

GEORGES (*médium: señora Costel.*)

“Los casos de demonomanía, que se producen actualmente en Saboya, también ocurren en muchas otras regiones, sobre todo en Alemania, pero principalmente en Oriente. Ese hecho anormal es más característico de lo que suponéis. En efecto, revela al observador atento una situación análoga a la que se manifestó durante los últimos años del paganismo. Nadie

ignora que cuando Cristo, nuestro maestro amado, encarnó en Judea con los rasgos del carpintero Jesús, esa región había sido invadida por legiones de Espíritus malos que, como en la actualidad, mediante la posesión, se apoderaron de las clases sociales más ignorantes, de los Espíritus encarnados más débiles y menos adelantados, en una palabra, de los individuos que cuidaban los rebaños o se dedicaban a las ocupaciones de la vida en el campo. ¿Acaso no percibís una analogía muy importante entre la reproducción de esos fenómenos idénticos de posesión? ¡Ah! En eso existe una enseñanza muy profunda. Y vosotros debéis concluir de ahí que los tiempos predichos se aproximan cada vez más, y que el Hijo del hombre volverá pronto para expulsar de nuevo esa turba de Espíritus impuros que se han abatido sobre la Tierra, así como para reavivar la fe cristiana dando su elevada y divina sanción a las revelaciones consoladoras y a las enseñanzas regeneradoras del espiritismo. De vuelta a los casos actuales de demonomanía, es necesario recordar que los sabios, los médicos del siglo de Augusto, trataban con los procedimientos hipocráticos a los desdichados posesos de la Palestina, pero que toda su ciencia se estrelló ante ese poder desconocido. ¡Pues bien! Aún en la actualidad, todos vuestros inspectores de epidemias, vuestros alienistas más distinguidos, científicos doctorados en puro materialismo, también fracasarán ante esa enfermedad completamente moral, ante esa epidemia absolutamente espiritual. Pero ¡qué importa! Amigos míos, vosotros, que habéis sido tocados por la nueva gracia, sabéis cuán curables son esos males pasajeros por parte de los que tienen fe. Esperad, pues. Esperad con confianza la venida de Aquel que ya rescató a la humanidad. La hora se aproxima. El Espíritu precursor ya está encarnado.

Pronto veremos el desarrollo completo de esta doctrina, cuya divisa es: *Fuera de la caridad no hay salvación.*”

ERASTO (*médium: señor d’Ambel.*)

De lo que precede deberíamos concluir que no se trata aquí de una afección orgánica, sino de una influencia oculta. Nos cuesta poco admitirlo, pues hemos contado con numerosos casos idénticos, aislados, cuya causa ha sido la misma. La prueba de eso radica en que los medios enseñados por el espiritismo fueron suficientes para que la obsesión cesara. La experiencia demuestra que los Espíritus malévolos no actúan apenas sobre el pensamiento, sino también sobre el cuerpo, con el cual se identifican y del que se valen como si fuera el de ellos. Provocan actos ridículos, gritos y movimientos desordenados, que tienen toda la apariencia de la locura o de la monomanía. La explicación de esto se encontrará en el capítulo acerca de la obsesión, en *El libro de los médiums*, de nuestra autoría. En un próximo artículo, citaremos numerosos hechos que lo demuestran de un modo indiscutible. En efecto, se trata de una especie de locura, ya que podemos dar ese nombre a cualquier estado anómalo en que el Espíritu no obra libremente. Desde ese punto de vista, la embriaguez es una auténtica locura accidental.

Por consiguiente, es preciso distinguir la *locura patológica* de la *locura obsesiva*. La primera es producida por un desorden en los órganos de manifestación del pensamiento. Señalemos que, en esa situación, el Espíritu no está loco; conserva la plenitud de sus facultades, tal como lo demuestra la observación. Ocurre que, como el instrumento del que se vale para manifestarse se encuentra desorganizado, apenas el pensamiento

o, mejor dicho, la expresión del pensamiento resulta incoherente.

En la locura obsesiva no hay lesión orgánica. El propio Espíritu es afectado por la subyugación de un Espíritu extraño que lo domina y lo controla. En el primer caso, hay que hacer el intento de curar el órgano enfermo; en el segundo, basta con librar al Espíritu enfermo de un huésped inoportuno, a fin de devolverle la libertad. Los casos semejantes a este son muy frecuentes, y a menudo se ha tomado por locura lo que en realidad no era más que una obsesión, para la cual bastaba con emplear medios morales y no duchas. Mediante los tratamientos físicos, y sobre todo con el contacto de auténticos alienados, a menudo se ha provocado una verdadera locura donde esta no existía.

Así pues, el espiritismo, que abre nuevos horizontes a todas las ciencias, también acude para aclarar la cuestión tan oscura de las enfermedades mentales, al señalar una causa que, hasta ahora, no se había tomado en cuenta: causa real, evidente, demostrada por la experiencia, y cuya verdad se reconocerá más adelante. Sin embargo, ¿cómo hacer para que esta causa sea admitida por los que están dispuestos a enviar a los manicomios a cualquiera que tenga la debilidad de creer que tenemos un alma, que esa alma desempeña un papel en las funciones vitales, que sobrevive al cuerpo y puede actuar sobre los vivos? Gracias a Dios, y para bien de la humanidad, las ideas espíritas progresan entre los médicos más de lo esperable, y todo hace suponer que, en un futuro no muy lejano, la medicina saldrá finalmente del atolladero materialista.

Dado que los casos aislados de obsesión física o de subyugación han sido demostrados, se comprende que, semejante a una nube de langostas, una legión de Espíritus malos pue-

da abatirse sobre cierta cantidad de individuos, apoderarse de ellos y producir una especie de epidemia moral. La ignorancia, la debilidad de las facultades, la falta de cultura intelectual, les otorgan naturalmente una mayor influencia. Por eso hacen estragos de preferencia en determinadas clases, aunque las personas inteligentes e instruidas no siempre se encuentran libres de ellos. Es probable que, como señala Erasto, una epidemia de ese género reinara en la época de Cristo, y acerca de la cual se habla tantas veces en el Evangelio. No obstante, ¿por qué bastaba solo con su palabra para expulsar a los que entonces se llamaba demonios? Eso demuestra que el mal no podía ser curado salvo con una influencia moral. Ahora bien, ¿quién puede negar la influencia moral de Cristo? Se dirá, no obstante, que en el caso que nos ocupa se empleó el exorcismo, que es un remedio moral, pero que no dio ningún resultado. Si no dio resultado, es porque el remedio no sirve y hay que buscar otro, lo cual es evidente. Estudiad el espiritismo, y comprenderéis la razón. Tan solo el espiritismo, al señalar la verdadera causa del mal, puede brindar los medios para combatir las calamidades de esa naturaleza. Con todo, cuando decimos que hay que estudiarlo, nos referimos a que es necesario hacerlo seriamente, y no con la expectativa de encontrar una receta banal para uso de cualquier improvisado.

Lo que ocurre en Saboya, al llamar la atención, probablemente apresure el momento en que se reconocerá la acción del mundo invisible en los fenómenos de la naturaleza. Cuando haya ingresado en ese camino, la ciencia poseerá la clave de muchos misterios, y verá caer la más formidable barrera que impide el progreso: el materialismo, pues este restringe el ámbito de observación en vez de ampliarlo.

Respuestas a la cuestión de los ángeles caídos

Observación. De varios lugares hemos recibido respuestas a las cuestiones propuestas en el número de enero último. Su extensión nos impide publicarlas simultáneamente. Hoy nos limitamos a la cuestión de los ángeles rebeldes.

(Burdeos - Médium: señora Cazemajoux.)

“Amigos míos, la teoría contenida en el resumen que acabáis de leer es la más lógica y racional. La sana razón no puede admitir la creación de Espíritus puros y perfectos que se rebelan contra Dios e intentan igualarlo en poder, majestad y grandeza.

”Antes de alcanzar la perfección, el Espíritu ignorante es débil; entregado a su libre albedrío, muy a menudo se dedica a la corrupción y se sumerge gustoso en el océano de la iniquidad. Con todo, lo que principalmente causa su perdición es el orgullo. Niega a Dios y atribuye al acaso su existencia, así como las maravillas de la creación y la armonía universal. En ese caso, ¡pobre de él! Es un ángel caído. En vez de avanzar en los mundos dichosos, llega incluso a ser exiliado del planeta en el que habita, para dirigirse a expiar en los mundos inferiores su incesante rebelión contra Dios.

”Hermanos, evitad imitarlos: son los ángeles perversos. Haced el máximo esfuerzo para que su número no aumente. Que la llama de la fe espírita os ilumine acerca de vuestros deberes presentes e intereses futuros, a fin de que un día po-

dáis evitar la suerte de los Espíritus rebeldes, y os elevéis en la escala espiritual que conduce a la perfección.”

VUESTROS GUÍAS ESPIRITUALES

(La Haya, Holanda - Médium: señor barón de Kock.)

“Acerca de este artículo, no tengo muchas palabras que decir, salvo que expresa una verdad sublime. No hay nada que agregar, nada que suprimir. Dichosos los que sumen la fe a esas bellas palabras, los que acepten esta doctrina escrita por Kardec. Kardec es el hombre que Dios eligió para instruir al hombre del presente. Son palabras inspiradas por Espíritus del bien, Espíritus muy superiores. Sumad a ellas la fe. Leed, estudiad toda esa doctrina: es un buen consejo que os doy.”

VUESTRO GUÍA PROTECTOR

(Sens - Médium: señor Pichon.)

“*Pregunta.* ¿Qué debemos pensar acerca de la interpretación de la doctrina de los ángeles caídos, que el señor Kardec publicó en el último número de la *Revista Espírita*?”

”*Respuesta.* Que es completamente racional, y que nosotros mismos no habríamos podido explicarla mejor.”

ARAGO

(París. Comunicación particular
Médium: señorita Stéphanie.)

“La definición es correcta. No obstante, para ser franco, hay algo que me contraría: ¿qué necesidad hay de referirse al dogma de la Inmaculada Concepción? ¿Acaso recibisteis reve-

laciones acerca de la Madre de Cristo? Dejad esas discusiones para la Iglesia católica. Lamento esta comparación, más aún porque los sacerdotes creerán y dirán que pretendéis hacerles la corte.”

UN ESPÍRITU amigo sincero de la médium y
del director de la *Revista Espírita*.

(Lyón - Médium: señora Bouillant.)

“Antaño creíamos que los ángeles, tras habitar en el mundo más refulgente, se rebelaron contra Dios y merecieron ser expulsados del Edén que Dios les había dado como morada. Cantamos su caída y su debilidad; y creyendo en esa fábula del Paraíso perdido, la bordamos con todas las flores de la retórica que conocíamos. Era un tema que nos brindaba un encanto particular. Ese primer hombre y esa primera mujer expulsados de su oasis y condenados a vivir en la Tierra, a merced de todos los males que asedian a la humanidad, eran un gran recurso para que el autor expandiera sus ideas, y el asunto ante todo se prestaba especialmente para nuestras ideas melancólicas. Como los demás, creímos en el error, y sumamos nuestras palabras a las que ya habían sido pronunciadas. Pero ahora, que nuestra existencia en el espacio nos ha permitido juzgar las cosas a partir de su verdadero punto de vista; ahora, que comprendemos cuán absurdo era admitir que el Espíritu, después de alcanzar el grado más alto de pureza, podía retrogradar de repente, rebelarse contra su Creador y luchar con él; ahora, que podemos evaluar cuántos recipientes hacen falta para que el licor se filtre y se depure hasta llegar a ser esencia y quintaesencia, ahora nos hallamos en condiciones de decirnos qué son los ángeles caídos y qué debéis creer acerca del Paraíso perdido.

Dios, en su inmutable ley del progreso, quiere que los hombres avancen, y que lo hagan sin cesar, de siglo en siglo, en épocas determinadas por Él. Cuando la mayoría de los seres que habitan en la Tierra se ha vuelto muy superior a la parte terrestre que ocupan, entonces Dios ordena una emigración de Espíritus, y los que han cumplido su misión con conciencia van a habitar en regiones que se les asignan; pero al Espíritu recalcitrante o perezoso, que desentona, se lo obliga a quedar rezagado. En esa depuración del Espíritu, él es rechazado, como hacen los químicos con las materias que no pasan por la filtración. Entonces, el Espíritu se pone en contacto con otros Espíritus inferiores a él, y sufre realmente la coacción que se le impone.

Recuerda intuitivamente la felicidad que disfrutaba, y se encuentra en medio de sus iguales como una flor exótica que fue bruscamente trasplantada en un terreno inculto. Ese Espíritu se rebela al comprender su superioridad, e intenta dominar a quienes lo rodean. Pero esa rebeldía, esa lucha consigo mismo, también se vuelve contra el Creador que le ha dado la existencia y al que desconoce. Si sus ideas pueden desarrollarse, esparcirá lo que desborda su corazón en recriminaciones amargas, como un condenado en la prisión, y padecerá cruelmente hasta que haya expiado la pereza y el egoísmo que le impidieron seguir a sus hermanos. Estos, amigos míos, son los ángeles caídos, y por eso extrañan su Paraíso. Así pues, por vuestra parte, tratad de apresuraros, para que no seáis abandonados cuando suene la señal del regreso. Recordad todo lo que os debéis a vosotros mismos. Decid que vosotros sois *vosotros*, y que tenéis libre albedrío. Esa personalidad del Espíritu os explica por qué el hijo de un hombre sabio suele ser un idiota, y por qué la inteligencia no puede transformarse en

mayorazgo. Un gran hombre podrá dar a su descendencia los rasgos de su cara, pero nunca le transmitirá su genio, y podéis estar seguros de que todos los genios que han venido a desplegar su talento entre vosotros fueron hijos de sus propias obras, porque, como ha dicho un hombre muy sabio: ‘Las madres de los Patay, de los Letronne y del gran Arago, han criado a esos grandes hombres muy inocentemente’. No, amigo mío, la madre que da a luz un talento ilustre no tiene nada que ver con el Espíritu que anima a su hijo: ese Espíritu ya estaba muy adelantado cuando llegó para reencarnar en el recipiente de la depuración. Subid, pues, los peldaños de esa escala; peldaños luminosos y brillantes como soles, porque Dios los ilumina con su espléndida luz. Y recordad que, ahora que conocéis el camino, seréis muy culpables si os convertís en ángeles caídos. Por lo demás, no creo que nadie se atreva a compadecerse de vosotros y cantaros *El paraíso perdido*.”

MILTON

(Frankfort - Médium: señora Delton.)

“No diré nada sobre esa interpretación de los ángeles rebeldes y de los ángeles caídos, salvo que forma parte de las enseñanzas que se os deben impartir para asignar su verdadero sentido a las cosas que han sido mal comprendidas. No supongáis que ese artículo fue escrito por su autor sin asistencia, como él mismo imaginó. Supuso que expresaba sus propias ideas, y por eso desconfiaba de ellas, aunque en realidad no hizo más que dar forma a las que se le inspiraban.

”Así es, el autor está en lo cierto cuando dice que los ángeles rebeldes aún se encuentran en la Tierra, y que son los materialistas y los impíos, los que se atreven a negar el poder

de Dios. ¿Acaso no es ese el colmo del orgullo? Vosotros, los que creéis en Dios le y cantáis alabanzas, os indignáis ante semejante audacia de la criatura, y tenéis razón. Con todo, sondead vuestra conciencia, y fijaos si vosotros mismos no os rebeláis contra Él en todo momento, con el olvido de sus más sagradas leyes. ¿Practicáis la humildad, vosotros, que creéis en la superioridad de vuestro mérito; vosotros, que os vanagloriáis de los dones que habéis recibido, y que observáis con envidia y con celos la categoría de vuestro vecino, los favores y la autoridad que se le conceden? ¿Practicáis la caridad, vosotros, que denigráis a vuestro hermano y esparcís sobre él la maledicencia y la calumnia; vosotros, que en vez de cubrir sus faltas con un velo os complacéis en ponerlas al descubierto, para humillarlo? A vosotros, que creéis en Dios, y en especial a los espíritas que obráis de tal modo, os digo que en verdad sois más culpables que el ateo y el materialista, porque tenéis la luz pero no veis. Así es, vosotros también sois los ángeles rebeldes, porque no obedecéis la ley de Dios, y llegado el gran día Dios os preguntará: ‘¿Qué habéis hecho de mis enseñanzas?’.”

PAUL (*Espíritu protector*)

CONVERSACIONES FAMILIARES DE ULTRATUMBA

Girard de Codemberg

(Burdeos, noviembre de 1861.)

El señor Girard de Codemberg, exalumno de la Escuela Politécnica, es autor de un libro titulado: *El mundo espiritual, o Ciencia cristiana para comunicarse íntimamente con las*

potencias celestiales y las almas dichosas [*Le Monde spirituel, ou Science chrétienne de communiquer intimement avec les puissances célestes et les âmes heureuses*]. Esta obra contiene comunicaciones excéntricas que denotan una obsesión manifiesta, y cuya publicación los espíritas serios no han podido más que lamentar. El autor murió en noviembre de 1858, y fue evocado en la *Sociedad de París* el 14 de enero de 1859. Se pudo leer el resultado de esa evocación en la *Revista Espírita* del mes de abril de 1859. La siguiente evocación tuvo lugar en Burdeos, en noviembre de 1861, y cabe destacar la coincidencia de ambas evocaciones:

Pregunta. ¿Podrías responder algunas preguntas que me propongo haceros?

Respuesta. Es un deber.

P. ¿Cuál es vuestra situación en el mundo de los Espíritus?

R. Dichosa, en relación con la de la Tierra. Porque ahí solo veía el mundo espiritual a través de la niebla de mis pensamientos, pero ahora veo que se despliega ante mí la grandeza y la magnificencia de las obras de Dios.

P. En un párrafo de vuestra obra, que tengo a la vista, decís: “Le preguntan a la mesa el nombre de mi ángel de la guarda, que según la creencia americana no es sino un alma dichosa que ha vivido nuestra vida terrestre, y que, por consiguiente, debió tener un nombre en la sociedad humana”. Esa creencia –decís vos– es una herejía. ¿Qué pensáis ahora de esa herejía?

R. Os he dicho que vi mal, porque no tenía experiencia en la práctica del espiritismo, de modo que acepté como verdadera la información que me dictaban los Espíritus frívolos e impostores. No obstante, confieso, ante los auténticos

y sinceros espíritas reunidos aquí esta noche, que el ángel de la guarda o Espíritu protector no es otro que el Espíritu que alcanzó el progreso moral e intelectual mediante las diversas etapas que recorrió durante sus encarnaciones en los diversos mundos; y que la reencarnación, que yo había negado, es la más sublime e importante demostración de la justicia de nuestro Padre que está en el cielo y que no desea nuestra perdición, sino nuestra felicidad.

P. También en vuestra obra os referís al purgatorio. ¿Cuál es el significado que habéis querido dar a esa palabra?

R. Yo pensaba, con razón, que los hombres no podían alcanzar la felicidad sin haberse liberado de las impurezas que la vida material siempre deja en el Espíritu. Pero el purgatorio, en vez de ser un abismo de fuego, conforme me lo imaginaba, o mejor dicho, conforme al miedo que una fe ciega me imponía, no es otra cosa sino los mundos inferiores, como la Tierra, donde se manifiestan de mil maneras todas las miserias a que está sujeta la humanidad. ¿Acaso no está ahí la explicación de la palabra *purgare*?

P. También decís que vuestro ángel de la guarda os respondió, a propósito del ayuno: “El ayuno es el complemento de la vida cristiana, y tú debes someterte a él”. ¿Qué pensáis al respecto actualmente?

R. ¡El complemento de la vida cristiana! ¡Pero los judíos y los musulmanes también ayunan! El ayuno no es adecuado exclusivamente para la vida cristiana. Sin embargo, a veces es útil, toda vez que debilita el cuerpo y apacigua las rebeldías de la carne. Creedme, una vida simple y frugal vale más que todos los ayunos hechos para mostrarse ante los hombres, pero que no corrigen en absoluto vuestras inclinaciones y vuestra tendencia al mal. Veo lo que pretendéis de mí: una retracta-

ción completa de mis escritos. Os la debo, porque algunos fanáticos, que no son de la época en que yo escribía, agregan una fe ciega a lo que entonces mandé imprimir como si fuera la pura verdad. No he sido castigado por eso, porque lo hice de buena fe y porque escribía bajo la influencia temerosa de las lecciones de la infancia, a las que no podía sustraer mi voluntad de actuar y pensar. Con todo, creedme que será muy reducido el número de los que abandonen el camino trazado por el señor Kardec para seguir el mío. Son personas con las que no hay que contar demasiado, señaladas por el ángel de la liberación para que sean arrastradas por el torbellino renovador que debe transformar a la sociedad. Así es, amigos míos, sed espíritas. Girard de Codemberg os invita a ocupar un lugar en ese gran banquete fraternal, porque vosotros sois y nosotros somos todos hermanos, y la reencarnación nos torna solidarios unos para con otros, ajustando entre nosotros los lazos de la fraternidad en Dios.

Observación. Esta idea, según la cual, en el gran movimiento que habrá de promover la renovación de la humanidad, los hombres que le pongan obstáculos y no aprovechen las advertencias de Dios serán expulsados y enviados a mundos inferiores, se halla actualmente reproducida por todas partes en las comunicaciones de los Espíritus. Lo mismo ocurre con esta otra: llegó la hora de esa transformación, cuyos síntomas ya se hacen sentir. En cuanto a la idea que señala al espiritismo como la base de esa transformación, es universal. En esta coincidencia hay algo característico. A. K.

P. Decís que habéis evocado a la santa virgen María, y que recibisteis consejos de su parte. ¿Esa manifestación fue real?

R. ¡Cuántos entre vosotros se consideran inspirados por ella y son engañados! Sed vuestros propios jueces y los míos.

P. Dirigisteis a la Virgen esta pregunta: “¿Existe, en el destino de las almas castigadas, al menos la esperanza —que muchos teólogos han conservado— de la *gradación de las penas*?”. Y la respuesta de la Virgen —según vos— fue esta: “Las penas eternas no tienen gradación. Son las mismas, y las llamas son sus ministros”. ¿Cuál es vuestra opinión al respecto?

R. Las penas infligidas a los Espíritus malvados son reales, pero no son eternas. De eso dan testimonio vuestros familiares y amigos que acuden diariamente a vuestro llamado, y que de muchas formas os brindan enseñanzas que no hacen más que confirmar la verdad.

P. Una persona que integra esta reunión os pregunta si el fuego arde física o moralmente.

R. Fuego moral.

A continuación, el Espíritu agrega espontáneamente: “Queridos hermanos en el espiritismo. Habéis sido elegidos por Dios para la sagrada propagación de esta doctrina. Más afortunado que yo, un Espíritu en misión en vuestra Tierra os ha señalado el camino que debéis seguir con paso firme y determinado. Sed dóciles y no temáis, pues es el camino del progreso y de la moralidad de la raza humana. En lo que a mí respecta, que apenas esboqué la obra que vuestro maestro os señaló, porque me faltó valor para alejarme del camino trillado, tengo en estado de Espíritu la misión de guiaros por la senda correcta y segura que habéis elegido. De esa manera, pues, podré reparar el mal que hice debido a mi ignorancia, y contribuir con mis débiles facultades a la gran reforma de la sociedad. No os preocupéis en absoluto por los hermanos que se alejan de vuestras creencias. Obrad, por el contrario, de tal modo que no se confundan con el rebaño de los verdaderos

creyentes, porque son ovejas sarnosas, y debéis evitar el contagio. Adiós. Volveré con este médium. Hasta pronto.”

GIRARD DE CODEMBERG

Nota. Nuestros guías, consultados acerca de la identidad del Espíritu, nos respondieron: “En efecto, amigos míos, él sufre al ver el mal que causa la doctrina errónea que ha publicado. No obstante, ya expió en la Tierra ese error, porque estaba obseso, y la enfermedad de la que murió era el fruto de la obsesión.

* * *

Jean de La Bruyère

(Sociedad de Burdeos. Médium: señora Cazemajoux.)

1. *Evocación.*

Respuesta. ¡Aquí estoy!

2. ¿Nuestra evocación os agrada?

R. Sí, porque muy pocos entre vosotros piensan en este pobre Espíritu irreverente.

3. ¿Cuál es vuestra situación en el mundo espírita?

R. Dichosa.

4. ¿Qué pensáis de la generación de hombres que viven actualmente en la Tierra?

R. Pienso que no han progresado casi nada en moralidad, porque si yo viviera entre ellos podría aplicar mis *Caracteres* con la misma sobrecogedora verdad que los impresionó cuan-

do vivía. Encuentro a mis glotones, a mis orgullosos, en el mismo punto en que los dejé al morir.

5. Vuestros *Caracteres* gozan de una merecida reputación. ¿Cuál es vuestra opinión actual respecto de vuestras obras?

R. Pienso que no tienen el mérito que les atribuí, porque de lo contrario habrían producido otro resultado. Pero comprendo que no todos los lectores se comparan con alguno de esos retratos, aunque la mayoría de ellos contenga sorprendentes verdades. Todos tenéis una pequeña dosis de amor propio, suficiente para que atribuyáis al prójimo vuestros defectos personales, y nunca os reconocéis cuando se os describe con rasgos verídicos.

6. Acabáis de decir que vuestros *Caracteres* podrían aplicarse actualmente con la misma verdad. ¿Eso se debe a que no os parece que los hombres estén más adelantados?

R. En general, la inteligencia avanzó, pero el mejoramiento no ha dado un solo paso. Si Molière y yo pudiéramos volver a escribir, no haríamos otra cosa sino lo que hemos hecho: trabajos inútiles que os advirtieron sin correjirlos. El espiritismo tendrá más éxito, porque os conformaréis poco a poco a su doctrina, y reformaréis los vicios que nosotros os señalamos en vida.

7. ¿Pensáis que la humanidad conservará su rebeldía ante las advertencias que recibe de los Espíritus encarnados en misión en la Tierra, así como de los Espíritus que acuden para ayudarlos?

R. No; la época del progreso y de la renovación de la Tierra y sus habitantes ha llegado. Por eso los Espíritus buenos acuden para asistirlos. Os he dicho bastante por esta noche, aunque prepararé para dentro de pocos días alguno de mis *Caracteres*.

8. ¿Pueden vuestros *Caracteres* aplicarse también a algunos de los Espíritus errantes movidos por idénticos sentimientos?

R. A todos los que todavía tienen, en estado de Espíritu, las mismas pasiones que los dominaban cuando estaban vivos. Perdonad mi franqueza, pero cuando me llaméis os diré las cosas sin delicadeza ni rodeos. Adiós.

JEAN DE LA BRUYÈRE

POESÍAS ESPÍRITAS

(Sociedad Espírita de Burdeos.
Médium: señora Cazemajoux.)

Creed en los Espíritus del Señor

Creed en nosotros; somos esa llama,
fulgor brillante del seno de Dios surgido
para inclinarnos sobre cada nueva alma,
que en la cuna llora su cielo azul perdido.

Creed en nosotros; somos llamas ligeras,
Espíritus errantes, en el sepulcro adorado,
vencimos los obstáculos y las barreras,
que el Eterno entre nosotros había levantado.

Creed en nosotros; tinieblas y engaños
se disipan, cuando del cielo llegamos,
risueños y mansos, pues en vuestros sueños
ambrosía, dulce néctar y miel derramamos.

Creed en nosotros; en el espacio errantes
para guiaros al bien. Creed en nosotros,
que os amamos... Cada hora, cada instante,
queridos exiliados, nos acercan a vosotros.

ÈLISA MERCŒUR

Las Voces del cielo

Las Voces del cielo suspiran en la brisa,
resuenan en el aire, rugen en las olas;
en los bosques, sobre la montaña gris,
de esos suspiros el eco escucháis.

Las Voces del cielo murmuran en las hojas,
en los verdes prados, los campos y la floresta,
cerca de la fuente donde se recoge y llora
ante esos tímidos acentos el humilde poeta.

Las Voces del cielo cantan en la arboleda,
en las espigas maduras, en jardines y flores,
en el azul cielo que ríe entre las nubes,
en el arcoíris de espléndidos colores.

Las Voces del cielo lloran en el silencio.
Recogeos, pues hablan al corazón;
y los Espíritus donde el Reino comienza,
os conducirán hacia vuestro Creador.

ÈLISA MERCŒUR

DISERTACIONES ESPÍRITAS

Los mártires del espiritismo

A propósito de la pregunta que se nos había formulado acerca de los milagros del espiritismo, y que respondimos en nuestro número anterior, también se propuso esta otra: “Los mártires sellaron con su sangre la verdad del cristianismo. ¿Dónde están los mártires del espiritismo?”⁴⁰

¡Parece que tenéis mucha prisa de ver a los espíritas en la hoguera o arrojados a las fieras! Eso nos permite suponer que no careceríais de buena voluntad en caso de que fuera posible volver a hacerlo. ¡A toda costa queréis elevar el espiritismo a la categoría de una religión! Sin embargo, fijaos que nunca tuvo esa pretensión. Nunca se presentó como rival del cristianismo, respecto del cual se declara hijo, y combate a sus más crueles enemigos: el ateísmo y el materialismo. El espiritismo —repite— es una filosofía que se apoya en las bases fundamentales de toda religión, así como en la moral de Cristo. Si renegara del cristianismo, se desmentiría y se suicidaría. Son sus enemigos quienes lo muestran como una nueva secta, y quienes le han atribuido sacerdotes y sumos sacerdotes. Exclaman tanto y tan a menudo que es una religión, que las personas podrían acabar por creerlo. ¿Acaso es necesario ser una religión para tener mártires? La ciencia, las artes, el genio, el trabajo, ¿no han tenido mártires en todas las épocas, al igual que todas las ideas nuevas?

40. Vale señalar que esta pregunta, al igual que la anterior, que Allan Kardec respondió en el número de febrero (véase: “El espiritismo, ¿se demuestra con milagros?”), fue formulada por un eclesiástico. (N. del T.)

¿Acaso no contribuyen a crear mártires aquellos que señalan a los espíritas como réprobos, como parias de cuyo contacto es preciso escapar, o que agitan contra los espíritas al populacho ignorante, y que llegan incluso a *quitarles la fuente de trabajo* con la esperanza de vencerlos mediante el hambre, a falta de buenas razones? ¡Esa sería una bella victoria, en caso de que la obtuvieran! Con todo, la simiente ha sido lanzada, y germina en todas partes. Si la ahogan en un punto, brota en otros cien. ¡Así pues, haced el intento de segarla en la Tierra entera! Pero dejemos hablar a los Espíritus, que se han encargado de responder la pregunta.

I

¡Habíais pedido milagros, y ahora pedís mártires! Los mártires del espiritismo ya existen: entrad en los hogares y los veréis. Pedisteis perseguidos: abrid el corazón de esos fervientes adeptos de la idea nueva que han luchado contra los prejuicios, contra el mundo, y a menudo incluso contra la familia. Cuánto sangran y se inflaman sus corazones cuando tienden los brazos para abrazar a un padre, una madre, un hermano o una esposa, y a cambio de sus caricias y su dedicación solo reciben sarcasmos, sonrisas de desdén o desprecio. Los mártires del espiritismo son los que a cada paso escuchan esas palabras insultantes: *¡loco, insensato, delirante...!* y que durante mucho tiempo tendrán que soportar esas afrentas de la incredulidad y otros padecimientos aún más amargos. Pero su recompensa será bella, porque si Cristo hizo preparar para los mártires del cristianismo un lugar magnífico, el que prepara para los mártires del espiritismo es más esplendoroso todavía. Los mártires del cristianismo naciente iban al suplicio con valor y resigna-

dos, porque apenas contaban los días, las horas y los segundos de martirio, y aspiraban a la muerte como única barrera a trasponer para vivir la vida celestial. Los mártires del espiritismo no deben buscar ni desear la muerte, sino soportar todo el tiempo que a Dios plazca dejarlos en la Tierra, sin atreverse a considerarse dignos de alcanzar los puros goces celestiales tan pronto como abandonen la vida. Oran y esperan, susurrando palabras de paz, de amor y de perdón para quienes los torturan, a la espera de nuevas encarnaciones en las que podrán rescatar sus faltas pasadas.

El espiritismo se elevará como un templo magnífico. Al principio costará subir la escalera; no obstante, cuando se hayan superado los primeros escalones, Espíritus buenos ayudarán a subir el resto, hasta llegar al puesto firme y recto que conduce a Dios. ¡Id, hijos! ¡Id a predicar el espiritismo! ¡Piden mártires: vosotros sois los primeros que el Señor ha marcado, porque os apuntan y os tratan de locos e insensatos a causa de la verdad! Con todo, yo os digo que pronto llegará la hora de la luz, y entonces ya no habrá perseguidores ni perseguidos: ¡todos seréis hermanos, y en el mismo banquete se reunirán el opresor y el oprimido!

SAN AGUSTÍN (*Médium: Sr. E. Vézy.*)

II

El progreso del tiempo ha reemplazado las torturas físicas por el martirio de la concepción y el parto cerebral de las ideas que, hijas del pasado, serán madres del porvenir. Cuando Cristo vino a destruir la costumbre bárbara de los sacrificios, cuando vino a proclamar la igualdad y la fraternidad entre

el sayo proletario y la toga patricia, los altares, enrojecidos aún, humeaban con la sangre de las víctimas inmoladas. Los esclavos temblaban ante el capricho del amo; y los pueblos, ignorantes de la grandeza de Dios, olvidaban su justicia. En ese estado de abatimiento moral, las palabras de Cristo habrían resultado impotentes y habrían sido despreciadas por la multitud, si sus llagas no las hubieran exclamado y la carne palpitante de los mártires no las hubieran tornado sensibles. Para que se cumpliera, la misteriosa ley de las semejanzas exigía que la sangre derramada por la idea rescatara la sangre vertida por la brutalidad.

En la actualidad, los hombres pacíficos ignoran las torturas físicas: apenas su ser intelectual sufre, porque se debate oprimido por las tradiciones del pasado, a la vez que aspira a los nuevos horizontes. ¿Quién podrá pintar las angustias de la presente generación, sus dudas punzantes, sus incertidumbres, sus anhelos impotentes y su extrema lasitud? Inquietos presentimientos acerca de los mundos superiores, dolores ignorados por la material antigüedad, que solo sufría cuando no gozaba; dolores que son la tortura moderna, y que convertirán en mártires a los que, inspirados por la revelación espírita, creerán pero no se les creará, hablarán pero se burlarán de ellos, marcharán pero serán repelidos. No os desaniméis, pues vuestros propios enemigos os preparan una recompensa que será tanto más bella cuanto mayor sea la cantidad de espinas que hayan sembrado en vuestro camino.

LÁZARO (*Médium: Sr. Costel.*)

III

En todas las épocas –como decís– las creencias han tenido sus mártires. Pero también es necesario decir que el fanatismo solía encontrarse de ambos lados, de modo que la sangre se derramaba casi siempre. Ahora, gracias a los moderadores de las pasiones, a los filósofos; o más bien, gracias a esta filosofía que comenzó con los escritores del siglo dieciocho, el fanatismo apagó su antorcha y enfundó su espada. En nuestra época, casi nadie es capaz de imaginar la cimitarra de Mahoma, la horca y la rueda de la Edad Media, sus hogueras y toda clase de torturas, como tampoco se imagina las brujas y los magos. “Otros tiempos, otras costumbres”, dice un sabio proverbio. La palabra *costumbre* es aquí muy amplia –como podéis ver– y significa, de acuerdo con la etimología latina: hábitos, forma de vida. Ahora bien, en nuestro siglo, nuestra manera de ser no consiste en vestirse de cilicio, frecuentar las catacumbas ni sustraer sus plegarias a los procónsules y los magistrados de la ciudad de París. Así pues, el espiritismo no verá que el hacha se levanta contra sus adeptos, como tampoco los verá devorados por las llamas. Se lucha a fuerza de ideas, de libros, de comentarios, de eclecticismo y de teologías, pero la noche de san Bartolomé no se repetirá. Es cierto que podrá haber algunas víctimas en las naciones atrasadas; sin embargo, en los centros civilizados, tan solo la idea será combatida y ridiculizada. Así pues, no más hachas, ni látigos, ni aceite hirviendo; pero cuidaos del espíritu volteriano mal entendido: ese es el verdugo. Hay que prevenirse de él, pero no tenerle miedo. En vez de amenazar, se ríe. Ridiculiza en vez de blasfemar, y sus suplicios son las torturas del espíritu que sucumbe en los abrazos del sarcasmo moderno. Con todo, mal que les pese a los pequeños Voltaire de nuestra época, la juventud compren-

derá fácilmente estas tres palabras mágicas: Libertad, Igualdad, Fraternidad. En cuanto a los sectarios, ellos son más de temer, porque son siempre los mismos, a pesar del tiempo y a pesar de todo. A veces, aquellos pueden hacer daño, pero son cojos, contrahechos, viejos y recalcitrantes. Ahora bien, vosotros, los que pasáis por la fuente de la Juventud, y cuyas almas recobran fuerzas y se renuevan, no les temáis, porque su fanatismo hará que se pierdan a sí mismos.

LAMENNAIS (*Médium: Sr. A. Didier.*)

* * *

Los ataques contra la idea nueva

Como podéis ver, las ideas espíritas comienzan a ser comentadas incluso en los cursos de teología, y la *Revista católica* [*Revue catholique*] pretende demostrar *ex profeso* —como ellos dicen— que el espiritismo actual es obra del demonio, conforme resulta del artículo que presenta dicha revista, titulado *Acerca del satanismo en el espiritismo moderno* [*Du Satanisme dans le Spiritisme moderne*]. ¡Bah! Dejadlos que digan y hagan lo que quieran, pues el espiritismo es como el acero, y todas las serpientes posibles usarán sus dientes para morderlo. Sea como fuere, esto es algo que cabe destacar: antaño se despreciaba el hecho de ocuparse de los que hacían girar sillas y mesas. Ahora, en cambio, se ocupan mucho de esos innovadores cuyas ideas y teorías se han elevado a la categoría de una doctrina. ¡Ah! Ocurre que esa doctrina, esa revelación, cuestiona las antiguas doctrinas y filosofías, que resultan insuficientes para satisfacer las necesidades de la razón humana. De tal modo, sacerdotes, científicos, periodistas, descienden a la arena empuñando la pluma para rechazar la idea nueva:

el progreso. ¡Eso qué importa! ¿Acaso no constituye la prueba irrefutable de la propagación de nuestras enseñanzas? ¡Vamos! Solo se discuten y se combaten las ideas realmente serias y a tal punto difundidas que ya no se las puede considerar utopías e insignificancias surgidas de algunos cerebros enfermos. Por otra parte, vosotros podéis ver aquí, mejor que nadie, con cuánta rapidez el espiritismo recluta adeptos a diario, incluso en las clases instruidas del ejército, entre los oficiales de todas las armas. No os inquietéis, pues, por esos desdichados que vociferan en vano, porque ya no saben dónde están: ¡andan desconcertados! Sus certezas, sus probabilidades se disipan ante la llama espírita, porque en el fondo de su conciencia sienten que solo nosotros estamos en lo cierto. Digo *nosotros*, porque actualmente tanto Espíritus como encarnados tenemos un solo objetivo: la destrucción de las ideas materialistas y la regeneración de la fe en Dios, a quien le debemos todo.

ERASTO (*Médium: Sr. d'Ambel.*)

* * *

Persecución

¡Adelante! ¡Bien hecho, hijos míos! Me alegra veros reunidos, luchando solícitos y perseverantes. ¡Valor! Trabajad duro en el campo del Señor; porque os aseguro que llegará el momento en que ya no será tan solo a puertas cerradas que habréis de predicar la doctrina sagrada del espiritismo.

Flagelaron la carne, pero deben flagelar el espíritu. Ahora bien, en verdad os digo que, cuando eso ocurra, estaréis a punto de entonar todos juntos el cántico de acción de gracias, y estaremos cerca de escuchar una sola exclamación de alegría

en la Tierra. Con todo, os digo que antes de la edad de oro y del reino del espíritu, harán falta los quebrantos, el rechinar de dientes y las lágrimas.

Las persecuciones ya comenzaron. ¡Espíritas! Permaneced firmes y de pie: habéis sido ungidos por el Señor. Os acusarán de insensatos, de locos y visionarios. Ya no hervirán aceite, ya no construirán patíbulos ni encenderán hogueras, pero el fuego del que se valdrán para haceros renunciar a vuestras creencias será aún más estrepitoso e intenso. ¡Espíritas! Despojaos, pues, del hombre viejo, pues ese hombre viejo es aquel al que harán sufrir. Que vuestras nuevas túnicas sean blancas. Ceñid vuestras frentes con coronas y preparaos para entrar en la liza. Os maldecirán: dejad que vuestros hermanos os llamen *racca*. ¡Orad por ellos, y apartad de sus cabezas el castigo que Cristo anunció como reservado para los que digan *racca* a sus hermanos!

Preparaos para las persecuciones, mediante el estudio, la plegaria y la caridad. ¡Los servidores serán expulsados de la casa de sus patrones, y se los tratará de locos! Con todo, al trasponer la puerta encontrarán al Samaritano y, aunque pobres y despojados de todo, compartirán con él su último mendrugo y sus vestidos. Ante esa escena, los señores exclamarán: “¡Qué clase de hombres son esos que expulsamos de nuestra casa! ¡Apenas tienen un pedazo de pan duro para esta noche, pero lo comparten! ¡Apenas se cubren con una manta, pero la dividen y entregan una parte al extraño!”. Entonces, la puerta de los patrones se abrirá de nuevo, porque vosotros sois los servidores del Señor, y esta vez ellos os recibirán con un abrazo, y os suplicarán vuestra bendición y que les enseñéis a amar. Ya no os llamarán servidores ni esclavos, sino que os dirán: “Hermano mío, ven y siéntate a mi mesa; apenas existe

una sola familia en la Tierra, como existe un solo Padre en el Cielo”.

¡Vamos! ¡Id, hermanos míos! Predicad y, sobre todo, permaneced unidos. El Cielo está preparado para vosotros.

AGUSTÍN (*Médium: Sr. E. Vézzy.*)

BIBLIOGRAFÍA

El espiritismo en su más simple expresión, del que se han vendido cerca de diez mil ejemplares, se reimprime en este momento con numerosas e importantes correcciones. Sabemos que ya fue traducido al alemán, al ruso y al polaco. Solicitamos a los traductores que se ajusten al texto de la nueva edición. Hemos recibido de Viena (Austria) la traducción alemana de ese opúsculo, publicada en esa ciudad, donde se forma una sociedad espírita con los auspicios de la Sociedad de París.

*

El segundo volumen de *Revelaciones de ultratumba* [*Révélation d'outre-tombe*], de la señora H. Dozon, se encuentra en prensa.

*

Una vez más llamamos la atención de nuestros lectores respecto del interesante opúsculo de la señorita Clémence

ALLAN KARDEC

Guérin, titulado: *Ensayo bibliográfico sobre Andrew Jackson Davis* [*Essai bibliographique sur Andrew Jackson Davis*], uno de los principales escritores espiritualistas de Estados Unidos. En la librería Ledoyen. Precio: 1 franco.

ALLAN KARDEC



REVISTA ESPÍRITA

PERIÓDICO DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS

Año V

Número 5

Mayo de 1862

Funeral del señor Sanson⁴¹

Miembro de la Sociedad Espírita de París

Uno de nuestros colegas, el señor Sanson, falleció el 21 de abril de 1862, al cabo de más de un año de crueles sufrimientos. El 27 de agosto de 1860, como parte de la previsión de su muerte, había dirigido a la Sociedad una carta, de la que extrajimos los siguientes párrafos:

“Querido y honorable Presidente:

“Dado que mi alma puede separarse del cuerpo de un momento para otro, os reitero un pedido que os hice hace aproximadamente un año, en el sentido de que evoquéis a mi Espíritu a la mayor brevedad posible y siempre que lo juzguéis conveniente, a fin de que, en mi carácter de miembro bastante poco útil de nuestra Sociedad durante mi permanencia en la Tierra, pueda hacerle algún bien después de muerto. En

41. Acerca del señor Sanson, véase también, de Allan Kardec, el capítulo II (“Espíritus felices”) de la Segunda Parte de *El Cielo y el Infierno o la justicia divina según el espiritismo*; Buenos Aires: CEA, 2021. (N. del T.)

esas evocaciones podré brindaros los medios para que estudiéis fase por fase las diversas circunstancias que siguen a lo que el vulgo denomina muerte, y que para nosotros, espíritas, no es más que una transformación, conforme a los indiscifrables designios de Dios, aunque siempre útil al objetivo que Él se propone.

”Además de este pedido, que constituye una autorización para que me honréis con esa especie de autopsia espiritual, quizás de poca utilidad en virtud de mi escaso adelanto como Espíritu, y que vuestra sabiduría no consentirá en avanzar más allá de un cierto número de ensayos, me atrevo a pedirlos personalmente, al igual que a todos los colegas, que supliquéis al Todopoderoso la asistencia de los Espíritus buenos, con sus benevolentes consejos, y en particular a san Luis, nuestro presidente espiritual, a los efectos de que me guíen en la elección de una nueva encarnación, así como de la época en que esta deberá realizarse, pues eso me preocupa mucho desde ahora. Temo confiar demasiado en mis fuerzas espirituales, así como rogarle a Dios, con mucha anticipación y presuntuosamente, un estado corporal en el que no pueda justificar la bondad divina, y que en vez de servir a mi adelanto, prolongue mi permanencia en la Tierra o en cualquier otra parte, en caso de que fracase.

”(…) No obstante, con plena confianza en la indulgente equidad de nuestro Creador y de su divino Hijo, y a la espera de sufrir con humilde resignación las expiaciones de mis faltas, salvo las que la misericordia del Eterno se digne perdonarme, os reitero que mi gran preocupación es el temor punzante de equivocarme al elegir una reencarnación, en caso de que no me ayuden y me guíen los Espíritus santos y benevolentes, que podrían considerarme indigno de su intervención en caso

de que solamente yo se los solicite, pero cuya conmiseración puede ser despertada toda vez que, por caridad cristiana, vosotros los invoquéis en mi favor. Así pues, me tomo la libertad de encomendarme a vos, querido Presidente, y a mis honorables colegas de la Sociedad Espírita de París”.

Para cumplir el deseo de nuestro colega, en el sentido de evocarlo tan pronto como fuera posible después de su muerte, nos dirigimos con algunos miembros de la Sociedad a la cámara mortuoria del señor Sanson. Una vez allí, en presencia del cuerpo, se dio comienzo a la siguiente conversación, una hora antes del entierro. Nuestro objetivo era doble: por un lado, íbamos a cumplir la última voluntad del muerto; por otro, analizaríamos una vez más la situación del alma en un momento tan cercano a la muerte, y en el caso de un hombre eminentemente inteligente y esclarecido, así como profundamente convencido de las verdades espíritas. Íbamos a constatar la influencia de esas creencias en el estado del Espíritu, de modo de captar sus primeras impresiones. Como se verá, nuestra expectativa no se frustró, y no cabe duda de que, al igual que nosotros, todos obtendrán una gran enseñanza en el panorama que el Espíritu presenta a partir del instante mismo de la transición. Sin embargo, añadamos que no todos los Espíritus serían aptos para describir ese fenómeno con tanta lucidez como en este caso. El señor Sanson se vio morir y volver a nacer, lo que constituye una circunstancia poco común. Eso se debe a la elevación de su Espíritu.

1. *Evocación.*

Respuesta: Acudo a vuestro llamado para cumplir mi promesa.

2. Querido señor Sanson, cumplimos con satisfacción el deber de evocaros lo más prontamente posible después de vuestra muerte, como era vuestro deseo.

R. Es una gracia especial la que Dios concede a mi Espíritu para que pueda manifestarse. Agradezco vuestra buena voluntad, pero estoy débil y tembloroso.

3. Habéis sufrido tanto que podemos, supongo, preguntaros cómo os halláis ahora. ¿Sentís aún vuestros dolores? Si comparamos la situación actual con la de dos días atrás, ¿qué sensaciones experimentáis?

R. Mi situación es muy afortunada, pues ya no siento los antiguos dolores. Me encuentro reconstituido, renovado, como decís vosotros. La transición de la vida terrenal a la vida de los Espíritus me dejó al principio en un estado inexplicable, pues a veces quedamos privados de la lucidez durante muchos días. No obstante, antes de morir, le pedí a Dios que me permitiera dirigirme a los seres que estimo, y Dios me escuchó.

4. ¿Al cabo de cuánto tiempo habéis recobrado la lucidez de las ideas?

R. Al cabo de ocho horas. Dios, repito, me ha dado una prueba de su bondad, al considerarme más digno de lo que yo merecía, de modo que no sé cómo he de agradecerle.

5. ¿Estáis perfectamente convencido de que no pertenecéis más a nuestro mundo? En ese caso, ¿cómo constatáis vuestra situación?

R. ¡Oh!, por cierto, ya no soy de vuestro mundo, aunque siempre estaré a vuestro lado para protegeros y sosteneros, con el fin de que prediquéis la caridad y la abnegación que han sido las guías de mi vida. Más adelante enseñaré la verdadera

fe, la fe espírita, que debe elevar la creencia del justo y del bueno. Me siento fuerte, bastante fuerte, transformado, en una palabra. En mí ya no reconoceréis al anciano enfermo que todo debía relegar, que eludía el placer y las alegrías. Soy Espíritu; mi patria es el espacio, y mi porvenir es Dios, que irradia en la inmensidad. Me gustaría mucho hablarles a mis hijos, para enseñarles aquello que siempre se negaron a creer.

6. ¿Qué efecto os causa la vista de vuestro cuerpo aquí, a nuestro lado?

R. ¡Mi cuerpo! Pobre y mísero despojo... debes regresar al polvo, mientras que yo conservo el recuerdo de todos aquellos que me estimaron. ¡Veo esa pobre carne deformada, residencia de mi Espíritu, prueba de tantos años! ¡Gracias, pobre cuerpo mío! ¡Has purificado mi Espíritu! Mi sufrimiento, diez veces bendito, me ha concedido un lugar bien merecido, puesto que tan de prisa poseo la facultad de comunicarme con vosotros.

7. ¿Habéis conservado vuestras ideas hasta el último instante?

R. En efecto. Mi Espíritu ha conservado sus facultades; yo no veía, pero presentía. Toda mi vida se ha desplegado en mi memoria, y mi último pensamiento, mi última plegaria, ha sido para que pudiese comunicarme con vosotros, como lo estoy haciendo. A continuación, le pedí a Dios que os protegiese, a fin de que viera realizado el sueño de mi vida.

8. ¿Habéis tenido conciencia del momento en que vuestro cuerpo exhaló el último suspiro? ¿Qué os ocurrió en ese momento? ¿Qué sensación experimentasteis?

R. La vida se retira y la vista, o mejor, la vista del Espíritu, se extingue. Se encuentra el vacío, lo desconocido. Entonces,

arrastrado por no sé qué poder, uno se halla en un mundo donde todo es alegría y magnificencia. Ya no sentía, no comprendía, y sin embargo una felicidad inefable desbordaba de mi ser: me había liberado de la opresión del dolor.

9. ¿Tenéis conocimiento... (de lo que me propongo leer junto a vuestra tumba)?

Observación. Apenas pronuncié las primeras palabras de la pregunta, el Espíritu respondió antes de que yo hubiera concluido. E hizo más: sin que mediara una pregunta al respecto, respondió a una disputa que se había suscitado entre los concurrentes, sobre si sería oportuno leer esta comunicación en el cementerio, en presencia de personas que podrían no compartir nuestras convicciones.

R. ¡Oh, sí, amigo mío! Lo sé, porque os he visto tanto ayer como hoy. ¡Mi satisfacción es inmensa...! ¡Gracias, gracias! Hablad, para que me comprendan y os estimen. Nada tenéis que temer, pues la muerte inspira respeto... Hablad, pues, para que los incrédulos tengan fe. Adiós. ¡Hablad con valor y confianza...! ¡Cuánto deseo que mis hijos se conviertan a esta creencia venerada!

Adiós.

J. SANSON

Durante la ceremonia del cementerio, el señor Sanson dictó las palabras siguientes:

“No os dejéis atemorizar por la muerte, amigos míos. Constituye una etapa de la vida, si supisteis vivir bien. Es una felicidad, si la habéis merecido justamente y habéis cumplido bien vuestras pruebas. Os reitero: ¡Valor y buena voluntad! No atribuyáis a los bienes terrenales más que una insignifi-

cante importancia, y seréis recompensados. *No es posible gozar desmesuradamente sin usurpar el bienestar de los demás* y sin hacerse moralmente un inmenso mal. ¡Que la tierra me sea level!”

Nota. Después de la ceremonia, algunos miembros de la Sociedad se reunieron y recibieron de modo espontáneo la siguiente comunicación, que no esperaban en absoluto.

“Me llamo Bernard, y viví en 96 en Passy, que por entonces era una aldea. Fui un pobre diablo. Enseñaba, pero solo Dios conoce los disgustos que debí soportar. ¡Qué fastidio interminable! ¡Años enteros de preocupaciones y sufrimiento! Maldecía a Dios, al diablo, a los hombres en general y a las mujeres en particular, pues entre ellas ninguna se acercó para decirme: ¡Valor! ¡Paciencia! Tuve que vivir solo, siempre solo, hasta que la perversidad me tornó malo. Desde entonces, deambulo por los lugares donde viví, donde morí...

”Hoy os escuché. Vuestras plegarias me conmovieron hondamente. Habéis acompañado a un Espíritu bueno y digno, y todo lo que dijisteis me emocionó. Muchos Espíritus también oramos juntos por todos vosotros, por el futuro de vuestras sagradas creencias. Orad por nosotros, pues necesitamos ayuda. El Espíritu de Sanson, que nos acompañaba, prometió que pensaríais en nosotros. Por mi parte, deseo volver a encarcelarme, para que mi prueba sea de utilidad y adecuada para mi porvenir en el mundo de los Espíritus. Adiós, amigos míos. Os llamo así porque vosotros amáis a los que sufren. Para vosotros: ¡buenos pensamientos y un porvenir dichoso!”

Dado que este episodio se halla enlazado con la evocación del señor Sanson, consideramos que era preciso mencionarlo, pues contiene una importante enseñanza. Es nuestro deber

solicitar a los verdaderos espíritas oraciones para este Espíritu, a fin de fortalecerlo en sus buenos propósitos.

La conversación con el señor Sanson fue retomada el viernes siguiente, 25 de abril, en la sesión de la Sociedad, y habrá de continuar. Aprovechamos su buena voluntad y sus luces para obtener nuevos esclarecimientos –tan precisos como sea posible– acerca del mundo invisible, comparado con el mundo visible, y principalmente acerca de la transición de uno a otro, lo cual es de interés para todo el mundo, pues todos sin excepción habremos de experimentarla. El señor Sanson se presta a ello con su benevolencia habitual. Por otra parte –como vimos–, tal era su deseo antes de morir. Sus respuestas forman un conjunto muy instructivo, cuyo interés es tanto más importante cuanto que emana de un testigo ocular que viene de analizar sus propias sensaciones, y que a la vez se expresa con elegancia, profundidad y lucidez. Publicaremos esas conversaciones en el próximo número.

Es importante destacar el hecho de que el médium que sirvió como intermediario el día del entierro y los días posteriores, el señor Leymarie, nunca había visto al señor Sanson, y no conocía su carácter, como tampoco su posición ni sus costumbres. No sabía si tenía hijos, y mucho menos si esos hijos compartían con el padre las ideas de éste respecto del espiritismo. Así pues, lo dicho sobre ese asunto fue del todo espontáneo, y el carácter del señor Sanson se reveló a través del lápiz del médium, sin que la imaginación de este pudiera influir en modo alguno.

Un hecho no menos curioso, y que demuestra que las comunicaciones no son el reflejo del pensamiento, es la manifestación de Bernard, al que ninguno de los asistentes podía imaginar, porque, a partir del momento en que el médium

tomó el lápiz, se supuso que probablemente se comunicaría uno de sus Espíritus habituales: Baluze o Sonnet. En este caso, habría que preguntarse del pensamiento de quién habría sido reflejo esa comunicación.

Discurso del señor Allan Kardec ante la tumba del señor Sanson

Señores y estimados colegas de la Sociedad Espírita de París:

Es la primera vez que conducimos a uno de nuestros colegas hasta su última morada. Vosotros conocisteis a aquel a quien vinimos a decir adiós, y supisteis apreciar sus eminentes cualidades. Al recordarlas aquí, no haré más que decir lo que ya sabéis. De corazón sumamente recto y una lealtad a toda prueba, la vida del señor Sanson fue la de un hombre honesto, en toda la acepción de la palabra. Considero que nadie cuestionará esta aserción. Además, esas cualidades se hallaban realzadas en él por una gran bondad y una extrema simpatía. Con todo eso, ¿hay necesidad de haber hecho grandes cosas y de dejarle un nombre a la posteridad? No cabe duda de que en tal caso no ocuparía un mejor lugar en el mundo donde ahora se encuentra. Así pues, si bien no hemos de arrojar sobre su tumba coronas de laureles, cuantos lo hemos conocido depositamos aquí, en la sinceridad de su alma, las más valiosas coronas de la estima y el afecto.

Señores, vosotros sabéis que el señor Sanson se hallaba dotado de una inteligencia poco común y una gran rectitud en el juicio, a las que una instrucción a la vez variada y profunda había desarrollado más aún. Con una sencillez patriarcal en su manera de vivir, entre los recursos de su propio espíritu en-

contraba los elementos de una incesante actividad intelectual, que aplicaba en investigaciones e inventos, muy ingeniosos sin duda, pero que lamentablemente no produjeron ningún resultado para él. Era uno de esos hombres que nunca se aburren, porque siempre piensan en algo serio. A pesar de que su posición lo había privado de los placeres de la vida, su buen humor jamás se alteraba. Creo que no exagero si digo que el señor Sanson pertenecía a la clase de los verdaderos filósofos: no de los filósofos cínicos, sino de los que siempre se contentan con lo que tienen, sin atormentarse por lo que les falta.

No cabe duda de que esos sentimientos constituían el fondo de su carácter, aunque estos últimos años sus creencias espíritas los habían fortalecido especialmente. Esas creencias lo ayudaron a soportar largos y crueles sufrimientos con una paciencia y una resignación por completo cristianas. Ninguno de nosotros, al verlo en su lecho de dolor, dejó de sentirse edificado por su calma y su inalterable serenidad. Hacía mucho tiempo que preveía su fin; no obstante, lejos de asustarse, lo aguardaba como la hora de la liberación. ¡Ah! Ocurre que, en esos momentos supremos, la fe espírita brinda una fuerza que solo puede ser reconocida por quien la posee, y el señor Sanson poseía esa fe en altísimo grado.

Entonces, ¿qué es la fe espírita? –preguntarán tal vez algunos de los que me escuchan–. La fe espírita consiste en la convicción íntima de que tenemos un alma; que esa alma –o Espíritu, que es lo mismo– sobrevive al cuerpo, y es feliz o desdichada según el bien o el mal que haya hecho durante la vida. *Eso lo sabe todo el mundo* –nos dirán–. Así es, excepto los que creen que todo se acaba para nosotros cuando morimos; y en este siglo hay muchos más de lo que suponemos. Así pues –según ellos–, estos despojos mortales que se encuentran ante

nosotros, y que en algunos días quedarán reducidos a polvo, son todo lo que queda de aquel por quien nos lamentamos. En tal caso, ¿a quién habríamos venido a rendir homenaje? A un cadáver. Porque nada quedaría de su inteligencia y su pensamiento, así como de las cualidades por las que se había ganado nuestro afecto. ¡Todo sería aniquilado, y lo mismo nos ocurriría cuando muramos! Esta idea de la nada, que nos alcanzaría a todos, ¿no contiene algo punzante y glacial?

¿Quién es el que, ante esta tumba entreabierta, no siente que un escalofrío corre por sus venas al pensar que mañana, tal vez, le ocurrirá lo mismo y que, luego de algunas paladas de tierra arrojada sobre su cuerpo, todo habrá concluido para siempre, y no pensará ni sentirá ni amará más? Sin embargo, al lado de los que niegan, está la cantidad mucho mayor de los que dudan, porque no tienen una certeza positiva, y para quienes la duda es una tortura.

Vosotros, cuantos creéis firmemente que el señor Sanson tenía un alma, ¿qué pensáis acerca de ella? ¿En qué se convirtió? ¿Dónde está? ¿Qué hace? ¡Ah! —responderéis— ¡Si pudiéramos saberlo, la duda nunca habría invadido nuestro corazón! Sondead bien el fondo de vuestro pensamiento, y convenid en que más de uno entre vosotros, al considerar la vida futura, llegó a preguntarse en su fuero interior: *¿Y si esa vida no existiera?* Y os lo preguntáis porque no la comprendéis, porque acerca de ella os formasteis una idea que no podía conciliarse con vuestra razón.

Pues bien, el espiritismo hace que la vida futura se comprenda y que, por decirlo de algún modo, se la toque y se la vea; hace que se torne tan palpable y evidente, que ya no sea posible negarla, como tampoco es posible negar la luz.

Así pues, ¿en qué se convirtió el alma de nuestro amigo? Está aquí, junto a nosotros. Nos escucha, penetra nuestro pensamiento, considera el sentimiento que anima a cada uno de los presentes en esta triste ceremonia. Esa alma no es lo que se supone vulgarmente: una llama, una chispa, algo vago e indefinido. No la veréis —conforme a las ideas de la superstición— andando de noche por la tierra, como un fuego fatuo. Tiene una forma, un cuerpo, como en vida; pero ese cuerpo es fluídico, vaporoso, invisible para nuestros sentidos densos, aunque en algunos casos puede hacerse visible. Durante la vida, el alma tiene una segunda envoltura, pesada, material, destructible. Cuando esa envoltura se agota y ya no puede funcionar, cae como la cáscara de un fruto maduro, y el alma la abandona como se abandona un vestido viejo e inservible. Esa envoltura del alma del señor Sanson, ese vestido viejo que le causaba dolor, es lo que vemos en el fondo de esta tumba: eso es todo lo que quedó de él aquí. No obstante, ha conservado la envoltura etérea, indestructible, radiante, y que no se halla sujeta a los achaques ni a las enfermedades. Así se encuentra el señor Sanson junto a nosotros. Pero no supongáis que está solo, pues hay millares en la misma situación, que acudieron aquí para presenciar nuestra despedida al que parte, así como para felicitar al recién llegado por haberse liberado de las miserias terrenales. De tal modo, si en este momento el velo que cubre nuestra vista pudiera levantarse, veríamos una multitud que circula en contacto con nosotros, y entre ellos veríamos al señor Sanson, ya no postrado en su lecho de dolor, sino atento y ágil, trasladándose sin esfuerzo de un lugar a otro con la rapidez del pensamiento, sin que ningún obstáculo lo detenga.

Esas almas o Espíritus constituyen el mundo invisible en medio del que vivimos sin sospecharlo. De tal modo, los parientes y amigos que hemos perdido están, después de su muerte, más cerca de nosotros que si estuvieran con vida en otro país.

El espiritismo demuestra de modo evidente la existencia de ese mundo invisible mediante las relaciones que es posible establecer con aquellos que están en él y que hemos conocido. No se trata, pues, de una vaga esperanza, sino de una prueba patente. Ahora bien, la demostración del mundo invisible implica la demostración de la vida futura. Una vez obtenida esa certeza, las ideas cambian por completo, porque la importancia de la vida terrenal disminuye a medida que crece la de la vida venidera. El señor Sanson poseía esa fe en el mundo invisible; lo veía y lo comprendía tan bien, que la muerte le parecía apenas un umbral que se cruza para salir de una vida de dolor y miserias, y llegar a una vida dichosa.

Así pues, la serenidad de sus últimos instantes era a la vez el resultado de su confianza absoluta en la vida futura, que el señor Sanson ya entreveía, y de una conciencia irreprochable que le decía que no tenía nada que temer. Dicha fe, la había obtenido en el espiritismo; porque –hay que decirlo– antes de que conociera esa ciencia consoladora, sin ser materialista, había sido escéptico. No obstante, esas dudas cedieron ante la evidencia de los hechos que presenciaba, y desde entonces todo cambió para él. Al colocarse con el pensamiento más allá de la vida material, esta le parecía tan solo un día triste en medio de una infinidad de días felices. Además, lejos de quejarse por las amarguras de la vida, bendecía sus padecimientos como pruebas que habrían de apresurar su adelanto.

Querido señor Sanson, sois testigo del sincero pesar que sienten cuantos os han conocido, y cuyo afecto hacia vos conservan. En nombre de todos mis colegas, presentes y ausentes; en nombre de vuestros parientes y amigos, os digo adiós; pero este adiós no es eterno, pues si lo fuera resultaría una blasfemia contra la Providencia y una negación de la vida futura. Nosotros, los espíritas, menos que otros, no debemos pronunciar esa palabra.

Hasta pronto, pues, querido señor Sanson. Que podáis disfrutar, en el mundo donde estáis ahora, la dicha que os merecéis, y que podáis acudir a nosotros para tendernos la mano cuando sea nuestro turno de ingresar en él.

Permitidme, señor, pronunciar una breve plegaria ante esta tumba, antes de que se cierre:

“Dios todopoderoso, que vuestra misericordia se extienda sobre el alma del señor Sanson, a quien llamasteis de regreso a vos. Que se le tomen en cuenta las pruebas que ha sufrido en la Tierra, y que nuestras plegarias mitiguen y abrevien las penas que aún pueda experimentar como Espíritu.

”Espíritus buenos, que vinisteis a recibirla, y sobre todo vos, su ángel de la guarda, asistidla, para que con vuestra ayuda pueda despojarse de la materia. Dadle la luz y la conciencia de sí, para que salga de la turbación que acompaña el tránsito de la vida corporal a la vida espiritual. Inspiradle el arrepentimiento de las faltas que ha cometido, así como el deseo de que se le permita repararlas, para apresurar su adelanto hacia la vida eterna bienaventurada.

”Alma del señor Sanson, que acabáis de ingresar en el mundo de los Espíritus, estáis presente junto a nosotros; nos veis y nos escucháis, porque, comparado con nosotros, solo os

falta el cuerpo perecedero que acabáis de dejar y que pronto quedará reducido a polvo.

”Ese cuerpo, instrumento de tantos dolores, sigue aquí, junto a vos: lo veis de igual modo que el prisionero ve las cadenas de las que acaba de liberarse. Habéis abandonado la densa envoltura sujeta a las vicisitudes y a la muerte, y apenas conservasteis la envoltura etérea, imperecedera e inaccesible a los padecimientos. Si bien ya no vivís en el cuerpo, vivís la vida de los Espíritus, y esa vida se halla exenta de las miserias que afligen a la humanidad.

”Ya no tenéis el velo que oculta a nuestros ojos los esplendores de la vida futura. A partir de ahora podréis contemplar nuevas maravillas, mientras que nosotros continuamos sumergidos en las tinieblas.

”Recorreréis el espacio y visitaréis los mundos libremente, mientras que nosotros nos arrastramos penosamente en la Tierra, donde nos retiene el cuerpo material, que se asemeja a una pesada carga.

”El horizonte de lo infinito se desplegará ante vos; y en presencia de tanta grandeza, comprenderéis la vanidad de los deseos terrenales, así como de las ambiciones mundanas y las alegrías fútiles que constituyen la delicia de los hombres.

”La muerte entre los hombres no es sino una separación material que dura unos instantes. Desde el lugar de exilio en el que aún nos retienen la voluntad de Dios y nuestros deberes en la Tierra, os seguiremos con el pensamiento hasta el momento en que se nos permita volver a encontraros, así como vos reencontrasteis a los que os han precedido.

”Si bien no podemos ir a veros, vos podéis venir a nosotros. Venid, pues, para ver a los que os aman y que habéis

amado. Sostenedlos en las pruebas de la vida; velad por vuestros seres queridos, protegédlos según vuestro poder; aliviad sus pesares con la idea de que ahora sois más dichoso, y con la consoladora certeza de que un día se reunirán con vos en un mundo mejor.

”Que a partir de ahora, y para vuestra dicha futura, permanezcáis inaccesible a los resentimientos terrenales. Perdonad, pues, a los que hayan podido agraviaros, tanto como ellos os perdonan los agravios que hayáis podido hacerles. Amen”.

CONVERSACIONES FAMILIARES DE ULTRATUMBA

El capitán Nivrac

(Muerto el 11 de febrero de 1862; evocado a pedido de su amigo el capitán Blou, miembro de la Sociedad.

Médium: señor Leymarie.)

El señor Nivrac había realizado importantes estudios y poseía una inteligencia notable. Por su parte, el señor Blou le había hablado de espiritismo, regalándole las obras que tratan acerca de esas materias, pero inútilmente, porque las consideraba utópicas, así como delirantes a los que creían en ellas. El 1.º de febrero, el señor Nivrac se paseaba con uno de sus camaradas, mofándose de ese tema, como de costumbre, cuando al pasar por una librería se toparon con *El espiritismo en su más simple expresión*. “Una buena inspiración –refiere el señor Blou– lo indujo a comprar ese opúsculo, cosa que probablemente no habría hecho si yo hubiera estado presente. A

partir de ese día, el capitán Nivrac leyó *El libro de los Espíritus*, *El libro de los médiums* y algunos números de la *Revista Espírita*. Su mente y su corazón quedaron impresionados. Lejos de mofarse, acudía a mí para hacerme preguntas al respecto, y se convirtió en un entusiasta propagador del espiritismo entre los oficiales, a tal punto que durante ocho días la nueva doctrina fue el tema de todas las conversaciones. Deseaba mucho concurrir a una de las sesiones, pero la muerte lo sorprendió sin ninguna causa aparente de enfermedad. El martes 11 de febrero, a las cuatro, mientras se encontraba en el baño, expiraba en los brazos del médico. ¿No habrá intervenido la voluntad de Dios —pregunta el señor Blou—, que permitió que mi amigo abriera los ojos a la luz antes de morir?”

1. *Evocación.*

Respuesta. Entiendo por qué deseáis hablarme. Me regocija esta evocación, y acudo a vosotros con alegría, porque me ha llamado un amigo, y nada me resultaría más agradable.

Observación. El Espíritu se anticipa a la pregunta que íbamos a formularle y que era la siguiente: “Si bien no hemos tenido la ventaja de conocerlos, os evocamos de parte de vuestro amigo, el capitán Blou, nuestro colega, y nos agradecería conversar con vos si lo deseáis”.

2. ¿Sois dichoso... (el Espíritu no nos permite continuar con la pregunta, que finalizaba así: de haber conocido el espiritismo antes de morir?)

R. Soy dichoso, porque creí antes de morir. Recuerdo las discusiones que mantenía contigo, amigo mío, ya que rechazaba todas las doctrinas nuevas. A decir verdad, yo estaba conmocionado. Le decía a mi mujer, a toda mi familia, que era una locura escuchar semejantes patrañas, y pensaba que

estabas desequilibrado. Eso pensaba. Pero afortunadamente pude creer y esperar, y mi situación es más dichosa, porque Dios me promete un adelanto muy deseado.

3. ¿Cómo es posible que un opúsculo de pocas páginas haya tenido sobre vos más poder que las palabras de vuestro amigo, en quien debíais confiar?

R. Yo estaba conmocionado, porque la idea de una vida mejor se encuentra en el fondo de todas las encarnaciones⁴². Instintivamente, yo creía, pero las ideas del soldado habían modificado mis pensamientos; eso es todo. Cuando leí el opúsculo, me sentí emocionado. Había descubierto la expresión de una doctrina tan clara y precisa, que Dios se me apareció en su bondad. El porvenir me resultó menos sombrío. Creí, porque debía creer, y porque el opúsculo había tocado mi corazón.

4. ¿De qué moristeis?

R. Morí de una conmoción cerebral. Dieron varias razones. Fue un derrame en el cerebro. Había llegado mi hora y yo debía partir.

5. ¿Podríais describirnos vuestras sensaciones en el momento de la muerte y luego de que os despertasteis?

R. El pasaje de la vida a la muerte es una sensación dolorosa, pero rápida. Se presiente lo que puede ocurrir. Toda la vida se presenta espontáneamente como un espejismo, y uno quisiera recuperar el pasado para purificar los días malos, y ese pensamiento os acompaña en la transición espontánea de la vida a la muerte, que no es sino otra vida. Se está como aturdido por la nueva luz, y yo me mantuve en una confusión

42. En el original: *incarnations*. Es probable que el término correcto sea *religiones*. (N. del T.)

de ideas bastante singular. No era un Espíritu perfecto, pero logré darme cuenta, y agradezco a Dios por haberme esclarecido antes de morir.

Observación. Este panorama del pasaje de la vida a la muerte constituye una notable analogía con el que presenta el señor Sanson. Vale señalar que no intervino el mismo médium.

6. Vuestra situación actual, ¿sería diferente si no hubierais conocido y aceptado las ideas espíritas?

R. Sin duda. Pero yo poseía un carácter bueno y franco. Y si bien no me hallaba sumamente adelantado, no es menos cierto que Dios recompensa toda buena decisión, aunque sea la última.

7. No tiene sentido preguntaros si... (el Espíritu no nos permite continuar con la pregunta, que finalizaba de este modo: ...si fuisteis a ver a vuestra esposa y a vuestra hija; pero como ellas no pueden escucharos, ¿queréis que les transmitamos algún recado de parte vuestra?).

R. Sin duda, estoy siempre junto a ella. Estimulo su paciencia y le digo: “Valor, amiga. Enjuga tus lágrimas y sonríele a Dios, pues él te fortalecerá. Piensa que mi existencia es un adelanto, una purificación, y que necesito del auxilio de tus plegarias. Deseo con todas mis fuerzas una nueva encarnación, y aunque la separación terrenal sea cruel, recuerda que te amo, pero que te encuentras sola y que necesitas buena salud y resignación para sostenerte. Con todo, estaré junto a ti para darte valor, bendecirte y amarte”.

8. Estamos seguros de que a vuestros camaradas del regimiento les agradaría recibir algunas palabras de vuestra parte. A esto agrego una pregunta cuya respuesta tal vez podáis in-

cluir en la alocución. Hasta ahora, en el ejército, el espiritismo se ha propagado tan solo entre los oficiales. ¿Pensáis que sería útil que también se propagara entre los soldados? ¿Cuál sería el resultado?

R. Hace falta que la cabeza se ponga seria, para que el cuerpo la siga, y es lógico que los oficiales hayan sido los primeros en aceptar las soluciones filosóficas y sensatas que ofrece *El libro de los Espíritus*. Mediante esas lecturas, el oficial comprende mejor su deber. Se torna más serio y menos sujeto a burlarse de la tranquilidad de los familiares. Se acostumbra al orden en su interior, y la bebida y la comida dejan de ser los móviles principales de la vida. A través de ellos, los suboficiales aprenderán y propagarán; sabrán hacerlo, si lo desean. Yo les digo: ¡Adelante! ¡Siempre adelante! Es un nuevo campo de batalla para la humanidad, pero sin heridas ni metralla. Armonía, amor y deber en todas partes. Y el soldado se convertirá en un hombre liberal, en el buen sentido de la palabra. Tendrá el valor y la buena voluntad que hacen del obrero un buen ciudadano, un hombre según Dios. Seguid, pues, la nueva dirección. Sed apóstoles según Dios, y dirigíos al infatigable propagador de la doctrina, al autor del librito que me ha esclarecido.

Observación. Respecto de la influencia del espiritismo en los soldados, en otra oportunidad se dictó la siguiente comunicación:

“El soldado que se torne espírita será más fácil de gobernar, más sumiso y disciplinado, porque la sumisión le resultará un deber sancionado por la razón, mientras que por lo general es fruto de la coacción. Ya no se embrutecerán en los excesos, que muy a menudo engendran las sediciones y los inducen a desconocer la autoridad. En todos los subordina-

dos ocurre lo mismo, sea cual fuere la clase a la que pertenezcan: obreros, empleados y otros. Realizarán su tarea más concienzudamente cuando comprendan la causa que los ha puesto en esa posición en la Tierra, así como la recompensa que aguarda a los humildes en la otra vida. Lamentablemente, muy pocos creen en la otra vida, y eso hace que se entreguen por completo a la vida presente. Si bien la incredulidad es una plaga social, se encuentra sobre todo en las clases inferiores de la sociedad, donde no existe el contrapeso de la educación y el temor a la opinión pública. Cuando los que son llamados a ejercer una autoridad, cualquiera sea, comprendan que se beneficiarán con subordinados imbuidos de las ideas espíritas, harán el máximo esfuerzo para ponerlos en ese camino. Con todo, ¡paciencia! Esto llegará.

LESPINASSE

* * *

Una pasión de ultratumba

Maximilien V..., un niño de doce años que se suicidó por amor.

Leemos en *El Siglo* [*Le Siècle*], del 13 de enero de 1862:

“Maximilien V... era un jovencito de doce años, que vivía con sus padres en la calle des Cordieres. Trabajaba como aprendiz de un tapicero. El niño tenía la costumbre de leer novelas en folletín, y todo el tiempo que podía sustraerse del trabajo lo dedicaba a esa lectura, que sobrecitaba su imaginación y le inspiraba ideas ajenas a su edad. De tal modo,

llegó a pensar que se había apasionado por una persona a la que había tenido oportunidad de ver cierta vez, la cual estaba lejos de imaginarse que había sido la causa de tal sentimiento. Perdida la esperanza de ver cumplidos los sueños que esas lecturas le provocaban, el jovencito decidió quitarse la vida. Ayer, el conserje del taller lo encontró muerto en un gabinete del tercer piso, donde trabajaba solo. Se había colgado de una sogá atada a un gancho clavado en una viga del techo”.

Las circunstancias de esta muerte, ocurrida a una edad tan poco avanzada, nos hicieron pensar que la evocación del niño podría resultarnos instructiva, de modo que tuvo lugar en la Sociedad de París, en la sesión del 24 de enero último (médium: señor E. Vézy).

En ese hecho existe un problema moral difícil –cuando no imposible– de resolver con los argumentos de la filosofía ordinaria, y mucho menos con los de la filosofía materialista. Suponen que todo se explica diciendo que se trataba de un niño precoz. Pero eso no explica nada. Es como si se afirmara que es de día porque salió el sol. ¿A qué se debe esa precocidad? ¿Por qué algunos niños se adelantan a la edad normal para el desarrollo de las pasiones y de la inteligencia? Ahí se encuentra una de esas dificultades contra las cuales se enfrentan todas las filosofías, porque sus soluciones siempre dejan una cuestión sin resolver, de modo que siempre se puede preguntar el porqué del porque. En cambio, si admitís la preexistencia del alma y su desarrollo anterior, todo se explica de la manera más natural. Con ese principio os remontáis a la causa y a la fuente de todo.

1. (Al guía espiritual del médium.) ¿Podrías decirnos si podemos evocar al Espíritu del niño al que acabamos de referirnos?

Respuesta. Sí; yo lo guiaré, porque está sufriendo. Que su aparición entre vosotros sirva de ejemplo y sea una lección.

2. (A Maximilien.) ¿Sois consciente de vuestra situación?

R. Todavía no sé definir bien dónde estoy. Tengo delante una especie de velo sombrío. Hablo, pero no sé cómo me escuchan ni cómo hablo. De todos modos, veo lo que hasta hace poco estaba oscuro. Sufría, pero ya me siento aliviado.

3. ¿Recordáis las circunstancias de vuestra muerte?

R. Muy vagamente. Sé que me suicidé sin motivo. No obstante, poeta en otra encarnación, tenía una especie de intuición de mi vida pasada. Me inventaba sueños, quimeras. En fin, amaba...

4. ¿Cómo pudisteis llegar a ese extremo?

R. Acabo de responder.

5. Es raro que un niño de doce años se suicide, sobre todo por un motivo como el que os ha impulsado.

R. ¡Vosotros sois los raros! ¿Acaso no os dije que, poeta en otra encarnación, mis facultades se mantuvieron más amplias y desarrolladas que en los demás? ¡Oh! Aún en la noche donde me encuentro ahora, veo pasar a esa sílfide de mis sueños en la Tierra; y esa es la pena que Dios me inflige: verla bella y ligera siempre, pasando delante de mí; a la vez que yo, ebrio de locura y amor, deseo abrazarla... Pero... ¡Ah! Es como si me retuviera un grillete... Llamo... pero en vano. Ella ni siquiera me ve... ¡Oh! ¡Cuánto sufro entonces!

6. ¿Podéis explicar la sensación que habéis experimentado cuando os reconocisteis en el mundo de los Espíritus?

R. ¡Oh! Sí, ahora que estoy en contacto con vosotros. Mi cuerpo estaba ahí, inerte y frío, y yo vacilaba alrededor. Lloro-

ba a mares. Os asombran las lágrimas de un alma. ¡Ah! ¡Cuán ardientes son! ¡Así es, lloraba, porque acababa de reconocer la enormidad de mi falta y la grandeza de Dios...! Con todo, no estaba seguro de mi muerte: pensaba que mis ojos se abrirían... ¡Elvira! ¡Yo la llamaba...! ¡Creía verla...! ¡Ah! Ocurre que la amo desde hace mucho tiempo. Siempre la amaré... ¡No me importa si tengo que sufrir una eternidad, con tal de que pueda poseerla un día en otra encarnación!

7. ¿Qué efecto os causa encontraros aquí?

R. Me hace bien y mal a la vez. Bien, porque sé que compartís mi sufrimiento. Mal, porque a pesar de mi deseo de complaceros y aceptar vuestras plegarias, no puedo hacerlo, pues en tal caso debería tomar un camino distinto al de mis sueños.

8. ¿Qué podemos hacer que os sea útil?

R. Orar; porque la plegaria es el rocío divino que refresca nuestro corazón, el corazón de las pobres almas que sufren. Orar; aunque me parece que, si arrancarais mi amor, el amor de mi corazón, para reemplazarlo por el amor divino, no sé... ¡Ay! No creo... ¡Mirad! Ahora lloro. ¡Ay...! ¡Ay...! ¡Orad por mí!

9. (Al guía del médium.) ¿Qué tan grave es el castigo de este Espíritu por haberse suicidado? Su acción, debido a su edad, ¿es tan condenable como la de otros suicidas?

R. El castigo será terrible, pues ha sido más culpable que otros. Ya contaba con grandes facultades: la capacidad de amar intensamente a Dios, así como de hacer el bien. Los suicidas sufren castigos prolongados, pero Dios castiga aún más a los que se matan con grandes ideas en la frente y en el corazón.

10. Dijisteis que el castigo de Maximilien V... será terrible. ¿Podrías decirnos en qué consistirá? Pues parece que

ya ha comenzado. ¿Acaso se le ha reservado más de lo que ya experimenta?

R. Sin duda, porque sufre un fuego que lo consume y lo devora, y que solo habrá de cesar con el empeño de la plegaria y el arrepentimiento.

Observación. “Sufre un fuego que lo consume y lo devora”. ¿Acaso no es esa la imagen del fuego del Infierno, que se nos presenta como un fuego material?

11. ¿Existe para él la posibilidad de atenuar su castigo?

R. Así es, orando por él, y sobre todo si Maximilien se une a vuestras plegarias.

12. El objeto de su pasión, ¿comparte sus sentimientos? ¿Será que esos dos seres están destinados a unirse algún día? ¿Cuáles son las condiciones de esa unión, y cuáles son los obstáculos que la impiden actualmente?

R. ¿Será que los poetas aman a las mujeres de la Tierra? Eso creen, durante un día, una hora... Lo que aman es el ideal, una quimera creada por su imaginación ardiente; un amor que solo Dios puede colmar. Todos los poetas llevan una ficción en el corazón, una belleza ideal que creen ver pasar por la Tierra, y cuando se encuentran con una bella niña que nunca habrán de poseer, entonces dicen que el sueño se hizo realidad. Pero si tocan la realidad, caen de las regiones etéreas a la materia, y como ya no reconocen al ser que soñaron, se inventan otras quimeras.

13. (A Maximilien.) Deseamos formularos algunas preguntas más, que tal vez contribuyan a vuestro alivio. ¿En qué época vivisteis como poeta? ¿Teníais un nombre conocido?

R. Durante el reinado de Luis XV. Yo era pobre y desconocido. Amaba a una mujer, un ángel al que un día de primavera

vi pasar por un parque. Después, solo volví a verla en mis sueños, y esos sueños me prometían que algún día llegaría a poseerla.

14. El nombre de Elvira nos parece muy novelesco, lo cual nos hace pensar que solo se trata de un ser imaginario.

R. No; era una mujer. Sé su nombre porque un caballero que pasaba cerca de ella la llamó Elvira. ¡Ah! ¡Era realmente la mujer que mi imaginación había soñado! Todavía la veo, siempre bella y embriagadora. Es capaz de hacerme olvidar a Dios para verla e ir en busca de ella.

15. Sufrís y podríais seguir sufriendo durante mucho tiempo. De vos depende abreviar vuestros tormentos.

R. ¡Qué me hace a mí sufrir! ¡Vosotros no sabéis lo que significa un deseo insatisfecho! ¿Acaso mis deseos son carnales? Sin embargo, me queman. Y cuando pienso en ella, los latidos de mi corazón son más fuertes que cuando pienso en Dios.

16. Lo lamentamos sinceramente. Para trabajar en vuestro adelanto es necesario que seáis útil y que penséis más en Dios. Es necesario que pidáis una reencarnación solo con miras a reparar los errores y la inutilidad de vuestras últimas existencias. No os pedimos que olvidéis a Elvira, sino que penséis un poco menos exclusivamente en ella, y un poco más en Dios, que puede abreviar vuestros tormentos si hacéis lo necesario.

R. ¡Gracias! Orad e intentad arrancarme a Elvira del corazón. ¡Tal vez os lo agradezca algún día!

Causas de incredulidad

Señor Allan Kardec:

He leído con mucha desconfianza, y diré incluso, con un sentimiento de incredulidad, vuestras primeras publicaciones acerca del espiritismo. Más tarde, las he releído con suma atención, al igual que el resto de vuestras obras, a medida que estas aparecían. Debo decirle, sin preámbulos, que yo pertenecía a la escuela materialista, debido a que, entre todas las sectas filosóficas o religiosas, era la más tolerante y la única que no se levantaba en armas para defender a un Dios que dijo por boca del Maestro: “Los hombres demostrarán que son mis discípulos cuando se amen unos a otros”. Además, ocurre que la mayoría de los guías, que la sociedad dispone para inculcar en las mentes jóvenes las ideas de moral y religión, parecen destinados a sembrar el temor en las almas, en vez de enseñarles a conducirse bien, a esperar una recompensa para sus penas, una compensación por sus aflicciones. De tal modo, los materialistas de todas las épocas, y principalmente los filósofos del siglo pasado, la mayoría de los cuales iluminaron las artes y las ciencias, han incrementado el número de sus prosélitos a medida que la instrucción emancipaba a los individuos. Prefirieron la nada en lugar de los tormentos eternos.

Es lógico que el desdichado compare; y como la comparación resulta desventajosa para él, duda de todo. En efecto, cuando se observa el vicio en la opulencia y la virtud en la miseria, si no se presenta una doctrina racional y demostrada mediante los hechos, la desesperación invade el alma, y uno se pregunta qué gana con ser virtuoso, de modo que atribuye los escrúpulos de la conciencia a los prejuicios y los errores de una primera educación.

Ignoro el empleo que haréis de mi carta, y os dejo en plena libertad para disponer de ella, pero creo que no será inútil dar a conocer aquí las causas que operaron mi conversión.

Yo había escuchado hablar vagamente acerca del magnetismo. Algunos lo consideraban un hecho serio y auténtico, en tanto que otros lo veían como una sandez, de modo que no me detuve en el asunto. Mas tarde, en todas partes comencé a escuchar que se referían a las mesas giratorias, a las mesas parlantes, etc. Pero se usaba para estas el mismo lenguaje que para el magnetismo, y tampoco me interesé demasiado. No obstante, debido a una circunstancia absolutamente imprevista, dispuse del *Tratado de magnetismo y sonambulismo* [*Traité de magnétisme et de somnambulisme*] del señor Aubin Gauthier. Leí esa obra con una disposición de ánimo en constante rebeldía contra su contenido, pues lo que en ella se explicaba me parecía extraordinario, imposible. Hasta que llegué a esta página, en la que ese hombre honesto dice: “No pretendemos que se nos crea a ciegas, sino que se experimente de acuerdo con los principios indicados, y si se reconoce que lo que anticipamos es verdad, tan solo pedimos que lo realicen de buena fe y que lo admitan”.

Ese lenguaje de una certeza razonada, que solo el hombre práctico puede tener, detuvo toda mi efervescencia e hizo que mi espíritu se sumiera en la reflexión y decidiera experimentar. Al principio operé sobre el hijo de un pariente, de unos dieciséis años, y el éxito que obtuve superó todas mis expectativas. Sería difícil expresaros la confusión que me invadió. Desconfiaba de mí mismo y me preguntaba si no sería víctima de ese niño que, al adivinar mis intenciones, realizaba las payasadas de una simulación para luego burlarse de mí. A fin de cerciorarme, tomé algunos de los recaudos indicados y

llamé de inmediato a un magnetizador. Entonces, obtuve la certeza de que el niño se hallaba realmente bajo la influencia magnética. Ese primer ensayo me animó tanto que acabé por entregarme a esta ciencia, la totalidad de cuyos fenómenos tuve oportunidad de observar, a la vez que pude constatar la existencia del agente invisible que los producía.

¿Cuál es ese agente? ¿Quién lo dirige? ¿Cuál es su esencia? ¿Por qué no es visible? Tales son las preguntas que me resulta imposible responder, pero que me llevaron a leer lo que se escribió a favor y en contra de las mesas parlantes, porque supuse que si un agente invisible podía producir los efectos que yo presenciaba, otro agente, o tal vez el mismo, podía producir otros. De ahí concluí que el hecho era posible, y actualmente creo, si bien todavía no he visto nada al respecto.

Todos esos hechos son, por sus efectos, tan sorprendentes como el espiritismo, al que los críticos, por otra parte, solo han combatido débilmente y sin alterar ninguna convicción. No obstante, lo que caracteriza al espiritismo, mucho más que los efectos materiales, son los efectos morales. Resulta evidente para mí que todo hombre que se ocupe de él seriamente, si es bueno, será mejor. Si es malo, modificará necesariamente su carácter. Antaño, la esperanza era tan solo una cuerda de la que se colgaban los desdichados. Con el espiritismo, la esperanza es un consuelo, los padecimientos son una expiación; y el Espíritu, en vez de rebelarse contra los decretos de la Providencia, soporta con paciencia sus miserias, no maldice a Dios ni a los hombres, y avanza siempre hacia su perfección. Si yo me hubiera nutrido con estas ideas, sin duda no habría pasado por la escuela del materialismo, de la que me alegra mucho haberme alejado.

Como veis, señor, por más rudas que hayan sido las batallas a que me libré, mi conversión tuvo lugar, y vos sois uno de los que más contribuyeron a eso. Registradla en vuestros archivos, porque no será una de las menores. A partir de ahora, contadme entre vuestros adeptos.

GAUZY

Ex Oficial, rue Saint-Louis n.º 23,
Batignolles (París).

Observación. Esta conversión es otro ejemplo de la causa más común de incredulidad. Mientras algunos hechos que la razón repele se presenten como verdades absolutas, habrá incrédulos y materialistas. Para lograr que alguien crea, es necesario hacer que comprenda. Nuestro siglo así lo quiere, y debemos avanzar con el siglo si no pretendemos sucumbir. Con todo, para hacer que se comprenda, todo debe ser lógico: principios y consecuencias. El señor Gauzy enuncia una gran verdad cuando dice que el hombre prefiere la idea de la nada, que pone fin a sus penas, antes que esa perspectiva de torturas interminables, de las que resulta difícil escaparse, razón por la cual busca disfrutar lo más posible mientras se encuentra en la Tierra. Preguntadle, a un hombre que sufre mucho, si prefiere morir de inmediato o vivir cincuenta años en el dolor. Su elección será indudable. Quien pretende demostrar mucho, no demuestra nada; a fuerza de exagerar las penas, termina por hacer que no se crea en nada. Y estamos seguros de que muchas personas coinciden con nosotros, cuando afirmamos que la doctrina del diablo y de las penas eternas ha generado la mayor cantidad de materialistas, y que la doctrina de un Dios que crea seres para entregarlos en su inmensa mayoría

a torturas sin esperanza, por causa de faltas temporarias, ha generado la mayor cantidad de ateos.

Respuesta de una dama a la carta de un clérigo acerca del espiritismo

Nos informan desde Burdeos que un clérigo de esa ciudad escribió, el 8 de enero último, la siguiente carta a una dama muy anciana y enferma. Hemos recibido formalmente la autorización para publicar esa carta, así como la respuesta que se le brindó.

“Señora:

”Lamento no haber podido, el día de ayer, conversar con vos *en particular* respecto de ciertas prácticas religiosas contrarias a la enseñanza de la santa Iglesia. Se habló mucho de ese asunto respecto de vuestra familia, e incluso acerca de un grupo. Me alegraría mucho, señora, saber que no sentís más que desprecio por esas supersticiones diabólicas, y que os mantenéis vinculada a los dogmas invariables de la religión católica.

”Tengo el honor, etc.”

X...

Respuesta

“Mi estimado señor abad:

”Dado que mi madre se encuentra muy enferma para responder por sus propios medios vuestra bondadosa carta del 8 del corriente, lo hago por ella y de su parte, a fin de tranquiliz-

zar vuestra preocupación respecto de los peligros que pueden correr tanto ella como su familia.

”En mi casa no se realiza, señor, ninguna práctica religiosa que pueda preocupar a los católicos más fervientes, a menos que el respeto y la plegaria por los muertos, la fe en la inmortalidad del alma, una confianza ilimitada en el amor y la bondad de Dios, una observancia —tan estricta como lo permite la naturaleza humana— de las doctrinas sagradas del Cristo, sean *prácticas* reprobadas por la santa Iglesia católica.

”En cuanto a lo que se pueda decir de mi familia, *e incluso acerca de un grupo*, estoy tranquila, pues nunca se dirá, ni ahí ni en otra parte, que alguno de nosotros haya hecho algo por lo que deba avergonzarse o esconderse, y no me avergüenzo ni me escondo al admitir los desarrollos y la claridad que las *manifestaciones espíritas* difunden para mi bien y el de otros sobre lo que estaba oscuro, desde el punto de vista de mi inteligencia, respecto de todo lo que parecía escapar a las leyes de la naturaleza. A esas *supersticiones diabólicas* les debo el hecho de creer, con sinceridad y gratitud, en todos los milagros que la Iglesia nos presenta como artículos de fe, y que hasta ahora me parecían símbolos, o más bien —debo confesarlo— fantasías. Mi alma les debe una tranquilidad que hasta entonces no había podido alcanzar, a pesar de mis esfuerzos; les debo la fe, la fe sin límites, sin reflexiones ni comentarios; la fe, en fin, tal como la santa Iglesia la ordena a sus hijos, como el Señor debe exigirla a sus criaturas, y como nuestro divino Salvador la predicó de palabra y con el ejemplo.

”Despreocupaos, pues, muy querido señor, pues el buen Pastor ha reunido alrededor suyo a las ovejas indiferentes que por costumbre lo seguían maquinalmente y que, ahora, lo siguen y lo seguirán siempre con amor y gratitud. El divino

Maestro perdonó a santo Tomás el hecho de haber creído tan solo después de ver. ¡Pues bien! Ahora regresa para que los incrédulos toquen su costado y sus manos, y los que dudaban se acerquen con un amor indescriptible para abrazar sus pies sangrantes y agradecer a ese Padre bueno y misericordioso por haber permitido que esas verdades inmutables se tornen *palpables*, para fortalecer a los débiles e iluminar a los ciegos que todavía se rehúsan a ver la luz que brilla desde hace tantos siglos.

”Permitidme ahora que rehabilite a mi madre ante la santa Iglesia. De toda la familia, mi marido y yo somos los únicos que tenemos la dicha de seguir este camino que cada uno es libre de juzgar desde su punto de vista. Así pues, me apresuro a tranquilizaros en ese sentido. En cuanto a mí, personalmente, encontré mucha fuerza y consuelo en la *certeza palpable* de que aquellos a los que habíamos amado, y que lloramos, están siempre junto a nosotros, predicándonos el amor de Dios por sobre todas las cosas, el amor al prójimo, la caridad en todos sus aspectos, la abnegación, el olvido de las injurias, el bien por el mal (lo cual, según creo, no se aparta de los dogmas de la Iglesia), y de que, sea lo que fuere que ocurra aquí en la Tierra, me atengo a lo que *sé*, a lo que he *visto*, rogando a Dios que se digne enviar sus consolaciones a los que, como yo, no se atrevían a reflexionar acerca de los misterios de la religión, por temor a que esta pobre razón humana, que no quiere admitir lo que comprende, destruyera las creencias que la costumbre me causaba la *ilusión* de poseer.

”Agradezco, pues, al Señor, quien en su bondad y poder indiscutibles permite que los ángeles y los santos ahora realicen *visiblemente*, para salvar a los hombres de la duda y de la negación, lo que había permitido al demonio para perderlos desde la creación del mundo. Todo es posible para Dios,

incluso los milagros. Actualmente, lo reconozco con dicha y confianza.

”Tened a bien, querido señor abad, recibir mi sincero agradecimiento por el interés que nos profesáis, y creedme que hago ardientes votos para que en todos los corazones entren la fe y el amor que tengo la dicha de poseer en la actualidad.

”Recibid..., etc.”

ÉMILIE COLLIGNON

Observación. No realizaremos comentario alguno respecto de esta carta, y dejamos al lector la tarea de valorarla. Apenas diremos que conocemos muchas cartas más, que se han escrito en el mismo sentido. El siguiente pasaje de una de ellas puede resumirlas, si no en cuanto a los términos, al menos por su sentido:

“Si bien nací y fui bautizada en la religión católica, apostólica y romana, al cabo de treinta años, es decir, desde mi primera comunión, había olvidado mis plegarias y el camino que lleva a la iglesia. En una palabra, ya no creía en nada, excepto en la realidad de la vida presente. Hasta que, por una gracia del Cielo, el espiritismo llegó para abrirme los ojos. Ahora, los hechos hablan por mí. No solo creo en Dios y en el alma, sino en la vida futura dichosa o desgraciada. Creo en un Dios justo y bueno, que castiga los actos malos y no las creencias erróneas. Como un mudo que recobra la palabra, me acordé de mis plegarias, y oro, ya no con los labios y sin comprender, sino de corazón, con inteligencia, fe y amor. Hasta hace poco tiempo, me parecía una debilidad el hecho de acercarme a los sacramentos de la Iglesia. Ahora, considero que recibirlos es un acto de humildad agradable a Dios. Vos, señor abad, me

rechazáis incluso del tribunal de la penitencia; me imponéis ante todo una retractación formal de mis creencias espíritas. Pretendéis que renuncie a conversar con el hijo amado que he perdido, y que viene a decirme palabras tan tiernas y consoladoras. ¡Pretendéis que declare que ese hijo, al que reconozco como si estuviera vivo delante de mí, es el demonio! No, una madre no se engaña tan groseramente. ¡Con todo, señor abad, las propias palabras de ese hijo, que me convenció de la existencia de la vida futura, me hicieron volver a la iglesia! Entonces, ¿cómo pretendéis que yo crea que es el demonio? Si esta debiera ser la última palabra de la Iglesia, me pregunto qué ocurrirá cuando todo el mundo sea espírita.

”Me habéis acusado desde lo alto del púlpito; hicisteis que me señalaran con el dedo; lanzasteis en mi contra un populacho fanático; lograsteis que despidan a una pobre mujer del trabajo que le permitía vivir, solo porque compartía mis creencias, y le dijisteis que recibiría ayuda si dejaba de verme, amenazándola con el hambre. Francamente, señor abad, ¿Jesucristo habría hecho eso?

”Decís que obráis conforme a vuestra conciencia. No temáis que yo os enfrente, pero dejadme obrar conforme a la mía. Me expulsasteis de la Iglesia, y no haré el intento de entrar en el templo por la fuerza, porque la plegaria es agradable a Dios en todas partes. Tan solo dejadme que os cuente la historia de las causas que me alejaron de ella hace tanto tiempo, y que desde el principio sembraron la duda en mí, para luego llevarme a negarlo todo. Si ahora soy maldita, como vos pretendéis, veréis a quién le cabe esa responsabilidad. (...)”

Observación. Las reflexiones a que dan lugar estos hechos se resumen en dos palabras: ¡Fatal imprudencia! ¡Fatal cegue-

ra! Tenemos a la vista un manuscrito titulado: *Memorias de un incrédulo* [*Mémoires d'un incrédule*], que contiene una curiosa relación de las causas que llevan al hombre a las ideas materialistas, así como de los medios que pueden devolverle la fe. Aún no sabemos si el autor se decidirá a publicarlo.

El panadero inhumano. Suicidio

Una correspondencia de Crefled (Prusia renana), del 25 de enero de 1862, publicada en el Constitucional [*Le Constitutionnel*] del 4 de febrero, contiene el hecho siguiente:

“Una viuda pobre, madre de tres hijos, entró a la tienda de un panadero y le suplicó que le vendiera un pan al fiado. El panadero se negó. La viuda redujo su ruego a medio pan, y luego a una libra de pan, tan solo para dársela a sus hijos hambrientos. El panadero volvió a negarse y se dirigió al fondo del local. La viuda, entonces, creyendo que nadie la veía, tomó un pan y se fue. Sin embargo, el robo fue descubierto de inmediato y lo denunciaron a la policía.

”Un agente se presentó en la casa de la viuda y la descubrió cortando el pan para darlo a sus hijos. Ella no negó el robo, pero se excusó en la necesidad. El agente de policía, aunque censuraba la dureza del panadero, insistió para que la viuda lo acompañara a la comisaría.

”Ella solo le pidió unos instantes para cambiarse de ropa. Entró en su cuarto, pero se demoró tanto en salir, que el agente perdió la paciencia y decidió abrir la puerta: la desdichada estaba tirada en el suelo, bañada en sangre. Con el mismo

cuchillo con que acababa de cortar el pan para sus hijos, la viuda había puesto fin a sus días”.

Esta noticia fue leída en la Sociedad de París, en la sesión del 14 de febrero de 1862, de modo que se propuso realizar la evocación de la desdichada mujer, pero ella se manifestó espontáneamente a través de la comunicación que se transcribe más adelante. Ocurre a menudo que Espíritus como este se revelan de esa manera, y no cabe duda de que son atraídos con el pensamiento, que constituye una especie de evocación tácita. Saben que nos ocupamos de ellos, y se hacen presentes. Entonces se comunican, en caso de que la ocasión les parezca oportuna, o si encuentran un médium que les resulte conveniente. Esto permite comprender que no hay necesidad de disponer de un médium, y ni siquiera de ser espírita, para atraer a los Espíritus que nos preocupan.

“Dios ha sido bueno con esta pobre extraviada, y vengo a agradeceros por el afecto que me profesasteis. ¡Oh! Ante la miseria y el hambre de mis pobres hijitos, me olvidé y fallé. Entonces pensé: ‘Como no puedes alimentar a tus hijos, y el panadero les niega el pan a los que no pueden pagarlo, y como no tienes dinero ni trabajo: ¡muere! Porque cuando tú ya no estés más, alguien vendrá para ayudarlos’. En efecto, hoy la caridad pública adoptó a esos pobres huérfanos. Dios me perdonó, pues vio mi razón tambaleante y mi tremenda desesperación. He sido la víctima inocente de una sociedad muy mal organizada. ¡Oh! Agradeced a Dios porque os hizo nacer en este bello país de Francia, donde la caridad va en busca de todas las miserias para aliviarlas.

”Orad por mí, para que pronto pueda reparar la falta que cometí, no por cobardía sino por amor maternal. ¡Cuán buenos son vuestros Espíritus protectores! Me consuelan, me

dan fuerza y valor, diciéndome que mi sacrificio no le resultó desagradable al gran Espíritu que, bajo la mirada y la mano de Dios, preside los destinos humanos.”

La pobre MARY (Médium: señor d’Ambel.)

Luego de esta comunicación, el Espíritu de Lamennais realizó la siguiente apreciación sobre el asunto de que se trata:

“Esta desdichada mujer es una de las víctimas de vuestro mundo, de vuestras leyes y de vuestra sociedad. Dios juzga a las almas, pero también juzga los tiempos y las circunstancias; juzga las acciones forzosas y la desesperación; juzga el fondo y no la forma. Y yo me atrevo a afirmar que esta desdichada no murió por un crimen, sino por pudor, por miedo a la vergüenza. Ocurre que ahí donde la justicia humana es inexorable y juzga y condena las acciones materiales, la justicia divina contempla el fondo del corazón y el estado de la conciencia. Sería de desear que se desarrollara en algunas naturalezas privilegiadas un don que resultaría muy útil, no para los tribunales, sino para el adelanto de algunas personas: ese don es una especie de sonambulismo del pensamiento, que descubre muy a menudo las cosas ocultas, pero que el hombre habituado al curso de la vida descuida y atenúa por su falta de fe. No hay duda de que un médium de ese tipo, al examinar a esa pobre mujer, habría dicho: ‘Esta mujer recibe la bendición de Dios porque es desdichada, y ese hombre es maldito porque le negó un pan’. ¡Oh, Dios! ¿Cuándo serán reconocidos y puestos en práctica todos tus dones? Ante tu Justicia, el que negó un pan será castigado, porque Cristo ha dicho: ‘El que da pan a su prójimo, a mí me lo da.’”

LAMENNAIS (Médium: señor A. Didier.)

DISERTACIONES ESPÍRITAS

**A los miembros de la Sociedad de París
que vuelven a Rusia**

(Sociedad Espírita de París, abril de 1862.

Médium: señor E. Vézzy.)

Nota. Varias distinguidas personalidades rusas habían viajado a París para pasar el invierno, principalmente con el propósito de completar su instrucción espírita, para lo cual fueron recibidas como miembros de la Sociedad, a fin de que pudieran asistir regularmente a las sesiones. Algunas de ellas ya habían regresado a su país, entre las cuales se hallaba el príncipe Dimitry G..., a la vez que otras lo harían al día siguiente. Dicha circunstancia motivó esta comunicación espontánea:

“Id y enseñad, dijo el Señor. Esta noche me dirijo a vosotros, hijos de esta gran familia en formación. Retornáis a vuestra patria y a vuestras familias. Ya en el hogar, no olvidéis lo que otro padre, el Padre celestial, ha tenido a bien comunicaros y daros a conocer. Id y, sobre todo, que el grano esté siempre listo para ser lanzado en los surcos que vais a abrir en esa tierra, que en sus entrañas no tiene suficientes piedras para no ceder al arado. Vuestra patria ha sido llamada a ser grande y fuerte, no solo por la literatura, la ciencia, el genio y el número, sino también por su amor y su devoción hacia el Creador de todas las cosas. Así pues, que vuestra caridad se torne vasta y potente. No temáis prodigar a manos llenas alrededor vuestro. ¡Enseñad que la caridad no se hace tan solo con la limosna, sino también con el corazón...! ¡El corazón

es la gran fuente del bien, la fuente de los efluvios que deben propagarse y alentar la vida de los que sufren a vuestro lado...! Id, nuevos apóstoles de Cristo, y predicad el Evangelio. Dios os ha puesto en el mundo para que todos puedan veros y para que vuestras palabras sean bien comprendidas. No obstante, mirando siempre el Cielo y la Tierra, es decir, a Dios y a la humanidad, llegaréis a la gran meta que os proponéis y para lo cual nosotros os ayudamos. El campo es vasto. Id, pues, y sembrad, para que nosotros podamos cosechar en breve.

”Podéis anunciar en todas partes que el gran Reino llegará pronto, reino de dicha y alegría para todos los que se hayan propuesto creer y amar, porque tomarán parte en él.

”Recibid, pues, antes de partir, el último consejo que os damos bajo el hermoso cielo que todo el mundo ama: ¡el cielo de Francia! Recibid el último adiós de estos amigos que continuarán ayudándoos en el rudo camino que habréis de recorrer allá. Con todo, nuestras manos invisibles os lo harán más fácil; y si sabéis poner perseverancia, voluntad y valor, veréis que los obstáculos desaparecen ante vuestros pasos.

”¡Cuánta sorpresa, cuánta admiración despertaréis en los que escuchen salir de vuestros labios estas palabras: ‘¡Todos los hombres son hermanos y deben apoyarse unos a otros para avanzar!’ Sonreirán al veros profesar esa doctrina, y dirán por lo bajo: ‘Dicen cosas hermosas e importantes, pero ¿no serán como balizas, que señalan el camino sin recorrerlo?’

”Mostrad, mostradles entonces, que el espíritu, ese apóstol nuevo de Cristo, no se encuentra en medio del camino para indicar la meta, sino que se arma con el hacha y el machete y se lanza en medio de las malezas más sombrías y oscuras para allanar el camino y liberar de las zarzas a quienes lo siguen. Así es, los nuevos discípulos de Cristo deben ser fuertes y avanzar

siempre con paso firme y buenas manos. No habrá barreras ante ellos, pues todas habrán de caer mediante su esfuerzo y sus golpes. Los densos bosques, las lianas y las zarzas se apartarán para que por fin se vea un poco de cielo.

”Entonces, ahí estará el consuelo y la dicha. ¡Qué recompensa para vosotros! Los Espíritus bienaventurados os exclamarán: ‘¡Bravo! ¡Bravo!’ Hijos, pronto seréis de los nuestros, y pronto os llamaremos nuestros hermanos, porque habréis sabido cumplir la tarea que os impusisteis voluntariamente. Dios guarda grandes recompensas para el que acude a trabajar en su campo, y entrega la cosecha a los que contribuyen al gran trabajo.

”Así pues, id en paz. Id, que nosotros os bendecimos. Que esta bendición os llene de felicidad y de valor. No olvidéis a ninguno de vuestros hermanos de la gran sociedad de Francia, quienes hacen votos por vosotros y por vuestra patria, que el espiritismo tornará poderosa y fuerte. ¡Id! ¡Los Espíritus buenos os asisten!”

SAN AGUSTÍN

* * *

Relaciones amistosas entre los vivos y los muertos

(Sociedad Espírita de Argel. Médium: señor B...)

¿Por qué, durante nuestras conversaciones con los Espíritus de las personas que más hemos querido, experimentamos una incomodidad, e incluso una frialdad, que nunca habíamos sentido cuando estaban vivas?

Respuesta. Porque vosotros sois materiales y nosotros ya no lo somos. Voy a hacerte una comparación que, como todas las comparaciones, no será del todo exacta, aunque suficiente para lo que pretendo decir.

Supongamos que sientes por una mujer una de esas pasiones que solo los novelistas pueden imaginar entre vosotros, y a las que consideras exageradas, mientras que para nosotros no difieren mucho de las que conocemos en la vastedad de lo infinito.

Prosigo la suposición. Después de haber tenido, durante algún tiempo, la dicha inefable de hablar diariamente con esa mujer, así como de contemplarla cuanto quisieras, una circunstancia hace que ya no puedas verla y debas contentarte apenas con escucharla. ¿Acaso crees que tu amor resistiría sin ninguna brecha una situación de esa naturaleza, indefinidamente prolongada? Admite que sufriría alguna transformación, o lo que nosotros denominaríamos una *disminución*.

Vallamos más lejos. No solo ya no puedes ver a esa bella amiga, sino que tampoco puedes escucharla. Ha sido secuestrada y no te permiten acercarte a ella. Prolonga esa situación durante algunos años y verás lo que ocurre.

Ahora demos un paso más. Ella, la mujer que amas, ha muerto. Hace mucho tiempo que se encuentra sepultada en las tinieblas de la tumba. Es un nuevo cambio para ti. No quiero decir que la pasión haya muerto con su objeto, pero sostengo que al menos se transformó. Lo hizo a tal punto que si, por un favor celestial, la mujer que tanto extrañas y que siempre lloras se presentara ante ti, no en la atroz realidad del esqueleto sepultado en el cementerio, sino con la forma que tú amabas y adorabas hasta el éxtasis, ¿estás seguro de que el

primer efecto de esa aparición imprevista no sería un sentimiento de profundo terror?

Como ves, amigo mío, ocurre que las pasiones, los afectos vivos, solo son posibles en toda su extensión entre personas de la misma naturaleza: entre encarnados y encarnados, entre Espíritus y Espíritus. Con esto no pretendo decir que todo afecto deba acabarse con la muerte, sino que cambia de naturaleza y toma otro carácter. En una palabra, quiero decir que en vuestra Tierra conserváis un buen recuerdo de los que habéis amado, pero que, dado que la materia en cuyo medio vivís no os permite comprender ni practicar otra cosa más que amores materiales, y que esa clase de amor es necesariamente imposible entre vosotros y nosotros, a eso se debe que vosotros os volváis tan indiferentes y fríos en vuestras relaciones con nosotros. Si quieres convencerte, relee algunas conversaciones espíritas entre parientes, amigos o conocidos: te parecerán gélidas a tal punto que podrían helar a los habitantes de los polos.

No os queremos menos por eso, ni nos entristecemos, toda vez que seamos bastante elevados en la jerarquía de los Espíritus para notarlo y comprenderlo. Con todo, naturalmente, eso tampoco deja de ejercer alguna influencia en nuestra manera de ser para con vosotros.

Recordarás la historia de *Hanifa*, que, ante la posibilidad de comunicarse con su querida hija, a la que tanto lloraba, le hizo esta primera pregunta: *¿Hay un tesoro escondido en esta casa?* ¡Qué bella mistificación recibió en respuesta! Ella no lo había robado.

Amigo mío, pienso que he dicho lo suficiente para que comprendas la causa del malestar que existe necesariamente entre vosotros y nosotros. Habría podido decir más; por ejem-

plo, que nosotros vemos vuestras imperfecciones e impurezas del cuerpo y el alma, y que, de vuestro lado, sois conscientes de que nosotros las vemos. Admite que esto es incómodo para ambas partes. Coloca a los dos amantes más apasionados en esa caja de cristal donde todo se ve, tanto en lo moral como en lo físico, y pregúntate lo que ocurrirá.

En cuanto a nosotros, animados por un sentimiento de caridad que no podéis comprender, somos para con vosotros como la buena madre, a quien las dolencias y la suciedad del hijo llorón, que le quita el sueño, no logran que olvide un solo instante los sublimes instintos de la maternidad. Os vemos débiles, feos, malos; y sin embargo os amamos, porque tratamos de mejoraros. En cambio, vosotros no sois justos cuando nos teméis más de lo que nos amáis.

DÉSIRÉ LÉGLISE

Poeta argelino, muerto en 1851.

* * *

Las dos lágrimas

(Sociedad Espírita de Lyon; grupo Villon.

Médium: señora Bouilland.)

Un Espíritu, que estaba de visita en la Tierra, debía abandonarla por la fuerza, pues había llegado de una región muy inferior. Sin embargo, solicitó una prueba, y Dios no se la negó. Por desgracia, la expectativa que había alimentado al ingresar en el mundo terrestre no pudo realizarse, y dado que su abrupta naturaleza lo dominaba, pasó cada uno de sus días cometiendo atroces crímenes. Los Espíritus guardianes de los

hombres intentaron durante mucho tiempo desviarlo de su camino, pero se cansaron de luchar y dejaron al desdichado a merced de sí mismo, casi temerosos de su contacto. No obstante, todo llega a su fin. Tarde o temprano, el crimen se descubre, y la justicia represiva de los hombres impone al culpable la pena del talión. Esta vez, no fue ojo por ojo, sino ojo por diente. Ayer, ese Espíritu, después de permanecer medio siglo en la Tierra, debía regresar al espacio para que fuera juzgado por el Juez supremo, que pesa las faltas mucho más inexorablemente que vosotros.

Los Espíritus guardianes regresaron con el condenado, pero en vano buscaron introducir el arrepentimiento en esa alma rebelde. En vano colocaron junto a él a los Espíritus de su familia, para que pudieran arrancarle un suspiro de pesar, o una señal siquiera. El momento fatal se aproximaba, pero nada conmovía esa naturaleza inflexible y, por decirlo de algún modo, bestial. Un solo lamento, antes de que dejara la vida, habría podido aliviar los pesares de ese infeliz, condenado por los hombres a perder la vida, y por Dios a incesantes remordimientos: una tortura horrible, semejante a la del buitre que devora el corazón que se regenera incesantemente.

Mientras los Espíritus trabajaban sin descanso para que en el condenado surgiera al menos la idea del arrepentimiento, otro Espíritu, un Espíritu encantador, dotado de una sensibilidad y una ternura sublimes, rondaba una cabeza muy querida, todavía viva, y le decía: “Piensa en ese desdichado que va a morir; háblame de él”. Cuando la caridad es simpática, cuando dos Espíritus se entienden y son cual uno solo, el pensamiento es como eléctrico. De inmediato, el Espíritu encarnado dijo a esa mensajera del amor: “Hija mía, trata de inspirar un poco de arrepentimiento a ese miserable que va a

morir. ¡Ve, y consuélalo!” Y con ese pensamiento, al comprender el inmenso dolor que el desdichado criminal habría de sufrir por su expiación, una lágrima furtiva cayó de los ojos del único que, en esa madrugada, se desvelaba pensando en aquel ser impuro, que pronto habría de rendir cuentas. La dulce mensajera recogió esa lágrima benéfica en el hueco de su pequeña mano y, con un rápido vuelo, la condujo al tabernáculo que guarda esas reliquias, para hacer su oración: “Señor, un impío va a morir. Vos lo condenasteis, pero también dijisteis que perdonas al arrepentido y que eres indulgente con el remordimiento. Esta es una lágrima de auténtica caridad, que salió del corazón y llegó a los ojos del ser que más amo en el mundo. Os traigo esta lágrima, que es el rescate del sufrimiento. Otorgadme el poder de ablandar el corazón empedernido del Espíritu que va a expiar sus crímenes”. El Maestro le respondió: “Ve, hija mía. Esta lágrima bendita puede pagar muchos rescates”.

La dulce niña partió. Llegó junto al criminal en el momento del suplicio. Lo que le dijo, solo Dios lo sabe. Lo que ocurrió en ese ser perdido, nadie lo comprendió. No obstante, cuando abrió sus ojos a la luz, vio que se desplegaba ante él todo un pasado aterrador. Él, que no se había conmovido ante el instrumento fatal. Él, que se había sonreído ante la condena a muerte, alzó la mirada y una gruesa lágrima, candente como el plomo fundido, cayó de sus ojos. Ante esa prueba silenciosa, que confirmaba que su plegaria había sido escuchada, el ángel de la caridad extendió sobre el criminal sus blancas alas, recogió la lágrima y pareció decir: “¡Desdichado! Sufrirás menos: llevo conmigo tu redención”.

¡Qué gran contraste puede inspirar la caridad del Creador! Por un lado, el ser más impuro, en los grados más bajos de la

escala; por el otro, el ángel más casto, que, próximo a ingresar en el mundo de los elegidos, acude ante una señal para extender su protección visible sobre aquel paria de la sociedad. Desde lo alto de su poderoso tribunal, Dios bendecía la conmovedora escena, y nosotros, que acompañábamos a la niña, le decíamos. “Ve a recibir tu recompensa”. La dulce mensajera se elevó a los cielos, llevando en su mano la lágrima de lava, y pudo decir: “¡Maestro: él lloró! ¡Aquí está la prueba!”. Entonces, el Señor respondió: “Muy bien. Conservad vosotros esa primera gota de rocío del corazón endurecido. Que esa lágrima fecunda riegue a ese Espíritu reseco por el mal. Pero guardad sobre todo la primera lágrima que esta niña me trajo. Que esta gota de agua se convierta en un diamante puro, porque ella es la perla inmaculada de la verdadera caridad. Narrad este ejemplo a los pueblos, y decidles: ‘Solidarios unos con otros, ved esta lágrima de amor a la humanidad, y esta otra lágrima de remordimiento que la plegaria obtuvo. Estas dos lágrimas serán las piedras más preciosas del vasto cofre de la caridad’.”

CÁRITA

* * *

Los dos Voltaire

(Sociedad Espírita de París; grupo Faucherand.
Médium: señor E. Vézy.)

Sí, soy yo; pero no soy ese espíritu burlón y cáustico de antaño. El reyezuelo del siglo dieciocho, que dominaba con su pensamiento y su genio a tantos grandes soberanos, ahora ya no tiene en los labios esa sonrisa mordaz que hacía temblar

a los enemigos, ¡y también a los amigos! ¡Mi cinismo desapareció ante la revelación de las grandes cosas que yo pretendía tocar, y que solo conocí más allá de la muerte!

¡Pobres cerebros, demasiado estrechos para contener tantas maravillas! Humanos: callaos, humillaos ante la Potencia suprema. Admirad y contemplad: esto es lo que podéis hacer. ¿Cómo pretendéis ahondar en Dios y en su gran trabajo? ¿No se quiebra acaso vuestra razón, a pesar de todos sus recursos, ante el átomo y el grano de arena que no puede definir?

Yo dediqué mi vida a buscar y conocer a Dios y su principio. Mi razón se debilitó, y si bien no llegué a negar a Dios, negué su gloria, su poder y su grandeza. Me lo explicaba desenvolviéndose en el tiempo. Una intuición celestial me decía que rechazara ese error, pero no la escuché, y me convertí en el apóstol de una doctrina engañosa... ¿Sabéis por qué? Porque en el tumulto y el fragor de mis pensamientos, que entrechocaban sin cesar, solo veía una cosa: ¡mi nombre grabado en el frontispicio del templo de la memoria de las naciones! Solo veía la gloria que me prometía esa juventud universal que me rodeaba y parecía degustar con suavidad y delicia el jugo de la doctrina que yo le enseñaba. No obstante, empujado por no sé qué remordimiento de la conciencia, quise detenerme, pero era demasiado tarde. Como toda utopía, todo sistema que abrazáis os arrastra. Al principio, os lleva en su corriente; después, os destruye, pues su caída es a veces muy rápida y violenta.

Creedme, vosotros, que estáis aquí en busca de la verdad: la encontraréis cuando hayáis alejado de vuestro corazón el amor a los oropeles, que un necio amor propio y un necio orgullo hacen brillar ante vuestros ojos. En el nuevo camino que recorréis, no temáis combatir el error y derribarlo cuando

os enfrente. ¿Acaso no es una monstruosidad promover un engaño contra el cual nadie se atreve a defenderse, porque formasteis discípulos que os han superado en vuestras creencias?

Ya veis, amigos míos, el Voltaire de hoy ha dejado de ser el del siglo dieciocho. Soy más cristiano, porque vengo aquí para haceros olvidar mi gloria y recordaros lo que fui en mi juventud y lo que amaba en mi infancia. ¡Oh! ¡Cuánto adoraba perderme en el mundo de las ideas! Mi imaginación ardiente y vivaz recorría los valles de Asia detrás de aquel que llamáis Redentor... Adoraba recorrer sus caminos. ¡Cuán grandioso y sublime me parecía ese Cristo entre la multitud! ¡Creía escuchar su potente voz cuando enseñaba a los pueblos de la Galilea, de las márgenes del lago de Tiberíades y de la Judea...! Más tarde, durante las noches de insomnio, ¡cuántas veces me levanté para abrir una vieja Biblia y releer las páginas sagradas! ¡Entonces, mi frente se inclinaba ante la cruz, ese símbolo eterno de la redención que une la Tierra con el Cielo, la criatura con el Creador...! ¡Cuántas veces admiré ese poder de Dios, que se subdivide, por decirlo de algún modo, y del que una chispa se encarna para tornarse tan pequeño, para entregar el alma en el Calvario para la expiación...! Víctima augusta cuya divinidad yo negaba y que, sin embargo, me hizo exclamar:

“¡Tu Dios, al que traicionas; tu Dios, al que blasfemas,
para ti, para el universo, murió en estos lugares!”

Sufro, pero expío la resistencia que le oponía a Dios. Mi misión consistía en instruir y esclarecer; y al principio lo hice, ¡pero esa antorcha se apagó en mis manos a la hora señalada por la luz...!

Hijos dichosos de los siglos diecinueve y veinte: a vosotros os ha sido dado ver cómo luce la antorcha de la verdad. ¡Haced que vuestros ojos vean bien su luz, porque derramará sobre vosotros los rayos celestiales y su claridad será divina!

VOLTAIRE

Hijos, he permitido que en mi lugar hable uno de vuestros grandes filósofos, jefe principal del error. He querido que viniera a deciros dónde está la luz. ¿Qué os parece? Todos vendrán a repetiros que no hay sabiduría sin amor ni caridad. Y decidme si, para enseñar esto, existe alguna doctrina más suave que el espiritismo. No me cansaré de repetiros que el amor y la caridad son las dos virtudes supremas que unen, como dice Voltaire, a la criatura con el Creador. ¡Oh! ¡Qué vínculo misterioso y sublime! ¡Pequeño gusano, gusano que puede volverse poderoso a tal punto que su gloria alcanzará el trono del Eterno...!

SAN AGUSTÍN

* * *

ALLAN KARDEC



REVISTA ESPÍRITA

PERIÓDICO DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS

Año V

Número 6

Junio de 1862

Sociedad Parisiense de Estudios Espíritas

**Discurso del Sr. Allan Kardec
en la apertura del año social, el 1.º de abril de 1862.**

Señores y estimados colegas:

La Sociedad Parisiense de Estudios Espíritas ha comenzado su quinto año el 1.º de abril de 1862, y debemos convenir en que nunca lo había hecho con tan buenos auspicios. Ese hecho no solo es importante desde nuestro punto de vista personal, sino también es especialmente característico desde el punto de vista de la doctrina en general, pues demuestra de una manera evidente la intervención de nuestros guías espirituales. Sería superfluo recordaros el modesto origen de la Sociedad, así como las circunstancias de alguna manera providenciales de su constitución; circunstancias a las que un Espíritu eminente, entonces en el poder y después en el mundo de los Espíritus, nos ha dicho que ha contribuido él mismo en sumo grado.

La Sociedad –os acordáis, señores– ha sufrido vicisitudes. En su seno contaba con elementos de disolución, provenientes de la época en que incorporaba a sus miembros demasiado fácilmente; e incluso su existencia se vio comprometida un instante. En ese momento, puse en duda su utilidad real, no como simple reunión, sino como sociedad constituida. Cansado de esos conflictos, estaba decidido a retirarme. Esperaba que, una vez libre de los obstáculos puestos en mi camino, trabajaría mejor para la gran obra emprendida. Fui disuadido de hacer eso por numerosas comunicaciones espontáneas que recibí desde diferentes lugares. Hay una, entre otras, cuya sustancia considero útil para daros a conocer hoy, porque los acontecimientos han justificado las previsiones. Estaba concebida del siguiente modo:

“La Sociedad, formada por nosotros con tu concurso, es necesaria. Queremos que subsista, y subsistirá, a pesar de la mala voluntad de algunos, como lo reconocerás más tarde. Cuando un mal existe, no se cura sin crisis; así es desde lo pequeño hasta lo grande: tanto en el individuo como en las sociedades, tanto en las sociedades como en los pueblos, tanto en los pueblos como lo será en la humanidad. Nuestra Sociedad –decimos– es necesaria. Cuando deje de serlo con su forma actual, se transformará, como todas las cosas. En cuanto a ti, no puedes, no debes retirarte; sin embargo, no pretendemos encadenar tu libre albedrío; apenas decimos que tu retirada sería un error que lamentarías un día, porque obstaculizaría nuestros designios...”

Dos años han transcurrido desde entonces y –como podéis ver– la Sociedad ha superado afortunadamente esa crisis pasajera, de cuyas peripecias yo había sido advertido. Uno de los resultados de esa crisis fue proporcionarnos una lección de

experiencia, que hemos aprovechado, y que generó medidas por las cuales no tenemos más que felicitarnos. La sociedad, liberada de las preocupaciones inherentes a su situación anterior, pudo continuar sus estudios sin obstáculos. Por esa razón, su progreso ha sido rápido, y ha crecido a ojos vistas, no diré numéricamente —aunque sea más numerosa que nunca—, sino en importancia. Ochenta y siete miembros, que participan con las cuotas anuales, figuran en el listado del año que acaba de transcurrir, sin contar los miembros honorarios y los correspondientes. Le habría resultado fácil duplicar e incluso triplicar ese número, si hubiese puesto la mira en la recaudación; para eso le bastaba con presentar menos dificultades en el momento de las admisiones. Ahora bien, lejos de disminuir esas dificultades, las ha incrementado, puesto que, al tratarse de una Sociedad de estudios, no ha querido apartarse de los principios de su fundación, y porque nunca le ha preocupado el interés material. Como no pretende acumular dinero, le resulta indiferente ser un poco más o un poco menos numerosa. Así pues, su preponderancia no depende en absoluto de la cantidad de sus miembros; radica en las ideas que estudia, elabora y difunde. La Sociedad no realiza propaganda activa; no tiene agentes ni emisarios; no solicita a nadie que acuda a ella, y —esto puede parecer extraordinario— a esa propia reserva debe su influencia. Este es, en ese sentido, su razonamiento. Si las ideas espíritas fueran falsas, nada podría hacer que echaran raíces, pues toda idea falsa tiene apenas una existencia pasajera; en cambio, si son verdaderas, se establecerán a pesar de todo, a través de la convicción; y el peor medio de propagarlas sería imponerlas, porque toda idea impuesta es sospechosa y expone su debilidad. Las ideas verdaderas deben ser aceptadas mediante la razón y el buen sentido; si no germinan en alguna

parte, es porque la temporada no ha llegado; hay que esperar y limitarse a arrojar las semillas al viento, pues tarde o temprano algunas de ellas caerán sobre una tierra menos árida.

Así pues, la cantidad de miembros es una cuestión muy secundaria para la Sociedad; porque actualmente, más que nunca, esta no podría pensar en incorporar a todos los adeptos. Su objetivo es, mediante los estudios concienzudos que realiza sin prejuicios y con imparcialidad, dilucidar las diversas partes de la ciencia espírita, investigar las causas de los fenómenos, y reunir todas las observaciones que esclarezcan la cuestión —tan importante y de tan palpitante interés— del estado del mundo invisible, de su acción sobre el mundo visible, y de las innumerables consecuencias que de ahí resultan para la humanidad. Por su posición, así como por la multiplicidad de sus relaciones, la Sociedad se encuentra en las condiciones más favorables para observar bien y mucho. Su objetivo es, pues, esencialmente moral y filosófico. Pero lo que sobre todas las cosas ha dado crédito a sus trabajos es la calma, la seriedad que proporciona; porque en ella todo es discutido fríamente, sin pasión, como deben hacerlo las personas que buscan esclarecerse de buena fe; porque se sabe que la Sociedad sólo se ocupa de cosas serias. Esa es, por último, la impresión que los numerosos extranjeros, que a menudo vienen de países lejanos para asistir a la Sociedad, se han llevado del orden y de la dignidad de sus sesiones.

Asimismo, la línea que la Sociedad ha seguido produce sus frutos. Los principios que profesa, basados en observaciones concienzudas, sirven actualmente de regla para la inmensa mayoría de los espíritas. Habéis visto caer sucesivamente ante la experiencia la mayoría de los sistemas que surgieron al principio, y algunos difícilmente conservan todavía unos pocos

partidarios; eso es indudable. ¿Cuáles son, pues, las ideas que crecen, y cuáles son las que declinan? Se trata de una cuestión de hecho. La doctrina de la reencarnación es el principio que ha sido más controvertido, y sus adversarios no han escatimado nada para contrarrestarlo, ni siquiera las injurias y las groserías, que constituyen el argumento supremo de aquellos que se han quedado sin buenas razones. Ese principio no ha dejado por eso de seguir su camino, porque se apoya en una lógica inflexible; porque sin esa palanca tropezamos con dificultades insuperables y, finalmente, porque no se ha encontrado nada más racional que él para reemplazarlo.

Sin embargo, hay un sistema del cual se hace alarde hoy en día más que nunca: el sistema diabólico. Ante la imposibilidad de negar los hechos de las manifestaciones, una facción pretende probar que son obra exclusiva del diablo. El encarnizamiento con que dicha facción obra para tal fin demuestra que no está muy segura de tener razón, mientras que los espíritas no se inquietan en lo más mínimo ante ese despliegue de fuerzas, y dejan que se debilite. En este momento, esa facción abre fuego con todo lo que tiene: discursos, folletos, grandes libros, artículos en periódicos. Se trata de un ataque general, ¿para probar qué cosa? Que los hechos que –según nosotros– demuestran el poder y la bondad de Dios, demuestran, por el contrario, el poder del diablo. De ahí resulta que el diablo, al ser el único que puede manifestarse, es más poderoso que Dios. Atribuir al diablo todo lo que es bueno en las comunicaciones implica quitarle el bien a Dios para rendirle homenaje al diablo. Por nuestra parte, consideramos que somos más respetuosos para con la Divinidad. Por lo demás, como he dicho, los espíritas no se preocupan ante esa oposición airada, cuyo efecto será destruir un poco más temprano la credibilidad de Satán.

La Sociedad de París, sin el empleo de medios materiales, e incluso limitada numéricamente por su propia voluntad, no ha dejado de hacer una propaganda considerable con la fuerza del ejemplo, y la prueba de eso radica en el número incalculable de grupos espíritas que se forman según los mismos procedimientos, es decir, conforme a los principios que la Sociedad profesa; así como en el número de sociedades regulares que se organizan y que solicitan colocarse bajo su patrocinio; las hay en varias ciudades de Francia y del extranjero, en Argelia, en Italia, en Austria, en México, etc. ¿Qué hemos hecho para eso? ¿Hemos ido a buscarlas, a incitarlas? ¿Hemos enviado emisarios, agentes? De ninguna manera. Nuestros agentes son las obras. Las ideas espíritas se propagan en una localidad; al principio sólo tienen algún eco; después, poco a poco, ganan terreno; los adeptos sienten la necesidad de reunirse, no tanto para realizar experimentos, sino para conversar acerca de algún tema que les interesa; de ahí surgen los miles de grupos particulares que podemos denominar grupos familiares; entre ellos, algunos adquieren una importancia numérica más grande; nos solicitan consejos, y así es como se forma imperceptiblemente esa red, que ya tiene hitos en todos los puntos del globo.

Aquí, señores, se presenta naturalmente una observación importante sobre la naturaleza de las relaciones que existen entre la Sociedad de París y las reuniones o sociedades que se fundan bajo sus auspicios, y a las cuales sería un error considerar como sucursales. La Sociedad de París no ejerce sobre ellas otra autoridad más que la de la experiencia. No obstante, como lo he dicho en otra ocasión, no se inmiscuye para nada en los asuntos de esas reuniones o sociedades; su función se limita a emitir pareceres oficiosos cuando se los solicitan. El

vínculo que las une es, por lo tanto, un vínculo puramente moral, fundado en la simpatía y en la semejanza de ideas. No hay entre ellas *ninguna afiliación, ninguna solidaridad material*. La única consigna es aquella que debe congrega a todos los hombres: *caridad y amor al prójimo*, consigna pacífica y que no podría inspirar desconfianza.

La mayor parte de los miembros de la Sociedad reside en París. Con todo, ella cuenta con varios miembros que viven en las provincias o en el extranjero y que, aunque solo muy excepcionalmente asisten a la Sociedad —incluso los hay que nunca han venido a París desde que fue fundada—, se sienten honrados de formar parte de ella. Además de los miembros propiamente dichos, la Sociedad tiene correspondientes, los cuales se relacionan con ella en términos estrictamente científicos, sólo con el objeto de mantenerla al corriente del movimiento espírita en las diferentes localidades, así como de proporcionarme documentos para la historia del establecimiento del espiritismo, sobre la cual reúno material. Entre los adeptos, los hay que se distinguen por su celo, su abnegación, su dedicación a la causa del espiritismo; que se dan por entero, no en palabras, sino en acciones; y la Sociedad se siente dichosa de brindarles un testimonio particular de simpatía al conferirles el título de miembro honorario.

Desde hace dos años, pues, la Sociedad ha crecido en credibilidad y en importancia; pero su progreso también se observa en la naturaleza de las comunicaciones que recibe de los Espíritus. Desde hace algún tiempo, en efecto, esas comunicaciones han adquirido proporciones y desarrollos que superaron en mucho nuestras expectativas; pues ya no son, como antes, breves fragmentos de moral común, sino disertaciones en las que las más elevadas cuestiones de filosofía son tratadas

con una amplitud y una profundidad de pensamientos que hacen de ellas verdaderos discursos. Eso es lo que ha notado la mayoría de los lectores de la *Revista*.

Me alegro de señalar otro progreso en lo que concierne a los médiums. Nunca, en ninguna otra época, hemos visto a tantos médiums que participaran en nuestros trabajos, pues hemos llegado a recibir hasta catorce comunicaciones en una misma sesión. No obstante, más valiosa que la cantidad, es la calidad, la cual se puede juzgar por la importancia de las instrucciones que se nos han impartido. No todos aprecian la calidad mediúmnica desde el mismo punto de vista. Algunos la miden por el efecto que produce; para ellos, los médiums veloces son los más notables y los mejores. Para nosotros, que ante todo buscamos la instrucción, valoramos más lo que satisface al pensamiento que lo que solamente complace a los ojos; preferimos, por lo tanto, a un médium útil, con quien aprendemos algo, antes que a un médium extraordinario, con quien no aprendemos nada. En ese sentido, no tenemos de qué quejarnos, y debemos agradecer a los Espíritus por haber cumplido la promesa que nos hicieron respecto de que no nos faltaría su asistencia. Dado que querían ampliar el círculo de su enseñanza, los Espíritus debían también multiplicar los instrumentos.

Pero hay un punto más importante aún, sin el cual esa enseñanza sólo habría producido pocos frutos o ninguno. Sabemos que los Espíritus se hallan lejos de poseer la soberana ciencia, y que pueden equivocarse; que a menudo emiten sus propias ideas, las cuales pueden ser correctas o incorrectas; y también sabemos que los Espíritus superiores quieren que nuestro juicio se ejerza para distinguir lo verdadero de lo falso, lo racional de lo ilógico; por eso nunca aceptamos nada a ojos

cerrados. Por lo tanto, no podría haber enseñanza provechosa sin discusión. Pero ¿cómo podemos discutir comunicaciones con médiums que no soportan la menor controversia, que se ofenden por un comentario crítico, por una simple observación, y a quienes les parece mal que no aplaudamos todo lo que obtienen, incluso si adolece de las más groseras herejías científicas? Esa pretensión sería inadecuada incluso si lo que esos médiums escribieran fuera producto de su inteligencia, pero en nuestras sesiones es ridícula, porque ellos no son más que instrumentos pasivos; con tal pretensión se asemejan a un actor que se enfada porque nos parecen malos los versos que está encargado de recitar. Dado que la propia alma del médium no puede disgustarse por una crítica que no es para él, entonces quien se ofende y transmite su impresión al médium es el Espíritu que se comunica. De ese modo, dicho Espíritu revela su influencia, porque pretende imponer sus ideas por medio de la fe ciega y no del razonamiento o, lo que es igual, porque quiere razonar solo. De ahí resulta que el médium que mantiene esa actitud se halla dominado por un Espíritu que merece poca confianza, toda vez que muestra más orgullo que saber. Además, sabemos que los Espíritus de esa categoría por lo general alejan a sus médiums de los centros donde no se los acepta sin reserva.

Ese defecto, en los médiums que lo padecen, constituye un obstáculo muy grande para el estudio. Si sólo buscáramos los efectos, eso no tendría importancia para nosotros; pero como buscamos la instrucción, no podemos dejar de discutir, aun a costa de que los médiums se disgusten. Como sabéis, en el pasado algunos de ellos se han retirado por ese motivo, aunque sin admitirlo, y porque no habían podido presentarse en la Sociedad como médiums exclusivos e intérpretes infali-

bles de las potencias celestiales. En su opinión, quienes están obsesos son los que no se inclinan ante sus comunicaciones. Los hay, incluso, que llevan su susceptibilidad al extremo de molestarse cuando se prioriza la lectura de las comunicaciones obtenidas por otros médiums. ¿Qué sucede, entonces, cuando se prefiere una comunicación que no les pertenece? Se comprenderá el malestar que genera una situación semejante. Afortunadamente, para el interés de la ciencia espírita, no todos son así, de modo que aprovecho con entusiasmo esta ocasión para dirigir, en nombre de la Sociedad, nuestro agradecimiento a todos los que en la actualidad nos prestan su concurso con tanto celo y dedicación, sin medir esfuerzos ni tiempo, y que, sin defender en modo alguno la causa de sus comunicaciones, son los primeros en participar de las controversias que ellas puedan generar.

En resumen, señores, no podemos más que felicitarnos por la situación de la Sociedad desde el punto de vista moral. No hay nadie que no haya observado en el ánimo que prevalece aquí una diferencia notable —en comparación con lo que era al principio—, cuya impresión cada uno siente instintivamente, y que se refleja en numerosas circunstancias mediante hechos positivos. Es indudable que aquí hay menos malestar, menos presión, a la vez que reina un sentimiento de mutua benevolencia. Parece que los Espíritus embrolladores, al verse impotentes para sembrar la desconfianza, han tomado la sabia decisión de retirarse. Tampoco podemos más que aplaudir la feliz idea de varios miembros, en el sentido de organizar en sus casas reuniones particulares. Esas reuniones tienen la ventaja de establecer vínculos más íntimos; además, son centros para una infinidad de personas que no pueden llegar a la Sociedad, y en ellas se puede obtener una primera iniciación, así como

realizar una multitud de observaciones que luego convergen en el centro común; esas reuniones son, por último, semilleros para la formación de médiums. Agradezco sinceramente a las personas que me han hecho el honor de ofrecerme la dirección de esas reuniones, pero eso me resulta materialmente imposible; incluso lamento mucho no poder acudir a ellas tan a menudo como quisiera. Conocéis mi opinión respecto de los grupos particulares; por consiguiente, deseo que se multipliquen, en la Sociedad o fuera de ella, en París o en otros lugares, porque son los agentes más activos de propaganda.

En el aspecto material, nuestro tesorero os ha informado acerca de la situación de la Sociedad. Como sabéis, señores, nuestro presupuesto es muy simple, y lo esencial es que haya equilibrio entre el activo y el pasivo, ya que no pretendemos acumular dinero.

Roguemos, pues, a los Espíritus buenos que nos asisten, y en particular a nuestro presidente espiritual, san Luis, que tengan a bien mantener la benévola protección que nos han brindado tan visiblemente hasta el día de hoy, y de la que nos esforcaremos cada vez más para volvernos dignos.

Me resta hablaros, señores, de algo importante. Quiero referirme al empleo de los *diez mil* francos, que me fueron enviados hace aproximadamente dos años por una persona suscripta a la *Revista Espírita*, y que ha querido permanecer anónima, para que sean utilizados en beneficio del espiritismo. Esa donación –lo recordáis sin duda– fue dirigida a mí personalmente, sin que estuviera afectada a un fin específico, sin recibo, y sin que yo tuviera que dar cuenta de ello a nadie.

Al hacer partícipe de esa feliz circunstancia a la Sociedad, declaré, en la sesión del 17 de febrero de 1860, que no tenía la menor intención de sacar provecho de ese voto de confianza,

y que todo cuanto deseaba, para mi propia satisfacción, era que el empleo de esos fondos estuviera sometido a un control; y añadí: ‘Esa suma formará el primer fondo de una *caja específica*, con el nombre de *Caja del espiritismo*, y no tendrá nada en común con mis negocios personales. Esa caja será incrementada más adelante con sumas que podrá recibir de otras fuentes, y estará afectada exclusivamente a las necesidades de la doctrina y al desarrollo de las ideas espíritas. Uno de mis primeros cuidados será proveer a la Sociedad de lo que le falta materialmente para la regularidad de sus trabajos, así como para la creación de una *biblioteca especializada*. He solicitado a varios de nuestros colegas que tengan a bien aceptar el control de esa caja y constatar, en momentos que serán determinados más adelante, el empleo útil de los fondos’.

Esa comisión, hoy en día dispersa parcialmente debido a las circunstancias, se completará cuando sea necesario, y entonces se pondrán a su disposición todos los documentos. Mientras tanto, y como —en virtud de la libertad absoluta que se me había otorgado— juzgué oportuno aplicar esa suma al desarrollo de la Sociedad, considero que es a vosotros, señores, a quienes debo dar cuenta de ello, tanto para mi descargo personal como para vuestro conocimiento. Insisto, sobre todo, en que se comprenda bien la imposibilidad material de utilizar esos fondos para gastos cuya urgencia, sin embargo, se hace sentir cada día más, debido a la expansión de los trabajos que el espiritismo requiere.

La Sociedad —vosotros lo sabéis, señores— sufría intensamente los inconvenientes de no tener un local específico para sus sesiones, y donde pudiera mantener sus archivos a mano. Para trabajos como los nuestros, se necesita de alguna manera un lugar consagrado, donde nada pueda perturbar

el recogimiento. Todos lamentábamos el hecho de tener que reunirnos en un establecimiento público, poco en armonía con la seriedad de nuestros estudios. Consideré, pues, que hacía algo útil al darle a la Sociedad los medios para disponer de un local más conveniente con la ayuda de los fondos que yo había recibido.

Por otro lado, como el progreso del espiritismo hacía que concurriera a mi casa un número cada vez más creciente de visitantes nacionales y extranjeros, número que se puede calcular en mil doscientos a mil quinientos por año, era preferible que los recibiera en la propia sede de la Sociedad y, a tal efecto, que concentrara en ella la totalidad de los asuntos y de los documentos relacionados con el espiritismo.

En lo que a mí concierne, añadiré que, al dedicarme por completo a la doctrina, resultaba de alguna manera necesario, para evitar pérdidas de tiempo, que yo estableciera allí mi domicilio o, por lo menos, una vivienda temporaria. Para mí, en lo personal, no había ninguna necesidad de hacer eso, pues en mi casa tengo un apartamento que no me cuesta nada, más agradable en todos los sentidos, y donde vivo con tanta frecuencia como mis ocupaciones me lo permiten. Un segundo apartamento habría sido para mí una carga inútil y onerosa. Así pues, sin el espiritismo, yo estaría tranquilamente en mi casa de la avenida de Ségur, y no aquí, obligado a trabajar desde la mañana hasta la noche y, a menudo, desde la noche hasta la mañana, sin que pueda tomar siquiera un descanso, que a veces me resultaría muy necesario; pues vosotros sabéis que estoy solo para realizar una tarea cuya dimensión difícilmente se imagina, y que aumenta necesariamente con la expansión de la doctrina.

El apartamento en que nos encontramos reúne las ventajas deseables por la distribución del espacio interior y por su ubicación céntrica; sin que tenga nada de suntuoso, es muy conveniente. No obstante, dado que los recursos de la Sociedad son insuficientes para pagar la totalidad del alquiler, he tenido que cubrir la diferencia con los fondos de la donación; de lo contrario, la Sociedad habría tenido que permanecer en la situación precaria, mezquina e incómoda, en que se hallaba anteriormente. Gracias a ese suplemento, los trabajos de la Sociedad han podido desarrollarse a tal punto que rápidamente la ubicaron dentro de la opinión pública en una posición ventajosa y provechosa para la doctrina. Así pues, esos son el empleo anterior y el destino futuro de los fondos de la donación que a mi juicio debo comunicaros.

El alquiler del apartamento es de 2.500 francos por año; y con los accesorios, de 2.530 francos. Los impuestos suman 198 francos; total: 2.728 francos. La Sociedad paga por su parte 1.200 francos; faltan, pues, para completar la suma, 1.528 francos.

El arrendamiento se ha hecho por tres, seis o nueve años, que comenzaron el 1.º de abril de 1860. Al calcularlo por solamente seis años, a 1.528 francos, resultan 9.168 francos; a eso se deben añadir, para compra de mobiliario y gastos de instalación, 900 francos; para donaciones y socorros diversos, 80 francos; total de los gastos: 10.148 francos, sin contar los imprevistos, a pagar con el capital de 10.000 francos.

Habrá, pues, al final del arrendamiento, es decir, en cuatro años, un exceso de gasto. Podéis ver, señores, que no debemos pensar en distraer la menor suma de ese fondo, si queremos alcanzar el objetivo. ¿Qué haremos entonces? Lo que Dios y

los Espíritus buenos quieran, pues estos me han dicho que no me preocupara por nada.

Señalaré que, si la suma afectada a la compra del material y a los gastos de instalación es apenas de 900 francos, eso se debe a que solamente consideré lo que rigurosamente se gastó del capital. Si hubiera hecho falta comprar todo el mobiliario que está aquí —me refiero tan solo al de las áreas de recepción—, habría sido necesario gastar tres o cuatro veces más, y entonces la Sociedad, en vez de seis años de arrendamiento, sólo contaría con tres. Así pues, la mayor parte del mobiliario de la Sociedad es de mi propiedad y, a juzgar por el uso, habrá de recibir un duro revés.

En resumen, esa suma de 10.000 francos, que algunos consideraban inagotable, se encuentra absorbida casi totalmente por el alquiler, que ante todo importaba garantizar durante cierto tiempo, sin que haya sido posible distraer una parte para otros usos, en especial para la compra de obras antiguas y modernas, francesas y extranjeras, necesarias para la formación de una gran biblioteca espírita, conforme yo la había proyectado; tan solo ese objetivo habría costado no menos de 3.000 a 4.000 francos.

De ahí resulta que todos los gastos fuera del alquiler, tales como los viajes y una infinidad de otros gastos que necesita el espiritismo, y que no se elevan a menos de 2.000 francos por año, son cubiertos con mi cuenta personal, y esa suma no deja de ser importante en un presupuesto limitado, que sólo se salda a fuerza de orden, de economía, e incluso de privaciones.

No creáis, señores, que yo pretenda hacer de eso un mérito. Al obrar de ese modo, sé que sirvo a una causa ante la cual la vida material no es nada, y por la cual estoy completamente dispuesto a sacrificar la mía; tal vez algún día habrá quienes

me imiten. Por lo demás, me siento recompensado al ver los resultados que he obtenido. Si hay algo que lamento, es que la exigüidad de mis recursos no me permita hacer más, dado que, con medios de ejecución suficientes, empleados correctamente, con orden y para cosas verdaderamente útiles, avanzaríamos medio siglo en el establecimiento definitivo de la Doctrina.

CONVERSACIONES FAMILIARES DE ULTRATUMBA

El señor Sanson

(Sociedad Espírita de París, 25 de abril de 1862.

Médium: señor Leymarie.)

Segunda conversación

(Véase la *Revista Espírita* de mayo de 1862.)

1. *Evocación.*

Respuesta: Estoy cerca de vosotros, mis amigos.

2. Nos quedamos muy felices con la conversación que mantuvimos el día de vuestro entierro, y puesto que lo permitís, quedaremos más felices aún de completarla, para nuestra instrucción.

R. Estoy dispuesto, y me complace que penséis en mí.

3. Todo cuanto pueda ilustrarnos sobre el estado del mundo invisible, y que contribuya a que lo comprendamos, es para nosotros una gran enseñanza, pues la idea falsa que se tiene del mundo invisible conduce, la mayoría de las veces, a

la incredulidad. No os sorprendan, por lo tanto, las preguntas que os haremos.

R. No me sorprenderé, y aguardo vuestras preguntas.

4. Habéis descrito con meridiana claridad la transición de la vida a la muerte. Habéis manifestado que en el momento en que el cuerpo exhala el último suspiro, la vida se quiebra y la visión del Espíritu se extingue. Ese momento, ¿está acompañado de alguna sensación penosa, dolorosa?

R. Sin duda, pues la vida es una serie continua de dolores, y la muerte es su complemento. De ahí que sea un desgarramiento violento, como si el Espíritu debiera realizar un esfuerzo sobrehumano para liberarse de su envoltura, esfuerzo que absorbe todo nuestro ser y le hace perder el conocimiento de lo que ocurre.

Observación. Este caso no es general. La separación puede ocurrir con algún esfuerzo, pero la experiencia demuestra que no todos los Espíritus tienen conciencia de eso, pues muchos pierden completamente el conocimiento antes de expiar. Las convulsiones de la agonía son muy a menudo puramente físicas. El señor Sanson presentó un fenómeno muy raro: el de haber sido testigo, por decirlo de algún modo, de su último suspiro.⁴³

5. ¿Sabéis si existen Espíritus para los cuales el momento de la muerte es más doloroso? Por ejemplo, ¿es más penoso

43. Véase *El Cielo y el Infierno o la Justicia divina según el espiritismo* (publicado en 1865), donde Allan Kardec reemplaza esta *observación* por el siguiente texto: “Esta regla no se aplica a todos los casos. La experiencia ha demostrado que muchos Espíritus pierden el conocimiento antes de expirar, y que la separación se produce sin esfuerzo en aquellos que han alcanzado un cierto grado de desmaterialización”. (N. del T.)

para el materialista, es decir, para aquel que cree que en ese momento todo se acaba para él?

R. Eso es cierto, porque el Espíritu preparado ya olvidó el sufrimiento, o mejor dicho, ya se habituó a él, y la serenidad con que afronta la muerte le impide sufrir doblemente, porque sabe lo que le aguarda. El dolor moral es el más intenso, y su ausencia en ocasión de la muerte constituye un gran alivio. Aquel que no cree se asemeja al condenado a la pena capital, cuyo pensamiento sólo ve la cuchilla y lo *desconocido*. Existe similitud entre esa muerte y la del ateo.

6. ¿Hay materialistas tan empedernidos que creen seriamente, en ese momento supremo, que serán sumergidos en la nada?

R. No cabe duda de que algunos creen en la nada hasta el instante supremo. No obstante, en el momento de la separación, el Espíritu sufre un cambio profundo: la duda se apodera de él y lo atormenta, pues se pregunta qué va a ser de él. Quiere comprender algo, y no lo consigue. La separación no se completa sin esa impresión.

Observación. En otra ocasión, un Espíritu nos hizo la siguiente descripción de la muerte de un incrédulo: “El incrédulo empedernido experimenta en los últimos instantes la angustia propia de esas pesadillas terribles en las que uno se ve al borde de un abismo, a punto de precipitarse en él. Se esfuerza en huir y no puede. Procura sostenerse de algo, pero no encuentra apoyo y siente que se desliza hacia las profundidades. Quiere gritar, pero ni siquiera consigue articular un sonido. Entonces vemos que el moribundo se contorsiona, crispera las manos, suelta gritos ahogados, síntomas seguros de la pesadilla de la que es víctima. En las pesadillas comunes, el despertar os libera de la desesperación, y os sentís aliviados al

comprender que apenas fue un sueño. En cambio, la pesadilla de la muerte se prolonga a menudo por un largo tiempo, incluso durante años más allá del fallecimiento, y lo que hace más penosa aún la sensación para el Espíritu son las tinieblas en que se encuentra sumergido”.

Por nuestra parte, llegamos a observar muchos casos semejantes, que demuestran que esta descripción no tiene nada de exagerado.

7. Habéis manifestado que en el momento de la muerte ya no veáis, sino que presentáis. Es comprensible que ya no vieseis corporalmente. Sin embargo, antes de que se extinguiera la vida, ¿no entreveáis los resplandores del mundo de los Espíritus? *R.* Eso es lo que dije anteriormente: el instante de la muerte confiere clarividencia al Espíritu. Los ojos dejan de ver, pero el Espíritu, que posee una visión mucho más profunda, descubre instantáneamente un mundo desconocido, y la verdad, que brilla de súbito, le da, momentáneamente por cierto, una inmensa alegría o una pena inexplicable, según el estado de su conciencia y el recuerdo de la vida transcurrida.

Observación. Se trata del instante que precede a aquel en que el Espíritu pierde el conocimiento, lo que explica el empleo de la palabra *momentáneamente*, pues las mismas impresiones agradables o penosas se prolongan tras el despertar.

8. ¿Podrías decirnos qué os impresionó, qué visteis en el momento en que vuestros ojos se abrieron a la luz? ¿Podrías describirnos, si fuera posible, el aspecto de las cosas con que os encontrasteis?

R. Cuando pude volver en mí y ver lo que había delante de mi vista, quedé como deslumbrado, sin llegar a comprender, porque la lucidez no se recupera repentinamente. No

obstante, Dios, que me dio una prueba de su inmensa bondad, permitió que yo recobraras las facultades. Me vi rodeado de numerosos y fieles amigos. Todos los Espíritus protectores que nos asisten estaban alrededor mío y sonreían. Una dicha incomparable los animaba, y yo también, fuerte y con buen ánimo, podía recorrer el espacio sin esfuerzo alguno. En cuanto a lo que vi, no hay cómo describirlo con el lenguaje humano.

Volveré más adelante para relataros más ampliamente mi ventura, sin trasponer, desde luego, el límite que Dios ha establecido. Sabed que la felicidad, tal como la entendéis, es una ficción. Vivid sabiamente, santamente, conforme al espíritu de caridad y amor, y tendréis derecho a experimentar sensaciones que ni el más grande entre los poetas sería capaz de describir.

Observación. No cabe duda de que los cuentos de hadas están repletos de cosas absurdas. Pero ¿no serían esas cosas, en algunos aspectos, la descripción de lo que acontece en el mundo de los Espíritus? El relato del señor Sanson, ¿no guarda alguna semejanza con el de aquel hombre que, habiéndose dormido en una oscura cabaña, se despierta en un palacio espléndido, en medio de una corte deslumbrante?

Tercera conversación

(2 de mayo de 1862.)

9. ¿Con qué aspecto se os han presentado los Espíritus?
¿Con la forma humana?

R. Así es, mi querido amigo. Los Espíritus nos habían enseñado en la Tierra que en el otro mundo conservan la forma

transitoria que poseían en vuestro mundo, y es verdad. Pero ¿qué diferencia entre la máquina deforme que se arrastra penosamente con su cortejo de pruebas, y la fluidez maravillosa del cuerpo de los Espíritus! La fealdad ya no existe, pues los rasgos han perdido la rudeza de la expresión que constituye el carácter distintivo de la raza humana. Dios ha bendecido a esos cuerpos agradables que se mueven con la elegancia de la forma; el lenguaje tiene modulaciones intraducibles para vosotros, y la mirada revela la profundidad de una estrella. Procurad, mediante el pensamiento, imaginar lo que Dios puede hacer en su omnipotencia; Él, el arquitecto de los arquitectos, y os habréis formado una pálida idea de la forma de los Espíritus.

10. En cuanto a vosotros, ¿cómo os veis? ¿Os reconocéis con una forma definida y circunscrita, aunque sea fluídica? ¿Sentís que tenéis una cabeza, un tronco, brazos, piernas?

R. El Espíritu, dado que conserva la forma humana, aunque divinizada, idealizada, posee sin duda todos los miembros que mencionas. Siento perfectamente las piernas y los dedos, pues podemos, conforme a nuestra voluntad, aparecer ante vosotros y estrecharos la mano. Estoy cerca de vosotros, y ya he estrechado la mano de todos mis amigos, sin que lo hayan notado. Nuestra condición fluídica nos permite estar en todas partes sin ocupar espacio alguno y sin provocaros sensaciones, si ese es nuestro deseo. En este momento, tenéis las manos cruzadas, y yo he puesto mis manos entre las vuestras. Os digo, por ejemplo, que os estimo, pese a que mi cuerpo no ocupa espacio y que la luz lo atraviesa. Lo que denominaríais milagro, si pudierais verlo, sólo es para el Espíritu la acción continua de cada instante.

La visión de los Espíritus no tiene relación con la visión humana, del mismo modo que su cuerpo no tiene ninguna semejanza real; para ellos todo se transforma tanto en la esencia como en el conjunto. Os reitero que el Espíritu tiene una perspicacia divina que todo lo abarca, dado que puede incluso adivinar vuestro pensamiento. También puede adoptar la forma que mejor le convenga para darse a conocer. Sin embargo, en ese aspecto, el Espíritu superior que concluyó sus pruebas prefiere la forma que le ha permitido acercarse a Dios.

11. Los Espíritus no tienen sexo. No obstante, como hasta pocos días atrás erais hombre, deseamos saber si en vuestro nuevo estado tenéis más de la naturaleza masculina que de la femenina. Además, si lo mismo que ocurre en vuestro caso podría aplicarse a un Espíritu que haya dejado su cuerpo mucho tiempo atrás.

R. No tenemos motivo para ser de naturaleza masculina o femenina: los Espíritus no se reproducen. Dios los creó conforme a su voluntad, y si, según sus maravillosos designios, quiso que reencarnen sobre la Tierra, debió disponer la reproducción de las especies por medio del macho y la hembra. No obstante, debéis notar, sin que medien mayores explicaciones, que los Espíritus no pueden tener sexo.

Observación. Siempre se ha dicho que los Espíritus no tienen sexo. Los sexos sólo son necesarios para la reproducción de los cuerpos. Dado que los Espíritus no se reproducen, los sexos serían inútiles para ellos. Nuestra pregunta no tenía por finalidad la confirmación de ese hecho, sino saber, visto que el señor Sanson había desencarnado muy recientemente, qué impresiones conservaba de su estado terrenal. Los Espíritus purificados comprenden perfectamente su naturaleza, pero entre los Espíritus inferiores, que no se han desmaterializado,

muchos son los que creen que todavía están en la Tierra, y conservan las mismas pasiones y los mismos deseos. De ese modo, consideran que siguen siendo hombres o mujeres, lo que ha llevado a algunos a la suposición de que los Espíritus tienen sexo. Algunas contradicciones en ese sentido provienen de los diferentes grados de adelanto de los Espíritus que se comunican. El error no es de ellos, sino de quienes los interrogan sin tomarse el trabajo de profundizar estas cuestiones.

12. Entre los Espíritus que se encuentran aquí, ¿veis a san Luis, nuestro presidente espiritual?

R. Él está siempre cerca de vosotros, y toda vez que se ausenta deja aquí a un Espíritu superior para que lo reemplace.

13. ¿Podéis ver a otros Espíritus?

R. Perdón; el Espíritu de Verdad, san Agustín, Lamennais, Sonnet, san Pablo, Luis, y otros amigos a los que evocáis, siempre están en vuestras sesiones.

14. ¿Qué os parece nuestra sesión? Con vuestra nueva visión, ¿su aspecto es el mismo de cuando estabais vivo? ¿Las personas tienen para vos la misma apariencia? ¿Es todo tan claro y nítido como antes?

R. Mucho más claro, porque puedo leer el pensamiento de todos vosotros. Me siento muy feliz con la impresión favorable que me causa la buena voluntad de todos los Espíritus aquí reunidos. Deseo que esa misma comprensión pueda existir no sólo en París, en la reunión de todos los grupos, sino también en toda Francia, donde existen grupos que se separan y se envidian recíprocamente, dominados por Espíritus turbulentos que se complacen con el desorden, mientras que el espiritismo debe suscitar el desprecio completo y absoluto del *yo*.

15. Dijisteis que leéis nuestro pensamiento. ¿Podrías explicarnos cómo se produce esa transmisión del pensamiento?

R. Eso no es sencillo. Para describiros, para explicaros ese extraño prodigio de la visión de los Espíritus, sería preciso echar mano de todo un arsenal de elementos nuevos, a fin de que supierais tanto como nosotros; pero eso no es posible, habida cuenta de que vuestras facultades están limitadas por la materia. ¡Paciencia! Progresad en bondad y lo lograréis. Actualmente sólo podéis disponer de lo que Dios os concede, con la esperanza de progresar incesantemente. Más adelante seréis como nosotros. Así pues, procurad una muerte buena para saber mucho. La curiosidad, que es el estímulo del hombre que reflexiona, os conduce tranquilamente hacia la muerte, y os reserva la satisfacción de todas vuestras curiosidades anteriores, presentes y futuras. Mientras aguardáis ese momento, os diré lo siguiente, a fin de responder —aunque de modo incompleto— a vuestra pregunta: el aire que os rodea, impalpable como nosotros, transporta el carácter de vuestro pensamiento; el soplo que exhaláis es, por así decirlo, la página escrita por vuestras ideas, páginas leídas y comentadas por los Espíritus que constantemente se acercan a vosotros. Ellos son los mensajeros de una telegrafía divina a la que nada se le escapa.

16. Como veis, querido señor Sanson, hemos abusado del permiso que nos habéis concedido para que realizáramos vuestra autopsia espiritual. Aquí nos detendremos. En otra oportunidad, si lo permitís, os formularemos preguntas de otra clase.

R. Siempre me regocijará ser útil a mis ex colegas y a su digno Presidente.

El niño Jesús en medio de los doctores

El último cuadro del señor Ingres.

La señora Dozon, nuestra colega de la Sociedad, recibió en su casa, el 9 de abril de 1862, la siguiente comunicación espontánea:

“El niño Jesús es encontrado por sus padres predicando en el Templo, en medio de los doctores. (San Lucas, Natividad.)

”Tal es el título de un cuadro inspirado a uno de nuestros más grandes artistas. En esta obra del hombre, se muestra más que el genio: en ella se ve cómo brilla esa luz que Dios otorga a las almas para esclarecerlas y conducir las a las regiones celestiales. Así es, la religión ha iluminado al artista. Ese resplandor, ¿ha sido visible? ¿Ha visto el trabajador que ese rayo de luz procedente del Cielo descendía sobre él? ¿Ha visto que bajo sus pinceles se divinizaba la cabeza del Niño-Dios? ¿Se habrá arrodillado ante esa creación de inspiración divina, para exclamar, como el anciano san Simeón: ‘¿Señor, puedes dejar que tu servidor muera en paz, según vuestra promesa, porque mis ojos han visto al Salvador que acabáis de enviarnos, destinado a ser presentado ante todos los pueblos!’?

”Así es, el artista puede considerarse un servidor del Señor, porque acaba de ejecutar una orden de su suprema voluntad. ¡Dios ha querido que en la época en que reina el escepticismo, la multitud se detenga ante esa imagen del Salvador! Más de un corazón se retirará llevando consigo un recuerdo que lo conducirá al pie de la cruz en la que ese divino Niño dio la vida por la humanidad, por vosotros, multitud despreocupada.

”Al contemplar el cuadro de Ingres, la mirada se aleja con pesar, para volver a concentrarse en esa imagen de Jesús, don-

de existe una combinación de divinidad, de niñez, y también algo de flor. Esos ropajes, esa túnica de colores frescos, jóvenes y delicados, remiten a las suaves tonalidades que se balancean sobre los tallos perfumados. Todo merece nuestra admiración en la obra maestra de Ingres. No obstante, el alma disfruta contemplar más que nada las dos figuras adorables de Jesús y de su divina Madre. Se siente la necesidad de saludarla una vez más con estas angelicales palabras: ‘Os saludo, María, plena de gracia’. Apenas nos atrevemos a posar la mirada artística sobre esa noble y divinizada figura, tabernáculo de un Dios, esposa de un hombre, virgen por su pureza, mujer predestinada a los goces del Paraíso y a las agonías de la Tierra. Ingres comprendió todo eso, y no pasaremos ante la Madre de Jesús sin decirle: ‘¡María, dulcísima virgen, en nombre de vuestro hijo, ruega por nosotros!’ Vosotros la estudiaréis un día, pero yo he visto dar las primeras pinceladas sobre esa tela bendita. He visto surgir una tras otra las figuras, las poses de los doctores. He visto al ángel protector de Ingres cuando lo inspiraba para que hiciera caer los pergaminos de una de las manos de esos doctores. Porque ahí, Dios mío, ¡hay toda una revelación! Esa voz de niño destruirá también una a una las leyes que no sean suyas.

”Aquí no pretendo hacer arte como un ex artista. Soy Espíritu, y solo el arte religioso me conmueve. También he visto, en esos elegantes ornamentos de cepas de vid, la alegoría de la viña de Dios, en la que todos los hombres habrán de saciarse, y pensé con inmensa alegría que Ingres acababa de hacer madurar uno de esos deliciosos racimos. ¡Oh! ¡Maestro Ingres! Tu Jesús también hablará ante los doctores que niegan su ley, ante quienes la combaten. Con todo, cuando se encuentren a solas con el recuerdo del divino Niño, ¡ah!, más de uno rasga-

rá esos rollos de pergamino sobre los cuales la mano de Jesús haya escrito: *Error*.

”¡Ved, pues, cómo todos los trabajadores se dan cita! Algunos acuden voluntariamente y por caminos trillados. Otros, conducidos por la mano de Dios, que los busca en sus lugares y les señala adonde deben ir. Otros más, llegan sin saber dónde están, atraídos por un encanto que también los impulsa a sembrar flores de vida, para erigir el altar en el que el niño Jesús llega aún hoy para muchos, pero que, con el drapeado de resplandeciente luminosidad, o con la túnica del crucificado, es siempre el mismo, el único Dios”.

DAVID, *pintor*.

Ni la señora Dozon ni su marido habían oído hablar acerca de ese cuadro. Por nuestra parte, consultamos al respecto a varios artistas, pero ninguno lo conocía, de modo que comenzamos a pensar en una mistificación. El mejor medio de aclarar esa duda era dirigirse directamente al artista, para saber si había tratado aquel tema, y eso fue lo que hizo el señor Dozon. Al ingresar en el atelier, vio el cuadro, que había sido terminado hacía muy pocos días, razón por la cual el público lo ignoraba. Esa revelación espontánea es tanto más notable cuanto que la descripción que brinda el Espíritu resulta sumamente precisa. Todo lo señalado se observa en el cuadro: la cepa de vid, pergaminos en el suelo, etc. Actualmente, la obra se encuentra expuesta en la sala del boulevard des Italiens, adonde fuimos a verla y, como todo el mundo, quedamos admirados ante esa página sublime, sin duda una de las más bellas de la pintura moderna. Desde el punto de vista de la ejecución, es digna de ese gran artista que, según nuestro pa-

recer, no ha hecho nada que la supere, a pesar de sus ochenta y tres años. Con todo, lo que la convierte en una obra maestra excepcional es el sentimiento que predomina en ella, la expresión, la idea que surge de todas esas figuras en las que se lee la sorpresa, la estupefacción, el sobrecogimiento, la duda, la necesidad de negar, la irritación de verse abatido por un niño. Todo es tan auténtico y natural, que uno comienza a poner palabras en cada boca. En cuanto al niño, refleja un ideal que deja muy atrás cuanto se ha hecho sobre el mismo tema: no se trata de un orador que se dirige a sus oyentes, pues ni siquiera los mira. En él se adivina el órgano de una voz celestial.

No cabe duda de que en toda esa creación existe el genio, pero la inspiración es indiscutible. El propio señor Ingres declaró que no había compuesto ese cuadro en las condiciones ordinarias. Dijo que comenzó por la arquitectura —lo que no es su costumbre—, y que luego llegaron los personajes, por así decirlo, para colocarse debajo del pincel, sin premeditación de su parte. Tenemos motivos para pensar que ese trabajo se relaciona con cuestiones cuya clave obtendremos más adelante, pero sobre las cuales todavía debemos guardar silencio, al igual que sobre muchas otras.

Tras referir este caso en la Sociedad, el Espíritu de Lamennais dictó espontáneamente la siguiente comunicación:

Acerca del cuadro del señor Ingres

(Sociedad de París, 2 de mayo de 1862.

Médium: señor A. Didier.)

Últimamente os hablaba acerca de Jesús niño entre los doctores, y destacaba su iluminación divina en medio de las eruditas tinieblas de los sacerdotes judíos. Aquí tenemos un

ejemplo más acerca de que la espiritualidad y los movimientos del alma constituyen el aspecto más brillante del arte. Sin conocer la Sociedad espírita, se puede ser un gran artista espiritualista, e Ingres nos muestra en su nueva obra el estudio divino del artista, pero también su inspiración más pura e ideal. No se trata de esa falsa idealidad que engaña a tantas personas, y que constituye una hipocresía del arte sin originalidad, sino de la idealidad extraída de la naturaleza simple, auténtica y, por consiguiente, bella en toda la acepción de la palabra. Nosotros, los Espíritus, aplaudimos las obras espiritualistas, tanto como censuramos la glorificación de los sentimientos materiales y de mal gusto. Sentir la belleza moral y la belleza física en ese punto es una virtud. Es la señal clara de sentimientos armoniosos en el corazón y en el alma, y cuando el sentimiento de lo bello se desarrolla en ese punto, es raro que el sentimiento moral no lo haga también. Es un gran ejemplo el de este anciano de ochenta años, que en medio de la sociedad corrupta representa el triunfo del espiritualismo, con el genio siempre joven y puro de la fe.

LAMENNAIS

¡Así se escribe la historia!

Los millones del Sr. Allan Kardec

Me han informado que, en una gran ciudad comercial, donde el espiritismo cuenta con numerosos partidarios y hace mucho bien entre la clase trabajadora, un eclesiástico se ha erigido en propagador de ciertos rumores, que almas carita-

tivas se apresuraron a divulgar y, sin duda, a exagerar. Según esos dichos, soy millonario; en mi casa todo brilla y sólo camino sobre las más bellas alfombras de Aubusson. Me han conocido pobre en Lyón; actualmente, poseo un carruaje de cuatro caballos, y en París llevo una vida principesca. Toda esa fortuna me llega procedente de Inglaterra desde que me ocupo del espiritismo, y remunerero con abundancia a mis agentes de fuera de la capital. He vendido caro los manuscritos de mis obras, sobre las cuales tengo además un descuento, lo que no me impide venderlas a precios excesivos, etc.

Esta es la respuesta que he dado a la persona que me transmitió esos detalles:

“Estimado señor, me he reído mucho de los millones con los que me gratifica tan generosamente el señor abad V..., más aún porque yo no tenía la más remota idea de que fuese tan rico. El informe que presenté a la Sociedad de París antes de recibir vuestra carta, informe que ha sido publicado en este número de la *Revista*, lamentablemente reduce esa ilusión a una realidad mucho menos dorada. Por lo demás, esta no es la única inexactitud de ese relato fantástico. En primer lugar, yo nunca viví en Lyón, de modo que no veo cómo es posible que ahí me hayan conocido pobre. En cuanto a mi carruaje de cuatro caballos, lamento decir que se reduce a un coche de alquiler con sus rocines, que por economía tomo apenas cinco o seis veces al año. Es verdad que antes de los ferrocarriles hice varios viajes en diligencia, lo que sin duda ha generado confusión; aunque me olvido de que en aquella época todavía no se hablaba de espiritismo, y que al espiritismo debo, según él, mi inmensa fortuna. Así pues, ¿de dónde han sacado todo eso, si no es del arsenal de la calumnia? Esos rumores parecerán aún más verosímiles si se toma en cuenta la naturaleza de la

población en medio de la cual se difunden. Convendremos en que es preciso hallarse muy escaso de buenas razones para verse reducido a tan ridículos medios con el fin de desacreditar al espiritismo. El señor abad no percibe que va directamente en contra de su objetivo, pues decir que el espiritismo me ha enriquecido hasta ese punto implica reconocer que se halla inmensamente difundido; por lo tanto, si el espiritismo se halla tan difundido, es porque agrada. De ese modo, lo que el abad desearía que se vuelva en contra de un hombre, resulta en beneficio de la credibilidad de la doctrina. ¡Haced creer, pues, después de eso, que una doctrina capaz de proporcionar en algunos años millones a su propagador sea una utopía, una idea sin sentido! Semejante resultado sería un verdadero milagro, pues no hay ejemplos de que una teoría filosófica haya sido alguna vez una fuente de fortuna. Por lo general, como sucede con los inventos, se consume en eso lo poco que se tiene; y se vería que tal es el caso en que me encuentro, si se supiera cuánto me cuesta la obra a la que me he consagrado y por la cual sacrifico, además, mi tiempo, mis vigiliias, mi descanso y mi salud. No obstante, tengo por principio guardar para mí lo que hago, y no gritarlo a los cuatro vientos. Para ser imparcial, el señor abad debería haber hecho una comparación con las sumas que las comunidades y los conventos extraen de los fieles. En cuanto al espiritismo, este mide su influencia por el bien que hace, por la cantidad de afligidos que consuela, y no por el dinero que recauda.

”Con una vida principesca, no hace falta decir que se requiere una mesa acorde a ella. ¿Qué diría, pues, el señor abad, si viera mis comidas más suntuosas, aquellas con las que recibo a mis amigos? Las consideraría muy frugales comparadas con la comida de vigilia de ciertos dignatarios de la Iglesia,

quienes probablemente despreciarían las nuestras por insuficientes para su cuaresma más austera. Así pues, le enseñaré al señor abad, ya que él lo ignora, y a fin de evitarle el trabajo de conducirme al terreno de la comparación, que el espiritismo no es y no puede ser un medio para enriquecerse; que repudia toda especulación de la que podría ser objeto; que enseña a hacer poco caso de lo temporal, a contentarse con lo necesario y a no buscar los placeres de lo superfluo, los cuales no constituyen el camino del Cielo; que si todos los seres humanos fueran espíritas no tendrían celos, no se envidiarían ni se despojarían unos a otros; no hablarían mal del prójimo y no lo calumniarían, porque el espiritismo enseña esta máxima del Cristo: *No hagáis a los otros lo que no quisierais que se os hiciese*. Por mi parte, para ponerla en práctica, no nombro con todas las letras al señor abad V...

”El espiritismo enseña, además, que la fortuna es un depósito del cual habrá que rendir cuentas, y que el rico será juzgado según el empleo que haya hecho de ella. Si yo tuviera la fortuna que se me atribuye, y si, sobre todo, se la debiera al espiritismo, cometería perjurio respecto de mis principios al emplearla para la satisfacción del orgullo y para la obtención de goces mundanos, en lugar de hacerla servir a la causa cuya defensa he abrazado.

”*Pero* —me preguntarán—, *¿y vuestras obras? ¿No habéis vendido caros los manuscritos?* Un momento... Aquí ingresamos en el ámbito privado, en el cual no le reconozco a nadie el derecho de inmiscuirse. Siempre he honrado mis negocios, no importa a costa de qué sacrificios y de qué privaciones. No le debo nada a nadie, mientras que muchos me deben; si no fuera así, tendría más del doble de lo que me queda, y eso ha hecho que, en vez de ascender en la escala de la fortuna, yo

haya descendido. Por lo tanto, no tengo que dar cuenta de mis negocios a nadie, lo cual es bueno que se advierta. Sin embargo, para contentar un poco a los curiosos, que no tienen nada mejor que hacer salvo entrometerse en lo que no les incumbe, diré que, si hubiera vendido mis manuscritos, no habría hecho más que ejercer el derecho que asiste a todo obrero de vender el producto de su trabajo. Sin embargo, no he vendido ninguno, e incluso he donado algunos pura y simplemente en interés de la causa, los cuales se venden libremente sin que de eso reciba siquiera un centavo. Los manuscritos se venden caros cuando pertenecen a obras conocidas, cuya venta está garantizada por anticipado, pero en ninguna parte hay editores bastante complacientes para pagar a precio de oro obras cuyo producto es hipotético, toda vez que ellos ni siquiera desean arriesgarse con los gastos de impresión. Ahora bien, en ese aspecto, una obra filosófica vale cien veces menos que ciertas novelas acompañadas de determinados nombres. Para que se tenga una idea de mis enormes ganancias, diré que la primera edición de *El libro de los Espíritus* —edición que emprendí por mi cuenta y riesgo, dado que no encontré a ningún editor que quisiera encargarse de ella— me ha reportado, neto, con todos los gastos pagados, así como con todos los ejemplares agotados, tanto vendidos como donados, aproximadamente quinientos francos, conforme puedo justificarlo con documentos auténticos. No sé qué clase de carruaje se podría adquirir con eso. Ante la imposibilidad en que me he encontrado —dado que no tengo todavía los millones en cuestión— de pagar por mi cuenta los gastos de todas mis publicaciones, y sobre todo de ocuparme de las relaciones necesarias para la venta, he cedido durante un tiempo la facultad de publicar, mediante un derecho de autor calculado a tantos *centavos* por ejemplar vendido; de modo tal

que no tengo ninguna relación con el detalle de la venta ni con los negocios que los intermediarios puedan hacer con las entregas de los editores a sus clientes, negocios respecto de los cuales declino toda responsabilidad, pues estoy obligado, en lo que a mí concierne, a rendir cuentas a los editores, a un precio de ..., por todos los ejemplares que tomo de ellos, ya sea que los venda, los done o no se vendan.

”En cuanto al producto que puedo obtener de la venta de mis obras, no tengo que dar explicaciones, ni sobre la cifra, ni sobre su empleo; en verdad, me asiste el derecho de disponer de eso como crea conveniente. Con todo, no se sabe si ese producto tiene un fin determinado, del que no puede desviarse. Eso se sabrá más tarde, porque si a alguien se le antojara algún día escribir mi historia a partir de datos semejantes a los que son relatados aquí arriba, sería importante que los hechos fueran reconstruidos con integridad. Por eso dejaré memorias detalladas de todas mis relaciones y todos mis negocios, principalmente en lo que concierne al espiritismo, a fin de ahorrarles a los cronistas futuros las torpezas en que los actuales caen a menudo guiados por los rumores de los atolondrados, de las malas lenguas y de las personas interesadas en alterar la verdad, a quienes dejo el placer de despoticar a su gusto, a fin de que más tarde su mala fe sea más evidente.

”En lo personal, me preocuparía muy poco por mí, si desde ahora mi nombre no se encontrara íntimamente vinculado a la historia del espiritismo. Por mis relaciones, evidentemente, poseo sobre ese asunto los documentos más numerosos y auténticos que existen. He podido seguir la doctrina en todos sus desarrollos; he observado sus peripecias, así como preveo sus consecuencias. Para toda persona que estudia ese movimiento, es evidente que el espiritismo señalará una de las fases

de la humanidad. Así pues, es necesario que más adelante se conozcan las vicisitudes que ha tenido que atravesar, los obstáculos que ha encontrado, los enemigos que han intentado detenerlo, las armas de que se han servido para combatirlo. Tampoco deberán ignorarse los medios con los que ha podido triunfar, y quiénes son las personas que, por su celo, su dedicación, su abnegación, habrán contribuido eficazmente a propagarlo; aquellos cuyos nombres y actos merecerán señalarse para que la posteridad los reconozca. Para mí es un deber tomar nota de todo eso. Comprendemos que esa historia no puede aparecer de pronto; el espiritismo apenas acaba de nacer, y aún no se han cumplido las fases más interesantes de su establecimiento. Además, entre los *Saúles* del espiritismo de la actualidad, podría haber más tarde *san Pablos*; esperemos que no tengamos que registrar algunos *Judas*.

”Tales son, estimado señor, las reflexiones que me han sugerido los extraños rumores que me llegaron. Si los he respondido, no ha sido para los espíritas de vuestra ciudad, que saben a qué atenerse respecto de mi persona y que han podido juzgar, cuando fui a verlos, si encontraron en mí los gustos y la apariencia de un gran señor. Lo hago, pues, para aquellos que no me conocen y que podrían ser inducidos al error por esa manera más que ligera de hacer la historia. Si el señor abad V... desea manifestar nada más que la verdad, estoy dispuesto a proporcionarle verbalmente todas las explicaciones necesarias para esclarecerlo.

”Lo saluda atentamente.”

A. K.

Sociedad espírita de Viena, Austria.

Cuando anunciamos que una edición alemana de nuestro opúsculo *El espiritismo en su más simple expresión* había sido publicado en Viena, nos referimos a la Sociedad espírita de esa ciudad.⁴⁴ Hemos recibido del Presidente de esa Sociedad la siguiente carta:

“Señor Allan Kardec:

”La Sociedad Espírita de Viena me solicita anunciaros que habéis sido nombrado su Presidente honorario, y os ruega que tengáis a bien aceptar ese título como señal de la alta y respetuosa estima en que os tiene. No necesito agregar, señor, que al servirle aquí de instrumento, no hago más que seguir el impulso de mi corazón, dedicado a vos.

”Permitidme que agregue, señor, sin abusar de vuestro valioso tiempo, algunas palabras relativas a nuestra Sociedad. Acaba de comenzar su tercer año, y si bien la cantidad de sus miembros aún es reducida, puedo decir con satisfacción que en el ámbito privado en que todavía se conduce, ha hecho proporcionalmente mucho bien, y tengo la esperanza de que, cuando llegue el momento de ampliar su campo de actividad, producirá frutos más abundantes: ese es mi más intenso deseo. El año pasado, con motivo del primer aniversario, nuestro Espíritu protector me decía, con su profundo y majestuoso laconismo: *Habéis sembrado la buena semilla; yo te bendigo*. Este año, me dijo: *Esta es vuestra máxima para el año que comienza: CON DIOS Y HACIA DIOS*. El año anterior, fue una recompensa por el pasado; este año, es un estímulo para el futuro. De tal modo, este año me dispuse a emplear

44. Véase el número de abril de 1862. (N. del T.)

los medios más directos para influir en la opinión pública. En primer lugar, la traducción de vuestro excelente opúsculo no dejará de preparar el terreno aquí y allá. Luego, pensé en publicar un periódico en lengua alemana, como el medio más seguro de apresurar los resultados. Los materiales no me faltarán, en caso de que, sobre todo, me permitáis recurrir a los tesoros contenidos en vuestra *Revista*, respecto de la que siempre, desde luego, cumpliré con el deber sagrado de citar la fuente de los artículos y los párrafos cuya traducción realizaré. Por último, para coronar la obra, desearía poner al alcance de los alemanes vuestro valioso e indispensable *El libro de los Espíritus*. Así pues, señor, sin temor a importunaros, porque estoy persuadido de que toda idea de bien responde a vuestro propio pensamiento, os ruego, en caso de que ninguna persona haya recibido aún ese favor, que me permitáis traducir dicho libro a la lengua alemana.

”Señor, acabo de exponeros los proyectos que tengo en mente para dar un impulso mayor a la propagación del espiritismo entre nosotros. ¿Podría atreverme a recurrir a vuestra amable experiencia para recibir algunos consejos saludables que –estad persuadido de ello, señor– tendrán un gran peso en la decisión que he de tomar?

”Tened a bien recibir..., etc.”

C. DELHEZ

Esta carta venía acompañada del siguiente diploma:

SOCIEDAD ESPÍRITA, DENOMINADA: DE LA CARIDAD,
DE VIENA (AUSTRIA)

Sesión aniversario, del 18 de mayo de 1862.

“En nombre de Dios todopoderoso y con la protección del Espíritu divino:

”La Sociedad Espírita de Viena, en ocasión de su segundo aniversario, con el deseo de testimoniar a su hermana mayor de París, en la persona de su digno y valeroso presidente, la deferencia y el reconocimiento que le inspiran sus constantes esfuerzos y sus valiosos trabajos para la sagrada causa del espiritismo y el triunfo de la fraternidad universal, conforme a la propuesta de su Presidente, y con la aprobación de sus Consejeros espirituales, ha otorgado por aclamación, al señor *Allan Kardec*, presidente de la Sociedad de Estudios Espíritas de París, el título de PRESIDENTE HONORARIO de la Sociedad espírita, denominada: de la Caridad, de Viena (Austria).

”Viena, 19 de mayo de 1862.”

El presidente, C. DELHEZ

Debido a la apremiante invitación que se nos ha formulado, consideramos que era necesario publicar textualmente las dos piezas anteriores, como testimonio de nuestro profundo reconocimiento por el honor que nos ha tributado nuestros hermanos espíritas de Viena, honor que estamos lejos de merecer, pues lo consideramos un homenaje dirigido, no a nuestra persona, sino a los principios regeneradores del espiritismo. Se trata de una nueva demostración del crédito que esos principios tienen en el extranjero tanto como en Francia. Más allá de los halagos a nuestra persona, lo que nos causa una gran satisfacción es notar en esas cartas el objetivo eminentemente serio, religioso y humanitario, que se propone la Sociedad espírita de Viena, a la que no le faltarán nuestro apoyo y nuestra dedicación. Otro tanto podemos decir de las

sociedades que se forman en diversos lugares y que aceptan sin restricciones los principios de *El libro de los Espíritus* y *El libro de los médiums*.

Entre las que se han organizado últimamente, debemos mencionar a la *Sociedad africana de estudios espíritas*, de Constantina, que ha dispuesto colocarse bajo nuestro patrocinio y el de la Sociedad de París, y que ya cuenta con unos cuarenta miembros. Tendremos oportunidad de referirnos a ella con más detalles.

En presencia de este movimiento general y de incesante crecimiento en la opinión pública, los adversarios del espiritismo, ¿comprenderán finalmente que todo intento de detenerlo sería inútil, y que lo mejor que pueden hacer es aceptar lo que a partir de ahora puede considerarse un hecho consumado? El arma del ridículo, agotada en vanos esfuerzos, se ha tornado impotente. ¿Podrá tener más éxito la doctrina del diablo, a la que en este momento pretenden resucitar con una especie de encarnizamiento? La respuesta se halla por completo en el efecto que esa doctrina produce: hace reír. Haría falta que los mismos que la propagan se convencieran de su autenticidad. Ahora bien, nosotros podemos afirmar perfectamente que entre ellos hay muchos que no creen en ella más que nosotros. Hacen un último esfuerzo, cuyo resultado será apresurar la propagación de las ideas nuevas; en primer lugar porque, al despertar la curiosidad, ese esfuerzo contribuye a que se las conozca; y luego, porque demuestra la pobreza de argumentos realmente serios.

El principio vital de las Sociedades espíritas

Señor:

En la *Revista Espírita* del mes de abril de 1862, veo una comunicación firmada por Gérard de Codemberg, de la que extraigo el siguiente párrafo:

“No os preocupéis en absoluto por los hermanos que se alejan de vuestras creencias. Obrad, por el contrario, de tal modo que no se confundan con el rebaño de los verdaderos creyentes, porque son ovejas sarnosas, y debéis evitar el contagio”.

Considero que este modo de ver, respecto de las ovejas sarnosas, es poco cristiano, mucho menos espírita, y por completo ajeno a esa caridad para con todos, que los Espíritus pregonan. No preocuparse en absoluto por los hermanos que se alejan, así como evitar su contagio, no es la manera de traerlos de vuelta. Me parece que, hasta ahora, nuestros buenos guías espirituales han mostrado más mansedumbre. Ese Gérard de Codemberg, ¿es un Espíritu bueno? Dudo de que lo sea. Perdonadme por esta especie de control que acabo de realizar, pero su propósito es serio. Una señora amiga mía, espírita principiante, acaba de leer ese número de la *Revista* y se detuvo ante aquellas breves líneas, en las que no encontró la caridad que hasta ese momento venía observando en las comunicaciones. En tal sentido, consulté a mi guía, y esta es su respuesta:

“No, hija mía, un Espíritu elevado no se vale de expresiones como esa. Dejad para los Espíritus encarnados la aspereza del lenguaje, y reconoced siempre el valor de las comunicaciones por el valor de las palabras, y sobre todo por el valor de las ideas”.

(Adjunto la comunicación de un Espíritu que supuestamente tomó el lugar de Gérard de Codemberg.)

¿Dónde está la verdad? Solo vos podríais saberlo.

Recibid, etc.

E. COLLIGNON

Respuesta. Nada, en Gérard de Codemberg, indica que se trate de un Espíritu muy adelantado. Esto queda demostrado de sobra en el libro que él publicó, víctima de una obsesión evidente, que él mismo reconoce. Un Espíritu mínimamente superior no habría podido dejarse engañar a tal punto respecto del valor de las revelaciones que obtuvo en vida como médium, ni aceptar como sublimes cosas evidentemente absurdas. ¿Se sigue de ahí que sea un Espíritu malo? Por supuesto que no. Su conducta en vida y su lenguaje posterior a la muerte son la prueba de ello. Él se encuentra en la categoría numerosa de los Espíritus inteligentes, buenos, pero no suficientemente superiores para dominar a los Espíritus obsesores que abusaron de él, pues no supo reconocerlos.

Hasta aquí, lo que concierne al Espíritu. La cuestión no radica en saber si él es más o menos adelantado, sino si el consejo que da es bueno o malo. Ahora bien, mantengo que no es posible una reunión espírita seria sin homogeneidad. En todas partes donde haya divergencia de opiniones, habrá una tendencia a luchar para que prevalezca la de cada uno, el deseo de imponer sus propias ideas o su voluntad. De ahí surgen las discusiones, las disensiones, y finalmente la disolución. Esto es inevitable, y es lo que ocurre en todas las sociedades, sea cual fuere su objeto, en las que cada uno pretende avanzar por caminos diferentes. Lo que es necesario en todas

esas reuniones, lo es más aún en las reuniones espíritas serias, donde la primera condición es la calma y el recogimiento, que resultan imposibles con discusiones que llevan a perder el tiempo en cuestiones inútiles. En ese caso, los Espíritus buenos se retiran y dejan el campo libre para los Espíritus embrolladores. Por eso son preferibles los pequeños grupos. En ellos, la homogeneidad de principios, de gustos, de caracteres y de costumbres, condición esencial de una buena armonía, se obtiene más fácilmente que en las grandes asambleas.

Lo que Gérard de Codemberg denomina *ovejas sarnosas*, no son las personas que de buena fe pretenden esclarecerse respecto de las dificultades de la ciencia espírita o de lo que no comprenden, mediante una discusión apacible, moderada y conveniente, sino las que llegan con la idea de entablar una oposición sistemática, y que suscitan a diestra y siniestra discusiones inoportunas con miras a perturbar los trabajos. Cuando ese Espíritu dice que es necesario apartarlas, tiene razón, porque esas personas comprometen la existencia misma de la reunión. También tiene razón cuando dice que *no hay que preocuparse* por ellas, porque su opinión, si es falsa, no impedirá que la verdad prevalezca. Esa expresión quiere decir que no hay que inquietarse por la oposición de esas personas. En segundo lugar, si alguien tiene un punto de vista diferente, que lo satisface y le parece mejor que el de los demás, y si se obstina en sostenerlo, ¿por qué habría que contrariarlo? El espiritismo no debe imponerse. Debe ser aceptado libremente y de buen grado. No pretende ninguna conversión por la fuerza. La experiencia, por otra parte, demuestra que no se le hará cambiar de opinión mediante la insistencia. Ahora bien, respecto de los que buscan la luz de buena fe, es preciso ser muy dedicado y no escatimar nada: se trata de un esfuerzo bien

empleado y fructífero. Pero respecto de quienes no desean esa luz o creen tenerla, ese esfuerzo implica perder el tiempo y sembrar sobre piedras. La expresión *no preocuparse* puede entenderse, pues, en el sentido de que no hay que atormentar ni violentar las convicciones. Proceder de tal modo, no significa faltar a la caridad. ¿Esperáis conducir a esas personas hacia ideas más sanas? Hacedlo en privado y mediante la persuasión; pero si eso constituye una causa de perturbación para la reunión, mantenerlas en ella no sería una demostración de caridad para con ellas, pues eso no les serviría de nada, a la vez que sería un perjuicio para las demás.

El Espíritu de Gérard de Codemberg emite su opinión de manera franca y tal vez un poco cruda, sin precauciones oratorias, y sin duda cuenta con el buen sentido de aquellos a los que se dirige, para que estos atenúen su aplicación observando a la vez lo que la urbanidad y las conveniencias prescriben. No obstante, salvo la forma del lenguaje, el fondo del pensamiento es idéntico al que se encuentra en la comunicación transcrita a continuación, con el título: *El espiritismo filosófico*, obtenida por la misma persona que nos ha planteado esta cuestión, y en la que se lee lo siguiente: “Examinad bien alrededor vuestro si no hay falsos hermanos, curiosos, incrédulos. Si los hay, rogadles con delicadeza y caridad que se retiren. Si se resisten, conformaos con rogar fervorosamente a Dios para que los esclarezca, y en otro momento *no los admitáis en vuestros trabajos*. Recibid entre vosotros tan solo a los hombres simples, que buscan la verdad y el progreso”. Es decir, en otros términos, libraos amablemente de los que os obstaculizan.

En las reuniones libres, donde cada uno es dueño de recibir a quien quiera, hacer esto es más fácil que en las sociedades constituidas, pues en ellas sus miembros tienen voz y voto.

Así pues, nunca serán suficientes las precauciones que deberán tomarse si uno no quiere verse entorpecido. El sistema de *asociados libres*, adoptado por la Sociedad de París, es el más adecuado para prevenir los inconvenientes, pues solo admite a los candidatos de manera provisoria y sin voz deliberativa en los asuntos de la Sociedad, durante el tiempo necesario para evaluar su celo, su dedicación y su espíritu conciliador. Lo esencial es formar un núcleo de fundadores titulares, unidos por una *absoluta comunidad* de miras, de opiniones y de sentimientos, así como establecer reglas precisas a las que deberán someterse los que más tarde quieran sumarse. En tal sentido, nos remitimos al reglamento de la Sociedad de París y a las instrucciones que hemos impartido sobre el tema. Nuestro más ferviente deseo es ver que la unión y la armonía reinen en los grupos y en las sociedad que se forman en todas partes. Por eso, siempre consideramos que nuestro deber es ayudar con nuestros consejos y nuestra experiencia a los que crean necesario aprovecharlos. Por el momento, nos limitaremos a decirles: sin homogeneidad no hay unión simpática entre los miembros, ni relaciones afectuosas. Sin unión no hay estabilidad. Sin estabilidad no hay calma. Sin calma no hay trabajos serios. De ahí concluimos que la homogeneidad es el principio vital de toda sociedad o reunión espírita. Esto es lo que dicen –con razón– Gérard de Codemberg y Bernardin. En cuanto al Espíritu que supuestamente sustituyó al primero, su comunicación presenta todos los caracteres de una comunicación apócrifa.

ENSEÑANZAS Y DISERTACIONES ESPÍRITAS

El espiritismo filosófico

(Burdeos, 4 de abril de 1862.

Médium: señora Collignon.)

Amigos míos, ya nos hemos referido al espiritismo desde el punto de vista religioso. Ahora, que ha quedado bien establecido que *no es una nueva religión*, sino la consagración de esa religión *universal* cuyas bases Cristo fundó, y para cuyo coronamiento él viene en la actualidad, vamos a considerar el espiritismo desde el punto de vista moral y filosófico.

En primer lugar, expliquemos el sentido exacto de la palabra *filosofía*. La filosofía no es una negación de las leyes establecidas por la Divinidad, de la religión. Lejos de eso, la filosofía es la búsqueda de lo que es sabio, de lo que es más exactamente racional. Ahora bien, ¿qué puede ser más sabio, más racional, que el amor y el reconocimiento que se le debe al Creador y, por consiguiente, al culto, sea cual fuere, que pueda servir para demostrarle ese reconocimiento y ese amor? La religión, y todo lo que pueda conducirnos a ella, es pues una filosofía, porque constituye una sabiduría del hombre que se somete a ella con alegría y docilidad. Sentado esto, veamos lo que podéis extraer del espiritismo puesto en práctica seriamente.

¿Cuál es el objetivo al que tienden todos los hombres, sea cual fuere la posición en que se encuentren? El mejoramiento de su situación presente. Ahora bien, para alcanzar ese objetivo, corren por todos lados, y la mayoría se extravía, porque, enneguados por el orgullo, arrastrados por la ambición, no ven el único camino que conduce a ese mejoramiento. Lo buscan en la satisfacción de su orgullo, de sus instintos bruta-

les, de su ambición, mientras que solo pueden encontrarlo en el amor y la sumisión al Creador.

Así pues, el espiritismo viene a decir a los hombres: “Abandonad esos senderos tenebrosos, repletos de precipicios, rodeados de espinas y zarzas, e ingresad en el camino que conduce a la felicidad que soñáis. Sed sabios para ser dichosos. Comprended, amigos míos, que los bienes de la Tierra, para los hombres, no son sino obstáculos que estos deben enfrentar; son los escollos que deben evitar. Por eso, el Señor ha permitido que por fin divisarais ese faro que debe conducirnos al puerto. Los dolores y los males que sufrís con impaciencia y rebeldía son el hierro candente que el cirujano aplica en la herida abierta, para impedir que la gangrena dañe todo el cuerpo. Vuestro cuerpo, amigos míos, ¿qué significa para un espírita? ¿Qué es lo que este debe salvar? ¿Qué es lo que debe preservar del contagio? ¿Qué es lo que debe cicatrizar por todos los medios posibles, si no es esa herida que consume a su Espíritu, esa enfermedad que lo entorpece y le impide elevarse radiante hacia su Creador?”

Volved siempre la mirada hacia este pensamiento filosófico, es decir, lleno de sabiduría: Somos una esencia creada pura, pero caída. Pertenece a una patria en la que todo es pureza. Culpables, fuimos exiliados por un tiempo, pero solo por un tiempo. Empleemos, pues, todos nuestros esfuerzos, toda nuestra energía, para reducir ese tiempo de exilio. Esforcémonos, por todos los medios que el Señor ha puesto a nuestra disposición, para reconquistar esa patria perdida y abreviar el tiempo de ausencia. (Véase, en el número de febrero de 1862: *Doctrina de los ángeles caídos*.)

Comprended que vuestra suerte futura está en vuestras manos; que la duración de vuestras pruebas depende entera-

mente de vosotros; que el mártir siempre tiene derecho a la palma, y que para ser mártir no se trata de convertirse, como los primeros cristianos, en pasto de los animales feroces. Martirizaos a vosotros mismos: destruid, triturad vuestros instintos carnales, que se rebelan contra el Espíritu; estudiad con dedicación vuestras inclinaciones, vuestros gustos y vuestras ideas; desconfiad de todo lo que vuestra conciencia reprueba. Por más bajo que ella os hable, puesto que muchas veces fue rechazada; por más bajo que os hable, esa voz de vuestro protector os dirá que evitéis lo que puede dañaros. La voz de vuestro ángel de la guarda os ha hablado desde siempre, pero ¡cuántos se mantuvieron sordos! Ahora, amigos míos, el espiritismo viene a explicaros la causa de esa voz íntima; viene a deciros positivamente, a mostraros, a haceros tocar con el dedo, lo que podéis esperar si lo escucháis dócilmente; lo que debéis temer si lo rechazáis.

Este es, amigos míos, para el hombre en general, el lado filosófico: de vosotros depende aprender a salvaros a vosotros mismos. No busquéis, hijos míos, como hacen los ignorantes, distracciones materiales y satisfacciones para la curiosidad. No llaméis, bajo ningún pretexto, a Espíritus que no necesitáis para nada. Contentaos siempre con entregaros a los cuidados y al amor de vuestros guías espirituales; ellos nunca os faltarán. Cuando, reunidos con un objetivo común —el mejoramiento de vuestra humanidad—, elevéis vuestros corazones al Señor, hacedlo para rogarle sus bendiciones y la asistencia de los Espíritus buenos a los que os ha confiado. Examinad bien alrededor vuestro si no hay falsos hermanos, curiosos, incrédulos. Si los hay, rogadles con delicadeza y caridad que se retiren. Si se resisten, conformaos con rogar fervorosamente a Dios para que los esclarezca, y en otro momento no los

admitáis en vuestros trabajos. Recibid entre vosotros tan solo a los hombres simples, que buscan la verdad y el progreso. Cuando estéis seguros respecto de los hermanos que se encuentran reunidos en presencia del Señor, llamad a vuestros guías y pedidles instrucciones; ellos os las impartirán siempre, de acuerdo con vuestras necesidades y vuestra inteligencia. Pero no intentéis satisfacer la curiosidad de la mayoría de los que solicitan evocaciones, pues casi siempre se retiran menos convencidos y más dispuestos al escarnio.

Los que deseen evocar a sus familiares y amigos, deben hacerlo solamente con un fin útil y caritativo. Llamar a los Espíritus que erran alrededor vuestro es una acción seria, muy seria. Si lo hacéis sin la fe y ni el recogimiento necesarios, los Espíritus malvados se presentarán en lugar de aquellos a los que esperáis, os engañarán, os harán cometer profundos errores y os conducirán a veces a caídas terribles.

No olvidéis, amigos míos, que el espiritismo desde el punto de vista religioso no es más que la confirmación del cristianismo, porque el cristianismo se halla por completo en estas palabras: Amar al Señor por sobre todas las cosas, y el prójimo como a uno mismo.

Desde el punto de vista filosófico, es la línea de conducta recta y sabia que debe conducirnos a la felicidad que ambicionáis, y esa línea ha sido trazada a partir de un punto seguro, demostrado: la inmortalidad del alma, para llegar a otro punto que nadie puede negar: ¡Dios!

Esto es, amigos míos, lo que por hoy tengo para deciros. Pronto continuaremos nuestras charlas íntimas.

BERNARDIN

Observación. Esta comunicación forma parte de una serie de dictados, titulada: *El espiritismo para todos*, que se caracteriza por su profundidad y sencillez paternal. Como no podemos publicar la totalidad en la *Revista*, formará parte de una compilación especial que estamos preparando. Lo mismo haremos con las que nos remiten los otros médiums de Burdeos y de otras ciudades. Pero esas publicaciones serán de utilidad si se presentan ordenadas metódicamente, pues al hacerlo sin discernimiento ni selección, podrían generar el efecto contrario. Hay comunicaciones que son excelentes para la intimidad, pero que resultarían inconvenientes si se las publicara. Otras, para que se las comprenda y no den lugar a falsas interpretaciones, requieren comentarios y desarrollos. En las comunicaciones, a menudo hay que distinguir la parte que corresponde a la opinión personal del Espíritu que se manifiesta, puesto que, si no es muy adelantado, puede formarse, acerca de los hombres y de las cosas, ideas y sistemas que no siempre son correctos. Esas ideas falsas, publicadas sin correcciones, desacreditan al espiritismo y ofrecen armas a sus enemigos, a la vez que siembran la duda y la incertidumbre en los principiantes. Con comentarios y explicaciones, hasta el propio mal puede tornarse instructivo. De lo contrario, la doctrina podría ser responsabilizada por todas las utopías transmitidas por algunos Espíritus más orgullosos que lógicos. Si fuera posible retrasar la marcha del espiritismo, eso no ocurriría debido a los ataques manifiestos de sus enemigos declarados, sino por el celo irreflexivo de sus amigos imprudentes. No se trata, pues, de elaborar compilaciones indigestas, en las que todo se encuentra amontonado y revuelto, y cuyo inconveniente menor sería el aburrimiento del lector. Es preciso evitar con cuidado aquello que pudiera distorsionar la

opinión respecto del espiritismo. Ahora bien, todo eso exige un trabajo que justifica la demora de tales publicaciones.

Un espírita apócrifo en Rusia

El príncipe D... K... nos envía desde Rusia un prospecto en lengua rusa, que comienza con esta frase: “Obouan Bruné, célebre mago y magnetizador, *miembro de la Sociedad Espírita de París*, tendrá el honor de presentar, conforme lo anunciara, una velada fantástica en el teatro de esta ciudad, el 17 de abril de 1862”. Sigue una larga lista de trucos que el referido Bruné se propone realizar. Por nuestra parte, consideramos que el sentido común de los numerosos adeptos con que el espiritismo cuenta en Rusia le habrá hecho justicia a esa grosera impostura. La *Sociedad Espírita de París* no conoce a ese individuo, que en Francia habría sido acusado ante los tribunales por atribuirse una falsa condición.

ALLAN KARDEC



REVISTA ESPÍRITA

PERIÓDICO DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS

Año V

Número 7

Julio de 1862

El punto de vista

Nadie ha dejado de notar cuánto cambia el aspecto de las cosas según el punto de vista a partir del cual se las considera. No solo se modifica el aspecto, sino también la importancia de esas cosas. Si nos colocamos en el centro de cualquier lugar, aunque sea pequeño, parece grande. Si nos colocamos afuera, resulta muy diferente. Al que observa desde lo alto de una montaña, las cosas le parecen insignificantes; mientras que, si lo hace desde abajo, le resultan gigantescas.

Este es un efecto de óptica, pero también se aplica a las cuestiones morales. Pasad un día entero sufriendo: os parecerá eterno. A medida que ese día se aleja de vosotros, os asombra cada vez más el hecho de haberos desesperado por tan poco. Las congojas de la infancia también tienen su importancia relativa. Al niño le resultan tan amargas como las de la edad adulta. En tal caso, ¿por qué a los adultos nos parecen tan fútiles? Porque ya no las sentimos, mientras que el niño lo hace plenamente, y no ve más allá de su pequeño círculo de actividades. El niño ve sus congojas desde adentro, pero nosotros

desde afuera. Supongamos que un ser se ubique, respecto de nosotros, en la misma posición en que nosotros nos ubicamos respecto del niño. Ese ser verá nuestras preocupaciones desde ese mismo punto de vista, y las considerará pueriles.

Si un carretero insulta a otro carretero, ambos discutirán y se pelearán; pero si increpa a un gran señor, este no se sentirá ofendido ni se peleará. ¿Por qué? Porque se sitúa más allá: se considera superior a tal punto que la ofensa no le afecta. En cambio, si se rebaja al nivel de su adversario y se ubica con el pensamiento en su mismo ambiente, se peleará.

El espiritismo nos muestra otra aplicación de ese principio, cuyas consecuencias son importantes en otro sentido. Hace que consideremos la vida terrenal como lo que es realmente, pues nos ubica en el punto de vista de la vida futura. Mediante las pruebas materiales que nos presenta, mediante la intuición nítida, precisa y lógica, así como por los ejemplos de esa vida futura que pone ante nuestros ojos, nos conduce hacia ella con el pensamiento: la vemos y la comprendemos. Ya no se trata de esa noción vaga, incierta, problemática, que se nos enseñaba respecto del porvenir, y que involuntariamente generaba dudas. Para el espírita, es una certeza adquirida, una realidad.

El espiritismo hace más aún: nos muestra que la vida del alma —el ser esencial, dado que es el ser pensante— se remonta en el pasado a una época desconocida, y se proyecta indefinidamente hacia el porvenir, de modo tal que la vida terrenal, por más que dure un siglo, es apenas un punto en ese extenso recorrido. Si toda una vida en la Tierra es tan poca cosa comparada con la vida del alma, ¿en qué se convierten los incidentes que se sufren en ella? No obstante, concentrado en esa vida, el hombre se preocupa como si debiera durar para siempre.

Todo adquiere para él dimensiones colosales: si tropieza con un guijarro, este le parece una roca; cualquier decepción lo desespera; un revés lo abate; una palabra lo enfurece. Su vista, limitada al presente y a las cosas que le afectan inmediatamente, exagera la importancia de los más pequeños incidentes. Un negocio fallido le quita el apetito; una cuestión de precedencia se convierte en asunto de Estado; un agravio lo desquicia. Triunfar es el fin de todos sus esfuerzos, el objeto de todos sus proyectos; pero ¿qué significa triunfar, para la mayoría? ¿Será, en caso de que no se tenga para vivir, llevar una existencia tranquila por medios honestos? ¿Será la noble emulación de ser talentoso y desarrollar la inteligencia? ¿Será el deseo de dejar a la posteridad un nombre justamente honorable, y realizar obras valiosas para la humanidad? No; triunfar significa suplantar al vecino, eclipsarlo, apartarlo e incluso derrotarlo. Y para lograr ese bello triunfo, que la muerte tal vez no le permitirá disfrutar siquiera veinticuatro horas, ¡cuántas preocupaciones! ¡Cuántas tribulaciones! ¡Cuánto genio, a veces malgastado, que se habría podido emplear provechosamente! Luego, ¡cuánto enojo! ¡Cuántas noches de insomnio si no se tuvo éxito! ¡Cuánta fiebre de envidia causa el éxito de un rival! Entonces, se culpa al destino, a la mala suerte, a la fatalidad, a pesar de que la mala suerte casi siempre es torpeza e incapacidad. En verdad, parece que el hombre asume la tarea de sufrir cuanto sea posible durante los pocos instantes que debe pasar en la Tierra y que no domina, pues nunca está seguro del día siguiente.

¡Cuánto cambian su aspecto todas esas cosas, toda vez que el hombre se aparta con el pensamiento del estrecho valle de la vida terrenal, para elevarse en la radiante, espléndida e inconmensurable vida de ultratumba! Entonces, ¡cuánto se

compadece de los tormentos que se generó sin motivo! ¡Cuán mezquinas y pueriles le resultan las ambiciones, los celos, las susceptibilidades, las vanas satisfacciones del orgullo! Es como si, en la edad adulta, considerara los juegos de la niñez; como si, desde la cima de una montaña, considerara a los hombres que están en el valle. Desde ese punto de vista, ¿puede tornarse voluntariamente juguete de una ilusión? No; todo lo contrario, porque está en la realidad, en lo verdadero, y para él la ilusión consiste en ver las cosas desde el punto de vista terrestre. En efecto, a ningún hombre en la Tierra le importa menos algo que, para él, habrá de durar mucho tiempo, que algo que habrá de durar apenas un día, como tampoco prefiere una dicha efímera antes que una duradera. Nos inquietamos poco por una molestia pasajera, pues lo que importa ante todo es la situación normal. Por lo tanto, si nos elevamos con el pensamiento de modo tal que abarquemos la vida del alma, llegaremos inevitablemente a la consecuencia de que la vida en la Tierra es una estación momentánea; que la vida espiritual es la vida real, porque es indefinida; y que la ilusión radica en tomar la parte por el todo, es decir, la vida del cuerpo —que es transitoria— por la vida definitiva. El hombre que solo considera las cosas desde el punto de vista terrenal es como el que, por encontrarse dentro de una casa, no puede apreciar la forma ni la importancia de la construcción. Opina a partir de falsas apariencias, porque no ve la totalidad, mientras que el que ve desde afuera, como solo considera el conjunto, lo hace más sanamente.

“Para ver las cosas de esa manera —nos dirán— se requiere una inteligencia poco común, un espíritu filosófico que no se encuentra en las masas; de modo que, salvo pocas excepciones, la humanidad siempre se arrastrará por la tierra.” Eso es

un error. Para identificarse con la vida futura, no hace falta una inteligencia excepcional, ni grandes esfuerzos de imaginación, porque todos llevan consigo la intuición y el deseo de esa vida. No obstante, por lo general se la presenta de un modo muy poco seductor, pues se ofrecen como alternativa las llamas eternas o una contemplación perpetua, razón por la cual muchos prefieren la nada. De ahí resultan la incredulidad absoluta en algunos, y la duda en la gran mayoría. Lo que faltaba hasta ahora era la prueba irrefutable de la vida futura, prueba que el espiritismo presenta, ya no como una vaga teoría, sino con hechos patentes. Más aún, la presenta de modo tal que hasta la razón más severa puede aceptarla, porque lo explica todo, lo justifica todo, y resuelve todas las dificultades. Y por el hecho de que esa prueba es clara y lógica, se encuentra al alcance de todo el mundo. Por eso el espiritismo logra que tantas personas que se habían alejado de la creencia vuelvan a ella. La experiencia demuestra a diario que simples artesanos, campesinos sin instrucción, comprenden ese razonamiento sin esfuerzo. Ellos se ubican en ese nuevo punto de vista tanto más gustosamente cuanto que en él encuentran, como todas las personas desdichadas, un inmenso consuelo, así como la única compensación posible para su penosa y laboriosa existencia.

Si esa manera de ver las cosas terrenales se generalizara, ¿no resultaría de ahí la destrucción de la ambición, que es el incentivo de los grandes emprendimientos, de las actividades más útiles y hasta de las obras geniales? Si la humanidad entera no pensara más que en la vida futura, ¿no correrían peligro todas las cosas de este mundo? ¿Qué hacen los monjes en los conventos, sino ocuparse exclusivamente del Cielo? Ahora bien, ¿en qué se convertiría la Tierra si todo el mundo fuera monje?

Una situación como esa sería desastrosa, y los inconvenientes serían mayores de lo que se supone, porque los hombres lo perderían todo en la Tierra, pero no ganarían nada en el Cielo. No obstante, el resultado del principio que exponemos es muy diferente para todo aquel que no lo comprende a medias, conforme hemos de explicarlo.

La vida corporal es necesaria para el Espíritu —o para el alma, que es lo mismo—, a fin de que este pueda cumplir en el mundo material las funciones que la Providencia le asigna. Se trata de uno de los engranajes de la armonía universal. La actividad que el Espíritu es forzado a desplegar en esas funciones, que ejerce sin saberlo, pues cree que obra por sí mismo, contribuye al desarrollo de su inteligencia y facilita su adelanto. Puesto que la dicha del Espíritu en la vida espiritual es proporcional a su adelanto y al bien que hizo como hombre, de ahí resulta que la vida espiritual adquiere mayor importancia para el hombre a medida que este siente la necesidad de hacer lo necesario para asegurarse en esa vida el mejor lugar posible. La experiencia de los que ya vivieron demuestra que una vida terrenal inútil o mal empleada no es provechosa para el porvenir, y que los que solo buscan en la Tierra las satisfacciones materiales, las pagan muy caro, ya sea con padecimientos en el mundo de los Espíritus, o mediante la obligación de volver a comenzar su tarea en condiciones más penosas que las del pasado. Tal es el caso de muchos de los que sufren en la Tierra. Por lo tanto, al considerar las cosas de este mundo desde el punto de vista extracorporal, el hombre, lejos de ser inducido a la despreocupación y a la ociosidad, comprende mejor la necesidad del trabajo. Si observa desde el punto de vista terrenal, esa necesidad le parece una injusticia cuando se compara con los que viven sin hacer nada. Entonces, los envidia. Si observa

desde el punto de vista espiritual, esa necesidad tiene una razón de ser, una utilidad, y la acepta sin quejarse, porque comprende que sin trabajo se mantendría indefinidamente en la inferioridad, privado de la dicha suprema a la que aspira y que no podría alcanzar sin desarrollarse intelectual y moralmente. En este sentido, nos parece que muchos monjes comprenden mal el objetivo de la vida terrenal, y mucho menos las condiciones de la vida futura. Mediante el enclaustramiento, se privan de los medios de tornarse útiles a sus semejantes, y muchos de los que en la actualidad se encuentran en el mundo de los Espíritus, nos han confesado que se equivocaron rotundamente y que sufren las consecuencias de su error.

Este punto de vista arroja para el hombre otra consecuencia inmensa e inmediata: permitirle que soporte mejor las tribulaciones de la vida. El hecho de que obtenga el bienestar y transcurra el tiempo de su existencia en la Tierra del modo más agradable posible, es muy natural y nadie se lo prohíbe. No obstante, como sabe que está aquí momentáneamente y que le aguarda un porvenir mejor, no se aflige demasiado por las decepciones que sufre, y como ve las cosas desde lo alto, acepta los reveses con menos amargura. Se mantiene indiferente ante las dificultades que le oponen los envidiosos y los celosos. Reduce a su justo valor los objetos de su ambición, y se ubica más allá de las pequeñas susceptibilidades del amor propio. Liberado de las preocupaciones creadas por el hombre que no se aleja de su estrecha esfera, y mediante la perspectiva grandiosa que se abre ante él, es aún más libre para dedicarse a un trabajo que resulte provechoso para sí mismo y para los demás. Las afrentas, las diatribas, las maldades de sus enemigos, le parecen nubes imperceptibles en un inmenso horizonte; no se preocupa por ellas más que por las moscas que zumban en

sus oídos, pues sabe que pronto se las habrá sacado de encima. Asimismo, las pequeñas miserias que le presentan se deslizan sobre él como agua sobre el mármol. Si las considerara desde el punto de vista terrenal, se irritaría, y hasta podría vengarse. En cambio, desde el punto de vista extraterrenal, las desprecia como si fueran las salpicaduras de un transeúnte distraído. Esas son las espinas arrojadas en su camino, sobre las que pasa sin siquiera tomarse el trabajo de apartarlas, para no demorar su marcha hacia el objetivo más serio que se propone alcanzar. Lejos de malquerer a sus enemigos, les agradece porque le brindan la oportunidad de ejercer la paciencia y la moderación en provecho de su adelanto futuro, mientras que si se rebajara para tomar represalias perdería el fruto de su esfuerzo. Los compadece, pues ve que sufren inútilmente y que son ellos los que andan sobre espinas, preocupados por hacer el mal. Tal es el resultado de la diferencia que existe entre los dos puntos de vista respecto de la vida: uno os provoca fastidio y ansiedad; el otro, calma y serenidad. Espíritas, que experimentáis decepciones, abandonad la Tierra un instante con el pensamiento; elevaos a las regiones de lo infinito y observad esas decepciones desde lo alto: veréis lo que son realmente.

A veces se dice: “Vosotros, los que sois desdichados, mirad hacia abajo y no hacia arriba, y veréis a los que son más desdichados aún”. Eso es muy cierto, pero muchas personas afirman que el dolor ajeno no las cura. El remedio no siempre está en la comparación, y para algunos resulta difícil mirar hacia arriba sin preguntarse: “¿Por qué ellos tienen lo que a mí me falta?”. En cambio, si se ubicaran en el punto de vista al que nos referimos, y en el que necesariamente nos hallaremos dentro de poco, se verían naturalmente arriba de aquellos a

los que envidian, porque desde esa altura los más grandes parecen muy pequeños.

Recordamos que hace unos cuarenta años, en el Odeón, presenciemos una obra de teatro en un acto, titulada *Los efímeros*, de cuyo autor ya olvidamos el nombre. Si bien éramos jóvenes, esa pieza nos causó una viva impresión. La escena transcurría en el país de los Efímeros, cuyos habitantes vivían solamente veinticuatro horas. En el transcurso de un acto, se los veía pasar de la cuna a la adolescencia, y luego a la juventud, la edad adulta, la vejez, la decrepitud y la muerte. En ese intervalo, realizaban todas las acciones de la vida: bautismo, matrimonio, asuntos civiles y gubernamentales, etc. No obstante, como el tiempo era corto y las horas estaban contadas, tenían que apresurarse. De tal modo, todo se hacía con prodigiosa rapidez, lo cual no les impedía ocuparse con intrigas, así como esforzarse mucho para satisfacer su ambición y desplazarse unos a otros. Esa pieza, como vemos, contenía un pensamiento profundamente filosófico, y el espectador, que veía desplegarse en un instante todas las etapas de una existencia ajetreada, involuntariamente exclamaba: “¡Qué tontas son esas personas, que luchan tanto por el poco tiempo que van a vivir! ¿Qué ganan con las molestias de esa ambición de unas horas? ¿No sería mejor que vivieran en paz?”

Tal es el panorama de la vida humana contemplado desde lo alto. Aun así, la obra de teatro no vivió mucho más que sus héroes, pues no fue comprendida. Si el autor viviera en la actualidad, cosa que desconocemos, probablemente sería espírita.

A. K.

Estadística de los suicidios

Leemos en *El Siglo* [*Le Siècle*] del ... de mayo de 1862:

“En la *Comedia social del siglo diecinueve* [*Comédie sociale au dix-neuvième siècle*], el nuevo libro que el señor B. Gastineau acaba de publicar con la editorial Dentu, encontramos esta curiosa estadística de los suicidios:

” Se ha calculado que, desde el inicio del siglo, el número de suicidios en Francia no se eleva a menos de 300 000; y esa estimación tal vez esté por debajo de la verdad, pues la estadística solo proporciona resultados completos a partir del año 1836. De 1836 a 1852, es decir, en un período de diecisiete años, hubo 52 126 suicidios, con un promedio de 3 066 al año. En 1858, se contabilizaron 3 903 suicidios, de los cuales 853 fueron de mujeres y 3 050 de hombres. Por último, siguiendo la última estadística que vimos durante el año 1859, 3 899 personas se suicidaron, a saber: 3 057 hombres y 842 mujeres’.

”Al constatar que el número de suicidios aumenta cada año, el señor Gastineau deplora, en términos elocuentes, la triste monomanía que parece haberse apoderado de la especie humana”.

He aquí una oración fúnebre emitida muy rápidamente sobre los infelices suicidas. Sin embargo, la cuestión nos parece suficientemente grave para que merezca un examen serio. Tal como están las cosas, el suicidio ya no es un hecho aislado y accidental. Con toda razón, puede considerarse un mal social, una verdadera calamidad. Ahora bien, un mal que se lleva regularmente de 3 000 a 4 000 personas al año solo en un país, y que sigue una progresión creciente, no se debe a una causa fortuita. Existe necesariamente una raíz, de la misma

manera que cuando se ve a una gran cantidad de personas que mueren de la misma enfermedad, y debe llamar la atención de la ciencia y despertar la preocupación de las autoridades. En semejante caso, por lo general se limitan a constatar el tipo de muerte y el modo empleado para provocarla, mientras que descuidan el elemento más esencial, el único que puede conducirlos hacia el remedio: el motivo determinante de cada suicidio. De ese modo, se llegaría a constatar la causa predominante. Sin embargo, a menos que haya circunstancias bien caracterizadas, les parece más simple y expeditivo sobrecargar la categoría de los monomaníacos y los maníacos.

No cabe duda de que existen suicidios por monomanía, cometidos al margen del imperio de la razón, como los que ocurren, por ejemplo, en la locura, el delirio y la embriaguez, en cuyo caso la causa es puramente fisiológica. Pero fuera de esta, se encuentra la categoría, mucho más numerosa, de los suicidios voluntarios, cometidos con premeditación y pleno conocimiento de causa. Algunas personas piensan que el suicida nunca se encuentra por completo en su sano juicio. Se trata de un error, con el que estuvimos de acuerdo en otro tiempo, pero que ha caído ante una observación más atenta. En efecto, es bastante racional pensar que, como el instinto de conservación se encuentra en la naturaleza, la destrucción voluntaria debe ser contraria a esta, y que tal es el motivo por el cual a menudo se ve que ese instinto prevalece en el último momento sobre la voluntad de morir. De ahí se concluyó que, para cometer ese acto, es necesario que ya se haya perdido la cabeza. No cabe duda de que en ese instante muchos suicidas son dominados por una especie de vértigo, y que sucumben ante un primer momento de exaltación; pero si el instinto de conservación prevalece al final, son como esas personas que

salen de la embriaguez y vuelven a apegarse a la vida. No obstante, también es evidente que muchos se matan a sangre fría y con premeditación, y la prueba de esto radica en las precauciones calculadas que toman, en el orden razonado que ponen en sus asuntos, lo cual no es característico de la locura.

Señalaremos, de paso, un rasgo característico del suicidio: los actos de ese tipo cometidos en lugares completamente aislados y deshabitados son excesivamente raros. El hombre perdido en un desierto o en el océano morirá de privaciones, pero no se suicidará, aun cuando no espere ningún auxilio. El que pretende quitarse voluntariamente la vida, aprovecha el momento en que se encuentra solo, para que nadie lo detenga en su propósito, pero lo hace de preferencia en los centros populosos, donde su cuerpo tiene, por lo menos, alguna posibilidad de ser encontrado. Uno se lanzará desde lo alto de un monumento en el centro de la ciudad, cosa que no haría desde un acantilado, donde se perdería todo rastro de él. Otro se ahorcará en el bosque de Boulogne, cosa que no haría en una selva por donde nadie pasa. El suicida desea que nadie se lo impida, pero quiere que se sepa, tarde o temprano, que se ha suicidado. Considera que ese recuerdo de los hombres lo vincula al mundo que quiso abandonar, pues la idea de la nada absoluta le parece más espantosa que la propia muerte. Veamos un curioso ejemplo que acude en apoyo de esta teoría.

Hacia 1815, un rico inglés visitó las famosas cataratas del Rin. Quedó tan entusiasmado que, tras su regreso a Inglaterra, ordenó sus negocios y, después de algunos meses, volvió al salto de agua y se precipitó en el abismo. No cabe duda de que fue un acto original, pero tenemos serias dudas de que se hubiera lanzado en el Niágara en caso de que nadie lo hubiera visto. Un carácter singular provocó el acto, pero la idea de que

se hablaría de él determinó la elección del lugar y el momento. Si acaso no encontraran su cuerpo, al menos quedaría el recuerdo.

A falta de una estadística oficial que determine la proporción exacta de los diferentes motivos de suicidio, no cabe duda de que los casos más numerosos se hallan determinados por los reveses de fortuna, las decepciones, las penas de todo tipo. En tales casos, el suicidio no es un acto de locura, sino de desesperación. Junto a esos motivos, que podríamos denominar serios, es evidente que los hay fútiles, sin mencionar el indefinible hastío de la vida, que ocurre en medio de los disfrutes, como en el caso que acabamos de citar. Lo cierto es que todos los que se suicidan solo recurren a ese extremo porque, con o sin razón, no están contentos. Es verdad que a nadie le es dado remediar esa causa primera, pero lo que debemos lamentar es la facilidad con que los hombres ceden, después de algún tiempo, a ese fatal impulso. Esto, sobre todo, debe llamar la atención. En nuestra opinión, es perfectamente remediable.

A menudo nos preguntamos si en el suicidio hay cobardía o valor. Es indudable que hay cobardía si se flaquea ante las pruebas de la vida; pero hay valor si se afrontan los dolores y las angustias de la muerte. Consideramos que estos dos puntos contienen todo el problema del suicidio.

Por más opresores que sean los abrazos de la muerte, el hombre los afronta y los soporta si es incitado por el ejemplo. Ocurre como en la historia del recluta que, a solas, retrocedía ante los disparos, mientras que, al ver a sus compañeros, se sentía electrizado y avanzaba sin temor. Lo mismo ocurre con el suicidio. La visión de los que se liberan por ese medio de los problemas y del hastío de la vida induce a pensar que ese

momento pasa pronto. Los que se contienen por temor al sufrimiento piensan que, ya que son tantas las personas que proceden de ese modo, bien se podría obrar como ellas, pues es preferible sufrir algunos minutos que durante años. El suicidio es contagioso tan solo en ese sentido. El contagio no está en los fluidos ni en las atracciones, sino en el ejemplo que genera una familiaridad con la idea de la muerte y con el empleo de los medios para infligírsela. Esto es tan cierto que, cuando un suicidio ocurre de cierta manera, no es raro ver que se sucedan varios del mismo tipo. La historia de la famosa garita, en la que catorce militares se ahorcaron sucesivamente en poco tiempo, no tenía otra causa. El medio estaba allí, ante sus ojos, y parecía cómodo. De tal modo, por ínfima que fuera en esos hombres la veleidad de terminar con su vida, aprovecharon ese medio. La sola visión de la garita bastaba para despertar en ellos aquella idea. Cuando reportaron el hecho a Napoleón, este ordenó quemar la fatal garita. El medio ya no estaba a la vista, de modo que el mal se detuvo.

La publicidad de los suicidios genera en las masas el efecto de la garita: incita, estimula, familiariza con la idea, e incluso la provoca. En tal sentido, consideramos que los relatos de ese tipo, que abundan en los periódicos, son una de las causas que incitan al suicidio: dan *valor para la muerte*. Sucede lo mismo con los relatos de crímenes, por medio de los cuales se excita la curiosidad pública; mediante el ejemplo, producen un verdadero contagio moral. Esos relatos nunca refrenaron a un criminal, sino que desarrollaron a más de uno.

Ahora, examinemos el suicidio desde otro punto de vista. Decimos que, más allá de los motivos particulares, la causa del suicidio siempre es un descontento. Ahora bien, aquel que está seguro de que será desdichado solamente un día, pero

que estará mejor los días siguientes, se torna paciente con facilidad. Solo se desespera en caso de que no vea el término de sus padecimientos. Así pues, respecto de la eternidad, ¿qué es la vida humana, sino menos que un día? En cambio, para aquel que no cree en la eternidad y considera que todo en él se acaba con la vida, si lo abruma las penas y el infortunio, solo ve su término en la muerte. Como no espera nada, le resulta natural, incluso muy lógico, abreviar sus padecimientos a través del suicidio.

La incredulidad, la simple duda respecto del porvenir; las ideas materialistas, en una palabra, son los más grandes estímulos para el suicidio, pues dan lugar a la *cobardía moral*. Y cuando los hombres de ciencia se apoyan en la autoridad de su saber para *esforzarse* en demostrar a su auditorio o a sus lectores que no deben esperar nada después de la muerte, ¿acaso no los llevan a concluir que, si son desdichados, lo mejor que pueden hacer es matarse? ¿Qué podrían decirles para disuadirlos de eso? ¿Qué compensación pueden ofrecerles? ¿Qué esperanza pueden darles? Ninguna otra cosa más que la nada. De ahí es preciso concluir que, si la nada es el remedio heroico y la única perspectiva, lo mejor es morir inmediatamente que más tarde, para sufrir durante menos tiempo. Por lo tanto, la propagación de las ideas materialistas es el veneno que inculca en una gran cantidad de personas la idea del suicidio, y los que se convierten en apóstoles de esas ideas asumen una terrible responsabilidad.

A esto se objetará, sin duda, que no todos los suicidas son materialistas, pues hay personas que se matan para ir más rápidamente al Cielo, y otras que lo hacen para reunirse más temprano con aquellos a los que han amado. Eso es cierto, pero se trata indudablemente de un número muy pequeño,

y todos se convencerían de ello si hubiera una estadística elaborada de manera concienzuda sobre las causas íntimas de los suicidios. En todo caso, si las personas que ceden a esa idea creen en la vida futura, es evidente que se formaron acerca de esa vida un concepto totalmente falso, y la manera en que se la presenta, por lo general, no es muy adecuada para brindar una idea más exacta acerca de ella. El espiritismo no solamente confirma la teoría de la vida futura, sino que la demuestra con los hechos más patentes de que se pueda disponer: el testimonio de los que están en esa vida. El espiritismo hace más: nos muestra la vida futura con caracteres tan racionales, tan lógicos, que el razonamiento acude en apoyo de la fe. Como la duda ya no está permitida, el aspecto de la vida cambia; su importancia disminuye en función de la certeza que se adquiere respecto de un porvenir más próspero. Para el creyente, la vida se prolonga indefinidamente más allá de la tumba. De ahí resultan la paciencia y la resignación, que disuaden naturalmente de la idea del suicidio. De ahí resulta, en pocas palabras, el *valor moral*.

En este sentido, el espiritismo presenta además otro resultado igualmente positivo, y tal vez más determinante. La religión afirma que suicidarse es un pecado mortal, por el cual se es castigado. Pero ¿de qué modo? Con las llamas eternas, en las que ya no se cree. El espiritismo, en cambio, nos muestra a los propios suicidas, que se presentan para informarnos acerca de su situación desdichada, pero con esta diferencia: las penas varían según las circunstancias agravantes o atenuantes, lo cual se corresponde mejor con la justicia de Dios. En vez de ser uniformes, las penas son la consecuencia natural de la causa que provocó la falta, y no se puede dejar de ver en eso una soberana justicia equitativamente distributiva. Entre los

suicidas, hay algunos cuyo sufrimiento, aunque solo sea temporario en vez de eterno, no deja de ser terrible, y la naturaleza de ese sufrimiento induce a reflexionar a todo aquel que sea tentado a partir de este mundo antes de que Dios lo ordene. Así pues, el espírita dispone de varios motivos como contrapeso de la idea del suicidio: la *certeza* de una vida futura, en la que él sabe que será tanto más feliz cuanto más desdichado y resignado haya sido en la Tierra; la *certeza* de que, si abrevia su vida, llegará exactamente a un resultado por completo diferente del que esperaba alcanzar; de que se liberará de un mal para caer en otro peor, más prolongado y terrible; de que no volverá a ver, en el otro mundo, a los objetos de su afecto, con los que desearía reunirse. De ahí se sigue que el suicidio es contrario a sus propios intereses. Por eso, la cantidad de suicidios que el espiritismo impide es considerable, y se puede concluir que, cuando todo el mundo sea espírita, ya no habrá suicidios voluntarios, cosa que ocurrirá más temprano de lo que se supone. Así pues, al comparar los resultados de la doctrina materialista y de la doctrina espírita, tan solo desde el punto de vista del suicidio, se concluye que la lógica de aquella conduce a las personas a él, mientras que la de esta las disuade, según está confirmado por la experiencia.

“Por ese medio –nos preguntarán–, ¿destruiréis la hipocondría, esa causa de tantos suicidios no motivados, de ese abrumador hastío de la vida que nada parece justificar?” Esa causa es eminentemente fisiológica, mientras que las otras son morales. Ahora bien, si el espiritismo curara tan solo estas últimas, ya haría mucho. La primera, en sentido estricto, le corresponde a la ciencia, a la cual podríamos cedérsela, para decirle: “Nosotros curamos lo que nos incumbe, ¿por qué no

curáis lo que os compete?” Sin embargo, no dudamos en responder afirmativamente aquella pregunta.

Es evidente que algunas afecciones orgánicas son mantenidas e incluso provocadas por las disposiciones morales. El hastío de la vida es, muy a menudo, fruto de la saciedad. El hombre que lo ha disfrutado todo, y que no ve nada más allá, se encuentra en la posición del ebrio que ya se bebió su botella y que, como la ve vacía, decide romperla. Los abusos y los excesos de todo tipo conducen forzosamente a un debilitamiento y a un trastorno de las funciones vitales; y de ahí resulta una gran cantidad de enfermedades, cuyo origen es desconocido, y que se consideran causales, pero que apenas son consecutivas; de ahí resulta también un sentimiento de apatía y de desaliento. ¿Qué le hace falta al hipocondríaco para combatir sus ideas melancólicas? Un objetivo en la vida, un móvil para su actividad. Pero ¿qué objetivo puede tener si no cree en nada? El espírita hace mucho más que creer en el porvenir, pues sabe, no mediante los ojos de la fe, sino por los ejemplos que se le ponen delante, que en la vida futura, de la que no podrá escaparse, será feliz o desdichado según el empleo que haya hecho de la vida corporal; que la felicidad allí es proporcional al bien que se hace. Ahora bien, como está seguro de que vivirá después de la muerte, y durante mucho más tiempo que en la Tierra, es natural que piense en ser lo más feliz posible en la otra vida; seguro, además, de que en esa vida será desdichado si no hizo el bien o –incluso sin que haya sido malo– no hizo nada en absoluto, comprende la necesidad de estar ocupado, y una ocupación es lo que mejor previene la hipocondría. Con la certeza del porvenir, tiene un objetivo; con la duda, no lo tiene. En este caso, le gana el aburrimiento, y acaba con su vida porque no espera nada más.

Permítasenos una comparación un poco trivial, pero que no carece de analogía con esto. Un hombre acaba de pasar una hora presenciando un espectáculo; si cree que todo terminó, se levantará y se retirará; pero si sabe que todavía le falta ver algo mejor y más prolongado que lo anterior, se quedará, aunque se encuentre en el peor lugar: la expectativa de lo mejor vencerá el cansancio.

Las mismas causas que conducen al suicidio producen también la locura. El remedio de aquel es también el de esta, conforme lo hemos demostrado en otra parte. Desafortunadamente, mientras la medicina tome en cuenta tan solo el elemento material, se privará de las luces que le ofrece el elemento espiritual, pues este desempeña un papel muy activo en un gran número de afecciones.

El espiritismo nos revela, además, la causa primera del suicidio, y solo él podía hacerlo. Las tribulaciones de la vida son a la vez expiaciones por las faltas de las existencias pasadas, y pruebas para el porvenir. El propio Espíritu las elige con miras a su adelanto; pero puede ocurrir que, una vez en la práctica, considere que la carga es demasiado pesada y retroceda ante su cumplimiento. Entonces, recurre al suicidio, con lo cual se demora en vez de avanzar. También puede ocurrir que un Espíritu se haya suicidado en una encarnación anterior y que, como expiación, se le haya impuesto en su nueva existencia la obligación de luchar contra la tendencia al suicidio; si sale vencedor, avanza; si sucumbe, tendrá que volver a empezar una vida tal vez más penosa que la anterior, y también deberá luchar hasta que haya triunfado, pues toda recompensa en la otra vida es fruto de una victoria; y quien dice victoria, dice lucha. Así pues, el espírita extrae, de la certeza que tiene de

esa situación, una fuerza de perseverancia que ninguna otra filosofía podría darle.

A. K.

Herencia moral

Uno de nuestros abonados nos escribe desde Wiesbaden:

“Señor, estudié cuidadosamente el espiritismo en vuestros libros, pero a pesar de la claridad que estos emiten, algunas personas consideran que hay dos puntos importantes que no son explicados suficientemente, a saber: 1.º las facultades hereditarias; 2.º los sueños.

”En efecto, ¿de qué modo se puede conciliar el sistema de la anterioridad del alma con la existencia de las facultades hereditarias? Porque esas facultades existen, aunque no de manera absoluta. A diario nos encontramos con ellas en la vida privada, y también vemos, en un orden más elevado, que los talentos suceden a los talentos, la inteligencia a la inteligencia. El hijo de Racine fue poeta; y el de Alejandro Dumas es un autor distinguido. En el arte dramático, observamos la tradición de talentos en una misma familia; y en el arte de la guerra, una raza como la de los duques de Brunswick, por ejemplo, presenta una serie de héroes. Por su parte, la ineptia, el vicio, e incluso el crimen, mantienen también su tradición. Eugène Sue menciona familias en las que varias generaciones pasaron sucesivamente por el homicidio y la guillotina. Comprendo que la creación de un alma para cada individuo explicaría aún menos esas dificultades, pero debemos admitir que

ambas doctrinas se exponen a los golpes de los materialistas, que solo ven en las facultades una concentración de fuerzas nerviosas.

”En cuanto a los sueños, la doctrina espírita no concilia adecuadamente el sistema de las peregrinaciones del alma durante el dormir, con la opinión vulgar que define a los sueños simplemente como el reflejo de las impresiones registradas durante la vigilia. Esta última opinión podría parecer la verdadera explicación de los sueños, mientras que la peregrinación no sería sino un caso excepcional. (Siguen varios ejemplos como apoyo de esto.)

”Señor Presidente, entiéndase bien que aquí no pretendo hacer una objeción en mi nombre, pero me parecería útil que la *Revista Espírita* se ocupara de estas cuestiones, aunque más no sea para brindar los medios que permitan responder a los incrédulos. En cuanto a mí, soy creyente y solo busco mi instrucción”.

La cuestión de los sueños será examinada posteriormente en un artículo especial. Ahora solo nos ocuparemos de la *herencia moral*, cuyo tratamiento dejaremos a los Espíritus, para limitarnos a realizar algunas observaciones preliminares.

A pesar de todo lo que se diga al respecto, los materialistas no se convencerán, debido a que, como no admiten el principio, tampoco pueden aceptar las consecuencias. Ante todo, habría que tornarlos espiritualistas. Ahora bien, para eso no habría que comenzar por esta cuestión, de modo que no nos ocuparemos de sus objeciones.

Si se toma como punto de partida la existencia de un principio inteligente fuera de la materia, es decir, la existencia del alma, la cuestión radica en saber si las almas proceden

de las almas, o si son independientes. Consideramos que ya se ha demostrado, en nuestro artículo acerca de *Los Espíritus y el linaje*, publicado en el mes de marzo último, las imposibilidades que existen respecto de la creación de un alma a partir de otra alma. En efecto, si el alma del niño fuera una parte del alma de su padre, aquella debería tener siempre las cualidades y las imperfecciones de esta, en virtud del axioma según el cual la parte es de la misma naturaleza que el todo. Ahora bien, la experiencia demuestra lo contrario todos los días. Es cierto que se citan ejemplos de similitudes morales e intelectuales que al parecer se deben a la herencia, de lo cual se podría concluir que hubo transmisión. Pero, en tal caso, ¿por qué esa transmisión no ocurre siempre? ¿Por qué vemos a diario padres esencialmente buenos, pero que tienen hijos instintivamente viciosos, y viceversa? Dado que resulta imposible convertir la herencia moral en una regla general, se trata de explicar, con el sistema de la independencia recíproca de las almas, la causa de las similitudes. Esto podría ser, a lo sumo, una dificultad, pero no perjudicaría en nada la doctrina de la anterioridad del alma y de la pluralidad de las existencias, puesto que esa doctrina es demostrada por un centenar de otros hechos concluyentes y contra los cuales es imposible presentar alguna objeción seria. Dejemos que hablen los Espíritus que han tenido a bien referirse a la cuestión. Estas son las dos comunicaciones que obtuvimos al respecto:

(Sociedad de París, 23 de mayo de 1862.

Médium: señor d'Ambel.)

Ya se ha dicho con mucha frecuencia que no hay necesidad de establecer sistemas sobre simples apariencias, y un sistema de ese tipo es el que deduce de las semejanzas familiares una

teoría contraria a la que os hemos presentado sobre la existencia de las almas con anterioridad a su encarnación terrestre. Es positivo el hecho de que muy a menudo las almas nunca se relacionaron directamente con los medios ni con las familias en las que van a encarnar. Ya os hemos repetido muchas veces que las semejanzas corporales se deben a una cuestión material y fisiológica por completo ajena a la acción espiritual, y que las aptitudes y los gustos semejantes resultan, no de la procreación del alma por parte de otra alma ya formada, sino de la atracción que ocurre entre Espíritus similares. A eso se debe que haya familias de héroes o razas de bandidos. Así pues, admitid, en principio, que los Espíritus buenos prefieren elegir para su nueva etapa terrestre un medio donde el terreno ya esté preparado: la familia de Espíritus adelantados en la que están seguros de encontrar los materiales necesarios para su adelanto futuro. Admitid, también, que los Espíritus atrasados, todavía propensos a los vicios y los apetitos salvajes, huyen de los grupos elevados, de las familias morales, y encarnan, por el contrario, allí donde esperan encontrar los medios para satisfacer las pasiones que aún los dominan. Por lo tanto, como tesis general, las semejanzas espirituales se deben a que los semejantes atraen a sus semejantes, mientras que las semejanzas corporales se deben a la procreación. Ahora, es preciso agregar que muy a menudo, en familias que en todo sentido son dignas del respeto de sus conciudadanos, nacen individuos viciosos y malvados, que son enviados a tales familias a fin de convertirse en una prueba de fuego para ellas. A veces, también, esos individuos encarnan allí por voluntad propia, con la esperanza de salir del atolladero en que se encontraban hasta entonces, así como de perfeccionarse bajo la influencia de ese medio virtuoso y moral. Lo mismo ocurre con los

Espíritus ya adelantados moralmente, quienes, conforme al ejemplo de esa jovencita de Saint-Étienne, de la que se habló el año pasado, encarnan en familias oscuras, entre Espíritus atrasados, a fin de señalarles el camino que conduce al progreso. Estoy seguro de que no habéis olvidado a ese ángel de blancas alas en que ella pareció transfigurarse ante quienes la habían amado en la Tierra, cuando estos volvieron a su vez al mundo de los Espíritus. (Véase la *Revista Espírita* de junio de 1861, página 179: “La señora Gourdon”.)

ERASTO

(Otra; en la misma sesión. Médium: señora Costel.)

Vengo a explicaros la importante cuestión de la herencia de las virtudes y los vicios en la raza humana. Esa transmisión hace dudar a los que no comprenden la inmensidad del dogma que el espiritismo ha revelado. Los mundos intermedios están poblados por Espíritus que aguardan la prueba de la encarnación o que se preparan nuevamente para ella, según su grado de adelanto. Los Espíritus, en esos semilleros de la vida eterna, se hallan agrupados y divididos en grandes tribus, algunas más adelante y otras más atrás respecto del progreso, y cada una elige, entre los grupos humanos, a los que se corresponden por simpatía con las facultades que adquirieron, las cuales progresan pero no pueden retroceder.

El Espíritu que encarna elige al padre cuyo ejemplo le permitirá avanzar en el camino preferido, y refleja los talentos de aquel que le ha dado la vida corporal, elevándolos o rebajándolos. En ambos casos, la conjunción simpática existe con anterioridad al nacimiento, y luego se desarrolla durante las relaciones de la familia a través de la imitación y la costumbre.

Después de la herencia familiar, amigos míos, quiero revelaros el origen de la discordancia que separa a los individuos de una misma raza que es repentinamente ilustrada o deshonrada por uno de sus miembros que se mantiene ajeno a ellos. El bruto vicioso que encarna en un centro elevado, y el Espíritu luminoso que encarna entre seres groseros, obedecen ambos a la misteriosa armonía que aproxima las partes divididas de un todo, y hace que concuerde lo infinitamente pequeño con la suprema grandeza. El Espíritu culpable, apoyado en las virtudes adquiridas de su progenitor terrestre, espera fortalecerse con ellas; y si sucumbe ante la prueba, mediante el ejemplo obtiene el conocimiento del bien, y vuelve a la erraticidad menos cargado de ignorancia y mejor preparado para entablar una nueva lucha.

Los Espíritus adelantados vislumbran la gloria de Jesús, y al igual que él ansían beber el cáliz de la ardiente caridad. También como él, quieren guiar a la humanidad hacia la meta sagrada del progreso, de modo que nacen en los bajos fondos sociales, en los que se debaten, atados unos a otros, la ignorancia y el vicio, respecto de los cuales son sucesivamente vencedores y mártires.

Si esta respuesta no satisface vuestras dudas, interrogadme, amigos míos.

SAN LUIS

POESÍA ESPÍRITA

(Sociedad espírita de Burdeos. Médium: señor Ricard.)

La niña y su visión

Madrecita, ya es noche cerrada,
y siento que el sueño ha de venir.
¡Rápido, ponme en mi cama rosada,
que en tus brazos quiero dormir!

Hijita, eleva tu plegaria a Dios.
¡Vamos, hija mía, ora un instante!
Por tu padre recemos las dos.
¡Está en el Cielo...! Tan distante...

Madre, él está allí arriba, ¿no es verdad?
Para estar junto a Él, Dios lo ha querido.
Su cólera es para los que hacen maldad.
¡Pero mi padrecito es su elegido!

¡Oh, hija! ¡Quiera el Todopoderoso
que tu deseo se torne realidad!
Pidámosle para tu padre amoroso...
¡Descanso...! ¡Dicha...! ¡Felicidad...!

También por ti, madrecita, he rogado.
He dicho al Dios omnipotente:
“A mi padre ya me lo habéis quitado;
déjale la madre a esta niña doliente”.

¡Gracias! ¡Gracias...! Mi Gabriela.
Tan joven aún, tu corazón es valiente.
Sobre ti, desde lo Alto, tu padre vela.
Veo su alma besándote la frente.

¡Cuánto quisiera, madre querida,
ya que mi padre nos escucha,
que él acudiera desde la otra vida,
para abrazar a esta hija suya!

Pídele a Dios que un prodigio como ese,
ocurra ante nosotras, que sufrimos tanto...
Pues el alma de un muerto volita a veces
sobre la cama de su hijo en llanto.

Madrecita, ya es noche cerrada,
y siento que el sueño ha de venir.
¡Rápido, ponme en mi cama rosada!
Buenas noches... Voy a dormir...

¡Oh! ¡Sí! ¡Ya lo veo! ¡Es mi padre!
¡Él está aquí... junto a mi cama!
Está con nosotras. ¡Oh, madre!
Nos mira, nos sonrío, nos ama...

Siento en la frente sus besos,
y su mano acariciando mi pelo.
Como haces tú, calla mis labios.
¡Ya lo veo elevándose al Cielo!

Madrecita, ya es noche cerrada,
pero tu hija no puede dormir...
¡Porque mi padre, junto a esta cama rosada,
me promete que otra vez ha de venir!

TU ÁNGEL DE LA GUARDA

Doble suicidio: por amor y por deber⁴⁵

Estudio moral

Leemos en *La opinión nacional* [*L'Opinion nationale*] del 13 de junio:

“El martes pasado, dos féretros ingresaron juntos a la iglesia Bonne-Nouvelle. Los acompañaba un hombre, presa de un profundo dolor, junto con una multitud considerable, en la que se notaban el recogimiento y la tristeza. Esta es una breve reseña de los acontecimientos cuyo resultado fue la doble ceremonia fúnebre.

”La señorita Palmira era modista y vivía con sus padres. Estaba dotada de un físico atractivo, al cual se sumaba un carácter muy agradable, y por eso era muy asediada con propuestas de casamiento. Entre los pretendientes, la joven había preferido al señor B..., que sentía por ella una ardorosa pasión. Aunque ella lo amaba mucho también, consideró, apremiada por el respeto filial, que estaba obligada a ceder a la voluntad de sus padres, de modo que contrajo matrimonio

45. Véase este caso en *El Cielo y el Infierno*, Segunda parte, Capítulo V: “Suicidas”. (N. del T.)

con el Sr. D..., cuya posición social les parecía más ventajosa que la del rival. El matrimonio se celebró hace cuatro años.

”Los señores B... y D... eran amigos íntimos. Aunque no había entre ellos ningún interés en común, no dejaron de verse. El amor recíproco del Sr. B... y de Palmira, convertida en la Sra. D..., no había disminuido, y cuanto más se esforzaban por reprimirlo, más aumentaba, debido a la violencia que ejercían sobre él. Para tratar de extinguirlo, B... decidió casarse. Contrajo matrimonio con una joven de excelentes cualidades, e hizo todo lo posible por amarla; pero no tardó en darse cuenta de que era imposible que ese recurso heroico lo curara. Sin embargo, durante cuatro años, ni B... ni la Sra. D... faltaron a sus deberes. Sería imposible describir lo que sufrieron, dado que D..., que estimaba verdaderamente a su amigo, lo invitaba con frecuencia a su casa y, cuando este quería retirarse, insistía para que se quedara.

”Finalmente, hace algunos días, reunidos por una circunstancia fortuita, los dos amantes no pudieron resistir la pasión que los dominaba. Cometida la falta, de inmediato sintieron el más funesto remordimiento. La joven se arrojó a los pies del marido tan pronto como este regresó a su casa, y le dijo entre sollozos:

” ¡Échame! ¡Mátame! ¡Ahora no soy digna de ti!

”Y como él había enmudecido por el asombro y el dolor, ella le contó sus luchas, sus padecimientos, todo el valor que había necesitado para no caer antes. Le hizo comprender que, dominada por ese amor ilegítimo, nunca había dejado de sentir por él el respeto, la estima y el aprecio de los que era digno.

”En vez de maldecirla, el marido lloraba. B... llegó en medio de esa escena e hizo una confesión semejante. D... los puso de pie a ambos y les dijo:

”—Sois dos corazones leales y buenos. Solo la fatalidad os hizo culpables. He leído la sinceridad en el fondo de vuestros pensamientos. ¿Por qué habría de castigaros por una atracción a la que vuestras fuerzas morales no pudieron resistirse? El castigo está en el remordimiento que sufrís. Prometedme que dejaréis de veros, y no habréis perdido nada de mi estima y mi afecto.

”Los desdichados amantes se apresuraron a realizar la promesa que se les había solicitado. No obstante, el modo en que el señor D... había recibido esa confesión, aumentaba el dolor y el remordimiento de los amantes. Entonces, tras un encuentro imprevisto, en el que se comunicaron recíprocamente el estado de sus almas, y coincidieron en que la muerte era el único remedio para los males que experimentaban. Resolvieron que se suicidarían juntos al día siguiente, en que el Sr. D... estaría ausente de la casa durante gran parte de la jornada.

”Tras los últimos preparativos, escribieron una larga carta, en la que decían, en síntesis:

” ‘Nuestro amor es más fuerte que todas las promesas. A pesar de nosotros mismo, podríamos volver a fallar. No mantendremos una existencia culpable. Con nuestra expiación demostraremos que la falta cometida no debe atribuirse a nuestra voluntad, sino al extravío de una pasión cuya violencia es superior a nuestras fuerzas’.

”Esta conmovedora carta finalizaba con un pedido de perdón, y los amantes imploraban la gracia de ser reunidos en la misma tumba.

” Cuando el Sr. D... regresó a su casa, presenció un extraño y doloroso espectáculo. En medio del denso humo que arrojaba una estufa portátil llena de carbón, los dos amantes se encontraban vestidos y recostados en la cama, estrechamente abrazados. Habían dejado de vivir.

”El señor D... respetó la última voluntad de los amantes. Quiso que estuvieran juntos en la Iglesia, durante las plegarias, y que no quedaran separados en el cementerio”.

El señor cura de Bonne-Nouvelle consideró que debía desmentir, en un artículo publicado en varios periódicos, la admisión de los dos cuerpos en su iglesia, pues las reglas canónicas se oponen a ello.

Una vez leído este relato en la Sociedad Espírita de París, como tema de estudio moral, dos Espíritus emitieron al respecto la siguiente observación:

“¡Aquí tenéis el producto de vuestra sociedad y de vuestras costumbres! No obstante, el progreso se cumplirá. Un tiempo más y esta clase de acontecimientos dejará de repetirse. A determinados individuos les ocurre lo mismo que a esas plantas que se encierran en un invernadero: les falta el aire, se asfixian y dejan de exhalar su perfume. Vuestras leyes y vuestras costumbres han puesto límites a la expansión de algunos sentimientos, razón por la cual dos almas, dotadas de las mismas facultades y los mismos instintos afectivos, a menudo se reencontran en dos órdenes diferentes y, como no pueden unirse, se destruyen en su tenaz deseo de encontrarse. ¿Qué habéis hecho con el amor? Lo redujisteis al valor de una moneda. Lo pusisteis en una balanza. En vez de rey, el amor es esclavo. Vuestras costumbres han convertido un vínculo sagrado en una cadena de hierro, cuyos eslabones oprimen y matan a los que nacieron para ser libres.

”¡Ah! Si vuestras sociedades avanzaran por el camino de Dios, vuestros corazones no se consumirían en llamas pasajeras, y vuestros legisladores no serían forzados a preservar vuestras pasiones mediante leyes. Pero el tiempo corre, y llegará la hora en que podréis vivir la verdadera vida, la vida del corazón. Cuando los latidos del corazón dejen de ser reprimidos por el frío cálculo de los intereses materiales, ya no veréis esos horribles suicidios que de cuando en cuando vienen a desmentir vuestros prejuicios sociales”.

SAN AGUSTÍN (médium: Sr. Vézy.)

“Los dos enamorados que se suicidaron no os pueden responder todavía. Los veo: están sumergidos en la turbación y asustados ante la perspectiva de la eternidad. Las consecuencias morales de la falta cometida habrán de pesarles durante migraciones sucesivas, en cuyo transcurso sus almas separadas se buscarán sin cesar, y tendrán que padecer el doble suplicio de presentirse y desearse en vano. Concluida la expiación, se reunirán en forma definitiva en el seno del amor eterno.”

GEORGES (médium: Sr. Costel.)

Ocho días después, el guía espiritual del médium fue consultado acerca de la posibilidad de evocar a esos dos Espíritus, a lo que respondió:

“Os he dicho la última vez que en vuestra próxima sesión podríais evocarlos. Ellos atenderán el llamado de mi médium, pero no se verán: una noche profunda los oculta uno de otro durante mucho tiempo”.

SAN AGUSTÍN (médium: Sr. Vézy.)

1. *Evocación de la mujer.*

Respuesta. Sí, me comunicaré, pero con el auxilio del Espíritu que está aquí, que me ayuda y me obliga.

2. ¿Veis al hombre que amasteis, con el que os habéis suicidado?

R. No veo nada, ni siquiera a los Espíritus que deambulan conmigo en el lugar donde estoy. ¡Qué oscuridad! ¡Qué oscuridad! ¡Qué espeso velo cae sobre mi rostro!

3. ¿Qué sensación habéis experimentado cuando os despertasteis después de vuestra muerte?

R. Extraña. ¡Tenía frío y me quemaba; el hielo corría por mis venas, pero el fuego estaba en mi rostro! ¡Cosa singular! ¡Mezcla inaudita! ¡El hielo y el fuego parecían consumirme! Pensé que iba a sucumbir por segunda vez.

4. ¿Experimentáis algún dolor físico?

R. Todo mi sufrimiento está *aquí*, y *aquí*.

5. ¿Qué queréis decir con *aquí* y *aquí*?

R. *Aquí*, en mi cerebro. Y *aquí*, en mi corazón.

Observación. De haber podido ver al Espíritu, probablemente hubiéramos notado que se llevaba la mano a la cabeza y al corazón.

6. ¿Creéis que habréis de estar siempre en esta situación?

R. ¡Oh! ¡Siempre, siempre! Algunas veces oigo risotadas infernales, voces amenazadoras que gritan estas palabras: “¡Siempre así!”.

7. Pues bien; podemos deciros con absoluta certeza que no siempre será así. Mediante el arrepentimiento obtendréis el perdón.

R. ¿Qué estáis diciendo? No comprendo.

8. Os repito que vuestros padecimientos habrán de tener un término. Podéis abreviarlos mediante vuestro arrepentimiento, y nosotros os ayudaremos por medio de la plegaria.

R. Sólo he oído una palabra y sonidos difusos. Esa palabra es: ¡gracia! ¿Quisisteis hablar de la *gracia*? ¡Oh! El adulterio y el suicidio son dos crímenes muy atroces. Habéis hablado de la gracia, pero sin duda lo hicisteis al alma que ha pasado junto a mí, ¡pobre criatura que llora y aguarda!

Observación. Una dama de la Sociedad, presente en la reunión, dijo que había hecho una oración por esta desventurada, lo que sin duda la conmovió. De hecho, había implorado mentalmente a su favor la *gracia* de Dios.

9. Habéis manifestado que estáis en las tinieblas, ¿eso significa que no nos veis?

R. Me es permitido oír algunas palabras que pronunciáis, pero sólo veo un crespón negro sobre el cual se dibuja, a determinadas horas, un rostro que llora.

10. Si no veis a vuestro amado, ¿sentís al menos su presencia junto a vos, puesto que él está aquí?

R. ¡Ah! No lo mencionéis; por el momento debo mantenerlo en el olvido, si quiero que del crespón se borre la imagen que veo esbozada en él.

11. ¿Qué imagen es esa?

R. La de un hombre que sufre, cuya existencia moral en la Tierra he aniquilado por mucho tiempo.

Observación. La oscuridad, conforme lo demuestra la observación de los hechos, acompaña muy a menudo el castigo de los Espíritus criminales. Sigue de inmediato a la muerte, y su duración, muy variable según las circunstancias, puede extenderse desde algunos meses hasta algunos siglos. Se com-

prende fácilmente el horror de semejante situación, en la que el culpable solo percibe aquello que le recuerda su falta, y que aumenta —mediante el silencio, la soledad y la incertidumbre en que se halla inmerso— las ansiedades del remordimiento.

Al leer esta narración, de inmediato nos sentimos predispuestos a encontrar circunstancias atenuantes para este suicidio, hasta llegar a enfocarlo como un acto heroico, visto que fue provocado por el sentimiento del deber. Sin embargo, observamos que ha sido juzgado de un modo diferente, y que la pena de los culpables será prolongada y terrible, pues se refugiaron en la muerte por propia voluntad, con el fin de evitar la lucha. No cabe duda de que la intención de no faltar al deber era honrosa, y se les tomará en cuenta más adelante. Con todo, el verdadero mérito habría consistido en vencer la atracción, al paso que se comportaron como el desertor, que se esconde en el momento en que surge el peligro.

Como se ve, la pena de los dos culpables consistirá en que se busquen durante mucho tiempo sin encontrarse, ya sea en el mundo de los Espíritus o en otras encarnaciones terrenales. Por otra parte, en este momento esa pena está agravada por la idea de que su estado actual habrá de durar para siempre. Puesto que este pensamiento forma parte del castigo, no se les ha permitido oír las palabras de esperanza que les dirigimos. A quienes consideren que esta pena es muy terrible y muy larga, sobre todo porque no habrá de cesar sino al cabo de varias encarnaciones, les diremos que su duración no es absoluta, y que dependerá de la manera como ambos Espíritus soporten las pruebas futuras. En eso podremos ayudarlos mediante las plegarias. Como todos los Espíritus culpables, serán los árbitros de su propio destino. ¿No es esto mejor que la condenación eterna, sin ninguna esperanza, a la cual estarían

irremediamente condenados según la doctrina de la Iglesia, que los considera destinados al Infierno hasta tal punto que les ha negado las últimas oraciones, porque sin duda no tendrían eficacia?

Algunos católicos le reprochan al espiritismo el hecho de que no admita el Infierno. En efecto, no admite la existencia de un Infierno localizado, con sus llamas, sus horcas y sus torturas corporales, replicadas del Tártaro de los paganos. Con todo, la situación en que se muestran los Espíritus desdichados no es mucho mejor, aunque con una diferencia radical: la naturaleza de las penas no tiene nada de irracional, y su duración, en vez de ser irremisible, se halla subordinada al arrepentimiento, la expiación y la reparación. Esto es a la vez más lógico y acorde con la doctrina de la justicia y la bondad de Dios.

El espiritismo, en el caso que nos ocupa, ¿habría sido un recurso suficientemente eficaz para prevenir el suicidio? No cabe duda. Les habría infundido a esos dos seres una confianza en el porvenir que habría cambiado totalmente su manera de considerar la vida terrenal y, por consiguiente, les habría transmitido la fuerza moral que les faltó. En el supuesto de que hubieran tenido fe en el porvenir –cosa que ignoramos– y que su objetivo al suicidarse fuera estar juntos más rápidamente, habrían sabido, por ejemplos análogos, que llegarían a un resultado diametralmente opuesto, ya que se mantendrían separados mucho más tiempo que en este mundo, pues Dios no permite que se recompense a quienes desafían sus leyes. Así pues, con la certeza de que no verían realizados sus deseos y de que, por el contrario, se hallarían en una situación cien veces peor, su propio interés les habría infundido paciencia.

Recomendamos a los espíritas que los incluyan en sus plegarias, a fin de que dispongan de la fuerza y la resignación que les permitan sostenerse ante las nuevas pruebas, así como apresurar el término de su castigo.

ENSEÑANZAS Y DISERTACIONES ESPÍRITAS

Unión simpática de las almas

(Burdeos, 15 de febrero de 1862.

Médium: señora H...)

Pregunta. Ya me habías dicho varias veces que nos reuniremos para no volver a separarnos. ¿De qué manera? ¿Acaso puede ocurrir que las reencarnaciones, incluso las que suceden a las de la Tierra, no siempre separen a los Espíritus por un tiempo más o menos prolongado?

Respuesta. Hija mía, te he dicho que, a los que se aman sinceramente y han sabido sufrir con resignación para expiar sus faltas, Dios les permite reunirse primero en el mundo de los Espíritus, donde progresan juntos, para obtener reencarnaciones en los mundos superiores. De tal modo, si lo solicitan con fervor, pueden dejar los mundos espíritas en la misma época, reencarnar en los mismos lugares y, mediante una concatenación de circunstancias previstas por anticipado, reunirse con los lazos que más convengan a su corazón.

Algunos solicitan ser padre o madre de un Espíritu con el que simpatizan, para conducirlo por el camino del bien, dichosos de brindarle los tiernos cuidados de la familia y la amistad. Otros solicitan la gracia de unirse en matrimonio y

compartir muchos años de amor y felicidad. Me refiero al matrimonio en el sentido de la unión íntima de dos seres que no quieren separarse más. No obstante, el matrimonio, conforme se lo entiende en vuestra Tierra, no se conoce en los mundos superiores. En esos lugares de dicha, de libertad y alegría, los lazos son de flores y de amor; y no vayas a creer que por eso resultan menos duraderos. Solo los corazones hablan y guían en esas uniones tan dulces. Uniones libres y felices, matrimonios de alma con alma ante Dios: ¡tal es la ley de amor de los mundos superiores! Y los seres privilegiados de esas regiones benditas, dado que se consideran fuertemente vinculados por la semejanza de sentimientos —mucho más que los hombres de la Tierra, que a menudo pisotean los más sagrados compromisos—, no presentan el lastimoso espectáculo de las uniones perturbadas incesantemente por los vicios, las malas pasiones, la inconstancia, los celos, la injusticia, la aversión, y todas esas horribles inclinaciones que conducen al mal, al perjurio y a la violación de los más solemnes juramentos. ¡Así es! Esos matrimonios bendecidos por Dios, esas uniones tan dulces, son la recompensa de los que, por haberse amado profundamente en el sufrimiento, ruegan al Señor justo y bueno que les permita seguir amándose en los mundos superiores, pero sin miedo a una próxima y horrible separación.

¿Qué hay en esto que no sea fácil de comprender y admitir? ¿Acaso Dios, que ama a todos sus hijos, no debió crear, para los que se tornaron dignos de ella, una felicidad tan intensa como la crueldad de las pruebas que sufrieron? ¿Qué otra cosa podría conceder, que fuera más adecuada al deseo sincero de un corazón amoroso? Entre todas las recompensas prometidas a los hombres, ¿existe algo semejante a esa idea,

a esa esperanza, e incluso –yo diría– a esa certeza, de reunirse para toda la eternidad con los seres adorados?

Créeme, hija querida, que nuestras secretas aspiraciones, esa necesidad misteriosa pero irresistible de amar, de amar durante mucho tiempo, de amar siempre, no fue puesta por Dios en nuestros corazones sino porque la promesa del porvenir nos permitía esas dulces esperanzas. Dios no nos hará experimentar los dolores de la decepción. Nuestros corazones quieren la dicha, y solo laten gracias a los afectos puros. La recompensa no podía ser otra que el cumplimiento pleno de nuestros sueños de amor. Así como, pobres Espíritus sufridores destinados a la prueba, hemos tenido que pedir y elegir a veces incluso la expiación más cruel; así también, Espíritus dichosos, regenerados, elegimos, con la nueva vida destinada a purificarnos más aún, la suma de la felicidad destinada al Espíritu adelantado. Este es, hija mía, una breve descripción de la dicha futura. A menudo tendremos la oportunidad de retomar este agradable asunto. ¡Debes comprender cuán feliz me hace la perspectiva de ese porvenir, y cuán agradable me resulta confiarte mis esperanzas!

P. ¿Se reconocen los Espíritus en esas nuevas y dichosas existencias?

R. Si no se reconocieran, ¿sería completa esa dicha? No hay duda de que podrían ser felices, porque en esos mundos privilegiados todos los seres están destinados a serlo; pero ¿sería plena esa dicha para los que, separados bruscamente en la más bella época de la vida, le piden a Dios que los reúna en su seno? ¿Sería esa la realización de nuestros sueños y nuestras esperanzas? No; y tú piensas como yo. Si se cubriera el pasado con un velo, no existiría la dicha suprema, el inefable gozo de volver a encontrarse tras las angustias de la ausencia y la separación. No existiría –o al menos lo ignoraríamos– esa antigüe-

dad del afecto que estrecha más aún los vínculos. Así como en vuestra Tierra dos amigos de la infancia disfrutaban volver a verse en el mundo, en la sociedad, y se buscan más que si su relación se remontara a unos pocos días, de igual modo los Espíritus que merecen el favor de reunirse en los mundos superiores son doblemente dichosos y le agradecen a Dios ese nuevo encuentro, que obedece a sus más fervientes anhelos.

Los mundos ubicados más arriba que la Tierra en la escala de la perfección, están repletos de los favores que contribuyen a la felicidad plena de los seres que habitan en ellos. No se les oculta el pasado, porque el recuerdo de sus antiguos padecimientos, de sus errores, rescatados a costa de muchos males, así como el recuerdo aún más vivo de sus afectos sinceros, hace que esa nueva vida les resulte mil veces más dulce, y los previene de las faltas que tal vez, por un resto de debilidad, podrían cometer a veces. Para el hombre, esos mundos son el paraíso terrenal, destinado a conducirlo al paraíso divino.

Observación. Se confundiría extrañamente el sentido de esta comunicación si se viera en ella una crítica a las leyes que rigen el matrimonio, así como una sanción de las uniones efímeras extraoficiales. En lo atinente a las leyes, las únicas inmutables son las leyes divinas. No obstante, las leyes humanas, puesto que deben ser apropiadas a las costumbres, a los usos, a los climas, al grado de civilización, resultan esencialmente cambiantes. Sería muy lamentable que ocurriera lo contrario, y que los pueblos del siglo diecinueve se mantuvieran atados a las mismas reglas que regían a nuestros padres. Por lo tanto, dado que hemos cambiado las leyes de nuestros padres, y que nosotros tampoco hemos llegado a la perfección, de ahí se sigue que nuestros descendientes deberán cambiar nuestras leyes. Cualquier ley, desde el momento en que es dic-

tada, tiene su razón de ser y su utilidad; pero si bien es buena actualmente, mañana puede dejar de serlo. En el estado de nuestras costumbres, de nuestras exigencias sociales, el matrimonio necesita ser reglamentado por la ley, y la prueba de que esta ley no es absoluta radica en que no es la misma en todos los países civilizados. Por lo tanto, podemos pensar que, en los mundos superiores, en los que no existen los mismos intereses materiales para salvaguardar, en los que el mal no existe, es decir, en los que se excluye la encarnación de Espíritus malos, y en los que, por consiguiente, las uniones son el resultado de la simpatía y no del cálculo, las condiciones deben ser diferentes. Ahora bien, lo que es bueno para esos mundos, podría ser muy malo para el nuestro.

Por otra parte, es necesario considerar que los Espíritus se desmaterializan a medida que se elevan y se purifican. La encarnación solo es material en las categorías inferiores. Para los Espíritus superiores ya no hay encarnación material, razón por la cual tampoco hay procreación, porque esta es para los cuerpos y no para el Espíritu. Un afecto puro es, por consiguiente, el único objetivo de la unión de esos Espíritus, y para eso, tanto como para la amistad en la Tierra, no se requiere la sanción de los funcionarios judiciales.

* * *

Una teja

(Sociedad Espírita de París.
Médium: señora C...)

Camina un hombre por la calle, cuando de repente una teja cae delante de él. Entonces dice: “¡Qué suerte tuve! Un

paso más y habría muerto”. Este es, por lo general, el único agradecimiento que dirigirá a Dios. No obstante, poco tiempo después, ese mismo hombre cae enfermo y muere en su cama. ¿Por qué razón se salvó de la teja, para luego morir como todo el mundo? El incrédulo dirá que ha sido el azar, de la misma manera que ese hombre dijo. “¡Qué suerte!”. Ahora bien, ¿de qué le sirvió escapar del primer accidente si sucumbió en el segundo? En todos los casos, si la suerte lo favoreció, ese favor no duró demasiado.

Ante esta pregunta, el espírita responde: en todo momento escapáis de accidentes que os dejan —como se dice— a dos pasos de la muerte. ¿Acaso no veis en eso una advertencia del Cielo para mostraros que vuestra vida pende de un hilo, y que no podéis estar seguros de que mañana estaréis vivos, de modo que siempre debéis estar listos para partir? Sin embargo, ¿qué hacéis cuando vais a emprender un largo viaje? Tomáis precauciones, ordenáis vuestros asuntos, adquirís las provisiones necesarias para el camino, os deshacéis de todo lo que podría entorpecer y demorar vuestra marcha. Si conocéis el país de destino, y en él os esperan amigos y conocidos, partís sin temor, seguros de que seréis bien recibidos. De lo contrario, estudiáis los mapas del lugar y os procuráis cartas de recomendación. Suponeos en la obligación de realizar ese viaje de la noche a la mañana, sin tiempo para los preparativos, mientras que, si estáis prevenidos con mucha anticipación, tendréis todo dispuesto para vuestra conveniencia y vuestra satisfacción.

¡Pues bien! Todos los días os halláis expuestos a emprender el más importante de los viajes, el que haréis inevitablemente; pero no pensáis en eso, ¡como si fuerais a vivir en la Tierra para siempre! Dios, en su bondad, se ocupa de advertiros

mediante los numerosos accidentes de los que escapáis, pero vosotros solo tenéis para Él estas palabras: “¡Qué suerte!”.

¡Espíritas! Sabéis cuáles son los preparativos para ese gran viaje, cuyas consecuencias para vosotros son mucho más importantes que todos los viajes que emprendéis en ese mundo, porque vuestra dicha futura depende del modo como ese gran viaje se realice. El mapa que os hará conocer el país al que habréis de ingresar, es la iniciación en los misterios de la vida futura, a fin de que ese país no sea nuevo para vosotros. Vuestras provisiones son las buenas acciones que realizáis y que os servirán de pasaporte y de carta de recomendación. En cuanto a los amigos que encontraréis allá, los conocéis. Las cosas de las que debéis deshaceros son los sentimientos malos, porque ¡ay de aquel al que la muerte sorprenda con odio en el corazón! Sería como una persona que cayera al agua con una piedra atada al cuello, hundiéndose hasta el fondo. Los asuntos que debéis ordenar son el perdón para con los que os han ofendido, son los errores que debéis apresuraros a reparar, para que vosotros mismos seáis perdonados, porque los errores son las deudas cuyo pago es el perdón. Apresuraos, pues, porque la hora de la partida puede llegar de un momento a otro, sin daros tiempo para reflexionar.

En verdad os digo, la teja que cae delante de vuestros pies es la señal de advertencia, a fin de que estéis listos para partir cuando suene la primera llamada, sin que os tome desprevenidos.

EL ESPÍRITU DE VERDAD

* * *

César, Clodoveo y Carlomagno

(Sociedad Espírita de París, 24 de enero de 1862.

Tema propuesto. Médium: señor A. Didier.)

Esta cuestión no es solo material, sino también sumamente espiritualista. Antes de abordar el punto principal, hay otro al que nos referiremos en primer lugar. ¿Qué es la guerra? Ante todo, responderemos que la guerra es permitida por Dios, dado que ella existe, siempre existió y siempre existirá. Es un error, en la educación de la inteligencia, ver en César apenas un conquistador, en Clodoveo un hombre bárbaro, y en Carlomagno un déspota cuyo sueño insensato consistió en fundar un inmenso imperio. ¡Ah! ¡Dios mío! Como se dice por lo general, los conquistadores son los juguetes de Dios. Como su audacia y su genio los convirtió en líderes, no solo vieron alrededor suyo hombres armados, sino también ideas, progreso, civilizaciones que había que implantar en las demás naciones. Partieron, como César, para llevar Roma a Lutecia; como Clodoveo, para esparcir los gérmenes de una solidaridad monárquica; como Carlomagno, para hacer que brille la antorcha del cristianismo en los pueblos ciegos, en las naciones que ya estaban corrompidas por las herejías de los primeros tiempos de la Iglesia. Ahora bien, esto es lo que ocurrió: César, el más egoísta de esos tres grandes genios, hizo que la táctica militar, la disciplina, la ley, en una palabra, sirvieran para implantarlas en las Galias. Tras los ejércitos llegaba la idea inmortal, y las tribus vencidas e indomables sufrían el yugo de Roma, es cierto, pero se convertían en provincias romanas. La orgullosa Marsella, ¿habría existido sin Roma? Lugdunum y tantas otras ciudades, célebres en los anales, se convirtieron en centros inmensos, focos de luz para las cien-

cias, las letras y las artes. César es, por consiguiente, un gran propagador, uno de esos hombres universales que se valen del hombre para civilizar al hombre, uno de esos hombres que sacrifican hombres a favor de la idea.

El sueño de Clodoveo fue implantar una monarquía, unas bases, una regla para su pueblo. Pero como la gracia del cristianismo todavía no lo iluminaba, resultó un propagador bárbaro. Debemos considerarlo a partir de su conversión: imaginación activa, febril, belicosa, vio en su victoria sobre los visigodos una prueba de la protección de Dios. A partir de entonces, seguro de que Él siempre lo acompañaba, se hizo bautizar. Ese es el bautismo que se propaga en las Galias, y el cristianismo que se esparce cada vez más. Es el momento de decir, con Corneille, que Roma ya no era Roma. Los bárbaros invadían el mundo romano.

Después del saqueo de las civilizaciones que los romanos habían esbozado, surge un hombre que sueña con esparcir en el mundo, ya no los misterios y el prestigio del Capitolio, sino las formidables creencias de Aix-la-Chapelle. Un hombre que está, o cree que está, con Dios. Los bárbaros todavía se dedican a un culto odioso, rival del cristianismo. Carlomagno se arroja sobre esos pueblos, hasta que Viduquindo, tras alternar victorias y derrotas, se rinde humildemente y recibe el bautismo.

Se trata, por cierto, de un inmenso escenario, en el que se despliegan tantos hechos, tantas intervenciones de la Providencia, tantas caídas y victorias. Pero ¿cuál es la conclusión? La idea, al universalizarse, al propagarse cada vez más, sin detenerse ante los desmembramientos de las familias ni ante el desánimo de los pueblos, y dado que su objetivo es la implantación de la cruz de Cristo en todos los puntos de la Tierra,

¿no constituye un inmenso hecho espiritualista? Así pues, es necesario considerar a esos tres hombres como grandes propagadores que, por ambición o por convicción, introdujeron la luz en Occidente, cuando Oriente sucumbía en su embriagadora pereza o en su inactividad. Ahora bien, la Tierra no es un mundo donde el progreso ocurre rápidamente y a través de la persuasión y la mansedumbre. No os asombréis, pues, de que a menudo sea necesario usar la espada en vez de la Cruz.

LAMENNAIS

Pregunta. Habéis dicho que la guerra existirá siempre. No obstante, parece que el progreso moral, al destruir sus causas, hará que cese.

Respuesta. Existirá siempre, en el sentido de que siempre habrá luchas. Pero las luchas cambiarán de forma. Es cierto que el espiritismo debe propagar en el mundo la paz y la fraternidad; pero vosotros sabéis que, aunque el bien triunfe, siempre habrá lucha. Es evidente que el espiritismo hará que se comprenda cada vez mejor la necesidad de la paz, pero el mal siempre vela. Habrá que luchar durante mucho tiempo aún por el bien en la Tierra, aunque esas luchas serán cada vez más raras.

(Sobre el mismo tema. Médium: señor Leymar.)

La influencia de los hombres de genio en el porvenir de los pueblos es incuestionable. En manos de la Providencia, son instrumentos para apresurar las grandes reformas que, sin ellos, solo ocurrirían al cabo de mucho tiempo. Son los que siembran los gérmenes de las ideas nuevas; y muy a menudo

vuelven algunos siglos después, con otros nombres, para continuar o completar la obra que habían comenzado.

César, esa gran figura de la Antigüedad, representa para nosotros el genio de la guerra, la ley organizada. La sociedad romana quedó profundamente debilitada por las pasiones que él impulsó al extremo. Esa sociedad cambia de apariencia y en su evolución todo se transforma alrededor suyo. Los pueblos sienten que se transforma su antigua constitución; una ley implacable, la de la fuerza, une lo que no debía separarse, según la época en la que César vivía. Bajo su mano triunfante, las Galias se transforman, y tras diez años de combates constituyen una poderosa unidad. Con todo, de esa época data la decadencia romana. Llevada al exceso, esa potencia que hacía temblar al mundo cometía las faltas del poder extremo. Todo lo que crece más allá de las proporciones que Dios asigna, debe caer de igual modo. Ese gran imperio fue invadido por una nube de pueblos surgidos de regiones entonces desconocidas. El renombre había llevado, con las armas de César, las ideas nuevas a los países del Norte, que se precipitaron como un torrente. Ved esas tribus bárbaras, lanzándose con rapacidad sobre las provincias en las que el sol era mejor, el vino tan dulce, las mujeres tan bellas. Atravesaron las Galias, los Alpes, los Pirineos, para fundar en todas partes poderosas colonias y desmembrar ese gran cuerpo denominado Imperio Romano. Solo el genio de César había bastado para conducir su nación a la cima del poder; de él data la época de la renovación en la que todos los pueblos se confunden, avanzan unos sobre otros, en busca de otras cohesiones, de otros elementos. Y durante tantos siglos, ¡cuánto odio entre esas tribus! ¡Cuántos combates! ¡Cuántos crímenes! ¡Cuánta sangre!

BARBARET

Clodoveo, con su mano bárbara, debía ser el punto de partida de una nueva era para los pueblos. Obedecía a la costumbre y, para fundar una nación, no se detenía ante nada. La fundó con el puñal y la astucia. Creaba un nuevo elemento al adoptar el bautismo e iniciar a sus rudos soldados en las nuevas creencias. No obstante, después de él todo fue a la deriva, a pesar de la idea, a pesar del cristianismo. Hacían falta Carlos Martel, Pipino, y luego Carlomagno.

Saludamos a esta figura poderosa, a la enérgica naturaleza que, cual nuevo César, supo reunir en un haz todos esos pueblos dispersos, cambiar las ideas y darle una forma a ese caos. Carlomagno es la grandeza en la guerra, en la ley, en la política, en la moralidad naciente que debía fusionar los pueblos e infundirles la intuición de la conservación, de la unidad y la solidaridad. De él datan los grandes principios que formaron Francia; de él datan nuestras leyes y nuestras ciencias aplicadas. Transformador, había sido señalado por la Providencia para ser el vínculo entre César y el porvenir. También se lo llama el Grande, porque, si bien empleó terribles medios de ejecución, lo hizo para darle una forma, un pensamiento único a esa unión de pueblos bárbaros que solo podía obedecer lo que era poderosos y fuerte.

BARBARET

Nota. Como su nombre era desconocido, le solicitamos al Espíritu que tuviera a bien darnos alguna información acerca de su persona:

Viví en la época de Enrique IV. Fui muy humilde. Perdidó en esta París en la que se olvida tan bien lo que se esconde, y solo busca el estudio, me complacía en estar solo, en leer y comentar a mi manera. En la pobreza, trabajaba, y

la labor de cada día me otorgaba esa satisfacción inefable que se denomina libertad. Copiaba libros y diseñaba esas maravillosas viñetas, prodigios de paciencia y de saber, que apenas recompensaban esa paciencia con pan y agua. No obstante, yo estudiaba, amaba mi país y buscaba la verdad en la ciencia. Me ocupaba de la historia, y para mi Francia adorada habría querido la libertad, las aspiraciones que mi humildad soñaba. Desde entonces, estoy en un mundo mejor, y Dios ha recompensado mi abnegación con esa tranquilidad en la que todas las obsesiones del cuerpo están ausentes, y sueño para mi país, para el mundo entero, con el amor y la libertad.

A menudo acudo a veros y escucharos. Me gustan vuestros trabajos, de los que participo con todo mi ser. Deseo que seáis perfectos y estéis contentos en el porvenir; que podáis ser felices. Sin embargo, lo seréis por completo tan solo si os despojáis del viejo vestido que desde hace tanto tiempo cubre al mundo entero: me refiero al egoísmo. Estudiad el pasado, la historia de vuestro país, y aprenderéis más con el padecimiento de vuestros hermanos que con cualquier otra ciencia.

Vivir es saber, es amar, es ayudarse mutuamente. Id, pues, y obrad conforme a vuestro Espíritu. Dios, que está ahí, os ve y os juzga.

BARBARET

AVISO

Hemos recibido un manuscrito bastante voluminoso, titulado: *El AMOR, revelaciones del Espíritu del tercer orden de*

la serie angélica al hermano P. Montani [L'AMOUR, révélations de l'Esprit du 3^e ordre de la série angélique au frère P. Montani.]. La remesa no incluía ninguna carta, de modo que ignoramos quién la envió. Si este número de la *Revista* llega a sus manos, le rogamos que se dé a conocer, a fin de que podamos agradecerle. Entretanto, diremos que ese trabajo contiene cosas excelentes y se basa en la más sana moral, así como en los principios fundamentales del espiritismo. No obstante, también expone teorías azarosas respecto de varios puntos, las cuales darían lugar a una crítica fundada. Por nuestra parte, no podemos aceptar todo lo que contiene, y nos resultaría inconveniente publicarlo sin modificaciones.

ALLAN KARDEC



REVISTA ESPÍRITA

PERIÓDICO DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS

Año V

Número 8

Agosto de 1862

Conferencia del Sr. Trousseau, profesor en la Facultad de Medicina

*Dictada en la Asociación Politécnica
para la Enseñanza Gratuita de los Obreros,
los días 18 y 25 de mayo de 1862
(opúsculo in-8º).*

Como los cuernos del diablo se usaron inútilmente para derrotar al espiritismo, sus adversarios encontraron aquí un refuerzo: el señor doctor Trousseau acaba de dar el golpe de gracia a los Espíritus. Lamentablemente, si bien el señor Trousseau no cree en los Espíritus, tampoco cree mucho más en el diablo. Con todo, poco importa el recurso, con tal de que bata al enemigo. No cabe duda de que este nuevo campeón dirá al respecto la última palabra de la ciencia: es lo menos que se puede esperar de un hombre que se encuentra en tan alto nivel gracias a su saber. Al atacar las ideas nuevas, no querrá dejar sin réplica un solo argumento; no querrá que se lo acuse de haberse referido a algo que no conoce; tomará

uno por uno los fenómenos y los escrutará, los analizará, los comentará, los explicará, los demolerá, probando con “A más B” que son ilusiones. ¡Ah! ¡Espíritas, mantengámonos firmes! Si el señor Trousseau no fuera un científico, o siquiera un científico a medias, podría olvidarse de algo; pero un científico con todas las letras no querrá dejar la tarea inconclusa. Con su habilidad, querrá la victoria completa. Escuchemos y ¡temblemos!

Después de una diatriba contra las personas que se dejan llevar por las novedades, el doctor se expresa de este modo:

“En verdad, las personas capaces de evaluar todo tipo de cosas no son la mayoría. El señor de Sartines quería mandar a la prisión de Fort-l’Évêque a un charlatán que vendía un antídoto falso en el Pont-Neuf y hacía con ello un gran negocio. Lo llamó y le dijo: “—Maraud, ¿cómo haces para convocar tanta gente y ganar tanto dinero?”. El hombre le respondió: “—Señor, ¿cuántas personas suponéis que pasan cada día por el Pont-Neuf?” “—No lo sé.” “—Os lo diré: diez mil más o menos. ¿Cuántas entre ellas suponéis que son inteligentes?” El señor de Sartines respondió: “—¡Oh! Unas cien, tal vez.” “—Eso es mucho; pero las dejo para vos. Yo me quedo con las otras nueve mil novecientas.”

”El charlatán era demasiado modesto; y el señor de Sartines, demasiado severo para con la población parisina. Con toda seguridad, más de cien personas inteligentes pasaban por el Pont-Neuf, y es probable que las más inteligentes se detuvieran ante las estanterías del vendedor de antídotos con la misma confianza de la multitud. Así es, señores, porque las clases instruidas también sufren la influencia del charlatanismo.

”Entre nuestras sociedades científicas, citaré el Instituto; citaré la sección de la Academia de Ciencias que sin duda

contiene la élite de los científicos de nuestro país. Entre ellos, hay unos veinte que buscan a los charlatanes”.

Esta es una prueba evidente de la *gran confianza* que esos científicos tienen en el saber de sus colegas, pues prefieren a los charlatanes.

“Son personas de gran mérito, es cierto. No obstante, del hecho de ser matemáticos, químicos o naturalistas eminentes, concluyen que son muy buenos médicos, y entonces se consideran absolutamente capaces de evaluar las cosas que ignoran por completo.”

Si bien esto prueba algo a favor de su ciencia médica, no prueba casi nada a favor de su modestia y su juicio. Se han lanzado fuertes dardos satíricos contra los sabios del Instituto, pero no conocemos ninguno que haya sido tan mordaz como este. Así pues, es probable que el profesor Trousseau, al sumar su ejemplo al precepto, no hable de lo que no sabe.

“Nosotros, los que tan solo somos médicos, a veces tenemos esa modestia por la cual, cuando se nos proponen grandes teoremas de matemáticas o de mecánica, confesamos que no sabemos y declinamos nuestra competencia. Pero los auténticos sabios no declinan su competencia en nada, sobre todo cuando se trata de medicina.”

Ya que los médicos declinan su competencia respecto de lo que no saben, eso constituye una garantía de que el señor Trousseau no tratará, sobre todo en una clase pública, cuestiones acerca de la psicología, sin que sea profundamente versado

en esas materias. No hay duda de que esos conocimientos le proporcionarán argumentos irresistibles para apoyar su juicio.

“Los empíricos⁴⁶ —es triste decirlo— siempre han tenido mucho acceso a las personas inteligentes. Por mi parte, he tenido el inmenso honor de ser amigo íntimo del ilustre Béranger.

”En 1848, este sufría una leve oftalmia, para la cual el señor Bretonneau le había recomendado un colirio. La oftalmia se curó. Pero como Béranger leía y trabajaba mucho, y era un poco herpético, la oftalmia retornó. Entonces, consultó a un sacerdote polaco que curaba las enfermedades de los ojos con un remedio secreto. En esa época, yo era presidente, en la Facultad, del jurado a cargo de los exámenes de los agentes de salud. Como el sacerdote polaco tenía cuentas pendientes con la policía, porque había inutilizado algunos ojos, quiso ponerse en regla. Con tal fin, buscó a Béranger y le pidió que ejerciera su influencia para que lo nombraran agente de salud, a fin de hallarse en condiciones de curar ojos y dejar a las personas tuertas sin inconvenientes.”

Si Béranger había sido curado por el señor Bretonneau, ¿por qué consultó a otro? Es muy natural tener más confianza en quien nos ha curado y ya tiene la experiencia de nuestro temperamento, que en un extraño.

El diploma es, en efecto, un salvoconducto que no solo permite a los agentes de salud dejar tuertas a las personas, sino también a los doctores matarlas sin remordimiento y sin

46. Véase *empirismo médico*. Los médicos *empíricos* integraron una de las más célebres escuelas de medicina de la Antigüedad. Entre los modernos, el sentido de esta palabra se modificó hasta convertirse en sinónimo de *charlatán*, como en el presente texto. (N. del T.)

responsabilidad. No hay duda de que ese es el motivo por el cual sus sabios colegas, según lo confiesa el señor Trousseau, son tan propensos a consultar empíricos y charlatanes.

“Béranger fue a verme y me dijo: ‘Amigo mío, hazme el favor de que este pobre diablo se reciba. Solo se dedica a las enfermedades de los ojos, pero como los exámenes de los agentes de salud abarcan todas las ramas del arte de curar, sed indulgente y manso para con él. Es un refugiado, y además me curó. Esta es la mejor de las razones’. Yo le respondí. ‘Enviadme a ese sujeto’. El sacerdote polaco fue a mi casa. ‘Venís recomendado —le dije— por un hombre al que debo muchos favores. Es el más querido de mis amigos. Además, es Béranger, cosa que vale más aún. Dos de mis colegas, con los que he hablado, y yo, estamos decididos a hacer todo lo posible; pero nuestros exámenes son públicos, de modo que tal vez sería bueno, y no cuesta nada, tapar un poco los oídos’. Y agregué: ‘Vamos, seré un buen príncipe. Yo tomaré el examen de anatomía, y no os resultará difícil saber tanta anatomía como yo, pues os interrogaré acerca del ojo’.

”Nuestro sujeto parecía desconcertado. Yo continué: ‘—¿Sabéis lo que es un ojo?’ ‘—Lo sé muy bien.’ ‘—¿Sabéis lo que es un párpado?’ ‘—Sí.’ ‘—¿Tenéis idea de lo que es una cornea...?’ Aquí titubeó. ‘—¿Y la pupila...?’ ‘—¡Ah! Señor, la pupila, la conozco bien.’ ‘—¿Sabéis lo que es el cristalino, el humor vítreo, la retina?’ ‘—No, señor. ¿Para qué me serviría saber eso? Solo me ocupo de las enfermedades de los ojos.’ Entonces, le dije: ‘Eso sirve para algo, pues os aseguro que resultaría casi necesario que supierais de la existencia del cristalino, sobre todo si pretendéis operar cataratas, conforme lo habéis hecho algunas veces, según parece’. ‘—Yo no opero

cataratas.’ ‘—Pero si se os ocurriera extraer una...’ Ya no pude salir de ahí... Ese desdichado pretendía ejercer el arte de la oftalmología sin tener la menor noción de la anatomía del ojo.”

En efecto, era difícil mostrarse menos exigente para otorgar a ese desdichado el derecho de dejar tuertas legalmente a las personas. No obstante, parece que él no operaba —es cierto que habría podido ocurrírsele— y que simplemente utilizaba un remedio para curar las oftalmías, cuya aplicación, absolutamente empírica, no requería conocimientos especiales, porque eso no es lo que se denomina practicar el arte de la oftalmología. En nuestra opinión, era más importante asegurarse de que el remedio no contuviera nada perjudicial. Ese remedio había curado a Béranger, lo cual era una presunción favorable, de modo que en interés de la humanidad habría sido beneficioso permitir su uso. Ese hombre habría podido tener los conocimientos anatómicos requeridos y obtener su diploma, lo cual no habría hecho que el remedio fuera bueno en caso de que fuera malo. No obstante, gracias a su diploma, ese hombre habría podido recetarlo de manera segura, por más peligroso que fuera. Jesucristo, que curaba a los ciegos, los sordos, los mudos y los paralíticos, probablemente no sabía de anatomía más que él, pero sin duda el señor Trousseau le habría negado el derecho de hacer milagros. ¡Cuántas multas habría tenido que pagar en la actualidad por curar sin su diploma!

Todo esto no tiene relación alguna con los Espíritus, pero ellos son las premisas del argumento con los cuales el señor Trousseau piensa aplastar a sus partidarios.

“Fui al encuentro de Béranger y le conté lo ocurrido. Béranger exclamó: ‘¡Pobre hombre...!’”

Es probable que también haya pensado: “Y sin embargo, ¡me curó!” Estamos lejos de hacer aquí una apología de los charlatanes y de los vendedores de antídotos falsos. Apenas decimos que pueden existir remedios eficaces ajenos a las fórmulas de la farmacopea. Los salvajes, que tienen secretos infalibles contra la picadura de serpientes, no conocen la teoría de la circulación de la sangre, ni la diferencia entre la sangre venosa y la sangre arterial. Quisiéramos saber si el señor Trousseau, en caso de que lo mordiera una cascabel o una coral, rechazaría el auxilio de esos salvajes por el hecho de que no tienen diploma.

En un próximo artículo, nos referiremos especialmente a las diversas categorías de médiums curadores, que parecen multiplicarse desde hace algún tiempo.

“Yo le dije: ‘Querido Béranger, he sido vuestro médico durante ocho años, y hoy voy a reclamaros mis honorarios’. ‘—¿Cuáles honorarios?’ ‘—Vais a escribirme una canción, que me dedicaréis, pero seré yo quien ponga el estribillo’. ‘—Por supuesto, ¿cuál es?’ ‘—¡Ah! ¡Qué bestias son las personas inteligentes!’ Aquel asunto quedó resuelto entre nosotros, y en adelante ya no volvió a mencionarme a su sacerdote polaco. ¿No es triste ver que un hombre como Béranger, a quien yo refería tales cosas, no comprendía que su protegido podía hacer mucho daño, y que era absolutamente incapaz de hacer algo útil contra las enfermedades más simples de los ojos?”

Parece que Béranger no estaba muy convencido de la infalibilidad de los doctores diplomados, de modo que también a ellos habría podido aplicarles el estribillo: *¡Ah! ¡Qué bestias son las personas inteligentes!*

“Como veis, señores, las personas inteligentes son las que caen primero. Recordad lo que ocurrió a fines del siglo pasado. Un empírico alemán empleaba la electricidad, que en esa época era poco conocida. Sometía algunas mujeres sensibles a la acción del fluido. Se producían pequeños accidentes nerviosos, que él atribuía a un fluido que emanaba de sí mismo. Elaboró una teoría extraña, que en esa época se denominó *mesmerismo*. Vino a París; se estableció en la plaza Vendôme, en el centro de la gran París. Una vez allí, las personas más ricas, las de la más alta aristocracia de la capital, acudían a sentarse en torno a la cubeta de Mesmer. No sabría deciros cuántas curaciones se atribuyeron a Mesmer, que por otra parte es el inventor o el importador, entre nosotros, de esa maravilla que se denomina sonambulismo, es decir, una de las *más vergonzosas plagas del empirismo*.

”En efecto, ¿qué podré deciros acerca del sonambulismo? Muchachas histéricas, a menudo perdidas, se asocian con algún charlatán famélico para simular el éxtasis, la catalepsia, el sueño; para vender, con la más bufonesca seguridad, inepcias bien pagadas, inepcias bien aceptadas, en las que se cree con una fe más robusta que los consejos del médico más instruido.”

¿De qué sirve ser inteligente, si quienes lo son caen primero? ¿Qué hace falta para no ser engañado? ¿Ser sabio? No. ¿Ser miembro del Instituto? No, porque muchos de ellos tienen la debilidad de preferir a los charlatanes antes que a sus

colegas, conforme nos lo enseña el señor Trousseau. ¿Hace falta ser médico? Tampoco, porque muchos de ellos se ocupan del absurdo del magnetismo. ¿Qué se requiere, entonces, para poseer el sentido común? Ser el señor Trousseau.

No cabe duda de que el señor Trousseau es libre de dar su opinión, de creer o no en el sonambulismo. Con todo, ¿no se traspasan los límites del decoro al tratar a todas las sonámbulas de *muchachas perdidas asociadas con charlatanes*? Que en el sonambulismo existan abusos —como los hay en todas las cosas— es inevitable, y la propia medicina oficial no deja de ser un ejemplo de ello. Es cierto que existen simulacros de sonambulismo; sin embargo, por el hecho de que haya falsos devotos, ¿debemos inferir que no existe la devoción? El señor Trousseau ignora que entre los sonámbulos profesionales hay mujeres casadas muy respetables; que la cantidad de las que no se ponen en evidencia es mucho mayor; que las hay en las familias más honorables y de las clases más altas; que muchos médicos, debidamente diplomados y cuyo saber es incuestionable, son actualmente campeones declarados del magnetismo, y que lo emplean con éxito en una infinidad de casos rebeldes para la medicina ordinaria. No pretendemos que el señor Trousseau cambie de opinión respecto del magnetismo y el sonambulismo, demostrándole que existen, pues es probable que perdamos el tiempo. Además, hacer eso superaría nuestro marco. Con todo, diremos que, si bien la burla y el sarcasmo son armas poco dignas de la ciencia, más indigno aún es ensuciar una ciencia que actualmente se halla difundida en el mundo entero, reconocida y practicada por los hombres más honorables, así como arrojar a quienes la profesan los insultos y las peores groserías que se puedan encontrar en el vocabulario de la injuria. No podemos más que lamentar-

nos al escuchar expresiones tan triviales, emitidas desde una cátedra y destinadas a inspirar repugnancia.

Os asombráis de que haya inepticias —conforme os agrada llamarlas— en las que se cree con una fe más robusta que los consejos del médico más instruido. Pero eso se debe a la innumerable cantidad de errores cometidos por los médicos más instruidos, de los que solo citaremos dos ejemplos.

Una dama a la que conocemos tenía un hijo de cuatro a cinco años, que sufría de un tumor en la rodilla, a causa de una caída. El mal se tornó de tal gravedad que ella decidió consultar a un célebre médico. Este afirmó que la amputación del miembro era urgente e indispensable para salvar la vida del niño. La madre era sonámbula, y como no estaba decidida a realizar dicha operación, cuyo éxito era dudoso, procedió a intervenir ella misma. Al cabo de un mes la curación era completa. Un año más tarde, aquella dama, con su hijo fuerte y sano, fue a ver al célebre médico, y le dijo: “Aquí está mi hijo, que según vos iba a morir si no le cortabais la pierna”. Él médico respondió: “¡Qué queréis, la naturaleza tiene recursos imprevistos!”.

El otro ejemplo es personal. Hace unos diez años, estuve a punto de quedar ciego. No podía leer ni escribir, como tampoco podía reconocer a las personas que me tendían la mano. Consulté a las eminencias de la medicina, entre ellas al doctor L..., profesor de clínica de las enfermedades de los ojos. Tras un examen muy atento y concienzudo, el Doctor me informó que sufría una amaurosis y que no podía hacer otra cosa más que resignarme. Entonces fui a ver a una sonámbula, pero ella me dijo que no padecía una amaurosis sino una apoplejía en los ojos, la cual podría degenerar en una amaurosis si no se la trataba convenientemente. Me dijo que ella se haría responsable de la curación: “En unos quince días, notaréis

una ligera mejoría. En un mes, comenzaréis a ver, y en dos o tres meses ya no tendréis nada”. Todo ocurrió conforme a lo anunciado, y actualmente mi vista se encuentra restablecida por completo.

El señor Trousseau continúa:

“También, en la actualidad, habéis visto un americano que evoca a los Espíritus: hace hablar a Sócrates, a Voltaire, a Rousseau, a Jesucristo, ¡al que se os ocurra! ¿Dónde los hace hablar? ¿En los tugurios de algunos borrachos?”

La manera como el Profesor elige expresarse es realmente notable.

“No; los hace hablar en los palacios, en el Senado, en los salones más aristocráticos de París. Y hay personas honestas que aseguran: “¡Pero yo lo he visto! ¡Sentí que una mano invisible me tocaba! ¡La mesa se elevó hasta el techo!” Os lo dicen y os lo repiten. Y durante siete u ocho meses, los Espíritus golpeadores deslumbraron a los hombres, asustaron a las mujeres y les provocaron ataques de nervios. Esa estupidez no tiene nombre; esa estupidez, que hasta el hombre más grosero se avergonzaría de aceptar, fue aceptada por personas instruidas, pero tal vez más aún por las clases altas de la sociedad de París.”

El señor Trousseau habría podido agregar: “... y del mundo entero”. Parece ignorar que esa estupidez sin nombre no duró siete u ocho meses, sino que continúa y se propaga en todas partes cada vez más; que la evocación de los Espíritus no es el privilegio de un americano, sino de miles de personas de ambos sexos, de todas las edades y de todos los países. Hasta el

presente, en buena lógica, se había considerado que la adhesión de las masas y de las personas instruidas tenía algún valor; pero al parecer no es así, porque la única opinión sensata es la del señor Trousseau y los que piensan como él. En cuanto a los demás, sea cual fuere su categoría, su posición social, su grado de instrucción, tanto si habitan en un palacio como si ocupan los cargos principales del Estado, se hallan por debajo del más grosero de los hombres, porque *hasta el hombre más grosero se avergonzaría de aceptar sus ideas*. Cuando una opinión como el espiritismo se encuentra tan difundida; cuando, en vez de decaer, progresa con una rapidez prodigiosa; cuando es aceptada por la élite de la sociedad; en tal caso, si es falsa y peligrosa, habrá que oponerle otra opinión que sea digna; habrá que combatirla mediante pruebas contrarias. Ahora bien, parece que la única prueba que el señor Trousseau tiene para oponerle es este argumento: *¡Ah! ¡Qué bestias son las personas inteligentes!*

NECROLOGÍA

Muerte del obispo de Barcelona

Nos han escrito desde España para informarnos que el obispo de Barcelona —aquel que, el 9 de octubre de 1861⁴⁷, mandó quemar trescientos volúmenes espíritas a manos del verdugo— murió el 9 de este mismo mes, y fue enterrado con la pompa que se dispensa a los jefes de la Iglesia. Solo han transcurrido nueve meses desde aquel auto de fe, pero este ya

47. Véase, para los detalles, la *Revista Espírita* de los meses de noviembre y diciembre de 1861. (N. de Allan Kardec.)

produjo los resultados que todo el mundo presentía, es decir, apresuró la propagación del espiritismo en ese país. En efecto, la repercusión que ha tenido ese acto, incalificable en este siglo, atrajo hacia la doctrina espírita la atención de una multitud de personas que nunca habían oído hablar de ella; y la prensa, no importa de qué opinión, no pudo mantenerse callada. La ostentación desplegada en aquella circunstancia fue, ante todo, capaz de despertar la curiosidad, por el atractivo del fruto prohibido y, sobre todo, por la importancia misma que se le atribuyó al asunto, ya que todos coincidieron en que no se procede de esa manera por una necesidad o una ilusión. Naturalmente, el pensamiento se retrotrajo a algunos siglos atrás, y se dijo que, no hace mucho, en ese mismo país, no solo se habían quemado libros, sino también personas. ¿Qué podían contener, pues, esos libros dignos de las solemnidades de la hoguera? Eso es lo que se quiso saber, y el resultado fue, en España, el mismo que en todos los lugares donde la doctrina espírita fue atacada. Sin esos ataques burlescos o serios de los que ha sido objeto, el espiritismo tendría diez veces menos partidarios de los que tiene; y cuanto más violenta y reiterada fue la crítica, más lo ha resaltado y engrandecido. Los ataques anodinos habrían pasado desapercibidos, mientras que los estruendos del rayo despiertan a los más dormidos. Todos quieren ver lo que ocurre, y eso es lo único que nosotros pedimos, con la certeza anticipada respecto del resultado de su examen. Este es un hecho positivo, pues cada vez que en una localidad, desde lo alto del púlpito, arrojan el anatema contra el espiritismo, estamos seguros de que aumenta la cantidad de nuestros suscriptores, o estos aparecen donde no había ninguno. España no podía escapar a esa consecuencia; por eso, no hay un solo espírita que no se haya regocijado al enterarse del

auto de fe de Barcelona, al que poco después le siguió el de Alicante; e incluso más de un adversario deploró un acto en el que la religión no tenía nada que ganar. A diario tenemos la prueba irrecusable de la marcha progresiva del espiritismo en las clases más instruidas de ese país, donde cuenta con adeptos dedicados y fervorosos.

Uno de nuestros corresponsales en España, al anunciarnos la muerte del obispo de Barcelona, nos incitaba a evocarlo. Nosotros nos disponíamos a hacerlo, de modo que ya habíamos preparado algunas preguntas, pero él se manifestó espontáneamente a uno de nuestros médiums, contestando por anticipado todas las preguntas que deseábamos formularle, y antes de que hubieran sido pronunciadas. Su comunicación, de un carácter completamente inesperado, contenía, entre otros, el pasaje siguiente:

“(..). Con el auxilio de vuestro jefe espiritual, he podido venir a enseñaros con mi ejemplo, y deciros que no rechazéis ninguna de las ideas anunciadas, pues un día, un día que durará y pesará como un siglo, esas ideas acumuladas exclamarán como la voz del ángel: ‘Caín, ¿qué has hecho de tu hermano? ¿Qué has hecho de nuestro poder, que debía consolar y elevar a la humanidad?’ El hombre que voluntariamente vive ciego y sordo de espíritu, como otros lo son de cuerpo, sufrirá, expiará y renacerá para volver a empezar la labor intelectual que su pereza y su orgullo hicieron que evite; y esa terrible voz me ha dicho: ‘Has quemado las ideas, y las ideas te quemarán’.

“(..). Orad por mí; orad, pues a Dios le agrada la oración que el perseguido realiza por el perseguidor.

”Aquel que fue obispo, y que ahora no es más que un penitente”.

Ese contraste, entre las palabras del Espíritu y las del hombre, no tiene nada que deba sorprender. Todos los días vemos personas que, después de la muerte, piensan de manera diferente a como lo hacían en vida, toda vez que la venda de las ilusiones ha caído, y eso constituye una irrefutable demostración de superioridad. Solo los Espíritus inferiores y vulgares persisten en los errores y prejuicios de la vida terrenal. Durante su vida, el obispo de Barcelona veía al espiritismo a través de un prisma particular, que desnaturalizaba sus colores; o, mejor dicho, no lo conocía. Ahora, lo ve bajo su verdadera luz, y sondea sus profundidades. El velo se ha caído, de modo que esa doctrina ya no es para él una simple opinión, una teoría efímera que se puede sofocar bajo las cenizas: es un hecho. Es la revelación de una ley de la naturaleza, ley irresistible como el poder de la gravitación; ley que, por la fuerza de los acontecimientos, debe ser aceptada por todos, como ocurre con todo lo que es natural. Esto es lo que él comprende ahora, y por eso afirma que ‘las ideas que quiso quemar lo quemarán’; dicho de otro modo, esas ideas prevalecerán sobre los prejuicios que lo indujeron a condenarlas.

Por lo tanto, no podemos guardar resentimiento hacia él, por tres motivos. En primer lugar, porque el verdadero espíritu no guarda resentimiento hacia nadie, no conserva rencor, olvida las ofensas y, a ejemplo del Cristo, perdona a sus enemigos. En segundo lugar, porque lejos de perjudicarnos, el Obispo nos ayudó. Finalmente, porque nos ruega la oración del *perseguido por el perseguidor*, la que más agrada a Dios. Se trata de un pensamiento pleno de caridad, digno de la humildad cristiana, que estas últimas palabras revelan: “Aquel que fue obispo, y que ahora no es más que un penitente”. Hermosa imagen de las dignidades terrenales que son abandonadas al

borde de la tumba, para presentarse ante Dios tal como se es, sin la ostentación que impresiona a los hombres.

Espíritas, perdonémosle el mal que pretendió hacernos, conforme quisiéramos que nuestras ofensas fueran perdonadas, y oremos por él en el aniversario del auto de fe del 9 de octubre de 1861.

* * *

Muerte de la señora Home

Leemos en *El Norte* [*Le Nord*], del 15 de julio de 1862:

“El famoso señor Dunglas Home pasó por París estos días. Pocas personas lo vieron. Acaba de perder a su esposa, hermana de la condesa Kouchelew-Bezborodko. Según él, esta pérdida, a pesar de su crueldad, le resulta menos dolorosa que para cualquier otro, no porque la amara menos, sino porque la muerte no lo ha separado de quien llevaba su nombre en este mundo. Ellos se ven y conversan con tanta facilidad como cuando vivían juntos en el mismo planeta.

”El señor Home es católico romano, y su mujer, antes de que diera el último suspiro, con el deseo de unirse a su marido en una última comunión espiritual, abjuró de la religión griega en presencia del obispo de Périgueux. Esto ocurrió en el castillo de Laroche, residencia del conde de Kouchelew”.

Este folletín –porque esta nota se encuentra en un folletín, al lado del Pré-Catelan– está firmada por *Nemo*, uno de los críticos que no se ahorraron burlas contra los espíritas y su pretensión de hablar con los muertos. Señor *Nemo*, ¿no es divertido creer que aquellos a los que hemos amado no se han perdido para siempre, y que volveremos a verlos? ¿No es muy

ridículo, necio y supersticioso, creer que ellos están a nuestro lado, que nos ven y nos escuchan, aunque nosotros no los veamos, y que pueden comunicarse con nosotros? El señor Home y su esposa *se ven y conversan* con tanta facilidad como cuando vivían juntos. ¡Qué absurdo! ¡Y pensar que en pleno siglo diecinueve, en el siglo de las luces, hay personas suficientemente crédulas para dar fe a semejantes patrañas, dignas de los cuentos de Perrault! Preguntadle al señor Trousseau cuál es la razón de todo eso. ¡La nada! ¡Habladme de la nada! Ella sí tiene lógica. Somos más libres de hacer lo que queramos durante la vida. Al menos no le tenemos miedo al porvenir. Así es. Pero ¿y el desdichado? ¿Dónde está su compensación? —¡*Nemo!* Un singular pseudónimo para la circunstancia.

Sociedad Espírita de Constantina

Nota. Ya nos hemos referido a la sociedad que se formó en Constantina con el nombre de *Sociedad africana de estudios espíritas*, auspiciada por la Sociedad de París. Transcribimos aquí la comunicación que esa Sociedad obtuvo con motivo de su fundación:

“Si bien los trabajos que vuestra Sociedad realizó hasta ahora no se hallan exentos de reproches, no vamos a detenernos en esas consideraciones, debido a la buena voluntad que os anima. Nosotros tomamos en cuenta la intención más que los hechos.

”Compenetraos ante todo de la grandeza de la tarea que habéis emprendido, y haced lo posible para llevarla a buen término. Solo con esta condición podréis esperar la asistencia de los Espíritus superiores.

”Ahora, comencemos viendo si no habéis cometido algunas faltas. En prime lugar, os habéis equivocado mucho al serviros de todos vuestros médiums para las comunicaciones particulares. ¿Qué es la evocación general, sino un llamado a los Espíritus buenos para que se comuniquen con vosotros? En vez de aguardar, tras la evocación general, el tiempo necesario para que los Espíritus buenos se comuniquen a través de tal o cual médium, según las simpatías que puedan existir, pasáis inmediatamente a las evocaciones particulares. Sabed, pues, que ese no es el modo correcto de mantener comunicaciones espontáneas como las que se reciben en otras sociedades. Por lo tanto, aguardad un momento y recibid las comunicaciones generales, que siempre os enseñan algunas buenas verdades. Luego podéis pasar a las evocaciones particulares. Pero entonces, para cada evocación, no os sirváis más que de un solo médium. ¿Acaso no sabéis que tan solo los Espíritus realmente superiores se hallan en condiciones de comunicarse con varios médiums a la vez? Así pues, emplead un solo médium para cada evocación particular, y si tenéis dudas acerca de la verdad de las respuestas obtenidas, entonces haced una evocación nueva otro día, empleando otro médium.

”Vosotros estáis apenas en los comienzos de la ciencia espírita, y podéis cosechar todos los frutos que ella otorga a sus adeptos experimentados. Pero no os desaniméis, porque se os tomarán en cuenta vuestros esfuerzos para propagar la verdad inmutable de Dios. ¡Adelante, pues, amigos míos! Y que el ridículo, al que más de una vez encontraréis en vuestro camino, no haga que os desviéis de la línea de vuestras creencias espíritas”.

JACQUES

Dado que los espíritas de Constantina nos habían solicitado que preguntáramos a san Agustín si se dignaba aceptar el patronazgo espiritual de su Sociedad, ese Espíritu transmitió al respecto la siguiente comunicación:

(Sociedad de París, 27 de junio de 1862.

Médium: señor E. Vézy.)

En primer lugar, dirigiéndose a los miembros de la Sociedad de París, dijo:

“Nuestros hijos de la nueva Francia hicieron bien al adherirse a vosotros. Hicieron bien al no separarse del tronco. Manteneos siempre unidos, y los Espíritus buenos estarán con vosotros”.

Continuó, luego, dirigiéndose a los de Constantina:

“Amigos, me complace haber sido elegido por vosotros para ser vuestro guía espiritual. Ligado a la Tierra para la gran misión que debe regenerarla, me alegra poder animar especialmente a un grupo de pensadores que se ocupan de la gran idea, así como de presidir sus trabajos. Así pues, incluid mi nombre al frente de los vuestros, y los Espíritus de mi orden acudirán para alejar a los Espíritus malos, que siempre merodean ante las puertas de las reuniones en las que se discuten las leyes de la moral y del progreso. Que la fraternidad y la concordia permanezcan siempre entre vosotros. Recordad que todos los hombres son hermanos, y que el gran objetivo del espiritismo es reunirlos un día en el mismo hogar y sentarlos en torno a la mesa del Padre común: Dios.

”¡Cuán bella es esta misión! ¡Con cuánta alegría acudimos a vosotros para haceros comprender los decretos divinos; para revelaros las maravillas de ultratumba! No obstante, vosotros,

que ya os habéis iniciado en esas sublimes verdades, esparcid la simiente, y vuestra recompensa será bella. Disfrutaréis sus primicias ya en la Tierra. ¡Qué alegría! ¡Avanzad siempre por el camino de la enseñanza, del amor y de la caridad!

”Pronunciad mi nombre con confianza en vuestras horas de temor y de duda, y de inmediato vuestros corazones serán aliviados de la amargura y la hiel que llevan dentro. No olvidéis que estoy en todos los puntos de la Tierra en los que escucháis hablar del apostolado evangélico. Os llevaré en mi alma para un día confiaros a un alma más vasta y fuerte. Siempre estaré con vosotros, como estoy aquí. Mi voz tendrá la dulzura que conocéis, porque no me agradan los gritos ni los agudos. Me escucharéis repetir sin cesar: ¡Amaos! ¡Amaos! Evitad que me arme con la vara con que se castiga a los villanos. Aunque a veces eso sea necesario, no os incluyáis entre ellos. Llegará el día en que la humanidad avanzará dócil tras la voz del buen pastor. Hijos, sois vosotros los que debéis ayudarnos en esa regeneración, los que debéis escuchar el llamado de la primera hora. Porque el rebaño se agrupa y el pastor llega.

Observación. El Espíritu alude a una revelación de suma importancia, hecha por primera vez en el grupo espírita de una pequeña ciudad de África, en los confines del desierto, y a través de un médium completamente analfabeto. Esa revelación, que se nos transmitió de inmediato, nos llegó casi simultáneamente desde varios puntos de Francia y el extranjero. A partir de entonces, numerosos documentos muy característicos y más circunstanciados llegaron para otorgarle una especie de consagración. Los daremos a conocer cuando sea el momento de hacerlo.

”Trabajad, pues, y sed valientes. En vuestras reuniones, debatid siempre con aplomo, sin arrebatos. Solicitad nuestros consejos, nuestra orientación, para que no caigáis en el error y la herejía. Sobre todo, no formuléis artículos de fe ni dogmas. Recordad que la religión de Dios es la religión del corazón, cuyo única base es el principio de la caridad; y su desarrollo, el amor a la humanidad.

”Nunca cortéis los brotes del tronco. El árbol es más frondoso con todas sus ramas, y los brotes mueren cuando se los separa del tallo que los generó. Recordad que Cristo comprendió que su Iglesia, para ser sólida, debía apoyarse sobre una sola piedra, así como ordena que el espiritismo debe tener una sola raíz, a fin de que esta tenga más fuerza para penetrar en los diversos tipos de suelo, por más áridos y desérticos que sean.

”Un Espíritu encarnado ha sido elegido para dirigirnos y conducirnos. Someteos con respeto, no a sus leyes, porque él no da órdenes, sino a sus deseos. Mediante esa sumisión demostraréis a vuestros enemigos que tenéis el espíritu de disciplina necesario para formar parte de la nueva cruzada contra el error y la superstición, el espíritu de amor y obediencia necesario para avanzar contra la barbarie. Así pues, cubríos con esa bandera de la civilización moderna: el espiritismo con un solo jefe, y enfrentaréis esas tremendas ideas de frentes cornudas y grandes colas que es preciso aniquilar.

”No diré el nombre de ese jefe, porque vosotros lo conocéis. Vedlo adelante: avanza sin temor a las mordeduras venenosas de las serpientes y los reptiles de la envidia y los celos que lo rodean. Se mantendrá de pie, porque nosotros ungimos su cuerpo para que esté siempre fuerte y resistente. ¡Seguidlo, seguidlo, pues! ¡Con todo, en vuestra marcha, las tempestades arreciarán sobre vuestras cabezas, y algunos de

vosotros no hallarán un lugar donde guarecerse! Estos deberán resignarse con valor, como los mártires cristianos, seguros de que la gran obra, por la cual habrán sufrido, es la vida, es el despertar de las naciones dormidas, y de que un día serán recompensados con creces en el reino del Padre”.

SAN AGUSTÍN

El siguiente pasaje fue extraído de una carta que nos escribió recientemente el presidente de la Sociedad de Constantina:

“Estamos preocupados por los residentes europeos y también por los indígenas. Varios grupos se han formado alrededor nuestro, y en todas partes se ocupan del espiritismo. La creación de nuestra Sociedad habrá dado por resultado al menos llamar la atención hacia la nueva ciencia. Sin embargo, no dejamos de sufrir algunos inconvenientes, aunque nos sostienen los Espíritus que nos exhortan a la paciencia y nos afirman que se trata de pruebas de las que la Sociedad saldrá victoriosa y de algún modo más fortalecida. También tenemos la oposición externa: por un lado, el clero; y por otro, la gente de las mezquitas. Afirman a los gritos que somos inspirados por Satanás y que nuestras comunicaciones proceden del Infierno. También tenemos en contra a los frívolos, a los que viven del sensualismo, sin ocuparse de su alma; los materialistas o escépticos, que rechazan todo lo que se relaciona con la otra vida, cuya existencia no quieren admitir. Cierran los ojos y los oídos, nos tratan de charlatanes e intentan asfixiarnos mediante la burla y el ridículo. Pero nosotros siempre avanzamos a través de las espinas. Los médiums no nos faltan, y a diario surgen nuevos y muy interesantes. Obtenemos comunicacio-

nes de distinto tipo, y surgen incidentes imprevistos para convencer a las personas más rebeldes; por ejemplo, una respuesta en italiano a través de una persona que no conoce esa lengua; respuestas a preguntas acerca de la formación del globo a través de una médium que nunca estudió geología. Otro grupo recibió comunicaciones poéticas encantadoras, etc.”

Observación. El diablo, como vemos, también es involucrado por los sacerdotes musulmanes. Vale señalar que los sacerdotes de la totalidad de los cultos le asignan al diablo tanto poder, que realmente no se sabe cuál es la parte que le dejan a Dios, ni cómo debe entenderse su omnipotencia. Si el poder de Dios es absoluto, el diablo no puede obrar sin su voluntad. Si solo es parcial, Dios no es Dios. Afortunadamente, se tiene más fe en su bondad infinita que en su infinita venganza, y el diablo quedó muy desacreditado desde que lo pusieron a actuar en todos los teatros, desde la comedia hasta la ópera. De tal modo, actualmente, su nombre produce en las comunidades casi el mismo efecto que las imágenes horribles que los chinos ponían en sus murallas para espantar a los bárbaros europeos. El progreso incesante del espiritismo demuestra que ese recurso es ineficaz. Sería bueno que buscaran otro.

Carta de Jean Reynaud al *Journal des Débats*

La siguiente carta fue publicada en el *Débats* del 6 de julio de 1862.

“Neuilly, 2 de julio de 1862.

”Al señor Director gerente.

”Señor:

”Permitidme responder dos acusaciones considerables, hechas en mi contra en vuestro periódico de hoy por el señor Franck, que me hace cargo de promover el panteísmo y la metempsicosis. No solo rechazo esos errores desde el fondo de mi alma, sino que las personas que se han dignado leer mi libro *Tierra y Cielo* [*Terre et Ciel*] han podido ver que ambos son abiertamente contrarios a los sentimientos expresados en él.

”Respecto del panteísmo, me limito a decir que el principio de la personalidad de Dios es el punto de partida de todas mis ideas, y que, sin inquietarme por lo que piensan los judíos, pienso con los cristianos que el dogma de la Trinidad resume toda la teología sobre el asunto. Así, en la página 226 del referido libro, enunció que la creación procede de la Trinidad completa; mejor aún, cito textualmente la tesis de san Agustín, cuya autoridad reconozco, y agregó: ‘Si al alejarme de la Edad Media, en lo que se refiere a la antigüedad del mundo, yo corriera el menor riesgo de caer en el abismo de los que confunden a Dios y el universo en un carácter común de eternidad, me detendría. Pero ¿puedo tener la menor inquietud al respecto?’

”En cuanto a la segunda acusación, sin preocuparme demasiado por saber si pienso o no como el señor Salvador, diré simplemente que, si por metempsicosis se entiende, según el sentido vulgar, la doctrina que pretende que el hombre sea expuesto a pasar después de la muerte al cuerpo de un animal, rechazo esa doctrina, hija del panteísmo, tanto como al propio panteísmo. Creo que nuestro destino futuro se halla esencial-

mente fundado en la permanencia de nuestra personalidad. El sentimiento de esa permanencia puede eclipsarse momentáneamente, pero nunca se pierde, y su plena posesión es el carácter principal de la vida bienaventurada a la que todos los hombres, en el lapso más o menos prolongado de sus pruebas, son llamados continuamente. En efecto, de la personalidad de Dios se sigue naturalmente la del hombre. ‘¿Cómo es posible que Dios –digo en la página 258 del libro cuestionado– no hubiera creado conforme a su imagen aquello que se dignó crear en la plenitud de su amor?’ Y también sobre ese punto me remito a san Agustín, cuyas bellas palabras cito textualmente: ‘Así pues, creados a imagen de nuestro Creador, contemplemos en nosotros esa imagen y, como el hijo pródigo del Evangelio, retornemos a Él después de habernos alejado por nuestros pecados’.

”Si bien el libro *Tierra y Cielo* se aparta de las opiniones que la Iglesia sostiene, no lo hace respecto de esas tesis sustanciales, como el señor Franck pretende que se crea, sino solamente, por decirlo de algún modo, respecto de una cuestión de tiempo. En ese libro se enseña que la duración de la creación va a la par de su extensión, de modo que la inmensidad reina también en los dos sentidos. Y también se enseña que nuestra vida actual, en vez de representar la totalidad de las pruebas por las cuales nos tornamos capaces de participar de la plenitud de la vida bienaventurada, es apenas uno de los términos de una serie más o menos prolongada de existencias análogas. Esto es, señor, lo que ha podido confundir al señor Franck, cuya crítica me pareció tanto más temible que la absoluta lealtad de su carácter, por todos conocida.

”Lo saludo, etc.”

JEAN REYNAUD

Como puede verse, no he sido el primero ni el único que proclamó la doctrina de la pluralidad de las existencias, también denominada reencarnación. La obra *Terre et Ciel* [*Tierra y Cielo*], del señor Jean Reynaud, apareció antes de *El libro de los Espíritus*. Y encontramos el mismo principio, expuesto en términos explícitos, en un encantador librito del señor Louis Jourdan, intitulado *Les prières de Ludovic* [*Las oraciones de Ludovico*], cuya primera edición fue publicada en 1849, en la Librairie-Nouvelle, boulevard des Italiens. Ocurre que la idea de la reencarnación no es nueva, sino tan vieja como el mundo, y la encontramos en varios autores antiguos y modernos. En cuanto a los que aducen que esta doctrina es contraria a los dogmas de la iglesia, les respondemos: una de dos, la reencarnación existe o no existe; no hay otra alternativa. Si existe, eso se debe a que es una ley de la naturaleza. Ahora bien, si un dogma es contrario a una ley de la naturaleza, se trata de saber cuál de los dos tiene razón, el dogma o la ley. Cuando la Iglesia impuso el anatema y excomulgó, por considerarlos culpables de herejía, a los que creían en el movimiento de la Tierra, eso no impidió que la Tierra girara, y que en la actualidad todo el mundo considere que así es. Lo mismo ocurrirá con la reencarnación. Por lo tanto, no se trata de una cuestión de opinión, sino de hecho. Si el hecho existe, todo cuanto pueda decirse o hacerse no impedirá que exista, y tarde o temprano los más recalcitrantes deberán aceptarlo. Dios no consulta las conveniencias de ellos para regular el orden de las cosas, y el futuro no tardará en demostrar quién tiene razón.

Los Pándavas y los Kauravas

Reencarnación en la Antigüedad

Uno de nuestros abonados nos escribe desde Nantes:

“Al leer un libro que trata acerca de algunas obras en sánscrito, encontré, en un pasaje de un poema denominado *Mahabharata*, una exposición de la creencia de esos tiempos remotos, y grande fue mi sorpresa al encontrar en ella la reencarnación, doctrina que, para esa época, parece haber sido bien comprendida. Este es el acontecimiento que permite al dios *Krishna* explicar la teoría de los brahmanes al jefe de los *Pándavas*:

”Una vez declarada la guerra civil entre los descendientes de Pandú, el legítimo heredero del trono, y los descendientes de Kuru, quien lo había usurpado, los Pándavas, con el héroe Arjuna al frente de su ejército, atacan a los usurpadores. La batalla duraba mucho tiempo, y la victoria era incierta. Un armisticio dio tiempo a ambos ejércitos para recomponer sus fuerzas. De repente, suenan las trompetas y los ejércitos se ponen en marcha para el combate. Caballos blancos tiran de la cuadriga de Arjuna, a cuyo lado permanece el dios Krishna. De repente, el héroe se detiene en medio del campo que separa a los ejércitos; los recorre con la mirada y piensa: ‘—¡Hermanos contra hermanos! ¡Parientes contra parientes, a punto de degollarse sobre los cadáveres de sus hermanos!’ Una melancolía profunda, un súbito dolor lo invaden.

” ‘—¡Krishna! —exclama Arjuna—. ¡Estos son nuestros parientes, armados, firmes, listos para degollarse! ¡Mi cuerpo tiembla, mi rostro empalidece, mi sangre se hiela! ¡Un frío de muerte recorre mis venas, y mis cabellos se erizan de horror! Mi fiel arco cae de mi mano, incapaz de sostenerlo. Tambaleo; no puedo avanzar ni retroceder; y parece que mi alma, em-

briagada de dolor, desea abandonarme. ¡Oh! ¡Dios de los cabellos dorados! Dime si, cuando haya matado a los míos, seré feliz. ¿De qué me servirán la victoria, la hegemonía, la vida, si aquellos para quienes deseo obtenerlas y conservarlas habrán muerto también en el combate? ¡Oh! ¡Conquistador celestial! Toda vez que el triple mundo sería el precio de su muerte, yo no quisiera degollarlos a cambio de este miserable globo. No, no quiero, aunque ellos se preparen para matarme sin piedad.’

” ‘—Aquellos cuya muerte lamentas —le respondió el dios— no merecen tu llanto. Tanto si se vive como si se muere, el sabio no tiene lágrimas para la vida ni para la muerte. El tiempo en el que yo no existía, en el que tú no existías, en el que esos guerreros no existían, nunca ha sido, y nunca veremos llegar la hora de nuestra muerte. El alma que hay en nuestros cuerpos atraviesa la juventud, la edad adulta, la decrepitud, y pasa a otro cuerpo, para volver a empezar su recorrido. Indestructible y eterno, un dios despliega de sus manos el universo en el que nos encontramos. ¿Quién aniquilará el alma que él ha creado? ¿Quién destruirá la obra del Indestructible? El cuerpo, envoltura frágil, se altera, se corrompe y perece. Pero el alma, el alma eterna que no se puede concebir, no perece jamás. ¡Al combate, Arjuna! Lleva tus corceles a la lucha. El alma no mata; el alma no es matada; nunca nace, nunca muere. El alma no sabe de presente, ni de pasado, ni de futuro. Es antigua, eterna, siempre virgen, siempre joven, inmutable, inalterable. Morir en la lucha, degollar al enemigo, ¿qué significa, sino despojarse de un vestido o quitárselo a quien lo llevaba? ¡Ve, pues! Y no temas. Arranca sin piedad un ropaje usado. Observa sin terror cómo tus enemigos y tus hermanos se despojan de sus cuerpos percederos, y cómo sus almas visten una forma nueva. El alma es eso que la espada no penetra, eso que el fuego no

puede consumir, eso que las aguas no deterioran ni el viento del sur reseca. Así pues, deja de lamentarte.’

Observación. En efecto, la idea de la reencarnación está bien definida en este pasaje, como lo estaban, por otra parte, todas las creencias espíritas en la Antigüedad. Solo faltaba un principio: el de la caridad. Se había reservado para Cristo la proclamación de esa ley suprema, fuente de todas las felicidades terrenales y celestiales.

El planeta Venus

(Dictado espontáneo. Médium: señor Costel.)

El planeta Venus es el punto intermedio entre Mercurio y Júpiter. Sus habitantes poseen la misma conformación física que la vuestra. Una mayor o menor belleza e idealidad en las formas es la única diferencia que existe entre los seres creados. La sutilidad del aire, en Venus, comparable al de las altas montañas, lo torna inadecuado para vuestros pulmones. Allí no se conocen las enfermedades. Sus habitantes se alimentan con frutas y lácteos; e ignoran la bárbara costumbre de comer cadáveres de animales: una ferocidad que existe tan solo en los planetas inferiores. Por consiguiente, las groseras necesidades del cuerpo son aniquiladas, y el amor se adorna con todas las pasiones y todas las perfecciones que en la Tierra son apenas imaginadas.

Como el alba, en que las formas se revisten indecisas e inmersas en la bruma de la mañana, la perfección del alma, cerca de ser completa, tiene la ingenuidad y los deseos de la infancia

dichosa. La propia naturaleza muestra la gracia de la felicidad velada. Sus formas blandas y redondeadas no tienen la violencia ni la aspereza de los lugares terrestres. El mar, profundo y calmo, ignora la tempestad. Los árboles nunca se curvan ante el empeño de las tormentas, y el invierno no los despoja de su verdor. Todo es luminoso; todo sonríe y es suave. Los hábitos, caracterizados por la tranquilidad y la ternura, no necesitan represión alguna para mantenerse puros y fuertes.

La forma política se reviste con la expresión de la familia. Cada tribu o aglomeración de individuos tiene su jefe elegido por rango de edad. La vejez es el apogeo de la dignidad humana, porque se acerca al objetivo deseado. Libre de enfermedades y de fealdad, es calma y radiante como una bella tarde de otoño.

La industria terrestre, aplicada a la búsqueda inquieta del bienestar material, está simplificada y casi desaparece en las regiones superiores, donde no tiene ninguna razón de ser. Las artes sublimes la remplazan y alcanzan un desarrollo y una perfección que vuestros sentidos groseros no pueden imaginar.

Las vestimentas son uniformes. Grandes túnicas blancas cubren el cuerpo con sus pliegues armoniosos, sin desnaturalizarlo. Todo es fácil para esos seres que solo desean a Dios y que, despojados de los groseros intereses, viven con sencillez y casi luminosos.

GEORGES

(Preguntas acerca del dictado precedente.

Sociedad de París, 27 de junio de 1862.

Médium: señor Costel.)

1. Habéis dado a vuestro médium predilecto una descripción del planeta Venus, y nos complace observar que con-

cuerda con lo que ya se nos ha dicho al respecto, aunque con menor precisión. Os rogamos que tengáis a bien completarla respondiendo algunas preguntas. ¿Podrías decírnos, en primer lugar, cómo habéis conocido ese mundo?

Respuesta. Soy errante, pero inspirado por Espíritus superiores. Fui enviado a Venus en misión.

2. Los habitantes de la Tierra, ¿pueden salir de aquí y encarnar directamente en Venus?

R. Al dejar la Tierra, los seres más adelantados sufren durante un tiempo más o menos prolongado la erraticidad, que los despoja por completo de los lazos carnales que la muerte rompe imperfectamente.

Observación. La pregunta no apuntaba a saber si los habitantes de la Tierra pueden encarnar en Venus *inmediatamente* después de la muerte, sino directamente, es decir, sin pasar por mundos intermedios. La respuesta fue que eso es posible para los más adelantados.

3. El estado de adelanto de los habitantes de Venus, ¿les permite recordar su estadía en los mundos inferiores, y establecer una comparación entre las dos situaciones?

R. Los hombres miran hacia atrás con los ojos del pensamiento, que reconstruye con un solo impulso el pasado desvanecido. Así, el Espíritu adelantado ve con la misma rapidez con que se mueve, rapidez más fulminante que la de la electricidad, bello descubrimiento que se vincula estrechamente con la revelación del espiritismo. Ambos llevan consigo el progreso material e intelectual.

Observación. Para establecer una comparación, no es absolutamente necesario saber cuál posición se ocupó personalmente. Para evaluar la diferencia, basta con conocer el estado material

y moral de los mundos inferiores por los cuales se debió pasar. De acuerdo con lo que se nos dice acerca del planeta Marte, sin duda debemos alegrarnos de no estar más en él. Y sin salir de la Tierra, nos basta con considerar los pueblos bárbaros y feroces, y saber que nosotros debimos haber pasado por ese estado, para sentirnos más dichosos. Acerca de los otros mundos, solo tenemos informaciones hipotéticas, pero es posible que en los que son más adelantados que el nuestro ese conocimiento tenga un grado de certeza que nosotros no podemos alcanzar aún.

4. La duración de la vida en Venus, ¿es proporcionalmente más prolongada o más breve que en la Tierra?

R. La encarnación en Venus es infinitamente más prolongada que la prueba terrestre. Desprovista de las violencias humanas, el alma, distendida e impregnada de la vivificante influencia que la penetra, despliega las alas que la conducirán a los planetas gloriosos de Júpiter u otros semejantes.

Observación. Conforme ya lo hemos señalado, la duración de la vida corporal parece ser proporcional al adelanto de los mundos. Dios, en su bondad, quiso abreviar la prueba en los mundos inferiores. A esta razón se agrega una causa física: cuanto más adelantados son los mundos, menos se desgastan los cuerpos mediante los estragos de las pasiones y de las enfermedades que son su consecuencia.

5. El carácter con el que describís a los habitantes de Venus, ¿debe hacernos suponer que entre ellos no hay guerras, ni disputas, ni odios ni celos?

R. Los hombres solo comprenden lo que las palabras pueden expresar, y su pensamiento limitado carece de lo infinito. Así, vosotros siempre atribuíis, incluso a los planetas superiores, vuestras pasiones y vuestros móviles inferiores: virus ino-

culado en vuestros seres por la grosería del punto de partida, y del cual solo os curáis lentamente. Las divisiones, las disputas y las guerras, son desconocidas en Venus, tan desconocidas como entre vosotros la antropofagia.

Observación. En efecto, la Tierra nos presenta, mediante la innumerable variedad de niveles sociales, una infinidad de tipos que pueden darnos una idea de los mundos en los que cada uno de esos tipos constituye el estado normal.

6. ¿En qué estado se encuentra la religión en ese planeta?

R. La religión es la adoración constante y activa del Ser supremo. Adoración despojada de errores, es decir, de cultos idólatras.

7. ¿Todos los habitantes se encuentran en el mismo nivel, o bien existen, como en la Tierra, grados más o menos adelantados? En ese caso, ¿a cuáles habitantes de la Tierra corresponden los grados menos adelantados?

R. Entre los habitantes de Venus existe la misma desigualdad proporcional que entre los seres terrestres. Los menos adelantados son las estrellas del mundo terrestre, es decir, vuestros genios y vuestros hombres virtuosos.

8. ¿Hay amos y sirvientes?

R. La servidumbre es el primer grado de la iniciación. Los esclavos de la Antigüedad, como los de la América moderna, son seres destinados a progresar en un medio superior a aquel en el que habitaron durante su última encarnación. En todas partes los seres inferiores están subordinados a los superiores. Pero en Venus esa subordinación moral no se puede comparar con la subordinación corporal conforme esta existe en la Tierra. Los superiores no son los amos, sino los padres de los inferiores. En vez de explotarlos, los ayudan a progresar.

9. Venus, ¿llegó gradualmente a su estado actual? ¿Pasó anteriormente por el estado en que se encuentra la Tierra e incluso Marte?

R. En el conjunto de la obra divina reina una admirable unidad. Los planetas, como los individuos y todo lo que es creado, animales y plantas, progresan inevitablemente. La vida, en sus diversas expresiones, constituye una ascensión perpetua hacia el Creador; despliega, en una inmensa espiral, los grados de su eternidad.

10. Hemos recibido comunicaciones concordantes acerca de Júpiter, Marte y Venus. ¿Por qué acerca de la Luna solo hemos recibido datos contradictorios y que no han podido determinar una opinión?

R. Esa laguna se llenará, y pronto recibiréis acerca de la Luna revelaciones tan claras y precisas como las que obtuvisteis respecto de otros planetas. Más adelante comprenderéis el motivo por el cual aún no las habéis recibido.

Observación. No cabe duda de que esta descripción de Venus no posee ninguno de los caracteres propios de una autenticidad absoluta, razón por la cual solo la presentamos a modo de condicional. No obstante, lo que ya se ha dicho acerca de ese mundo le otorga al menos cierto grado de probabilidad y, sea como fuere, no deja de ser el cuadro de un mundo que necesariamente debe existir para todo hombre que no tenga la orgullosa pretensión de suponer que la Tierra constituye el apogeo de la perfección humana. Se trata de un eslabón en la escala de los mundos, así como un nivel accesible para los que no se sienten con fuerzas para ir directamente a Júpiter.

Carta al periódico de Saint-Jean-d'Angély

Encontramos la siguiente carta en el periódico de Saint-Jean-d'Angély, del 15 de junio de 1862:

“Al señor Pierre de L..., redactor accidental del periódico *Le Mellois*.

”En una carta dirigida al *Mellois* del 8 de junio último, desafiasteis a la que denomináis la pequeña iglesia de Saint-Jean-d'Angély. Ofendido por el rechazo del señor Borreau, que no quiso recibiros, os dirigisteis a su colega en espiritismo, para interrogarlo. Sin ser el médium notable que designáis con una transparente inicial, me permitiré haceros algunas observaciones.

”¿Cuál ha sido vuestro objetivo al dirigiros, primero al señor Borreau y luego a los espíritas de Saint-Jean-d'Angély, para desafiarlos a que evoquen el alma de Jacques Bujault? ¿Fue una broma para poner fin a la guerra civil e intestina que parece destinada a ensangrentar las fértiles campiñas de Poitou? En ese caso, considero que comprenderéis que la dignidad de personas serias y concienzudas, que creen firmemente en las teorías establecidas acerca de los fenómenos cuya certeza reconocieron, les impone no entrar en vuestro juego. Por cierto, sois libre, como los escépticos, de reiros de estas teorías. Vos sabéis, señor, que en Francia se ríen de todo. Sin embargo, por muy buena que sea vuestra broma, no es nueva y, entre otros, cierto cronista del periódico al que dirijo la presente no ha dejado de usarla en sus inicios.

”Si habéis tomado esta cuestión en serio, permitidme deciros que no seguisteis el camino correcto para alcanzar vuestro objetivo. Las burlas contenidas en vuestro primer artículo no iban a persuadir de vuestra sinceridad al señor Borreau. Él tenía

pleno derecho a dudar y a no daros la oportunidad de replicar el esbozo espiritual de la evocación del prior que conocéis. Asimismo, vuestros comentarios satíricos acerca de la completa inutilidad del espiritismo y de las disidencias que dividen a sus adeptos, tampoco convencerán al señor C... respecto de la absoluta buena fe con la que solicitáis su esclarecimiento. Por lo tanto, si realmente vuestra intención es resolver ese problema, considero que este es el camino más corto y conveniente a la vez: venid al cenáculo, y una vez allí, despojaos de toda idea preconcebida, olvidaos de cualquier prevención anterior, examinad fríamente los fenómenos que ocurrirán en vuestra presencia, y sometedlos al criterio de la certeza. Y si una o dos veces teméis ser víctima de alucinaciones, repetid vuestras experiencias. El espiritismo os dirá, como Cristo a santo Tomás: *Vide pedes, vide manus, noli esse incredulus*.

”Y si esas experiencias arrojan siempre el mismo resultado, conforme a todas las reglas de la lógica deberéis confiar en el testimonio de vuestros sentidos, a menos que —estoy lejos de suponerlo— hayáis quedado reducido al pirronismo.

”Por el contrario, si vuestros artículos —como acabo de señalar— no son más que un juego para amenizar el combate de Poitou suscitado por el voto desafortunado de la Sociedad de Agricultura de Niotr, continuad vuestras placenteras bromas, brillantes embestidas, que los espectadores desinteresados admiramos. Apenas, permitid a los espíritas que conserven su fe. El escarnio, en efecto, no siempre tiene razón. El aforismo que dice: *el ridículo mata*, no es de una exactitud sobresaliente, y a ese arma tan cruel se le podría decir, sobre todo entre nosotros, lo que se le dice a un personaje de la comedia: ‘Todos aquellos a los que matáis la pasan bastante bien’.

”Se rieron de las grandes cosas, y las trataron de locuras, pero eso no impidió que se realizaran. Se rieron de la existencia de otro mundo, pero se descubrió América. Se rieron del vapor, pero estamos en el siglo de los ferrocarriles. Se rieron de los piróscafos y de Fulton, su inventor, pero estos recorren actualmente nuestros mares y ríos. Se rieron —inclinaos, señor—, se rieron de Cristo, pero su sublime locura, la locura de la Cruz, ha conquistado y subyugado el universo. Así pues, aunque en este momento se halle expuesto a los epigramas de los hijos de Voltaire, el espiritismo hace su parte y sigue adelante. El futuro lo juzgará. Si este sistema se basa en la verdad, ni burlas ni pasiones prevalecerán contra él. Si no es más que un error, un error muy generoso —reconocedlo— en nuestro siglo de materialismo, se reunirá en la nada con las mil y una aberraciones del espíritu que, con nombres diversos y barrocos, han desviado a la humanidad.

”Recibid, señor, la expresión de mi atento saludo”.

UN ADEPTO

Observación. No es la primera vez que un adepto toma el guante que los burlones le arrojan al espiritismo, y más de uno entre ellos han podido convencerse de que se enfrentaban con un sector más fuerte y numeroso de lo que suponían, de modo que ahora muchos comprenden que es más prudente callarse. Además, debemos decir que las ideas espíritas han penetrado incluso en el campo de los adversarios, donde comienzan a sentirse desbordados y, entonces, esperan. En la actualidad, el espiritismo ya no se profesa en secreto. Las personas se dicen abiertamente espíritas, como se dicen francesas o inglesas, católicas, judías o protestantes, partidarias de tal

o cual filosofía. Cualquier temor pueril ha sido desterrado. Así pues, que todos los espíritas tengan valor para emitir su opinión, porque de esa manera se le cierra la boca a los detractores y se los induce a reflexionar.

El espiritismo crece incesantemente, como una marea que sube y delimita una isla, muy extensa al principio, pero que algunos días después se ve reducida a un punto. ¿Qué harán los negadores cuando descubran que están en esa isla, rodeados cada vez más por el océano de las ideas nuevas? Nosotros vemos cómo sube la marea que nos lleva, razón por la cual no nos inquietamos. Pero un día, los que estén en ese punto, aterrados por su aislamiento, nos pedirán auxilio con los brazos tendidos.

El castigo de un avaro⁴⁸

François Riquier era un anciano muy simple, avaro y solterón, que falleció en C..., hace cuatro o cinco años, legando a sus parientes colaterales una considerable fortuna. Había tenido como inquilina a una de nuestras amigas, la señora F... Esa dama lo había olvidado por completo, hasta que recientemente su hija, que padece crisis de catalepsia seguidas de un sueño magnético espontáneo, vio en uno de esos sueños al señor Riquier, quien —ella aseguraba— quería comunicarse con su madre. Varios días después, la hija de la señora F..., que además es una excelente médium escritora, tomó el lápiz y obtuvo la siguiente comunicación, al final de la cual Riquier

48. Véase este caso en *El Cielo y el Infierno*, Segunda parte, Capítulo IV: “Espíritus sufridores”. (N. del T.)

puso su nombre y su dirección. La señora F..., que no conocía esa dirección, se apresuró a verificarla, y se llevó una gran sorpresa al constatar que la indicación era totalmente exacta. Esta comunicación es un nuevo ejemplo de las penas reservadas a los Espíritus culpables. Como Riquier se había manifestado espontáneamente confirmando su deseo de hablar con la señora F..., se le formuló esta pregunta:

P. ¿Qué pretendéis de nosotros?

R. El dinero que esos miserables me han quitado para repartírselo. Han vendido mis tierras, mis casas, todo, para enriquecerse. Han dilapidado mis bienes como si ya no me pertenecieran. Ocupaos de que se haga justicia, ya que a mí no me escuchan, y no quiero presenciar semejantes infamias. Dicen que era usurero, ¡y se quedan con mi dinero! ¿Por qué no me devuelven lo que me pertenece? ¿Acaso suponen que fue mal habido?

P. Pero estáis muerto, querido señor. Ya no tenéis ninguna necesidad de dinero. Rogad a Dios para que os conceda una nueva existencia de pobreza, de modo que expiéis la avaricia de esta última vida.

R. No, yo no podría vivir en la pobreza. Quiero mi dinero. Sin él no puedo vivir. Además, no necesito otra existencia, pues estoy vivo actualmente.

P. ¿Sufrís? (Esta pregunta se le hizo con la intención de llamarlo a la realidad.)

R. ¡Oh, sí! Sufro tormentos peores que los de la más cruel enfermedad, porque mi alma es la que los padece. Tengo siempre presente en la mente la iniquidad de mi vida, que ha sido motivo de escándalo para muchos. Sé perfectamente que soy un miserable, que no soy digno de piedad, pero mi

sufrimiento es tan grande que preciso vuestra ayuda para salir de esta situación deplorable.

P. Oraremos por vos.

R. ¡Gracias! Orad para que olvide mis bienes terrenales, pues de lo contrario jamás podré arrepentirme. Adiós y gracias.

FRANÇOIS RIQUIER
Rue de la Charité, n.º 14.

Observación. Este ejemplo, así como muchos otros semejantes, demuestra que el Espíritu puede conservar durante varios años la idea de que todavía pertenece al mundo corporal. Así pues, esa ilusión no ocurre exclusivamente en los casos de muerte violenta, pues parece ser la consecuencia de la materialidad de la vida terrestre. La persistencia del sentimiento de esa materialidad, que no se puede saciar, constituye un suplicio para el Espíritu. Además, en esto encontramos la prueba de que el Espíritu es un ser semejante al ser corporal, aunque fluídico, porque, para que considere que todavía se encuentra en este mundo, y que continúe o crea que continúa —se podría decir— ocupándose de sus asuntos, es necesario que se vea con una forma, con un cuerpo, en una palabra, como cuando estaba vivo. Si apenas quedara de él un soplo, un vapor, una chispa, no podría engañarse respecto de su situación. Así, el estudio de los Espíritus, incluso de los vulgares, nos esclarece acerca del estado real del mundo invisible, y confirma las verdades más importantes.

El mérito de la plegaria

La misma persona referida en el hecho precedente, recibió cierto día la siguiente comunicación espontánea, cuyo origen no comprendió al principio:

“Tú no me has olvidado, y tu alma nunca tuvo un sentimiento de perdón hacia mí. Es cierto que te hice demasiado daño, pero soy castigada por eso desde hace mucho tiempo. No he dejado de sufrir. Veo que cumples tus deberes con tanto valor, para cubrir las necesidades de tu familia, que la envidia no ha dejado de devorar mi corazón. Tu... (aquí me detuve para preguntar al Espíritu quién era, pero respondió: ‘No me interrumpas; te daré mi nombre cuando haya terminado’.) ...tu resignación, de la que soy testigo, fue uno de mis peores males. Ten un poco de piedad hacia mí, si realmente eres discípula de Cristo. En la Tierra me encontraba muy sola, a pesar de que me hallaba rodeada de los míos, y la envidia fue mi peor vicio. Por envidia seduje a tu marido. Parecía que lo tenías bajo control cuando los conocí, y me interpuse entre ambos. Perdóname y ten valor. Dios se apiadará de ti en su momento. Mi hermana, a la que he oprimido durante toda mi vida, es la única que ha orado por mí; pero son tus plegarias las que necesito. Las otras no cuentan con el sello del perdón. Adiós, y perdóname”.

ÁNGELA ROUGET

La dama que recibió la comunicación nos informó: “En ese momento recordé perfectamente a esa persona, que murió hace unos veinticinco años, y en la que yo no pensaba desde hacía varios años. Me pregunto cómo es posible que las plegarias de su hermana, virtuosa y dulce criatura, devota, piadosa

y resignada, no fueran más eficaces que las mías. No obstante, sabréis que, después de este ruego, oré y perdoné”.

Respuesta. El propio Espíritu explica esto cuando dice: “Las otras plegarias no cuentan con el sello del perdón”. En efecto, puesto que dicha dama era la principal ofendida, y la que más había sufrido la conducta de aquella mujer, en su plegaria había perdón, lo cual debía conmover más aún al Espíritu culpable. La hermana, en cambio, al orar, no hacía más que cumplir con su deber, por decirlo de algún modo. El otro era un acto de caridad. La ofendida tenía más derecho y merecimiento para implorar gracia a favor del Espíritu, de modo que su perdón debía tranquilizarlo más aún. Ahora bien, sabemos que el principal efecto de la plegaria es actuar sobre la moral del Espíritu, ya sea para calmarlo o para inducirlo al bien. Al hacer esto último, se apresura la clemencia del Juez supremo, que siempre perdona al pecador arrepentido.

La justicia humana, pese a su imperfección respecto de la justicia divina, nos presenta con frecuencia ejemplos similares. Si un hombre fuera conducido ante los tribunales por haber ofendido a alguien, nadie lo defendería mejor ni obtendría más fácilmente su absolución que el propio ofendido, retirando generosamente la acusación.

Leída en la Sociedad de París, la comunicación dio lugar a la siguiente pregunta, que había sido formulada por uno de sus miembros:

“Los Espíritus solicitan sin cesar las plegarias de los mortales. ¿Acaso los Espíritus buenos no oran también por los Espíritus que sufren? En tal caso, ¿por qué las plegarias de los hombres son más eficaces?”

La siguiente respuesta fue recibida en la misma sesión, procedente de san Agustín, a través del médium señor E. Vézy:

“Hijos, orad siempre. Ya os he dicho que la plegaria es un rocío bienhechor que debe tornar menos árida la tierra reseca. Os lo reitero ahora, y agrego algunas palabras en respuesta a la pregunta que habéis formulado. Así pues, nos preguntáis: ‘¿por qué los Espíritus que sufren prefieren nuestras plegarias? ¿Será que las plegarias de los mortales son más eficaces que las de los Espíritus buenos?’ Ahora bien, ¿quién os ha dicho que nuestras plegarias no tienen la virtud de esparcir consuelo y fortalecer a los Espíritus débiles, que solo pueden dirigirse a Dios con dificultad y a menudo con desánimo? Ellos imploran vuestras plegarias porque estas tienen el mérito de las emanaciones terrestres que se elevan voluntariamente a Dios, y siempre les agradan porque proceden de vuestra caridad y vuestro amor.

”Para vosotros, orar es un acto de abnegación. Para nosotros, es un deber. El encarnado que ora por su prójimo cumple la noble tarea de los Espíritus puros. Sin contar con el valor y la fuerza de estos, realiza sus maravillas. Lo característico de nuestra vida es consolar al Espíritu apenado y que sufre; pero una de vuestras plegarias es como ese collar que os quitáis del cuello para dárselo al indigente, o como el pan que tomáis de vuestra mesa para dárselo al hambriento. Por eso vuestras plegarias agradan al que las escucha. ¿Acaso un padre no accede siempre a los ruegos del hijo pródigo? ¿No ordena a sus servidores que maten el novillo cebado para recibir al hijo culpable? ¿Acaso no haría mucho más por su otro hijo, si este se arrojara a sus pies y le suplicara: ‘¡Oh! ¡Padre mío! Soy muy culpable; pero no pido tu perdón para mí, sino para mi hermano arrepentido, que es más débil y menos culpable que yo?’ ¡Oh! En ese caso, el padre se enternece, arranca de su pecho todos los dones de amor que

lleva consigo, y dice a su hijo: "Tú estás lleno de iniquidades y te consideras un criminal. Aun así, comprendiendo la enormidad de tus faltas, no me pediste perdón para ti. ¿Aceptas los padecimientos de mi castigo y, a pesar de tus tormentos, tu voz tiene suficiente fuerza para rogar por tu hermano?". ¡Así es! El padre no quiere tener menos caridad que el hijo, y los perdona a ambos. Les tiende la mano a los dos, para que puedan avanzar por el camino recto que conduce a su gloria.

Por esta razón, hijos míos, los Espíritus sufridores que merodean alrededor vuestro os imploran vuestras plegarias. Nosotros *debemos* orar. Vosotros *podéis* orar. Plegaria del corazón: ¡tú eres el alma de las almas, si se me permite la expresión! ¡Eres la quintaesencia sublime que se eleva siempre casta, bella y radiante hacia el alma más vasta de Dios!

SAN AGUSTÍN

DISERTACIONES ESPÍRITAS

La conquista del porvenir

(Grupo de Sainte-Gemme - Tarn. Médium: señor C...)

La idea espírita va creciendo. Pronto cubrirá el suelo francés del norte al sur, del levante al poniente. Se plantan mojones a escasa distancia unos de otros. Esos mojones sois vosotros. Vosotros tendréis el honor de haber señalado a vuestros hermanos, con nuestros consejos, el camino a seguir. Reuníos, pues, no solo en un pensamiento común, sino también en una común acción. La época de la observación y de las experiencias ha pasado: os encontráis en la etapa de la aplicación. Obrad, y hacedlo sin temor. Nunca miréis hacia atrás. Por el contrario, mantened siempre la mirada fija hacia adelante. Contemplad

la meta y los obstáculos que os separan de ella. Si os distraéis contando los pasos, en vez de avanzar rápidamente, faltaréis a la misión que se os ha confiado. ¡Así pues, tomad vuestro bastón de viaje, ceñid vuestros lomos, y avanzad! Pero no partáis solos; que todo el ejército espírita, esa vanguardia de la doctrina evangélica, se ponga en marcha al mismo tiempo. Uníos, consultaos, y volad a la conquista del porvenir.

HIPPOLYTE FORTOUL

* * *

Pentecostés

(Grupo de Sainte-Gemme - Tarn. Médium: señor C...)

El espíritu de Dios sopla en el mundo para regenerar en él a sus hijos. Si bien, como en la época de los apóstoles, no se muestra con la forma de lenguas de fuego, no deja de estar realmente presente entre vosotros. Así pues, orad con fervor al Todopoderoso, a fin de que se digne hacer que aprovechéis las ventajas morales, los dones impercederos, que entonces tuvo a bien derramar sobre la cabeza de los apóstoles de Cristo. Pedid y recibiréis, y nada de lo que pidáis de bueno y útil para vuestro adelanto espiritual os será denegado. Orad, pues, una vez más y con fervor. Pero que sea vuestro corazón, y no vuestros labios, el que hable. Y si vuestros labios se agitan, que no digan nada que vuestro corazón no haya pensado antes. La dicha que sentiréis cuando os anime el espíritu de Dios será tan grande, que no podrías haceros una idea. De vosotros depende obtenerla. A partir de este momento, consideraréis los días que os restan de vida como un tramo del camino que os falta recorrer para llegar a vuestro destino, y en el que debéis encontrar, al final del día, vuestra cena y una posada para descansar.

Con todo, que la poca importancia relativa que debéis conceder a las cosas terrenales, no os impida considerar que vuestros deberes materiales son muy serios. Cometeríais una falta muy grave ante Dios si no os dedicarais concienzudamente a vuestras tareas cotidianas. No hay que despreciar nada de lo que ha salido de la mano del Creador. Debéis disfrutar, en cierta medida, los bienes materiales que Él os concedió. Vuestro deber consiste en no guardarlos exclusivamente para vosotros, sino compartirlos con aquellos hermanos vuestros a quienes esos dones se les denegaron. Una conciencia pura, una caridad y una humildad sin límites, son la mejor de las plegarias para llamar al Espíritu Santo. En eso consiste el auténtico *Veni Creator*, no porque el que se canta en las iglesias no sea una plegaria que será escuchada cada vez que se formule de corazón, sino porque, como se os ha dicho varias veces, el fondo lo es todo, y la forma importa poco.

Rogad, pues, a través de vuestros actos, que el Espíritu Santo os visite y derrame en vuestra alma esa fuerza que infunde la fe necesaria para sobrellevar las miserias de la existencia terrenal, y para tenderles la mano a vuestros hermanos cuya debilidad de espíritu les impide ver la luz, sin la cual no podéis más que andar a tuestas y tropezar con los obstáculos diseminados en vuestro camino. La dicha verdadera, por la cual cada uno de vosotros suspira, está ahí. Cada uno de vosotros la tiene en la mano, y basta con desearla para que la obtengáis. Tomad ahora buenas y firmes resoluciones, y no os quepa duda de que el Espíritu de Dios no os faltará. Amad a vuestro prójimo como a vosotros mismos por el amor de Dios, y habréis solemnizado dignamente el día en que el Espíritu Santo visitó a los apóstoles del cristianismo.

HIPPOLYTE FORTOUL

El perdón

(Sociedad Espírita de París. Médiúm: señor A. Didier.)

¿De qué modo es posible encontrar en uno mismo la fuerza para perdonar? ¡La sublimidad del perdón radica en la muerte de Cristo en el Gólgota! Ahora bien, ya os he dicho que Cristo había resumido en su vida la totalidad de las angustias y las luchas humanas. Todos los que merecían el nombre de cristianos antes de Jesucristo murieron con el perdón en los labios: los defensores de las libertades oprimidas, los mártires de las verdades y de las grandes causas. Ellos comprendieron a tal punto la excelencia y la sublimidad de sus vidas, que no fallaron en el último momento y perdonaron. Si bien el perdón de Augusto no es del todo sublime históricamente, el Augusto de Corneille, el gran trágico, es dueño de sí tanto como del universo, porque perdona. ¡Ah! ¡Cuán mezquinos y miserables eran los que poseían el mundo, pero no perdonaban! ¡Cuán grande es aquel que contenía en el porvenir de los siglos todas las humanidades espirituales, y perdonó! El perdón es una inspiración y, a menudo, un consejo de los Espíritus. Desdichados los que cierran su corazón a esas voces, pues serán castigados —como dice la Escritura— porque tenían oídos pero no escucharon. ¡Así es! Si queréis perdonar, si os sentís débiles ante vosotros mismos, contemplad la muerte de Cristo. Quien se conoce a sí mismo triunfa fácilmente sobre sí mismo. Por eso, el gran principio de la sabiduría antigua consistía ante todo en conocerse a uno mismo. Antes de que los atletas se lanzaran a la lucha, aprendían la manera segura de vencer en los juegos. Sócrates, en los liceos, enseñaba que existía un Ser supremo; y

poco después, siglos antes de Cristo, a toda la nación griega le enseñó a morir y a perdonar. El hombre vicioso, ruin y débil, no perdona. El hombre habituado a las luchas personales, a las reflexiones justas y sanas, perdona con facilidad.

LAMENNAIS

* * *

La venganza

(Sociedad Espírita de París. Médium: señor de B... M...)

“La venganza es dulce”, dijo el poeta. ¡Oh! ¡Pobres ciegos que os entregáis a la más execrable de las pasiones! Pensáis que hacéis daño a vuestro prójimo cuando lo golpeáis, pero no sentís que esos golpes se vuelven en contra de vosotros mismos. La venganza no es un crimen solamente, sino una absurda torpeza. Junto con sus hermanos —el rencor, el odio y los celos, hijos del orgullo—, la venganza es el medio del que se valen los Espíritus de las tinieblas para atraer hacia sí a aquellos cuyo alejamiento temen. Es el más infalible instrumento de perdición que los enemigos del hombre pueden poner en sus manos, pues están empeñados en su decadencia moral. Resistid, hijos de la Tierra, ese culpable accionar, y estad seguros de que, si alguien merece vuestra cólera, no será en el auge del rencor que encontraréis la calma de vuestra conciencia. Dejad que el Todopoderoso se pronuncie respecto de vuestros derechos y de la justicia de vuestra causa. En la venganza hay algo impío y degradante para el Espíritu.

No, la venganza no es compatible con la perfección. Mientras un alma conserve ese sentimiento, permanecerá en lo más bajo del mundo de los Espíritus. Con todo, la vuestra, al igual

que las demás, no será el eterno juguete de esa desdichada pasión. Puedo aseguraros que la abolición de la falsa noción del infierno eterno o, mejor dicho, de la condenación eterna, que ha sido el pretexto o al menos una excusa íntima de los actos vindicativos, constituirá la aurora de una nueva era de tolerancia y mansedumbre, que no tardará en difundirse incluso en las regiones privadas de vida moral. ¿Acaso el hombre podía condenar la venganza, toda vez que le presentaban a Dios como un Dios celoso, que se vengaba mediante torturas interminables? Dejad, pues, ¡oh! hombres, de insultar a la Divinidad atribuyéndole vuestras viles pasiones. Entonces, vosotros, los habitantes de la Tierra, seréis un pueblo bendecido por Dios. Vosotros, los que me escucháis, obrad de modo tal que, con vuestra alma liberada de ese culpable y vergonzoso móvil de los actos más contrarios a la caridad, merezcáis ser admitidos en el recinto sagrado cuyas puertas solo la caridad puede abrir.

PIERRE ANGE, Espiritu protector.

BIBLIOGRAFÍA

El espiritismo en Lyon

Comunicaciones de ultratumba; selección de manifestaciones de la Sociedad Espírita de Les Brotteaux, con este epígrafe: *El espiritismo no debe imponerse; se recurre a él porque se lo necesita.* (Allan Kardec, *Revista Espírita*, 1861, página 371.) Opúsculo in-8º, de 32 páginas, con cuatro grabados obtenidos mediúnicamente. Precio: 75 centavos. En las principales librerías de Lyon y, en París, en la librería del señor Ledoyen.

Este opúsculo es el primero de una serie que se publicará sin fechas preestablecidas. Contiene una selección de las comunicaciones obtenidas en el grupo de Les Brotteaux, dirigido por el señor Déjour, jefe de taller. Esas comunicaciones, en un todo de acuerdo con la doctrina de *El libro de los Espíritus*, transmiten la más sana moral y llevan consigo el sello indiscutible de Espíritus buenos y benevolentes. El estilo es sencillo, familiar, y se adapta perfectamente al medio en el que han sido dictadas, donde las ideas abstractas no habrían tenido lugar. Ante todo, los Espíritus buenos desean instruir, de modo que se colocan a la altura de su auditorio, y no se preocupan demasiado por satisfacer a los que solo valoran en sus comunicaciones la pompa del estilo, sin aprovechar sus lecciones. Lo esencial para ellos es que la instrucción sea buena y llegue al corazón. En ese sentido, pensamos que esa compilación logra su objetivo. Nos complace aprovechar la ocasión para felicitar al señor Déjour, jefe de ese grupo, uno de los más numerosos de Lyon, por su dedicación y su perseverancia para la propagación del espiritismo entre sus hermanos los trabajadores.

* * *

El tercer volumen de *Revelaciones de ultratumba* [*Révelations d'outre-tombe*], de la señora Dozon, aparecerá en breve.

* * *

ALLAN KARDEC



REVISTA ESPÍRITA

PERIÓDICO DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS

Año V

Número 9

Septiembre de 1862

Inauguración de un grupo espírita en Burdeos

Discurso de apertura

A pesar de cierta mala voluntad, los grupos espíritas se multiplican a diario, de modo que para nosotros es un placer, tanto como un deber, presentar a nuestros numerosos lectores el discurso que, en Burdeos, durante la apertura de uno de esos grupos, pronunció su fundador, el señor Condat, el 20 de marzo de 1862. En ese discurso, la manera como se considera la grave cuestión del espiritismo nos demuestra cuánto se comprende su objetivo esencial y su verdadero alcance. Nos complace decir que en la actualidad ese sentimiento es general, porque en todas partes la curiosidad da lugar al deseo de instruirse y mejorar. Eso es lo que hemos podido constatar durante las visitas que hicimos en diferentes ciudades de provincia. Hemos visto la importancia otorgada a las comunicaciones instructivas, así como la valoración de los médiums que las obtienen. Ese es un hecho característico en la historia

del establecimiento del espiritismo. No conocemos para nada el grupo del señor Condat, pero evaluamos sus tendencias por el discurso de apertura. El orador no habría utilizado ese lenguaje ante un auditorio frívolo y superficial, reunido para distraerse. Las reuniones serias son las que dan lugar a una idea seria respecto del espiritismo. Por eso, no podemos dejar de promover su multiplicación.

Señoras y señores:

Al rogaros que aceptéis los agradecimientos que tengo el honor de presentaros por vuestra bondadosa acogida a mi invitación, permitidme dirigiros algunas palabras acerca del motivo de nuestra reunión. A falta de talento, veréis aquí –al menos eso espero– la convicción de un hombre profundamente dedicado al progreso de la humanidad.

Muy a menudo el intrépido viajero, que pretende llegar a la cima de una montaña, descubre que el estrecho sendero se encuentra obstruido por una roca. Muy a menudo también, en el transcurso de las edades, la humanidad se encuentra con obstáculos en su acercamiento a Dios. Su roca es el materialismo, que la detiene durante algún tiempo, algunos siglos tal vez. Pero la fuerza invencible a la que obedece, actuando a causa de la resistencia, supera el obstáculo, y entonces la humanidad, siempre instada a seguir adelante, marcha con un impulso más intenso.

Así pues, señores, no nos asombremos cuando se manifiesta una de esas grandes ideas que expresan mejor el origen celestial del hombre, cuando ocurre uno de esos hechos prodigiosos que alteran los cálculos restringidos y las observaciones limitadas de la ciencia materialista. No nos asombremos y,

sobre todo, no permitamos que nos desanimen las resistencias que surgen al encuentro de todo lo que sirve para demostrar que el hombre no es tan solo un poco de barro, cuyos elementos volverán a la tierra después de la muerte.

Reconozcamos, por el contrario, y hagámoslo con alegría, nosotros los adeptos del espiritismo, los hijos del siglo diecinueve, hijos de un siglo que ha sido la manifestación más completa, la encarnación —por decirlo de algún modo— del escepticismo y de sus desalentadoras consecuencias; ¡reconozcamos que la humanidad está en marcha!

Ya veis el progreso que el espiritismo realiza aquí, en esta bella, grande e inteligente ciudad. Veis que la duda se apaga en todas partes ante la claridad de la ciencia nueva.

Contemos, señores, y admitamos con sinceridad, cuántos de nosotros, incluso en la víspera, teníamos la sonrisa de la incredulidad en los labios, pero hoy tenemos los pies en el camino, y en el pecho la decisión de no volver atrás. Esto se entiende, pues estamos en la corriente, y ella nos impulsa. ¿Cuál es, pues, señores, esa doctrina, y hacia dónde nos conduce?

Devolverle al hombre su valor, sostenerlo en su debilidad, fortalecerlo ante las vicisitudes de la vida, reavivar su fe, probarle la inmortalidad del alma, no solo mediante demostraciones, sino con hechos: esto es lo que esa doctrina realiza. ¡Hacia allí nos conduce!

¿Cuál otra doctrina producirá en lo moral y en lo intelectual mejores resultados? ¿Acaso la negación de una vida futura se le podrá oponer como preferible, en interés de la humanidad en su conjunto y para la perfección moral e intelectual de cada hombre aisladamente?

Si se adoptan como principio las palabras que resumen el materialismo: “Todo acaba cuando se abre la tumba”, ¿qué otra cosa se logra producir, con esta máxima desoladora, sino la nada? Experimento una especie de sentimiento de pena, de pudor, por haber trazado un paralelo entre estos dos extremos: la esperanza de volver a ver en un mundo mejor a los seres queridos cuyas almas han abierto las alas, y el horror invencible que sentimos, que hasta el propio ateo siente, ante la idea de que todo acaba con el último suspiro de la parte mortal de nuestro ser. Esto bastaría para rechazar cualquier idea de comparación. No obstante, señores, supongamos que todos los consuelos que el espiritismo contiene se mantuvieran tan solo en estado de creencia, y que este fuera apenas un sistema puramente especulativo, una ingeniosa ficción —conforme objetan los apóstoles del materialismo— para someter las inteligencias débiles a determinadas reglas arbitrariamente denominadas virtud, y así mantenerlas alejadas de los apetitos seductores de la materia; supongamos que fuera una compensación que en un día de piedad, el autor de ese orden fatal, que le da todo a unos pocos y reserva el sufrimiento para las mayorías, habría otorgado a estas para aturdir las. En tal caso, señores, para las inteligencias fuertes, para el hombre que sabe hacer uso legítimo de su razón, esas ingeniosas ideas, establecidas como consecuencia de un principio sin base, fruto apenas de la imaginación, ¿no serían un tormento más, sumado a los tormentos de una fatalidad de la que no es posible sustraerse?

No cabe duda de que la demostración es algo admirable, que prueba ante todo la razón humana, el alma, esa abstracción de la materia. Con todo, hasta ahora, su único punto de partida ha sido esa frase de Descartes: “Pienso, luego existo”.

Actualmente, el espiritismo viene a darle una fuerza inmensa al principio de la inmortalidad del alma, pues lo apoya en hechos tangibles e irrefutables.

Lo que precede explica cómo y por qué nos encontramos reunidos aquí. No obstante, señores, permitidme compartiros una impresión que siempre he tenido, un deseo que se renovaba constantemente cada vez que veía una asociación cuyo objetivo era el perfeccionamiento del hombre moral. Me habría gustado encontrarme en la primera reunión de esa asociación, participar de las primeras comunicaciones de alma a alma de quienes la fundaron, y presidir el desarrollo del germen de la idea, germen que, como el grano convertido en gigante, más tarde daba frutos en abundancia.

¡Pues bien, señores! Hoy tengo la dicha de reuniros para proponeros la formación de un nuevo grupo espírita, y esta idea es plenamente satisfecha, por lo que os ruego que, como yo, conservéis en vuestros corazones, en vuestra memoria, la fecha del 20 de marzo.

Ahora, señores, es el momento de pasar a la práctica. Tal vez, tardé demasiado. De modo que, sin transición, para compensar la pérdida de tiempo, ocupado excesivamente en desahogos, abordaré el objeto de nuestra reunión, rogándoos que evitéis una objeción que se presentará naturalmente en vuestro espíritu, como lo hizo en el mío, respecto de la necesidad indispensable de contar con *médiums* cuando se desea formar un grupo espírita. Esa es, señores, una dificultad aparente, pero no real. Creedme que, al principio, en ausencia de médiums, nuestras reuniones no transcurrirán de modo estéril. Esta es una idea que someto a vuestros consejos. Procederemos así:

La primera parte de cada sesión estará dedicada a realizar lecturas de *El libro de los Espíritus* y de *El libro de los médiums*. La segunda parte estará consagrada a la formación de médiums entre nosotros; y creedme, señores: si seguimos los consejos y las enseñanzas impartidas en las obras de nuestro venerable jefe, el señor Allan Kardec, la facultad mediúmnica no tardará en desarrollarse en la mayoría de nosotros, y entonces nuestros trabajos recibirán su más dulce y amplia recompensa. Porque Dios, el gran Creador de todas las cosas, el juez infalible, no puede equivocarse respecto del uso correcto que pretendemos hacer de la valiosa facultad mediúmnica. Así pues, no dejará de brindarnos la más bella recompensa que podamos ambicionar: permitir que al menos uno de nosotros obtenga esa facultad en el mismo nivel que la de muchos de los médiums serios que nos acompañan esta noche.

Nuestros queridos hermanos Gourgues y Sabô, que tengo el honor de presentaros, también han tenido a bien asistir a nuestra sesión inaugural, para otorgarle el máximo nivel de solemnidad. Ellos nos darán la esperanza, y nosotros agregaremos la súplica, de que muy a menudo, tanto como sea posible, vendrán a visitarnos. Su presencia fortalecerá nuestra fe y reanimará el anhelo de aquellos que, entre nosotros, debido al fracaso de sus primeras tentativas mediúmnicas, podrían caer en el desánimo.

Sobre todo, señores, no nos extraviemos. Comprendamos nuestra empresa y su objetivo. Se equivocaría gravemente quien solo intentara formar parte de este nuevo grupo con la esperanza de encontrar aquí distracciones fútiles y ajenas a la auténtica moral predicada por los Espíritus buenos.

“El objetivo esencial del espiritismo –ha dicho nuestro venerable jefe– es el mejoramiento de los hombres. Solo hay que

buscar en él lo que pueda ayudar al progreso moral e intelectual. Por último, no hay que perder de vista que la creencia en el espiritismo solo es provechosa para aquel de quien se puede decir: ‘Es mejor hoy que ayer.’”

Así pues, no olvidemos que nuestro pobre planeta es un lugar de purgatorio en el que expiamos, mediante nuestra existencia actual, las faltas que hemos cometido en las precedentes. Eso demuestra, señores, que ninguno de nosotros puede considerarse perfecto; porque mientras tengamos que expiar faltas, reencarnaremos. Nuestra presencia en la Tierra demuestra, pues, nuestra imperfección.

El espiritismo ha señalado con balizas el camino que conducen a los pies de Dios. Avancemos sin perderlas de vista. La línea trazada por los Espíritus buenos, geómetras de la Divinidad, está rodeada de precipicios. Las zarzas y las espinas están en sus márgenes, pero no temamos sus pinchazos. ¿Qué son esas heridas, comparadas con la dicha eterna que acogerá al viajero cuando este llegue al final del recorrido?

Esa meta, ese fin, señores, es el objeto de mis meditaciones desde hace mucho tiempo. Al examinar mi pasado, mirando atrás para reconocer la zarza que me había desgarrado, el obstáculo que me había hecho tropezar en el camino, no pude dejar de hacer lo que todo hombre hace al menos una vez en la vida: la cuenta, por decirlo de algún modo, de sus alegrías y sus dolores, de sus buenos momentos de coraje, de sus horas de desánimo. Entonces, con la cabeza tranquila y el alma libre, es decir, replegada en sí misma, desprendida de la materia, pensé que la existencia humana no es más que un sueño, pero un sueño horrible, que comienza cuando el alma o Espíritu encarnado del niño se esclarece con las primeras luces de la inteligencia, y termina con el desvanecimiento de

la muerte. ¡La muerte! Esa palabra, que aterroriza a tantos, no es en realidad sino el despertar de ese horrible sueño, la benefactora compasiva que nos libera de la pesadilla insoportable que nos acompañó paso a paso desde que nacimos.

Hablo en general, pero no de una manera absoluta. La vida del hombre de bien ya no tiene esos caracteres. Lo bueno que ha hecho, lo importante y valioso, ilumina con puras claridades el sueño de su existencia. Para él, el pasaje de la vida a la muerte no constituye una transición dolorosa. Detrás de él no deja nada que pueda comprometer el porvenir de su nueva existencia espiritual, recompensa de sus buenas acciones.

En cambio, para los otros, los ciegos voluntarios que cerraron constantemente los ojos para negar mejor la existencia de Dios, los que se hayan rehusado a contemplar el sublime espectáculo de las obras divinas, que son la prueba y la manifestación de su bondad, su justicia y su poder; esos, digo, tendrán un horrible despertar, lleno de amargos remordimientos, sobre todo por haber desconocido los beneficiosos consejos de sus hermanos espíritas, de modo que el sufrimiento moral que padecerán durará hasta el día en que un sincero arrepentimiento haga que Dios se apiade de ellos y les conceda el favor de una nueva encarnación.

Muchas personas ven aún en las comunicaciones espíritas la obra del demonio, pero esa cantidad disminuye a diario. La dichosa merma se debe evidentemente a que la curiosidad induce a las personas, ya sea a visitar los grupos espíritas, como a leer *El libro de los Espíritus*, y entre los curiosos siempre hay algunas personas que se convencen, sobre todo al leer *El libro de los Espíritus*. Porque no supongáis, señores, que atraeréis muchos adeptos a nuestra sublime doctrina si lográis que primero asistan a nuestra sesiones. No, pues tengo la ín-

tima convicción de que una persona completamente ajena a la doctrina no se convencerá mediante lo que vea en nuestras sesiones. Estará más predispuesta a reírse de los fenómenos que se obtienen en ellas que a tomarlos en serio.

En cuanto a mí, señores, considero haber hecho mucho más por la doctrina cuando, en vez de convencer a una persona de que asista a nuestras sesiones, logré que leyera *El libro de los Espíritus*. Cuando estoy seguro de que esa lectura se realizó y produjo los frutos que no puede dejar de dar, ¡oh! entonces invito dichoso a esa persona a un grupo espírita. Porque ¿acaso no tengo en ese momento la certeza de que comprenderá todo lo que vea y escuche, y de que aquello que probablemente le causaría gracia antes de haber leído ese libro, ahora producirá efectos diametralmente opuestos? No pretendo decir que habrá de llorar.

Y para finalizar, señores, nada mejor que una cita tomada de *El libro de los Espíritus*, pues esta convencerá, mucho mejor que mis pobres recursos, a los que todavía dudan del fondo de verdad en que se apoyan las creencias espíritas:

“Los que dicen que las creencias espíritas amenazan con invadir el mundo, proclaman de ese modo el poder de las mismas, porque una idea sin fundamento, desprovista de lógica, no podría llegar a ser universal. Si el espiritismo, pues, se implanta en todas partes, si se lo encuentra principalmente entre las clases ilustradas, tal como todos lo reconocen, es porque tiene un fondo de verdad. Contra esa tendencia serán vanos los esfuerzos de sus detractores, y prueba de ello es que ese mismo ridículo con que han pretendido cubrirlo, lejos de detener su vuelo parece haberle dado nueva vida. Este resultado justifica plenamente lo que tantas veces nos han dicho los Espíritus: “No os inquietéis por la oposición. Todo lo que se haga en

contra resultará a favor, y vuestros mayores adversarios servirán a vuestra causa sin quererlo. Contra la voluntad de Dios, la mala voluntad de los hombres no podrá prevalecer”.

CONDAT

Carta a un Predicador, por el señor Dombre

El señor F..., padre dominico, predicó en Marmande durante el mes de mayo último, y en uno de sus últimos sermones consideró que era necesario arrojarle algunas piedras al espiritismo. Por su parte, el señor Dombre habría preferido una discusión más profunda al respecto, y que el padre F..., en vez de limitarse a esos ataques banales, abordara resueltamente y en detalle algunas cuestiones. No obstante, temeroso de que su nombre no tuviera suficiente peso para convencerlo, le escribió la siguiente carta con el pseudónimo de *Un católico*:

“Señor Predicador:

”Sigo con asiduidad vuestras instrucciones dogmáticas de cada tarde. Debido a una fatalidad que lamento, el viernes llegué un poco más tarde que de costumbre, y al salir de la iglesia supe que habíais iniciado, a modo de escaramuza, un ataque contra el espiritismo. En nombre de los católicos fervientes, me alegro por eso. Si he sido bien informado, estas son las cuestiones que abordasteis: 1.º El espiritismo es una nueva religión del siglo diecinueve. 2.º No hay duda de que la comunicación con los Espíritus existe. 3.º Respecto de las comunicaciones con los Espíritus, bien constatadas y recono-

cidas, os encargáis de demostrar, luego de los prolongados y serios estudios que habéis realizado sobre el espiritismo, que los Espíritus que se comunican no son otros más que el demonio. 4.º Por último, sería peligroso, desde el punto de vista de la salvación del alma, ocuparse del espiritismo antes de que la Iglesia no se haya pronunciado al respecto. Me gusta mucho este cuarto punto, pero si se reconoce por anticipado la intervención del demonio, la Iglesia ya no tiene nada que hacer⁴⁹.

”Estas son las cuatro importantes cuestiones que estoy ansioso por ver resueltas, para confundir al mismo tiempo a los *espíritas* y a los *católicos de nombre*, que no creen en el

49. Si la Iglesia todavía no se pronunció, la cuestión del demonio no es más que una opinión individual que no ha sido sancionada como una ley. Esto es tan cierto que no todos los eclesiásticos la comparten, y conocemos muchos en esa situación. Mientras no haya una información más amplia, la duda está permitida, y desde ya podemos ver que esta doctrina del demonio ejerce poco dominio sobre las masas. Si la Iglesia la proclamara oficialmente, sería de temer que de ese juicio resultara lo mismo que resultó de la declaración de herejía y de la condenación pronunciada antaño contra el movimiento de la Tierra, o lo que en la actualidad resultó de los anatemas impuestos a la ciencia respecto de los seis períodos de la Creación. Consideramos que el clero obraría sabia y prudentemente si no se apresurara demasiado a zanjar la cuestión, afirmando algo que hasta ahora provoca más risas e incredulidad que temor, y respecto de lo cual podemos certificar que muchos sacerdotes no creen más que nosotros, porque es ilógico. Exponerse a recibir un desmentido en el futuro, y a verse obligado a reconocer que se equivocó, implica dañar la autoridad moral de la Iglesia, que proclama la infalibilidad de sus juicios. Sería mejor que se abstuviera.

Por otra parte, digan lo que digan y hagan lo que hagan contra el espiritismo, la experiencia demuestra que su marcha es irresistible. Es una idea que se implanta en todas partes con una rapidez prodigiosa, porque satisface al mismo tiempo a la razón y al corazón. Para detenerlo, habría que oponerle una doctrina que fuera más satisfactoria, y ciertamente no será la del demonio y las penas eternas. (Nota de Allan Kardec.)

demonio ni en las penas eternas, si bien admiten un Dios y la inmortalidad del alma, así como a los *materialistas*, que no creen en nada.

”Respecto de la primera cuestión —*el espiritismo es una religión*—, los espíritas dicen: ‘No, el espiritismo no es una religión, ni pretende serlo. El espiritismo se basa en la existencia de un mundo invisible constituido por seres incorpóreos que pueblan el espacio y que no son otra cosa más que las almas de los que han vivido en la Tierra o en otros globos. Esos seres, que están alrededor nuestro constantemente, ejercen una gran influencia sobre los hombres, sin que estos lo sepan. Desempeñan un rol muy activo en el mundo moral y, hasta cierto punto, en el mundo físico. El espiritismo está en la naturaleza, y se puede decir que, en determinado orden de cosas, es una potencia, como la electricidad o la gravedad lo son desde otro punto de vista. El espiritismo nos revela el mundo invisible. No es nuevo, pues la historia de todos los pueblos lo menciona. El espiritismo se apoya en principios generales independientes de toda cuestión dogmática. Tiene consecuencias morales, es cierto, en el sentido del cristianismo, pero no tiene un culto, ni templos, ni ministros. Cada uno puede convertir sus opiniones en una religión, pero de ahí a constituir una nueva Iglesia hay una gran distancia. Por lo tanto, el espiritismo no es una nueva religión’. Esto es, señor predicador, lo que dicen los espíritas respecto de esa primera cuestión.

”También ante esa misma cuestión, los *falsos católicos* y los *materialistas* se ríen. Los primeros, si forman parte de los felices de este mundo, se ríen sin ganas. Esta doctrina, que incluye la pluralidad de las existencias o reencarnación, atenta contra sus goces y su orgullo. ¡La posibilidad de volver en una condición inferior es horrible de tan solo pensarlo! Los

espíritas les dicen: ‘Ahí está la justicia, la auténtica igualdad’. Pero esa igualdad no les conviene. Los *materialistas*, por su parte, escépticos y supuestos científicos, se ríen con fuerza, porque no creen en el porvenir: su suerte y la del perrito que los acompaña son lo mismo, y prefieren que así sea.

”Respecto de la segunda cuestión —*la comunicación con los Espíritus existe*—, tanto los espíritas como nosotros, fervientes católicos, estamos de acuerdo. Por su parte, los falsos católicos y los materialistas expresan la risa de la incredulidad.

”Respecto de la tercera cuestión —*solo el demonio se comunica*—, esta vez se ríen los espíritas; y los materialistas también, pues estos se burlan de los que creen en las comunicaciones y, además, en los que las atribuyen al demonio. Los falsos católicos guardan silencio y parecen decir: *Arreglaos entre vosotros*.

”Respecto de la cuarta cuestión —*hay que esperar a que la Iglesia se pronuncie*—, los espíritas dicen: ‘Sin duda llegará el día en que la creencia en el espiritismo se tornará tan común y estará tan expandida, que la iglesia, a menos que pretenda quedarse sola, se verá obligada a seguir la corriente. El espiritismo se fusionará, entonces, con el catolicismo, y el catolicismo con el espiritismo’. Por su parte, el materialista se ríe una vez más y dice: ‘¡Qué me importa!’. El falso católico siente una especie de despecho, pues no puede —conforme lo señalé más arriba— acomodarse a esta doctrina, ya que su egoísmo y su orgullo se ven contrariados, de modo que rechaza la eventualidad de una fusión, y dice: ‘Es imposible, pues el espiritismo es tan solo una utopía que no podrá dar ni un paso en el mundo’⁵⁰.

50. Falsos católicos, verdaderos católicos y materialistas, afirman esto. Se entiende que lo hayan dicho tiempo atrás, pero desde hace cuatro o cinco

”Recibid, etc.”

Un ferviente católico

En una carta al respecto, dirigida a Burdeos, el señor Dombre dice:

“El señor padre F... quiso saber quién era el espírita, y no el ferviente católico, que le había escrito esa carta. Sus enviados vinieron a verme y me dijeron: ‘El padre F... necesitaría siete u ocho sermones para responderos, pero no tiene tiempo. De todos modos, él desearía conocer el nombre de la persona que le escribió’. Yo les dije: ‘Os aseguro que el autor de la carta se dará a conocer, si el Padre le responde desde el púlpito’. Al parecer, aquí se sabe por experiencia que cuanto más se habla contra el espiritismo, más prosélitos este gana, de modo que se consideró oportuno guardar silencio, pues el padre F... abandonó la cuidad sin volver a hablar.

”Me diréis que tal vez haya un poco de temeridad en mi intento de luchar de ese modo. Conozco las necesidades de nuestra localidad, y hay que hacer ruido. Los enemigos sistemáticos o interesados del espiritismo preferirían el mutismo, pero yo quiero ensordecerlos con discusiones. Alrededor de

años el espiritismo ha dado tantos pasos, y los da todos los días, que dentro de poco habrá alcanzado su objetivo. Buscad en la historia una doctrina que haya recorrido tanto camino en tan poco tiempo. Ante ese resultado inaudito de una propagación contra la que se deshacen todos los rayos y todas las burlas, y que crece en razón de la violencia de los ataques, es realmente muy ingenuo decir que el espiritismo es apenas una llamarada. En tal caso, ¿a qué se debe tanta ira? ¿Por qué no dejáis que se apague solo? Nosotros, que estamos en primera fila para ver su marcha, y que seguimos todas sus peripecias, vemos también la conclusión, de modo que llegará nuestro turno de reír. (N. de Allan Kardec.)

los incrédulos que discuten, siempre hay personas indiferentes o dispuestas a creer, que sacan provecho de la lucha, respecto de la instrucción espírita. Pero vos me preguntaréis, tal vez: ‘¿No pensáis en retiraros honrosamente de esas polémicas?’. ¡Por Dios! Cuando uno es suscriptor de la *Revista Espírita* y ha leído todos los libros de la doctrina; cuando se ha sumergido por completo en los argumentos en los que esa doctrina de apoya, así como en los de los Espíritus que se comunican, surge de ahí como Minerva, armado de pies a cabeza, y no le teme a nada”.

Observación. Nos dicen: ‘Vosotros creéis en la reencarnación; pero la pluralidad de las existencias es contraria a los dogmas, que solo admiten una. Por lo tanto, estáis fuera de la Iglesia’.

En respuesta a eso, repetiremos lo que hemos dicho cien veces: ‘Antaño vosotros habéis expulsado de la Iglesia, anatematizado, excomulgado y condenado como heréticos, a los que creían en el movimiento de la Tierra’. Diréis que eso ocurrió en una época de ignorancia. De acuerdo, pero si la Iglesia es infalible, debía serlo entonces tanto como ahora, y su infalibilidad no puede quedar sujeta a las fluctuaciones de la ciencia mundana. No obstante, últimamente, hace apenas un cuarto de siglo, en este siglo de luz, ¿acaso la Iglesia no condenó los descubrimientos de la ciencia respecto de la formación del globo? ¿Qué logró con eso ahora? ¿Qué habría logrado si hubiera persistido en expulsar de su seno a todos los que creen en tales cosas? Ya no habría católicos, ni el papa siquiera. Entonces, ¿por qué la Iglesia tuvo que ceder? Porque el movimiento y la formación de los astros dependen de las leyes de la naturaleza, y porque contra esas leyes no hay opinión que valga.

En cuanto a la reencarnación, hay dos posibilidades: existe o no existe. No hay un término medio. Si existe, es porque forma parte de las leyes de la naturaleza. Si algún dogma dice lo contrario, se trata de saber cuál tiene razón: el dogma o la naturaleza, que es la obra de Dios. Así pues, la reencarnación no es una opinión, un sistema, como una opinión política o social, que se puede adoptar o rechazar. Es un hecho o no lo es. Si es un hecho, aunque no le agrade a todo el mundo, todo lo que se diga no impedirá que lo sea.

Por nuestra parte, creemos firmemente que la reencarnación, lejos de ser contraria a los dogmas, permite que muchos de estos cuenten con una explicación lógica, gracias a la cual son aceptados por la mayoría de quienes los rechazaban porque no los comprendían. La prueba de eso radica en la gran cantidad de personas que retomaron las creencias religiosas a través del espiritismo. Con todo, admitamos esa incompatibilidad, si queréis. En tal caso, formularemos sinceramente esta pregunta: 'Cuando la pluralidad de las existencia sea reconocida como una ley natural, lo cual no tardará en suceder; cuando todos reconozcan que esa ley es la *única* compatible con la justicia de Dios, y la *única* que puede explicar lo que, sin ella, es inexplicable, ¿qué haréis vosotros?' Haréis lo mismo que hicisteis con el movimiento de la Tierra y los seis días de la Creación, y no será difícil conciliar el dogma con esta ley.

A. K.

El espiritismo en una entrega de premios

Uno de nuestros colegas de la Sociedad Espírita de París nos comunica la siguiente carta, que escribió para las directoras del internado donde se encuentra una de sus hijas, en París:

“Señoras:

”Os ruego que me permitáis efectuar algunas reflexiones acerca de uno de los discursos pronunciados en la entrega de premios de vuestro internado. Mi condición de padre de familia, y sobre todo de padre de una de vuestras alumnas, me concede algún derecho para opinar.

”El autor de ese discurso, ajeno a vuestro establecimiento y profesor –según me han dicho– en el colegio C..., realizó una larga perorata –no sé realmente por qué razón– en la que se burló de la ciencia espírita y de los médiums. Si hubiera emitido su opinión sobre ese tema en otras circunstancias, yo lo habría comprendido; pero ante un auditorio como aquel, integrado por jóvenes confiadas a vuestros cuidados, permitidme decir que estuvo fuera de lugar, y que el tema fue mal elegido si pretendía lucirse.

”Entre otras cosas, ese señor dijo que ‘todas las personas que realizan experiencias con las mesas y otros fenómenos denominados espíritas o de orden psicológico son prestidigitadoras, ingenuas o estúpidas’.

”Señoras, yo formo parte de los que realizan esas experiencias y no lo ocultan, y estoy seguro de no haber sido el único en vuestro acto. No pretendo ser un científico, como vuestro orador, y en ese sentido tal vez yo sea un estúpido desde su punto de vista. Con todo, dicha expresión es bastante inapropiada cuando se la dirige a personas a las que no se conoce,

y cuando la idea se generaliza. De todos modos, sin duda mi posición y mi carácter me ponen a resguardo del epíteto de prestidigitador. Ese señor parece ignorar que, en la actualidad, esa estupidez cuenta con millones de adeptos en el mundo entero, y que esos supuestos prestidigitadores se encuentran hasta en las clases más altas de la sociedad; de lo contrario, habría considerado que sus palabras podían involucrar a más de uno de sus oyentes. Si bien demostró, con ese ataque intempestivo, una falta de tacto y de convivencia, también demostró que hablaba de algo que nunca estudió.

”En cuanto a mí, señoras, estudio y observo desde hace cuatro años, y el resultado de mis observaciones me ha convencido, como a tantos otros, de que en determinadas circunstancias nuestro mundo material puede ponerse en relación con el mundo espiritual. He tenido miles de pruebas al respecto, por doquier, en todos los países que he visitado, y vosotras sabéis que las he tenido en mi familia, con mi esposa, que es médium pero no es prestidigitadora, con parientes y con amigos que, como yo, buscan la verdad.

”No supongáis, señoras, que yo creí de inmediato, sin un examen previo. Como he dicho, estudié y observé concienzudamente, con frialdad y calma, sin prejuicios, y solo a partir de maduras reflexiones tuve la dicha de convencerme de la realidad de esas cosas. Dije dicha, porque debo confesar que la formación religiosa que recibí no bastó para esclarecer mi razón, de modo que me había tornado escéptico. Ahora, gracias al espiritismo, a las pruebas evidentes que él proporciona, ya no lo soy, porque logré cerciorarme de la inmortalidad del alma y de sus consecuencias. Si esto es lo que ese señor denomina una estupidez, al menos debería abstenerse de decirlo ante vuestras alumnas, y tal vez antes de

lo que suponéis, comprender esos fenómenos cuyo velo les han levantado. Para eso les alcanzará con ingresar al mundo. Os aseguro que la nueva ciencia ha progresado mucho y rápidamente. Así pues, no es de temer que ellas hagan esta reflexión: ‘Si nos han inducido a error respecto de estas materias; si quisieron ocultarnos la verdad, ¿no es posible que nos hayan engañado también respecto de otros puntos? Ante la duda, la prudencia más elemental nos ordena abstenernos’. En todo caso, ese no era el lugar ni el momento para tratar un tema semejante.

”Considero que ha sido mi deber, señoras, compartir con vosotras mis impresiones. Os ruego que tengáis a bien acogerlas con vuestra bondad habitual.

”Recibid, etc.”

A. GASSIER

38, rue de la Chaussée-d’Antin.

Observación. El espiritismo se propaga en todas partes, de modo que resulta muy raro que en alguna reunión, del tipo que fuere, no haya una mayor o menor cantidad de adeptos. Realizar ataques virulentos contra una opinión que crece sin cesar, y valerse para eso de expresiones hirientes ante un auditorio que no se conoce, implica exponerse a ofender a las personas más respetables, e incluso a veces a ser llamado al orden. Hacerlo en una reunión que, por su naturaleza, requiere más que cualquier otra la estricta observancia de los convencionalismos, y en la que cualquier palabra debe ser una enseñanza, constituye una falta. Si una de esas jóvenes, cuyos padres profesan el espiritismo, les hubiera dicho: “Vosotros sois prestidigitadores, ingenuos o estúpidos”, ¿no habría podi-

do disculparse diciendo: “Me enseñaron eso en la entrega de premios”? ¿Acaso ese señor habría realizado un ataque semejante contra los protestantes o los judíos, afirmando que son todos heréticos y condenados, o contra tal o cual opinión política? No, porque son pocos los internados en los que no haya alumnos cuyos padres profesen diferentes opiniones políticas o religiosas, y temería ofender a estos últimos. ¡Pues bien! Ese señor debe saber que actualmente, tan solo en Francia, hay tantos espíritas como judíos y protestantes, y que no pasará mucho tiempo antes de que sean tan numerosos como los católicos.

Por lo demás, en ese internado, como en todas partes, el efecto irá directo contra la intención. Se trata de una cantidad de jovencitas, naturalmente curiosas, muchas de las cuales nunca escucharon hablar de los fenómenos espíritas, de modo que querrán saber de qué se trata en cuanto se presente la primera oportunidad. Harán el intento de practicar la mediumnidad, e inevitablemente más de una tendrá éxito. Hablarán de eso con sus compañeras, y así sucesivamente. Les prohibiréis esas prácticas y las asustaréis con la idea del diablo, pero ese será un motivo más para que ellas lo hagan a escondidas, porque querrán saber lo que el diablo les dirá. ¿Acaso no escuchan a diario referencias a los diablos buenos y color de rosa? Ahora bien, ahí está el verdadero peligro, porque, sin experiencia ni un guía prudente y esclarecido, podrían sufrir una influencia perniciosa de la que no sabrían librarse, y de la que pueden resultar inconvenientes mucho más graves por el hecho de que, a causa de la prohibición que se les impuso y por miedo a ser castigadas, no se atreverían a decir nada. ¿Les prohibiréis que escriban bajo la influencia de los Espíritus? Eso no siempre es fácil, y los maestros de los internados saben

algo al respecto. Pero ¿qué haréis con las que se tornen médiums videntes y auditivas? ¿Les tataréis los ojos y los oídos? Esto es, señor orador, lo que puede provocar vuestro imprudente discurso, que probablemente os satisfizo mucho.

El resultado es muy diferente en los niños que son educados por sus padres respecto de las ideas espíritas. En primer lugar, no tienen nada que esconder, con lo cual son resguardados de los peligros de la inexperiencia. Después, obtienen desde pequeños una piedad razonada, que los años fortalecen y no pueden debilitar. Se tornan más dóciles, sumisos y respetuosos. La certeza que obtienen respecto de la presencia de sus familiares difuntos, que los ven sin cesar y con los cuales pueden conversar, recibiendo de ellos sabios consejos, constituye para esos niños un poderoso freno, debido al temor saludable que les inspira. Cuando una generación sea educada en las creencias espíritas, se verá una juventud completamente distinta, más estudiosa y menos turbulenta. Ya podemos evaluar esto mediante el efecto que esas ideas producen en los jóvenes que las asimilan.

Persecuciones

Dado que el filo del escarnio se embotó contra la coraza del espiritismo, y que sirvió más para propagarlo que para desacreditarlo, sus enemigos hacen la prueba con otro recurso que —nos adelantamos a decirlo— no tendrá mejor éxito, y es probable que genere aún más prosélitos para la doctrina. Ese recurso es la persecución. Decimos que de ese modo el espiritismo ganará aún más prosélitos por la simple razón de

que, cuando se lo toma en serio, su importancia crece enormemente. Además, cuanto más se sufre por una causa, más nos apegamos a ella. Sin duda se recordarán las bellas comunicaciones recibidas acerca de los mártires del espiritismo, que publicamos en la *Revista* del mes de abril último. La etapa de la persecución es anunciada por los Espíritus desde hace mucho tiempo:

“Cuando el arma del ridículo sea impotente, harán la prueba con la persecución. Ya no habrá mártires ensangrentados, pero muchos adeptos tendrán que sacrificar sus intereses y sus afectos. Los atacantes intentarán desunir sus familias, debilitarlos mediante el hambre, hostigarlos con maldades a veces más crueles que la propia muerte. No obstante, aun así, se encontrarán con almas fuertes y fervorosas, que sabrán afrontar las miserias de este mundo, en vista del porvenir mejor que les aguarda. Recordad las palabras del divino Salvador. ‘Bienaventurados los afligidos, porque serán consolados’. A pesar de todo, tranquilizaos. La era de la persecución, en la que pronto entraréis, durará poco, y de ella vuestros enemigos apenas obtendrán vergüenza, porque las armas que dirigirán hacia vosotros se volverán contra ellos”.

La era predicha ha comenzado. Desde diferentes lugares nos informan acerca de actos lamentables, practicados por los ministros de un Dios de paz y de caridad. No nos referiremos a la violencia que se ejerce sobre las conciencias cuando se expulsa de la Iglesia a los que llegaron a ella conducidos por el espiritismo. Puesto que ese recurso ha dado resultados bastante negativos, buscaron otros más eficaces. Podríamos citar localidades en las que personas que viven de su trabajo fueron amenazadas con quitarles su fuente de recursos. En otras, los adeptos fueron expuestos a la animadversión pública, per-

seguidos por muchachos de la calle. En otras, se expulsa de la escuela a los niños cuyos padres profesan el espiritismo; y un desdichado profesor fue despedido y reducido a la miseria porque en su casa tenía *El libro de los Espíritus*. De este último, recibimos una conmovedora plegaria en verso, que transmite los más nobles sentimientos y la piedad más sincera. Añadamos que un espírita benefactor le tendió una mano al profesor, y que en la referida circunstancia este había sido víctima de una infame traición por parte de un hombre en quien había confiado y que se mostraba entusiasmado con dicho libro.

En una pequeña ciudad en la que el espiritismo cuenta con un número bastante considerable de partidarios, un misionero dijo desde el púlpito en la última Cuaresma: “Espero que en el auditorio solo haya fieles, y que no haya judíos, ni protestantes, ni espíritas”. Al parecer, confiaba muy poco en su palabra para convertir a los que se acercaban a escucharlo con el fin de esclarecerse. En una comuna, cerca de Burdeos, intentaron impedir que se reunieran más de cinco espíritas a la vez, con el pretexto de que la ley se oponía. No obstante, una autoridad superior conminó a la autoridad local a respetar la ley. De esa pequeña vejación resultó que actualmente las tres cuartas partes de dicha comuna es espírita. En el departamento de Tarn-et-Garonne, los espíritas de varias localidades quisieron reunirse, pero se los acusó de conspirar contra el gobierno. Esa acusación ridícula fue rechazada de inmediato, como debía ser, y movió a risas.

En cambio, nos contaron que un magistrado afirmó: “¡Quiera Dios que todo el mundo sea espírita! En los tribunales habría menos trabajo, y el orden público no tendría nada que temer”. Dijo una gran verdad, muy profunda, porque se

comienza a notar la influencia moralizadora que el espiritismo ejerce en las masas. ¿Acaso no es un maravilloso resultado que, bajo la influencia de esta creencia, los hombres renuncien a embriagarse, a los hábitos desenfrenados, a los excesos degradantes y al suicidio? ¿No es maravilloso que los hombres violentos se tornen respetuosos, amables, pacíficos y buenos padres de familia; que los hombres que blasfemaban el nombre de Dios oren con fervor y se acerquen piadosamente a los altares? ¡Esos son los hombres que expulsáis de la Iglesia! ¡Ah! Rogad a Dios que, si aún reserva para la humanidad días de prueba, haya muchos espíritas; porque estos aprendieron a perdonar a sus enemigos, y consideran que el deber principal del cristiano es tenderles la mano en el momento del peligro, en vez de dañarlos.

Un librero de la Charente nos ha escrito lo que sigue:

“No tengo miedo de proclamar abiertamente mis opiniones espíritas. He dejado de lado las mezquindades mundanas, sin preocuparme por el hecho de que eso podría afectar mi comercio. No obstante, estaba lejos de imaginar lo que me sucedió. Si el mal se hubiera limitado a unas pocas dificultades, no habría sido nada. Sin embargo, desgraciadamente, por culpa de los que comprenden poco la religión, me convertí en la oveja negra del rebaño, en la peste del barrio. Me señalan como el precursor del Anticristo. Usaron todas las influencias, la calumnia incluso, para hacerme caer, para alejar a mis clientes; en una palabra, para arruinarme. ¡Ah! Los Espíritus nos hablan de persecuciones, de mártires del espiritismo. Eso no me enorgullece, pero no cabe duda de que soy una de las víctimas. Mi familia sufre por eso, es cierto. Pero guardo para mí el consuelo de tener una esposa que comparte mis ideas espíritas. No veo la hora de que mis hijos estén en edad de

comprender esa bella doctrina; me gustaría enseñarles nuestras preciosas creencias. Que Dios me conserve la posibilidad –más allá de lo que hagan para quitármela– de instruirlos y prepararlos para la lucha cuando llegue el momento y si fuera necesario. Los hechos que referís en vuestra *Revista* del mes de mayo guardan una notable semejanza con lo que me ocurre. Al igual que el autor de la carta, yo fui despiadadamente expulsado del tribunal de la penitencia. Mi cura quería antes que nada hacerme renunciar a mis ideas espíritas, pero de su imprudencia resultó que ya no me verá en los oficios. Si practico el mal, le dejo la responsabilidad a su autor”.

Extrajimos los pasajes siguientes de una carta que nos enviaron desde una localidad de los Vosgos. Si bien fuimos autorizados a publicar el nombre del autor y de la localidad, no lo haremos por razones de conveniencia que se comprenderán. No obstante, tenemos la carta en la mano para utilizarla del modo que nos parezca más beneficioso. Lo mismo hacemos con todos los hechos que presentamos, y que, de acuerdo a su mayor o menor importancia, figurarán más tarde en la historia del establecimiento del espiritismo.

“No soy muy versado en literatura para abordar dignamente el asunto que sigue. No obstante, trataré de hacerme comprender, toda vez que paséis por alto la imperfección de mi estilo y de mi redacción, porque hace varios meses anhelo unirme a vosotros por correspondencia, desde que mi hijo me envió los valiosos libros que contienen la instrucción de la doctrina espírita y la de los médiums. Al anoecer, de regreso del campo, encontré los libros que me dejó el cartero. Me apresuré a cenar y me acosté, con la vela encendida cerca de mi lecho, y con la idea de leer hasta que el sueño me cerrara

los ojos. Pero leí toda la noche con tal avidez que no tuve la menor gana de dormir.”

(Aquí el autor de la carta enumera las causas que lo habían inducido a la incredulidad religiosa absoluta, y que omitimos por respeto humano.)

“Todas estas consideraciones ocupaban mi mente a diario. El desánimo se había apoderado de mí. Había caído en un estado de escepticismo empedernido. De modo que, en medio de esa triste soledad de hastío y desesperación, considerándome inútil para la sociedad, decidí poner fin a esos días tan desdichados mediante el suicidio.

”¡Ah! señor, no sé si alguien podrá alguna vez hacerse una idea del efecto que produjo en mí la lectura de *El libro de los Espíritus*. Renació la confianza, el amor de Dios se apoderó de mi corazón, y me sentía como si un bálsamo divino se hubiera esparcido sobre todo mi ser. ¡Ah! Entonces pensé que durante toda mi vida había buscado la verdad y la justicia de Dios, para encontrar tan solo abusos y mentiras. Pero ahora, en la vejez, tenía la dicha de encontrar esta verdad tan deseada. ¡Cuánto cambió mi situación, que de tan triste se volvió tan dulce! Ahora, me encuentro continuamente en presencia de Dios y de sus Espíritus bienaventurados, mi creador, protectores, amigos fieles. Creo que las más bellas expresiones de los poetas serían insuficientes para pintar una situación tan agradable. Cuando mi débil pecho lo permite, me distraigo cantando los himnos y los cánticos que a mi juicio les resultan más agradables. En fin, soy dichoso gracias al espiritismo. Hace poco escribí a mi hijo para decirle que, al enviarme esos libros, me había hecho más feliz que si me hubiera puesto al frente de la fortuna más brillante.”

(A continuación, presenta un relato pormenorizado de las prácticas mediúmnicas que en esa localidad realizan varios adeptos, con los resultados obtenidos. Entre esos adeptos se encuentran varios médiums, uno de los cuales parece bastante notable. Evocaron a familiares y amigos que acudieron para darles indudables pruebas de identidad, y a Espíritus superiores que les brindaron excelentes consejos.)

“Todas esas evocaciones llegaron a los oídos del señor cura a través de chismosos y chismosas que las tergiversaron en gran medida. El último 18 de mayo, el señor cura, mientras enseñaba el catecismo a sus alumnos de la primera comunión, vomitó mil injurias contra la casa C... (uno de los principales adeptos) y en mi contra. Luego, dijo al hijo de C...: ‘No estoy enojado contigo, pero en dos años serás bastante fuerte para ganarte la vida. Te aconsejo que dejes a tus padres, porque no son capaces de darte buenos ejemplos’. ¡Ese es un buen catecismo! Durante las vísperas, subió adrede al púlpito para repetir el sermón que había predicado poco antes a sus alumnos, exclamando con gran volubilidad que nosotros no admitíamos el Infierno, que no temíamos entregarnos al robo y a la rapiña para enriquecernos a expensas del prójimo, que nos dedicábamos a los sortilegios y las supersticiones de la Edad Media, y otras mil invectivas.

”Por tal motivo, escribí una carta al señor Procurador Imperial de M..., pero antes de enviársela quise consultar al Espíritu de san Vicente de Paúl en nuestra siguiente reunión. Ese Espíritu bueno hizo escribir al médium lo que sigue: ‘Perdonadlos, porque no saben lo que hacen’. Luego, quemé mi carta.

”El ruido que esta doctrina produce se expande en las localidades de los alrededores. Muchos me preguntaron por

mis libros y me los encargaron, pero no tengo más. Quienes comprenden un poco la lectura quieren leerlos y se los pasan de mano en mano.”

“Después de leer *El libro de los Espíritus* y *El libro de los médiums*, lo primero que hice fue practicar para saber si era médium. Tras intentarlo durante ocho días, sin éxito, escribí a mi hijo para comunicarle mi fracaso. Como un magnetizador se alojaba en su casa, este le propuso que me escribiera una carta, previamente magnetizada, con la cual yo podría sin duda evocar a mi difunta. El pobre magnetizador no se imaginaba que me proporcionaba el látigo que lo azotaría. De ese modo, me torné médium auditivo. Me dispuse a escribir nuevamente, y de inmediato me dijeron al oído: ‘Intentan estafar a tu hijo’. Durante tres días consecutivos, cada vez con más fuerza, esa advertencia llegaba a mis oídos y me distraía de mis actividades. Escribí a mi hijo para advertirle que no confiara en ese hombre. A vuelta de correo, me reprochó por dudar del magnetizador, en quien confiaba plenamente. Pocos días después, recibí otra carta de mi hijo, con un cambio en el lenguaje, en la que me informaba que había desalojado a ese miserable bribón que, con la apariencia de un hombre honesto, se valía de esa supuesta cualidad para engañar mejor a sus víctimas. Al despedirlo, le mostró mi carta, que, a cien leguas de distancia, lo había retratado tan bien.”

Esta carta no necesita comentarios. Vemos que el sermón del señor cura produjo su efecto entre los lugareños, como en otras partes. Si en esa circunstancia el diablo tomó el nombre de san Vicente de Paúl, el señor cura debería agradecerse. ¿Acaso no tenemos razón cuando decimos que los adversarios del espiritismo le hacen propaganda y sirven a nuestra causa sin proponérselo? Digamos, además, que hechos se-

mejantes son más bien excepciones, y no la regla. Al menos eso es lo que preferimos pensar. Conocemos muchos honorables eclesiásticos que deploran esas cosas como impolíticas e imprudentes. Si bien nos informan acerca de algunos actos deplorables, también nos señalan una buena cantidad cuyo carácter es verdaderamente evangélico. Un sacerdote le decía a uno de sus penitentes que lo consultaba acerca del espiritismo: “Nada ocurre sin el permiso de Dios. Por lo tanto, si esas cosas ocurren, es porque Dios así lo quiere”. Un moribundo hizo llamar a un sacerdote y le dijo: “Padre, hace cincuenta años dejé de frecuentar las iglesias y me olvidé de Dios. El espiritismo ha hecho que vuelva a Él, y es la causa de que os haya llamado antes de morir. ¿Me daríais la absolución?” El sacerdote respondió: “Hijo mío, los designios de Dios son impenetrables. Dadle gracias porque os ha enviado esa tabla de salvación: podéis morir en paz”. Podríamos citar cien ejemplos como este.

Una reconciliación a través del espiritismo

El espiritismo ha demostrado reiteradamente su benéfica influencia al restablecer la armonía tanto en las familias como entre los individuos. Disponemos de numerosos ejemplos al respecto, pero la mayoría son hechos íntimos que se nos confiaron, podríamos decir, a modo de confidencia, y que no nos corresponde revelar. No tenemos el mismo escrúpulo respecto del hecho siguiente, que es de sumo interés.

Un capitán de navío mercante de El Havre, al que conocemos personalmente, es también un excelente espírita y un

buen médium. Había iniciado en la doctrina a varios hombres de su tripulación, y no tenía motivos sino para congratularse por el orden, la disciplina y la buena conducta de todos ellos. Llevaba a bordo a su joven hermano, de dieciocho años, y a un pilotín de diecinueve. Ambos eran buenos médiums, animados de una intensa fe, y recibían con fervor y gratitud los sabios consejos de sus Espíritus protectores. Con todo, una tarde discutieron. De las palabras pasaron a la agresión física, pero se detuvieron para convenir en un encuentro a la mañana del día siguiente, a fin de batirse en algún rincón de la nave. A la noche, ambos sintieron la necesidad de escribir, y cada uno por su lado recibió, de parte de su guía invisible, una severa amonestación respecto de la futilidad de esa disputa, así como consejos sobre la dicha de la amistad, más una invitación para que se reconciliaran sin segundas intenciones. Los dos muchachos, movidos por el mismo sentimiento, se encontraron para darse un abrazo en medio de sollozos. Desde entonces, ninguna nube perturbó la armonía entre ambos.

El propio capitán fue quien nos brindó este relato, y también pudimos leer el cuaderno con sus comunicaciones espíritas, así como el de cada uno de los jóvenes, en los que constan las que acabamos de mencionar.

El hecho que sigue le ocurrió al mismo capitán en otra de sus travesías. Nos complacemos en transcribirlo, aunque sea ajeno a nuestro tema. Navegaba en altamar, con muy buen tiempo, cuando recibió esta comunicación: “Toma precauciones, porque mañana a las dos se desatará una borrasca y tu navío correrá grave peligro”. Como nada hacía prever mal tiempo, el capitán pensó primero que se trataba de una mistificación. No obstante, por si acaso y para no tener nada que reprocharse, tomó las medidas necesarias. Hizo muy bien,

porque a la hora señalada se desató una violenta tempestad, y durante tres horas su navío corrió uno de los mayores peligros registrados. Con todo, gracias a tales precauciones, no sufrió percances.

El suceso de la reconciliación nos sugirió las siguientes reflexiones:

Uno de los resultados del espiritismo *bien comprendido* —y resaltamos estas palabras: *bien comprendido*— consiste en el desarrollo del sentimiento de caridad. Pero la caridad tiene, como sabemos, una acepción muy amplia, que abarca desde la simple limosna hasta el amor a los enemigos, que es lo sublime de la caridad. Podemos decir que esta resume la totalidad de los nobles impulsos del alma dirigidos hacia el prójimo. El verdadero espírita, al igual que el verdadero cristiano, puede tener enemigos —¿acaso Cristo no los tuvo?—, pero no es enemigo de nadie, porque siempre está dispuesto a perdonar y a devolver bien por mal. Si otrora dos verdaderos espíritas tuvieron motivos de animosidad recíproca, su reconciliación será fácil, porque el ofendido olvidará la ofensa, y el ofensor reconocerá sus agravios. Por lo tanto, entre ellos no habrá más disputas, porque serán indulgentes el uno para con el otro, y se harán mutuas concesiones. Ninguno de los dos pretenderá imponer al otro un perdón humillante que irrite y dañe en vez de calmar.

Si en tales condiciones dos individuos pueden vivir en armonía, lo mismo puede ocurrir entre muchos más, que desde entonces serán tan dichosos como sea posible en la Tierra, porque la mayoría de las tribulaciones se originan en el contacto con los malos. Así pues, suponed que una nación entera se halle imbuida de aquellos principios, ¿acaso no será la más dichosa del mundo? Podrá decirse que, lo que apenas es posi-

ble para algunos individuos, resulta una utopía para las masas, salvo que se produzca un milagro. Pues bien, el espiritismo ya ha realizado ese milagro una y otra vez en el reducido ámbito de las familias desunidas, donde restableció la paz y la concordia. En el futuro, demostrará que puede hacerlo a gran escala.

Respuesta de Allan Kardec a la invitación de los espíritas de Lyon y de Burdeos

Mis queridos hermanos y amigos espíritas de Lyon:

Me apresuro en deciros cuán sensible soy al nuevo testimonio de simpatía que acabáis de darme con la amable y afectuosa invitación para visitaros también este año. La acepto con placer, porque para mí es siempre una felicidad encontrarme en vuestro ámbito.

Grande es mi alegría, amigos míos, al observar que la familia espírita crece a ojos vistas; se trata de la más elocuente respuesta a los absurdos y abyectos ataques contra el espiritismo. Parece que tal crecimiento aumenta el furor de esos ataques, porque hoy mismo he recibido una carta de Lyon que me anuncia el envío de un periódico de esa ciudad, *La France littéraire*, en el cual la doctrina espírita en general, y mis obras en particular, son ridiculizadas de manera tan desagradable que los remitentes me preguntan si deben responder a través de la prensa o de los tribunales. Digo que deben responder mediante la indiferencia. Si la doctrina espírita no hiciese algún progreso, si mis obras hubiesen nacido muertas, nadie se inquietaría y no dirían nada al respecto. Son nuestros éxitos los que exasperan a nuestros enemigos. Dejemos, pues, que

desaten su ira impotente, pues esa ira demuestra que sienten la proximidad de su derrota; no son tan tontos para abalanzarse sobre un fracaso. Cuanto más abyectos sean sus ataques, menos hay que temerles, porque son desestimados por las personas honestas, y demuestran que aquellos no tienen buenas razones que oponer, dado que solo saben injuriar.

Continuad, pues, amigos míos, la gran obra de regeneración que ha comenzado con tan felices auspicios, y pronto cosecharéis los frutos de vuestra perseverancia. Demostrad, sobre todo mediante la unión y la práctica del bien, que el espiritismo es una garantía de paz y de concordia entre los hombres, y haced que al veros se pueda decir que sería deseable que todo el mundo fuese espírita.

Me siento feliz, amigos míos, al ver tantos grupos unidos por el mismo sentimiento, que avanzan de común acuerdo hacia el noble objetivo que nos hemos propuesto. Dado que ese objetivo es exactamente el mismo para todos, no podría haber divisiones. Debe guiaros una misma bandera, y en ella está escrito: *Fuera de la caridad no hay salvación*. Tened la certeza de que la humanidad entera sentirá la necesidad de reunirse en torno a ella, cuando esté cansada de las luchas engendradas por el orgullo, la envidia y la ambición. El espiritismo tendrá el honor de haber sido el primero en proclamar esa máxima, una verdadera ancla de salvación, porque significará el reposo después de la fatiga. Inscribidla en todos los lugares de reunión y en vuestras residencias particulares. Que ella sea, en adelante, la palabra que reúna a todos los hombres sinceros, que quieren el bien sin una segunda intención personal. Pero haced más aún: grabadla en vuestros corazones, y a partir de ahora disfrutaréis la calma y la serenidad que en ella encontrarán las generaciones futuras, cuando se haya convertido en

la base de las relaciones sociales. Vosotros sois la vanguardia; debéis dar el ejemplo, a fin de incitar a otros para que os sigan.

No os olvidéis de que la táctica de vuestros enemigos, tanto *encarnados* como *desencarnados*, consiste en dividirlos. Demostradles que perderían el tiempo si intentaran suscitar entre los grupos sentimientos de envidia y de rivalidad, que serían una apostasía de la auténtica doctrina espírita cristiana.

Las *quinientas* firmas que suscriben la invitación que tuvisteis a bien enviarme, representan una declaración contra aquel intento, y hay algunas personas más que tendré el placer de ver allí. Según observo, es más que una simple fórmula: se trata de un compromiso para que transitemos los caminos que nos indican los Espíritus buenos. Las conservaré con aprecio, porque algún día serán parte de los gloriosos archivos del espiritismo.

Una palabras más, amigos míos. Al ir a veros, una cosa deseo: que no haya banquete, y esto por varios motivos. No quiero que mi visita sea una ocasión para gastos que pudieran impedir la presencia de algunos, y privarme del placer de ver a todos reunidos. Los tiempos son difíciles, de modo que es importante no hacer gastos inútiles. El dinero que ese banquete costaría será mejor empleado para ayudar a los que, más tarde, van a necesitarlo. Os lo digo con toda sinceridad: pensar que aquello que hubierais hecho por mí en tal circunstancia podría ser una causa de privación para muchos, me quitaría todo el placer de la reunión. No voy a Lyon para exhibirme ni para recibir homenajes, sino para conversar con vosotros, dar consuelo a los que sufren, infundir valor a los débiles y ayudarlos con mis consejos en todo aquello que esté a mi alcance. Lo más agradable que podéis ofrecerme es el espectáculo de una unión armoniosa, franca y sólida. Creed que los términos tan

afectuosos de vuestra invitación valen para mí más que todos los banquetes del mundo, aun cuando me fuesen ofrecidos en un palacio. ¿Qué me quedaría de un banquete? Nada; mientras que vuestra invitación perdura como un valioso recuerdo, y como un testimonio de vuestro afecto.

Hasta pronto, amigos míos. Si Dios así lo quiere, tendré el placer de estrecharos las manos cordialmente.

A. K.

Al señor Sabo, de Burdeos.

Me conmueve mucho el deseo que una gran cantidad de espíritas de Burdeos ha manifestado para que me encuentre junto a ellos también este año. Si no se presenta algún obstáculo imprevisto, mi intención es hacerles una breve visita, aunque más no sea para agradecerles la generosa hospitalidad del año pasado. Con todo, os ruego que les hagáis saber mi deseo de que no haya banquete. No voy a Burdeos para recibir homenajes, sino para brindar instrucciones a quienes consideren que las necesitan, y con los cuales me agradará conversar. Algunos tuvieron a bien otorgar a mi viaje el título de visita pastoral, y yo no quisiera que tenga otro carácter. Creedme que me siento más honrado con un franco y cordial recibimiento, de la forma más sencilla, que con una recepción ceremoniosa que no se corresponde con mi carácter ni con mis costumbres, como tampoco con mis principios. Si entre ellos no reinara la unión, un banquete no la promovería, sino todo lo contrario. Si esa unión existe, podrá manifestarse de otro modo que con un festejo, en el que habría lugar para el amor propio pero que no impresionaría a un verdadero espírita, y

con un gasto inútil que se emplearía mejor para aliviar el infortunio. Así pues, si queréis contribuir en mi favor, hacedlo, y dejadme poner mi óbolo; pero en vez de comeros el dinero, empleadlo para alimentar a los que carecen de lo necesario. Entonces, haréis una fiesta para el corazón y no para el estómago. Es mejor ser bendecido por los desdichados que por los cocineros.

La sinceridad de la unión se refleja en los actos, y más aún en los actos íntimos que en las demostraciones aparatosas. Que yo pueda ver en todas partes que la paz y la concordia reinan en la gran familia espírita; que cada uno deje de lado las vanas susceptibilidades, las rivalidades pueriles, hijas del orgullo; que todos tengan un solo objetivo: el triunfo y la propagación de la doctrina, y que para eso todos contribuyan con esmero, perseverancia y abnegación respecto de cualquier interés y vanidad personal. Eso será para mí un verdadero festejo, me colmará de alegría y hará que me lleve de mi segunda visita a Burdeos el más dulce y agradable recuerdo.

Os ruego que tengáis a bien transmitir mis intenciones a nuestros hermanos espíritas, y creedme que, etc.

A. K.

Nos pareció correcto publicar estas dos respuestas, a fin de que no haya malentendidos respecto de los sentimientos que nos guían en las visitas que realizamos a los centros espíritas. Aprovechamos esta ocasión para agradecer a los espíritas de otras ciudades que nos han remitido invitaciones semejantes. Lamentamos que la falta de tiempo nos impida visitarlos a todos de una vez, pero lo haremos sucesivamente.

Poco antes de mandar a imprimir este número, recibimos también una invitación muy amable y apremiante en nombre de los miembros de la Sociedad Espírita de Viena, en Austria, a la que lamentablemente nos resulta imposible visitar este año.

POESÍAS ESPÍRITAS

Peregrinaciones del alma

*Así como de la sangre la ínfima partícula,
brotando del corazón, en nuestras venas circula,
también nuestra vida, emanada de la Divinidad,
se eleva hacia lo infinito durante la eternidad.*

Nuestro globo es un lugar de pruebas, de gran pesar;
en él están las lágrimas y el crujido de dientes.
Sí, en él está el infierno, del que nos podremos librar
según el grado de maldad de nuestros antecedentes.

Así cada uno, al dejar este inferior mundo,
hacia un globo etéreo se eleva más o menos deprisa.
Conforme sea más puro o más o menos inmundo,
su ser se desprende o se esclaviza.

Nadie puede a los elegidos en su carrera alcanzar,
sin que por completo haya expiado sus delitos,
sin que el remordimiento, la oración y el pesar,
sobre sus equívocos arrojen un velo bendito.

Así el Espíritu errante, o más bien el alma en pena,
toma un nuevo cuerpo en este mundo para sufrir,
para renacer a la virtud en la familia humana,
para depurarse con el bien, y de nuevo morir.

Algunas almas selectas, cuando lo dispone Dios,
acuden por devoción entre nosotros a encarnar;
Espíritus meritorios, de un Dios bueno ministros,
la ley de amor para nuestra dicha van a predicar.⁵¹

Una vez cumplida su misión sagrada,
a la celeste morada los conduce el Señor,
y progresivamente sus almas son elevadas
hacia el hogar infinito del océano de amor.

Por nuestra parte también, finalizada la prueba,
por el amor elevados a las sagradas regiones,
iremos triunfantes al seno armonioso,
para aumentar de esos elegidos las legiones.

Allí, para nuestro éxtasis e inmensa dicha,
con los que amamos Dios nos reunirá;
y fundidos en el impulso de una santa caricia,
bajo un cielo siempre puro su mano nos bendecirá.

En belleza y bondad, transformado nuestro modo de ser,
Nos elevaremos en la sagrada ciudad,
y en ella veremos sin fin nuestro bienestar crecer
hacia el infinito tesoro de la felicidad.

51. Conforme consta en la *errata* del número de noviembre, esta estrofa fue omitida en el original debido a un error de imprenta. (N. del T.)

De los mundos graduados, subiendo la escala inmensa,
siempre más purificados, cambiando de confines,
iremos radiantes, para terminar donde todo comienza,
para renacer plenos de amor, como brillantes serafines.

Seremos los primeros de una raza nueva,
los ángeles de la guarda de los hombres del futuro;
celestes mensajeros del bien que Dios revela,
iremos a enriquecer el porvenir de otro mundo.

De Dios tal es, yo creo, la voluntad verdadera,
en el inmenso recorrido de nuestra humanidad,
Humanos, ante su orden inmutable inclinémonos;
cantemos todos: ¡Gloria a Él, por toda la eternidad!

B. JOLY, *herbolario de Lyon*.

Observación. Los críticos meticulosos, si buscan bien, tal vez encuentren algunas fallas en estos versos. Por nuestra parte, les dejamos esa tarea y consideramos apenas las ideas, cuya precisión desde el punto de vista espírita no se puede ignorar. Se trata del alma y sus peregrinaciones para alcanzar, mediante el trabajo de la purificación, la dicha infinita. Con todo, una de esas ideas, muy ortodoxa por otra parte, parece destacarse, y no podemos admitirla. Es la que se expresa con este verso del epígrafe: *Se eleva hacia lo infinito durante la eternidad*. Si el autor entiende con eso que el alma sube sin cesar, de ahí resulta que nunca alcanzaría la dicha plena. La razón dice que, puesto que el alma es un ser finito, su ascensión hacia el bien absoluto debe llegar a un término; y que, tras alcanzar cierto

punto, no debe permanecer en una contemplación perpetua, poco atractiva por cierto, que equivaldría a una inutilidad perpetua, sino mantener una actividad incesante y dichosa como auxiliar de la Divinidad.

* * *

El ángel de la guarda

(Sociedad Espírita Africana. Médium: señorita O...)

Pobres humanos, que en este mundo sufren:
consolaos, y vuestras lágrimas enjugad.
En vano sobre vosotros las tormentas rugen;
a vuestro lado los defensores están.
Dios tan bueno, vuestro Padre bendito,
a todos ha querido confiaros
un pequeño ángel, un hermanito,
que siempre habrá de cuidaros.
Escuchad nuestra voz amiga.
¡Oh! ¡Felices queremos veros!
¡Tras las penas de la vida,
que podamos llevaros a los Cielos!
Mortales, si vuestras sonrisas pudierais ver,
cuando dais los infantiles primeros pasos;
si vuestras miradas en nuestros ojos pudieran leer
nuestro dolor ante vuestros fracasos.
¡Escuchadnos! Pues os queremos enseñar
un bello secreto, que con el bien os aguarda:
¡para vosotros también, un día habrá de llegar
en que seréis ángeles de la guarda!
Sí, cuando al finalizar la última prueba,

el Señor reciba vuestro Espíritu depurado,
os dirá que vayáis a proteger en la Tierra,
a un hermoso niño que os ha encargado.
Amadlo mucho, y que vuestra firme asistencia
le demuestre al pobre pequeño, cada jornada,
el amor maternal de su ángel de la guarda.
Y guiaréis de tal modo, con esa permanencia,
de vuestro hermano el Espíritu a la celeste morada.

Firmado: DUCIS

Observación. Este poema, y otro bastante extenso y no menos notable, titulado *El niño y el ateo*, que incluiremos en nuestro próximo número, fueron publicados en *L'Écho de Sétif* (Argelia), del 31 de julio de 1862, precedidos por la siguiente nota:

“Uno de nuestros abonados nos remitió estos dos poemas, obtenidos por una médium de Constantina durante los primeros días de este mes. Sin considerarlos exentos de críticas en cuanto a las reglas de la versificación, reproducimos esos versos porque explican, al menos en parte, la doctrina espírita que tiende a difundirse cada vez más en la superficie del globo”.

Esa médium parece tener la especialidad de la poesía. Ya obtuvo una gran cantidad de poemas, que escribe con una increíble facilidad, sin ninguna tachadura, a pesar de que no tiene la menor noción de las reglas de la versificación. Nosotros conocimos a uno de los miembros de la Sociedad de Constantina en cuya presencia esos poemas fueron escritos.

DISERTACIONES ESPÍRITAS

Estudios de uranografía

(Sociedad de París. Médium: señor Flammarion.)

Las tres comunicaciones siguientes son, por decirlo de algún modo, el debut de un joven médium, y se podrá observar que tienen un futuro prometedor. Sirven de introducción para una serie de dictados que el Espíritu se propone realizar con el título de *Estudios de uranografía*. Por nuestra parte, dejamos a los lectores la tarea de apreciar tanto su forma como el fondo.

I

Hace algún tiempo se os anunció, tanto aquí como en otros lugares, a través de diversos Espíritus y de diversos médiums, que recibiríais revelaciones acerca del sistema de los mundos. He sido convocado para contribuir, de acuerdo con mi especialidad, al cumplimiento de esa predicción.

Antes de iniciar lo que yo podría denominar nuestros estudios de uranografía, es importante establecer el primer principio, a fin de que el edificio, sentado en una base sólida, lleve consigo las condiciones de la durabilidad.

Ese primer principio, esa primera causa, es el inmenso y soberano poder que ha dado vida a los mundos y a los seres. Ese preámbulo de toda meditación sería ¡es Dios! Ante ese nombre venerado todo se inclina, y el arpa etérea de los cielos hace vibrar sus cuerdas de oro. Hijos de la Tierra, ¡oh! vosotros, que hace tanto tiempo balbuceáis ese inmenso nombre sin comprenderlo, ¡cuántas teorías azarosas habéis escrito

desde el comienzo de las edades en los anales de la filosofía humana! ¡Cuántas interpretaciones erróneas de la conciencia universal vieron la luz a través de las creencias obsoletas de los pueblos antiguos! E incluso en la actualidad, en que la era cristiana en su esplendor se irradió sobre el mundo, ¿cuál es la idea que se forman respecto del primero de los seres, del ser por excelencia, del ser que es? ¿No se ha visto en estos últimos tiempos que el panteísmo orgulloso se elevó soberbiamente hasta ese ser al que consideró adecuado calificar como ser absorbente, como gran todo, de cuyo seno todo ha salido y hacia el que todo debe volver algún día para confundirse sin distinción de individualidades? ¿No se ha visto que el ateísmo grosero extiende vergonzosamente el escepticismo negador y corruptor de todo progreso intelectual, a pesar de lo que hayan dicho sus sofistas defensores? Sería interminable mencionar escrupulosamente todos los errores que se aceptaron respecto del principio primordial y eterno, y la reflexión basta para mostraros que el hombre terrestre se equivocará cada vez que pretenda explicar ese problema insoluble para muchos Espíritus desencarnados. Esto significa implícitamente que vosotros debéis, o que nosotros debemos, mejor dicho, inclinarnos humildemente ante el gran Ser. ¡Hijos! Esto significa que, si está en nosotros elevarnos hacia la idea del Ser infinito, eso debe bastarnos y prohibir a todos la pretensión orgullosa de mantener los ojos abiertos ante el sol, ¡pues de lo contrario seríamos enceguecidos de inmediato por el deslumbrante resplandor de Dios en su eterna gloria! Retened esto, que es el preludeo de nuestros estudios: creed en Dios creador y organizador de las esferas; amad a Dios creador y protector de las almas, y podremos ingresar juntos, humilde y estudiosamente

a la vez, en el santuario donde Él ha sembrado los dones de su poder infinito.

GALILEO

II

Después de haber establecido el primer punto de nuestra tesis, la segunda cuestión que se presenta es el problema del poder que conserva los seres y que se ha convenido en denominar *naturaleza*. Después de la palabra que resume todo, viene la palabra que representa todo. Ahora bien, ¿qué es la naturaleza? En primer lugar, escuchad la definición del naturalista moderno: *La naturaleza* —dice él— *es el trono exterior del poder divino*. A esa definición, agregaré esta, que resume todas las ideas de los observadores: *La naturaleza es el poder efectivo del Creador*. Destacamos esta doble explicación de la misma palabra, que por una maravillosa combinación del lenguaje representa dos cosas a primera vista tan diferentes. En efecto, la naturaleza entendida en el primer sentido representa el efecto cuya causa se expresa en el segundo sentido. Un paisaje de vastos horizontes, con árboles frondosos debajo de los cuales se siente que la vida sube con la savia; una pradera esmaltada con flores llenas de perfume y coronada por el sol: eso se llama naturaleza. Con todo, ¿si pretendemos designar la fuerza que guía los astros en la extensión o que hace germinar en la tierra el grano de trigo? Esa fuerza también es la naturaleza. Que la comprobación de esas diversas denominaciones sea para vosotros la fuente de profundas reflexiones. Que sirva para enseñaros que, si nos valemos de la misma palabra para expresar el efecto y la causa, es porque en realidad la causa y el efecto son lo mismo. El astro atrae al astro en el espacio conforme

a leyes inherentes a la constitución del universo, y es atraído con la misma fuerza que reside en él. Es la causa y el efecto. El rayo solar perfuma la flor, y la abeja busca en ella la miel; en este caso, el perfume es a la vez el efecto y la causa. Dondequiera que vuestra mirada se detenga en la Tierra, podréis comprobar esta doble naturaleza. De ahí concluimos que, si la naturaleza es —conforme la he denominado— el poder efectivo de Dios, constituye al mismo tiempo el trono de ese mismo poder; es a la vez activa y pasiva, efecto y causa, materia y fuerza inmaterial; es la ley que crea, la ley que gobierna, la ley que embellece; es el ser y la imagen; es la manifestación del poder creador, infinitamente bello, infinitamente admirable, infinitamente digno de la voluntad de la cual es mensajera.

GALILEO

III

Nuestro tercer estudio tendrá por objeto el espacio.⁵²

Se han dado varias definiciones de esta palabra, entre las cuales la principal es esta: *el espacio es la extensión que separa a dos cuerpos*. De ahí, ciertos sofistas han deducido que donde no haya cuerpos no habrá espacio. Algunos doctores en teología se basaron en esto para establecer que el espacio es necesariamente finito, alegando que cierto número de cuerpos limitados no podría formar una serie infinita, y que allí donde se acabaran los cuerpos también se acabaría el espacio. El espacio también ha sido definido como *el lugar donde se mueven los mundos, el vacío donde actúa la materia*, etc. Deje-

52. Véase *La génesis, los milagros y las predicciones según el espiritismo*, Cap. VI, § 1. (N. del T.)

mos todas esas definiciones, que nada definen, en los tratados donde descansan.

Espacio es una de esas palabras que representan una idea primitiva y axiomática, evidente de por sí, y a cuyo respecto las diversas definiciones que se puedan dar no hacen más que oscurecerla. Todos sabemos qué es el espacio, y por mi parte sólo quiero manifestar que es infinito, a fin de que nuestros estudios ulteriores no encuentren ninguna barrera que obstaculice las investigaciones de nuestra mirada.

Ahora bien, digo que el espacio es infinito, por el hecho de que es imposible imaginarse un límite cualquiera para él, y porque, a pesar de la dificultad con que nos topamos para concebir lo infinito, nos resulta más fácil avanzar eternamente por el espacio, con el pensamiento, que detenernos en un punto cualquiera después del cual no encontrásemos más extensión para recorrer.

Para imaginarnos la infinitud del espacio, tanto como nos lo permitan nuestras limitadas facultades, supongamos que, partiendo de la Tierra, perdida en medio del infinito, hacia un punto cualquiera del universo, con la velocidad prodigiosa de la chispa eléctrica, que recorre *millares de leguas por segundo*, tras haber recorrido millones de leguas poco después de dejar este globo, nos encontramos en un lugar desde donde apenas lo divisamos con el aspecto de una pálida estrella. Transcurrido un instante, siguiendo siempre en la misma dirección, llegamos a esas estrellas lejanas que vosotros apenas divisáis desde vuestra estación terrestre. A partir de ahí, no sólo la Tierra desaparece por completo para nuestra mirada en las profundidades del cielo, sino que también vuestro Sol, con todo su esplendor, se ha eclipsado por la extensión que nos separa de él. Impulsados siempre por la misma velocidad del

relámpago, a cada paso que avanzamos en la extensión trasportamos sistemas de mundos, islas de luz etérea, carreteras de estrellas, parajes fastuosos donde Dios sembró los mundos con la misma profusión con que sembró las plantas en las praderas terrestres.

Ahora bien, hace apenas unos pocos minutos que andamos, y ya nos separan de la Tierra cientos de millones de millones de leguas, miles de millones de mundos han pasado delante de nuestra vista y, en la realidad —¡escuchad esto!—, no hemos avanzado un solo paso en el universo.

Si continuáramos durante años, siglos, miles de siglos, millones de períodos cien veces seculares, y *siempre con la misma velocidad del relámpago*, ¡tampoco habríamos avanzado ni un paso! sea cual fuere el lugar hacia donde nos dirigiésemos a partir de ese granito invisible que hemos dejado y que se denomina Tierra.

¡Eso es el espacio!

GALILEO

Receso de la Sociedad Espírita de París

(Sociedad Espírita de París, 1.º de agosto de 1862.

Médium: señor E. Vézzy.)

Vais a separaros por algún tiempo, pero los Espíritus buenos estarán siempre con los que soliciten su auxilio y su apoyo.

Si cada uno de vosotros deja la mesa del maestro, no lo hace tan solo para hacer ejercicio o descansar, sino también

para servir, a dondequiera que vayáis, en la gran causa humanitaria bajo cuya bandera os abrigáis.

Vosotros comprendéis que para el espírita ferviente no hay horas señaladas para el estudio, pues toda su vida no es más que una hora, una hora demasiado corta para el gran trabajo al que se entrega: ¡el desarrollo intelectual de las razas humanas...!

Las ramas no sobresalen del tronco porque se separan de él, sino porque dan lugar a nuevos brotes que las tornan solidarias y las unen.

Aprovechad este receso, que ha de separaros, para tornaros aún más fervientes, conforme al ejemplo de los apóstoles de Cristo. Salid de este cenáculo fuertes y valerosos. Que vuestra fe y vuestras obras de bien reúnan alrededor vuestro a mil creyentes, que bendecirán la luz que esparciréis sobre ellos.

¡Valor! ¡Valor! ¡El día del reencuentro, cuando el estandarte del espiritismo os llame al combate y se despliegue sobre vuestras cabezas, que cada uno lleve consigo a los adeptos que haya formado bajo su bandera, y los Espíritus buenos los contarán y los conducirán a Dios!

Así pues, espíritas, no durmáis a la hora de la siesta: ¡velad y orad! Ya os he dicho, y otras veces os lo han repetido, que el reloj de los siglos ha sonado, y su vibración llama a los que están inmersos en la noche. ¡Ay de los que no quieran abrir sus oídos para escucharlo!

¡Oh, espíritas! ¡Id, despertad a los durmientes, y decidles que serán sorprendidos por las olas del mar que se eleva con sordos y terribles rugidos! ¡Decidles que elijan el terreno más luminoso y sólido, porque los astros declinan y la naturaleza entera se conmueve, tiembla y se agita...!

No obstante, después de las tinieblas se hace la luz, y los que no hayan querido ver ni escuchar, en esa hora emigrarán a mundos inferiores para expiar y aguardar durante mucho tiempo, realmente mucho tiempo, los nuevos astros que habrán de elevarse y esclarecerlos. Y ese tiempo les parecerá una eternidad, porque no vislumbrarán el término de sus penas hasta el día en que comiencen a creer y comprender.

Espíritas, ya no os llamaré pequeños, sino hombres, hombres buenos y valientes. Soldados de la nueva fe, combatid con valor, armad vuestras manos con la lanza de la caridad, y proteged vuestro cuerpo con el escudo del amor. ¡Entrad en la liza! ¡Estad alertas! Aplastad el error y la mentira, y tended la mano a los que os preguntan dónde está la luz. Decidles que los que avanzan guiados por la estrella del espiritismo no son pusilánimes, no se asustan con espejismos, y solo aceptan como leyes lo que la fría y sana razón les ordena. Decidles que la caridad es su divisa y que solo se sacrifican por sus hermanos en nombre de la solidaridad universal, y no para ganar un paraíso que –bien lo saben– no poseerán hasta que hayan expiado mucho... Decidles que conocen a Dios y que, ante todo, saben que Él es inmutable en su justicia, de modo que no puede, por un segundo de arrepentimiento, perdonar una vida de faltas acumuladas, como tampoco puede castigar una hora de sacrilegio con una eternidad de suplicio...

¡Así es, espíritas, contad los años de arrepentimiento como si contarais las estrellas, pues la edad de oro llegará para el que haya sabido hacerlo...!

Id, pues, trabajadores y soldados, y que cada uno regrese con la piedra o el guijarro que sirva para construir el nuevo edificio. En verdad os digo que esta vez no habréis de temer la confusión, por más que pretendáis elevar hasta el cielo la torre

que lo coronará. Por el contrario, Dios extenderá su mano sobre vuestro camino para protegeros de los huracanes.

Esta es la hora segunda del día, y aquí están los servidores que vienen nuevamente, de parte del Maestro, en busca de trabajadores. ¡Vosotros, que estáis desocupados, aceptad la invitación, y no esperéis a la última hora...!

SAN AGUSTÍN

A los centros espíritas que visitaremos

La cantidad de centros que nos proponemos visitar, así como la extensión del trayecto, no nos permitirán dedicarle a cada uno de ellos el tiempo que quisiéramos. Por eso nos pareció oportuno aprovechar el tiempo disponible con miras a la instrucción. Para tal fin, nos proponemos responder, en la medida de lo posible, las preguntas acerca de temas que requieran esclarecimiento. Hemos observado que, cuando hacemos esa propuesta durante las reuniones, por lo general las personas no saben qué preguntarnos, y muchas de ellas se quedan calladas por timidez o por alguna otra dificultad para formular sus ideas. Para evitar ese doble inconveniente, les solicitamos que dichas preguntas sean preparadas con anticipación, por escrito, y que se nos entregue el listado antes de cada reunión. Así podremos clasificarlas metódicamente y evitar las repeticiones, a fin de responderlas del modo más satisfactorio para todos, al mismo tiempo que refutamos las objeciones a la doctrina espírita.

Al señor E. K.

Ignoro por completo la inscripción de la que me habláis en vuestra carta del 2 de agosto, fechada en Guingamp, por la simple razón de que no estuve en Bretaña; y tampoco tuve conocimiento de ese *Mane, Thecel, Phares* de otro género, como lo llamáis. Si produjo en vos una impresión saludable, hay que agradecerle al autor desconocido. En todo caso, me agradaría recibirlos cuando vengáis a París, en la que solo estaré de regreso los primeros días de octubre, para brindaros verbalmente las instrucciones que queráis.

ALLAN KARDEC



REVISTA ESPÍRITA

PERIÓDICO DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS

Año V

Número 10

Octubre de 1862

Apolonio de Tiana

Con excepción de los eruditos, casi nadie conoce a Apolonio de Tiana, y ni siquiera su nombre es popular, debido a que no dispone de una historia que se encuentre al alcance de todo el mundo. Hasta ahora, apenas existían algunas traducciones realizadas a partir de otra traducción latina, y con un formato incómodo. Así pues, debemos agradecer al erudito helenista que acaba de dar a luz una traducción concienzuda sobre la base del texto griego original, así como a los editores, que con esta publicación cubren una laguna lamentable.⁵³

No existen fechas precisas respecto de la vida de Apolonio. Según algunos cálculos, habría nacido dos o tres años antes de Jesucristo, y muerto a los noventa y seis años hacia fines del

53. *Appollonius de Tyane, sa vie, ses voyages, ses prodiges*; por Filóstrato. Nueva traducción a partir del texto griego, por el señor CHASSANG, maestro de conferencias en la Escuela Normal. Un volumen in-12, de 500 páginas. Precio: 3 francos 50 centavos. Sres. Didier y Cia. editores, quai des Augustins, 35, en París. (N. de Allan Kardec.) Véase la edición castellana *Vida de Apolonio de Tiana*, Gredos: Madrid, 1992. (N. del T.)

siglo primero. Nació en Tiana, una ciudad griega de Capadocia, en el Asia Menor. Desde temprana edad, dio muestras de una gran memoria, una inteligencia notable y un gran ardor por el estudio. Entre las filosofías que estudió, adoptó la de Pitágoras, cuyos preceptos siguió rigurosamente hasta la muerte. Su padre, uno de los más ricos ciudadanos de Tiana, le dejó una fortuna considerable, pero él la repartió entre sus parientes, salvo una pequeñísima parte que reservó para sí, pues decía que el sabio debía saber contentarse con poco. Viajaba mucho para instruirse. Recorrió Asiria, Escitia, India —en la que visitó a los brahmanes—, Egipto, Grecia, Italia y España, enseñando la sabiduría en todas partes. Por todos querido, debido a la dulzura de su carácter, y honrado por sus virtudes, reunía numerosos discípulos, que se agolpaban a sus pies para escucharlo, y muchos de los cuales lo seguían en los viajes. Con todo, uno de ellos, Eufrates, envidioso de la superioridad y el prestigio del sabio, se tornó su detractor y enemigo mortal, y no dejó de calumniarlo para que se perdiera, si bien no tuvo éxito más que para rebajarse a sí mismo. Apolonio nunca se inquietó, y lejos de resentirse contra el discípulo, se lamentaba de su debilidad y siempre trataba de devolverle bien por mal. Damis, por el contrario, un joven asirio al que Apolonio había conocido en Nínive, se apegó a este con una fidelidad a toda prueba, fue su asiduo compañero en los viajes, el depositario de su filosofía, y quien ha dejado la mayor parte de las informaciones de que disponemos.

El nombre de Apolonio de Tiana se suma al de los personajes legendarios que la imaginación de los hombres tuvo a bien revestir con los encantos de lo maravilloso. Sea cual fuere la exageración de los hechos que se le atribuyen, es evidente que junto a las fábulas se encuentra un fondo de verdades

desnaturalizadas en mayor o menor medida. No cabe duda de que nadie podría cuestionar la existencia de Apolonio de Tiana; y también es cierto que él debe de haber hecho cosas notables, pues de lo contrario no se las habría mencionado. Para que la emperatriz Julia Domna, mujer de Septimio Severo, solicitara a Filóstrato que escribiera la vida de Apolonio, es indudable que aquel le había hablado de este, pues no es probable que ella le encomendara una novela acerca de un hombre imaginario u oscuro. Que Filóstrato haya exagerado los hechos, o que los haya descubierto ya exagerados, es probable e incluso cierto, al menos respecto de algunos que se encuentran fuera de toda probabilidad. Pero no es menos cierto que extrajo el fondo de su relación de relatos casi contemporáneos, y que estos debían ser bastante notables para que merecieran la atención de la Emperatriz. La dificultad radica a veces en distinguir la fábula de la verdad, en cuyo caso algunas personas creen que es más sencillo negarlo todo.

Los personajes de esta naturaleza son valorados muy diversamente. Cada cual los considera desde el punto de vista de sus propias opiniones, de sus creencias e incluso de sus intereses. Apolonio de Tiana debía, más que cualquier otro, prestarse a controversias, tanto por la época en que vivió como por la naturaleza de sus facultades. Entre otras cosas, se le atribuían el don de curar, la presciencia, la vista a distancia, el poder de leer el pensamiento, de expulsar demonios, de trasladarse inmediatamente de un lugar a otro, etc. Pocos filósofos gozaron de tanta popularidad en vida. Su prestigio era mayor aún debido a la austeridad de sus costumbres, su dulzura, su simplicidad, su desinterés, su carácter bondadoso y su reputación de sabio. En esa época, el paganismo emitía sus últimas luces y se debatía contra la invasión del cristianismo naciente, de

modo que quiso transformar a Apolonio en un dios. Como las ideas cristianas se mezclaban con las paganas, algunos lo convirtieron en un santo. Los menos fanáticos apenas vieron en él un filósofo, y esta es la opinión más razonable. Además, el de filósofo es el único título que Apolonio se adjudicó, pues negó ser el hijo de Júpiter, como algunos pretendían. Si bien fue contemporáneo de Cristo, no parece que haya escuchado hablar de él, porque en su vida no hizo ninguna alusión a lo que entonces ocurría en Judea.

Entre los cristianos que lo consideraron posteriormente, algunos lo declararon malintencionado e impostor. Otros, como no pudieron negar los hechos, pretendieron que Apolonio realizaba sus prodigios con la asistencia del demonio, sin pensar que eso implicaba reconocer tales prodigios y convertir a Satán en el rival de Dios, debido a la dificultad de distinguir los prodigios divinos de los diabólicos. Estas son las dos opiniones que prevalecieron en la Iglesia.

El autor de esta traducción mantuvo una sabia neutralidad y se limitó a realizar una traducción fiel y concienzuda. No adoptó ninguna versión y, a fin de permitir que todas fueran evaluadas, indicó escrupulosamente las fuentes, para que se pudiera recurrir a ellas y extraer libremente, comparando los argumentos a favor y en contra, las consecuencias que se consideraran adecuadas.

En la actualidad, los fenómenos espíritas, magnéticos y sonambúlicos, iluminan con una luz completamente nueva los hechos atribuidos a este personaje, con lo cual demuestran la posibilidad de algunos efectos que hasta ahora habían sido relegados al dominio fantástico de lo maravilloso, y permiten distinguir lo posible de lo imposible.

En primer lugar, ¿qué es lo maravilloso? El escepticismo responde que es todo aquello que se encuentra fuera de las leyes de la naturaleza, razón por la cual es imposible. Y agrega que, si los relatos antiguos abundan en hechos de esa clase, se debe al amor del hombre por lo maravilloso. Pero ¿de dónde procede ese amor? No lo dice. Esto es lo que trataremos de explicar, porque no será inútil para nuestro tema.

Lo que el hombre denomina maravilloso hace que él se traslade con el pensamiento más allá de los límites de lo conocido, y la aspiración íntima respecto de un orden de cosas mejor lo induce a buscar con avidez todo lo que pueda vincularlo con ese orden y proporcionarle una idea al respecto. Dicha aspiración se debe a que el hombre intuye que ese orden de cosas existe, y como no lo encuentra en la Tierra, lo busca en la esfera de lo desconocido. Pero esa aspiración, ¿no es acaso un indicio providencial de que existe algo más allá de la vida corporal? Solo el hombre la posee, porque los animales, que no esperan nada, no buscan lo maravilloso. El hombre comprende intuitivamente que fuera del mundo visible existe un poder respecto del cual se forma una idea más o menos precisa conforme al desarrollo de su inteligencia, y muy naturalmente ve la acción *directa* de ese poder en todos los fenómenos que no comprende. De tal modo, una infinidad de hechos, que antaño se consideraban maravillosos, en la actualidad se explican perfectamente y pasan al dominio de las leyes naturales. De ahí resultó que los hombres que poseían facultades o conocimientos superiores a los vulgares fueran considerados poseedores de una parte de ese poder invisible, o con dominio sobre él. A esos hombres se los llamó magos o hechiceros. La opinión de la Iglesia hizo prevalecer la idea de que ese poder solo podía proceder del Espíritu del mal, toda vez que se ejer-

cía fuera de su seno, de modo que en los tiempos de barbarie e ignorancia se quemaba a los supuestos magos o hechiceros. El progreso de la ciencia los ha restituido a la humanidad.

“¿Dónde encontráis –preguntan los incrédulos– la mayor parte de los relatos maravillosos? ¿No es acaso en la antigüedad, entre los pueblos salvajes, en las clases menos instruidas? ¿No es eso una prueba de que son producto de la superstición, hija de la ignorancia?” De la ignorancia, sin duda, y por una razón muy simple. Los antiguos, que sabían menos que nosotros, no dejaban de verse afectados por los mismos fenómenos, pero no conocían sus verdaderas causas, de modo que buscaban causas sobrenaturales para las cosas más naturales; y como la imaginación contribuía, secundada por el miedo de un lado, y por el genio poético del otro, elaboraban al respecto cuentos fantásticos, amplificados por el gusto por la alegoría, tan peculiar de los pueblos de Oriente. Prometeo, al robarse del cielo el fuego que debía consumirlo, y castigado por su temeridad al usurpar los derechos de Júpiter, fue considerado un ser sobrehumano. En cambio, Franklin –el Prometeo moderno– es para nosotros un simple científico. Montgolfier, al elevarse en los aires, habría sido un Icaro en los tiempos mitológicos. ¿Y quién habría sido el señor Poitevin, al elevarse sobre un caballo?

La ciencia logró introducir una infinidad de hechos en el orden natural, y de ese modo redujo considerablemente el ámbito de los hechos maravillosos. Sin embargo, ¿lo explicó todo? ¿Conoce todas las leyes que rigen los mundos? ¿No tiene nada más que aprender? Cada día que pasa desmiente esa orgullosa pretensión. Así pues, ya que la ciencia aún no ha develado todos los secretos de Dios, de ahí resulta que numerosos hechos antiguos todavía no tienen explicación. Ahora

bien, dado que la ciencia solo admite como posible lo que comprende, le resulta más fácil decir que esos hechos son maravillosos, fantásticos, es decir, inadmisibles para la razón. Según ella, los hombres que supuestamente los produjeron son mitos o impostores, de modo que ante esa sentencia Apolonio de Tiana no podía ser perdonado. Por lo tanto, la Iglesia, si bien admite esos hechos, lo condenó como a un secuaz de Satán; y los científicos, que no los admiten, también lo condenaron como a un hábil malabarista.

La ley de la gravitación universal abrió un nuevo camino para la ciencia, y explicó una infinidad de fenómenos acerca de los cuales se habían elaborado teorías absurdas. La ley de las afinidades moleculares hizo que diera un paso adelante. El descubrimiento del mundo microscópico le abrió nuevos horizontes. La electricidad, por su parte, llegó para revelar un nuevo poder, cuya existencia no sospechaba. Ante cada uno de esos descubrimientos, la ciencia notó que se resolvían muchas dificultades, muchos problemas, muchos misterios incomprendidos o falsamente interpretados. No obstante, ¡cuántas cosas quedan aún por resolver! ¿Acaso no se puede admitir el descubrimiento de una nueva ley, de una nueva fuerza, que ilumine los puntos oscuros? ¡En efecto! El espiritismo viene a revelar un nuevo poder, y ese poder radica en la acción del mundo invisible sobre el mundo visible. Dado que en esa acción revela una ley natural, el espiritismo estrecha más aún los límites de lo maravilloso y lo sobrenatural, porque explica una infinidad de fenómenos que parecían inexplicables, así como otros lo parecían antes del descubrimiento de la electricidad.

¿Acaso el espiritismo se limita a admitir el mundo invisible como hipótesis y medio de explicación? No, porque eso significaría explicar lo desconocido mediante lo desco-

nocido. El espiritismo demuestra la existencia de ese mundo con hechos patentes, irrecusables, de la misma manera que el microscopio ha demostrado la existencia del mundo de los infinitamente pequeños. Así pues, una vez demostrado que el mundo invisible nos rodea, y que ese mundo es esencialmente inteligente, ya que está compuesto por las almas de los hombres que han vivido en la Tierra, se comprende fácilmente que pueda desempeñar un papel activo en el mundo visible, así como producir fenómenos de un orden particular. Se trata de los fenómenos que la ciencia no puede explicar mediante las leyes conocidas, razón por la cual los denomina maravillosos. Dado que esos fenómenos constituyen una ley natural, debieron producirse en todos los tiempos. Ahora bien, como se apoyan en la acción de un poder que es ajeno a la humanidad, y como el homenaje rendido a ese poder es el principio que han adoptado las distintas religiones, de ahí resulta que tales fenómenos sirvieron de base para todas ellas. Por eso los relatos antiguos, así como todas las teogonías, abundan en alusiones y alegorías acerca de las relaciones del mundo invisible con el mundo visible, y que son ininteligibles si esas relaciones no se conocen. Pretender explicarlas de otro modo, sería como explicar los fenómenos eléctricos sin recurrir a la electricidad. Esta ley es un llave que abrirá la mayoría de los santuarios misteriosos de la antigüedad. Una vez reconocida, los historiadores, los arqueólogos, los filósofos, verán que ante ellos se despliega un horizonte completamente nuevo, y se hará la luz sobre los puntos más oscuros.

Esta ley encuentra oposición hasta hoy, y eso es lo que tiene en común con todo lo que es nuevo. Además, dicha oposición se debe al espíritu materialista que domina nuestra época, y en segundo lugar a que las personas suelen formarse

acerca del mundo invisible una idea tan falsa, que de ella resulta la incredulidad. El espiritismo no solo ha demostrado la existencia de ese mundo, sino que lo presenta con un aspecto tan lógico, que la duda pierde su razón de ser para quienes hagan el esfuerzo de estudiarlo concienzudamente.

Con todo, nosotros no pedimos a los científicos que crean; pero como el espiritismo es una filosofía que ocupa un lugar importante en el mundo, incluso si es una fantasía, merece que se la examine, aunque más no sea para saber de qué trata. Solo les pedimos una cosa: que la estudien, pero a fondo, para que no le hagan decir lo que no dice. Y después, crean o no, con el auxilio de esa palanca utilizada como simple hipótesis, que intenten resolver los miles de problemas históricos, arqueológicos, antropológicos, teológicos, psicológicos, morales, sociales, etc., ante los cuales fracasaron, y entonces verán el resultado. No les exigimos la fe, sino mucho menos.

Volvamos a Apolonio. No cabe duda de que los antiguos conocían el magnetismo, y la prueba de eso se encuentra en algunas pinturas egipcias. También conocían el sonambulismo y la doble vista, dado que son fenómenos psicológicos naturales. Conocían las distintas categorías de Espíritus, a los que denominaban dioses, así como sus relaciones con los hombres. Entre ellos debió haber médiums curadores, videntes, parlantes, auditivos, inspirados, etc., como los hay en nuestro tiempo, y según los numerosos ejemplos que vemos entre los árabes. Con el auxilio de esos datos y del conocimiento de las propiedades del periespíritu —la envoltura fluídica de los Espíritus—, pudieron comprender perfectamente varios hechos atribuidos a Apolonio de Tiana, sin tener que recurrir a la magia, la hechicería o el malabarismo. Y decimos *varios*, porque hay algunos cuya imposibilidad ha sido demos-

trada por el propio espiritismo. En tal sentido, este sirve para distinguir la verdad del error. A los que hayan realizado un estudio serio y completo de esta ciencia, les encomendamos que establezcan la distinción entre lo posible y lo imposible, lo cual les resultará fácil.

Ahora consideremos a Apolonio desde otro punto de vista. Además de médium, hecho que en esa época lo convertía en un ser casi sobrenatural, Apolonio era filósofo, era un sabio. Su filosofía reflejaba la dulzura de sus costumbres y de su carácter, de su sencillez en todas las cosas, y podemos evaluarla mediante algunas de sus máximas.

Tras haber censurado a los lacedemonios degenerados y afeminados, quienes aprovecharon sus consejos, Apolonio escribió a los éforos: “Apolonio a los éforos, ¡salud! Los verdaderos hombres no deben cometer faltas; pero solo a los hombres de corazón, si las cometen, les cabe reconocerlas”.

Los lacedemonios, que habían recibido una carta con reproches del Emperador, estaban indecisos respecto de si debían conjurar su cólera o responderle con arrogancia, de modo que consultaron a Apolonio en cuanto a la mejor opción. Este se presentó en la asamblea y solo dijo estas palabras: “Si Palamedes inventó la escritura, no lo hizo tan solo para que se pudiera escribir, sino también para que se supiera cuándo no hay que hacerlo”.

Telesino, cónsul romano, preguntó a Apolonio: “—Cuando os presentáis ante los altares, ¿cuál es vuestra plegaria?” “—Pido a los dioses que reine la justicia, que se respeten las leyes, que los sabios sean pobres, y que los demás se enriquezcan, pero por medios honestos.” “—¡Cómo! Cuando pedís tantas cosas, ¿esperáis ser escuchado?” “—Sin duda, porque pido todo eso con una sola palabra. Y cuando me presento

ante los altares, digo: ‘¡Oh! ¡Dios! Dadme lo que merezco’. Si estoy entre los justos, obtendré más de lo que haya pedido; pero si los dioses me incluyen entre los malos, me castigarán, de modo que no podré quejarme ante ellos si me castigan por no ser bueno”.

Vespasiano, conversando con Apolonio acerca de cómo debería gobernar cuando fuera Emperador, le dijo: “—En vista de que el Imperio se encuentra envilecido por los tiranos que acabo de mencionarlos, he querido vuestro consejo respecto de la manera de rehabilitarlo ante la estima de los hombres”. Apolonio respondió: “—Cierta día, un flautista muy talentoso hizo que sus alumnos escucharan a flautistas mediocres, con miras a que supieran cómo no se debe tocar la flauta. Ahora sabéis, Vespasiano, de qué modo no hay que reinar. Vuestros predecesores os lo han enseñado. Reflexionad ahora sobre la manera de reinar correctamente”.

Preso en Roma, bajo el imperio de Domiciano, Apolonio dirigió al resto de los prisioneros un discurso para infundirles valor y resignación: “Todos los que estamos aquí, estamos presos mientras dura eso que se denomina vida. Nuestra alma, vinculada a este cuerpo perecedero, sufre diversos males, y es la esclava de todas las necesidades de la condición humana”.

En la prisión, Apolonio respondió a un emisario de Domiciano, quien lo exhortaba a que acusara a Nerva para obtener la libertad: “Amigo mío —dijo Apolonio—, si me han encadenado por decirle la verdad a Domiciano, ¿qué me harán si le miento? El Emperador cree que la franqueza se merece los grilletes, pero yo creo que son para la mentira”.

En una carta a Eufrates: “Pregunté a unos ricos si tenían preocupaciones. ‘—¡Cómo no tenerlas! —me respondieron.—Pero ¿de dónde vienen vuestras preocupaciones? —De

nuestras riquezas'. Eufrates, lo lamento por ti, pues acabas de enriquecerte”.

Al mismo: “Los hombres más sabios son los más breves en sus discursos. Si los charlatanes sufrieran lo que hacen sufrir a los otros, no hablarían tanto”.

Otra a Critón: “Pitágoras dijo que la medicina es la más divina de las artes. En tal caso, el médico debe ocuparse del alma tanto como del cuerpo. ¿De qué modo un ser puede estar sano cuando su parte más importante se encuentra enferma?”

Otra a los platónicos: “Si le ofrecen dinero a Apolonio, y eso le parece estimable, no tendrá problema en aceptarlo, por poco que le haga falta. Pero un salario a cambio de lo que él enseña, nunca, por más que lo necesite, nunca lo aceptará”.

Otra a Valerio: “Nadie muere, salvo en apariencia; así como nadie nace, salvo en apariencia. En efecto, el pasaje de la esencia a la sustancia es lo que se denomina nacer; y lo que se denomina morir es, por el contrario, el pasaje de la sustancia a la esencia”.

A los sacerdotes de Olimpia: “Los dioses no necesitan sacrificios. ¿Qué se debe hacer, entonces, para agradecerles? Si no me equivoco, hay que adquirir la divina sabiduría y prestar servicio, cuanto sea posible, a quienes lo merecen. Eso es lo que agrada a los dioses. Incluso los impíos pueden hacer sacrificios”.

A los efesios del templo de Diana: “Habéis preservado los ritos de los sacrificios, con todo el fasto de la realeza. Como anfitriones y alegres comensales sois irreprochables. ¡Pero cuánto se os puede reprochar como vecinos de la diosa noche y día! ¿Acaso no salen de vuestro medio los estafadores, los bandi-

dos, los traficantes de esclavos, los hombres injustos e impíos? El templo es una guarida de ladrones”.

A los que se consideran sabios: “¿Vosotros decís que sois mis discípulos? Entonces agregad que permanecéis siempre en vuestros hogares, que nunca vais a las termas, que no matáis animales, que no coméis carne, que estáis libres de cualquier pasión, de la envidia, la malignidad, el odio, la calumnia, el resentimiento, en fin, que sois parte de los hombres libres. No hagáis como los que, mediante discursos engañosos, hacen creer que viven de una manera, cuando hacen todo lo contrario”.

A su hermano Hestio: “En todas partes me ven como un hombre divino. En ciertos lugares incluso me toman por un dios. En mi patria, por el contrario, hasta ahora soy un desconocido. ¿Debemos sorprendernos por eso? En cuanto a vosotros mismos, mis hermanos, puedo ver que aún no estáis convencidos de que yo sea superior a muchos hombres tanto en la palabra como en las costumbres. ¡Cuánto se han equivocado respecto de mi persona mis conciudadanos y mis parientes! ¡Ah! ¡Ese error me resulta muy doloroso! Sé cuán hermoso es considerar a la Tierra toda como patria, y a todos los hombres como amigos, porque todos descienden de Dios y son de una misma naturaleza, porque todos tienen por igual las mismas pasiones, y porque todos son hombres por igual, por más que hayan nacido griegos o bárbaros”.

En Catania, Sicilia, durante una instrucción impartida a sus discípulos, Apolonio se refirió al Etna: “Al escucharlos, bajo esta montaña gime encadenado algún gigante –Tifeo o Encélado–, que en su larga agonía vomita todo ese fuego. Convengo en que los gigantes existieron, porque en varios lugares las tumbas entreabiertas nos permitieron ver osamen-

tas de hombres de una talla extraordinaria, pero yo no podría admitir que hayan luchado contra los dioses; a lo sumo tal vez ultrajaron sus templos y sus estatuas. Con todo, decir y creer que subieron al cielo y expulsaron de él a los dioses me resulta insensato. Otra fábula, que parece menos irreverente para con los dioses, pero a la que tampoco debemos hacer caso, es aquella según la cual Vulcano tiene su fragua en las profundidades del Etna, y que desde allí hace sonar su yunque. En varios puntos de la Tierra hay otros volcanes, y a nadie se le ocurre decir que en cada uno de ellos hay otros tantos gigantes y Vulcanos”.

Tal vez algunos lectores consideren que hubiera sido más interesante que citáramos los prodigios de Apolonio, para comentarlos y explicarlos. No obstante, preferimos mostrar al filósofo y al sabio antes que al taumaturgo. Es posible aceptar o rechazar cuanto se quiera respecto de los hechos maravillosos que se le atribuyen, pero nos parece difícil que un hombre que dice estas cosas, que profesa y practica tales principios, sea un malabarista, un embustero o un poseído del demonio.

En cuanto a los prodigios, citaremos uno solo, que basta para dar fe de una de las facultades de que Apolonio se hallaba dotado.

Luego de un detallado relato del asesinato de Domiciano, Filóstrato agrega: “Mientras esos hechos ocurrían en Roma, Apolonio los veía en Éfeso. Domiciano fue atacado por Clemente alrededor del mediodía. Ese mismo día, a la misma hora, Apolonio disertaba en los jardines contiguos a los xistos. De repente, bajó un poco la voz, como si lo hubiera invadido un súbito temor. Continuó con el discurso, pero su lenguaje había perdido la fuerza habitual, como suele ocurrir a los que hablan pensando en otra cosa. Luego, se detuvo, a la manera

de los que pierden el hilo del discurso. Fijó en el suelo una mirada de espanto, dio tres o cuatro pasos adelante, y exclamó: ‘¡Muere el tirano! ¡Muere!’ Se podría decir que veía, no la imagen del hecho en un espejo, sino el hecho mismo en toda su realidad. Los efesios (porque todo Éfeso se hallaba presente en el discurso de Apolonio) quedaron atónitos. Apolonio se detuvo, a semejanza de un hombre que intenta confirmar el resultado de un acontecimiento dudoso. Por último, exclamó: ‘¡Valor, efesios! ¡El tirano fue asesinado hoy! ¡Qué digo hoy! ¡Por Minerva! ¡Acaba de ser asesinado, hace un instante, cuando me interrumpí!’ Los efesios creyeron que Apolonio había perdido el juicio. Deseaban intensamente que hubiera dicho la verdad, pero temían que de ese discurso resultara algún peligro para ellos. ‘No me asombra —dijo Apolonio— que no me creáis, porque ni la propia Roma en su totalidad lo sabe todavía. Pero lo sabrá. La noticia se propaga, y miles de ciudadanos ya la conocen. El doble de esos hombres, el cuádruple, el pueblo entero salta de alegría. La repercusión del hecho llegará hasta aquí. Con todo, hasta ese momento, podéis postergar el sacrificio que debéis ofrecer a los dioses por esa razón. En cuanto a mí, voy a agradecerles por lo que he visto’. Los efesios conservaron su incredulidad, pero pronto llegaron los mensajeros para anunciarles la buena nueva y dar testimonio a favor de la ciencia de Apolonio; porque el asesinato del tirano, así como el día y la hora en que ocurrió, el autor del crimen que Apolonio había alentado, todos esos detalles coincidían plenamente con los que los dioses le habían mostrado durante su discurso a los efesios”.

En esa época no hacía falta demasiado para que Apolonio fuera considerado un hombre divino. En la actualidad, nuestros científicos lo habrían tomado por visionario. Para noso-

tros, se hallaba dotado doble vista: facultad que el espiritismo explica. (Véase la teoría del sonambulismo y de la doble vista en *El libro de los Espíritus*, § 455.)

La muerte de Apolonio presentó otro prodigio. Una noche, ingresó en el templo de Dictina, en Linde, Creta, a pesar de los feroces canes que protegían la entrada, y que en vez de ladrarle se acercaron a él para acariciarlo. Por esa razón, acusado de mago, los guardias del templo lo detuvieron y lo mantuvieron encadenado. Con todo, esa misma noche, desapareció de la vista de los guardias sin dejar rastros y sin que pudieran encontrarlo. Entonces se escucharon voces de niñas que cantaban: “¡Dejad la Tierra! ¡Id al Cielo!”, como para instarlo a que se elevara hacia las regiones superiores.

Filóstrato concluye así el relato de su vida:

“Incluso después de su desaparición, Apolonio sostuvo la inmortalidad del alma y enseñó que es cierto lo que se dice al respecto. Había entonces, en Tiana, cierta cantidad de jóvenes amantes de su filosofía, y la mayoría de sus discusiones giraban en torno al alma. Uno de ellos no podía admitir que el alma fuera inmortal. ‘Hace diez meses –decía– que ruego a Apolonio para que me revele la verdad acerca de la inmortalidad del alma, pero él está tan muerto que mis plegarias son en vano, y ni siquiera se apareció para demostrarme que es inmortal’. Cinco días después, retomó ese tema con sus compañeros, y luego se durmió en el mismo lugar donde había ocurrido la discusión. De repente, dio un salto, como si fuera presa de un acceso de demencia: estaba medio dormido y bañado en sudor. ‘¡Te creo!’ –gritaba–. Sus camaradas le preguntaron qué le ocurría, a lo que respondió: ‘¿No veis al sabio Apolonio? Está aquí, con nosotros. Escucha nuestra discusión y recita melodiosos cánticos sobre el alma’. ‘—¿Dónde está? –dijeron

los otros—. Porque no lo vemos, y verlo sería una dicha que preferiríamos antes que todos los bienes de la Tierra'. —Al parecer, vino solo para mí. Vino a instruirme respecto de eso en lo que yo no creía. ¡Escuchad! Escuchad los cánticos divinos de Apolonio: *El alma es inmortal. El alma no es vuestra, sino de la Providencia. Cuando el cuerpo está agotado, a semejanza de un veloz mensajero que completa su carrera, el alma se lanza y se eleva en medio de los espacios etéreos, llena de desprecio por la triste y ruda esclavitud que ha padecido. Pero ¿qué os importan esas cosas! Las conoceréis cuando hayáis muerto. ¿Por qué intentáis penetrar esos misterios, si aún estáis entre los vivos?*' He aquí el oráculo tan claro que Apolonio dio acerca de los destinos del alma. Él ha querido que, mediante el conocimiento de nuestra naturaleza, avancemos con alegría hacia la meta que nos señalan las Parcas”.

La mayoría de los comentadores, cristianos o no, consideran que la aparición de Apolonio después de su muerte fue una alucinación, pues sostuvieron que la imaginación del joven había sido impresionada por su propio deseo de ver al sabio, razón por la cual creyó verlo. No obstante, la Iglesia siempre admitió ese tipo de apariciones, y cita muchos ejemplos que reconoce como auténticos. El espiritismo explica ese fenómeno sobre la base de las propiedades del periespíritu —la envoltura o cuerpo fluídico del Espíritu—, que mediante una especie de condensación adopta una apariencia visible y que, como sabemos, puede adoptar también una apariencia tangible. Sin el conocimiento de la ley constitutiva de los Espíritus, ese fenómeno resulta maravilloso. Una vez conocida dicha ley, lo maravilloso desaparece para dar lugar a un fenómeno natural. (Véase, en *El libro de los médiums*, la teoría de las manifestaciones visuales, capítulo VI.) Si se admitiera que ese joven

fue juguete de una ilusión, los negadores deberían explicar las palabras que le atribuye a Apolonio, palabras sublimes y completamente opuestas a las ideas que había sostenido un momento antes.

¿Qué le faltaba a Apolonio para ser cristiano? Muy poco, como vemos. ¡Dios no permita que establezcamos un paralelo entre él y Cristo! Lo que demuestra la incontestable superioridad de Cristo es la divinidad de su misión, es la revolución que en el mundo entero produjo la doctrina que predicaron él, humilde, y sus apóstoles, tan humildes como él. En cambio, la doctrina de Apolonio murió con él. Así pues, ¿sería una impiedad presentarlo como rival de Cristo! No obstante, si prestamos atención a lo que Apolonio refiere acerca del culto pagano, veremos que condena las formas supersticiosas y les asesta un terrible golpe, para sustituirlas por ideas más sanas. Si hubiera hablado de ese modo en la época de Sócrates, habría pagado con su vida —al igual que este último— por lo que se hubiese considerado una impiedad de su parte. Pero en la época de Apolonio las creencias paganas eran anticuadas, y él era escuchado. Con su moral, preparó a los paganos entre los que vivía, a fin de que estos recibieran con menos dificultad las ideas cristianas, para las cuales sirvió de transición. De tal modo, por nuestra parte, nos parece correcto afirmar que Apolonio se desempeñó como puente entre el paganismo y el cristianismo. En ese sentido, es probable que él también tuviera una misión. Los paganos pudieron escucharlo, pero no los judíos.

Respuesta del señor Dombre a *L'Abeille agenaise*

Leemos en *L'Abeille agenaise* [*La abeja agenesa*], del 25 de mayo de 1862, el siguiente artículo:

“Tenemos a la vista un escrito de una gracia encantadora, titulado *Entrevistas espíritas*. Su autor, el señor de Cazenove de Pradines, expresidente de la “Sociedad de Agricultura, Ciencias y Artes” de Agén, recientemente ha cedido al señor Magen el placer y el cuidado de leer ese escrito en nuestra Academia. De más está decir con cuánto interés fue acogida esa comunicación.

”El señor de Cazenove resume de este modo las doctrinas de la nueva secta, extrayéndolas de *El libro de los Espíritus*:

”1.º Los Espíritus de un orden elevado por lo general solo permanecen en la Tierra un período breve.

”2.º Los Espíritus vulgares son, por decirlo de algún modo, *sedentario* en ella, y constituyen la *masa* de la población ambiente del mundo invisible. Han conservado, en mayor o menor medida, los mismos gustos y las mismas inclinaciones que tenían en su envoltura corporal. Como no pueden satisfacer sus pasiones, disfrutan de los que se dejan excitar por ellos.

”3.º Solo los Espíritus inferiores extrañan los goces que se corresponden con la impureza de su naturaleza.

”4.º Los Espíritus no pueden degenerar. Pueden mantenerse estacionarios, pero no retroceden.

”5.º Todos los Espíritus llegarán a ser perfectos.

”6.º Los Espíritus imperfectos tratan de apoderarse del hombre, de dominarlo. Son dichosos cuando logran que sucumba.

”7.º Los Espíritus son atraídos en razón de su simpatía por la naturaleza moral del medio que los evoca. Los Espíritus inferiores suelen adoptar nombres venerables para inducir mejor a error.

”A partir de esos datos, el señor de Cazenove, con la finura y la sagacidad del talento que lo caracteriza, ha compuesto dos entrevistas en las que conecta los dos extremos del cuerpo social. A través del órgano de un (supuesto) médium, evoca por un lado a Espíritus inferiores, personificados en la figura de un célebre ladrón, como Cartouche, por ejemplo, y los incluye en un singular coloquio que demuestra la *perversidad* de semejante doctrina. Por otro lado, los Espíritus de un orden elevado se relacionan con los hombres de la época contemporánea. No cabe duda de que el contraste es picante, y nadie supo mostrar con más fidelidad, tacto y éxito, los elementos deplorables y decepcionantes que contiene la doctrina epicúrea, resumida en el Espíritu de Horacio y de Lucrecio.

”Lamentamos profundamente no poder mostrar por completo a nuestros lectores el trabajo del señor de Cazenove. Tenemos la certeza de que habrían aplaudido, no solo la forma irreprochable y por completo académica de ese escrito, sino también el alto contenido moral que lo caracteriza, pues condena sin vacilar un sistema repleto de seducciones y de verdaderos peligros”.

J. SERRET

Respuesta del señor Dombre

“Señor Redactor:

”He sido el primero en apreciar las finas y delicadas consideraciones presentadas por el señor de Cazenove de Pradines

respecto de la doctrina espírita. El escrito cuyo título es *Entrevistas espíritas*, que tengo en mi poder y que se menciona en vuestra estimable edición del domingo 25 de mayo, es en efecto de una gracia encantadora, y no desmiente el carácter sagaz del talento que distingue a su autor. Ese escrito es una flor cuyos brillantes colores admiro, y por el momento me abstendré de dañar su terciopelo siquiera con la menor palabra de una crítica indiscreta. No obstante, vuestro entusiasmo por esos diálogos picantes, más ingeniosos que ofensivos para la doctrina, os indujo a enunciar errores que todo buen espírita, y yo principalmente, tiene la obligación de señalarlos.

”En primer lugar, debo decir que las citas escogidas aquí y allá en *El libro de los Espíritus* fueron agrupadas hábilmente a fin de presentar la doctrina con un aspecto desfavorable. No obstante, todo hombre prudente y de buena fe querrá leer *El libro de los Espíritus* en su totalidad y meditar acerca de su contenido.

”1.º Habláis de las *doctrinas de la nueva secta*. Permitidme deciros que el espiritismo no es una religión ni una secta. El espiritismo es una enseñanza impartida a los hombres por los Espíritus que pueblan el espacio y que no son sino las almas de los que han vivido en la Tierra. Sufrimos la influencia de los Espíritus en todo momento, aunque no lo sepamos. Ellos constituyen una potencia de la naturaleza, como la electricidad, aunque desde otro punto de vista. Su existencia y su presencia se constatan mediante hechos evidentes y palpables.

”2.º Os referís a la *perversidad de semejante doctrina*. ¡Prestad atención! El espiritismo no es sino el cristianismo en su mayor pureza. El único lema inscripto en su bandera dice: *Amor y Caridad*. ¿Es eso una perversidad?

”3.º Por último, habláis de un *sistema repleto de seducciones y de verdaderos peligros*. Así es, el espiritismo está repleto de seducciones y de atractivos, porque es bello, grande, justo, consolador y digno, en todo sentido, de la perfección de Dios. ¿Dónde están sus peligros? En vano se los busca en la práctica del espiritismo. En esa práctica solo se encuentra consuelo y mejoramiento moral. Preguntad en París, en Lyon, en Burdeos, en Metz, etc., cuál es el efecto que esta nueva creencia produce en las masas. En Lyon, sobre todo, os dirán cuál es la fuente de la que los obreros sin trabajo extraen la resignación y la fuerza para soportar privaciones de todo tipo.

”Desconozco si los librereros de Agen ya se han provisto de estos libros: *¿Qué es el espiritismo?*, *El libro de los Espíritus* y *El libro de los médiums*; pero deseo de todo corazón que vuestra breve reseña llame la atención de los indiferentes, promueva la búsqueda de esas obras y la formación de un núcleo espírita en la cabecera de nuestro departamento. Esta doctrina, destinada a regenerar el mundo, avanza a pasos agigantados. ¿Sería Agen una de las últimas ciudades en las que el espiritismo obtuviera derecho de ciudadanía? Considero que vuestro breve artículo es como una piedra que aportáis al edificio, y una vez más admiro los medios que Dios emplea para alcanzar sus fines.

”Vuestra imparcialidad y vuestro deseo de llegar a la verdad mediante la discusión constituyen para mí una garantía de que incluiréis en las columnas de vuestro periódico mi carta en respuesta a vuestro artículo del 25 de mayo.

”Reciba, etc.”

DOMBRE (de Marmande)

En respuesta a esta carta, el Redactor se limita, en la edición del 1.º de junio, a decir esto:

“El señor Dombre nos escribe desde Marmande acerca de nuestras reflexiones sobre *El libro de los Espíritus* y los diálogos que ese libro sugirió al honorable señor de Cazenove de Pradines. Esa *nueva enseñanza*, como tiene a bien denominarla el señor Dombre, no cuenta para nosotros con el mismo valor y el mismo prestigio que parece ejercer sobre nuestro culto corresponsal.

(El señor Dombre había enviado a ese periódico varias poesías y otros escritos.)⁵⁴

”Respetamos las convicciones de nuestros contradictores, aun cuando aquellas se basen en principios erróneos, pero consideramos que —a pesar de la leal y sincera defensa que el señor Dombre emprende respecto de esa doctrina— nuestro deber consiste en mantener la expresión de un sentimiento acerca de un sistema que se halla completamente alejado de los caminos de la verdad.

”Por consiguiente, *L’Abeille agenaise* no podría apoyar la propaganda de ideas esencialmente peligrosas, y el señor Dombre comprenderá nuestro pesar por el hecho de no asociarnos a la manifestación de sus deseos”.

J. SERRET.

54. Algunas poesías del señor C. Dombre —presidente de la Sociedad Espírita de Marmande, y miembro honorario de la Sociedad Espírita de París—, fueron publicadas en la *Revista Espírita* (noviembre y diciembre de 1861, febrero y octubre de 1862, noviembre de 1865 y octubre de 1869). (N. del T.)

Observación: Reservarse el derecho de atacar, sin admitir la respuesta, constituye una manera cómoda de tener razón. Resta saber si es también la manera de llegar a la verdad. Si una doctrina cuya base fundamental es la caridad y el amor al prójimo, una doctrina que hace que los hombres sean mejores y que renuncien a las costumbres propias del desorden, que imparte la fe a los que no creían en nada, que hace orar a los que ya no oraban, que restablece la unión en las familias divididas, que impide el suicidio; si una doctrina como esa —decimos— es perversa, ¿qué serán las incapaces de producir tales resultados? El señor Serret teme contribuir a la propagación del espiritismo mediante una polémica, razón por la cual prefiere hablar solo. ¡Bien! Que hable solo cuanto quiera, pues el resultado no será inferior al que se obtuvo en todas partes: llamar la atención y reunir partidarios para la doctrina.

A. K.

Miembros honorarios de la Sociedad de París

La Sociedad Espírita de París, a fin de dar testimonio de su afecto y su gratitud a las personas que prestan servicios relevantes y efectivos para la causa del espiritismo, por su fervor, dedicación y desinterés, y porque si es necesario llegan a sacrificarse, les confiere el título de *miembro honorario*. De tal modo, la Sociedad se complace en reconocer el auxilio a la obra común por parte de los jefes y los fundadores de las sociedades y los grupos que enarbolan el mismo estandarte

y son dirigidos conforme a los principios del espiritismo serio, *con miras a obtener resultados morales*. Los motivos que la guían son los actos, más que las palabras. La Sociedad de París cuenta con tales miembros no solo en varias ciudades de Francia y de Argelia, sino también en los países extranjeros: Italia, España, Austria, Polonia, Constantinopla, América, etc.

El señor Dombre, de Marmande, desde que se inició en el espiritismo, no ha dejado de propagarlo y defenderlo abiertamente, razón por la cual merecía esa distinción. Al anunciarle su nominación, le habíamos solicitado que nos autorizara a publicar su carta al padre F... (Véase el artículo del mes precedente: *Carta a un predicador*). La respuesta merece ser transcripta, pues muestra de qué manera algunos adeptos comprenden su rol.

“Marmande, 10 de agosto de 1862.

”Señor Allan Kardec:

”Acepto con gratitud el título de miembro honorario de la Sociedad Espírita de París. Para responder a esa distinción, que obliga, así como al testimonio de afecto por parte de los miembros de la Sociedad que ha tenido a bien conferirme dicho título, siempre y en todas partes haré el esfuerzo de contribuir, en la medida de mis posibilidades, a la propagación de una doctrina que constituye mi felicidad en este mundo, y que también, en un tiempo más o menos lejano, constituirá la felicidad de los que todavía pretenden cubrir sus ojos con la venda de la incredulidad.

”No veo ningún obstáculo, ningún inconveniente para que se publiquen mi respuesta al director de *L'Abeille agenaise* y mi carta al padre F..., firmada por *Un católico*. Considero que ningún lector de la *Revista* pensará que el autor de dicha

carta pretendió ocultarse con el velo del anonimato, pues la vergüenza no me domina. Me río de los que se ríen, pues estoy en lo cierto. Todo buen espírita debe, mediante el ejemplo, dar fuerza a los adeptos tímidos, y enseñarles a portar alto y firme el estandarte de su creencia.

”Señor, os ruego que presentéis mi sincero agradecimiento a la honorable Sociedad de la que me congratula formar parte en la actualidad, y recibid, etc.”

DOMBRE, *propietario.*

El miedo al *qué dirán*, en lo que respecta al espiritismo, ha disminuido considerablemente en la actualidad, y el número de los que ocultan su opinión es muy escaso. Apenas se reduce a los que temen perder una posición que les permite ganarse la vida, y entre ellos hay muchos más sacerdotes de lo que se supone. Personalmente, conocemos más de cien. No obstante, aparte de ellos, en todas las posiciones sociales, entre los funcionarios públicos, los oficiales de todos los rangos, los médicos, etc., registramos una infinidad de personas que hace apenas un año no se confesaban espíritas, y que hoy se congratulan de serlo. Ese coraje de opinar, que desafía a la burla, en primer lugar infunde valor a los tímidos, y en segundo lugar muestra que la cantidad de adeptos es mayor de lo que se supone. Por último, impone silencio a los burlones, que se sorprenden al escuchar por doquier la palabra espiritismo, y dicha por personas frente a las que se piensa dos veces antes de mofarse de ellas. También registramos que los burlones han bajado el tono considerablemente desde hace algún tiempo. Algunos años más como los que acaban de transcurrir, y su rol

habrá concluido, porque en todas partes se verán desbordados por la opinión.

El señor Dombre no solo tiene el coraje de opinar, sino también el de actuar. Se mantiene en la brecha resueltamente y desafía a los adversarios para que discutan con él. Ante eso, un periodista desiste con una negativa que delata su debilidad; y un predicador, al que se le ofrece una gran oportunidad de hacer valer sus argumentos y dar un mazazo a la doctrina, se retira diciendo que no tiene tiempo de responder. ¿Acaso esto no significa abandonar el campo de batalla? Si el predicador estaba seguro de sí mismo, si la religión era puesta en tela de juicio, ¿por qué no se quedó para derribar a su antagonista? En tal caso, abandonar la partida significa perderla. Un predicador cuenta con una inmensa ventaja sobre un abogado, pues habla sin que lo contradigan; puede decir todo lo que quiera, sin que nadie lo refute. A lo que parece, los adversarios del espiritismo entienden la controversia de tal modo.

El señor Dombre no es el único que ha sabido hacer frente a la tempestad. Burdeos, Lyon y muchas otras ciudades menos importantes, e incluso simples aldeas, nos han dado numerosos ejemplos de ello, que se multiplican a diario. Dondequiera que los adeptos demostraron firmeza y energía, los antagonistas moderaron su jactancia.

Hasta el momento, ese coraje de opinar y de actuar se ha encontrado mucho más en las clases medias y oscuras que en las clases altas. No obstante, si un hombre cuyo nombre es conocido, justamente estimado y honrado, influyente por sus talentos, su posición o su categoría, abraza un día la causa del espiritismo y enarbola abiertamente su estandarte, ¿quién se atreverá a tratar de loco a aquel cuyo talento y genio han sido exaltados? ¿Acaso su voz no impondrá silencio a los clamo-

res de la incredulidad? ¡Pues bien! Ese hombre surgirá, os lo aseguro. Al escucharlo, los disidentes se unirán para ceder a la influencia de su autoridad moral. Él también tendrá su misión, una misión providencial, como la de todos los hombres que hacen avanzar a la humanidad; una misión general, como muchas otras que son particulares y locales. Estas últimas, aunque más modestas, no dejan de tener una utilidad relativa, porque preparan el camino. Entonces, el espiritismo ingresará a toda vela en las costumbres y las modificará profundamente, porque las ideas serán diferentes respecto de todas las cosas. Nosotros sembramos, pero él cosechará; o mejor dicho, ellos cosecharán, porque otros seguirán sus huellas. Espíritas, sembrad, ¡sembrad mucho!, para que la cosecha sea más abundante y fácil. El pasado es el garante de vuestro porvenir.

Lo que debe ser la historia del espiritismo

Respecto de esa historia, acerca de la cual ya hemos dicho algunas palabras⁵⁵, varias personas nos consultaron para saber cuáles acontecimientos comprendería, y a tal fin nos enviaron diversos relatos de manifestaciones. A los que pensaron que de ese modo aportarían una piedra al edificio, les agradecemos la intención, pero les diremos que se trata de algo más serio que un catálogo de fenómenos espíritas que se puede encontrar en muchas obras. Dado que el espiritismo debe ocupar un lugar en los fastos de la humanidad, para las generaciones futuras será interesante conocer los medios por los que llegará a establecer-

55. Véanse, en este Volumen, las páginas 50, 265, 292, 409 y 433. (N. del T.)

se. Así pues, será la historia de las peripecias que hayan caracterizado sus primeros pasos, de las luchas que haya sufrido, de los obstáculos que se le hayan presentado, así como de su marcha progresiva en el mundo entero. El mérito auténtico es modesto y no pretende hacerse valer. Es necesario que la posteridad conozca los nombres de los primeros pioneros de la obra, los nombres de aquellos cuya devoción y abnegación merezcan registrarse en sus anales; de las ciudades que hayan marchado en primera fila; de los que hayan sufrido por la causa, a fin de que se los bendiga, y también de los que hayan hecho sufrir, para que se ore con miras a que sean perdonados; en una palabra, de sus verdaderos amigos y de sus enemigos confesos u ocultos. Es necesario que la intriga y la ambición no usurpen el lugar que no les pertenece, y que no se les brinde un reconocimiento ni honores que no se merecen. Si llega a haber algunos Judas, es necesario que sean desenmascarados. Una parte de esa historia, que no será la menos interesante, contendrá las revelaciones que anunciaron sucesivamente las fases de esta nueva era, así como los acontecimientos de todo tipo que las acompañaron.

A los que consideren que esta tarea es presuntuosa, les diremos que nuestro único mérito radica en poseer —debido a la posición excepcional que ocupamos— documentos que nadie posee, y que se hallan al abrigo de cualquier eventualidad. Dado que el espiritismo está llamado a desempeñar un gran papel en la historia, es importante que ese papel no sea desnaturalizado, y oponer una historia auténtica a las historias apócrifas que el interés personal podría llegar a escribir.

¿Cuándo aparecerá esa historia? No será tan pronto, y es probable que tampoco durante nuestra vida, porque no está destinada a satisfacer la curiosidad del momento. Nos referimos a ella por anticipado para que nadie se equivoque

respecto de su objetivo, y para que quede registrada nuestra intención. Por otra parte, el espiritismo se encuentra en su inicio, y ocurrirán muchas otras cosas hasta entonces. También, es necesario aguardar a que cada uno haya ocupado en ella el lugar que le corresponde, bueno o malo.

Arsène Gautier

El recuerdo de un Espíritu

La señora S..., de Cherburgo, nos remite el siguiente relato:

Un marinero de la marina de guerra, llamado Arsène Gautier, regresó a Cherburgo, hace quince o dieciséis años, muy enfermo debido a las fiebres que había contraído en las costas de África. Fue de visita a casa de uno de mis yernos, que sabía ser amigo de su hermano, un capitán de la marina mercante que arribaría a ese puerto próximamente. Lo recibimos bien y, como estaba enfermo, mi hija J..., que entonces tenía catorce o quince años, me pidió que lo llamáramos para que entrase en calor junto a nuestro hogar, y para que tomara una tisana, pues no podía hacerlo en su albergue, y hasta que su hermano llegara. Esa niña le dedicó cuidados compasivos. Él murió al llegar a su casa, y después de un tiempo todos olvidamos lo ocurrido. Ni siquiera su nombre, firmado al principio de la comunicación espontánea que recibimos el 8 de marzo último a través de mi hija J..., que actualmente es médium, hizo que lo recordáramos. Solamente lo reconocimos a partir de los detalles en los que entró. Se trataba de un hombre cuya in-

teligencia era muy limitada, y su vida había sido muy penosa. Privado del afecto de los suyos, se había resignado a todo. Esta es su comunicación:

”*Arsène Gautier*. Me has olvidado hace mucho tiempo, amiga mía, pero yo no te he perdido de vista desde que dejé la Tierra, pues eres la única persona, el único Espíritu cariñoso que conocí en ese mundo de dolor. Te amé con todas mis fuerzas cuando no eras más que una niña y solo me ofrecías un sentimiento de piedad a causa de la terrible enfermedad que habría de llevarme. Soy feliz... Esa existencia era la primera que Dios me había dado. Como mi Espíritu todavía era tan nuevo y no conocía a ningún otro Espíritu, me apegué demasiado a ti. Soy feliz y estoy listo para volver a la Tierra, y de ese modo avanzar hacia el Señor. Tengo esperanza en el corazón. El camino, tan difícil para algunos, me parece amplio y fácil. ¡Un buen comienzo, como el de mi existencia pasada, es un estímulo tan grande! Dios me ayudará. Tú orarás también por mí, para que mi prueba tan próxima me resulte provechosa como la anterior. ¡Ah! No estoy adelantado, pero llegaré”.

Nosotras todavía no teníamos la menor idea de la identidad del Espíritu que se comunicaba, y nos preguntábamos quién podía ser. El Espíritu respondió:

”Soy hermano de un excapitán de Nantes, que era amigo de uno de vuestros familiares”.

Esa respuesta nos dio una pista, y el Espíritu continuó:

“Gracias por acordarte de mí. Solo lamento una cosa al entrever mi próxima prueba: estar separado de ti por algún tiempo. Adiós, te amo mucho”.

ARSÈNE GAUTIER

Observación: Tras leer esta comunicación en la Sociedad de París, preguntamos a uno de nuestros guías espirituales si era posible que la encarnación de ese Espíritu hubiera sido, como él decía, su primera encarnación. Esto respondió:

“Su primera encarnación en la Tierra, es posible. Pero como Espíritu, eso no puede ser. En sus primeras encarnaciones, los Espíritus se hallan en un estado casi inconsciente; y este, aunque poco adelantado, ya está lejos de su origen. No obstante, es uno de esos Espíritus buenos que han seguido el camino del bien. Su adelanto será rápido, porque apenas tendrá que despojarse de su ignorancia, sin luchar contra las malas inclinaciones de los que han seguido el camino del mal”.

¿Puede un Espíritu retroceder ante una prueba?

Una señora amiga nuestra nos escribe lo que sigue:

“Mi hija recibió un día la siguiente comunicación espontánea de un Espíritu que comenzó firmando *Euphrosine Bretel*. Como no conocíamos a nadie con ese nombre, preguntamos: ‘¿Quién eres?’. Respuesta: ‘Soy un pobre Espíritu que sufre. Necesito oraciones. Me dirijo a ti porque me conociste cuando yo era apenas una niña’.

”Pensamos... y entonces yo creí recordar que ese apellido era el de una niñita de nueve o diez años que se encontraba en el mismo internado que mi hija y que se había enfermado poco antes de que esta llegara. Su padre pasó a buscarla en coche, y las niñas conservaron el recuerdo de esa enfermita gi-

miente toda envuelta en mantas. Murió al llegar a su casa. La madre, en su desesperación, la siguió poco después. El padre se quedó ciego de tanto llorar y murió ese mismo año. Cuando creímos haber reconocido el nombre, el Espíritu escribió de inmediato:

” ‘Sí, soy yo. Mi última existencia debía ser una terrible prueba, pero retrocedí cobardemente, y sufro desde entonces. Te ruego que le pidas a Dios que me conceda la gracia de una nueva prueba. Por más dura que sea, me someteré a ella. ¡Soy tan infeliz! Amo a mi padre y a mi madre, pero ellos me tienen horror. Huyen de mí, y ese es mi castigo: buscarlos incesantemente y ver que me rechazan. Acudo a ti porque mi recuerdo no se ha borrado por completo de tu memoria, y porque eres la *única*, entre todos los que pueden orar en particular por mí, que conoce el espiritismo. Adiós, no me olvides, pronto volveremos a vernos’.

”En ese momento, mi hija le preguntó, en tono de broma: ‘Entonces, ¿me moriré pronto?’ El Espíritu respondió: ‘El tiempo, que para vosotros es prolongado, para nosotros no tiene medida’.

”Más tarde, verificamos su nombre y apellido, que son absolutamente correctos. Y ahora me pregunto si es posible que un Espíritu encarnado pueda retroceder ante una prueba ya comenzada”.

A esta pregunta respondemos: Sí, los Espíritus retroceden a menudo ante las pruebas que han elegido, pero ante las cuales no solo no tienen valor para soportarlas, sino tampoco para hacerles frente cuando ven que llega el momento. Esa es la causa de la mayoría de los suicidios. Retroceden también cuando murmuran y se desesperan, en cuyo caso pierden el beneficio de la prueba. Por eso el espiritismo, que nos permite

conocer la causa, el objetivo y las consecuencias de las tribulaciones de la vida, brinda a la vez tanto consuelo y valor, y aparta de nosotros la idea de abreviar nuestros días. ¿Cuál otra filosofía produjo en los hombres un resultado semejante?

Respuesta a una pregunta mental

Un muy buen médium de Maine-et-Loire, al que conocemos personalmente, nos escribe lo que sigue:

“Uno de nuestros amigos, un hombre de los menos creyentes, pero que tiene un gran deseo de instruirse, nos preguntó un día si él podría evocar a un Espíritu sin nombrarlo, y si ese Espíritu podría responder las preguntas que le formulara con el pensamiento, sin que el médium las conociera en lo más mínimo. Le respondimos que eso es posible cuando el Espíritu está de acuerdo, cosa que no siempre ocurre. Al respecto, por mi intermedio obtuve la siguiente respuesta:

” No puedo responder tu pregunta, porque Dios no lo permite. Con todo, puedo decirte que sufro. Siento un dolor generalizado en todos los miembros, lo cual debe de sorprenderte, ya que después de la muerte el cuerpo se pudre en la tierra. Pero nosotros tenemos otro cuerpo, espiritual, que no muere, y por eso sufrimos como si tuviéramos nuestro *cuerpo corporal*. Sufro, pero espero no sufrir para siempre. Como hay que satisfacer a la justicia de Dios, es necesario resignarse en esta vida o en la otra. En la Tierra, no me privé lo suficiente, y eso me obliga a reparar el tiempo perdido. No me imites, porque prepararías para ti siglos de sufrimiento. Es algo serio

la eternidad, y lamentablemente no pensamos en ella tanto como se debería. ¡Cuán lamentable es olvidarse de un asunto tan importante como la salvación! ¡Piensa en eso!

Tu antiguo cura, A... T...

”Ese era el cura al que nuestro amigo pretendía evocar, y estas son las tres preguntas que quería formularle:

”—¿Qué debemos pensar acerca de la divinidad de Jesucristo?

”—El alma, ¿es inmortal?

”—¿Qué medios debemos emplear para expiar las faltas y evitar el castigo?

”Nosotros habíamos reconocido a nuestro antiguo cura por su estilo. Las palabras *cuerpo corporal*, sobre todo, demuestran que es el Espíritu de un buen cura rural, cuya educación pudo haber dejado algo que desear.

Observación. Las respuestas a las preguntas mentales son hechos muy comunes, tanto más interesantes de observar cuanto que para el incrédulo de buena fe resultan una de las pruebas más concluyentes de la intervención de una inteligencia oculta. No obstante, al igual que la mayoría de los fenómenos espíritas, es raro que se obtengan a voluntad, ya que se producen espontáneamente a cada instante. En el caso que nos ocupa, el Espíritu quiso prestarse a ello, lo cual es muy raro, porque —como sabemos— a los Espíritus no les agrada que se les formulen preguntas por curiosidad o para probarlos. Solo aceptan cuando ven que la cuestión es útil, y a menudo no la consideran como nosotros. Como no se someten al capricho de los hombres, es necesario aguardar a que ellos

mismos produzcan los fenómenos, en caso de que quieran y puedan hacerlo. Por decirlo de algún modo, es necesario captarlos al vuelo y no provocarlos. Para eso se requiere paciencia y perseverancia, y en esto los Espíritus reconocen a los observadores serios y realmente deseosos de instruirse. Se preocupan muy poco por las personas superficiales que suponen que les basta con pedir algo para que los atiendan al instante.

POESÍAS ESPÍRITAS

El niño y el ateo⁵⁶

(Sociedad Espírita Africana. Médium: Señorita O...)

Un hombre culto, que ateo se proclamaba,
con un jovencito iba de paseo cierto día
junto a un arroyo cuya margen arbolada
de un ardiente sol los protegía.

Al ver corriendo el agua transparente,
dijo al niño su erudito compañero:
“¿Adónde crees que la rápida corriente,
llegará cuando deje este valle señero?”

“Yo creo –dijo el niño– que un lago tranquilo
el tributo de sus aguas recibirá,
y que al final de su penoso camino

56. Véase, en el número precedente, la nota acerca de *El ángel de la guarda*.
(N. de Allan Kardec.)

todos los arroyos así terminarán.”

“¡Pobre niño! —dijo riendo el maestro—.

”En cuán grave error se hunde tu alma.

”Debes aprender, debes conocer, por cierto,
de qué modo en este mundo todo acaba.

”Cuando se aleja el arroyo de su fuente,

”en la que nacen sus aguas todos los días,

”lo hacen para dirigirse, finalmente,

”al seno de los mares, para siempre perdidas.

”De nosotros mismos es esa una imagen.

”Cuando dejamos de este mundo la estrada,

”hemos terminado nuestro corto pasaje,

”y entonces retornamos a la nada.”

“¡Dios mío! —dijo el niño con voz desconsolada—

”¿Es eso cierto? ¿Será esa nuestra suerte?

”¿Acaso será que de mi madrecita amada

”habré perdido todo, el día de su muerte?

”Pero yo suponía que su alma querida

”podría seguir cuidando mi niñez,

”aliviarme las congojas de la vida,

”y junto al Omnipotente encontrarnos después.”

“Siempre guardad esa tierna creencia”

—le susurró su ángel protector, con bondad—.

“Sí, querido niño, guardad la esperanza,

pues sin ella en la Tierra no hay felicidad.”

El tiempo corrió; pasaron los años,
nuestro erudito a su fin llegaría;
y siempre fiel a sus locos engaños,
murió diciendo que Dios no existía.

El niño también vio llegar la senectud,
y sin temor alguno recibió a la muerte,
pues con la misma fe de la juventud,
en las manos del Eterno dejó su suerte.

Mirad, mirad esa multitud apresurada,
que deja el Cielo y acude para recibir,
con Espíritus puros en la compañía sagrada,
al hermano exiliado que volverán a ver.

Pero ¿de quién es aquella alma abandonada
que ocultarse de todos parece querer?
Del desdichado erudito es el alma desolada
que observa esa dicha y no lo puede creer.

¡Cuán amarga su condena resultó,
cuando el Dios al que quiso desafiar,
como un juez severo ante él se presentó
en su sublime majestad.

¡Oh! ¡Cuántas lágrimas de pesar y destemplanza
a ese Espíritu orgulloso quebrantaban!
A él, que antaño se reía de aquella esperanza
que el pobre niño más allá del féretro buscaba.

Pero como del Señor la bondad paternal
no quiere para siempre castigar;
muy pronto aquella alma inmortal
a la Tierra debió regresar.

Después, una vez purificada
alzando el vuelo hacia los Cielos,
plena de felicidad irá esa alma
para sentarse a los pies del Eterno.

Firmado: DUCIS

* * *

La calabaza y la sensitiva

“—¿Cuál es tu régimen, oh pobre sensitiva?
—preguntaba una calabaza a la frágil flor—
Pues te quedas así, lánguida y caída.
¡Te lo digo con dolor!
La sensibilidad te pierde, te marchitas;
y habrás muerto al finalizar la temporada.
Cuando en el horizonte el sol se apaga,
veo replegarse tus finas hojitas:
un funesto estremecimiento
recorre tu tallo con solo un roce de la brisa;
cualquier contacto te pone en crisis.
¡Tu vida es un tormento!
¿Para qué tantos males y solicitud?
Sigue mi ejemplo de dulce quietud.
Lo que ocurre a mi alrededor
no puede causarme ningún temor.

Alimentarme bien es mi única inquietud.
Por otra parte, ¿qué le hacen a mi personalidad
los misterios del cielo? La luz del límpido día,
la oscura noche, el calor y el frío, el agua y la sequía,
me convienen todos por igual.
Es cierto que, a propósito de mi forma repleta,
a veces el satírico y maligno observador
murmura a mis espaldas: '¡La calabaza vegeta!'
Pero semejante trato no me causa dolor.
Me envuelvo risueña en mi lecho nutritivo,
orgullosa de extender en el suelo que oprimo,
con su vasta amplitud mi grueso vientre."
Le dice la pequeña flor: "Nuestros gustos son diferentes:
Tú solo quieres consagrar tu atención, tu vida entera,
al bienestar de la materia;
Pero yo procedo mejor, según creo, tú verás,
pues al abreviar mi existencia,
dedicada a la complacencia
del sentimiento y la inteligencia,
siempre habré vivido más".

DOMBRE (de Marmande)

DISERTACIONES ESPÍRITAS

El espiritismo y el Espíritu maligno

(Grupo de Saint-Gemme. Médium: señor C...)

Entre todas las actividades a las que se dedica la humanidad, son preferibles las que más aproximan a la criatura con

su Creador, las que día a día y en todo momento la ponen en condiciones de admirar la obra divina que ha salido y que sale incesantemente de sus manos todopoderosas. El deber del hombre consiste en prosternarse, en adorar continuamente a Aquel que le ha dado los medios para mejorarse como Espíritu, a fin de que alcance la felicidad suprema, que es el fin hacia el cual debe tender.

Si bien hay profesiones que, casi exclusivamente intelectuales, brindan al hombre los medios para elevar el nivel de su inteligencia, existe un peligro, un gran peligro, que acompaña ese beneficio. La historia de todos los tiempos muestra en qué consiste ese peligro y cuántos males puede engendrar. Vosotros estáis dotados de una inteligencia superior. En tal sentido, os halláis más cerca de la Divinidad que vuestros hermanos, ¡pero llegáis a negar esa Divinidad o la convertís en algo totalmente contrario a lo que es en realidad! No sería demasiado repetir, y no nos cansaremos de hacerlo, que el orgullo es el enemigo más encarnizado del género humano. Si tuvierais mil bocas, todas deberían repetir esto sin cesar.

Dios os ha creado a todos simples e ignorantes⁵⁷. Tratad de avanzar con la mayor seguridad posible. Eso depende de

57. Esta proposición, acerca del estado primitivo de las almas, formulada por primera vez en *El libro de los Espíritus*, se reitera actualmente en las comunicaciones que se reciben en todas partes. De tal modo, queda consagrada tanto por esa concordancia como por la lógica, porque ningún otro principio podría responder mejor a la justicia de Dios. Al conferir a todos los hombres un mismo punto de partida, Dios les ha conferido también la realización de la misma tarea para que alcancen el objetivo. La naturaleza no privilegia a nadie. Pero como tienen libre albedrío, algunos avanzan más rápido y otros más lento. Ese principio de justicia resulta inconciliable con la doctrina que reconoce la creación del alma al mismo tiempo que el cuerpo. Además, comporta la pluralidad de las

vosotros, pues Dios nunca deniega la gracia a quien se la pide de buena fe. Asimismo, todos los estados pueden llevaros al objetivo deseado, en caso de que os conduzcáis por la senda de la justicia, y si no hacéis que vuestra conciencia se someta a vuestros caprichos. No obstante, hay estados en los que resulta más difícil avanzar que en otros, por eso Dios tomará en cuenta a los que, habiendo aceptado como prueba una posición ambigua, hayan recorrido sin quejarse ese camino resbaloso, o que al menos hayan hecho todos los esfuerzos humanamente posibles para recuperarse.

En tales casos, se requiere una fe sincera, una fuerza poco común para resistir la incitación que llega desde afuera de la senda de justicia. Pero también ahí se puede hacer un bien inmenso a los hermanos desdichados. ¡Ah! ¡Cuánto mérito hay en el que cae en el lodazal sin que sus ropas ni él mismo se ensucien! ¡Hace falta que una llama muy pura brille en él! Pero también, ¡cuál no será la recompensa que habrá de recibir cuando salga de la vida terrenal!⁵⁸

Aquellos que se encuentren en una posición semejante, mediten bien estas palabras. Compenétrense del espíritu que

existencias, porque si el alma es anterior al cuerpo, significa que ya ha vivido. (N. de Allan Kardec.)

58. Resulta asombroso que algunos Espíritus elijan una encarnación en uno de esos medios en los que mantienen contacto incesante con la corrupción. Entre los que se encuentran en esas posiciones ínfimas de la sociedad, algunos las eligieron por gusto y para satisfacer sus inclinaciones innobles; otros, como una misión y un deber, para hacer el intento de retirar del fango a sus hermanos, así como para obtener más mérito en su propia lucha contra las incitaciones perniciosas, y su recompensa será en función de la dificultad vencida. Entre nosotros, son como el obrero que recibe su paga en proporción al peligro que corre en el ejercicio de su profesión. (N. de Allan Kardec.)

ellas contienen, y experimentarán en sí mismos una revolución benéfica que reemplazará las opresiones del egoísmo con los suaves desahogos del corazón.

¿Quién logrará que esos hombres, como dice el Evangelio, sean hombres nuevos?

Y para realizar ese gran milagro, ¿qué hace falta? Que ellos quieran poner su pensamiento en aquello en lo que están destinados a convertirse después de la muerte. Están convencidos de que mañana pueden dejar de existir. No obstante, asustados por el sombrío y desolador panorama de las penas eternas, en el que se niegan a creer por intuición, se dejan arrastrar por la corriente de la vida actual, por esa codicia febril que los lleva a acumular fortuna todo el tiempo y por todos los medios, permitidos o no. Arruinan sin piedad al pobre padre de familia, y prodigan en el vicio sumas que bastarían para que una ciudad entera viviera durante varios años. Apartan la mirada del momento fatal. ¡Ah! Si pudieran enfrentarlo cara a cara y a sangre fría, ¡cómo cambiarían de inmediato de conducta! ¡Cuán rápidamente devolverían a su legítimo propietario ese pedazo de pan negro que le quitaron cruelmente para aumentar, a precio de una injusticia, una fortuna construida con injusticias acumuladas! ¿Qué hace falta para eso? Que brille la luz espírita. Que se pueda decir, como un gran general decía respecto de una gran nación: *El espiritismo es como el sol: ¡ciego es quien no lo ve!* ¡Los hombres que se consideran cristianos y que rechazan el espiritismo están muy ciegos!

¿Cuál es la misión de la doctrina que la mano todopoderosa del Creador siembra en el mundo actualmente? La de conducir a los incrédulos hacia la fe, a los desesperados hacia la esperanza, a los egoístas hacia la caridad. Aquellos hombres se consideran cristianos, ¡pero imponen el anatema a la doctrina

de Jesucristo! Es cierto que ellos afirman que, quien acude a predicar esa doctrina en el mundo, para disfrazarse mejor, es el Espíritu maligno. ¡Pobres ciegos! ¡Pobres locos! ¡Quiera Dios, en su infinita bondad, poner término a vuestra ceguera y al mal que os obsesiona!

¿Quién os ha dicho que el que predica el espiritismo es el Espíritu del mal? ¿Quién? No lo sabéis. ¿Habéis pedido a Dios que os esclarezca al respecto? No. Y si lo hicisteis, teníais una idea preconcebida. ¡El Espíritu del mal! ¿Sabéis quién os ha dicho eso? Es el orgullo, es el propio Espíritu del mal, que os induce a que condenéis —¡qué cosa indignante!—, que condenéis —digo— al Espíritu de Dios, representado por los Espíritus buenos que Él envía al mundo para regenerarlo!

Examinad el asunto al menos y, siguiendo las reglas establecidas, condenad o absolved. ¡Ah! Si apenas os propusierais echar un vistazo a los resultados inevitables que deben conducir al triunfo del espiritismo. Si os propusierais ver que los hombres llegarán a considerarse hermanos, convencidos de que de un momento a otro Dios les pedirá cuenta de la manera como hayan cumplido la misión que les otorgó. Si os propusierais ver que en todas partes la caridad ocupará el lugar del egoísmo; y que el trabajo ocupará el lugar de la pereza; porque sabéis que el hombre ha nacido para el trabajo: Dios se lo impuso como una obligación de la que no puede sustraerse sin contravenir las órdenes divinas. Si os propusierais ver, por un lado, a esos desdichados que dicen: *Condenados en este mundo, condenados en el otro: seamos criminales y gocemos*; y por el otro, a esos hombres endurecidos, esos acaparadores de la fortuna de todos, que dicen: *El alma no es más que una palabra; Dios no existe; si no queda nada de nosotros después de la muerte, gocemos de la vida; el mundo está hecho de explota-*

dores y explotados; prefiero ser parte de los primeros que de los segundos; después de mí: ¡el diluvio! Si observarais a esos dos hombres, que personifican el bandidaje, el bandidaje de la buena compañía y el que conduce al presidio; si los vierais transformados por la creencia en la inmortalidad que el espiritismo les confirió, ¿os atreveríais a decir que eso es obra del Espíritu del mal?

Veo vuestro gesto de desdén, y os escucho decir: *Somos nosotros los que predicamos la inmortalidad, y tenemos crédito por eso. Siempre habrá más confianza en nosotros que en esos vanos soñadores que, si no son bribones, han imaginado que los muertos salen de sus tumbas para comunicarse con ellos.* A eso respondemos siempre lo mismo: examinad, y si os convencisteis de una vez por todas, lo cual no dejará de ocurrir si sois sinceros, en vez de maldecir, bendeciréis, pues esto, mucho más que aquello, debe ser parte de vuestras atribuciones conforme a la ley de Dios.

¡La ley de Dios! Vosotros os consideráis sus únicos depositarios, y ¿os asombráis de que otros tomen una iniciativa que, según creéis, solo os pertenece a vosotros? Pues bien, escuchad lo que los Espíritus enviados de Dios tienen para deciros:

“Vosotros, los que tomáis en serio vuestro ministerio, seréis bendecidos, porque habréis cumplido todas vuestras obras, no solo prescriptas sino también aconsejadas por el divino Maestro. Y vosotros, los que habéis considerado el sacerdocio como un medio de alcanzar fines humanos, no seréis maldecidos, a pesar de que maldijisteis a otros; pero Dios os reserva un castigo más justo.

”Llegará el día en que seréis obligados a explicaros públicamente acerca de los fenómenos espíritas, y ese día no está lejos. Entonces, os encontraréis en la necesidad de juzgar,

porque vosotros os habéis erigido en tribunal. ¿De juzgar a quién? Al propio Dios, porque nada ocurre sin su permiso.

”¡Ved a dónde os condujo el Espíritu del mal, es decir, el orgullo! En vez de inclinaros y adorar, os resistís a la voluntad de Aquel que es el único que tiene derecho a decir: *¡Quiero!* Pero vosotros afirmáis que el demonio es quien lo dice.

”Y ahora, si persistís en creer tan solo en las manifestaciones de los Espíritus malos, recordad las palabras del Maestro, al que acusaban de expulsar demonios en nombre de Belcebú: *Todo reino dividido contra sí mismo perecerá*”.

HIPPOLYTE FORTOUIL

El cuervo y la zorra⁵⁹

(Sociedad Espírita de París, 8 de agosto de 1862.

Médium: señor Leymarie.)

Desconfiad de los aduladores: es la raza mentirosa. Son las encarnaciones de dos caras que ríen para engañaros. Pobre de aquel que les crea y los escuche, porque las nociones de lo verdadero pronto se pervierten en ellos. No obstante, ¡cuántas personas se dejan atrapar por ese señuelo embustero de la adulación! Escuchan complacidos al hipócrita que elogia sus debilidades, a la vez que rechazan al amigo sincero que les dice la verdad y les da sabios consejos. Atraen al amigo falso, a la vez que apartan al amigo verdadero y desinteresado. Para complacerlos hay que adularlos, aprobarlos, aplaudirlos,

59. Véase esta fábula en Esopo y en La Fontaine. (N. del T.)

considerar que hacen todo bien, incluso lo absurdo. Además —¡cosa extraña!—, rechazarán opiniones sensatas y creerán una mentira del primero que aparezca, toda vez que esa mentira adule sus ideas. ¿Qué pretendéis? Quieren ser engañados, y lo son. Y suelen ver las consecuencias demasiado tarde, porque el mal ya está hecho y a veces no tiene remedio.

¿A qué se debe eso? Las causas de ese defecto casi siempre son múltiples. La primera, sin duda, es el orgullo que los enengeuce respecto de la infalibilidad de su propio mérito, al que consideran superior a cualquier otro, de modo que no les cuesta tomarlo como modelo de sentido común. La segunda, constituye una falta de juicio que no les permite ver el lado fuerte y el débil de las cosas. Con todo, también aquí, lo que anula el juicio es el orgullo, porque sin orgullo desconfiarían de sí mismos y se remitirían a los que cuentan con más experiencia. También debéis considerar que los Espíritus malos no siempre son ajenos a esto, pues les gusta mistificar, tender trampas, y ¿quién mejor que el orgulloso al que se adula podría caer en ellas? El orgullo es para esos Espíritus la ausencia de coraza en unos, como la codicia lo es en otros, y saben aprovecharse de eso con habilidad, pero evitan dirigirse a los que son más fuertes que ellos, moralmente hablando. ¿Deseáis apartaros de la influencia de los Espíritus malos? Subid, subid tan alto como podáis en virtudes, para que no puedan alcanzaros, y entonces os temerán. En cambio, si dejáis colgando el extremo de la cuerda, se aferrarán a ella para obligaros a bajar. Os llamarán con su voz melosa, alabarán vuestro plumaje, y entonces haréis como el cuervo que dejó caer el queso.

SONNET.

El estilo de las buenas comunicaciones

(Sociedad Espírita de París, 8 de agosto de 1862.

Médium: señor Leymarie.)

Buscad, en el discurso, la sobriedad y la concisión. Pocas palabras, muchas cosas. El lenguaje es como la armonía: cuanto más erudita queremos tornarla, menos melodiosa resulta. La verdadera ciencia es siempre la que impresiona, no a unos pocos sibaritas saciados, sino a la masa inteligente que desde hace tanto tiempo es desviada del camino de la auténtica belleza, que es el de la simplicidad. Conforme al ejemplo de su Maestro, los discípulos de Cristo habían adquirido ese profundo saber del bien decir, sobriamente, brevemente, y sus discursos se hallaban impregnados de esa gracia exquisita, de esa profundidad que, actualmente, en una época en la que todo miente alrededor nuestro, aún logran que las grandes voces de Cristo y de los apóstoles sean modelos inimitables de concisión y precisión.

Con todo, la verdad ha descendido de lo alto. Los Espíritus superiores vienen, como los apóstoles de los primeros días de la era cristiana, para enseñar y dirigir. *El libro de los Espíritus* es toda una revolución, porque está escrito brevemente, sobriamente: pocas palabras, muchas cosas. Nada de flores retóricas, de imágenes, sino tan solo ideas grandes y fuertes, que consuelan y fortalecen. Por eso agrada, y agrada porque se lo comprende fácilmente, lo cual constituye un sello de la superioridad de los Espíritus que lo han dictado.

¿Por qué se encuentran tantas comunicaciones procedentes de supuestos Espíritus superiores, llenas de sinsentidos, de frases infladas y floridas, en páginas enteras que no dicen nada? No os quepa duda de que no son Espíritus superiores, sino pseudosabios que pretenden deslumbrar reemplazando con palabras el vacío de las ideas, con oscuridad la profundidad de los pensamientos. Solo pueden seducir a los cerebros huecos como ellos, que confunden el oropel con el oro puro, y la belleza de una mujer con el brillo de sus adornos.

Así pues, desconfiad de los Espíritus verbosos, de lenguaje ampuloso y embrollado a tal punto que hace falta romperse la cabeza para comprenderlo. Reconoced la auténtica superioridad en el estilo conciso, claro e inteligible, sin esfuerzo de imaginación. No midáis la importancia de las comunicaciones por su extensión, sino por la suma de las ideas contenidas en el menor espacio. Para obtener el modelo de la superioridad real, contad las palabras y las ideas —me refiero a las ideas justas, sanas y lógicas—, y su comparación os brindará la medida exacta.

BARBARET (Espíritu familiar)

La razón y lo sobrenatural

(Sociedad Espírita de París. Médium: señor A. Didier.)

El hombre se encuentra limitado en su inteligencia y en sus sensaciones. No puede comprender más allá de ciertos límites, y entonces pronuncia esa palabra sacramental, que pone fin a todo: *sobrenatural*.

La palabra *sobrenatural*, en la ciencia nueva que estudiáis, es una palabra convencional. Existe para no expresar nada. En efecto, ¿qué quiere decir esa palabra? Fuera de la naturaleza; más allá de lo que conocemos. ¿Puede haber algo más insensato y absurdo que aplicar esa palabra a todo lo que está fuera de nuestro alcance? Para el hombre que piensa, la palabra *sobrenatural* no es definitiva; es vaga e induce a presentir. Conocemos esa frase banal del incrédulo por ignorancia: “Es sobrenatural. Ahora bien, la razón..., etc., etc.” ¿Qué es la razón? ¡Ah! Cuando la naturaleza se expande y obra como soberana para mostrarnos tesoros desconocidos, la razón se convierte en ese sentido irrazonable y absurdo, porque se resiste a pesar de los hechos. Ahora bien, si algo ocurre, es porque la naturaleza lo permite. La naturaleza tiene para nosotros algunas manifestaciones sublimes, sin duda, pero que son muy restringidas, si entramos en el dominio de lo desconocido. ¡Ah! Queréis hurgar la naturaleza. Queréis conocer la causa de las cosas, *causa rerum*, y ¿creéis que no hace falta dejar de lado vuestra razón banal? Pero estáis bromeando, señores. ¿Qué es la razón humana, sino la manera de pensar de vuestro mundo? Corréis de planeta en planeta, ¿y creéis que la razón debe acompañaros? No, señores. La única razón que debéis tener en medio de todos esos fenómenos es la sangre fría y la observación desde ese punto de vista, y no desde el de la incredulidad.

Recientemente hemos tratado temas muy serios, según recordaréis. Con todo, en medio de lo que decíamos, no concluimos que todo mal procedía de los hombres. Después de muchas luchas y discusiones, también acuden los buenos pensamientos, una fe nueva y nuevas esperanzas. El espiritismo, conforme os lo dije últimamente, es la luz que debe iluminar

a partir de ahora toda inteligencia que tienda al progreso. La plegaria será el único dogma y la única práctica del espiritismo, es decir, la armonía y la simplicidad. El arte será nuevo, porque será fecundo en ideas nuevas. Considerad que cualquier obra inspirada por una idea filosófico-religiosa es siempre una manifestación poderosa y sana. Cristo será siempre la humanidad, pero ya no la humanidad sufridora, sino la humanidad triunfante.

LAMENNAIS

* * *

ALLAN KARDEC



REVISTA ESPÍRITA

PERIÓDICO DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS

Año V

Número 11

Noviembre de 1862

Viaje espírita en 1862

Acabamos de visitar algunos de los centros espíritas de Francia, y lamentamos que el tiempo no nos haya permitido ir a otros lugares donde nos habían invitado, como tampoco prolongar nuestra estadía en cada localidad tanto como hubiéramos deseado, en razón de la muy simpática y fraternal acogida que recibimos en todas partes. Durante un viaje de más de seis semanas y un recorrido total de seiscientos noventa y tres leguas, nos detuvimos en veinte ciudades y asistimos a más de cincuenta reuniones. El resultado nos ha brindado una gran satisfacción moral en el doble sentido de las observaciones que hemos recogido y de la constatación de los inmensos progresos del espiritismo.

La crónica de este viaje, que abarca principalmente las instrucciones que impartimos en los diferentes grupos, es demasiado extensa para que se la incluya en la *Revista*, pues abarcaría cerca de dos entregas, de modo que la publicaremos

aparte, con el mismo formato que el periódico, para que se pueda anexas a este de ser necesario⁶⁰.

En nuestro camino, visitamos a los posesos de Morzine, en Saboya. Allí también recogimos observaciones importantes y muy instructivas respecto de las causas y la modalidad de la obsesión en todos sus grados, corroborados por los casos idénticos y aislados que presenciamos en otras localidades, así como sobre los medios de combatirla. Esto será objeto de un artículo especial y desarrollado, que nos habíamos propuesto incluir en este número de la *Revista*, pero no pudimos concluirlo a tiempo, de modo que nos vimos obligados a postergarlo para el próximo número. Por otra parte, no podrá más que ganar si es escrito con menos precipitación. Asimismo, varios hechos recientes esclarecieron esta cuestión, que abre un nuevo horizonte a la patología.

Ese artículo satisfará todas las demandas de información que se nos dirigen frecuentemente respecto de casos análogos.

Consideramos oportuno aprovechar esta circunstancia para rectificar una opinión que nos ha parecido bastante generalizada.

Muchas personas, sobre todo en las provincias, pensaban que los gastos de esos viajes eran cubiertos por la Sociedad de París. Debimos señalar ese error cuando se presentó la ocasión; y a quienes aún pudieran compartirlo, les recordaremos lo que hemos dicho en otra circunstancia (véase la *Revista Esprita* de junio de 1862, pág. 167): la Sociedad se limita a pro-

60. Opúsculo grande in-8°, formato y tipografía de la *Revista*. Precio: 1 franco; franqueo incluido para toda Francia (*en prensa*). (N. de Allan Kardec.) Véase la edición castellana *Viaje esprita en 1862*, Buenos Aires: CEA, 2017. (N. del T.)

veer a sus gastos corrientes, y carece de reservas; para que ella pudiera acumular un capital, debería dedicarse a incrementar el número de miembros, y es eso precisamente lo que no hace ni pretende hacer, porque la especulación no es su objetivo, y la cantidad de miembros no agrega nada a la importancia de sus trabajos. La influencia de la Sociedad es enteramente moral, lo cual caracteriza sus reuniones, que ofrecen a los extraños la idea de una asamblea grave y seria. Ahí radica su más poderoso medio de propaganda. La Sociedad no podría, pues, proveer a tales gastos. El coste de los viajes, así como el que se necesita para los vínculos que mantengo respecto al espiritismo, es cubierto con mis recursos personales y mis ahorros, acrecentados con el producto de mis libros, sin lo cual me sería imposible subvenir a todas las cargas derivadas de la obra que he emprendido. Digo esto sin vanidad, y únicamente para rendir homenaje a la verdad y para esclarecer a quienes se figuran que acumulo dinero.

A nuestros corresponsales

Es tanta la correspondencia que encontramos a nuestro regreso, que haría falta no menos de un mes entero para responderla, sin hacer nada más. Si consideramos que a diario llegan nuevas cartas, sin perjuicio de las ocupaciones habituales y estrictamente obligatorias, se comprenderá nuestra imposibilidad *material* de cumplir semejante tarea. Habíamos dicho, y lo reiteramos, que estamos lejos de quejarnos por la cantidad de cartas que nos escriben, toda vez que demuestran la inmensa propagación que alcanza la doctrina espírita,

así como el punto de vista moral y filosófico desde el cual se la considera actualmente dondequiera que se arraigue. Esas cartas constituyen valiosos archivos para el espiritismo. Con todo, una vez más nos vemos en la necesidad de rogar indulgencia para con nuestra demora en responder. Tan solo esa tarea absorbería el tiempo de dos personas, y yo estoy *solo*. De ahí resulta que muchas cosas quedan pendientes, y a eso se debe el retraso en la publicación de varias obras que habíamos anunciado.

Esperamos que llegue la época en que podamos contar con una colaboración permanente y asidua para que todo marche bien. Los Espíritus nos lo prometen. Entretanto, no tenemos alternativa: debemos descuidar la correspondencia o los otros trabajos, que se incrementan a medida que crece la doctrina.

Los misterios de la Torre San Miguel de Burdeos

Historia de una momia

En una de las criptas de la torre de San Miguel, en Burdeos, hay una cantidad de cadáveres momificados que no parecen tener más de dos o tres siglos de antigüedad, y que sin duda se encuentran en ese estado debido a la naturaleza del suelo. Son una de las curiosidades de la ciudad, y los extranjeros no dejan de visitarlos. Todos esos cuerpos tienen la piel completamente apergamizada, y la mayoría se encuentra en un estado de conservación que permite distinguir los rasgos faciales y la expresión de la fisonomía. Varios mantienen las

uñas con una frescura notable, y algunos conservan jirones de vestimenta e incluso finísimos encajes.

Entre esas momias, hay una que llama particularmente la atención. Corresponde a un hombre que, a juzgar por las contracciones de su cuerpo, del rostro y los brazos, llevados a la boca, no dejan lugar a duda respecto de su género de muerte. Es evidente que fue enterrado vivo y que murió en medio de las convulsiones de una terrible agonía.

Un nuevo periódico de Burdeos está publicando una novela en folletín titulada *Misterios de la torre San Miguel*. Apenas conocemos esa obra de nombre y por los grandes carteles fijados en los muros de la ciudad, en los que se representa la cripta de la torre. Ignoramos, pues, el espíritu con que ha sido concebida, ni la fuente en que el autor se basa para narrar los hechos. Lo que vamos a referir cuenta al menos con el mérito de no ser fruto de la imaginación humana, pues procede directamente de ultratumba, lo cual tal vez haga reír bastante al autor en cuestión. Sea como fuere, consideramos que ese relato es uno de los episodios más sobrecogedores de los dramas ocurridos en esa región. Será leído con mucho interés, y más aún por los espíritas, pues contiene una profunda enseñanza. Se trata de la historia de ese hombre que fue enterrado vivo y de otras dos personas relacionadas con él, obtenida en una serie de evocaciones realizadas en la Sociedad espírita de Saint-Jean d'Angély, durante el mes de agosto último, y que se nos comunicó cuando visitamos esa ciudad. En lo que concierne a la autenticidad de los hechos, nos referiremos a ella en la observación colocada al final del artículo.

(Saint-Jean d'Angély, 9 de agosto de 1862.
Médium: señor Del..., por tiptología.)

1. *Pregunta al guía protector:* ¿Podemos evocar al Espíritu que animó el cuerpo que se conserva en la cripta de la torre San Miguel de Burdeos, y que parece haber sido enterrado vivo?

Respuesta. Sí, y que eso sirva para vuestra instrucción.

2. *Evocación.* (El Espíritu manifiesta su presencia.)

3. ¿Podrías decirnos cuál fue vuestro nombre cuando animabais el cuerpo al que nos referimos?

R. Guillaume Remone.

4. Vuestra muerte, ¿ha sido una expiación o una prueba que habéis elegido con miras a vuestro adelanto?

R. ¡Dios mío! ¿Por qué, en tu bondad, me persigue tu sagrada justicia? Vosotros sabéis que la expiación siempre es obligatoria, y que quienes han cometido un crimen no pueden evitarla. Yo estaba en ese caso, y es todo lo que os diré. Después de sufrir mucho, llegué a reconocer mis errores, y experimento todo el arrepentimiento necesario para estar en gracia ante el Eterno.

5. ¿Podéis decirnos cuál fue vuestro crimen?

R. Asesiné a mi mujer en su cama.

(10 de agosto. Médium: señora Guérin, por escritura.)

6. Antes de vuestra reencarnación, cuando elegisteis vuestro género de prueba, ¿sabíais que os enterrarían vivo?

R. No; yo solo sabía que debía cometer un crimen odioso, que llenaría mi vida de ardientes remordimientos, y que ter-

minaría esa vida con dolores atroces. Pronto voy a reencarnar. Dios se apiadó de mi dolor y mi arrepentimiento.

Observación. Esta frase: *yo sabía que debía cometer un crimen odioso*, se explica más adelante, en las preguntas 30 y 31.

7. La justicia, ¿persiguió a alguien en ocasión de la muerte de vuestra mujer?

R. No; pensaron que fue una muerte súbita. Yo la había sofocado.

8. ¿Qué motivo os condujo a ese acto criminal?

R. Los celos.

9. ¿Fue por descuido que os enterraron vivió?

R. Sí.

10. ¿Recordáis el instante de vuestra muerte?

R. Es algo terrible, imposible de describir. Imaginad que estáis en una fosa con diez pies de tierra sobre vosotros, que queréis respirar y os falta el aire, que queréis gritar: “¡Estoy vivo!”, pero sentís la voz sofocada. Imaginad que vais a morir y no podéis pedir ayuda; que os sentís llenos de vida, pero sois tachados de la lista de los vivos; que tenéis sed, pero no podéis saciarla; que sentís el dolor del hambre y no podéis aliviarlo. Imaginad, en una palabra, que morís con una rabia de condenado.

11. En ese momento supremo, ¿pensasteis que ese era el comienzo de vuestro castigo?

R. No pensé en nada. Morí como un rabioso, chocándome con las paredes del ataúd, queriendo salir y vivir a toda costa.

Observación. Esta respuesta es lógica y queda justificada por las contorsiones en medio de las cuales, al examinar el cadáver, se nota que el individuo debió morir.

12. Vuestro Espíritu, una vez desprendido, ¿vio el cuerpo de Guillaume Remone?

R. Inmediatamente después de la muerte, todavía me veía en la tierra.

13. ¿Cuánto tiempo permanecisteis en ese estado, es decir, con vuestro Espíritu apegado al cuerpo, a pesar de que ya no lo animaba?

R. Entre quince y dieciocho días más o menos.

14. Cuando lograsteis dejar vuestro cuerpo, ¿dónde os encontrasteis?

R. Me vi rodeado de una infinidad de Espíritus como yo, llenos de dolor, que no se atrevían a elevar a Dios su corazón aún apegado a la Tierra, y sin la esperanza de recibir su perdón.

Observación. El Espíritu vinculado a su cuerpo, que todavía sufre las torturas de la hora de la muerte, y que luego se encuentra en medio de Espíritus sufridores, sin la esperanza de ser perdonado, ¿acaso no constituye el infierno, con su llanto y su crujir de dientes? ¿Sería necesario construir un horno con llamas y horquillas? Esta creencia en la perpetuidad de los padecimientos es, como sabemos, uno de los castigos que se infligen a los Espíritus culpables. Ese estado dura mientras el Espíritu no se arrepiente, y duraría para siempre si nunca se arrepintiera, porque Dios solo perdona al pecador arrepentido. A partir de que el arrepentimiento invade su corazón, un rayo de esperanza le permite vislumbrar la posibilidad de un término para sus males. Pero el arrepentimiento solo no alcanza, pues Dios quiere la expiación y la reparación. Median-

te las reencarnaciones sucesivas, Dios brinda a los Espíritus imperfectos la posibilidad de que mejoren. En la erraticidad, toman resoluciones que intentan ejecutar durante la vida corporal. De ese modo, en cada nueva existencia, al dejar algunas impurezas, llegan gradualmente a perfeccionarse y dan un paso adelante hacia la felicidad eterna. Así pues, la puerta de la felicidad nunca se les cierra, pero ellos la alcanzan en un tiempo más o menos prolongado, según su voluntad y el trabajo que realicen consigo mismos para merecerlo.

No es posible admitir la omnipotencia de Dios sin la presencia. En tal caso, nos preguntamos, ¿por qué razón Dios, puesto que sabe que al crear un alma esta habrá de fallar sin que pueda recuperarse, la sacó de la nada para condenarla a tormentos eternos? ¿Acaso se propuso crear almas desdichadas? Esta proposición es incompatible con la idea de bondad infinita que constituye uno de sus atributos esenciales. Hay dos posibilidades: Dios lo sabía o no lo sabía. Si no lo sabía, no es todopoderoso. Si lo sabía, no es justo ni bueno. Ahora bien, suprimir una pequeña parte de la infinitud de los atributos de Dios, implica negar la Divinidad. Por el contrario, todo se concilia si el Espíritu cuenta con la posibilidad de reparar sus faltas. Dios sabía que, en virtud de su libre albedrío, el Espíritu fallaría, pero también sabía que se recuperaría. Sabía que, al tomar el camino del mal, retrasaría su arribo a la meta, pero que la alcanzaría tarde o temprano. Para hacer que el Espíritu llegue más rápido, Dios multiplica las advertencias en su camino; si no las escucha, será más culpable y merecerá la prolongación de sus pruebas. ¿Cuál de estas dos doctrinas es la más racional?

A. K.

(11 de agosto.)

15. ¿Será que nuestras preguntas os resultan desagradables?

R. Me causan punzantes recuerdos. Pero ahora que obtuve la gracia con mi arrepentimiento, me alegra presentar mi vida como ejemplo, para prevenir a mis hermanos acerca de las pasiones que podrían arrastrarlos como a mí.

16. Vuestro género de muerte, comparado con el de vuestra mujer, nos lleva a suponer que se os ha aplicado la pena del talión, y que en vuestra persona se han cumplido estas palabras de Cristo: “El que mate a espada, perecerá por la espada”. ¿Queréis decirnos cómo sofocasteis a vuestra víctima?

R. En su cama, como he dicho, con dos almohadas, después de colocarle una mordaza para que no gritara.

17. ¿Gozabais de una buena reputación en el vecindario?

R. Sí; era pobre, pero honesto y estimado. Mi mujer también pertenecía a una familia honrada. Una noche, en que los celos me impedían dormir, vi que un hombre salía de su cuarto. Ciego de furia, sin saber lo que hacía, me torné culpable del crimen que os he revelado.

18. ¿Volvisteis a ver a vuestra mujer en el mundo espírita?

R. Ella fue el primer Espíritu que se me presentó, como para reprocharme el crimen. La he visto durante mucho tiempo, desdichada también. Solo después de que se decidió que yo reencarnaría, me libré de su presencia.

Observación. La vista incesante de las víctimas es uno de los castigos más ordinarios que se infligen a los Espíritus criminales. Los que se hallan inmersos en las tinieblas, lo cual es

muy frecuente, a menudo no pueden escapar de ellas. No ven nada, salvo lo que pueda recordarles su crimen.

19. ¿Le habéis pedido que os perdone?

R. No; nos rehuíamos uno al otro, a pesar de lo cual nos veíamos cara a cara para torturarnos recíprocamente.

20. No obstante, a partir del momento en que os arrepentisteis, ¿no fue necesario que le pidierais perdón?

R. A partir del momento en que me arrepentí, ya no la pude ver.

21. ¿Sabéis dónde se encuentra ella ahora?

R. No sé lo que ocurrió con ella, pero os resultará fácil informaros al respecto, a través de vuestro guía espiritual: san Juan Bautista.

22. ¿Cuáles han sido vuestros padecimientos como Espíritu?

R. Me encontraba rodeado de Espíritus desesperados. Yo mismo pensaba que nunca saldría de ese estado infeliz. Ninguna luz de esperanza brillaba en mi alma endurecida. La visión de mi víctima coronaba mi martirio.

23. ¿De qué modo alcanzasteis un estado mejor?

R. En medio de mis hermanos desesperados, cierto día vislumbré una meta, y comprendí rápidamente que solo podría alcanzarla a través del arrepentimiento.

24. ¿Cuál era esa meta?

R. Dios, del que todo ser se hace una idea, aún contra su voluntad.

25. Ya dijisteis dos veces que pronto vais a reencarnar. ¿Será una indiscreción preguntaros cuál género de prueba habéis elegido?

R. La muerte segará la vida de todos los seres a los que he de amar, y yo mismo sufriré las más abyectas enfermedades.

26. ¿Sois dichoso ahora?

R. Relativamente, sí; pues entreveo el término de mis padecimientos. Efectivamente, no.

27. A partir del momento en que os sobrevino la letargia, y hasta que os despertasteis en el ataúd, ¿habéis visto y escuchado lo que ocurría alrededor vuestro?

R. Sí, pero tan vagamente que me parecía un sueño.

28. ¿En qué año habéis muerto?

R. En 1612.

29. (A san Juan Bautista.) G. Remone, ¿no fue obligado – sin duda como castigo– a responder nuestra evocación y confesar su crimen? Eso parece resultar de su primera respuesta, en la que se refiere a la justicia de Dios.

R. Así es, fue obligado. Pero se resignó de buen grado cuando vio que serviros en vuestros estudios espíritas podía ser un medio más de agradar a Dios.

30. No cabe duda de que ese Espíritu se equivocó cuando dijo (pregunta 6): *yo sabía que debía cometer un crimen*. Es probable que supiera que se vería expuesto a cometer un crimen. Con todo, provisto de libre albedrío, bien habría podido no sucumbir a la tentación.

R. Se explicó mal. Debió haber dicho: *yo sabía que mi vida se llenaría de remordimientos*. Era libre de elegir otro género de prueba. Ahora bien, si sabía que sentiría remordimientos, debió suponer que cometería una mala acción.

31. ¿No podríamos admitir que solo tuvo libre albedrío en el estado errante, cuando eligió determinada prueba, pero

que, una vez elegida, respecto de esa prueba ya no tendría como encarnado la libertad de evitar la acción, de modo que necesariamente cometería el crimen?

R. Podía evitarlo. Tenía libre albedrío como Espíritu y en el estado de encarnado, de modo que podía resistir, pero sus pasiones lo arrastraron.

Observación. Es evidente que el Espíritu no se había dado cuenta de su situación. Confundió la prueba, es decir, la tentación de hacer algo, con la acción misma. Y como sucumbió, pudo creer en una acción fatal elegida por él mismo, lo cual no sería racional. El libre albedrío es el más bello privilegio del Espíritu humano, así como una brillante demostración de la justicia de Dios, que convierte al Espíritu en árbitro de su destino, porque de él depende abreviar sus padecimientos o prolongarlos con su obstinación y su mala voluntad. Suponer que como encarnado podría perder la libertad moral, implicaría negarle la responsabilidad de sus actos. Con esto se puede reconocer que solo debemos aceptar determinadas respuestas de los Espíritus después de un examen maduro, sobre todo cuando esas respuestas no son acordes a la lógica desde todo punto de vista.

32. ¿Debemos suponer que un Espíritu puede elegir, a modo de prueba, una vida de crímenes, ya que elige el remordimiento, que no es sino la consecuencia de la infracción a la ley divina?

R. Puede elegir la prueba de exponerse a cometer crímenes; no obstante, como tiene libre albedrío, también podría no sucumbir. De tal modo, G. Remone eligió una vida repleta de pesares domésticos, que infundirían en él la idea de un crimen, el cual habría de llenar su vida de remordimientos en

caso de que lo cometiera. Por consiguiente, quiso someterse a esa prueba para hacer el intento de salir victorioso.

Vuestro lenguaje se armoniza tan poco con la manera de comunicarse de los Espíritus, que muy a menudo hace falta rectificar las frases que los médiums os presentan, en particular los médiums intuitivos. Mediante la combinación de los fluidos, nosotros les transmitimos la idea, que ellos traducen más o menos correctamente, de acuerdo con la mayor o menor facilidad de esa combinación entre el fluido de nuestro periespíritu y el fluido animal del médium.

La mujer de Remone

(12 de agosto.)

33. (A san Juan.) ¿Podríamos evocar al Espíritu de la mujer de G. Remone?

R. No; está encarnada.

34. ¿En la Tierra?

R. Sí.

35. Si no podemos evocarla como Espíritu errante, ¿no podríamos hacerlo como encarnado, y no podríais decirnos cuándo estará dormida?

R. Podéis hacerlo en este momento, porque las noches para este Espíritu son los días para vosotros.

36. Evocación del Espíritu de la mujer de Remone. (El Espíritu se manifiesta.)

37. ¿Recordáis la existencia en la que fuisteis la señora de Remone?

R. Sí. ¡Oh! ¿Por qué me hacéis recordar mi vergüenza y mi desdicha?

38. Si estas preguntas os causan alguna pena, nos detendremos.

R. Os lo ruego.

39. Nuestro objetivo no es haceros sufrir. No os conocemos, y es probable que eso nunca ocurra. Solo queremos realizar estudios espíritas.

R. Mi alma está tranquila. ¿Qué necesidad hay de perturbarla con recuerdos penosos? ¿No podéis realizar estudios con Espíritus errantes?

40. (A san Juan.) ¿Debemos evitar las preguntas que parecen despertar un recuerdo penoso en este Espíritu?

R. Os lo recomiendo. Todavía es una niña, y el cansancio de su Espíritu reaccionaría sobre su cuerpo. Por otra parte, os repetiría más o menos lo que os ha dicho su marido.

41. G. Remone y su mujer, ¿se perdonaron mutuamente los agravios?

R. No. Para eso se requiere que alcancen un grado de perfección más elevado.

42. Si esos dos Espíritus se volvieran a encontrar en la Tierra, en el estado de encarnación, ¿cuáles sentimientos experimentarían el uno hacia el otro?

R. Solo sentirían aversión.

43. Si G. Remone volviera a ver, como visitante, su cuerpo en la cripta de San Miguel, ¿experimentaría una sensación desconocida para los otros curiosos?

R. Sí; pero esa sensación le parecería completamente natural.

44. ¿Volvió a ver su cuerpo después de que se lo retiró de la tierra?

R. Sí.

45. ¿Cuáles han sido sus impresiones?

R. Nulas. Vosotros sabéis que los Espíritus desprendidos de su envoltura ven las cosas de la Tierra con una mirada distinta a la de vosotros los encarnados.

46. ¿Podríamos obtener alguna información respecto de la situación actual de la mujer de Ramone?

R. Preguntadnos.

47. ¿Cuál es su sexo en la actualidad?

R. Femenino.

48. ¿Su país natal?

R. Está en las Antillas, y es la hija de un rico comerciante.

49. Las Antillas pertenecen a muchas potencias. ¿Cuál es su nacionalidad?

R. Vive en La Habana.

50. ¿Podríamos saber su nombre?

R. No lo preguntéis.

51. ¿Qué edad tiene?

R. Once años.

52. ¿Cuáles serán sus pruebas?

R. La pérdida de su fortuna. Un amor ilegítimo y sin esperanza, junto con la miseria y los trabajos más penosos.

53. Dijisteis un amor ilegítimo. ¿Amará a su padre, a su hermano u otro familiar?

R. Amará a un hombre consagrado a Dios, solo y sin esperanza de que la corresponda.

54. Ahora que conocemos las pruebas de ese Espiritu, si lo evocáramos de vez en cuando mientras duerme, en sus días de infortunio, ¿no podríamos darle algunos consejos para infundirle valor y esperanza en Dios? ¿Influiría eso en las resoluciones que podría tomar en estado de vigilia?

R. Muy poco. Esa niña ya tiene una imaginación de fuego y una cabeza de hierro.

55. Habéis dicho que, en el país donde ella vive, las noches son nuestros días. Ahora bien, entre La Habana y Saint-Jean d'Angély solo hay una diferencia de cinco horas y media. Como aquí eran las dos en el momento de la evocación, ¿en La Habana debían ser las ocho y media de la mañana?

R. Ella todavía dormía en el momento en que la evocasteis, mientras que vosotros estabais despiertos hacía mucho tiempo. Se duerme tarde en esos países cuando se es rico y no se tiene nada que hacer.

Observación. Esta evocación arroja varias enseñanzas. Si bien, en la vida exterior de relación, el Espiritu encarnado no recuerda su pasado, sí lo recuerda una vez desprendido durante el reposo del cuerpo. Por lo tanto, no hay solución de continuidad en la vida del Espiritu, que en sus momentos de emancipación puede dar un vistazo retrospectivo a sus existencias anteriores, y conservar de estas una intuición que puede orientarlo en el estado de vigilia.

En varias ocasiones hemos destacado los inconvenientes que generaría, en el estado de vigilia, el recuerdo preciso del pasado. Esas evocaciones nos brindan un ejemplo al respecto. Se dijo que si G. Remone y su mujer se reencontraran, sentirían aversión mutua. Entonces, ¿qué ocurriría si recordaran su antigua relación? El odio entre ellos se despertaría inevi-

tablemente. En vez de dos seres simplemente antipáticos o indiferentes el uno para con el otro, es probable que fueran enemigos mortales. En su ignorancia, son más espontáneos, y avanzan más libremente en el camino nuevo que tendrán que recorrer. El recuerdo del pasado los perturbaría, humillándolos ante sí mismos y ante los demás. El olvido no hace que pierdan el beneficio de la experiencia, porque nacen con lo que han adquirido en cuanto a inteligencia y moralidad. Son lo que hicieron de sí mismos. Para ellos se trata de un nuevo punto de partida. Si a las nuevas pruebas, que G. Remone tendrá que soportar, se les sumara el recuerdo de las torturas de su última muerte, eso sería para él un suplicio atroz, que Dios ha querido ahorrarle mediante el velo que arroja sobre su pasado.

A. K.

Jacques Noulin

(15 de agosto.)

56. (A san Juan.) ¿Podemos evocar al cómplice de la mujer de Remone?

R. Sí.

57. Evocación. (El Espíritu se manifiesta.)

58. Juráis en nombre de Dios que sois el Espíritu del que fue rival de Remone?

R. Lo juro en nombre de todo lo que queráis.

58b. Juradlo en nombre de Dios.

R. Lo juro en nombre de Dios.

59. No parecéis ser un Espíritu muy adelantado.

R. Ocupaos de vuestros asuntos y dejadme ir.

Observación. Como a los Espíritus no se les puede cerrar la puerta, si este pide que lo dejen ir, es porque un poder superior lo obliga a quedarse, sin duda para que se instruya.

60. Nos ocupamos de nuestros asuntos, ya que pretendemos saber de qué modo, en la otra vida, la virtud recibe su recompensa, y el vicio su castigo.

R. Así es, mis queridísimos, cada uno recibe recompensa o castigo, según sus obras. Por lo tanto, tratad de avanzar por el camino recto.

61. Vuestra fanfarronería no nos asusta. Ponemos nuestra confianza en Dios; pero seguís pareciendo muy atrasado.

R. Sigo siendo un patán.

62. Entonces, ¿no puedes responder seriamente preguntas serias?

R. ¿Por qué os dirigís a mí, gente seria? Estoy mucho más dispuesto a reír que a filosofar. Siempre me gustaron las mesas bien servidas, las mujeres amables y el buen vino.

63. (Al ángel de la guarda del médium.) ¿Podéis darnos alguna información acerca de este espíritu?

R. No se encuentra suficientemente adelantado para daros buenas razones.

64. ¿No habría peligro en entrar en comunicación con él? ¿Podríamos inspirarle mejores sentimientos?

R. Eso será de más provecho para él que para vosotros. Intentadlo, y tal vez podáis convencerlo de que cambie su punto de vista.

65. (Al Espíritu.) ¿Sabíais que el Espíritu debe progresar, y que mediante sucesivas encarnaciones debe llegar a Dios, del que vos parecéis bastante alejado?

R. Nunca se me hubiera ocurrido. ¡Cuán lejos estoy! No quiero emprender un viaje tan largo.

Observación. Este es un Espíritu que, en razón de su friolidad y su poco adelanto, no tiene idea de la reencarnación. Cuando le llegue el momento de comenzar una nueva existencia, ¿qué elección hará? Es evidente que será una elección acorde a su carácter y sus costumbres, con miras a disfrutar, y no a expiar, hasta que su Espíritu se encuentre bastante desarrollado para comprender las consecuencias. Es la historia del joven inexperto e imprudente que se arroja a la aventura y que solo adquiere experiencia a su pesar. Recordemos aquí que, para los Espíritus atrasados, incapaces de hacer una elección con conocimiento de causa, las encarnaciones son obligatorias.

A. K.

66. ¿Habéis conocido a G. Remone?

R. Sí; un pobre diablo, realmente.

67. ¿Sospechasteis que él había matado a su mujer?

R. Yo era un poco egoísta, y me ocupaba más de mí que de los otros. Cuando supe de su muerte, la lloré sinceramente pero no busqué la causa.

68. ¿Cuál era vuestra posición en esa época?

R. Yo era un pobre ordenanza; un chico de los recados, como decís actualmente.

69. Tras la muerte de esa mujer, ¿volvisteis a pensar en ella alguna vez?

R. No me recordéis todo eso.

70. Queremos recordároslo, porque parecéis mejor de lo que aparentáis.

R. Pensé en ella algunas veces. No obstante, como yo era despreocupado por naturaleza, su recuerdo pasaba como un relámpago, sin dejar marcas.

71. ¿Cuál era vuestro nombre?

R. Sois muy curiosos. Si no me estuvieran forzando, ya os habría plantado con vuestra moral y vuestros sermones.

72. Habéis vivido en un siglo religioso. ¿Nunca orasteis por esa mujer a la que amabais?

R. Nunca.

73. Volvisteis a ver a G. Remone y a su mujer en el mundo de los Espíritus?

R. Fui en busca de muchachos como yo, y cuando esos llorones querían mostrarse, yo les daba la espalda.

74. Continúad.

R. No soy tan hablador como vosotros. Aquí me detendré, si os parece bien.

75. ¿Sois feliz ahora?

R. ¿Por qué no? Me divierto burlándome de las personas crédulas, que nos confunden con Espíritus buenos. Una vez que se ocupan de nosotros, les hacemos buenas bromas.

76. Eso no es la felicidad. La prueba de que no sois feliz radica en que habéis dicho que os forzaron a venir. Ahora bien, nadie es feliz cuando se lo obliga a hacer lo que no le agrada.

R. ¿Acaso no tenemos siempre nuestros superiores? Eso no impide que seamos felices. Cada uno toma la felicidad donde la encuentra.

77. Con algo de esfuerzo, mediante la plegaria, sobre todo, podríais alcanzar la felicidad de los que os dirigen.

R. Nunca pensé en eso. Vais a volverme ambicioso. ¿No me engaíais? No incomodéis a mi pobre Espíritu por nada.

78. No os engaíamos. Trabajad en vuestro adelanto.

R. Hay que sacrificarse mucho, y yo soy perezoso.

79. Cuando se es perezoso se pide ayuda a un amigo. Nosotros os ayudaremos. Oraremos por ti.

R. Orad, pues, para que yo me decida a orar también.

80. Oraremos, pero hazlo también.

R. ¿Acaso creéis que si yo orara eso me daría ideas en el sentido de las vuestras?

81. Sin duda. Pero orad también. Nosotros os evocaremos el jueves 21, para ver el progreso que realizasteis y daros consejos, si eso os agrada.

R. Hasta pronto, entonces.

82. ¿Puedes ahora decirnos tu nombre?

R. Jacques Noulin.

Al día siguiente, el Espíritu fue evocado de nuevo, y se le hicieron diversas preguntas acerca de la mujer de Rémone. Sus respuestas fueron muy poco edificantes y del estilo de las primeras. San Juan, consultado, respondió: “Os equivocasteis al perturbar a ese Espíritu y despertar en él la idea de sus antiguas pasiones. Habría sido mejor esperar al día indicado. Se encontraba inmerso en una perturbación nueva para él. Vuestra evocación lo indujo a ideas de un orden por completo

diferente al de sus ideas habituales. Todavía no había podido tomar una decisión bien firme, aunque se disponía a orar. Dejadlo tranquilo hasta el día que le habéis señalado. Para entonces, si escucha a los Espíritus buenos que se proponen ayudaros en vuestra obra de bien, podréis obtener algo de él”.

(Jueves 21.)

83. (A san Juan.) Después de nuestra última evocación, ¿Jacques Noulín se enmendó?

R. Oró, y la luz se hizo en su alma: ahora cree que está destinado a ser mejor y se dispone a trabajar en eso.

84. ¿Cómo debemos proceder para su beneficio?

R. Preguntadle cuál es el estado actual de su alma, y haced que se mire a sí mismo, para que se percate de su cambio.

85. (A Jacques Noulín.) ¿Habéis reflexionado, conforme nos lo prometisteis, y podéis decirnos cuál es actualmente vuestra manera de ver las cosas?

R. Ante todo, quiero agradeceros. Me habéis ahorrado muchos años de ceguera. Desde hace algunos días comprendo que Dios es mi objetivo; que debo esforzarme para ser digno de llegar a Él. Una era nueva se abre para mí. Las tinieblas se han disipado, y ahora veo el camino que debo seguir. Mi corazón está lleno de esperanza, y sostenido por los Espíritus buenos que acuden en auxilio de los débiles. Voy a avanzar por esta nueva senda, en la que ya encontré la tranquilidad y que habrá de conducirme a la dicha.

86. ¿Erais realmente feliz, conforme nos lo habíais asegurado?

R. Era muy desdichado. Ahora lo veo, pero me consideraba dichoso como todos los que no miran hacia arriba. Nunca pensé en el porvenir. Andaba despreocupado, como en la Tierra, sin ocuparme de pensar seriamente. ¡Oh! ¡Cuánto deploro la ceguera que me hizo perder un tiempo tan valioso! Ganasteis un amigo; no lo olvidéis. Llamadme cuando queráis, y si puedo vendré a veros.

87. ¿Qué piensan acerca de vuestra disposición los Espíritus con los cuales teníais la costumbre de reuniros?

R. Se burlan de mí porque escuché a los Espíritus buenos cuya presencia y cuyos consejos detestábamos.

88. ¿Se os permitiría que fuerais a verlos?

R. Ahora solo me ocupo de mi adelanto. Por otra parte, los ángeles buenos que me rodean con sus cuidados solo me permiten mirar hacia atrás para mostrarme cuán rezagado me hallaba.

Observación. No cabe duda de que no existe ningún medio material de comprobar la identidad de los Espíritus que se han manifestado en estas evocaciones, de modo que no la afirmaremos de manera absoluta. Hacemos esta salvedad para los que podrían creer que aceptamos ciegamente todo lo que procede de los Espíritus. Más bien pecamos por exceso de desconfianza. Debemos evitar que se presente como una verdad absoluta todo aquello que no pueda ser controlado. Ahora bien, en ausencia de pruebas positivas, es necesario limitarse a comprobar la posibilidad y buscar las pruebas morales a falta de pruebas físicas. En el hecho que nos ocupa, las respuestas tienen un carácter evidente de probabilidad, y sobre todo de elevada moralidad. No vemos en ellas ninguna de esas contradicciones, de esas faltas de lógica que se oponen

al buen sentido y descubren la superchería. Todo se vincula y se concatena perfectamente, todo concuerda con lo que la experiencia ya ha mostrado; de modo que podemos decir que esa historia es al menos verosímil, lo cual ya es mucho. Lo cierto es que no se trata de una novela inventada por los hombres, sino de una obra mediúmnica. Si fuera la fantasía de un Espíritu, no podría proceder más que de un Espíritu frívolo, porque los Espíritus serios no se divierten narrando cuentos, pero los Espíritus frívolos siempre muestran la hilacha. Añadamos que la Sociedad Espírita de Saint-Jean d'Angély es uno de los centros más serios y mejor dirigidos que hemos visto, y que solo está compuesta por personas recomendables tanto por su carácter como por su saber, y que incluso, por decirlo de algún modo, son excesivamente escrupulosas. Se la puede evaluar por la sabiduría y el método con los cuales son planteadas y formuladas las preguntas. Además, las comunicaciones que se obtienen en ella demuestran la superioridad de los Espíritus que se manifiestan. Las evocaciones precedentes se realizaron, pues, en excelentes condiciones, tanto por el ambiente como por la naturaleza de los médiums. Al menos para nosotros, eso es una garantía de sinceridad absoluta. Añadiremos que la veracidad de ese relato nos ha sido confirmada del modo más explícito por varios de los mejores médiums de la Sociedad de París.

Si consideramos el hecho tan solo desde el punto de vista moral, se presenta una cuestión importante. Nos encontramos ante dos Espíritus, Remone y Noulin, a los que se retiró de su situación penosa y se los indujo a mejores sentimientos a través de la evocación y de los consejos que se les brindaron. De tal modo, podemos preguntarnos: ¿habrían permanecido desdichados en caso de que no se los hubiera evocado? ¿Qué

ocurre con los Espíritus sufridores que no son evocados? La respuesta ya se encuentra en la *Historia de un condenado* (el Espíritu de Castelnaudary), publicada en la *Revista* de febrero de 1860. A eso añadiremos que, dado que a estos dos Espíritus les había llegado el momento de ser tocados por el arrepentimiento y recibir la luz, circunstancias providenciales, aunque en apariencia fortuitas, provocaron su evocación, tanto para su bien como para nuestra instrucción. La evocación es un medio, pero a falta de ella, Dios no carece de recursos para ir en auxilio del desdichado, y podemos estar seguros de que todo Espíritu que desea avanzar, siempre encuentra asistencia de un modo u otro.

A. K.

Un remedio prescrito por los Espíritus

Este título hará sonreír a los incrédulos. ¡Qué importa! Se han reído de muchas otras cosas, pero eso no impidió que se las reconociera como verdades. Los Espíritus buenos muestran interés por los padecimientos de la humanidad, de modo que no es sorprendente que traten de aliviarlos. En reiteradas ocasiones, demostraron que pueden hacerlo, toda vez que sean bastante elevados para disponer de los conocimientos necesarios, porque ellos ven lo que está fuera del alcance de los ojos del cuerpo, y prevén lo que el hombre no puede prever.

El remedio del que se trata aquí ha sido prescripto en las circunstancias que siguen a la señorita *Hermance Dufaux*⁶¹, quien nos ha remitido la fórmula con la autorización de publicarla para bien de los que pudieran necesitarla. Uno de sus parientes, fallecido hace mucho tiempo, había traído de América la receta de un unguento o, mejor dicho, de una pomada, que poseía una maravillosa eficacia para todo tipo de llagas o heridas. Con la muerte de ese pariente, la receta se perdió, pues él no se la había comunicado a nadie. La señorita Dufaux sufrió en una pierna, desde hacía mucho tiempo, una enfermedad que era muy grave y resistente a los tratamientos. Cansada de consumir inútilmente tantos remedios, un día preguntó a su Espíritu protector si existía alguna cura para ella. “—Sí —le respondió—. utiliza la pomada de tu tío.” “—Pero tú sabes que la receta se perdió.” “—Voy a dártela —dijo el Espíritu—.” Luego, le dictó lo siguiente:

“Azafrán 20 centigramos.

”Comino 4 gramos.

”Cera amarilla..... 31 a 32 gramos.

”Aceite de almendras dulces una cucharada.

”Derretir la cera y ponerle el aceite de almendras dulces; agregar el comino y el azafrán contenidos en una bolsita de tela; hervir a fuego lento durante diez minutos. Para su uso,

61. Médiu que escribió la historia de Juana de Arco. (N. de Allan Kardec.) Véase “Jeanne d’Arc par elle-même - Vies dictées d’outre-tombe à Hermance Dufaux, âgée de 14 ans, et publiées par elle”. Melun, Imprimerie de Desrués, boulevard Saint-Jean, 2. 1855. Un ejemplar de la primera edición de esta obra, se conserva en la biblioteca de la Confederación Espiritista Argentina. (N. del T.)

se extiende la pomada en un trozo de tela y se la aplica sobre la parte enferma, renovándola todos los días”.⁶²

La señorita Dufaux siguió esta prescripción; su pierna se cicatrizó en poco tiempo, y la piel se reconstituyó. Desde entonces, ella se encuentra muy bien y no ha sufrido ningún accidente.

Su lavandera por fortuna también se curó de un mal semejante.

Un obrero se había lastimado con un fragmento de guadaña que se había introducido profundamente en la herida, provocándole hinchazón y supuración. Decían que era necesario amputar. Mediante el empleo de esa pomada desapareció la hinchazón, la supuración se detuvo y el trozo de hierro salió de la herida. En ocho días ese hombre estaba de pie y pudo volver al trabajo.

Aplicada en forúnculos, abscesos, panadizos, en poco tiempo los alivia, y cicatriza de inmediato. Actúa sobre los principios mórbidos de la herida, y llegado el caso logra que salgan de ella los cuerpos extraños, tales como astillas de hueso, de madera, etc.

Pareciera que también es muy eficaz para las erupciones, y en general para todas las afecciones de la piel.

Su composición, como vemos, es muy simple, fácil, y en todos los casos muy inofensiva, de modo que siempre se la puede emplear sin temor.

62. En la errata del número del mes de diciembre se lee: “En el artículo publicado en el número anterior: *Un remedio prescripto por los Espíritus*, se omitió decir que antes de aplicar el unguento es necesario lavar cuidadosamente la herida con agua de malvavisco u otra loción calmante”. (N. del T.)

POESÍAS ESPÍRITAS

(Burdeos. Médium: señora E. Collignon.)

Mi testamento

Aunque rimado, creo que vale el mensaje;
entendámonos: en él lo que me es dable
no es la rima, tan desagradable,
sino el espíritu que... ¡Al diablo el lenguaje!
Pero el espíritu tampoco me mortifica;
comprended bien si podéis: él solo vivifica.
Así es como concibo este vocablo,
yo que no soy uno de ellos, pero pronto lo seré
—al menos eso espero—, y deseo comparecer,
no apenas como un insensato,
sino como un pobre Espíritu, humilde en mi
arrepentimiento,
para colocar en el Señor de esperanza mi sentimiento,
contando, para alcanzar de los elegidos las regiones,
con mucho de su bondad, ¡y muy poco de mis virtudes!
Expliquémonos más, porque siempre me equivoco:
aquí es la bondad de Dios la única que invoco.
Por consiguiente, quiero retomar mi secreto,
y antes del viaje para oír Su decreto,
esa sentencia que me condena o me absuelve,
cuanto sea posible es mi deseo ajustar
de mi vida las cuentas pendientes.
Algunas de ellas —lo he de confesar—

me oprimen el corazón. Veamos pues cómo hacer
 para de la mejor manera dejar todo arreglado.
 Aquí entre nosotros, ¡no es fácil de resolver!
 Primero, cuando mi Espíritu del cuerpo se haya retirado,
 de vosotros aguardo una plegaria tierna,
 que le sirva de pasaporte
 a este que saldrá de la muerte
 entregando su polvo a la tierra.
 De mi fúnebre entierro, así pues,
 confío en que habréis de ocuparos,
 y sin que mucho os inquietéis,
 será cual entierro de un sabio.
 Además, en mi vida siempre quedé impactado
 de ver sobre las tumbas tanto lujo amontonado.
 Cuando devolvemos a la masa de barro
 ese poco con que fuimos contruidos,
 ¿para qué ocuparnos de un honor vano?
 ¡Por vanagloriarse muchos se han perdido!
 La plegaria de Dios conduce a la clemencia;
 así lo creemos, y esa también es mi esperanza.
 Pero ¿por qué orar más por estos que por aquellos?
 ¿De qué sirve la parafernalia desplegada para eso?
 ¿Por qué el desdichado que en la miseria muere,
 ni siquiera el auxilio de una plegaria tiene?
 ¿Para qué desplegar ese fasto con tanta suntuosidad,
 que despierta los más impensados celos?
 ¿Es para engañar al hombre o para ganarse el Cielo?
 Si es para engañarlo; ¡anatema y falsedad!
 Si es para obtener los dones de la Majestad,
 orad primero por los que, privados de la felicidad
 que las riquezas nos conceden,

han sufrido mucho; y esa generosidad merecen,
¡que no os cuestan ni un centavo!
Ahora escuchadme bien, aún como loco tratado,
mi pobre Espíritu al dejar la Tierra,
quiere elevarse a Dios, en alas de la plegaria
que sale del corazón,
la única, creedme, que escucha el Señor.
¡Enterradme pues sin gastos, sin alarde ni pesadumbre,
y contrariamente a la costumbre,
que vuestras miradas sean refulgentes,
que en vez de lágrimas en vuestras mientes
resuenen cantos de ternura.
Dejad la tristeza a la duda.
¡Gracias a Dios somos creyentes!
No penséis, hijos, que sea la economía
la que al decir esto me guía,
pues el dinero poco me importaba
mientras en la vida me hallaba.
¡Imaginaos después de mi muerte!
Quiero ahora y de alguna suerte
dejar la balanza un poco más pareja
y usando ese lujo que se refleja
en el cuerpo muerto cual barro dorado,
quiero mis errores reparar en los desdichados.
Quiero que de esa sábana con que la muerte se cubre,
los ornamentos sean retirados.
Por una misma mano nuestros días son segados.
La puerta del Cielo y no la del Louvre,
a san Pedro mi arrepentimiento
le pide que abra con humilde lamento.
Que de una cruz de madera la muda elocuencia,

la venganza del Señor desvíe con clemencia.
Que mi alma se eleve en su sencillez,
y que ese oro perdido cubra la desnudez
del niño, del anciano, mis hermanos en la vida,
mis iguales en la muerte, en el Cielo más elevados,
y que de rodillas cada uno ruegue
a los que llamamos bienaventurados.
Antes de terminar, un consejo saludable
bien puede encontrar aquí su lugar:
que de la caridad la llama os ampare;
del juicio de los necios no os debéis preocupar.
De ese lujo que exhibe el orgullo engañoso,
desconfiad siempre. Para el corazón nada es mejor
que del deber cumplido la felicidad.
En su debilidad sostened al oprimido;
que vuestra alma responda a todo grito de auxilio;
que encuentre un eco dispuesto a consolar.
Que vuestra mano, hijos, este lista para aliviar.
Con la ayuda que os doy con mi escaso oro,
para hacer el gran viaje amasad un tesoro;
viaje del que el Espíritu virtuoso no regresa.
Cosecharéis virtudes si sembráis el bien con firmeza.
Rogad al Señor sus más intensas luces,
para buscar entre vuestros hermanos a los infelices.
¡Y que Dios os conceda, en su gran bondad,
que vuestra única ley sea la de Amor y Caridad!

Fábulas y poesías diversas

por un Espíritu golpeador⁶³

Aunque la tiptología sea un medio de comunicación muy lento, con paciencia y empeño se pueden obtener trabajos completos. El señor Jaubert, de Carcassonne, ha tenido a bien remitirnos una compilación de fábulas y poesías obtenidas por él mediante ese procedimiento. Aun cuando no todas sean obras de arte —y el señor Jaubert no se ofenderá por eso, pues no viene al caso—, las hay muy notables, más allá del interés que despierta la fuente de la que proceden. La que sigue, si bien no forma parte de la compilación, nos da una idea del pensamiento de ese Espíritu golpeador. Ese mismo Espíritu la dedicó a la Sociedad Espírita de Burdeos.

El monólogo de un asno

Un burro —no os vayáis a equivocar,
pues nunca hablo mal de personas de calidad—.
Un asno, un auténtico burro, de esos que podéis
esquilar;
en una palabra, un asno de carga, con albarda,
en la estación, con una locomotora se peleaba.
Su mirada era brillante, e intensa su palabra.
“—¡Oye tú —exclamaba—, la que está detenida!
”Si debo creerle a la oveja, mi vecina,
”tú avanzas sin caballo, sin asnos ni maniobra;
”y ruges arrastrando esa inmensa culebra,

63. Un volumen in-18. Precio: 2 francos. En Carcassonne: L. Labau; en París: Ledoyen, Palais-Royal. (N. de Allan Kardec.)

”con esa aldea de carbón y esos bultos apiñados,
”¡Tonterías! ¡Solo antaño creían en milagros!
”¡Los tiempos han cambiado! ¡Pobre del que de mí
se mofa!
”Sé muy bien distinguir un campo de trigo de uno
de alfalfa,
”y ya he cambiado el cardo por el heno.
”No se va muy lejos con tus pies de hierro.
”Tengo mi regla; en el dichoso sentido común confío.
”¿Tú? ¿Andar sin caballos, sin nosotros? ¡Yo te desafío!”.
Como veis, a la razón invocaba el asno,
a esa antorcha a menudo apagada por la arrogancia.
¡Ah! ¡Cuántos sabios se parecen a ese asno!
¡Negáis, doctores! Negáis el *Espíritu* y su potencia;
Negad el movimiento, despreciad el motor.
¿De la nada sacó el hombre la luz eléctrica?
Toda locomotora necesita vapor;
Se evoca a los muertos... pero se requiere la plegaria:
la plegaria que sale del corazón.

* * *

El médium y el doctor Imbroglio

—Acudid, acercaos, doctor Imbroglio;
el velador se mueve solo: es patente, es tangible.
—¡Tonterías! Os demostraré en un infolio
que tal fenómeno es imposible.

Haremos una observación respecto de la calificación aplicada al Espíritu que dictó las poesías arriba referidas. Los Es-

píritus serios rechazan con razón el calificativo de Espíritus golpeadores. Ese título solo es adecuado para aquellos a los que se podría denominar golpeadores de profesión: Espíritus frívolos o maliciosos, que se valen de los golpes para divertirse o atormentar. Las cosas serias no son de su incumbencia. No obstante, la tiptología es un procedimiento como cualquier otro para las comunicaciones inteligentes, y los Espíritus más elevados pueden valerse de ella a falta de otros medios, aunque prefieren la escritura, porque esta responde mejor a la rapidez del pensamiento. Es cierto que, en este caso, no son ellos los que golpean, pues se limitan a transmitir la idea, y delegan la ejecución material a Espíritus subalternos, así como un estuario delega en el aprendiz la tarea de tallar el mármol.

La siguiente carta fue remitida por el señor Jaubert al señor Sabô, de Burdeos. Nos complace reproducirla como prueba del vínculo que se establece entre los espíritas de diversas localidades, así como para edificar a los timoratos.

Señor:

Le agradezco vuestra carta. Acepto complacido el título que me otorga la Sociedad Espírita de Burdeos; lo recibo como recompensa por mi humilde tarea y mis profundas convicciones, además de —¿por qué no decirlo todo?— las amarguras que he sufrido. Aún hoy la nueva fe es bastante incomprendida. Los científicos se sublevan, los ignorantes los secundan, el clero acusa al demonio, y algunos convencidos guardan silencio. En este siglo de materialismo, de apetitos groseros, de guerras fratricidas, de apegos ciegos e inmoderados a los reinos de este

mundo, Dios interviene: los muertos hablan, nos animan, nos impulsan. Por eso cada uno de nosotros debe, sin temor, inscribir su nombre en el estandarte de la causa sagrada. Todos nosotros somos soldados de Cristo. Proclamamos la grandeza, la inmortalidad del alma, los vínculos palpables que conectan a los vivos con los muertos, y predicamos el amor y la caridad. ¿Por qué habríamos de temer a los hombres? Ser débil es ser culpable. Por eso, señor, en la medida de mis fuerzas, acepto la tarea que Dios y mi conciencia me imponen. Una vez más, os agradezco por haberme admitido entre vosotros. Sed mi intérprete ante nuestros hermanos de Burdeos, y recibid la certeza de mis sentimientos más afectuosos.

J. JAUBERT

Vicepresidente del Tribunal Civil.

Observación. El espiritismo cuenta en la actualidad con bastantes adherentes en las filas de la magistratura y la abogacía, así como entre los funcionarios públicos. Con todo, ninguno se atreve aún a enfrentar el temor de dar su opinión. Ese temor, por otra parte, se debilita a diario, y en poco tiempo los burlones se sorprenderán de haber ubicado en la categoría de los locos, sin el menor cuidado, a tantos hombres recomendables por sus luces y su posición social.

DISERTACIONES ESPÍRITAS

El duelo

(Burdeos, 21 de noviembre de 1861.

Médium: señor Guipon.)

1.º *Consideraciones generales.*

El hombre, o Espíritu encarnado, puede hallarse, en vuestra Tierra, en misión, en progresión, en castigo.

A partir de ahí, es necesario que sepáis de una vez por todas que el estado de misión, de progresión o de castigo debe, so pena de recomenzar la prueba, llegar al término fijado por los decretos de la justicia suprema.

Así pues, adelantar por sí mismo o por provocación el instante que Dios ha fijado para volver al mundo de los Espíritus es un crimen enorme. El duelo es un crimen aún más grande, porque no solo se trata de un suicidio, sino también de un asesinato planificado.

En efecto, ¿acaso suponéis que el provocado y el provocador no se suicidan moralmente al exponerse de buen grado a los golpes mortales del adversario? ¿Acaso suponéis que ambos no son asesinos desde el momento en que buscan mutuamente quitase la vida que ellos mismos eligieron o que Dios les impuso como expiación o como prueba?

Así es, amigo mío, te digo que los duelistas son doblemente criminales ante Dios. Doblemente terrible será su castigo, porque no se les admitirá ninguna excusa, debido a que todo había sido fríamente calculado y premeditado por ellos mismos.

Leo en tu corazón, hijo mío, porque tú también has sido un pobre extraviado, y esta es mi respuesta.

Para no sucumbir a esa terrible tentación, solo os hace falta *humildad, sinceridad y caridad* para con vuestro hermano en Dios. Por el contrario, solo sucumbiréis por el *orgullo* y la *ostentación*.

2.º *Consecuencias espirituales.*

Aquel que, por *humildad*, y como Cristo, haya soportado la mayor afrenta y perdonado de corazón y por el amor de Dios, obtendrá, además de las recompensas celestiales de la otra vida, la paz del corazón y la alegría inimaginable de haber respetado doblemente la obra de Dios.

Aquel que, por caridad hacia su prójimo, le haya demostrado su amor fraternal, obtendrá en la otra vida la protección sagrada y el auxilio omnipotente de la gloriosa madre de Cristo, porque ella ama y bendice a los que ejecutan las órdenes de Dios, a los que siguen y practican las enseñanzas de su Hijo.

Aquel que, a pesar de todas las afrentas, haya respetado su propia vida y la vida de su hermano, encontrará, cuando ingrese en el mundo etéreo, millones de legiones de Espíritus buenos y puros que acudirán, *no a honrarlo por su acción*, sino a demostrarle, mediante la disposición con que facilitarán sus primeros pasos en esa nueva existencia, cuánta simpatía y cuántos auténticos amigos supo ganarse entre ellos, sus hermanos. Todos juntos elevarán hacia Dios sinceras acciones de gracias por su misericordia, que permitió a su hermano resistir a la tentación.

Digo que, aquel que haya resistido a esas tristes tentaciones, no podrá aguardar la modificación de los decretos de Dios, que son inmutables, pero sí contar con la bienvenida sincera y afectuosa del Espíritu de verdad, el Hijo de Dios,

quien sabrá de una manera incomparable embargar su alma con la felicidad de comprender *el espíritu de justicia perfecta y de bondad infinita*, y, por consiguiente, salvaguardarla de nuevas emboscadas semejantes.

Por el contrario, aquellos que, provocados o provocadores, hayan sucumbido, pueden estar seguros de que sufrirán las peores torturas morales, debido a la presencia continua de su propio cadáver o el de su víctima. Serán roídos durante siglos por el remordimiento de haber desobedecido tan gravemente las voluntades celestiales, y serán perseguidos hasta el día de la expiación por el *espectro horrible de la doble y espantosa visión de sus dos cadáveres ensangrentados*.

Dichosos serán si pueden aliviar sus dolores con un arrepentimiento sincero y profundo, que les abra los ojos del alma, porque entonces, al menos, vislumbrarán un término para sus penas, comprenderán a Dios y le rogarán la fuerza para no volver a provocar su terrible justicia.

3.º *Consecuencias humanas.*

Las palabras *deber, honor, corazón*, a menudo son adoptadas por los hombres para justificar sus acciones, sus crímenes.

¿Comprenden siempre esas palabras? ¿Acaso estas no son el resumen de las intenciones de Cristo? Así pues, ¿por qué les truncan el sentido? ¿Por qué vuelven a la barbarie?

Lamentablemente, la generalidad de los hombres permanece bajo la influencia del *orgullo* y la *ostentación*. Para justificarse ante sus propios ojos, pronuncian muy alto esas palabras: *deber, honor y corazón*, y no sospechan que significan *realización de los mandamientos de Dios, sabiduría, caridad y*

amor. Con esas palabras, no obstante, matan a sus hermanos. Con esas palabras se suicidan. Con esas palabras se pierden.

¡Cuán ciegos están! Pero se creen fuertes porque provocaron a un desdichado más débil que ellos. ¡Están ciegos, cuando creen que la aprobación de su conducta por parte de los que están ciegos y son malvados como ellos les otorgará la consideración humana! La sociedad misma en la que viven los reprueba, y pronto los maldecirá, porque el reino de la fraternidad está en camino. Entretanto, los hombres sabios huyen de ellos como de fieras salvajes.

Examinemos algunos casos, y veremos si el razonamiento justifica su interpretación de las palabras *deber*, *honor* y *corazón*.

Un hombre tiene el corazón roto de dolor y el alma llena de amargura, porque descubrió las pruebas irrefutables de la conducta indebida de su mujer. Entonces, provoca a uno de los seductores de esa pobre e infeliz criatura. Esa provocación, ¿será el resultado de sus deberes, de su honor y de su corazón? No; porque su honor no le será devuelto, porque su honor personal no ha sido ni puede ser alcanzado. Eso será *venganza*.

Más aún, para demostrar que su pretendido honor no está en juego, diré que muy a menudo su desgracia es incluso ignorada, y se mantendría ignorada si no la publicaran las mil voces provocadas por el escándalo que su *venganza* ocasionó.

Por último, si su desgracia fuera conocida, los hombres sensatos la compadecerían sinceramente y le brindarían numerosas muestras de auténtica simpatía, y él apenas tendría en su contra a los burlones de corazón malvado y endurecido, pero *despreciables*.

En ambos casos, no se le quitaría ni se le devolvería el honor.

Por consiguiente, solo el orgullo es el guía de casi todos los duelos, y no el honor.

¿Acaso suponéis que el duelista, por una palabra, por la falsa interpretación de una frase, por el roce insensible e involuntario de un brazo al pasar, en fin, por un *sí* o un *no*, e incluso a veces por una mirada que no iba dirigida a él, *sería impulsado por un sentimiento de honor* a exigir una supuesta reparación mediante el asesinato y el suicidio? ¡Oh! No os quepa duda de que sus únicos móviles son el orgullo y la *certeza de su fuerza*, a menudo auxiliados por la ostentación. Porque pretende exhibirse, demostrar coraje, saber, y a veces generosidad: *¡ostentación!*

Ostentación —os lo repito—, porque su experiencia en duelos es la única que vale; su coraje y su generosidad son *mentiras*.

¿Queréis poner a prueba realmente a ese espadachín valeroso? Enfrentadlo con un rival cuya reputación infernal sea superior a la suya, aunque tal vez sea portador de un saber inferior; entonces empalidecerá y hará cualquier cosa para evitar el combate. Enfrentadlo con un ser más débil que él, ignorante de esa ciencia doblemente mortal, y lo veréis despiadado, altivo y arrogante, incluso si es obligado a ser compasivo. ¿Es eso coraje?

¡La generosidad! ¡Oh! Hablemos de eso. ¿Será generoso el hombre que, confiado en su fuerza, después de haber provocado a la debilidad, le conceda la continuidad de una existencia ultrajada y puesta en ridículo? ¿Será generoso el que, para obtener algo que desea y codicia, provoque a su débil

poseedor para luego obtener ese algo en recompensa de su *generosidad*? ¿Será generoso el que, empleando sus talentos criminales, les perdone la vida a seres débiles a los que injurió? Por último, ¿será generoso, toda vez que ofrece semejante prueba de generosidad a un marido o a un hermano al que ultrajó indignamente, y al que de ese modo expone mediante la desesperación a un segundo suicidio?

¡Oh! Creedme, amigos míos. El duelo es una espantosa y horrible invención de los Espíritus malvados y perversos, una invención digna del estado de barbarie y que aflige muchísimo a nuestro padre, el Dios tan bueno.

Vosotros, espíritas, debéis combatir y destruir esa lamentable costumbre, ese crimen digno de los ángeles de las tinieblas. Vosotros, espíritas, debéis dar a pesar de todo el noble ejemplo del renunciamiento a ese funesto mal. Vosotros, espíritas sinceros, debéis ocuparos de que se comprenda la sublimidad de estas palabras: *deber*, *honor* y *corazón*, y Dios hablará con vuestras voces. Por último, a vosotros os corresponde la dicha de sembrar entre vuestros hermanos esos granos tan valiosos que nosotros ignoramos durante nuestra vida en la Tierra: los granos del *espiritismo*.

Tu padre, ANTOINE.

Observación. Los duelos se vuelven cada día más raros, y si de vez en cuando todavía se ven algunos dolorosos ejemplos, su número no puede compararse con el de los que se producían antiguamente. En el pasado, un hombre no salía de su casa sin prevenirse para un enfrentamiento, y tomaba las precauciones necesarias. Una señal característica de las costumbres de los tiempos y de los pueblos consiste en llevar

habitualmente, en forma ostensible u oculta, armas ofensivas y defensivas. La abolición de ese hábito demuestra la moderación de las costumbres, y es curioso acompañar su transición gradual desde la época en que los caballeros no cabalgaban jamás si no estaban protegidos por armaduras y lanzas, hasta que llevar una simple espada en la cintura constituía más bien un adorno y un accesorio del blasón, que un arma agresiva. Otro indicio de la moderación en las costumbres es que en otro tiempo los combates singulares tenían lugar en medio de la calle, ante la multitud, que se apartaba para dejar el campo libre a los contendientes, mientras que en la actualidad se los oculta. Hoy en día, la muerte de un hombre constituye un acontecimiento que provoca conmoción; mientras que en épocas remotas nadie reparaba en ello. El espiritismo extinguirá esos últimos vestigios de barbarie, al inculcar a los hombres el espíritu de la caridad y la fraternidad.⁶⁴

* * *

Fundamentos del orden social

(Lyón, 16 de septiembre de 1862.

Médium: señor Émile V...)

Nota. Esta comunicación se obtuvo en un grupo particular, presidido por el señor Allan Kardec.

64. Allan Kardec incluirá esta misma nota, a continuación de una serie de mensajes de los Espíritus acerca del duelo, en *El Evangelio según el espiritismo*, Capítulo XII, § 16. (N. del T.)

Os habéis reunido a fin de ver el espiritismo en su origen, a fin de mirar esta idea de frente, y apreciar las grandes ondas de amor que ella prodiga a quienes la conocen.

El espiritismo es el progreso moral; es la elevación del Espíritu en la senda que conduce a Dios. El progreso es la fraternidad en su origen, porque la fraternidad completa, tal como el Espíritu puede imaginarla, es la perfección. La fraternidad pura es un perfume de lo alto, es una emanación de lo infinito, un átomo de la inteligencia celestial; es la base de todas las instituciones morales, y el único medio de elevar un estado social que pueda subsistir y producir efectos dignos de la gran causa por la cual combatís.

Así pues, sed hermanos si queréis que el germen depositado entre vosotros se desarrolle y se convierta en el árbol que buscáis. La unión es el poder soberano que desciende a la Tierra; la fraternidad es la simpatía en la unión; es la poesía, el encanto, el ideal en lo positivo.

Hay que estar unidos para ser fuertes, y hay que ser fuertes para fundar una institución que solo se base en la verdad, verdad que resulte tan conmovedora y admirable, tan simple y sublime. Las fuerzas divididas se aniquilan; reunidas, son cada vez más fuertes.

Y si se considera la progresión moral de cada hombre, si se reflexiona acerca del amor, de la caridad que brota de cada corazón, la diferencia es mucho más grande. Bajo la influencia sublime de ese soplo inefable, los lazos de familia se afianzan, pero los lazos sociales, tan vagamente definidos, se plasman, se reúnen y terminan por formar un solo haz con todas esas ideas, esos deseos, esos objetivos de diversa índole.

Sin la fraternidad, ¿qué veis? El egoísmo, la ambición. Cada uno tiene su propio objetivo, que persigue por su lado. Cada uno avanza a su manera, y todos son fatalmente arrasados hacia el abismo que desde hace tantos siglos devora los esfuerzos humanos. Con la unión, solo hay un objetivo, porque ya no hay más que una sola idea, un solo deseo, un solo corazón. Uníos, pues, amigos míos. Eso es lo que os repite incesantemente la voz de nuestro mundo. Uníos, y alcanzareis más rápido vuestro objetivo.

En esa unión por completo simpática, sobre todo, debéis tomar la decisión irrevocable de estar unidos mediante una idea que sea común a todos los espíritas de la Tierra, para ofrecer el homenaje de vuestro reconocimiento a aquel que os ha abierto el camino del bien supremo, a aquel que colocó la dicha en vuestras cabezas, la felicidad en vuestros corazones, y la fe en vuestros espíritus. Vuestro reconocimiento es su recompensa presente; no se la neguéis, pues, y al brindársela al unísono, dais el primer ejemplo de verdadera fraternidad.

LÉON DE MURIANE, *Espíritu protector*.

Observación. Este nombre es completamente desconocido, incluso para el médium, lo cual demuestra que, para ser un Espíritu elevado, no hace falta que su nombre esté inscripto en el calendario o en los fastos de la historia; y que, entre los que se comunican, hay muchos cuyo nombre no es conocido.

* * *

Aquí yace dieciocho siglos de luces

(Lyón, 16 de septiembre de 1862.

Médium: señor Émile V...)

El señor Émile, que obtuvo la comunicación anterior y muchas otras no menos notables, es muy joven. No solo es un excelente médium escribiente, sino también un médium pintor, a pesar de que no haya estudiado dibujo ni pintura. Pinta al óleo paisajes y temas diversos, para lo cual es conducido a elegir, mezclar y combinar los colores que necesita. Desde el punto de vista del arte, es cierto que sus cuadros no son irreprochables, aunque en algunas exposiciones se ven algunos que no valen mucho más. Sobre todo, les falta terminación y tersura; los tonos son duros y demasiado acentuados; pero cuando se toman en cuenta las condiciones en las que esos cuadros son pintados, no dejan de ser muy notables. ¿Quién sabe si, con el ejercicio, no podrá adquirir la habilidad que le falta para convertirse en un auténtico pintor, como ese obrero de Burdeos que apenas sabía firmar, pero que, escribiendo como médium, llegó a obtener una hermosa caligrafía para su uso personal, sin otro maestro que los Espíritus?

Cuando vimos al señor Émile V..., estaba por terminar un cuadro alegórico, en el que se veía un féretro donde estaba escrito: *Aquí yace dieciocho siglos de luces*. Por nuestra parte, nos atrevimos a criticar esa inscripción desde el punto de vista gramatical, y al principio no comprendimos el sentido de esa alegoría en la que dieciocho siglos de luces se colocaban en un féretro, dado que la humanidad —decíamos—, sobre todo gracias al cristianismo, en la actualidad se halla más esclarecida que antaño. Esto ocurrió en la sesión del día 16, en la que dicho médium había recibido la comunicación transcrita

arriba, de modo que el Espíritu respondió a nuestras observaciones, agregando en esa comunicación lo que sigue:

“*Aquí yace* está escrito a propósito. El tema no se expresa con el número *dieciocho* representando siglos. Es un total de siglos, una idea colectiva, como si hubiera un *lapso* de dieciocho siglos. Podéis decir a vuestros gramáticos que no confundan una idea colectiva con una idea de separación. ¿Acaso ellos mismo no dicen, respecto de la multitud —la cual está compuesta por un número incalculable de personas—, que ELLA se puede mover? Es suficiente respecto del tema. Así debe ser, porque esa es la idea.

”Ahora, abordemos la alegoría. ¡Dieciocho siglos de luces en un féretro! Esta idea representa los esfuerzos que la verdad ha hecho durante ese tiempo. Esfuerzos que siempre fueron derribados por el partidismo, por el egoísmo. Dieciocho siglos de luces, en toda su plenitud, serían dieciocho siglos de dicha para la humanidad, dieciocho siglos que apenas comenzaron a germinar en la Tierra y que se habrían desarrollado. Cristo trajo la verdad a la Tierra y la puso al alcance de todo el mundo. ¿Qué hicieron con ella? Las pasiones terrenales se la apropiaron. Quedó sepultada en un féretro, del que el espiritismo vino a sacarla. Esa es la alegoría”.

LÉON DE MURIANE

* * *

El rol de la Sociedad de París

(Sociedad de París, 24 de octubre de 1862.

Médium: señor Leymarie.)

París es el apeadero del mundo. Todos buscan en ella una impresión, una idea.

A menudo me he preguntado, cuando me hallaba entre vosotros, por qué esta gran ciudad, punto de encuentro del mundo entero, no contaba con una reunión espírita numerosa, pero numerosa a tal punto que los más amplios anfiteatros no pudieran contenerla.

A veces llegué a pensar que los espíritas parisinos se entregaban demasiado a sus placeres. Incluso pensé que la fe espírita era para muchos un placer de aficionado, una distracción entre las tantas que se presentan continuamente en París.

En cambio, lejos de vosotros, y a la vez tan cerca, ahora veo y comprendo mejor. París está asentada al borde del Sena, pero París está en todas partes, y todos los días esa cabeza poderosa mueve al mundo entero. Como ella, la Sociedad central espírita irradia su pensamiento en el universo. Su poder no reside en el círculo donde ocurren sus sesiones, sino en todos los países donde se siguen sus disertaciones, en todas partes donde sus enseñanzas inteligentes se convierten en ley. Es un sol cuyos rayos benéficos se reflejan en lo infinito.

Por eso mismo, la Sociedad no puede ser un grupo común. Sus propósitos están predestinados y su apostolado es superior. No puede encerrarse en un pequeño espacio; le hace falta el mundo, pues es invasora por naturaleza. De hecho, conquista pacíficamente grandes ciudades; mañana serán reinos, y dentro de poco el mundo entero.

Cuando un extranjero os haga una cortés visita, recibidlo digna y generosamente, para que se lleve una gran idea del espiritismo, esa poderosa arma de civilización que debe allanar todos los caminos, vencer todas las disidencias, e incluso todas las dudas. Sed generosos, para que cada uno reciba ese alimento del espíritu que todo lo transforma tras su paso misterioso, porque la nueva creencia es fuerte como Dios, grande como Él, caritativa como todo lo que emana del poder superior que hiere para consolar, ofreciendo a la humanidad laboriosa la plegaria y el dolor como medios de adelanto.

Bendita seas, Sociedad a la que amo, que siempre te brindas con bondad; que cumples una ardua tarea sin reparar en las piedras que dificultan el paso. Haz hecho méritos ante Dios. Reitero que no serás ni puedes ser un centro común, sino la fuente benéfica donde el sufrimiento siempre encontrará el bálsamo reparador.

SANSON

Ex miembro de la Sociedad de París.

* * *

Acerca del origen del lenguaje

(Sociedad Espírita de París. Médium: señor d'Ambel.)

Hoy me pedís, queridos y amados oyentes, que dicte a mi médium la historia del origen del lenguaje. Haré el intento de satisfaceros. Pero debéis comprender que me resultará imposible tratar por completo, en algunas líneas, este importante

asunto, que se relaciona forzosamente con otro más importante aún: el origen de las razas humanas.

¡Que Dios todopoderoso, tan benevolente para con los espíritas, me otorgue la lucidez necesaria para eliminar de mi disertación toda clase de confusión, cualquier oscuridad y, sobre todo, cualquier error!

Entro en materia diciéndoos: admitamos en primer lugar esta eterna verdad: el Creador ha otorgado a todos los seres de la misma raza un modo especial, pero seguro, para comprenderse y ponerse de acuerdo entre ellos. No obstante, ese modo de comunicación, ese lenguaje, fue tanto más restringido cuanto más inferiores eran las especies. En virtud de esa verdad, de esa ley, los salvajes y las tribus poco civilizadas poseen lenguas pobres, a tal punto que una infinidad de términos, que son usuales en las regiones favorecidas por la civilización, no encuentran en aquellas lenguas ninguna palabra correspondiente. En obediencia a esa misma ley, esas naciones que progresan crean nuevas expresiones para aplicar a nuevos descubrimientos y nuevas necesidades.

Como he dicho en otra parte: la humanidad ya atravesó tres grandes períodos: la etapa bárbara, la etapa hebraica y pagana, y la etapa cristiana. A esta última la sucederá el gran período espírita, cuyas bases principales ya lanzamos entre vosotros.

Examinemos, pues, la primera etapa y los comienzos de la segunda, y no haré más que repetir aquí lo que ya he dicho. La primera etapa humana, que podemos denominar prehebraica o bárbara, se arrastró lenta y prolongadamente por todos los horrores y las convulsiones de una espantosa barbarie. El hombre era peludo como una bestia salvaje y, al igual que esta, se guarecía en las cavernas y en los bosques. Vivía de

carne cruda y se alimentaba de su semejante cual si este fuera una caza excelente. Es el reino de la antropofagia más absoluta. ¡Nada de sociedad ni de familia! Algunos grupos dispersos aquí y allá vivían en la más completa promiscuidad y siempre dispuestos a devorarse unos a otros: tal es el panorama de ese cruel período. ¡Ningún culto, ninguna tradición, ninguna idea religiosa! Solo la satisfacción de las necesidades animales, ¡y eso es todo! El alma, prisionera en una materia entorpecedora, se mantiene confusa y latente en su prisión carnal. No puede hacer nada contra los gruesos muros que la contienen, y su inteligencia apenas puede moverse en los casilleros de un cerebro restringido. Visión limitada, párpados caídos, labios gruesos, cráneo aplanado, y un lenguaje que se limita a unos pocos sonidos guturales. Nada hace presagiar que de esa bestia bruta surgirá el padre de las razas hebraicas y paganas. No obstante, a la larga, sienten la necesidad de unirse para vencer a los otros carnívoros, al león y al tigre, cuyos temibles colmillos y afiladas garras daban cuenta fácilmente del hombre aislado: de ese modo se cumple el primer progreso social. Con todo, el reino de la materia y de la fuerza bruta se mantendrá durante toda esa etapa cruel. No busquéis, pues, en el hombre de esa época, ni sentimientos, ni razón, ni lenguaje propiamente dicho. Él solo obedece a su grosera sensación y no tiene más que un objetivo: beber, comer y dormir. Fuera de eso: ¡nada! Se puede decir que el hombre inteligente se encuentra en germen, pero que todavía no existe. Sin embargo, es necesario constatar que, ya entre esas razas brutales, aparecen algunos seres superiores, Espíritus encarnados, encargados de conducir a la humanidad hacia su meta y de apresurar el advenimiento de la era hebraica y pagana. Debo agregar que, aparte de esos Espíritus encarnados, el globo te-

rrestre era frecuentemente visitado por esos ministros de Dios cuya tradición la memoria consagró con el nombre de ángeles y arcángeles, y que estos se relacionaban casi a diario con los seres superiores, Espíritus encarnados, que acabo de mencionar. La misión de algunos de esos ángeles continuó durante una gran parte de la segunda etapa humana. Debo agregar que el rápido panorama que acabo de presentar acerca de los primeros tiempos de la humanidad os enseña de algún modo la rigurosidad de las leyes a las que se encuentran sometidos los Espíritus que se ejercitan para la vida en los planetas de formación reciente.

El lenguaje propiamente dicho, al igual que la vida social, solo comienza a tener un carácter preciso a partir de la era hebraica y pagana, durante la cual el Espíritu encarnado, siempre esclavo de la materia, comienza no obstante a revelarse y a quebrar algunos eslabones de su pesada cadena. El alma fermenta y se agita en su prisión carnal; mediante esos reiterados esfuerzos, reacciona enérgicamente contra las paredes del cerebro, cuya materia sensibiliza; mejora y perfecciona con un trabajo constante el funcionamiento de sus facultades, lo cual hace que sus órganos físicos se desarrollen. Por último, el pensamiento se deja leer con una mirada límpida y clara. ¡Ya estamos lejos de las frentes aplanadas! El alma se siente, se reconoce, tiene la conciencia de sí misma, y comienza a comprender que es independiente del cuerpo. A partir de ese momento, lucha con ardor para liberarse de la opresión de su robusto rival. El hombre se modifica cada vez más y la inteligencia se moviliza más libremente en un cerebro más desarrollado. No obstante, constatamos que en esta época el hombre sigue estacionado y registrado como el ganado; el hombre es esclavo del hombre; el esclavo es consagrado por el Dios de los

hebreos tanto como por los dioses paganos, y Jehová, al igual que Júpiter Olímpico, exige sangre y víctimas vivas.

Esta segunda etapa presenta aspectos curiosos desde el punto de vista filosófico. Al respecto, ya he trazado un rápido panorama, que mi médium os comunicará próximamente. En todo caso, y para retomar el tema de este estudio, no os quepa duda de que solo en la época de los grandes períodos pastoriles y patriarcales el lenguaje humano alcanzó un ritmo regular y adoptó formas y sonidos especiales. Durante esta época primitiva, en que la humanidad se libraba de los pañales a la vez que del balbuceo de la infancia, pocas palabras le bastaban a un hombre para el que la ciencia no había nacido, y cuyas necesidades eran limitadas, con relaciones sociales que se detenían en las puertas de las tiendas, en el seno de la familia, y más tarde en los confines de la tribu. Es la época en que el padre, el pastor, el anciano, el patriarca, en una palabra, dominaba como señor absoluto con derecho sobre la vida y la muerte.

La lengua primitiva fue uniforme. Pero a medida que se incrementó la cantidad de pastores, estos abandonaron la tienda paterna y se dirigieron a regiones inhabitadas donde formaron nuevas familias, nuevas tribus. De tal modo, la lengua usual entre ellos se alejó gradualmente, de generación en generación, de la lengua utilizada en la tienda paterna que habían abandonado antaño. Entonces se crearon los diversos idiomas. Por otra parte, aunque mi intención no sea dictar un curso de lingüística, habréis notado que en las lenguas más diversas se encuentran palabras cuya raíz ha variado poco y cuyo significado es casi el mismo. Por otro lado, si bien en la actualidad pretendéis ser el viejo mundo, la misma razón por la que se corrompió la lengua primitiva, aún reina soberana en vuestra Francia, tan orgullosa de su civilización, y en la que

las consonancias, los términos y la significación varían, no diría de provincia en provincia, sino de comuna en comuna. Para verificar esto apelo a los que han viajado a Bretaña, así como a los que recorrieron la Provenza y el Languedoc. Hay una variedad de idiomas y de dialectos que asombraría al que pretendiera compilarlos en un único diccionario.

A partir de que los hombres primitivos, con el auxilio de los misioneros del Eterno, atribuyeron a determinados sonidos especiales determinadas ideas especiales, resultó creada la lengua hablada, y las modificaciones que esta sufrió más tarde siempre se debieron al progreso humano. Por lo tanto, conforme a la riqueza de una lengua, se puede establecer fácilmente el grado de civilización alcanzado por el pueblo que la habla. Lo que puedo agregar es que la humanidad se dirige hacia una lengua única, consecuencia forzosa de una comunidad de ideas morales, políticas y, sobre todo, religiosas. Tal será la obra de la filosofía nueva: el espiritismo, que os enseñamos actualmente.

ERASTO

RESPUESTAS

Al señor B. G., de La Calle (Argelia). *El libro de los Espíritus* y *El libro de los médiums* aún no han sido traducidos al italiano.

Al señor Dumas, de Sétif (Argelia). He recibido *L'Écho de Sétif*, y leí atentamente los dos notables y eruditos artículos

acerca del espiritismo, publicados en ese periódico. Los comentaré detalladamente en el próximo número. Me complace ver que ese estimable periódico abraza la causa de la doctrina y la trata con seriedad.

ALLAN KARDEC



REVISTA ESPÍRITA

PERIÓDICO DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS

Año V

Número 12

Diciembre de 1862

Estudio sobre los posesos de Morzine

Las causas de la obsesión y los medios de combatirla

Las observaciones que hemos realizado en torno a la epidemia que afectó y sigue afectando a la comuna de Morzine, en la Alta Saboya, no nos dejan lugar a dudas respecto de su causa. Con todo, para respaldar nuestra opinión, habremos de presentar algunas explicaciones preliminares, con las que destacaremos mejor la analogía de ese mal con los casos semejantes cuyo origen no podría ser puesto en duda por ninguna persona que se encuentre familiarizada con los fenómenos espíritas y reconozca la acción que el mundo invisible ejerce sobre la humanidad. Para eso, es necesario que nos remontemos al origen mismo del fenómeno y sigamos su progresión a partir de los casos más simples, explicando a la vez de qué manera se produce. De ahí deduciremos mucho mejor los medios de combatir ese mal. Si bien ya hemos tratado este asunto en *El libro de los médiums*, en el capítulo acerca de la obsesión, así como en varios artículos de esta *Revista*,

añadiremos algunas consideraciones nuevas que facilitarán la comprensión del hecho.

El primer punto del que es importante compenetrarse es el de la naturaleza de los Espíritus desde el punto de vista moral. Dado que los Espíritus son las almas de los hombres, y que los hombres no son todos buenos, no es racional admitir que el Espíritu de un hombre perverso se transforme súbitamente, pues de lo contrario no habría necesidad de castigos en la vida futura. La experiencia confirma esta teoría o, mejor dicho, esta teoría es fruto de la experiencia. En efecto, las relaciones con el mundo invisible nos muestran que, junto a Espíritus sublimes en sabiduría y ciencia, se encuentran otros que son innobles y conservan aún los vicios y las pasiones de la humanidad. El alma de un hombre de bien será, cuando muera, un Espíritu bueno, así como un Espíritu bueno será un hombre de bien cuando encarne. Por la misma razón, un hombre perverso, cuando muera, será en el mundo invisible un Espíritu perverso, y un Espíritu malo no podrá ser un hombre virtuoso cuando encarne, y así será mientras el Espíritu no se haya purificado o no haya experimentado el deseo de mejorar; porque, una vez que ingresa en el camino del progreso, se despoja poco a poco de sus malos instintos y se eleva gradualmente en la jerarquía de los Espíritus, hasta que haya alcanzado la perfección a la que todos pueden acceder, puesto que Dios no creó seres condenados al mal y a la desdicha para toda la eternidad. De tal modo, el mundo visible y el mundo invisible se vierten de manera incesante y alternativa el uno en el otro, por así decirlo, y se alimentan mutuamente o, mejor dicho, esos dos mundos en realidad no son más que uno solo, en dos estados diferentes. Esta consideración es muy importante para que se comprenda la solidaridad que existe entre ellos.

Dado que la Tierra es un mundo inferior, es decir, poco avanzado, de ahí resulta que la inmensa mayoría de los Espíritus que habitan en ella, ya en estado errante, ya como encarnados, debe estar compuesta por Espíritus imperfectos que producen más mal que bien. A eso se debe el predominio del mal en la Tierra. Ahora bien, dado que la Tierra es a la vez un mundo de expiación, el contacto con el mal hace que los hombres sean desdichados, porque si todos los hombres fueran buenos, todos serían felices. Nuestro globo aún no llegó a ese estado de felicidad, hacia el cual Dios quiere conducirlo. Todas las tribulaciones que los hombres de bien sufren aquí, tanto por parte de los hombres como de los Espíritus, son la consecuencia del estado de inferioridad. Podríamos decir que la Tierra es la *Botany Bay* de los mundos, donde se encuentran el salvajismo primitivo y la civilización, la criminalidad y la expiación.

Así pues, debemos representarnos el mundo invisible como constituido por una población innumerable, compacta, por decirlo de algún modo, que envuelve a la Tierra y se agita en el espacio. Se trata de una especie de atmósfera moral, cuya parte inferior está ocupa por los Espíritus encarnados, que se agitan en ella como en el fondo de un vaso. Ahora bien, así como el aire de las zonas bajas es pesado y malsano, aquel aire moral también es malsano, porque está corrompido por los miasmas de los Espíritus impuros. Para resistirse a ellos hacen falta temperamentos morales dotados de un gran vigor.

Digamos, entre paréntesis, que esa situación es inherente a los mundos inferiores, pero tales mundos siguen la ley del progreso y, cuando alcanzan la edad apropiada, Dios los sana expulsando de ellos a los Espíritus imperfectos, que ya no reencarnarán ahí, para que Espíritus más adelantados los

reemplacen y hagan que reine entre ellos la felicidad, la justicia y la paz. Una revolución de ese tipo es la que se prepara en este momento.

Analícemos ahora de qué modo actúan recíprocamente los Espíritus encarnados y los desencarnados.

Sabemos que los Espíritus se hallan revestidos con una envoltura vaporosa que para ellos conforma un auténtico cuerpo fluídico, al que denominamos *periespíritu*, y cuyos elementos proceden del fluido universal o cósmico, que es el principio de todas las cosas. Cuando el Espíritu se une a un cuerpo, existe en este con su periespíritu, que sirve de lazo entre el Espíritu propiamente dicho y la materia corporal: es el intermediario de las sensaciones que el Espíritu percibe. Pero ese periespíritu no se halla confinado en el cuerpo como en una caja. Por su naturaleza, irradia hacia afuera y forma alrededor del cuerpo una especie de atmósfera, como el vapor que se desprende de él. No obstante, el vapor que se desprende de un cuerpo en mal estado también se halla en mal estado, es acre y nauseabundo, e infecta el aire de los lugares en los que se reúnen muchas personas con mala salud. Así como ese vapor se halla impregnado de las cualidades del cuerpo, el periespíritu se halla impregnado de las cualidades, es decir, del pensamiento del Espíritu, e irradia esas cualidades alrededor del cuerpo.

Abrimos otro paréntesis para responder de inmediato una objeción que algunos oponen a la teoría que el espiritismo presenta respecto del estado del alma. Lo acusan de materializar el alma, toda vez que, según la religión, el alma es puramente inmaterial. Esta objeción, como la mayoría de las que se han presentado, procede de un estudio incompleto y superficial. El espiritismo nunca definió la naturaleza del alma, que escapa a nuestras investigaciones. No afirma que

el periespíritu constituye el alma, pues la palabra *periespíritu* significa positivamente lo contrario, dado que especifica una envoltura alrededor del Espíritu. ¿Qué dice al respecto *El libro de los Espíritus*?: “En el hombre hay tres elementos: el *alma* o Espíritu, principio inteligente; el *cuerpo*, envoltura material; el *periespíritu*, envoltura fluídica semimaterial, que sirve de lazo entre el Espíritu y el cuerpo.”⁶⁵ El hecho de que, tras la muerte del cuerpo, el alma conserve la envoltura fluídica, no quiere decir que esa envoltura y el alma sean una sola y la misma cosa, así como no lo son el cuerpo y su vestido, ni tampoco el alma y su cuerpo. Por lo tanto, la doctrina espírita no le quita al alma su inmaterialidad, sino que le agrega dos envolturas —en vez de una— durante la vida corporal, y una tras la muerte del cuerpo. Esto no es una hipótesis, sino un resultado de la observación. Con el auxilio de esta envoltura, el espiritismo permite que se conciba mejor la individualidad del alma y su acción sobre la materia.

Volvamos a nuestro tema.

El periespíritu, debido a su naturaleza fluídica, es esencialmente móvil, elástico, por así decirlo. Como agente directo del Espíritu, es puesto en acción y despide rayos mediante la voluntad del Espíritu. Con esa irradiación, el periespíritu sirve para transmitir el pensamiento, porque de algún modo se halla animado por el pensamiento del Espíritu. Dado que el periespíritu es el lazo que une el Espíritu al cuerpo, mediante dicho intermediario el Espíritu transmite a los órganos, no la vida *vegetativa*, sino los movimientos que constituyen la expresión de su voluntad. También, a través de ese interme-

65. Véanse, en *El libro de los Espíritus*, el § VI de la “Introducción” y el comentario de Allan Kardec en el § 135a. (N. del T.)

diario, las sensaciones del cuerpo son transmitidas al Espíritu. Una vez que la muerte destruye el cuerpo sólido, el Espíritu actúa y percibe tan solo a través de su cuerpo fluídico o periespíritu, razón por la cual actúa más fácilmente y percibe mejor, ya que el cuerpo era un obstáculo. Todo esto también es un resultado de la observación.

Supongamos ahora que dos personas se encuentran cerca una de otra, envueltas cada una en su atmósfera *periespiritual* —permítasenos este neologismo—. Esos dos fluidos van a ponerse en contacto, y van a penetrarse recíprocamente. Si son de naturaleza antipática, se rechazarán, y los dos individuos experimentarán una especie de malestar al aproximarse uno a otro, sin saber el motivo. En cambio, si los mueve un sentimiento bueno y benévolo, llevarán consigo un pensamiento benévolo, que los atraerá. Esa es la causa por la cual dos personas se comprenden y se conocen sin hablarse. Un cierto *no sé qué* les dice a menudo que la persona que tienen delante debe hallarse animada por tal o cual sentimiento. Ahora bien, ese *no sé qué* es la expansión del fluido periespiritual de la persona, el cual se ha puesto en contacto con el nuestro, actuando como una especie de cable eléctrico conductor del pensamiento. Por lo tanto, es comprensible que los Espíritus, cuya envoltura fluídica es mucho más libre que en el estado de encarnación, ya no tengan necesidad de sonidos articulados para comunicarse.

El fluido periespiritual del encarnado es, por consiguiente, puesto en acción por el Espíritu. En caso de que, mediante su voluntad, el Espíritu lance rayos —por decirlo de algún modo— contra otro individuo, esos rayos lo penetrarán. De ahí resulta que la acción magnética es más o menos poderosa según la voluntad, y más o menos benéfica según la naturaleza más o

menos buena y vivificante de esos rayos. Porque, mediante su acción, esos rayos pueden penetrar los órganos y, en algunos casos, restablecer su estado normal. Sabemos cuán importante es la influencia de la cualidades morales del magnetizador.

Lo que el Espíritu encarnado puede hacer al lanzar su propio fluido sobre un individuo, también puede ser hecho por un Espíritu desencarnado, pues este tiene el mismo fluido; es decir, que el Espíritu desencarnado puede magnetizar, y, si es bueno o malo, su acción será benéfica o perjudicial.

De tal modo, es fácil darse cuenta de la naturaleza de las impresiones que recibimos según el medio en que nos encontramos. Si una reunión está compuesta por personas animadas de malos sentimientos, ellas llenarán el aire del ambiente con el fluido impregnado de sus pensamientos, de modo que las almas buenas experimentarán en ese medio un malestar moral análogo al malestar físico causado por las exhalaciones mefíticas: *el alma se asfixia*. Por el contrario, cuando las personas tienen buenas intenciones, nos encontramos en su atmósfera como en un aire vivificante y salubre. El efecto será naturalmente el mismo en un medio lleno de Espíritus, conforme estos sean buenos o malos.

Una vez que esto se ha comprendido, llegamos sin dificultad a la acción material que los Espíritus errantes ejercen sobre los Espíritus encarnados, y de ahí a la explicación de la mediumnidad.

Si un Espíritu pretende actuar sobre un individuo, se aproxima a él y, por decirlo de algún modo, lo envuelve con su periespíritu como si este fuera un manto; los fluidos se compenetran, los dos pensamientos y las dos voluntades se confunden, y entonces el Espíritu puede valerse de ese cuerpo como si fuera el suyo, para hacer que actúe según su voluntad:

hablar, escribir, dibujar, etc. Tales individuos son los médiums. Si el Espíritu es bueno, su acción resulta suave, benéfica, y solo induce a que se hagan cosas buenas. Si es malo, induce a que se hagan cosas malas. Si es perverso y maligno, lo oprime como en una red, paraliza incluso su voluntad y su juicio, a los que sofoca con su fluido, como se sofoca el fuego con un caudal de agua. Hace que piense, hable, actúe por él, lo impulsa a pesar suyo a ejecutar actos extravagantes o ridículos; en una palabra, lo magnetiza, lo *cataleptiza*⁶⁶ moralmente, de modo que el individuo se convierte en un instrumento ciego de su voluntad. Tal es la causa de la obsesión, de la fascinación y de la subyugación, que se presentan en grados de intensidad muy diversos. Al paroxismo de la subyugación se lo denomina vulgarmente *posesión*. Vale señalar que en ese estado el individuo tiene muy a menudo conciencia de que las cosas que hace son ridículas, pero es obligado a hacerlas, como si un hombre más vigoroso lo obligara a mover los brazos, las piernas y la lengua. Veamos un ejemplo curioso:

En una pequeña reunión en Burdeos, en el transcurso de la evocación, el médium, un hombre joven, de carácter dulce y perfecta urbanidad, de repente se puso a golpear la mesa, se levantó con la mirada amenazante, mostrando los puños, para luego insultar a los presentes del modo más grosero, con la intención de arrojarles el tintero por la cabeza. Dicha escena, tanto más aterradora por el hecho de que nadie la esperaba, duró unos diez minutos, tras los cuales el joven recuperó la calma habitual. Entonces se disculpó por lo que acababa de ocurrir, y dijo que sabía muy bien que había hecho y dicho cosas inapropiadas, pero que no había podido evitarlo. Ente-

66. En el original: *le cataleptise*. Lo pone en estado cataléptico. (N. del T.)

rados de lo ocurrido, solicitamos la explicación en una sesión de la Sociedad de París. Se nos respondió que el Espíritu que había provocado la escena era más bromista que malo, y que simplemente había querido divertirse con el espanto de los asistentes. La verdad de esta explicación queda demostrada por el hecho de que la escena no se repitió, y porque el médium continuó recibiendo excelentes comunicaciones. Será bueno referir lo que probablemente había excitado los bríos de ese Espíritu chistoso. Un exdirector de orquesta del teatro de Burdeos, el señor Beck, había experimentado, durante varios años antes de morir, un singular fenómeno. Cada noche, al salir del teatro, tenía la impresión de que un hombre se colgaba de sus hombros y, a horcajadas, andaba aferrado a él hasta que llegaba a la puerta de su casa. Una vez ahí, el supuesto individuo se apeaba y el señor Beck quedaba liberado. En aquella reunión, habían querido evocar al señor Beck para pedirle una explicación, pero al Espíritu bromista le pareció divertido sustituirlo y provocar esa escena diabólica a través del médium, en quien sin duda encontró las disposiciones fluídicas necesarias para que lo secundara.

Lo que en esa circunstancia fue apenas accidental, a veces adquiere un carácter permanente cuando el Espíritu es malo, porque el individuo se convierte para él en una auténtica víctima, en la que puede imprimir la apariencia de una verdadera locura. Decimos *apariencia*, porque la locura propiamente dicha resulta siempre de una alteración de los órganos cerebrales, mientras que, en este caso, los órganos se encuentran tan intactos como los del joven al que acabamos de referirnos. Por lo tanto, no hay locura real, sino locura aparente, contra la cual los remedios de la terapéutica son impotentes, conforme lo demuestra la experiencia. Más aún, esos remedios pue-

den producir una locura que no existía. Las casas de alienados contienen muchos enfermos de este tipo, en los que el contacto con otros alienados solo resulta muy perjudicial, porque ese estado siempre denota cierta debilidad moral. Por consiguiente, aparte de todas las variedades de locura patológica, corresponde considerar la *locura obsesiva*, que requiere tratamientos especiales. No obstante, ¿de qué modo un médico materialista podría hacer esta diferencia, o admitirla siquiera?

“¡Bravo! —exclamarán nuestros adversarios—. Con esto no se podría demostrar mejor los peligros del espiritismo, de modo que tenemos mucha razón al prohibirlo.”

¡Un momento! Lo que hemos dicho demuestra precisamente su utilidad.

¿Acaso pensáis que los Espíritus malos, que pululan en medio de la humanidad, esperaron a que se los evocara para que pudieran ejercer su influencia perniciosa? Dado que los Espíritus han existido en todo tiempo, también en todo tiempo desempeñaron el mismo papel, porque ese papel está en la naturaleza, y la prueba de eso radica en la gran cantidad de personas obsesas —o posesas, si preferís— que existieron antes de que se pensara en los Espíritus, o que en la actualidad nunca escucharon referencias al espiritismo ni a los médiums. La acción de los Espíritus, buenos o malos, es espontánea. La de los malos produce una infinidad de perturbaciones en la economía moral e incluso física, las cuales, debido a la ignorancia de su verdadera causa, se atribuyen a causas erróneas. Los Espíritus malos son enemigos invisibles, tanto más peligrosos por el hecho de que su acción es insospechada. El espiritismo, al exponerlos, revela una nueva causa respecto de ciertos males de la humanidad. Una vez conocida la causa, ya no se intentará combatir el mal con tratamientos que se con-

siderarán inútiles, de modo que se buscará otros más eficaces. Ahora bien, ¿qué es lo que permitió descubrir esa causa? La mediumnidad. A través de la mediumnidad, esos enemigos ocultos delataron su presencia. Esta facultad logró respecto de ellos lo que el microscopio logró respecto de los infinitamente pequeños: reveló todo un mundo. El espiritismo no atrajo a los Espíritus malos, sino que los reveló, y además brindó los medios necesarios para paralizar su acción y, por consiguiente, para alejarlos. Así pues, no produjo ese mal, dado que este ya existía, sino que, por el contrario, aportó el remedio para ese mal, mostrando su causa. Una vez que se reconozca la acción del mundo invisible, se poseerá la clave de una infinidad de fenómenos incomprendidos, y la ciencia, enriquecida con esta nueva ley, verá que se abren ante ella nuevos horizontes. ¿Cuándo ocurrirá esto? Cuando la ciencia deje de profesar el materialismo, porque el materialismo detiene su crecimiento y le opone una barrera infranqueable.

Antes de referirnos al remedio, expliquemos un hecho que confunde a muchos espíritas, sobre todo en los casos de obsesión simple, es decir, en aquellos casos en los que con mucha frecuencia un médium no puede deshacerse de un Espíritu malo que se comunica obstinadamente con él mediante la escritura o la audición; o en el caso, no menos frecuente, en el cual en medio de una buena comunicación un Espíritu se inmiscuye para decir cosas malas. En tales casos, nos preguntamos si los Espíritus malos son más poderosos que los buenos.

Recordemos lo dicho al comienzo respecto del modo como actúan los Espíritus, y representémonos un médium envuelto, penetrado por el fluido periespiritual de un Espíritu malo. Para que el fluido de un Espíritu bueno pueda actuar sobre ese médium, es necesario que penetre esa envoltura, y

sabemos que la luz penetra difícilmente una niebla espesa. Según el grado de obsesión, esa niebla será permanente, tenaz o intermitente, y por lo tanto se disipará con mayor o menor facilidad.

Nuestro corresponsal de Parma, el señor Superchi, nos ha enviado dos dibujos realizados por un médium vidente, y que representan perfectamente esa situación. En uno de ellos, vemos la mano de un médium escribiente envuelta en una nube oscura: es la imagen del fluido periespiritual de los Espíritus malos. Un rayo de luz atraviesa la nube e ilumina la mano: es el fluido bueno que la dirige y se opone a la acción del malo. En el otro dibujo, la mano está a oscuras; la luz rodea la nube, pero no puede penetrarla. Lo que en ese dibujo se limita a la mano, debe abarcar toda la persona.

Sigue pendiente la cuestión de saber si el Espíritu bueno es menos poderoso que el malo. No se trata de que el Espíritu bueno sea más débil, sino de que el médium no sea bastante fuerte para quitarse el manto que arrojaron sobre él, para liberarse de la opresión de los brazos que lo retienen y en los cuales –hay que decirlo– a veces se complace. En este caso, se comprende que el Espíritu bueno no prevalezca, porque el médium prefiere a otro. Admitamos, en cambio, que el médium desee liberarse de esa envoltura fluídica que penetra la suya como un vestido es penetrado por la humedad. En tal caso, el deseo no será suficiente; no siempre basta con la voluntad.

Se trata de luchar contra un adversario. Ahora bien, cuando dos hombres luchan cuerpo a cuerpo, el vencedor será el que tenga los músculos más fuertes. En relación con un Espíritu, no habrá que luchar cuerpo a cuerpo, sino Espíritu a Espíritu, y aquí también vencerá el más fuerte. En este caso,

la fuerza radica en la *autoridad* que se puede ejercer sobre el Espíritu, y esa autoridad se halla subordinada a la superioridad moral. La superioridad moral es como el sol, que disipa la niebla con el poder de sus rayos. Esforzarse para ser bueno, para ser mejor si ya se es bueno, para purificarse de las imperfecciones, en una palabra: para elevarse moralmente lo más posible, tal es el medio para que se adquiera el poder de dirigir a los Espíritus inferiores, a fin de apartarlos. De lo contrario, se burlan de vuestras órdenes. (Véase *El libro de los médiums*, §§ 252 y 279.)

Con todo —se dirá—, ¿por qué los Espíritus protectores no les ordenan que se retiren? No cabe duda de que pueden hacerlo, y a veces lo hacen. No obstante, al permitir la lucha, también ceden el mérito de la victoria. Cuando dejan que personas meritorias en algunos aspectos se debatan, lo hacen para evaluar su perseverancia y permitirles que adquieran *más fuerza* en el bien; para ellas es una especie de *gimnasia moral*.

Esta es nuestra respuesta a un coronel del Estado Mayor austríaco, en Hungría, el señor P..., quien nos consultó acerca de una afección que él atribuía a los Espíritus malos, disculpándose por tratarnos de amigo, toda vez que solo nos conoce de nombre:

“El espiritismo es el vínculo fraternal por excelencia, y tenéis razón al pensar que los que comparten esta creencia pueden tratarse de amigos sin conocerse. Os agradezco el hecho de que vuestra opinión sobre mí sea tan buena como para darme ese título.

”Me alegra encontrar en vos un adepto sincero y dedicado de esta consoladora doctrina; pero justamente porque es consoladora, debe infundir la fuerza moral y la resignación para soportar las pruebas de la vida, que muy a menudo son

expiaciones. La *Revista Espírita* os ofrece numerosos ejemplos al respecto.

”En lo que concierne a la enfermedad que sufrís, no veo en ella una prueba evidente de la influencia de los Espíritus malos que estarían obsesionándoos. Aun así, admitámosla como hipótesis. A una fuerza moral solo podría oponerse otra fuerza moral, y esta fuerza no puede surgir más que de vos. Contra un Espíritu se requiere luchar de Espíritu a Espíritu, y el vencedor será el Espíritu más fuerte. En tal caso, pues, es necesario esforzarse para adquirir la mayor suma posible de superioridad mediante la voluntad, así como la energía y las cualidades morales para tener derecho a decir: *¡Vade retro!* Por lo tanto, si os vinculáis con alguno de esos Espíritus, no lo venceréis con vuestro sable de coronel, sino con la espada del ángel, es decir, con la virtud y la plegaria. La especie de miedo y de angustia que experimentáis en esos momentos es un signo de debilidad que el Espíritu aprovecha. Sobreponed a ese temor, y con la voluntad triunfaréis. Así pues, imponed resueltamente, como lo hacéis ante el enemigo, y consideradme vuestro amigo dedicado y afectuoso”.

A. K.

No cabe duda de que algunas personas preferirían una receta más fácil para alejar a los Espíritus malos, como dirigirles algunas palabras o hacerles algunos gestos, por ejemplo, lo cual sería más cómodo que corregir los propios defectos. Lamentablemente, para *vencer a un enemigo, no conocemos ningún procedimiento más eficaz que ser más fuerte que él*. Cuando estamos enfermos, debemos resignarnos a tomar una medicina, por más amarga que sea. No obstante, cuando tenemos el

valor de beberla, ¡cuánto mejor nos sentimos y cuán fuertes somos! Así pues, es necesario convencerse de que, para alcanzar ese objetivo, no sirven las palabras sacramentales, ni las fórmulas, ni los talismanes, ni los signos materiales de ninguna clase. Los Espíritus malos se ríen de esas cosas y a menudo se complacen en recomendarlas, ocupándose siempre de afirmar que resultan infalibles, a fin de captar mejor la confianza de las personas de las que pretenden abusarse, porque entonces estas, confiadas en la virtud del procedimiento, se entregan sin temor.

Antes de tener la esperanza de dominar al Espíritu malo, es necesario dominarse a uno mismo. De todos los medios de adquirir la fuerza para lograrlo, el más eficaz es la voluntad secundada por la plegaria: la plegaria del corazón —se entiende—, y no esas palabras que salen de la boca más que del pensamiento. Se requiere orar al ángel de la guarda y a los Espíritus buenos para que nos asistan en la lucha, pero no basta con pedirles que alejen a los Espíritus malos, pues debemos recordar esta máxima: *Ayúdate, que el Cielo de ayudará*, y pedirles sobre todo la fuerza que nos falta para vencer nuestras malas inclinaciones, que para nosotros son peores que los Espíritus malos, porque son esas inclinaciones las que los atraen, como la podredumbre atrae a las aves de rapiña. El hecho de orar también por el Espíritu obsesor, significa devolverle bien por mal y mostrarse mejor que él, lo cual constituye de por sí una superioridad. Con perseverancia, muy a menudo se le infunden mejores sentimientos, con lo cual deja de perseguirnos y se siente agradecido.

En resumen, la plegaria ferviente, así como los esfuerzos serios para ser mejores, son los únicos medios de que disponemos para alejar a los Espíritus malos, quienes aceptan como

sus amos a quienes practican el bien, mientras que las fórmulas los hacen reír. El enojo y la impaciencia los excitan. Hace falta cansarlos, mostrándose más pacientes que ellos.

No obstante, a veces ocurre que la subyugación llega a tal punto que paraliza la voluntad del obseso, de modo que no se puede esperar de él ninguna colaboración seria. En tal caso, sobre todo, resulta necesaria la intervención de terceros, ya sea con la plegaria o con la acción magnética. Pero el poder de esa intervención depende también del ascendiente moral que esos terceros pueden ejercer sobre los Espíritus, porque, si no son mejores que estos, su acción es estéril. En este caso, el efecto de la acción magnética consiste en penetrar el fluido del obseso con un fluido mejor, a la vez que desprender el fluido del Espíritu malo. Al operar, el magnetizador debe proponerse el doble objetivo de oponer una fuerza moral a otra fuerza moral, y producir en el sujeto una especie de reacción química —para valernos de una comparación material—, expulsando un fluido con otro fluido. De ese modo, el magnetizador no solo opera un desprendimiento saludable, sino que fortalece los órganos debilitados por una prolongada y a menudo vigorosa opresión. Por otra parte, se comprende que el poder de la acción fluídica no solo se corresponde con la energía de la voluntad, sino sobre todo con la calidad del fluido introducido. Según lo que hemos dicho, esa calidad depende de la instrucción y de las cualidades morales del magnetizador. De ahí se sigue que un magnetizador común, que obrara de manera maquinal para magnetizar pura y simplemente, produciría poco o ningún efecto. Resulta absolutamente necesario un magnetizador *espírita*, que obre con conocimiento de causa, con la intención de producir, no el sonambulismo o una cura orgánica, sino los efectos que acabamos de describir.

Por otra parte, es evidente que una acción magnética dirigida en tal sentido solo puede ser muy útil en los casos de obsesión común, porque entonces, si el magnetizador es secundado por la voluntad del obseso, el Espíritu es combatido por dos adversarios en vez de uno.

Debemos decir también que a menudo se acusa a Espíritus extraños de delitos de los que son inocentes. Determinados estados mórbidos y ciertas aberraciones, que se atribuyen a una causa oculta, a veces se deben simplemente al Espíritu del propio individuo. Las contrariedades, que por lo general se concentran en uno mismo, sobre todo las penas amorosas, han inducido a cometer muchos actos excéntricos que por error se atribuyeron a la obsesión. A menudo somos nuestro propio obsesor.

Por último, agreguemos que ciertas obsesiones tenaces, sobre todo en las personas meritorias, a veces forman parte de las pruebas a las que están sometidas. “Incluso en ocasiones ocurre que la obsesión, cuando es simple, constituye una tarea impuesta al obseso, que debe trabajar en el mejoramiento del obsesor, como un padre en el de un hijo vicioso”.

Para más detalles, véase *El libro de los médiums*.

Nos resta hablar de la obsesión colectiva o epidémica, y en particular de la de Morzine; pero esta exige consideraciones de alguna extensión para mostrar, mediante los hechos, las similitudes con las obsesiones individuales, y la prueba de eso la encontraremos tanto en nuestras propias observaciones como en las que están consignadas en los reportes de los médicos. Además, nos restará examinar el efecto de los medios empleados, y luego la acción del exorcismo y las condiciones en las que puede ser eficaz o nulo. La extensión de esta segunda par-

te nos obliga a convertirla en objeto de un artículo especial que se encontrará en el próximo número.

El espiritismo en Rochefort

Un episodio del viaje del señor Allan Kardec

Rochefort no es aún un foco de espiritismo, si bien cuenta con algunos adeptos fervientes, y también con numerosos simpatizantes de las ideas nuevas. No obstante, en esa comuna, el valor de la opinión existe menos que en otras partes, y muchos creyentes se mantienen al margen. El día que se atrevan a mostrarse, sorprenderá el hecho de que sean tan numerosos. Nosotros íbamos a encontrarnos con algunas personas aisladas, de modo que pensábamos detenernos allí una pocas horas, pero un pasajero, que se encontraba en el mismo coche que nosotros, nos reconoció por un retrato nuestro que había visto en Marennes, y comunicó a sus amigos nuestra llegada. De tal modo, recibimos una apremiante y muy gentil invitación de parte de varios espíritas que deseaban conocernos y recibir nuestras instrucciones. Así pues, nuestra partida se pospuso hasta el día siguiente, y tuvimos la dicha de pasar la noche en una reunión de espíritas sinceros y dedicados.

En el transcurso de la noche recibimos otra invitación, en términos no menos atentos, de parte de un alto funcionario y de varios notables de la ciudad, quienes expresaron su deseo de reunirnos al día siguiente, lo cual dio motivo a que nuestra partida se postergara una vez más. No habríamos mencionado estos detalle si no fuera porque resultan necesarios para las

explicaciones que, a propósito de un periódico de esa localidad, habremos de ofrecer a continuación.

En ese último encuentro, al comienzo de la sesión, pronunciamos la siguiente alocución:

“Señores:

”Mi intención era pasar en Rochefort tan solo algunas horas, pero vuestro deseo de reunirnos, sobre todo por la manera como formulasteis la invitación, ha sido tan halagador que no dudé en aceptar. Ignoro si todas las personas que me han hecho el honor de asistir a esta reunión son iniciadas en la ciencia espírita. Supongo que varias todavía son principiantes en dicha materia. Incluso aquí podrían encontrarse algunas que sean hostiles a ella. Ahora bien, debido a la idea falsa que acerca del espiritismo se han formado los que no lo conocen o solo lo conocen de manera imperfecta, el resultado de esta sesión podría causar algunas decepciones en los que no encontrarán en ella lo que esperan. Por eso, debo explicar claramente su objeto, para que no haya malentendidos.

”Ante todo debo explicaros el objetivo que me propongo en mis viajes. Visito únicamente los centros espíritas, para impartirles las instrucciones que puedan necesitar. Sería un error suponer que voy a predicar la doctrina a los incrédulos. El espiritismo es una ciencia completa que requiere estudios serios, como todas las ciencias, y numerosas observaciones. Para desarrollarla, habría que dictar un curso como corresponde, y un curso de espiritismo no podría dictarse en una o dos reuniones, como tampoco uno de física o de astronomía. De tal modo, para los que ignoran sus rudimentos, me veo obligado a remitirlos a la fuente, es decir, al estudio de las obras en las que encontrarán la información necesaria y la respuesta a la mayoría de las preguntas que podrían formularse, preguntas

que la mayoría de las veces aluden a los principios más elementales del espiritismo. Por eso, en mis visitas, solo me dirijo a los que ya lo conocen y no tienen necesidad del abecé, sino de una enseñanza complementaria. Por consiguiente, *nunca* voy a dar lo que se denomina *sesiones*, ni a convocar al público para que asista a experiencias o demostraciones, y menos aún voy a hacer exhibiciones de los Espíritus. Los que confiaran en ver aquí algo semejante, se equivocarían por completo, de modo que me apresuro a desengañarlos.

”La reunión de esta noche es de algún modo excepcional y ajena a mis costumbres. Por los motivos que acabo de exponer, no pretendo convencer a los que rechazan las bases mismas de mis principios. Solo deseo una cosa: que se lleven consigo, a falta de convicción, la idea de que el espiritismo es algo serio y digno de atención, dado que en él ponen su atención los hombres más esclarecidos en todos los países. Es comprensible que no se lo acepte ciegamente y sin examen, pero sería presumido estar en desacuerdo con una opinión que cuenta con la mayoría de sus partidarios en la élite de la sociedad. Las personas sensatas afirman: ‘Hay tantas cosas nuevas que nos sorprenden y que habrían parecido absurdas hace un siglo. Vemos a diario que se descubren leyes nuevas y se revelan nuevas fuerzas de la naturaleza, de modo que sería ilógico admitir que la naturaleza haya dicho su última palabra’. Así pues, antes de negar, es prudente estudiar y observar. Para juzgar una cosa, es necesario conocerla. Solo es aceptable la crítica que habla de lo que sabe. ¿Qué se diría de un hombre que, sin saber música, criticara una ópera? ¿O de aquella otra que, sin las nociones básicas de la literatura, criticara una obra literaria? Pues bien, lo mismo se diría de la mayoría de los detractores del espiritismo: juzgan a partir de datos in-

completos, y a menudo incluso de oídas. De tal modo, todas sus objeciones denotan la más absoluta ignorancia del asunto. No podemos más que responderles: estudiad antes de juzgar.

”Conforme he tenido el honor de deciros, señores, me resultaría materialmente imposible desarrollar ante vosotros los principios de la ciencia espírita. En cuanto a satisfacer la curiosidad de cualquier persona, entre vosotros las hay que me conocen bastante para saber que ese es un papel que jamás he desempeñado. Con todo, ante la imposibilidad de exponeros esta ciencia en detalle, puede resultar útil que os dé a conocer su objetivo y sus tendencias. Eso me propongo hacer ahora, para que luego juzguéis si ese objetivo es serio y si es lícito burlarse de él. Así pues, rogaré vuestro permiso para leeros algunos pasajes del discurso que pronuncié en las grandes reuniones de Lyon y de Burdeos. Para quienes solo tienen una idea incompleta del espiritismo, no cabe duda de que el tema principal se mantendrá como hipótesis, puesto que me dirijo a adeptos ya instruidos. Sin embargo, a la espera de que las circunstancias hayan convertido esa hipótesis en una verdad para vosotros, podréis ver sus consecuencias, así como la naturaleza de las instrucciones que imparto, y juzgar de ese modo el carácter de las reuniones a las que asisto.

”No obstante, puedo decir que en el espiritismo nada es hipotético: entre todos los principios formulados en *El libro de los Espíritus* y en *El libro de los médiums*, no hay uno solo que sea el producto de un sistema o de una opinión personal. Todos, sin excepción, son fruto de la experiencia y de la observación. Yo no podría reivindicar ninguno de ellos como producto de mi iniciativa. Esas obras contienen lo que aprendí, y no lo que creé. Ahora bien, eso que aprendí, otros pueden aprenderlo también; pero, al igual que yo, tendrán que traba-

jar. Yo solo les evité el esfuerzo de los primeros trabajos y las primeras investigaciones”.

A continuación de ese preámbulo, leímos algunos fragmentos del discurso pronunciado en Lyon y en Burdeos, y luego dimos algunas explicaciones, necesariamente muy sumarias, acerca de los principios fundamentales del espiritismo, entre otros: la naturaleza de los Espíritus y los medios a través de los cuales se comunican, concentrándonos sobre todo en destacar la influencia moral que resulta de las manifestaciones, por la certeza de la vida futura, y los efectos de esa certeza en la conducta durante la vida presente.

Con el preámbulo, era imposible establecer la situación de una manera más clara, así como precisar mejor el objetivo que nos proponíamos, a fin de evitar cualquier malentendido. Debimos tomar esa precaución porque sabíamos que la reunión estaba lejos de ser homogénea y completamente simpática. Naturalmente, eso no satisfizo a los que esperaban presenciar una sesión al estilo de las del señor Home. Uno de los asistentes llegó a declarar amablemente que no era eso lo que esperaba. Por nuestra parte, entendimos su planteo sin dificultad, puesto que, en vez de exhibir fenómenos curiosos, íbamos a hablar de moral. Incluso nos pidió con tanta insistencia que le diéramos pruebas de la existencia de los Espíritus, que nos forzó a decirle que no teníamos Espíritus en el bolsillo para mostrárselos. Creo que por poco no llegó a decirnos: “Buscad bien”.

Un periodista, que firma con el pseudónimo *Tony*, presente en la reunión, consideró oportuno publicar una nota al respecto en *El Espectador* [*Le Spectateur*], un semanario de teatros, en su edición del 12 de octubre. Comienza así:

“*Engolosinado* por el anuncio de una velada espírita, me apresuré a concurrir para escuchar a uno de los más reputados

hierofantes de esa *ciencia*... Así es como los adeptos califican al espiritismo. El numeroso auditorio aguardaba con cierta ansiedad el desarrollo de las bases de esa *ciencia*... dado que es una *ciencia*. El señor Allan Kardec, autor de *El libro de los Espíritus* y de *El libro de los médiums*, habría de iniciarnos en esos temibles secretos. Movidos por un sentimiento de curiosidad muy comprensible, y que no tenía nada de hostil, confiábamos en salir de esa sesión con una convicción a medias, en caso de que el Profesor, un hombre de habilidad incuestionable, se ocupara de exponer su doctrina. Pero el señor Allan pensó de otro modo, lo cual es lamentable. No pretendíamos que evocara a los Espíritus, pero sí que al menos brindara explicaciones claras, o incluso elementales, para *facilitar la experimentación de los profanos*".

Este comienzo caracteriza claramente el pensamiento de algunos de los oyentes, que suponían ser *espectadores*. La palabra *engolosinado* dice más que el resto. Ellos pretendían *explicaciones claras para facilitar la experimentación de los profanos*; dicho de otro modo, una receta para que cada uno, en su casa, pudiera divertirse evocando a los Espíritus.

A continuación, el señor Tony hace una perorata acerca de la base de la doctrina: la caridad, y otras máximas que –según él– proceden directamente del cristianismo y no enseñan nada nuevo. Si algún día ese señor se tomara el trabajo de leer, sabría que el espiritismo nunca tuvo la pretensión de entregar a los hombres una moral que no fuera la de Cristo, y que no se dirige a los que PRACTICAN esa moral en toda su pureza. Pero como hay muchos que no creen en Dios, como tampoco en su propia alma ni en las enseñanzas de Cristo, o bien que dudan en mayor o menor medida, y cuya moral se resume en estas palabras: *cada uno para sí mismo*, entonces el espiritismo,

al demostrar la existencia del alma y de la vida futura, viene a dar una sanción práctica, un carácter necesario a esa moral. Quisiéramos creer que el señor Tony no tiene necesidad de esa moral, y que tiene una fe viva, una religión sincera, dado que asume la defensa del cristianismo contra el espiritismo, a pesar de que las malas lenguas lo acusen de ser un tanto materialista. También quisiéramos creer que practica la caridad cual verdadero cristiano; que, conforme al ejemplo de Cristo, es manso y humilde; que no tiene orgullo, ni vanidad, ni ambición; que es bueno e indulgente para con todo el mundo, incluso para con sus enemigos; en una palabra, que tiene todas las virtudes del divino modelo; o que al menos no las desprecia en otros. El señor Tony continúa:

“El espiritismo tiene la pretensión de evocar a los Espíritus. Es cierto que los Espíritus no se someten a los caprichos ni a las exigencias. En caso de necesidad, pueden adoptar la apariencia de un cuerpo reconocible, incluso con ropas, y solo se relacionan con un médium con la condición de envolverse en una capa fluídica de la misma naturaleza... ¿Por qué no de naturaleza contraria, como en la electricidad? La *ciencia* del espiritismo no lo explica”.

Nosotros le decimos: “Leed y lo sabréis”.

“No sé si los adeptos se habrán retirado satisfechos; pero no cabe duda de que los ignorantes, sinceramente deseosos de instruirse, no se llevaron nada de esa sesión, salvo la convicción de que el espiritismo no se demuestra. ¿Acaso fue culpa del Profesor, o será que el espiritismo solo revela sus arcanos a los fieles? No os lo diremos... y con razón.”

TONY

CONCLUSIÓN. *El espiritismo no se demuestra.* El señor Tony habría tenido que explicar claramente, ya que a él le gustan tanto las explicaciones claras, porqué el espiritismo es demostrado a millones de hombres que no son necios ni ignorantes. Que se tome el trabajo de estudiar y lo sabrá, en caso de que —como él dice— sea tan deseoso de instruirse. Con todo, dado que consideró oportuno hacer pública una reunión que no tenía nada de pública —como si se tratara de la crítica de un espectáculo, al que se asiste *engolosinado* por el atractivo del afiche—, para ser imparcial habría tenido que referir las palabras que dijimos al comienzo.

De todos modos, no podemos más que congratularnos de la urbanidad que presidió esa reunión, y aprovechamos esta circunstancia para presentarle al eminente funcionario, señor La Maison, nuestro agradecimiento por su acogida plena de benevolencia y cordialidad, así como por la iniciativa de poner su salón a nuestra disposición. Nos pareció oportuno demostrarle, al igual que a la élite allí reunida, las tendencias morales del espiritismo y la naturaleza de la enseñanza que nosotros impartimos en los centros que visitamos.

El señor Tony ignora si los adeptos quedaron satisfechos. Desde su punto de vista, es evidente que la sesión no arrojó ningún resultado. En cuanto a nosotros, preferimos dejar en algunos oyentes la impresión de un moralista aburrido, antes que la imagen de un actor. Lo cierto es que no todos compartieron su opinión. Sin mencionar a los adeptos que estaban allí, de quienes recibimos calurosos testimonios de afecto, citaremos a dos señores que, al finalizar la sesión, nos preguntaron si las instrucciones que habíamos leído serían publicadas, y agregaron que, si bien se habían formado acerca del espiritismo una idea completamente falsa, ahora lo consi-

deraban desde otro punto de vista, pues comprendían su lado serio y útil, y se proponían estudiarlo en profundidad. Si apenas hubiéramos obtenido ese resultado, habríamos quedado satisfechos. “Eso es poco” —dirá el señor Tony—. De acuerdo, pero él ignora que dos granos que dan fruto se multiplican. Además, tenemos la certeza de que todos los que hemos sembrado en tales circunstancias no se perderán, y que hasta el viento levantado por el señor Tony hará que algunos caigan en tierra fértil.

El señor Florentin Blanchard, librero de Marennnes, consideró oportuno responder el artículo del señor Tony con una carta que se publicó en *Les Tablettes des Deux Charentes*, del 25 de octubre.

En la réplica a dicha carta, el señor Tony presenta esta conclusión:

“El espiritismo sobrexcita perjudicialmente la mente de los crédulos, agrava el estado de las mujeres que padecen una gran irritabilidad nerviosa, y las vuelve locas o las *mata*, en caso de que persistan en sus aberraciones.

”El espiritismo es una enfermedad; como tal, debe ser combatido. Además, forma parte de las cosas... malsanas, estudiadas por la higiene pública y moral”.

Aquí sorprendemos al señor Tony en flagrante delito de contradicción. En el primer artículo, referido más arriba, dice que asistió a la reunión “movido por un sentimiento de curiosidad muy comprensible, *y que no tenía nada de hostil*”. ¿Cómo se explica que no fuera hostil ante algo que él considera *una enfermedad, una cosa malsana, etc.*?

Más adelante, dice que *esperaba explicaciones claras para facilitar la experimentación de los profanos*. ¿De qué modo pre-

tendía ser iniciado, tanto él como los profanos, en la experimentación de algo que según él puede volver loco y MATAR? ¿Por qué fue a la reunión? ¿Por qué no disuadió a sus amigos de que asistieran a la enseñanza de algo tan peligroso? ¿Por qué se lamenta de que esa enseñanza no cubriera sus expectativas y no fuera tan completa como él hubiera deseado? Dado que, en su opinión, esa cosa es tan perniciosa, en vez de hacernos un reproche por haber sido tan poco explícitos, habría tenido que felicitarnos.

Otra contradicción. Si fue a la reunión para saber qué es, qué quiere y qué puede hacer el espiritismo, y si nos echó en cara no haberlo instruido al respecto, entonces no lo conocía. Ahora bien, dado que no estudió el espiritismo, ¿cómo sabe que es tan peligroso? Lo juzga, pues, sin conocerlo. De tal modo, con su autoridad privada, decide que el espiritismo es algo malo, una cosa malsana y que puede MATAR, toda vez que acaba de declarar que no sabe lo que es. ¿Es este el lenguaje de un hombre serio? Hay críticas que se refutan a sí mismas a tal punto que basta con señalarlas, y sería superfluo darles mayor importancia. En otras circunstancias, una afirmación como la de *matar* habría merecido una denuncia por calumnias, pues implica una grave acusación contra nosotros y contra una clase de hombres muy honorables, que en la actualidad es inmensamente numerosa.

Eso no es todo. A este segundo artículo le siguieron varios otros en los que el señor Tony desarrolla su tesis.

Ahora bien, esto leemos en *El Espectador*, del 26 de octubre, con motivo de la primera carta del señor Blanchard:

“La redacción de *El Espectador* recibió, procedente de Marennes, con la firma de Florentin Blanchard, una carta en respuesta a nuestro primer artículo, del día 12, cuando este

otro artículo ya estaba compuesto. La redacción lamenta que la exigüidad de su formato no le permita abrir sus columnas a una conversación acerca del espiritismo. *Les Tablettes*, por pedido expreso de *El Espectador*, publicará esa carta *in extenso*.

”Por nuestra parte, nos reservamos la respuesta para otro momento, y trataremos de no ceder, como su autor, a las inspiraciones de un *Espíritu inconveniente*”.

TONY

Más adelante, tras una segunda carta del señor Blanchard, publicada esta vez en *El Espectador*, leemos:

“Os concedemos la hospitalidad con placer, señor Florentin Blanchard, pero no debería abusar de ella. Vuestra carta de hoy me acusa de no haber estudiado el espiritismo. ¿Cómo lo sabéis? No cabe duda de que solo pretendéis discutir con iluminados, y en tal sentido no soy la persona adecuada. ¡De acuerdo...!

”¿Por qué no respondéis, señor, a las proposiciones con las que finalizo mi última carta... en vez de acusarme vagamente? Esta correspondencia prolongada pierde interés; permitidme que no la continúe.

”Próximamente retomaré mi serie de artículos acerca del espiritismo, pero tan solo de vez en cuando, pues la poca extensión de *El Espectador* no le permite publicar estudios prolongados respecto de este tema tan divertido.

”Por más que hagáis, señor, no tomaremos en serio a los espíritas, ni consideraremos al espiritismo como una *ciencia*”.

TONY

De tal modo, está claro que el señor Tony se propone atacar al espiritismo, arrastrarlo en el fango, calificarlo de cosa malsana, decir que *mata*, aunque sin mencionar a cuántas personas ha matado. Sin embargo, no quiere controversias. Su periódico tiene bastante espacio para *sus* ataques, pero muy poco para las réplicas. Le parece más cómodo hablar solo. Olvidó que debido a la naturaleza y la personalidad de esos ataques, la ley podría obligarlo a publicar una respuesta con el doble de extensión, a pesar de la exigüidad de su periódico.

Al referir las particularidades de nuestra estadía, quisimos mostrar que nosotros no hemos buscado ni solicitado esa reunión, de modo que no *engolosinamos* a nadie para que fuera a escucharnos. Además, desde el principio nos ocupamos de señalar claramente cuál era nuestra intención. Los que se desilusionaron eran libres de retirarse. Ahora nos alegramos de la circunstancia fortuita, o mejor dicho, providencial, que hizo que nos quedáramos, dado que generó una polémica que no hace más que servir a la causa del espiritismo, pues lo da a conocer como lo que es: un hecho moral, y no como lo que no es: un espectáculo para satisfacer a los curiosos; aparte de que concedió a la crítica, una vez más, la oportunidad de mostrar la lógica de sus argumentos.

Ahora, señor Tony, permítanos dos palabras más, por favor. Para exponer públicamente cosas como las que habéis escrito, es preciso estar muy seguro de que ocurrieron, y tenéis la obligación de demostrarlo. Es muy cómodo discutir solo. Con todo, no pretendo mantener con vos ninguna polémica. No tengo tiempo para eso, y además vuestro periódico es demasiado pequeño para incluir la crítica y su refutación. Por otra parte —y digo esto sin ofenderos—, su influencia no va demasiado lejos. Os ofrezco algo mejor: que vengáis a París, a la

Sociedad que yo presido, es decir, ante ciento cincuenta personas, para que podáis sostener y demostrar lo que publicáis. Si estáis seguro de decir la verdad, no tendréis nada que temer; y os prometo por mi honor que, a través de la *Revista Espírita*, vuestros argumentos y el efecto que hayáis causado irán de la China a México, pasando por todas las capitales de Europa.

Notad, señor, que lleváis las de ganar, porque no os hago esta propuesta con la esperanza de convertirnos —cosa que no pretendo en absoluto—. Así pues, tendréis la plena libertad de mantener vuestras convicciones, y vuestras ideas contra el espiritismo tendrán la ocasión de generar una gran repercusión. Para que sepáis a qué ateneros, os diré quiénes integran la Sociedad: abogados, comerciantes, artistas, hombres de letras, científicos, médicos, rentistas, buenos burgueses, oficiales, artesanos, príncipes, etc.; todos reunidos junto a cierta cantidad de damas, lo cual os garantiza una actitud irreprochable en cuanto a la urbanidad. Y todos ellos impregnados hasta la médula, como el resto de los cinco o seis millones de adeptos, de *esa cosa malsana, estudiada por la higiene pública y moral*, de la que tan ardientemente deseáis curarlos.

¿Es posible el espiritismo?

(Extraído de *L'Écho de Sétif*,
del 18 de septiembre de 1862.)

Tal es el título de un muy erudito y profundo artículo, firmado por *Jalabert*, y publicado con este epígrafe: *Mens agitatur molem*, por *L'Écho de Sétif*, uno de los periódicos más acredi-

tados de Argelia. Lamentamos que su extensión nos impida publicarlo completo, pues de lo contrario se interrumpiría la concatenación de los argumentos con los cuales el autor avanza, mediante un inmenso sorites, a partir de la creación del cuerpo y el Espíritu por parte de Dios, pasando por la acción del Espíritu sobre la materia, hasta llegar a la posibilidad de las comunicaciones entre el Espíritu libre y el Espíritu encarnado. Sus deducciones son tan lógicas que, a menos que se niegue a Dios y al alma, resulta imposible no decir: ¡no puede ser de otro modo! Por nuestra parte, apenas citaremos algunos fragmentos y, sobre todo, la conclusión.

“Cuando Fulton le presentó a Napoleón I su sistema de aplicación del vapor en la navegación, afirmó y ofreció demostrar que, si ese sistema era verdadero en la teoría, no lo era menos en la práctica.

”¿Qué le respondió Napoleón? Que en la teoría, su idea era inviable; y sobre la base de no aceptar nada *a priori*, sin tomar en cuenta las experimentaciones que el inmortal mecánico ya había realizado, como tampoco las que le pidió que realizara y que realizó, el gran Emperador no pensó más en Fulton ni en su sistema, hasta el día en que el primer barco a vapor se le apareció en el horizonte de Santa Elena.

”¿Qué cosa extraña, sobre todo en un siglo de observaciones físicas, de ciencias materiales y de *positivismo*! Más de una vez, el *hecho*, tan solo por ser extraordinario, inaudito, nuevo, el *hecho* —permítasenos decirlo— fue *descartado* por una simple excepción de *derecho*.

”De tal modo, para referirnos tan solo a las manifestaciones de los Espíritus, que remiten a la expresión *spiritismo*, hemos visto hombres serios e instruidos que exclamaron socarronamente, tras escuchar el relato concienzudo de algunas de

esas manifestaciones observadas o confirmadas por hombres inteligentes, convencidos y de buena fe: ‘¡Olvidaos de vuestro espiritismo y vuestras manifestaciones, y también de vuestros *médiums*! ¡Lo que contáis es imposible!’

”Decís que es imposible. ¡De acuerdo! No obstante, hacernos el favor, ¡oh! ¡genios trascendentes! Dignaos recordar las célebres palabras de un sabio de la Antigüedad, y antes de herirnos con vuestro soberbio desdén, os ruego que consintáis en escucharnos.

”Tened a bien leer estas líneas en su totalidad, seria y atentamente; y luego, con la mano en vuestra conciencia y la sinceridad en vuestros labios, atreveos, ¡atreveos a negar la posibilidad, la *racionalidad* del espiritismo! (...)”

“(...) Vosotros decís: *¡No comprendo ese misterio!* Pero tanto para nosotros como para vosotros, el movimiento material producido por un movimiento espiritual, la materia agitada por el pensamiento, el cuerpo movido por el Espíritu, ¡es incomprendible! Pero lo incomprendible no es imposible. ¡Negad esa acción, negad esa influencia, negad esa comunicación! No más Creación, no más encarnación, no más Redención, no más distinción entre el alma y el cuerpo, no más variedad en la unidad. No más Dios, no más cuerpo, no más Espíritu, no más religión, no más razón. El caos, siempre el caos, o lo que es peor: el panteísmo o el nihilismo.

”Resumamos. Filosóficamente, fisiológicamente, religiosamente, el espiritismo no es irracional ni absurdo.

”Por lo tanto, es *posible*.

”El hombre *actúa*. Sobre sí mismo, lo hace a través de su verbo interior o su voluntad y mediante sus sentidos; sobre sus semejantes, a través de su verbo interior o su palabra, y

también mediante sus sentidos. ¿Por qué, pues, a través de su verbo interior, no podría comunicarse con Dios, con el ángel y con los Espíritus; en una palabra, con cualquier otro ser *incorporal* por naturaleza, o accidentalmente *incorporificado*, desprendido de sus sentidos?

”El Espíritu es una fuerza, una fuerza que *actúa* sobre la materia, es decir, sobre un ser que no tiene nada en común con él, inerte, sin inteligencia. No obstante, existen vínculos entre el Creador y la creación, entre el ángel y el hombre, así como entre el alma del hombre y su cuerpo, y entre este y el mundo exterior.

”Con todo, de Espíritu a Espíritu, ¿qué es lo que impediría una acción, una comunicación recíproca? Si el Espíritu se comunica con seres cuya naturaleza es opuesta a la suya, realmente no podría concebirse que no pudiera comunicarse con seres de naturaleza idéntica a la suya.

”¿A qué se debería el obstáculo? ¿A la distancia? Pero entre los Espíritus la distancia no existe. *El aire está repleto de ellos*, ha dicho san Pablo, para hacernos comprender que, de alguna manera, gozan de la ubicuidad divina. ¿Se debería a una diferencia de jerarquía? Pero la jerarquía no viene al caso; toda vez que son Espíritus, y así lo exige su naturaleza, actúan y se comunican entre ellos. ¿Se debe a su estadía momentánea en los lazos corporales? Pero, en este caso, salvo la diferencia de los medios de comunicación, la propia comunicación no dejaría de existir. Mi Espíritu se comunica con el vuestro, y vuestro Espíritu, tanto como el mío, habita en un cuerpo. Con más razón se comunicará con un Espíritu *libre o liberado* de toda materia, tanto si es el Espíritu de un ángel o el de un alma de hombre.

”¡Hay más! Lejos de que algo lo impida, por el contrario, todo favorece tales comunicaciones. *Dios es amor*, y todo cuanto tenga algo de divino participa del amor. Pero el amor vive de comunicaciones, de *comuniones*. Dios ama al hombre, de modo que se comunica con él: en el Edén, a través de la palabra; en el Sinaí, mediante la escritura; en el establo de Belén y en la cima del Calvario, a través de su Verbo encarnado; en el altar, mediante su Verbo *transubstanciado* en el pan y el vino eucarísticos. (...)”

“(...) Tengamos la certeza, pues, de que las comunicaciones de alma a alma, de Espíritu a Espíritu, son posibles más aún que las del Espíritu a la materia.

”Ahora, ¿cuál será el instrumento, el medio de comunicación de los seres entre sí?

”Entre seres corporales, esa comunicación se operará a través del movimiento, que es como el verbo de los cuerpos.

”Entre seres puramente espirituales, mediante el pensamiento o la palabra interior, que es como el movimiento de los Espíritus.

”Entre seres espirituales y corporales a la vez, mediante ese mismo pensamiento revestido con un signo a la vez corporal y espiritual, mediante la palabra exterior.

”Entre un ser espiritual y corporal, por un lado, y un ser simplemente espiritual, por el otro, *en general* a través de la palabra interior, que se manifiesta hacia afuera con un *signo* material. (...)”

“(...) ¿Cuál será ese signo? Todo objeto material, que se mueva en un momento determinado, con una significación convenida con antelación, bajo la sola influencia, directa o

indirecta, de la voluntad o de la palabra interior del Espíritu con el cual deseamos comunicarnos.”

Recomendamos este artículo al señor Tony, de Rochefort. Este es uno de sus colegas que dice todo lo contrario de lo que él sostiene. Uno dice blanco, y el otro dice negro. ¿Quién tiene razón? Entre ambos existe esta diferencia: uno sabe que el otro no sabe. Dejamos en manos del lector el cuidado de examinar las dos lógicas.

El mismo periódico ha publicado varios artículos de otros escritores acerca de este mismo tema, los cuales, al igual que este, llevan el sello de una profunda observación y de un estudio serio. Nos referiremos a ellos más adelante.

Charles Fourier, Louis Jourdan y la reencarnación

Hemos extraído el siguiente pasaje de una carta que un amigo del autor tuvo la amabilidad de remitirnos.

“Figúrate cuánto me sorprendí al reconocer, en la doctrina espírita, acerca de la cual yo no tenía la menor idea, toda la teoría de Fourier acerca del alma, la vida futura, la misión del hombre en la vida actual y la reencarnación de las almas. Júzgalo por ti mismo. Esta es, en resumen, la teoría de Fourier:

”El hombre se encuentra sujeto al planeta. Vive su vida y no la abandona ni siquiera cuando muere.

”Hay dos existencias: la vida actual, que Fourier compara con el sueño, y la vida que él denomina *aromal*, es decir, la otra vida, que es el despertar. Su alma pasa alternativamente

de una vida a otra, y periódicamente vuelve a reencarnar en la vida actual.

”En la vida actual, el alma no tiene el sentimiento de sus vidas anteriores, pero en la vida aromal tiene conciencia de ellas y ve todas sus existencias precedentes.

”Las penas en la vida aromal consisten en los temores que las almas experimentan respecto de ser condenadas —cuando reencarnen en la vida actual— a animar el cuerpo de un desdichado. Porque —dice Fourier— a diario vemos personas que suplican caridad en las puertas de los castillos, de los que fueron propietarias en sus vidas precedentes, y agrega: ‘Si los hombres estuvieran convencidos de la verdad que traigo al mundo, se apresurarían a trabajar para la dicha de todos’.

”Ya ves, querido amigo, mediante este pequeño extracto, cuán similares son la doctrina de Fourier y la doctrina del espiritismo, y que, puesto que soy falansteriano, no resultó difícil convertirme en un adepto de la doctrina espírita”.

Es imposible ser más explícito respecto del capítulo de la reencarnación. No se trata apenas de una idea vaga de existencias sucesivas a través de los diferentes mundos, sino de que en este mundo el hombre vuelve a nacer para purificarse y expiar. Todo se encuentra ahí: alternativas de vida espiritual — que él denomina *aromal*— y de vida corporal; olvido momentáneo de las existencias anteriores durante la vida corporal, y recuerdo del pasado durante la espiritual; expiación mediante las vicisitudes de la vida. El ejemplo de los desdichados que piden limosna en la puerta de los castillos, de los que fueron propietarios en sus existencias precedentes, parece un calco de las revelaciones de los Espíritus. ¿A qué se debe, pues, que los que actualmente se encarnizan tanto contra la doctrina de la reencarnación, no dijieran nada cuando Fourier la presentó

como una de las piedras angulares de su teoría? Ocurre que en esa época les parecía confinada a los falansterios, en tanto que en la actualidad recorre el mundo, aparte de otras razones que se comprenderán fácilmente sin que tengamos necesidad de desarrollarlas.

Por otra parte, Fourier no es el único que tuvo la intuición de esa ley de la naturaleza⁶⁷. El germen de esa idea se encuentra en una infinidad de escritores modernos. El señor Louis Jourdan, redactor de *Le Siècle*, la formuló de manera inequívoca en su encantador librito *Les prières de Ludovic* [*Las oraciones de Ludovico*], publicado por primera vez en 1849, por consiguiente, antes de que se conociera el espiritismo, y sabemos que ese libro no es una obra de ficción, sino de convicción. Entre otras cosas, en él se lee lo siguiente:

“En lo que a mí respecta, os confieso que creo, pero creo firmemente, creo con pasión, como se creía en los tiempos primitivos, creo que cada una y cada uno de nosotros prepara actualmente su transformación futura, así como nuestra existencia actual es el producto de existencias anteriores”. El libro entero está contenido en este dato.

Ahora consideremos el asunto desde otro punto de vista, para responder un interrogante que se nos ha formulado varias veces al respecto: *Algunas personas objetan que la doctrina de la reencarnación es contraria a los dogmas de la Iglesia, y de ahí concluyen que no debe existir. ¿Qué se les puede responder?*

La respuesta es muy simple. La reencarnación no es un sistema cuya existencia dependa de que los hombres lo adopten o lo rechacen, como ocurre en el caso de un sistema político,

67. Véase el artículo del número de febrero: “La reencarnación en América”. (N. del T.)

económico o social. Si existe, es porque está en la naturaleza. Se trata de una ley inherente a la humanidad, como beber, comer y dormir. Es una alternativa de la vida del alma, como la vigilia y el sueño son alternativas de la vida del cuerpo. Si constituye una ley de la naturaleza, ninguna opinión a favor podrá imponerla, así como ninguna opinión contraria podrá impedir su existencia. La Tierra no gira alrededor del Sol porque creemos que gira, sino porque obedece a una ley, y los anatemas que se impusieron contra esa ley no impidieron que la Tierra gire. Lo mismo ocurre con la reencarnación; la opinión de algunos hombres no les impedirá que ellos renazcan si deben hacerlo. Así pues, una vez admitido que la reencarnación no puede ser otra cosa más que una ley de la naturaleza, en el supuesto de que no se corresponda con un dogma, se trata de saber a quién apoya la razón: al dogma o a la ley. Ahora bien, ¿quién puede ser el autor de una ley de la naturaleza, sino Dios? En tal caso, diría que la ley no es contraria al dogma, sino que el dogma es contrario a la ley, atento a que cualquier ley de la naturaleza es anterior al dogma, y a que los hombres renacían antes de que el dogma se estableciera. Si existiera una incompatibilidad absoluta entre un dogma y una ley de la naturaleza, esa sería la prueba de que ese dogma fue obra de hombres que no conocían la ley, porque Dios no puede contradecirse deshaciendo por un lado lo que hizo por otro. Afirmar esa incompatibilidad implica, por lo tanto, procesar al dogma. ¿Se sigue de ahí que el dogma sea falso? No, sino simplemente que puede ser susceptible de una interpretación, como se ha interpretado el *Génesis* cuando se reconoció que los seis días de la creación no se correspondían con la ley de la formación del globo. La religión ganará de ese modo, porque se deparará con menos incrédulos.

La cuestión es saber si la ley de reencarnación existe o no. Para los espíritas, hay mil pruebas contra una, lo cual será innecesario que se repita aquí. Apenas diré que el espiritismo demuestra que la pluralidad de las existencias no solo es posible, sino necesaria, indispensable, y la prueba de eso radica —sin mencionar la revelación de los Espíritus— en una multitud innumerable de fenómenos de orden moral, psicológico y antropológico. Esos fenómenos son *efectos que tienen una causa*, y al buscar esa causa, solo se la encuentra en la reencarnación, que se torna evidente por la observación de esos fenómenos, tanto como la presencia del sol se torna evidente por la luz del día, aunque se encuentre oculto tras las nubes. Para demostrar que el espiritismo está equivocado y que esa ley no existe, habría que explicar mejor que este, y por otros medios, TODO lo que él explica, y eso es lo que nadie ha hecho todavía.

Antes de que se descubrieran las propiedades de la electricidad, si alguien hubiera anunciado que se podía mantener correspondencia en cinco minutos con otra persona que estuviera a quinientas leguas de distancia, no habrían faltado los sabios que le demostraran científicamente, mediante las leyes de la mecánica, que eso era *materialmente* imposible, porque no conocían otras leyes. Para eso hacía falta la revelación de una nueva fuerza. Lo mismo ocurre con la reencarnación: es una nueva ley que arroja luz sobre una infinidad de cuestiones oscuras y, cuando se la reconozca, modificará profundamente todas las ideas.

De tal modo, la existencia de esta ley no queda demostrada por la opinión de algunos hombres, sino por los hechos. Si bien invocamos el testimonio de esos hombres, lo hacemos para probar que la reencarnación había sido entrevista y sospechada por otros antes que por el espiritismo, que no

es su inventor, sino que la ha desarrollado y ha deducido sus consecuencias.

El tugurio y el salón

Estudio de costumbres espíritas

Entre nuestra antigua correspondencia encontramos la siguiente carta, que se relaciona con el artículo precedente.

“París, 29 de julio de 1860.

”Señor:

”Me tomo la libertad de comunicaros mis reflexiones respecto de dos hechos que observé, y que a mi juicio y con toda razón se podrían calificar como *estudios de costumbres espíritas*. Notaréis que los fenómenos morales no carecen de valor para mí. Desde que me dedico al estudio del espiritismo, me da la impresión de que veo cien veces más cosas que antes. Así, un hecho en particular, al que no le habría prestado ninguna atención en el pasado, ahora me induce a reflexionar. Podría decir que me encuentro ante un espectáculo perpetuo, en el que cada individuo desempeña su papel y se me presenta como un enigma a descifrar. Es cierto que, cuando se posee la admirable clave del espiritismo, algunos de esos enigmas se resuelven fácilmente, a tal punto que se carece de mérito. Con todo, no dejan de ser muy interesantes, porque con el espiritismo uno se encuentra como en una región cuyo lenguaje es comprensible. Me he vuelto meditador y observador, porque ahora para mí todo tiene su causa: mil y un hechos que antes me parecían un producto del azar y pasaban desapercibidos,

ahora tienen su razón de ser y su utilidad. Una insignificancia en el orden moral me llama la atención y se convierte en una lección para mí. Pero me olvido de que pretendo hablarlos de una lección.

”Soy profesor de piano. Hace algún tiempo, previo a entrar en la casa de una de mis alumnas, que pertenece a una familia del gran mundo, pasé por la conserjería, ya no recuerdo por qué razón. La conserje, una mujer que no se veía degradada ni física ni moralmente, ocupaba el tugurio junto a su hija. La encontré con los puños en la cadera, reprendiendo a la niña, de unos quince años, y cuyas maneras contrastaban asombrosamente con las de la madre. ‘¿Qué es lo que ha hecho la señorita Justina –pregunté a la conserje–, para que haya excitado tanto vuestro enojo?’ ‘¡No me habléis, señor! –me respondió–. ¡Esta pizpireta no para de darse aires de duquesa! ¡A la señorita no le gusta lavar la vajilla, porque dice que se le estropean las manos, que eso huele mal...! ¡Ella, que fue criada con las vacas en la casa de su abuela! ¡Tiene miedo de que se le ensucien las uñas! ¡Dice que necesita perfumar sus pañuelos!’ Y gritaba: ‘¡Yo te daré perfume!’ Entonces, la niña recibió una fuerte bofetada, que la hizo retroceder. ‘¡Ah! –continuó la conserje–. Lo que ocurre, señor mío, es que debemos corregir a los hijos cuando son pequeños. Yo nunca arruiné a los míos. Mis hijos varones son buenos obreros, y será mejor que esta pretenciosa pierda sus aires de gran dama’.

”Luego de brindarle a la madre algunos consejos de ternura, y de docilidad a la hija, subí a la casa de mi alumna, sin darle mayor importancia a aquella escena familiar. Allí, por una singular coincidencia, presencié la escena contraria. La madre, una mujer mundana y de bellos modales, también reprendía a su hija, pero por un motivo completamente opues-

to. “¡Sofía! ¡Compórtate como se debe! –le decía–. Tu aspecto es el de una auténtica cocinera. Eso no me asombra, porque tienes una particular predilección por la cocina, y parece que te gusta más estar ahí que en el salón. Te aseguro que Justina, la hija de la conserje, se avergonzaría de ti. Se podría decir que fueron cambiadas al nacer.”

Yo nunca había prestado atención a esas particularidades. Hizo falta reunir ambas escenas para que pudiera notarlas. La señorita Sofía, mi alumna, es una joven de dieciocho años, bastante bonita, pero sus rasgos son comunes. Sus maneras, vulgares, carecen de distinción. Su aspecto físico, sus movimientos, resultan un tanto pesados y poco atractivos. Yo ignoraba su inclinación por la cocina. Entonces, me puse a compararla con la pequeña Justina, de instintos tan aristocráticos, y me preguntaba si ese no era un claro ejemplo de las inclinaciones innatas, dado que en esas dos jovencitas la educación resultó impotente para modificarlas. ¿Por qué una de ellas, educada en medio de la opulencia y los buenos modales, tiene gustos y maneras vulgares, en tanto que la otra, que desde pequeña vivió en el medio más rústico, posee el sentimiento de la distinción y de las cosas delicadas, a pesar de las correcciones de su madre para que pierda esa costumbre? ¡Oh! ¡Filósofos! Vosotros, que pretendéis sondear los repliegues del corazón humano, explicad estos fenómenos sin recurrir a las existencias anteriores. Para mí, es indudable que esas dos jovencitas tienen los instintos de lo que han sido. ¿Qué pensáis vos, querido maestro?

Recibid...

D...

Nosotros pensamos que la señorita Justina, la portera, podría ser una variante de lo que dice Charles Fourier: “A diario vemos personas que suplican caridad en las puertas de los castillos, de los que fueron propietarias en sus vidas precedentes”. ¿Quién sabe si la señorita Justina no ha sido la dueña de esa mansión, en tanto que la señorita Sofía –la gran dama– fue su portera? Esta idea resulta indignante para algunas personas, que no pueden hacerse a la idea de que tal vez han sido menos de lo que son, o de que podrían llegar a ser los sirvientes de sus sirvientes. Porque, en tal caso, ¿qué sería de las razas de sangre pura, respecto de las cuales han puesto tanto cuidado en no mezclar? Consolaos; la sangre de vuestros abuelos puede correr en vuestras venas, porque el cuerpo procede del cuerpo. Pero en cuanto al Espíritu, el asunto es diferente. En este punto, ¿qué podríais hacer? El hecho de que un hombre sea contrario a la lluvia, no impedirá que llueva. No cabe duda de que es humillante pensar que de amo se puede llegar a ser criado; y de rico, mendigo. Con todo, impedir que eso ocurra es lo más fácil que hay, pues para no ser rebajado basta con dejar de ser vano y orgulloso; y para no ser reducido a mendigar lo que se ha negado a los otros, basta con ser bueno y generoso. ¿Acaso la más justa de las justicias no consiste en ser castigado por donde se pecó? Así es, de gran señor se puede llegar a ser pequeño, pero cuando se es bueno no se puede volver a ser malo. Ahora bien, ¿no es mejor ser un honesto proletario que un rico vicioso?

DISERTACIONES ESPÍRITAS

El día de todos los Santos

(París, 1.º de noviembre de 1862.

Médium: señor Perchet, sargento del
40º regimiento de línea,
cuartel del príncipe Eugenio; miembro de
la Sociedad de París.)

I

Querido hermano:

En este día de conmemoración de los muertos, me alegra poder conversar contigo. No te imaginas cuán inmenso es el placer que experimento. Así pues, llámame a menudo, pues de tal modo ambos nos beneficiaremos.

Aquí, no siempre puedo acercarme a ti, porque la mayoría de las veces estoy cerca de mis hermanas; en particular, cerca de mi ahijada, a la que casi nunca dejo, pues he solicitado la misión de mantenerme junto a ella. No obstante, frecuentemente podré responder a tu llamado, de modo que siempre será una dicha auxiliarte con mis consejos.

Hablemos de la festividad de hoy. En esta solemnidad plena de recogimiento, en la que el mundo invisible y el mundo visible se aproximan, hay regocijo y tristeza.

Regocijo, porque se unen en un piadoso sentimiento los miembros dispersos de la familia. Este día, el niño acude a su tumba para encontrarse con su madre, que riega con su llanto la piedra sepulcral. El angelito la bendice, y mezcla sus ruegos con los pensamientos que caen gota a gota con las lágrimas de su querida madre. ¡Cuánto complacen al Señor esas castas

plegarias templadas en la fe y el recuerdo! De ese modo, se elevan hasta los pies del Eterno como el suave perfume de las flores, y desde lo alto del cielo Dios contempla con misericordia ese pedacito de tierra, y envía a uno de sus Espíritus buenos para que consuele a esa alma que sufre y le diga: “Consolaos, buena madre, vuestro hijo querido está en la morada de los bienaventurados; os ama y os aguarda”.

He dicho que es un día de regocijo, y lo repito, porque aquellos a quienes la religión del recuerdo induce en la Tierra a orar por los que ya no están, saben que no lo hacen en vano, y que un día volverán a ver a los seres queridos de los que están momentáneamente separados. Día de regocijo, porque los Espíritus ven con alegría y ternura que, gracias a su confianza en Dios, sus seres amados pronto merecerán participar de la dicha que ellos ya disfrutaban.

En este día de todos los Santos, los difuntos que han sufrido valerosamente las pruebas impuestas durante la vida, que se han despojado de las cosas mundanas y han educado a sus hijos en la fe y la caridad, esos Espíritus –repito– acuden de buen grado para asociarse a las plegarias de aquellos a los que han dejado, y les inspiran la firme voluntad de avanzar constantemente en el camino del bien. Los hijos, padres o amigos, de rodillas ante sus tumbas, experimentan una íntima satisfacción, porque son conscientes de que los restos que allí están, bajo sus pies, no son sino un recuerdo del ser que estaba contenido en ellos, y que ahora se encuentra libre de las miserias terrestres.

Estos son, querido hermano, los felices. ¡Hasta mañana!

II

Querido hermano:

Fiel a mi promesa, acudo a ti. Conforme te dije anoche al retirarme, fui de visita al cementerio, donde observé atentamente diversos Espíritus en sufrimiento. Ese espectáculo lamentable le arrancaría lágrimas al corazón más endurecido.

Con todo, una gran cantidad de esas almas reciben el alivio de los vivos y de los Espíritus buenos, sobre todo cuando se arrepintieron de las faltas terrestres y se esfuerzan por despojarse de sus imperfecciones: única causa de sus padecimientos. Entonces comprenden la sabiduría, la bondad y la grandeza de Dios, y solicitan el favor de nuevas pruebas para satisfacer la justicia divina, expiar y reparar sus faltas, así como para obtener un porvenir mejor.

Así pues, queridos amigos, orad con todo vuestro corazón por esos Espíritus arrepentidos que acaban de ser iluminados con un rayo de luz. Hasta entonces, no habían creído en las delicias eternas, porque, en su castigo, el colmo de sus tormentos era haber perdido la esperanza. Imaginad su alegría cuando el velo de las tinieblas por fin se descorrió, y el ángel enviado del Señor abrió sus ojos heridos de ceguera ante la claridad de la fe. Son dichosos, pero no suelen ilusionarse con el porvenir. Muchos de ellos saben incluso que deben sufrir terribles pruebas, de modo que reclaman las plegarias de los vivos y la asistencia de los Espíritus buenos, a fin de que puedan soportar con resignación la difícil tarea que les espera.

Os lo digo una vez más, y nunca me cansaré de hacerlo, para que os convenzáis de esta gran verdad: orad desde el fondo del corazón por todos los Espíritus que sufren, sin

distinción de castas ni de sectas, porque todos los hombres son hermanos y deben apoyarse mutuamente.

Fervientes espíritas, en especial vosotros, que conocéis la situación de los Espíritus sufridores, y que sabéis valorar las etapas de la vida; vosotros, que conocéis las dificultades que esos Espíritus deben superar, id en su auxilio. Es una bella caridad orar por esos pobres hermanos desconocidos, a quienes todos suelen olvidar, y cuya gratitud al momento de ser asistidos no os imagináis. La oración es para ellos como el suave rocío que cae sobre la tierra calcinada por el calor. Imaginaos a un forastero, exhausto ante una encrucijada de oscuros caminos, en una noche sombría: sus pies están lacerados tras el largo recorrido; siente el aguijón del hambre y de una sed ardiente; a sus padecimientos físicos se suman todas las torturas morales; la desesperación es inminente; en vano arroja sus alaridos a los cuatro vientos, pues ningún eco amistoso responde aquel ruego extremo. Ahora bien, suponed que en el momento en que esa desdichada criatura llega al límite último del dolor, una mano compasiva le toca el hombro con ternura y le brinda el auxilio que su situación reclamaba. Imaginaos, si es posible, la satisfacción de ese hombre, y entonces os formaréis una tenue idea de la felicidad que la plegaria concede a los desdichados Espíritus que soportan las angustias del castigo y el aislamiento. Os estarán eternamente agradecidos, porque no os quepa duda de que en el mundo de los Espíritus no hay ingratos como en vuestra Tierra.

He dicho que el día de todos los Santos es una solemnidad marcada por la tristeza; una gran tristeza, en efecto, porque también llama la atención hacia esa clase de Espíritus que, durante su existencia terrenal, se dedicaron al materialismo, al egoísmo; que no quisieron conocer otros dioses más que las

miserables vanidades de su mundo ínfimo; que no temieron emplear medios ilícitos para incrementar sus riquezas y causar a menudo la ruina de personas honestas. Entre esos Espíritus también se encuentran los que interrumpieron su existencia con una muerte violenta, y esos otros que en vida se arrastraron por el barro infecto de la impureza.

¡Cuán horribles tormentos, querido hermano! Es como dice la Escritura: ¡Habrà llanto y rechinar de dientes! Esos Espíritus serán arrojados al abismo profundo de las tinieblas. A esos desdichados se los denomina vulgarmente *condenados*, y aunque sea más exacto llamarlos *castigados*, no por eso dejan de sufrir las terribles torturas que se atribuyen a los condenados en medio de las llamas. Envueltos en las más espesas tinieblas de un abismo que les resulta insondable, aunque ese abismo no se halle circunscripto del modo como os lo han enseñado, experimentan padecimientos morales indescriptibles hasta que abren su corazón al arrepentimiento.

Algunos permanecen en ese estado durante siglos, sin la posibilidad de prever el fin de sus tormentos, y por eso dicen que son reprobados para toda la eternidad. Vosotros creísteis en esa opinión errónea durante mucho tiempo, lo cual es un grave error; porque tarde o temprano esos Espíritus se abren al arrepentimiento, y entonces Dios se apiada de sus desgracias y les envía un ángel que les dirige consoladoras palabras, a la vez que les abre un camino tan largo como las plegarias que el Eterno haya recibido en favor de ellos.

Como ves, hermano mío, las plegarias siempre son útiles para los culpables, y si bien no modifican los decretos inmutables de Dios, tampoco dejan de aliviar a los Espíritus sufridores, pues les infunden la dulce idea de que se mantienen en el recuerdo de algunas almas compasivas. De tal modo,

el prisionero siente que su corazón salta de alegría cuando, a través de las rejas, percibe el rostro de un familiar o un amigo que no lo ha olvidado en su desgracia.

Si el Espíritu sufridor está demasiado endurecido, si es demasiado material para que la plegaria tenga acceso a su alma, entonces un Espíritu puro recoge esa plegaria y la deposita, cual aroma precioso, en las ánforas celestiales, hasta el día en que estas puedan servir al culpable.

Para que la plegaria dé fruto, no basta con balbucear las palabras, como hace la mayoría de los hombres. La plegaria que sale del corazón es la única agradable al Señor, la única que será tomada en cuenta y que brinda alivio a los Espíritus que sufren.

Tu hermana, que te ama,

MARGARITA

Pregunta (formulada en la Sociedad). ¿Qué debemos pensar acerca del pasaje de esta comunicación en el que se dice: “Os aseguro que en el mundo de los Espíritus no hay ingratos como en vuestra Tierra”? Dado que las almas de los hombres son Espíritus encarnados, aquellas llevan consigo los vicios y las virtudes de estos: las imperfecciones de los hombres proceden de las imperfecciones del Espíritu, así como sus cualidades proceden de las cualidades adquiridas. De acuerdo con esto, y ya que en el mundo de los Espíritus se encuentran los vicios más abyectos, no se entiende por qué no habría de encontrarse en ese mundo la ingratitud que existe tan a menudo en la Tierra.

Respuesta (a través del señor Perché). No cabe duda de que en el mundo de los Espíritus hay ingratos, y en la primera categoría podéis colocar a los Espíritus obsesores y a los Espíritus malignos, que se esfuerzan al máximo para inculcaros sus pensamientos perversos a pesar del bien que les hacéis al orar por ellos. Con todo, su ingratitud es momentánea, porque la hora del arrepentimiento llega para ellos tarde o temprano. Entonces, sus ojos se abren a la luz y sus corazones se abren también para siempre a la gratitud. En la Tierra no ocurre lo mismo, y a cada paso encontráis hombres que, a pesar de todo el bien que les hacéis, apenas os pagan, hasta el final, con la peor ingratitud.

El pasaje que requirió esta observación solo es oscuro porque carece de extensión. Apenas consideré el asunto desde el punto de vista de los Espíritus abiertos al arrepentimiento, así como aptos, por eso mismo, para cosechar de inmediato los frutos de la plegaria. Dado que esos Espíritus recorren el camino del bien, y que el Espíritu no retrocede, está claro que la gratitud no podría extinguirse en ellos.

Para que no haya confusión, os escribiré la frase que suscitó esta observación de la siguiente manera: “Os estarán eternamente agradecidos, porque no os quepa duda de que, entre los Espíritus, aquellos a los que hayáis conducido hacia el camino del bien no podrían ser ingratos”.

MARGARITA

Observación. Estas dos comunicaciones, al igual que muchas otras cuya moralidad no es menos elevada, fueron obtenidas por el señor Perché en su cuartel, donde cuenta con varios camaradas que comparten sus creencias espíritas y ajus-

tan a ellas su conducta. Por nuestra parte, preguntaremos a los detractores del espiritismo si esos militares recibirían mejores consejos de moral en el cabaré. Si el lenguaje de esas comunicaciones es el de Satán, ¡entonces Satán se ha vuelto eremita! ¡Es cierto que está muy viejo!

Al mismo tiempo, preguntaremos al señor Tony, el ingenioso y sobre todo muy sensato periodista de Rochefort, quien cree que el espiritismo es uno de los males salidos de la caja de Pandora, así como una de esas cosas malsanas estudiadas por la *higiene pública* y la moral; le preguntaremos —decimos— qué tienen de malsano y de contrario a la higiene estas comunicaciones, y si esos militares han perdido su moralidad y su salud por el hecho de reemplazar los burdeles por la plegaria.

Dispensario magnético

Fundado por el señor CANELLE.
11, rue Neuve-des-Martyres, París.

El primer artículo de este número destaca las conexiones que existen entre el magnetismo y el espiritismo, y muestra el auxilio que en numerosos casos el magnetizador puede obtener de los conocimientos espíritas, casos en los cuales la idea materialista no haría más que paralizar la influencia saludable. Esas conexiones se destacarán más aún en el segundo artículo, que publicaremos en el próximo número. Al poner en conocimiento de nuestros lectores la fundación del establecimiento que dirige el señor Canelle, al que conocemos personalmente desde hace mucho tiempo como magnetizador

experimentado, no solo espiritualista sino sinceramente espírita, nos complace brindarle el testimonio de nuestro afecto. Los tratamientos son dirigidos por él y por varios médicos magnetizadores. Se realizan sesiones especiales dedicadas a las magnetizaciones gratuitas. Para más información, nos remitimos al prospecto.

Respuesta a un señor de Burdeos

Un señor de Burdeos nos ha escrito una carta, muy amable por cierto, y que contiene una crítica desde el punto de vista religioso al artículo publicado en el número de noviembre acerca de *El origen del lenguaje*; artículo que, dicho sea de paso, encontró numerosos admiradores. Dado que esa carta no llevaba firma ni dirección, le hemos prestado la atención que merece toda carta anónima: la arrojamamos al fuego.

* * *

ALLAN KARDEC



REVISTA ESPÍRITA

PERIÓDICO DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS

VOLUMEN 5 - AÑO 1862

Índice general

ENERO

Ensayo sobre la interpretación de la doctrina de los ángeles caídos	7
Publicidad de las comunicaciones espíritas	24
Control de la enseñanza espírita	30
<i>Lo sobrenatural</i> , por el señor Guizot (2.º artículo)	38
Poesías de ultratumba	
<i>Queremos versos de Béranger</i>	46
<i>Intento una más de mis canciones</i>	47
Bibliografía	
<i>El espiritismo en su más simple expresión</i>	50
<i>Revelaciones de ultratumba</i>	50
Testamento a favor del espiritismo	51
Carta al Dr. Morhéry acerca de la Srta. Godu	54

FEBRERO

Saludos de Año Nuevo	57
Respuesta al saludo de los espíritas lioneses	58
El espiritismo, ¿se demuestra con milagros?	68
<i>El viento - Fábula espírita</i>	82
La reencarnación en América	83
Nuevos médiums americanos en París	86
Suscripción en beneficio de los obreros lioneses	91
Enseñanzas y disertaciones espíritas	
<i>La Fe, la Esperanza y la Caridad</i>	94
<i>Olvido de las injurias</i>	100
<i>Acerca de los instintos</i>	101
<i>Meditaciones filosóficas y religiosas</i>	103

MARZO

A nuestros corresponsales	107
Los Espíritus y el linaje	110
Conversaciones de ultratumba	
El señor Jobard	118
Carrère. Comprobación de un hecho de identidad	134
Enseñanzas y disertaciones espíritas	
<i>La reencarnación</i>	140
<i>El realismo y el idealismo en la pintura</i>	146
<i>Los obreros del Señor</i>	148
<i>Instrucción moral</i>	150
<i>La viña del Señor</i>	152
<i>Caridad para con los criminales</i>	154

ABRIL

Frenología espiritualista y espírita - Perfectibilidad de la raza negra	159
Consecuencias de la doctrina de la reencarnación para la propagación del espiritismo	172
Epidemia demoníaca en Saboya	178
Respuestas a la cuestión de los ángeles caídos	185
Conversaciones familiares de ultratumba	
Girard de Codemberg	190
Jean de La Bruyère	195
Poesías espíritas	
<i>Creed en los Espíritus del Señor</i>	197
<i>Las Voces del cielo</i>	198
Disertaciones espíritas	
<i>Los mártires del espiritismo</i>	199
<i>Los ataques contra la idea nueva</i>	204
<i>Persecución</i>	205
Bibliografía	207

MAYO

Funeral del señor Sanson	209
Conversaciones familiares de ultratumba	
El capitán Nivrac	224
Una pasión de ultratumba	229
Causas de incredulidad	235
Respuesta de una dama a la carta de un clérigo acerca del espiritismo	239
El panadero inhumano. Suicidio	244

Disertaciones espíritas

<i>A los miembros de la Sociedad de París que vuelven a Rusia</i>	247
<i>Relaciones amistosas entre los vivos y los muertos</i>	249
<i>Las dos lágrimas</i>	252
<i>Los dos Voltaire</i>	255

JUNIO

Sociedad Parisiense de Estudios Espíritas. Discurso del Sr. Allan Kardec en la apertura del año social, el 1.º de abril de 1862.	249
Conversaciones familiares de ultratumba El señor Sanson (continuación)	274
El niño Jesús en medio de los doctores	283
¡Así se escribe la historia! Los millones del Sr. Allan Kardec	287
Sociedad espírita de Viena, Austria	294
El principio vital de las Sociedades espíritas	298
Enseñanzas y disertaciones espíritas <i>El espiritismo filosófico</i>	303
Un espírita apócrifo en Rusia	308

JULIO

El punto de vista	309
Estadística de los suicidios	318
Herencia moral	328

Poesía espírita	
<i>La niña y su visión</i>	334
Doble suicidio: por amor y por deber	336
Enseñanzas y disertaciones espíritas	
<i>Unión simpática de las almas</i>	345
<i>Una teja</i>	349
<i>César, Clodoveo y Carlomagno</i>	352
Aviso	357

AGOSTO

Conferencia del Sr. Trousseau	359
Necrología	
Muerte del obispo de Barcelona	370
Muerte de la señora Home	374
Sociedad Espírita de Constantina	375
Carta de Jean Reynaud al <i>Journal des Débats</i>	381
Los Pándavas y los Kauravas	385
El planeta Venus	387
Carta al periódico de Saint-Jean-d'Angély	393
El castigo de un avaro	396
El mérito de la plegaria	399
Disertaciones espíritas	
<i>La conquista del porvenir</i>	402
<i>Pentecostés</i>	403
<i>El perdón</i>	405
<i>La venganza</i>	406
Bibliografía	
<i>El espiritismo en Lyon</i>	407

SEPTIEMBRE

Inauguración de un grupo espírita en Burdeos	409
Carta a un Predicador, por el señor Dombre	418
El espiritismo en una entrega de premios	425
Persecuciones	429
Una reconciliación a través del espiritismo	437
Respuesta de Allan Kardec a la invitación de los espíritas de Lyon y de Burdeos	440
Poesías espíritas	
<i>Peregrinaciones del alma</i>	445
<i>El ángel de la guarda</i>	448
Disertaciones espíritas	
<i>Estudios de uranografía</i>	450
Receso de la Sociedad Espírita de París	455
A los centros espíritas que visitaremos	458

OCTUBRE

Apolonio de Tiana	461
Respuesta del señor Dombre al <i>L'Abeille agenaise</i>	479
Miembros honorarios de la Sociedad de París	484
Lo que debe ser la historia del espiritismo	488
Arsène Gautier. El recuerdo de un Espiritu	490
¿Puede un Espiritu retroceder ante una prueba?	492
Respuesta a una pregunta mental	494
Poesías espíritas	
<i>El niño y el ateo</i>	496
<i>La calabaza y la sensitiva</i>	499

Disertaciones espíritas

<i>El espiritismo y el Espíritu maligno</i>	500
<i>El cuervo y la zorra</i>	506
<i>El estilo de las buenas comunicaciones</i>	508
<i>La razón y lo sobrenatural</i>	509

NOVIEMBRE

Viaje espírita en 1862	513
A nuestros corresponsales	515
Los misterios de la Torre San Miguel de Burdeos	516
Un remedio prescripto por los Espíritus	538
Poesías espíritas	
<i>Mi testamento</i>	541
Fábulas y poesías diversas (por un Espíritu golpeador) ..	545
<i>El monólogo de un asno</i>	545
<i>El médium y el doctor Imbroglío</i>	546
Disertaciones espíritas	
<i>El duelo</i>	549
<i>Fundamentos del orden social</i>	555
<i>Aquí yace dieciocho siglos de luces</i>	558
<i>El rol de la Sociedad de París</i>	560
<i>Acerca del origen del lenguaje</i>	561
Respuestas	566

DICIEMBRE

Estudio sobre los posesos de Morzine	569
El espiritismo en Rochefort	586

¿Es posible el espiritismo?	598
Charles Fourier, Louis Jourdan y la reencarnación	603
El tugurio y el salón	608
Disertaciones espíritas	
<i>El día de todos los Santos</i>	612
Dispensario magnético	619
Respuesta a un señor de Burdeos	620

